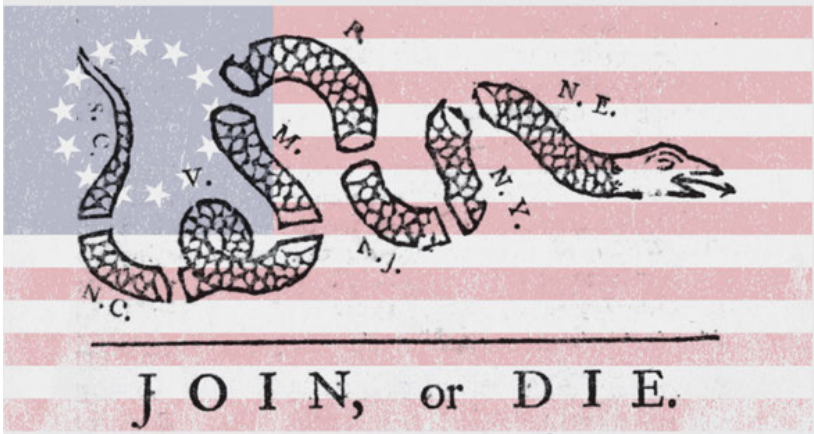
HOLGER HOOCK

Las cicatrices de la Independencia

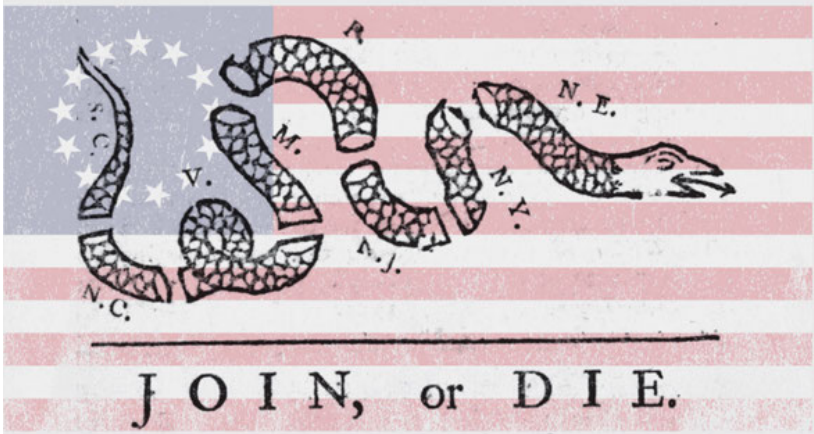


EL VIOLENTO NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

DESPERTA FERRO EDICIONES

HOLGER HOOCK

Las cicatrices de la Independencia



EL VIOLENTO NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

DESPERTA FERRO EDICIONES

«Es difícil desvincular el relato de la Guerra de la Revolución de la visión romántica de la mitología nacional, pero Holger Hoock ofrece una notable corrección en Las cicatrices de la independencia, el primer libro que analiza el trágico y traumático papel de la violencia en el conflicto».

Andrew O'Shaughnessy, Universidad de Virginia, autor de The Men Who Lost America

«Las cicatrices de la independencia es una extraordinaria y completa historia de la Guerra de la Revolución que enfatiza en cómo dicho sangriento y destructivo conflicto afectó a las vidas de los hombres y las mujeres comunes. La narración de Holger Hoock va mucho más allá de la visión habitual de cómo fueron los Padres Fundadores a la guerra y nos muestra la violencia y el terror que vivieron los soldados y los civiles de ambos bandos. Un importante libro que deberían leer todos los que busquen comprender mejor la verdadera naturaleza de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos».

John Ferling, autor de Whirlwind: The American Revolution and the War That Won It

«La guerra es, por definición, violencia, pero el libro de Holger Hoock, con un estilo espléndido, es tal vez el primero que centra la atención en ella para entender la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Resalta algunos ejemplos de crueldad muy impactantes –en ambos bandos– en un relato que nos atrapa (aunque a veces nos revuelva el estómago). Todos los estudiosos de la Revolución estadounidense y de su guerra deberían leerlo».

Stephen Conway, University College London, autor de The British Isles and the War of American Independence

«[Una] nueva aproximación a un tema muy trillado […]. Este volumen, respaldado por una profunda investigación y apoyado en unas notas muy completas, resultará interesante tanto para los estudiosos como para el público más amplio. El autor presenta su dura narración con un lenguaje vívido, pero sin caer en el efectismo […]. Una visión meritoria y potente de la Revolución estadounidense tal como fue, no como nos gustaría recordarla».

Kirkus Reviews, reseña galardonada

Las cicatrices de la Independencia

EL VIOLENTO NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Las cicatrices de la Independencia

EL VIOLENTO NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Holger Hoock

DESPERTA FERRO
EDICIONES

Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos

Hoock, Holger

Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos / Hoock, Holger [traducción de Joaquín Mejía Alberdi].

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021 – 576 p.; 23,5 cm – (Historia de América) – 1.ª ed.

D.L: M-4565-2021

ISBN: 978-84-122213-1-2

94(73) 316.485.26

325.83 316.647.5

LAS CICATRICES DE LA INDEPENDENCIA

El violento nacimiento de los Estados Unidos

Holger Hoock

Título original:

Scars of independence : America's violent birth

First published by Crown

This translation published by arrangement with Crown, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC.

All rights reserved

Esta traducción se publica según el acuerdo con Crown, un sello de

Random House, una división a su vez de Penguin Random House LLC.

Todos los derechos reservados.

© 2017, by Holger Hoock

ISBN: 978-0-8041-3728-7

© de esta edición:

Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-122213-4-3

Traducción: Joaquín Mejía Alberdi

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Producción del ebook: booqlab

Primera edición: abril 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2021 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Para Helen y

Florian Frederick

Índice

Mapas

Prefacio

Introducción

1A la caza del tory

2El dilema de Gran Bretaña

3El Rubicón

4Los protectores saqueadores

5Cuerpos violados

6Mataderos

7Agujeros negros

8¡Hacedlos rebanadas!

9Destructor de Pueblos

10 La americanización de la guerra

11 Hombre por hombre

12 Los perdedores que regresaron

Epílogo

Bibliografía

Créditos de las imágenes

Las trece colonias

1775

Guerra de la Revolución

1775

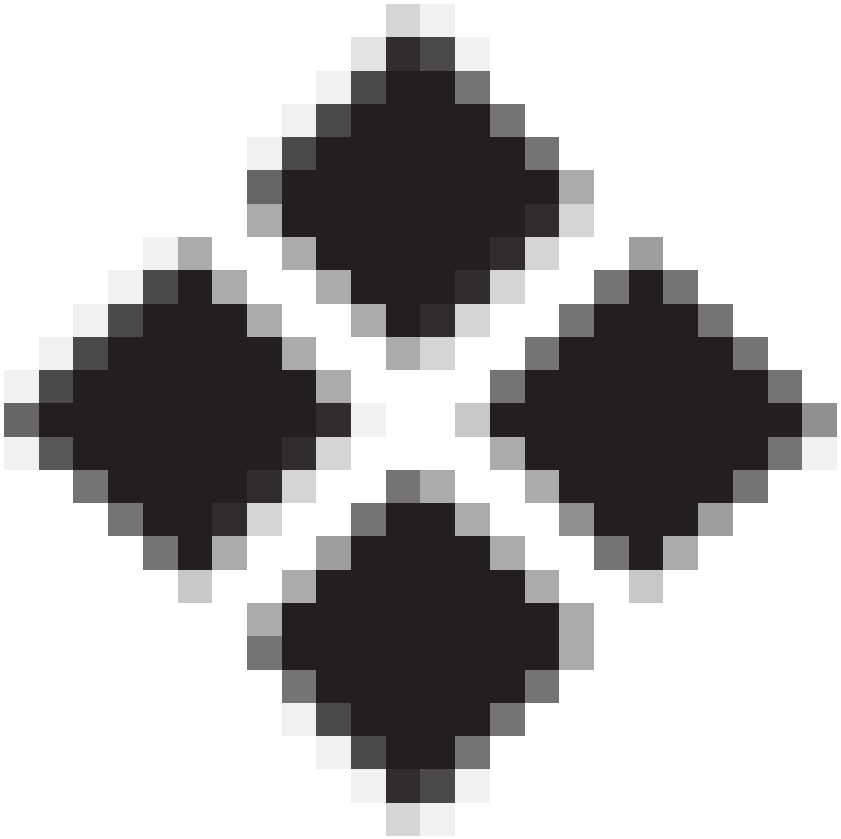
Prefacio

Las cicatrices de la independencia es una historia sobre la violencia. Es el primer libro acerca de la Revolución estadounidense y la Guerra de la Revolución que centra su enfoque analítico y narrativo en la violencia. Como tal, cuenta la historia de los combatientes, de los prisioneros y de los civiles –fueran hombres o mujeres, célebres o poco conocidos– que experimentaron la violencia como ejecutores, como testigos o como víctimas. Las cicatrices de la independencia es también una historia de historias unidas por la violencia física y psicológica: relatos de persecuciones y de sufrimientos, de barbarie frente a civilización, de venganzas y de reconciliaciones. Los que vivieron aquella época tempestuosa crearon dichos relatos para justificar la brutalidad de sus actos y para ganar aliados a sus causas respectivas.

Al evocar la experiencia de la violencia en sus múltiples formas –y las reacciones físicas, emocionales e intelectuales de la gente que ha convivido con ella–, hemos de reconocer que las narraciones de actos de brutalidad y de sufrimientos tienen una gran fuerza retórica, aunque sea, como ha señalado la especialista Rachel Cleves, debido a que «el espectáculo de la violencia […] nos repele y nos atrae a la vez». No hay duda de que las palabras crueles pueden ser tan dañinas como las armas. En mi búsqueda de la forma de escritura más apropiada para temas tan delicados, me ha resultado inspiradora una dolorosa y brillante historia de Marcus Rediker, The Slave Ship, y su advertencia de que no debemos caer en la «violencia de la abstracción», de limitarnos a relatar –y, por tanto, deshumanizar– «una realidad que debemos, por razones morales y políticas, comprender con exactitud». También Wayne E. Lee, especialista en la historia cultural de la guerra y la violencia, nos recuerda: «La historia académica rara vez hace justicia a la sangre, el sudor, el miedo y los vientres destripados a causa de la violencia de la guerra. Por otro lado, las meras narraciones

asépticas muy pocas veces abarcan la complejidad de las situaciones en las que los humanos llegan a desear matar o se ven obligados a morir». En este libro, escrito tanto para un público general como para colegas historiadores, he intentado exponer mis argumentos sirviéndome de narraciones y relaciones de episodios, así como del análisis abstracto. El libro se apoya en investigaciones archivísticas recientes llevadas a cabo a lo largo y ancho de Estados Unidos y el Reino Unido, así como en las fuentes impresas, y en un estudio profundo de la Revolución estadounidense. La obra sigue los contornos cronológicos básicos de la Revolución, pero no he intentado ofrecer una investigación completa de la misma ni de la guerra, ni tan siquiera de la violencia de dicho periodo. He preferido centrarme en las motivaciones clave de la violencia política y militar en la que participaron los patriotas y los lealistas anglonorteamericanos, los afroamericanos y los indios norteamericanos, y los británicos y sus tropas auxiliares alemanas.1

Durante más de dos siglos, este tema ha sido objeto de un blanqueamiento y de un proceso de memoria selectiva y olvido. Mientras que las gentes de entonces experimentaron la Revolución como algo amenazador, turbulento y divisivo, su omnipresente violencia y terror han fabricado una visión romántica del nacimiento de la nación. Al pintar ahora un crudo retrato de la violencia de la época revolucionaria, podemos ofrecer una nueva luz sobre cómo entendían sus luchas los que la vivieron y cómo los supervivientes y las generaciones posteriores han recordado y alterado la memoria del conflicto.



El deber final de un autor, antes de enviar un manuscrito a imprenta, es también el más agradable. Quiero mostrar mi profundo agradecimiento a las instituciones e individuos que han apoyado este proyecto. Por permitir mi investigación y mi labor de escritura, doy gracias al John W. Kluge Center de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos por la concesión de una beca Kluge, a la Library Company of Philadelphia y a la Historical Society of Pennsylvania por una beca de investigación internacional sobre la historia y cultura de Estados Unidos concedida por la Barra Foundation, a la Massachusetts Historical Society por una beca de la Massachusetts Society of the Cincinnati, a la New York Public Library y a la David Library of the American Revolution por becas de investigación, al Institute for Advanced Studies of the University of Konstanz por una beca de visita de posgrado, y a la Universidad de Friburgo y al

centro SFB 948 por el puesto de profesor visitante. Por hacer mis estancias en esas instituciones productivas y placenteras, doy las gracias, en especial, a Carolyn Brown, James N. Green, Meg McSweeney, Conrad E. Wright, Ulrich Gotter, Ronald Asch y Ralf von den Hoff, así como al personal a su cargo, y también a los colegas con los que conviví. Hice una primera elaboración de varios aspectos de los capítulos 5, 8 y 10 en «Rape, ius in bello, and the British Army in the American Revolutionary War», publicado en el Journal of Military Ethics (2015), así como en «Mangled Bodies: Atrocity in the American Revolutionary War», en Past & Present (2016).

Numerosos colegas y amigos han tenido la bondad de intercambiar sus pareceres sobre mis propuestas, de leer borradores de capítulos, de compartir ideas y de ofrecer sugerencias. Entre ellos están Susanne Berthold, Katherine Boo, Shelley Bookspan, John Brewer, Richard Caplan, Erica Charters, Joshua Civin, Linda Colley, Chiara Cordelli, Martin Daunton, Barbara Donagan, Tim Duggan, Philip Dwyer, Heather E. Ewing, Bill Foster, Niklas Frykman, Peter Ginna, Ulrich Gotter, Lara Heimert, Julia E. Hickey, Joanna Innes, Maya Jasanoff, Jane Kamensky, Wayne E. Lee, Elizabeth Loudon, Wm. Roger Louis, Jürgen Luh, Nino Luraghi, Peter Mandler, Holly Mayer, Michael McDonald, Rana Mitter, Bruce Nichols, Marcy Norton, Andrew O'Shaughnessy, Ed Papenfuse, Sarah Pearsall, Will Pettigrew, Todd Reeser, Daniel Richter, Rob Ruck, Hannah Smith, Stella Tillyard, Jen Waldron y Molly Warsh. Stephen Conway y Paul Halliday han tenido la generosidad de revisar partes significativas del manuscrito. Mis planteamientos también se han beneficiado de las preguntas y comentarios planteados en seminarios y conferencias, por ejemplo, en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en la Yorktown Victory Foundation, la Huntington Library, la McGill University, así como en las universidades de Constanza, Oxford y Pittsburgh.

En la Pittsburgh University he tenido la fortuna de trabajar bajo las direcciones sucesivas de Marcus Rediker, Reid Andrews y Lara Putnam, y de disfrutar de colegas inspiradores como, entre muchos otros, Jonathan Arac, Sy Drescher, Janelle Greenberg, Diego Holstein, Patrick Manning, Pernille Røge, Bruce Venarde y Molly Warsh, y también de los especialistas de la iniciativa de estudios del

siglo XVIII. Estoy muy agradecido a mis afanados ayudantes de investigación: Ashley Blakeney, Mirelle Luecke, Luke Martinez, Katie Parker y Steve Pitt. Marcus Rediker ha sido un modelo de compañerismo generoso entre investigadores. Me brindó críticas constructivas desde el principio al fin del manuscrito, me animó cuando la navegación se puso complicada y, a lo largo de todo el proceso, conservó su fe en mí y en el libro. Tengo una deuda especial con mi decano, N. John Cooper, por su apoyo generoso y creativo, y por alentar un entorno en el que pude compatibilizar mis obligaciones hacia el departamento con otras, a la vez que me encargaba de la edición del Journal of British Studies y la escritura de este libro.

Mi agente, Susan Rabiner, ha sido una interlocutora comprensiva y una defensora maravillosa que creyó en este proyecto y en su autor desde el principio y que les encontró a ambos un excelente hogar en Crown Publishers. He tenido el gran privilegio de trabajar con Amanda Cook, extraordinaria editora, cuyas detalladas cartas editoriales –auténticas joyas fruto de una lectura exigente y constructiva– me guiaron a través de sucesivas revisiones. Emma Berry ha sido una excelente editora asociada, cuyo fino ojo para el detalle y agudo oído para el ritmo y el tono han mejorado el texto de forma inconmensurable. En la citada editorial, también estoy agradecido a Molly Stern, su directora, que apoyó este libro durante todo el proceso; a los editores, diseñadores y encargados de producción que ayudaron a que el manuscrito acabara tomando la forma de un atractivo libro, en especial a Craig Adams, David Chesanow, Jon Darga, Sally Franklin, Elena Giavaldi, Elizabeth Rendfleisch y Anna Thompson; y a los equipos de mercadotecnia y publicidad dirigidos por Kevin Callahan, Sarah Grimm, Rachel Rokicki y Alaina Waagner, que están presentando el libro a sus lectores.

Los dedicatarios del libro han vivido con él tanto como han vivido conmigo. Helen apoyó amorosamente mi investigación y mi trabajo de escritura de mil maneras, me permitió poner a prueba la validez de mis argumentos y me ofreció su perspectiva de psicóloga. La llegada de Florian Frederick, nueva incorporación nacida en Estados Unidos, a nuestra familia anglo-alemana, en medio del proyecto, tal vez ralentizó su conclusión un poco, pero ya ha enriquecido mi vida

inmensamente. Este libro es para ellos.

Pittsburgh, 4 de julio de 2016

Notas

1. Cleves, R. H., 2009, 13, 15 (cita); Rediker, M., 2007, 12, referente al novelista Barry Unsworth; Lee, W. E., 2011, 11.

Plano de la villa de Boston con los atrincheramientos, etc., de las fuerzas de Su Majestad en 1775, a partir de las observaciones del teniente Page del Cuerpo de Ingenieros de Su Majestad y de otros caballeros (Londres, 1777), de sir Thomas Hyde Page.

Introducción

Al caer la noche, el lunes 5 de marzo de 1770, pequeños grupos de bostonianos armados con porras cargadas con plomo, garrotes y alfanjes comenzaron a acosar a los oficiales y soldados británicos que encontraban solos por las calles de la ciudad. En otro lugar de la población, unos soldados amenazaron y atacaron a varios civiles. Corría el rumor de que un sargento desaparecido había sido asesinado y de que una tropa había apaleado a un vendedor de ostras. A eso de las ocho, unos individuos enfurecidos se enfrentaron a unos casacas rojas en el exterior de Murray's Barracks, una refinería de azúcar situada en Draper's Alley y Brattle Street, donde se acuartelaban efectivos del Ejército del Rey. Varias docenas más se habían reunido en Dock Square, el corazón comercial del antiguo Boston, en las cercanías del puerto. Muchos de ellos eran marineros que esgrimían palos y bastones; algunos arrancaron las patas de las mesas de los puestos del mercado. Al pasar unos grupos ante la casa de un importador que no había secundado el boicot a las mercancías británicas, una lluvia de bolas de nieve y de pedazos de hielo arremetió contra las cristaleras. El viernes anterior, el 2 de marzo, una trifulca que desde hacía tiempo se había convertido en algo habitual, provocada por la escasez de trabajo, había desembocado en un choque violento entre docenas de trabajadores y soldados fuera de servicio en la cordelería de John Gray, al sur de Milk Street. El sábado hubo más escaramuzas y, aunque todavía no había muerto nadie, al llegar el lunes tanto soldados como civiles tenían ganas de pelea.1

Poco después de las nueve, las campanas repicaron por toda la ciudad: primero en la iglesia de Battle Square, al poco en la llamada Old Brick Church, en el oeste, y luego también en la de Old South. Era costumbre que este tañer de campanas nocturno sirviera para dar la alarma sobre algún incendio. Aquella noche, cercano ya el

final del invierno, un gran número de vecinos salió a toda prisa de sus hogares con la intención de mover las máquinas apagafuegos y llevar sacos y cubos a través de las calles cubiertas de hielo, mientras las bandas armadas comenzaban a converger hacia el centro de la ciudad. Guiados por la luz de la luna creciente, los grupos formaron una multitud que aumentaba con rapidez ante la Casa de Aduana, en la esquina norte de King Street (actual State Street) y de la Royal Exchange Lane. El joven Benjamin Davis pronto se dio cuenta de lo que sucedía: «No hay fuego. Son los soldados que luchan».

Fuera de la Casa de Aduana, el imponente edificio de ladrillo donde se guardaban los archivos de la aduana y la recaudación de las tasas, una muchedumbre cada vez mayor de varios centenares de individuos se encaraba a 9 soldados británicos. Antes, cuando habían comenzado a sonar las campanas, Thomas Preston, el capitán irlandés de cuarenta años que estaba de servicio en aquel momento, había allegado al lugar a 1 cabo y 6 granaderos del 29.º Regimiento de Infantería desde el cercano puesto de guardia principal. El destacamento había pasado entre el aluvión de gente alborotada con la intención de apoyar al soldado Hugh White, el único centinela británico que protegía la Casa de Aduana. White había golpeado a un aprendiz de peluquero con su mosquete, después de que el muchacho hubiera hostigado a un oficial británico. Al poco, la creciente multitud comenzó a lanzarle bolas de nieve y a insultarlo, lo que le hizo temer por su seguridad. Ahora había retrocedido y formaba, con los altos granaderos, un semicírculo defensivo de espaldas al edificio, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Muchos integrantes de la masa también iban armados: sus armas eran variadas, desde los palos que algunos llevaban blandiendo toda la tarde hasta los cuchillos y las espadas de cesta escocesas que otros habían escondido bajo sus abrigos antes de salir a la calle aquella noche. Cuando menos, tres de aquellos hombres, así como tres de los soldados a los que se enfrentaban, ya habían intercambiado golpes en la cordelería la semana anterior.

El lugar de su renovado encuentro, la Casa de Aduana, simbolizaba el detestado sistema imperial de impuestos que Gran Bretaña les había endosado a sus trece colonias de la costa del Atlántico

después de su victoria en la Guerra de los Siete Años, en 1763. Gran Bretaña quería que las colonias contribuyeran a sufragar los gastos desembolsados durante el pasado conflicto y también los de su futura defensa. También que aportaran fondos para la manutención de un ejército de 10 000 soldados británicos apostado en Norteamérica. Durante años, Massachusetts había encabezado la oposición a estas nuevas políticas imperiales, tanto por vías legales como extralegales. Los bostonianos protestaron contra la Ley del Timbre (Stamp Act) que había establecido un nuevo impuesto a todo tipo de papel impreso. Después de que dicha ley fuera rechazada, arremetieron contra las Leyes de Townshend (Townshend Acts) que creaban tasas sobre productos de importación como el cristal, el plomo y el té. Hicieron una petición al gobierno imperial y persuadieron a once colonias para que boicotearan las importaciones de Gran Bretaña. Una multitud de hombres y mujeres se amotinaron, dañaron propiedades e intimidaron e hirieron a funcionarios de aduanas y a individuos que no se plegaron al boicot. Apenas un mes antes de los sucesos de nuestra narración, una muchedumbre de un millar de personas había asediado la casa de un informante de la aduana que había delatado a algunos de sus paisanos norteamericanos por violar la normativa de impuestos imperial. Al disparar este individuo contra aquella masa de gente, un niño de once años se convirtió en mártir de la causa.2

El punto de inflexión había tenido lugar en 1768. Entonces, el gobierno británico envió varios miles de soldados a Boston a proteger el sistema de recaudación de impuestos. Esta demostración de poder militar, similar a la efectuada antes en Irlanda o en Escocia, fue un movimiento de la Corona que se percibió como una provocación. En una población urbana de 15 000 o 16 000 personas, el número de soldados llegó a ser similar al de vecinos de raza blanca de más de dieciséis años. La circunstancia de que entre los soldados abundaran los irlandeses tampoco contribuyó a la paz. Además, el espectáculo de que los tambores afrocaribeños que servían en los regimientos británicos fueran los encargados de administrar los latigazos disciplinarios a los soldados blancos, en el campamento situado en el Common*, ofendió al sentido del orden social y racial de los bostonianos.3

Los soldados británicos no estaban acuartelados solo en barracones, sino también en casas particulares y en almacenes. El ejército situó centinelas en el exterior de los edificios públicos. Se establecieron puntos de control en los que se interrogaba a los transeúntes y se registraban los equipajes. Los soldados borrachos aumentaron los delitos menores y la prostitución. Los casacas rojas apalearon a unos vecinos varones, y algunas mujeres sufrieron intentos de rapto y de agresiones sexuales. La tropa fuera de servicio competía, además, con los trabajadores del puerto por los escasos empleos disponibles, lo que provocó violentos altercados como el sucedido en la cordelería. Los lugareños hostigaban de forma habitual a los casacas rojas, arrojando piedras a los detestados «bloody backs»**. Estos no fueron capaces de impedir del todo los ataques contra los funcionarios de aduanas y sus informadores. Lo cierto es que las tropas, a la vez que servían como demostración de la fuerza imperial, también simbolizaban la erosión de la autoridad de Londres. Tal como Benjamin Franklin había predicho durante una consulta reciente en la Cámara de los Comunes, las tropas británicas enviadas a Norteamérica no se encontrarían con «una rebelión; pero puede que la provoquen».4

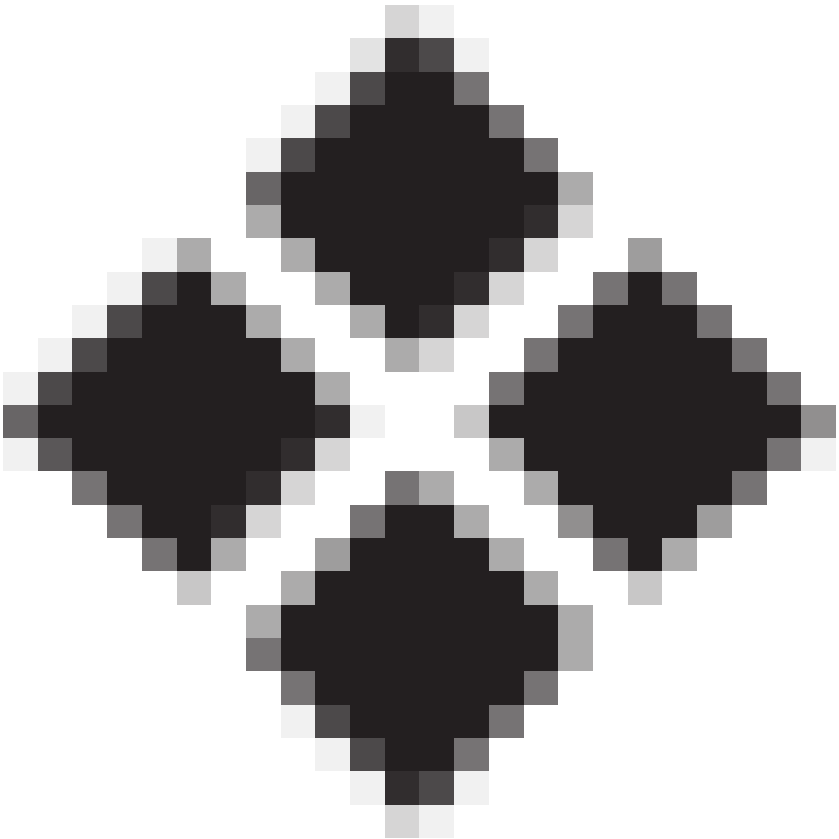
Aquella noche de principios de marzo, John Adams, un ambicioso abogado de Braintree que se había mudado con su joven familia a Boston en 1768, describió los sonidos de la rebelión cerca de la Casa de Aduana: «[…] la gente gritando, dando voces y silbando, algo que, si lo hace un muchacho en la calle, no es cosa que llame la atención, pero que si lo hace una multitud es un griterío que llena de espanto, casi tan terrible como el alarido de los indios». La turba atosigaba a los casacas rojas: «¡Venga, rufianes, malditos espaldas sangrientas, escoria, disparad si os atrevéis, malditos! ¡Disparad y malditos seáis; sabemos que no os atreveréis!». Bien sabían que solo los magistrados civiles podían autorizar a los soldados el empleo de la fuerza para dispersar a una multitud reunida de forma ilegal. También que era improbable que los magistrados de Boston respaldaran el empleo de dicha fuerza en aquel clima político. Lo que tal vez no advirtieron es que todo soldado que temiera por su vida de forma inminente tenía también derecho a disparar en defensa propia.5

Entonces, el capitán Preston, desesperado por calmar los caldeados

ánimos, les pidió a los civiles que se dispersaran. A continuación, sonó un disparo. Momentos antes, uno de los granaderos había sido alcanzado por un objeto. Al parecer, una bola de nieve, o un pedazo de hielo o de madera de corteza blanca, le había golpeado a él o al cañón de su mosquete. Según la mayoría de los testimonios posteriores, el soldado resbaló en el hielo; según algunos, el arma se le escapó de las manos durante unos momentos. Tras levantarse y recuperarla, hizo un disparo, bien fuera de forma deliberada o por accidente. No parecía que nadie hubiera resultado herido. Hubo una breve pausa en la que muchas personas de la muchedumbre corrieron en busca de refugio. Sin embargo, algunos avanzaron hacia los soldados y parece que uno o dos llegaron, incluso, a intentar arrebatarles sus mosquetes. Varios tambores de la milicia de Boston comenzaron a batir el toque de llamada. Un individuo de la multitud se fue contra el soldado que había disparado. En la refriega, el asaltante golpeó con dureza el brazo de Preston con una porra. En aquel momento los granaderos abrieron fuego.

Para cuando Preston consiguió detener los disparos, tres hombres yacían muertos en la nieve, otros dos agonizaban y media docena más habían resultado heridos. Una bala había alcanzado al fabricante de cuerda Samuel Gray, «entrando por su cabeza y reventando una gran parte de su cráneo». Por entre el chorro de sangre, un testigo adivinó un hueco «tan grande como mi mano». Crispus Attucks, un antiguo esclavo de cuarenta y siete años y ascendencia nativa norteamericana y africana, que estaba en Boston de paso, fue derribado por dos balas en el pecho, una de las cuales le «perforó el lóbulo derecho de los pulmones y gran parte del hígado de la forma más horrorosa». Dos balas mataron a James Caldwell, marino mercante. El aprendiz Samuel Maverick, de diecisiete años, recibió en el estómago una bala que había rebotado en una pared. Aunque un doctor pudo después extraer el proyectil, el adolescente falleció durante la mañana. Patrick Carr, inmigrante irlandés de treinta años que trabajaba a sueldo para un fabricante de calzones de cuero, fue impactado por una bala de mosquete que, con toda probabilidad, disparó algún paisano suyo irlandés. La bala «le entró por la cadera derecha, se llevó parte de la columna vertebral e hirió de gravedad el hueso de la cadera». Carr murió diez días más tarde.6

Henry Prentiss había supuesto, en un primer momento, que las armas de los soldados no estaban cargadas. Sin embargo, al ver como caían los hombres a su alrededor, comprendió que estaba siendo testigo de «una escena más trágica que cualquier otra que los ojos de los americanos hubieran presenciado hasta entonces […] ver la sangre de nuestros conciudadanos saliendo de las tripas como agua».7



Al llegar la primavera de 1770, los anglonorteamericanos habían desarrollado ya un profundo sentimiento de agravio contra un imperio que les cobraba impuestos sin su permiso y que les enviaba un ejército en época de paz. Desde Rhode Island hasta el Sur, los colonos intimidaban a los funcionarios de aduanas y dañaban propiedades ajenas. En 1768, los comerciantes de Boston, Nueva

York y Filadelfia habían renovado su decisión de no importar mercancías británicas, medida a la que pronto se unieron Virginia, Maryland y Carolina del Sur. Aunque Gran Bretaña había finalmente rechazado en parte las Leyes de Townshend por efecto del boicot, el impuesto sobre el té, que era el que recaudaba las mayores sumas de dinero, seguía vigente. Ante la próxima llegada de tropas imperiales, el concejo ciudadano de Boston convocó una reunión alegal de todas las poblaciones de Massachusetts, las cuales se apresuraron a condenar «el reclutamiento o la conservación de un ejército permanente» sin la aprobación del pueblo. Por tanto, en 1770, las poblaciones vecinas de Boston ya estaban prestas a sumarse a cualquier escalada posible de la crisis que se estaba cociendo. Además, lo que fuera a suceder en Boston resonaría por todas las colonias.8

Aquella noche de marzo, tras extenderse por la ciudad la noticia de los disparos mortales, las campanas de las iglesias sonaron de nuevo. Los líderes políticos de la ciudad se dispusieron a convocar a miles de hombres que estaban esperando en las poblaciones circundantes la señal para acudir a enfrentarse a los casacas rojas. Al mismo tiempo, el sonido de la llamada a las armas de los tambores británicos despertaba a los soldados, que acudían a la emergencia por toda la ciudad. En su deseo de llegar al centro de la misma, algunos de ellos blandieron sus espadas para abrirse paso a través de las multitudes hostiles; de hecho, unos cuantos recibieron golpes de ciudadanos furiosos. El vicegobernador Thomas Hutchinson, que había acudido a toda prisa a la escena de los disparos, consiguió al fin calmar la situación dirigiéndose a los bostonianos desde un balcón situado en un primer piso: el imperio de la ley prevalecería, se realizaría una investigación exhaustiva y ellos debían dispersarse en paz. La mayoría hizo lo que se les pedía, pero varios centenares de individuos se quedaron hasta la madrugada, mientras se efectuaban unas primeras pesquisas. A las tres de la mañana, el capitán Preston fue puesto bajo vigilancia; a la mañana siguiente, los ocho soldados también fueron arrestados y encerrados en una celda. La señal luminosa convenida para llamar a más colonos armados a Boston no llegó a encenderse nunca y esa noche no hubo más disparos violentos.9

Los participantes y los testigos comprendieron, sin tardanza, la

relevancia de lo que había ocurrido en King Street. Durante las semanas siguientes, ambos bandos intentaron modelar el relato de los sucesos de aquella tarde de cara a ganar la batalla de la opinión pública. Para ello se sirvieron de los testimonios que solicitaron a vecinos del lugar y a soldados. Las autoridades de la ciudad acusaron a los británicos de seguir un patrón de opresión y de crueldad contra los ciudadanos inocentes que había alcanzado su punto cumbre en la confrontación más sangrienta de las habidas hasta entonces, a la que no tardaron en bautizar como «la sangrienta masacre». Los relatos probritánicos, en cambio, subrayaron la naturaleza premeditada del incidente, en el que civiles armados instigaron a los soldados a la lucha con la intención de provocar su eventual retirada. La mañana posterior a los hechos, los británicos comenzaron, de hecho, a evacuar a sus tropas, aunque solo fue a unos pocos kilómetros de distancia, al acuartelamiento de Castle Island. El funcionario colonial Andrew Oliver percibió la complejidad de la situación: «Es difícil establecer quiénes fueron los agresores». Oliver, entonces postrado por la gota, reflexionaba así: «los informes de los muertos y heridos dibujaron en mi imaginación todos los horrores de una guerra civil».10

Una semana después de los disparos, el 12 de marzo, la Boston Gazette publicaba el relato antibritánico que alcanzó mayor repercusión. Boston, según informaba el periódico, había experimentado «una situación traumática: la sangre de nuestros conciudadanos corría como el agua por King Street y Merchants Exchange». Dicha historia no tardó en reimprimirse en otras colonias, donde el resentimiento contra el despótico imperio ya se venía larvando, y también se reprodujo en la prensa británica. El artículo, resaltado por gruesos bordes negros, también refería los funerales de los cuatro primeros mártires de la masacre, a los que asistieron más de diez mil personas, y estaba ilustrado con una xilografía en la que se veían cuatro ataúdes con las iniciales de los asesinados, tibias y calaveras, un reloj de arena y una guadaña.11

Aunque pocos se acordarán, hoy día, de la crónica en prosa publicada en la Boston Gazette, es probable que la mayor parte de los estadounidenses y muchos británicos hayan visto alguna vez la célebre representación de la sangrienta masacre creada por Paul Revere. Este platero y grabador bostoniano adaptó una composición

de Henry Pelham para producir una brillante y polémica obra visual que divergía en varios aspectos de la realidad. El grabado, puesto a la venta apenas tres semanas después del suceso, nos muestra una multitud desarmada nutrida solo por caballeros bien vestidos de raza blanca (y una preocupada mujer ataviada con un chal), en lugar de mostrar la verdadera y abigarrada muchedumbre que allí se reunió, que se dedicó a lanzar proyectiles y que estaba formada por muchachos y trabajadores de los muelles y por aprendices y operarios, en la que también se contaban inmigrantes y antiguos esclavos. Al mencionado grupo se le enfrentan siete agresivos soldados británicos dispuestos como un pelotón de fusilamiento. Un francotirador ha descargado su arma desde una ventana de la Casa de Aduana, hoy también conocida como la Sala del Carnicero (Butchers Hall). Los colonos que adquirían la estampa a menudo encargaban colorearla a mano, de modo que el rojo de los uniformes hiciera juego con la sangre que brotaba de las heridas de las cabezas, los pechos y los vientres de las víctimas.12

La Sangrienta Masacre perpetrada en King Street, Boston, el 5 de marzo de 1770 por un grupo del 29.º Rgto. (Boston, 1770), de Paul Revere.

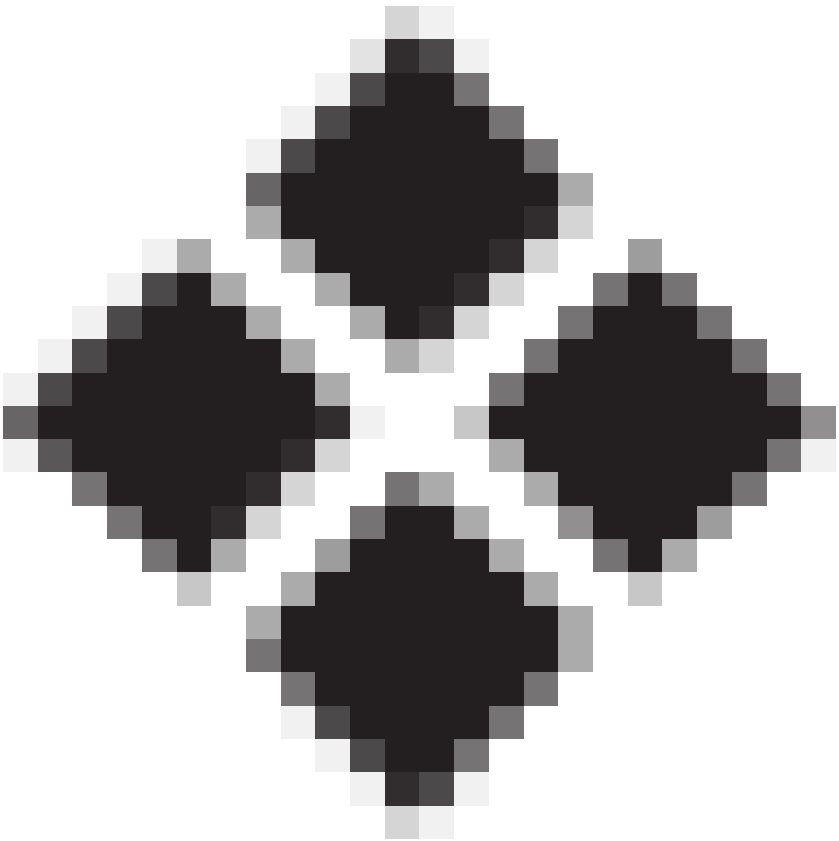
Las autoridades británicas retrasaron los juicios del capitán Preston y sus hombres hasta el otoño, con la esperanza de que para entonces se hubieran templado los ánimos. John Adams, respaldado por los Hijos de la Libertad*** (Sons of Liberty), accedió a servir de abogado de los soldados acusados: en su opinión, todo individuo merecía un juicio justo. Adams argumentó que los casacas rojas

habían actuado en defensa propia ante una masa provocadora; como mucho, los soldados eran culpables de homicidio, no de asesinato. Aludió a las limitaciones de los soldados que se ven obligados a ejercer funciones de antidisturbios urbanos: «Los soldados acuartelados en una populosa población siempre provocarán dos turbas dondequiera que eviten una. ¡Son unos pésimos preservadores de la paz!». El jurado absolvió a Preston y a seis de los soldados. Los dos hombres condenados por homicidio pidieron que se les redujera la pena por ser su primera condena, lo que permitió conmutarles la pena capital. Quedaron libres después de que les marcaran a fuego los pulgares.13

Durante los años siguientes, los pensamientos de John Adams volvieron en repetidas ocasiones a aquella tarde violenta y crucial. El recuerdo de la Masacre de Boston se convirtió en un evento que se conmemoraba cada año, en el que no faltaban las plegarias, la exposición de reliquias y los paseos guiados por el lugar donde había corrido la sangre. En el tercer aniversario, en 1773, Adams recordó la ansiedad que le produjo encargarse de la defensa legal de los soldados británicos. Por otro lado, se enorgullecía de haber servido para garantizar que los acusados recibieran un juicio justo: había sido «una de las Acciones más caballerosas, generosas, valientes y desinteresadas de toda mi Vida». Había rendido un servicio de verdadero patriotismo, ya que una sentencia de muerte «habría sido una odiosa Mancha sobre este País, igual que, antiguamente, las Ejecuciones de Cuáqueros o de Brujas». En su diario, Adams anotó: «[…] según la Evidencia, el Veredicto fue exactamente correcto». Sin embargo, no había «razón alguna para que la Ciudad no llamara Masacre a la Acción de aquella Noche».14

Las reflexiones de Adams tal vez suenen contradictorias, pero revelan la razón por la que la Masacre de Boston ha conservado su fuerza simbólica a lo largo de los siglos. Los disparos habían sido el producto no planeado de la violencia de la opresión imperial al chocar con la violencia de la resistencia de los colonos. Para quienes vivieron los años de la revolución y la guerra, las heridas sufridas por once hombres aquella noche –heridas que presagiaban las lesiones traumáticas o letales que pronto sufrirían decenas de miles– se convertirían en la metáfora de las heridas abiertas de los norteamericanos con los demás súbditos del mismo imperio a

ambos lados del Atlántico. Para los revolucionarios, las muertes de King Street simbolizaron la resistencia de los norteamericanos ante la irracional crueldad británica. Dicho argumento era falso, tal como Adams demostró ante un tribunal, pero, sin embargo, tuvo éxito. En 1786, Adams, que entonces servía en el puesto de primer embajador de los Estados Unidos en la Corte de Saint James, resumió el complejo legado del acontecimiento en una osada afirmación: «Aquella noche se pusieron los cimientos de la independencia americana».15



Un cuarto de milenio después, en la memoria popular sobre la Revolución estadounidense, la Masacre de Boston es una especie de anomalía: es un suceso violento que sí reconocemos y recordamos. Sin embargo, la Revolución también fue violenta en formas que no

recordamos, o que no podemos llegar a imaginar, porque se les ha puesto una sordina o incluso porque han sido borradas por completo del relato convencional. Aunque desde el siglo XVIII se haya invocado a la Revolución estadounidense, una y otra vez, en defensa de todo tipo de causas –el ejemplo actual más prominente tal vez sea la oposición del Tea Party a la reforma del sistema de protección sanitaria–, su violencia inherente se ha minimizado a menudo. El resultado ha sido que se ha perpetuado una narración en exceso sentimental de la guerra que dio origen a los Estados Unidos. Incluso los retratos de los hambrientos y desharrapados soldados de George Washington, que nos los muestran tiñendo con sus pies de rojo la nieve de Valley Forge, son la evocación nostálgica de unos mártires, y no la representación de unos guerreros curtidos en batalla. La memoria popular estadounidense sobre esta época tiende a centrarse en unos admirables hombres blancos que debatían sobre la independencia en unas reverenciadas salas de Filadelfia, o en Mount Vernon y Monticello****, «como si la guerra –escribe el historiador Edward Larkin (y nosotros añadiríamos, como si la violencia ejercida de unos norteamericanos sobre otros)– fuera solo algo coincidente o secundario a la Revolución».16

Hay buenas razones que explican por qué los estadounidenses pintan su revolución y su guerra de independencia como una historia heroica e inspiradora, como el triunfo de unos ideales elevados frente al abuso imperial, como una lucha unida y unificadora para construir una nación que desembocó en unos Estados Unidos libres e independientes. Sin embargo, al optar por lo anterior, corren el riesgo de ignorar lo que aquellos hechos tuvieron de divisivos y de violentos. Para comprender la Revolución y la guerra –el propio nacimiento de la nación– debemos devolver la violencia, en todas sus formas, al relato. Ese es el objetivo de mi libro.

Con el término «violencia» me refiero al empleo de la fuerza física con la intención de matar, herir o causar daños a personas o a propiedades. También a la violencia psicológica, es decir, el empleo de amenazas, de tácticas de amedrentamiento, humillación y brutalidad para introducir el temor en la gente e influir en su conducta y sus decisiones. Los patriotas norteamericanos se

sirvieron, para forzar el éxito interno de su revolución, de campañas de terror contra los lealistas. Los patriotas defendieron la independencia de su nueva nación ante el Imperio británico en la guerra de mayor duración que ha tenido lugar en Norteamérica. Los patriotas trataron de ganar esa guerra estableciendo una distinción entre formas válidas e ilegítimas de violencia. Lo hicieron de maneras que se amoldaban a sus ideales políticos: buscaron ganar la guerra moral –que corría paralela con la que se libraba en los campos de batalla– subrayando la brutalidad del enemigo y, a la vez, intentando no sobrepasar los límites que permitían las normas de la guerra mayoritariamente aceptadas en la época. Después de una década de guerra civil, la violencia adicional que se ejerció contra los perdedores de la Revolución complicó el tránsito a una paz que asentara la nación. Cuando, al final de la guerra, los estadounidenses siguieron divididos sobre los usos aceptables de la violencia y los límites de esta, se hizo patente que las heridas que habían infligido y soportado –físicas, psicológicas y metafóricas– habían conformado, en lo más hondo, la naturaleza, el resultado y el legado de su conflicto fundacional.17

Mi curiosidad sobre la violencia de la era de la Revolución comenzó hace una década, mientras investigaba para la redacción de mi libro anterior, Empires of the Imagination [Imperios de la imaginación]. Al estudiar ejemplos de obras de arte del siglo XVIII, encontré una serie de monumentos erigidos a lealistas norteamericanos en iglesias y catedrales de distintos lugares de Inglaterra. Estos iban desde pequeñas lápidas situadas en iglesias regionales hasta un notable sarcófago de mármol que se halla en la abadía de Westminster, pero siempre con un elemento común: todos contaban historias de lealistas norteamericanos que habían sido tratados de forma brutal, perseguidos, desposeídos y finalmente expulsados del país con temor de perder la vida. Todos estos restos conmemorativos, que evocaban una época en la que no había «apenas […] un pueblo de Inglaterra en el que no hubiera algún rastro de América», hablaban de la violencia psicológica y física infligida sobre individuos que se habían opuesto a la Revolución.18

Aquellas terribles historias de persecución y sufrimiento se me quedaron grabadas, sobre todo, porque eran difíciles de reconciliar con la narración convencional de la Revolución como un

acontecimiento mesurado y, en gran medida, no violento. Deseoso de revelar las historias que escondían aquellos vestigios conmemorativos, acudí a los archivos y descubrí que muchas de las narraciones detalladas que los lealistas habían compuesto durante la guerra, e inmediatamente después, reforzaban lo que había visto. Dichos informes describían escenas de humillación, amedrentamiento, tortura e, incluso, algún que otro linchamiento. Sin embargo, los estudiosos habían prestado escasa atención a estos actos violentos entre norteamericanos. Quienes vivieron la Revolución se refirieron a ella como una guerra civil, y escritores del pasado siglo se han expresado a veces en términos similares. Sin embargo, la mayoría del público estadounidense, e incluso muchos historiadores, aún parecen remisos a admitir el concepto de conflicto civil como una forma adecuada de describir la Revolución. Tal vez esto no deba sorprendernos, ya que pasar a contemplar la Revolución como la primera guerra civil de los estadounidenses nos obliga a enfrentarnos al núcleo mismo del terror.19

En la lectura de los relatos de los participantes descubrimos que los patriotas, que en general no solían mencionar la violencia que ejercían contra los lealistas, se encendían con una indignación apasionada cuando se trataba de la crueldad que ellos habían sufrido a manos de los bárbaros británicos y de sus auxiliares lealistas, indios y alemanes. Los patriotas acusaron a los británicos de saqueo y destrucción indiscriminada, de masacres en los campos de batalla, de violaciones, de maltrato de prisioneros, e incluso de la deportación de prisioneros norteamericanos a Asia, o a África convertidos en esclavos. También tuvieron que enfrentarse a la cuestión moral de cómo responder a dichos abusos, puesto que la violencia fluía en todas direcciones.

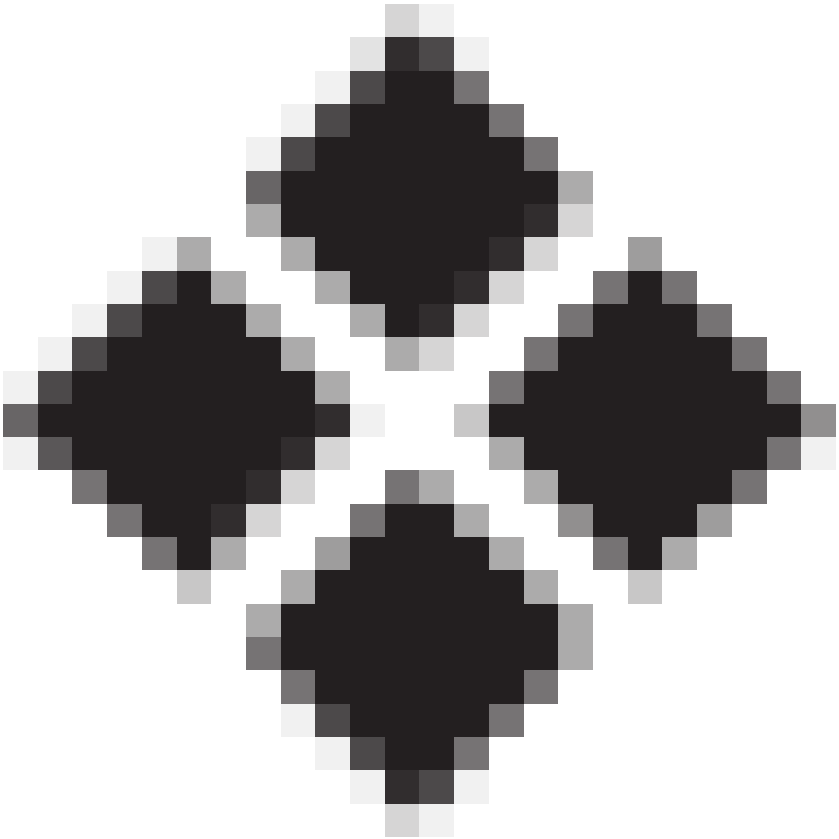
Los informes de los líderes políticos y militares británicos confirman las historias de la brutalidad que aplicaron los patriotas estadounidenses a sus vecinos lealistas. También describen actos de crueldad contra combatientes y prisioneros británicos por parte de las fuerzas revolucionarias. Además, revelan los problemas estratégicos y éticos a los que se enfrentaron los ministros del gobierno y los generales del Ejército, que tuvieron que diseñar una estrategia de contrainsurgencia para someter a unos súbditos de raza blanca, protestantes y angloparlantes, en un momento en que

su propia nación se encontraba muy dividida sobre esta cuestión. Las escenas que nos dibujan tanto norteamericanos como británicos nos permiten, asimismo, reconstruir, al menos en parte, las aportaciones y los sufrimientos de las poblaciones negra y nativa norteamericana en ambos bandos del conflicto.

La enorme dimensión y la omnipresencia de la violencia generada por la furia partidaria de la Revolución y por más de siete años de guerra queda patente en los textos y las imágenes que nos han llegado de entonces. La correspondencia de personajes destacados, los diarios de hombres y mujeres particulares, los panfletos políticos, las estampas populares y los registros del Congreso ilustran con viveza el torbellino de brutalidad que arrastró a ambos bandos. Igual que con la Masacre de Boston, estas fuentes nos muestran también cómo la violencia marcó las historias que los participantes contaron sobre la revolución, la contrarrevolución y la guerra. Pese a todo, ni los historiadores académicos de la Revolución, ni tampoco sus cronistas más populares, han estudiado este aspecto de la guerra de forma sistemática.

En este libro, acompañaremos a los protagonistas por los campos de batalla y los campamentos; iremos a prisiones en tierra firme, bajo esta o en el mar; a las granjas y al interior de los hogares. Descubriremos cómo todos los bandos emplearon el terror: los patriotas contra los lealistas; las fuerzas británicas y sus auxiliares lealistas y alemanes contra los combatientes, prisioneros y civiles rebeldes; el Ejército Continental de George Washington contra los nativos norteamericanos, y los blancos y los negros del Sur enfrentados unos contra otros. Nos acercaremos a las pruebas físicas de la violencia: a las heridas de bayoneta en el cadáver destrozado de un soldado; a la historia de la violación de una niña por soldados enemigos; a las demacradas figuras de los prisioneros de guerra plagados de piojos; a la cabeza cortada de un esclavo que había sido espía y que servía como advertencia a otros para que no se unieran a los británicos; a las columnas de humo que se alzaron en los puertos marítimos de Nueva Inglaterra, en plantaciones sureñas y en los vastos campos de maíz de Iroquoia. Lealistas, mujeres, antiguos esclavos o rebeldes cautivos, todos ellos experimentaron formas específicas de violencia. De todas direcciones surgen narraciones de persecuciones y atrocidades, de sufrimiento y de

sacrificio, de mejora de la vida en común y de venganza, así como intentos de mesura en las acciones, algunas veces con éxito, otras en absoluto.



Si la violencia fue un factor fundamental en cómo los patriotas estadounidenses y sus enemigos vivieron el momento fundacional de los Estados Unidos, ¿por qué se la ha arrinconado a los márgenes de la historia que se nos suele contar? En primer lugar, en los Estados Unidos de la posguerra, los lealistas que habían sido derrotados en la Revolución, y la violencia de la que habían sido objeto, fueron excluidos de forma sistemática del discurso oficial. Tal como R. R. Palmer escribió en su clásico The Age of the Democratic Revolution hace más de medio siglo, «el “consenso estadounidense” descansa, en cierto grado, en la eliminación, en el

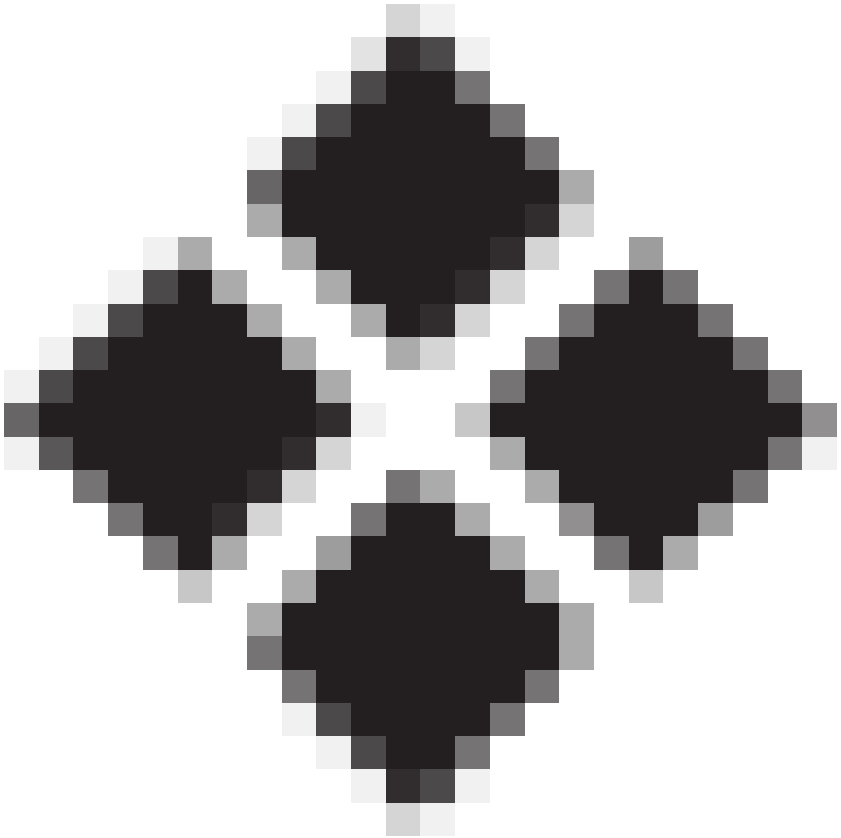
interior de la conciencia nacional, […] de un elemento de disensión que una vez fue importante y relativamente numeroso». También puede achacarse parte de la culpa a cierta tendencia británica a ignorar, a propósito, las derrotas más desastrosas como si nunca hubieran sucedido. Aquella pérdida tan enorme para el Imperio británico sucedió pese a que se había movilizado militarmente a uno de cada siete hombres aptos, y aunque se habían reclutado numerosas fuerzas auxiliares en Alemania para luchar junto con los lealistas blancos, así como a nativos norteamericanos y a antiguos esclavos. En una fecha ya tan posterior como 1833, sir John Seeley, notable historiador de Cambridge especializado en el Imperio británico, describió la Revolución estadounidense como un episodio embarazoso sobre el «que hemos convenido, de un modo tácito, no mencionarlo siempre que nos sea posible».20

Con el tiempo, incluso el énfasis que en la época revolucionaria se ponía en la sangre derramada por los patriotas en defensa de su nueva república ha dado paso a una narración de la guerra extrañamente incruenta, una narración que encaja a la perfección con una visión de la Revolución como un suceso mesurado y poco violento. Los textos magistrales de historiadores de finales del siglo XX y de los primeros años del siglo XXI, como por ejemplo Bernard Bailyn, Gordon Wood y T. H. Breen, que dominan las clases de las facultades estadounidenses, se centran en las ideas e ideales de la Revolución, y, en su mayoría, ignoran los traumas físicos y psicológicos que sufrieron tantas personas que la vivieron. Al mismo tiempo, las biografías sobre los Padres Fundadores que más se venden continúan ofreciendo una visión romántica de la época revolucionaria.21

Los estadounidenses, tanto en el ámbito académico como en el debate público, no suelen evitar el tema de la violencia en su historia y en su cultura, tendencia que perciben tanto en la historia de la colonización, en el avance de la frontera hacia el oeste y en la esclavitud, pero no en la Revolución. Asimismo, no rehúyen la cuestión de la violencia que caracteriza a la vida actual en Estados Unidos y a su actuación internacional, de lo que dan prueba los debates sobre las numerosas muertes relacionadas con armas de fuego, o las controversias que surgen sobre el empleo de acciones militares preventivas o los ataques con drones. Sin embargo, llama

la atención que los estadounidenses se queden mudos en lo que se refiere al nacimiento de su nación. Un historiador del nacionalismo durante los primeros años de la república ha pedido, con sensatez, que «debemos intentar comprender el nexo que existe entre nacionalismo y violencia» en los Estados Unidos, en especial porque pocos Estados nación «son tan conocidos por su proclividad hacia la violencia».22

Esta ceguera parcial contrasta, de forma muy aguda, con la familiaridad general actual acerca de la carnicería de los campos de batalla, el sufrimiento de los prisioneros y la muerte durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. De hecho, pareciera que el reconocimiento de los innegables horrores de dicha guerra ha convertido en más acuciante todavía la necesidad de conservar un concepto inmaculado del conflicto anterior. «Para muchos estadounidenses, la Revolución es la última visión romántica de la guerra que les queda», escribe la historiadora Carol Berkin. La imaginan como algo «pintoresco e inocuo», una imagen que resulta atrayente en una «época de guerras genocidas, terrorismo y agrios debates sobre el significado del patriotismo». Sin embargo, precisamente porque afrontamos un mundo inseguro, azotado por insurgencias y guerras civiles, revoluciones abortadas y Estados fallidos, los estadounidenses deben enfrentarse a su propio nacimiento tumultuoso. Es hora de acabar con la idealización romántica que persiste en torno al conflicto fundacional de los Estados Unidos.23



Devolver, mediante la escritura, la violencia a la historia de la Revolución, nos recuerda que la guerra por la independencia de los Estados Unidos causó, en proporción, más sufrimiento humano que cualquier otra guerra de la historia del país, a excepción de la Guerra Civil. Desde nuestra perspectiva actual, las cifras absolutas de aquella violencia nos parecen modestas. Es fácil olvidar que la suma de los patriotas muertos en batalla –entre 6800 y 8000–, más los 10 000 que murieron por enfermedad en los campamentos militares y los 16 000 o incluso 19 000 que perecieron en cautiverio equivaldría, porcentualmente, a 3 millones de nuestra población actual, y la cifra sería notablemente mayor si calculáramos la tasa porcentual de patriotas muertos solo respecto de la población que el bando patriota tenía en 1775 o en 1783. En la Guerra de la Revolución murieron diez veces más estadounidenses per cápita que

en la Primera Guerra Mundial, y casi cinco veces más que en la Segunda Guerra Mundial. La tasa de muertes entre los prisioneros de guerra en la época de la Revolución fue la mayor de la historia del país. Además, un mínimo de 20 000 británicos y de varios miles de lealistas, nativos norteamericanos, alemanes y franceses también perdieron la vida. La Revolución exigió sacrificios adicionales al acabar la guerra; entonces, alrededor de 1 de cada 40 estadounidenses se fue al exilio para siempre, cantidad equivalente a 7,5 millones respecto de la población actual.24

Como demuestra la Masacre de Boston, a los seres humanos implicados en una lucha les resulta tentador recordar solo la violencia sufrida por su bando e ignorar la soportada por los demás. Es clave, por tanto, que nos acerquemos a la era de la Revolución de forma sistemática, a través de distintas perspectivas: las que nos ofrecen los patriotas, los lealistas, los británicos, los nativos norteamericanos, los negros y los alemanes que participaron. Esto nos permitirá superar las narrativas centradas en una única perspectiva nacional y nacionalista, tanto estadounidenses como británicas, y ver más allá de sus diversos mitos, exageraciones y omisiones. También nos ayudará a no caer en la trampa de categorizar a uno u otro bando como meras víctimas, traidores o crueles agresores durante lo que los estadounidenses llaman Guerra de la Revolución y los británicos denominan Rebelión Americana o Guerra de Independencia de Estados Unidos. Es en este sentido en el que, por mi parte, como especialista en historia británica nacido en Alemania que no se ha criado con los mitos de Gran Bretaña ni con los de Estados Unidos, pero que durante las últimas dos décadas ha investigado y enseñado a ambos lados del Atlántico, espero ofrecer una nueva perspectiva.25

Las muertes estadounidenses debido a las atrocidades británicas, así como las víctimas de las campañas de terror del general Washington en territorios indios, nos exigen tener en cuenta distintas perspectivas. Lo mismo sucede con los lealistas norteamericanos. En la década de 1770, a la vez que miles de colonos, individuos comunes, se unían a la insurgencia contra lo que percibían como opresión imperial, entre un quinto y un tercio de la población blanca mantuvo un sentimiento favorable a Gran Bretaña, aunque esto no siempre se reflejara en hechos. Otro segmento de la

población no tenía ningún interés notorio ni por una causa ni por la otra, o cambiaría de bando. Sin embargo, todo aquel que no se definiera públicamente como patriota corría el riesgo de ser estigmatizado y perseguido como enemigo de los Estados Unidos. Esto se ve en lo que un neoyorquino le escribió a una amistad londinense acerca de su dilema: «No hallo gusto en las guerras civiles y no es posible ser solo un espectador». A medida que escalaba la crisis entre Londres y las colonias, los patriotas pusieron el punto de mira tanto en sus adversarios declarados como en los que no se habían significado. Y lo hicieron no solo con argumentos morales, sino también con amenazas y violencia física. No hubo guillotina en Boston, Nueva York o Charleston como habría en París dos décadas después, pero la forja de la nueva nación conllevó la exclusión forzosa no solo de los esclavos negros y de los nativos norteamericanos, sino también de los blancos de origen europeo que no se adscribieran al proyecto revolucionario. Aparte de los nobles ideales de la Revolución, los incidentes violentos no fueron excepciones desafortunadas dentro de una revolución contenida y ordenada. Más bien, y sobre todo en la experiencia vivida por los lealistas, fueron la norma. Tanto los partidarios de la Revolución como sus adversarios llegaron a experimentar la violencia inherente de la misma como una característica definitoria que dio sentido a su lucha.26

La Masacre de Boston también nos muestra que la violencia no puede separarse de las historias sobre la violencia. La realidad física de la violencia y las costumbres políticas, retóricas y morales en las que se insertó estaban entretejidas indefectiblemente. Las narraciones de la violencia, tanto como la ideología, ayudaron a formar alianzas y a movilizar apoyos, bien a favor de la independencia o bien del Imperio. Las historias de persecución, sufrimiento y sacrificio permitieron, tanto a patriotas como a lealistas –y también a los británicos–, darle un sentido a la Revolución, la guerra civil y la rebelión colonial. Por medio de dichas historias, cada bando reclamó para sí una superioridad moral con la que ganarse el apoyo de la población de las colonias y la simpatía de la opinión pública de Gran Bretaña y del resto de Europa. En la guerra, tanta influencia tuvo el poder de persuasión como la estrategia, el número de efectivos disponibles o la logística. No solo importaba la forma en que cada bando manejaba la guerra

–tanto en sentido material como ético–, sino qué historias podía contar sobre su conducta y sobre la de sus adversarios.27

Un retrato más fiel de aquella época nos permite comprobar que la Revolución estadounidense no fue una gloriosa excepción. Igual que otras revoluciones modernas, y pese a todos sus efectos transformadores (y positivos), exigió una escalada de violencia y de terror para sustentarse y para combatir a sus enemigos domésticos. Desde la perspectiva del vencedor, el precio de disfrutar la libertad y la independencia justificó el cruel tratamiento que se dio a muchos compatriotas. Al mismo tiempo, no obstante, Washington, Adams y sus camaradas tenían la firme determinación de librar la guerra contra Gran Bretaña de una forma acorde con sus ideales. Una política de comportamiento humanitario, en palabras de Adams, hacia los combatientes y prisioneros enemigos, demostraría que ellos eran más civilizados que los británicos. Es innegable que la realidad, a menudo, no estuvo a la altura de esas loables aspiraciones. Pero, en el instante del violento nacimiento de los Estados Unidos, los fundadores impulsaron a su nueva nación con un sentido de propósito moral. Si la razón de ser de los Estados Unidos no descansa en una «etnia, lengua o religión común», sino en un «conjunto de creencias», tal como nos recuerda el historiador Gordon Wood, debemos incluir entre dichas creencias la convicción de que una sociedad debe sostener sus valores fundamentales incluso –y muy en especial– en tiempos de guerra. La proyección exterior de la ejemplaridad estadounidense, tanto como la aplicación del poder de la nación en el exterior, fue un principio de actuación en la política internacional asumido por los fundadores; se trata de un concepto que los líderes políticos actuales harían bien en recordar.28

Este cuadro sin adornos de la Revolución nos ayuda, por fin, a reconocer la fiereza que la caracterizó, a valorar sus logros duraderos y a discernir sus legados más complejos. A lo largo de la contienda, los norteamericanos se enfrentaron al problema moral de los límites del empleo de la violencia frente a enemigos foráneos e internos. Los Estados Unidos de la posguerra, a diferencia de lo que sucedió en Francia, en Rusia y en otras sociedades después de una revolución, evitaron caer en una dictadura, en un régimen militar y –a excepción de la Guerra de 1812– en otra guerra civil. Pese a

todo, este resultado también conllevó contradicciones no resueltas para el emergente imperio estadounidense abanderado de la libertad. La más dolorosa y violenta fue el afianzamiento y la ampliación de la esclavitud, así como la exclusión de los nativos norteamericanos seguida de su destrucción y «eliminación». Cuando la mayoritaria población blanca se dispuso a construir una nación, tras una década de conflicto civil, tanto los vencedores como los perdedores de la Revolución llevaban consigo las cicatrices físicas y psicológicas de la guerra, la persecución y el terror, unas cicatrices que, en el mejor de los casos, solo admitieron de forma selectiva y que, a menudo, ocultaron en parte.

Generaciones de estadounidenses, desde entonces, han afrontado los violentos comienzos de su nación con una mezcla de recuerdo y de olvido. La represión de los traumas, la negación del terror y el blanqueamiento de la violencia han ayudado a alimentar el mito de la excepcionalidad estadounidense, un mito que encaja con el relato heroico de la guerra originaria. Sin embargo, echar una nueva mirada a las cicatrices de la independencia a través de los ojos de quienes participaron en ella, en todos los bandos, nos ayudará a desenmarañar las tensiones inherentes entre las aspiraciones morales de los Estados Unidos y sus tendencias violentas. Hoy, que nos adentramos en un mundo azotado por guerras, conflictos civiles e insurgencias, la comprensión de cómo la violencia se relaciona con la construcción de las naciones, y cómo se la representa y se la recuerda, sigue siendo una cuestión crucial.29

Notas

1. Mi descripción de la Masacre de Boston y sus antecedentes, a menos que se indique otra cosa, se basa en Archer, R., 2010; Hoerder, D., 1977, 219-241; Bourne, R., 2006, 145-168; York, N. L., 2010a; Shy, J. W., 1965, 306-319; Ferling, J. E., 2010a, 65-66; id ., 2011, 26-34; Zobel, H. B., 1970, con la cita tomada de Davis en

191. Lo mejor es leer a Zobel junto con Maier, P., 1971 y Lemisch, J., 1970.

2. Podemos encontrar una breve visión general de los contextos y causas a corto y largo plazo de la Revolución en Conway, S., 2013, cap. 1. Una introducción concisa a las protestas coloniales de 1764-1770 la tenemos en Ulrich, L. T., 2013; Yiruch, C. B., 2013; Archer, R., op. cit ., caps. 1-5. Acerca de la naturaleza y la cronología de la violencia prerrevolucionaria, véase Bourne, R., op. cit ., 148-152; Hoerder, D., op. cit ., 219-223; Gilje, P. A., 1987; Rapoport, D. C., 2008, 167-194; Tiedemann, J. S., 2010, 387-431.

3. Dickerson, O. M. (comp.), 1970; Archer, R., op. cit ., 126-135, y los apartados acerca de los soldados irlandeses y afrocaribeños en 106 y 117. En cuanto a la percepción de la existencia de un ejército permanente como una provocación, en el contexto de la historia británica y de sus colonias norteamericanas en los siglos XVII y XVIII, véase Griffin, P., 2012, 88. Acerca de la subestimación, por parte del gobierno británico, de las reformas fiscales y de la imposición de un ejército permanente, véase Rhoden, N. L., 2013, 275.

4. York, N. L., op. cit ., 21-25 (cita de Franklin 21).

5. Adams es citado en Zobel, H. B., op. cit ., 290. «¡Venga, rufianes […]» está tomado de «Extract of a Letter from Boston, Mar. 19, 1770», en New-York Gazette , 2 de abril de 1770. Sobre esta cuestión y el párrafo siguiente, véase en especial a Archer, R., op. cit ., 190-193.

6. Todas las citas extraídas de la Boston Gazette , 12 de marzo de 1770, excepto la del espectador, John Hickling, a quien cita Zobel, H. B., op. cit ., 199.

7. Prentiss es citado en Carp, B. L., 2010, 42.

8. Ulrich, L. T., op. cit ., 64-84; Yiruch, C. B., op. cit ., (cita 91).

9. Archer, R., op. cit ., 202; Zobel, H. B., op. cit ., 205; Bourne, R., op. cit ., 163; A Fair Account of the Late Unhappy Disturbance at Boston in New England , 1770, 9, 19; Lepore, J., 2013, 155.

10. Las declaraciones publicadas que se reunieron en apoyo de las versiones bostoniana y británica de los sucesos pueden consultarse, respectivamente, en A short narrative of the horrid massacre in Boston, Perpetrated in the Evening of the Fifth Day of March , 1770, enviado a Londres por Samuel Adams, y cuya portada está decorada con una imagen de Revere, y en A Fair Account …, 1770. En cuanto a las deposiciones de los 22 soldados y civiles británicos registradas por un juez favorable que trabajaba para Hutchinson, véase BNA CO5/88, XC1580. Véase también York, N. L., op. cit ., 129-157. Andrew Oliver a Benjamin Lynde, 6-7 de marzo de 1770, en MHS Collections Online, disponible en <http://www.masshist.org/database/2714?ft=Boston%20Massacre&from=/features/massacre/initial&noalt=1&pid=34> .

11. Todas las fechas son de 1770: Boston Gazette , 12 de marzo. También en el Connecticut Journal (suplemento), 16 de marzo; New Hampshire Gazette , 16 de marzo; Providence Gazette , 10-17 de marzo; Royal Pennsylvania Gazette , 22 de marzo; Georgia Gazette , 11 de abril. También en los siguientes periódicos británicos: Lloyd's Evening Post , 20-23 de abril; The St James's Chronicle , 21-24 de abril; Dublin Mercury , 28 de abril a 1 de mayo. Pueden encontrarse versiones neutrales y probritánicas en Boston Chronicle , 8 de marzo; New-York Journal , 15 de marzo; New-York Gazette , 2 de abril.

12. Acerca de Revere, véase York, N. L., op. cit ., 32; Lepore, J., 2010, 63. Acerca del papel revolucionario de la tripulación improvisada, véase Linebaugh, P., Rediker, M., 2000, cap. 7. Hubo que esperar a que William C. Nell publicara The Colored Patriots of the American Revolution en 1855 para que Crispus Attucks fuera descrito como de raza negra.

13. En cuanto a los juicios, véase The trial of William Wemms, James Hartegan, William M'cauley ,…; [Wemms, W.], 1807; « Adams' Argument for the Defense, December 3-4, 1770», Founders Online, disponible en <https://founders.archives.gov/documents/Adams/05-03-02-0001-0004-0016> . Acerca de las tareas antidisturbios realizadas por soldados que carecían de armamento no letal, véase Lenman, B., 2001, 199-200.

14. John Adams (JA), Diary, 5 de marzo de 1773, disponible en <https://founders.archives.gov/documents/Adams/01-02-02-0003-0002-0002> .

15. JA a Matthew Robinson, 2 de marzo de 1786, WJA , vol. VIII, 383-385.

16. La cita está tomada de Larkin, E., 2009, 126. Acerca de la distorsión de la memoria colectiva estadounidense sobre la Revolución y la guerra, véase McDonnell, M. A. (ed.), 2013b, 5, 20-21, 35 (nota 7), y passim . Véase también Griffin, P., op. cit ., 155. La apropiación antihistórica de la fundación de la nación por la derecha estadounidense se analiza en Lepore, J., op. cit . Aunque los especialistas han estudiado más recientemente algunos aspectos de la violencia revolucionaria –las guerras indias; los combates de partisanos y guerrilleros en el interior del Sur y en la frontera de Nueva York; o la suerte de los prisioneros recluidos en la ciudad de Nueva York– dichos trabajos especializados siguen siendo aún demasiado fragmentarios como para reflejar en su totalidad la naturaleza y el significado de la violencia y de su politización, y aún no han calado en el relato popular acerca de la Revolución. El lector puede encontrar, en las notas de los capítulos siguientes, referencias detalladas a los importantes trabajos de Wayne E. Lee, Edwin Burrows, Sarah Purcell, John P. Resch y otros.

17. Las ideas acerca de la violencia varían según las épocas. Al establecer cómo los protagonistas de todos los bandos definían los límites de lo que consideraban violencia legítima, y al comprobar cómo invocaban estos límites o los rompían, podemos intentar valorar las acusaciones que hubo de violencia excesiva y de crímenes de guerra. Al mismo tiempo, los rumores, las exageraciones y las acusaciones de violencia no demostradas que aparecen en las fuentes históricas pueden proporcionar información valiosa acerca de la mentalidad de los actores históricos, sus miedos, sus dilemas morales y sus estrategias retóricas. El Oxford English Dictionary (OED) define como «violencia» el «ejercicio deliberado de fuerza física contra una persona, propiedad, etc.». En un contexto legal, también se considera violencia «el empleo ilegal de la fuerza física y la intimidación mediante la exhibición de dicha fuerza». Véase [en el citado diccionario inglés] « violence , n.» y «

terror , n.», en <http://www.oed.com> . «Terror» era una palabra empleada de forma habitual por ambos bandos para referirse al temor extremo ante la violencia física y psicológica o la amenaza de ella, y al empleo del miedo para intimidar a la gente. Véase, en este sentido, Robert Beverley Letterbook, LOC; Dartmouth a William Howe (WH), 5 de septiembre de 1775, BHQP 31; George Washington (GW) al Continental Congress Camp Committee [29 de enero de 1778]. A menos que se indique otra cosa, la correspondencia de Washington y las órdenes militares están citadas a partir de PGW . En cuanto a la ambivalencia estadounidense acerca de las leyes de la guerra, véase Witt, J. F., 2012, 15, 48.

18. Hoock, H., 2010, 75-81 (cita 75).

19. Los historiadores se han sentido más cómodos admitiendo una serie de guerras civiles locales en Nueva Jersey, Nueva York o el interior del Sur. Como ha señalado David Armitage, tendemos a considerar la guerra civil y la revolución como realidades antitéticas: «Las guerras civiles son destructivas; las revoluciones son progresistas […] Las guerras civiles señalan el hundimiento del espíritu humano; las revoluciones su desenvolvimiento y autorrealización». Armitage, D., 2009, 20. Una definición funcional del concepto de guerra civil, que tiene en consideración a Stathis Kalyvas, puede encontrarse en ibid ., 2006, 19: «violencia colectiva organizada dentro de una misma comunidad política que lleva a la división de la soberanía y, en consecuencia, a una lucha por la autoridad». Acerca de las dinámicas de la revolución y de la contrarrevolución, véase Bannister, J., Riordan, L., 2012b, 5. La marginación de los lealistas puede consultarse en Jasanoff, M., 2011.

20. Palmer, R. R., 1959, 190. Acerca de la movilización británica, véase Conway, S., 2000, cap. 1. Seeley aparece citado en Gould, E. H., 2000, vol. XVI.

21. Bailyn, B., 1967; Wood, G. S., 1992; véase también, más reciente, Breen, T. H., 2010. La historia de Founders Chic puede consultarse en Cogliano, F. D., 2005.

22. «[…] debemos intentar»: Smith-Rosenberg, C., 2010, 1-2. Sobre la violencia en la historia y la cultura estadounidenses, véase, de

forma muy sucinta, Brown, R. M., 1975, que contiene referencias al nacimiento violento de la nación en 5 y 7; Hofstadter, R., Wallace, M. (eds.), 1970; Bellesiles, M. A. (ed.), 1999; Waldrep, C., Bellesiles, M. A. (eds.), 2006; Slotkin, R., 1973; Silver, P. R., 2008; Neely, M. A., 2004 y 2007; Tirman, J., 2011.

23. Faust, D. G., 2008, contiene poderosas ideas desmitificadoras acerca de la Guerra Civil. En cuanto a la Guerra Civil y la cultura de la muerte, véase también Schantz, M. S., 2008. Berkin, C., 2005, p. IX.

24. El 1,25 % de los norteamericanos murieron en el bando patriota, frente al 0,12 % y el 0,28 % que perecieron en la primera y en la segunda guerras mundiales, y al 1,6 % que murió en la Guerra Civil. Si suponemos que alrededor de 200 000 patriotas tomaron las armas durante el conflicto, entonces más del 17 % de dichos soldados murieron, comparado con el 13 % de pérdidas que sufrió la Unión durante la Guerra Civil. Mis estimaciones proceden de Peckham, H. H., 1974; Burrows, E. G., 2008, 204; Shy, J. W., 1976a, 249-250; Kulikoff, A., 2013, 218; y, McDonnell, M. A., op. cit ., 21, 29. Acerca de las bajas británicas, véase Bunker, N., 2014, 382-383 n. 7.

25. Los análisis comparativos y transnacionales pueden consultarse en Jasanoff, M., 2008. Spring, M. H., 2008, vol. XIII, subraya que las narraciones acerca de las campañas escritas para una audiencia popular muestran preferencia por las fuentes patriotas antes que por las lealistas, británicas y alemanas.

26. Incluso si damos por válida la estimación más moderada, según la cual los que firmaron algún documento, hicieron negocios con el Ejército, tomaron las armas o huyeron a las líneas británicas o hacia el exilio sumaban solo alrededor del 20 % de la población, esto significa que alrededor de 400 000 personas se opusieron a la Revolución. John Adams estimó en un tercio de la población los que se opusieron de forma activa a la Revolución; en otra ocasión se refirió a «un tercio […] contrario a la revolución», un «tercio que se les oponía» y otro «tercio intermedio» que dudaba. JA a Thomas McKean, 31 de agosto de 1813, WJA , vol. X, 62-63; JA a James Lloyd, enero de 1815, ibid ., 108-114. La estimación clásica de un 20 % de población lealista viene de Smith, P. H., 1968. Acerca de la

dificultad para fijar las cifras, véase Jasanoff, M., 2010 y 2011. Véase también Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 2000, 234; Shy, J. W., op. cit ., 236. Los diversos grados del lealismo pueden verse en Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Davis, R. S., 2010, 11. Muchos norteamericanos probritánicos intentaron mantenerse al margen mientras les fue posible: Labaree, L. W., 1948, 158; Young, H. J., 1955, 76 [tesis doctoral]; Kim, S. B., 1993. Acerca de los desafectos, véase McDonnell, M. A., 2000. «No hallo gusto»], en J. Seagrove a Jn. Blackburn Esq., Nueva York, 2 de julio de 1775, Dartmouth MSS, II/1348 [copia].

27. Sobre la violencia y la fuerza retórica y emocional de las descripciones de la violencia, véase, por ejemplo, Cleves, R. H., 2009, 12-15. Las historias más antiguas de la Revolución –como Davidson, P., 1941, Bowman, A., 1943, y Berger, C., 1976– hablan de «propaganda», la difusión sistemática y manipuladora de información. Yo prefiero verlo como una guerra polémica, entendiendo por «polémica» «lo concerniente a la discusión o la controversia; lo contencioso, que causa disputa y combate», o tomando prestada la terminología de Lepore, J., 1998, la guerra de las palabras. Véase la definición inglesa de « polemical , adj.» en OED , en <https://www.lexico.com/definition/polemic> .

28. Brown, R. M., op. cit ., 42; Thompson, P., 2015. Los Adams: JA a Abigail Adams, 15 de febrero de 1777, disponible en <http://www.masshist.org/digitaladams/archive/doc?id=L17770217ja> . Una «[…] etnia común», en Wood, G. S., 2006, 4. Mientras la idea de la escritura de este libro iba tomando forma, los presidentes Clinton y Obama les recordaban a los estadounidenses la importancia de conducir la política exterior mediante la ejemplaridad. Véanse Clinton, W. J., Speech at Democratic National Convention , 27 de agosto de 2008, disponible en <https://www.nytimes.com/2008/08/27/us/politics/27text-clinton.html> y, Obama, B. H., Inaugural Address , 20 de enero de 2009, disponible en <https://obamawhitehouse.archives.gov/blog/2009/01/21/president-barack-obamas-inaugural-address> .

29. La ideología excepcionalista puede consultarse en Howell, W. H., 2013, 94; Hodgson, G., 2009; Pease, D. E., 2009.

_____

*N. del T.: El Common bostoniano era un área de pasto de uso común que con el tiempo se convertiría en un parque. Durante el periodo del relato las tropas británicas establecieron un campamento en el mismo.

** N. del T.: Denominación arcaica empleada para referirse a los soldados británicos. Lit., «espaldas sangrientas», tal vez porque eran objeto de castigos corporales con relativa frecuencia.

*** N. del T.: Los Hijos de la Libertad (Sons of Liberty) eran una organización secreta dedicada a la defensa de los derechos de los colonos y a luchar contra la implantación de impuestos en las trece colonias británicas de Norteamérica.

**** N. del T.: Mount Vernon y Monticello eran los nombres de las plantaciones y residencias respectivas de George Washington y de Thomas Jefferson.

74-69309

London, Printed for R. Sayer & J. Bennett, Map & Print Sellers, No 53, Fleet Street, as the Act directs, Augt 25th 1776.

G3300
1776
.D8
Vault
5.—
Copy 1

Library of Congress
NOV 21 1974

4417846
22.2.54

Mapa del Imperio británico en Norteamérica (Londres, 1774), de Samuel Dunn y Robert Sayer.

Capítulo 1

A la caza del tory

El 25 de enero de 1774 fue un día de frío intenso en Boston. Medio metro de nieve cubría el suelo. John Malcom, un funcionario menor de aduanas de cincuenta y un años, iba camino de su casa desde su oficina cercana al puerto. Unos viandantes que pasaban por allí le observaron maldecir y amenazar físicamente a un niño pequeño montado en un trineo que parecía haber embestido contra él. George R. T. Hewes, un pobre zapatero que cuatro años antes había llevado a una de las víctimas heridas de muerte durante la Masacre de Boston a un doctor, intervino para proteger al chiquillo. Siguieron gritos y empujones. Malcom golpeó a Hewes en la cabeza con su bastón, dejándolo inconsciente unos instantes. Los espectadores pararon, entonces, la pelea y Malcom regresó a casa. Sin embargo, la muchedumbre no iba a dejarle marchar con facilidad. Aunque la escena parecía haber sido solo un altercado privado, aquella noche los bostonianos se aseguraron de que su respuesta llevara el sello de la justicia revolucionaria.1

Antes de asumir el puesto que entonces ocupaba, Malcom había trabajado al servicio del Imperio británico como capitán de Marina y como oficial del Ejército por todo el teatro norteamericano durante la Guerra de los Siete Años. Había adquirido notoriedad a lo largo y ancho de las colonias después de que, en 1763, se le arrestara por deudas y falsificación. Una década después, cuando trabajaba como interventor, fue suspendido de su empleo por negligencia y extorsión. Muchos bostonianos conocían su escabroso pasado. También es probable que recordaran que, en 1771, Malcom había ayudado al gobernador de Carolina del Norte, sir William

Tryon, a sofocar de modo sangriento el alzamiento de la Regulación, una revuelta de campesinos del interior contra los impuestos coloniales y los funcionarios del fisco.

Al anochecer, un número importante de individuos se reunió fuera de la casa de Malcom, al final de Cross Street. Después de que Sarah Malcom no consiguiera dispersarlos, su marido se asomó por una ventana y atacó a un hombre con su espada, perforándole el pecho. A continuación, Malcom blandió unas pistolas cargadas y exclamó que mataría un buen número de contrincantes para recibir la recompensa del gobernador. Entonces, el gentío comenzó a traer escaleras para asaltar la casa, a lo que el matrimonio respondió atrincherándose en una habitación del segundo piso. Sin embargo, los atacantes no tardaron en conseguir entrar por una ventana. Los furiosos intrusos cogieron por la fuerza a Malcom y, como este declararía más tarde, «con violencia [lo] sacaron fuera de la casa, lo golpearon con palos y luego lo colocaron en un trineo que habían preparado».

Algunos caballeros comenzaron a preocuparse, en aquel momento, porque aquel asunto se descontrolara. Pidieron moderación y recurrir a la justicia oficial. Pero no había forma de detener a la arrebatada multitud –1200 personas, según el diario de un comerciante local, aunque lo más seguro es que se tratara de una exageración–, para la cual Malcom se había «comportado de la forma más caprichosa, insultante y temerariamente abusiva». Anne Hulton, recién llegada de Inglaterra y cuyo hermano era notario de aduanas en Boston, tuvo náuseas al ver como Malcom sufría «una cruel tortura», en la que primero «lo desnudaron del todo en una de las noches de frío más intenso de este invierno […] le dislocaron el brazo al arrancarle la ropa».

La mayoría de los coetáneos conocían ya, sin duda, el procedimiento que Malcom iba a tener que soportar. Si alguno necesitaba refrescarse la memoria, podía consultar la receta que había recordado otro lealista de Massachusetts: «En primer lugar se desnuda a la persona, luego se calienta la brea hasta que esté fina y entonces se vierte sobre la piel desnuda, o se unta con un cepillo de brea, quantum sufficit [la que haga falta]». Aquella noche, la muchedumbre se hizo con un barril de brea en un embarcadero

cercano. «Después, se espolvorean con generosidad sobre la brea, mientras esta sigue caliente, tantas plumas como se le vayan quedando adheridas». Es posible que los torturadores de Malcom, al comenzar su tarea aquella noche, hubieran traído consigo algunas almohadas de sus propios hogares. «Entonces se acerca una vela encendida a las plumas y se intenta que todas prendan fuego; si arden, mucho mejor. Sin embargo, como el experimento se hace, a menudo, con tiempo frío», igual que aquella noche de enero, «entonces no tendrá éxito; se coge entonces un dogal, se le pone alrededor del cuello a la persona, y se la pasea montada en un carro».

John Malcom (París, 1784) de François Godefroy. En esta estampa

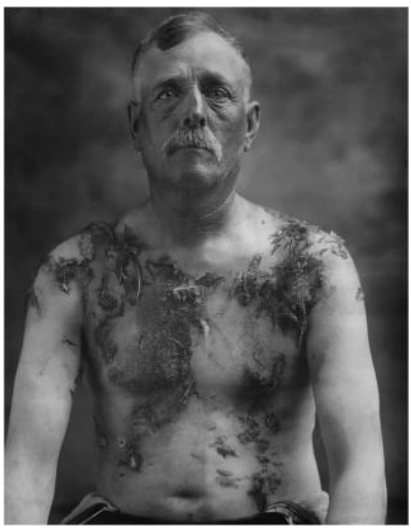
francesa puede verse como se baja a John Malcom a un carro ante la mirada de hombres y mujeres de distintos grupos sociales.

Después de que Malcom fuera llevado a la fuerza a un carro, sus agresores vertieron brea caliente por su cabeza y amplias zonas de su cuerpo. La pez le quemaba la piel y le escaldaba la carne. Después la multitud lo cubrió de plumas y luego empujó el carro hasta la Town House –donde tenían su sede el gobernador, la cámara legislativa y los tribunales–, que podemos ver ilustrada en el centro de la imagen de la Masacre de Boston creada por Revere. Lo azotaron con dureza en distintos lugares y, a medio camino entre la residencia del gobernador y la Sala de Juntas de Old South (Old South Meeting House), le ordenaron que maldijera a Thomas Hutchinson, el entonces odiado gobernador real de la provincia de la Bahía de Massachusetts, cuya casa había sido prácticamente desbaratada por una turba que se alzó contra la Ley del Timbre en 1765. Malcom se negó. Lo llevaron al Árbol de la Libertad, un enorme olmo situado en la esquina de Essex donde, de nuevo, declinó con valor (o con temeridad) insultar al gobernador. Entonces lo arrastraron al patíbulo municipal con una cuerda alrededor del cuello que hacía presagiar lo peor, pero incluso así no cedió. ¿Podían, al menos, «ejecutar sus amenazas en lugar de continuar con su tortura»?, les rogaba entonces Malcom. Le inmovilizaron las manos en la espalda, lo ataron al patíbulo, o tal vez pasaron la cuerda por encima del poste horizontal, y le golpearon con sogas y palos. Según un testimonio, amenazaron con cortarle las orejas. Los torturadores le pidieron de nuevo que maldijera al rey y al gobernador, pero él, desafiante, los acusaba a todos de traidores. Al final, con la brea ya solidificándose en su cuerpo aterido, Malcom no pudo más y maldijo tal como le ordenaban.

Tras ultrajarlo y humillarlo, los atormentadores de Malcom sumaron una última agresión. Le hicieron tragar una cantidad ingente de té a la salud del rey y de otros miembros de la familia real. Malcom se atiborró del líquido hasta que se puso pálido y «llenó el cuenco que acababa de vaciar». Lo golpearon de nuevo hasta la Casa de Aduana y durante todo el camino hasta Copp's Hill,

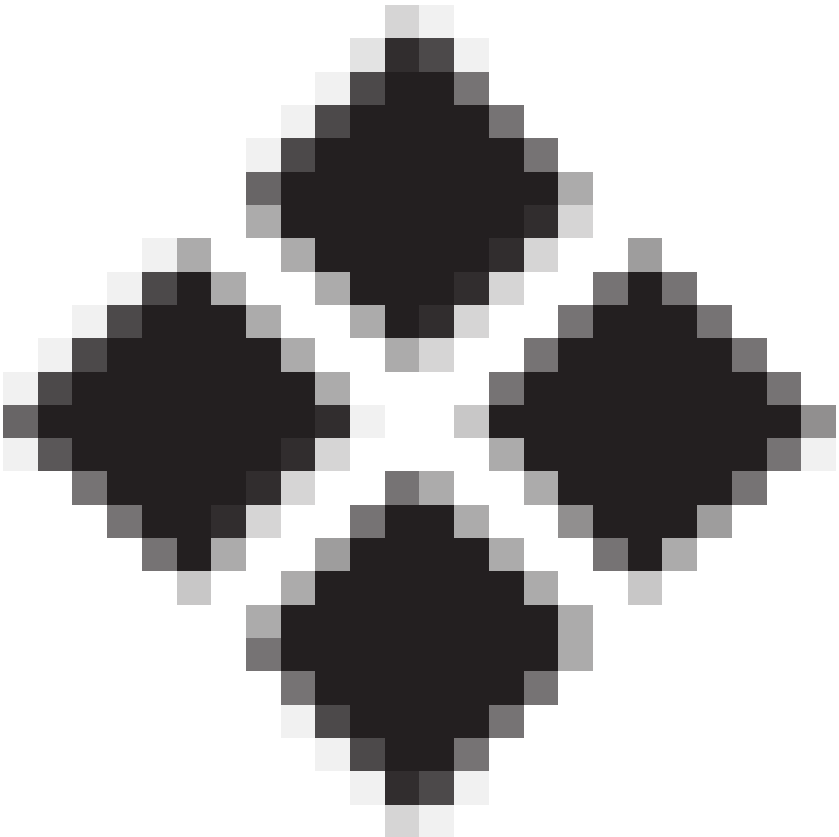
donde concluyó aquel «espectáculo de horror y crueldad gratuita», según lo describió Anne Hulton, que había durado cinco horas. George R. T. Hewes, que más tarde se distanciaría de la brutalidad callejera (y que tampoco había esgrimido ningún arma durante la noche de la Masacre de Boston), había seguido la procesión con una sábana para proteger a Malcom, que se encontraba en un estado de hipotermia. En torno a la medianoche, ya de vuelta en el exterior de la vivienda de la víctima, por fin «lo arrojaron rodando del carro igual que a un perro». Los médicos, escribió Hulton, pensaban «imposible que esta pobre criatura pueda vivir. Dicen que la carne se le despega de la espalda a tiras».

Malcom sobrevivió. Su recuperación física sería lenta y empezó, tal vez, por el limpiado de la brea de su cuerpo. Es posible que para ello se empleara aguarrás, igual que se hizo con otras víctimas también embreadas y emplumadas. Asomaría la piel ensangrentada y, probablemente, partes de ella se irían también con la brea, lo que provocaría heridas en la carne viva. Pasarían muchas semanas antes de que pudiera abandonar la cama; durante el resto de su vida llevaría las cicatrices de su suplicio.



Estas fotografías de John Meints, que fue embreado y emplumado en Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial por no

apoyar las campañas de emisión de bonos de guerra, son una muestra elocuente de la brutalidad física de dicho castigo.



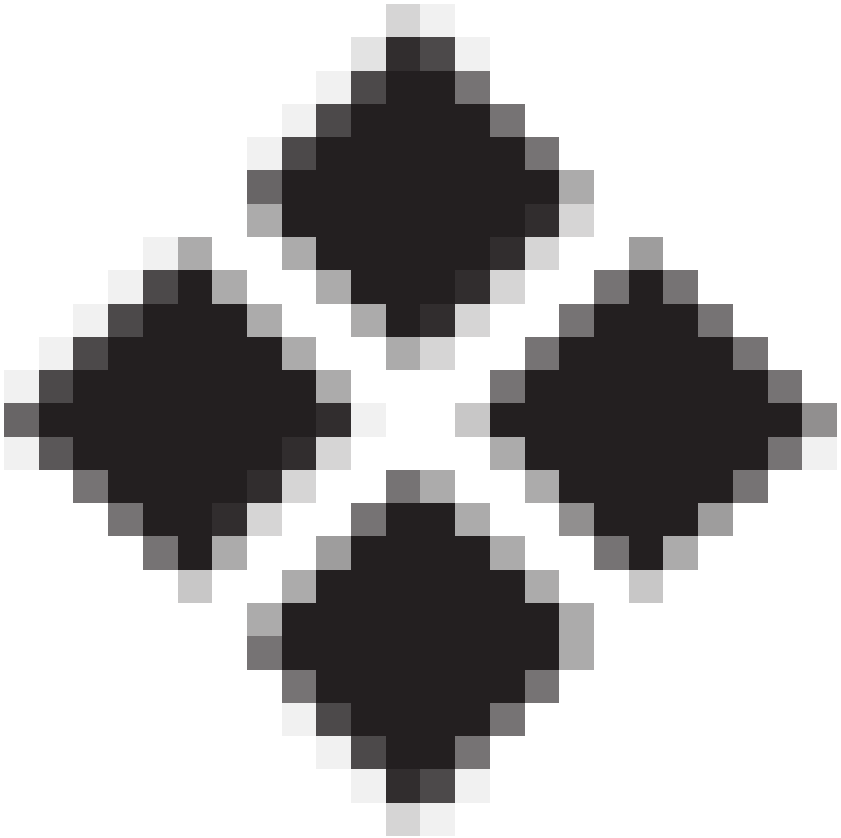
La tortura de Malcom, casi cuatro años posterior a la Masacre de Boston, sucedió en un momento en que la ciudad volvía a situarse en el centro de la discordia entre las colonias y la autoridad imperial. Después de que Gran Bretaña sacase las tropas de Boston y rechazara la aprobación de la mayoría de las Leyes de Townshend, habían seguido tres años de mayor tranquilidad. Sin embargo, en 1773, las tensiones volvían a aumentar de nuevo. El gobierno británico decidió sufragar los salarios del gobernador de Massachusetts y de los jueces con la suma que se recaudaba mediante el impuesto del té, que no se había eliminado. Esta decisión no tuvo en cuenta a la asamblea de la propia colonia.

Además, la Ley del Té de aquel año, promulgada para ayudar a la Compañía de las Indias Orientales a pagar su deuda, concedió a un número reducido de comerciantes, los llamados consignatarios del té, el derecho exclusivo, monopolístico, de la venta de té en Norteamérica. Pronto, una coalición de políticos, artesanos y comerciantes de Boston que habían sido desplazados de dicho comercio pusieron el punto de mira en dichos consignatarios y en sus almacenes. El 16 de diciembre de 1773, varios cientos de individuos –comerciantes, artesanos, aprendices y adolescentes del lugar, entre los que estaba el zapatero Hewes– abordaron tres barcos amarrados en el embarcadero de Griffin y arrojaron 46 toneladas de té por la borda para impedir su venta.2

El gobierno británico tuvo noticia del motín del té bostoniano a finales de enero de 1774. El primer ministro, lord North, acusó a la ciudad de ser la «cabecilla de toda la violencia y oposición a la ejecución de las leyes de este país». Durante los meses siguientes, el Parlamento aprobó severas medidas legales para castigar a Boston por la destrucción de propiedad privada y por resistirse a la autoridad imperial. El Edicto del Puerto de Boston (Boston Port Bill) cerró dicho puerto hasta que se pagaran por completo las indemnizaciones debidas. Una enmienda a la norma legal de Massachusetts permitió al gobernador nombrar concejales, jueces y alguaciles. Una normativa impuso que todo oficial o soldado del rey que fuera acusado de un delito capital pudiera ser juzgado en Inglaterra y no en el ámbito local. Otra ley permitió que las tropas imperiales pudieran acuartelarse desde ese momento en viviendas deshabitadas. Al mismo tiempo, la Ley de Quebec (Quebec Act) amplió la frontera de dicha colonia hacia el sur. Esta medida protegía la forma de vida de los católicos franceses, pero también limitaba la expansión hacia el oeste de las colonias que formarían los Estados Unidos.

Estas Leyes Coercitivas (llamadas también Leyes Intolerables por los rebeldes), en lugar de servir para contener la insurgencia norteamericana, tal como había esperado el gobierno británico, ayudaron a aunar la opinión pública en sentido inverso por todas las colonias. Mientras, desde Nuevo Hampshire hasta Virginia, los colonos continuaban sus protestas relacionadas con el té, a lo largo de la primavera y el verano de 1774 también se organizaron para

emprender una acción política concertada. En septiembre, 56 delegados enviados por las cámaras legislativas de 12 de las colonias (solo Georgia se abstuvo) acudieron a Filadelfia, entonces la ciudad más grande de Norteamérica. La mayor parte de aquellos hombres, de una edad media de cuarenta y cinco años, eran muy ricos, y algunos de ellos tenían ya amplia experiencia como legisladores en las asambleas de las colonias. Se reunieron durante siete semanas en el Carpenters' Hall. El logro más notable de este Congreso Continental fue aprobar la Asociación Continental (Continental Association), un acuerdo de boicot para impedir las importaciones y el consumo de mercancías británicas, así como la exportación hacia la metrópoli. Los delegados esperaban que, al resultar perjudicadas las manufacturas, los ingresos y el comercio británicos, el boicot obligaría a Gran Bretaña a anular la legislación «ideada para esclavizar a estas colonias». El Congreso Continental, armado con la experiencia obtenida en los boicots económicos anteriores, que habían sido de naturaleza más fragmentaria, diseñó la nueva Asociación Continental para que abarcara a todas las colonias e implicara a todos los sectores de la sociedad, no solo a los comerciantes. Para poner en práctica este ambicioso plan, el Congreso creó un sistema de control y de hostigamiento, por medio del cual algunos norteamericanos se dedicaban a vigilar y valorar las palabras y las acciones de sus compatriotas.3



Para poner en práctica el boicot diseñado en el acuerdo de la Asociación, el Congreso Continental exigió que se eligiera «un comité en cada condado, ciudad y villa» de cada colonia «para observar con atención la conducta de todas las personas en contacto con esta Asociación». Si se descubría que un individuo no seguía el boicot, era denunciado (o, a veces, denunciada) en los periódicos, para que «todos los adversarios de los derechos de la América británica puedan ser conocidos de forma pública, y para que sean repudiados por todo el mundo como enemigos de la libertad americana». Es fácil imaginar cuán siniestras deben haberles sonado estas palabras a los oídos de los escépticos, y no digamos ya a quienes se oponían al boicot. El Congreso Continental no entró en el detalle de cómo habían de funcionar estos comités; cada uno de ellos tenía libertad para establecer normas adicionales. Nadie sabía

el resultado exacto que este experimento de control popular acabaría teniendo.

No tardaron en formarse, por todas las colonias, «comités de seguridad», su ominosa denominación imitaba la de grupos similares que se habían organizado durante la Guerra Civil inglesa, en el siglo anterior. En la primavera de 1775, ya había 7000 hombres que servían en estos cuerpos. Al teniente lealista James Moody le parecía que los rebeldes «enloquecían a casi todo el país» con sus comités y sus amenazas de «¡Únete o muere!». Los comités investigaban y castigaban a los sospechosos de violar las reglas de la Asociación. Cualquier persona que consideraran desleal a la causa norteamericana estuvo, desde entonces, en riesgo de ser perseguido. En los pueblos y las comarcas, a lo largo de todas las colonias, los comités crearon un clima social peligroso que amenazaba con violencia psicológica y física a quienes los revolucionarios llamaban con desprecio tories y nosotros hoy llamamos lealistas.4

Según un estereotipo asentado hace mucho tiempo, los lealistas eran sobre todo individuos blancos y anglicanos pertenecientes a las élites acomodadas. Pero lo cierto es que entre los lealistas no solo había funcionarios imperiales y grandes terratenientes, sino también comerciantes, granjeros, tenderos, panaderos, sastres, así como artesanos pobres y trabajadores. Y no solo eran anglicanos: entre ellos también había cuáqueros, metodistas, hugonotes franceses y católicos irlandeses. La documentación histórica nos ofrece alguna que otra instantánea demográfica: de entre los vecinos varones de Deerfield, Massachusetts, que habían sido identificados como lealistas –y que comprendían entre un tercio y la mitad del total de la población–, un 40 % eran comerciantes, propietarios de tabernas y artesanos, un 30 % granjeros y un 15 % profesionales. Había lealistas en todos los estratos sociales y en todas las regiones geográficas. No es aventurado afirmar que no había ningún colono norteamericano en 1775 que no conociera a algún lealista.5

Los patriotas solían mofarse de los lealistas acusándolos de que se movían por intereses personales y materiales. Decían que los tories ansiaban cargos públicos y riqueza, prestigio e influencia. La verdad

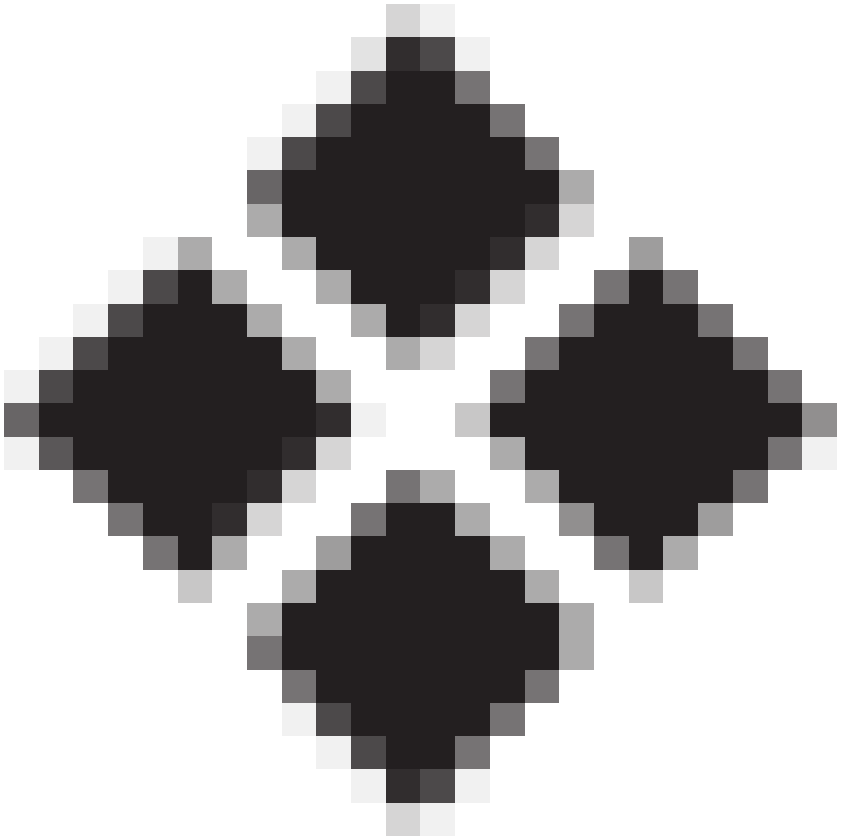
es que, igual que las motivaciones de los revolucionarios eran diversas, también los lealistas actuaban tanto por principios como por pragmatismo. Estos compartían con los patriotas «inquietudes sobre el acceso a la propiedad de tierras, el mantenimiento de la esclavitud y la regulación del comercio colonial», tal como ha apuntado la historiadora Maya Jasanoff. Hasta bien entrado 1775, la mayoría de los integrantes de ambos bandos profesaban lealtad hacia el monarca británico. Los lealistas sentían un profundo compromiso con las protecciones constitucionales de sus libertades, y muchos también coincidían con los patriotas en que algunas políticas británicas eran inadecuadas o incluso inaceptables. Sin embargo, a diferencia de los revolucionarios, que acabaron por buscar la creación de una república independiente, los lealistas no dejaron de ser súbditos leales al rey Jorge III y deseaban resolver cualquier desacuerdo dentro del marco constitucional existente. Para ellos, la separación de la madre patria amenazaba con un trauma económico y con la destrucción de sus redes sociales personales. Muchos también dudaban de que Norteamérica pudiera ganar una guerra contra el poderoso Imperio británico.6

Además de por su ideología y sus creencias, los lealistas también se movían por intereses individuales y de grupo. Durante el transcurso de la guerra, muchos norteamericanos tuvieron que dilucidar qué ejército podría proteger mejor a sus familias y sus propiedades, y con frecuencia se vieron obligados a repensar sus opciones según cambiara la situación militar en su área. Minorías como los escoceses de las Tierras Altas residentes en Carolina del Norte, los anglicanos en Nueva Inglaterra, los inmigrantes alemanes en Pensilvania o los granjeros holandeses en Nueva Jersey tuvieron una tendencia a inclinarse por el bando que les parecía más tolerante, el Imperio británico, en lugar de apostar a favor de una mayoría norteamericana potencialmente más opresiva. De modo similar, varias decenas de miles de esclavos huidos que se unieron a los británicos y muchos de los pueblos indígenas norteamericanos, como, por ejemplo, cinco de las seis tribus iroquesas, esperaban, tal vez, que el Imperio británico, más diverso, los trataría mejor, en caso de resultar vencedor, que los blancos Estados Unidos si estos vencían.7

A medida que se agravaron las diferencias entre patriotas y

lealistas, no tardaron en llegar a cortar en dos las comunidades e, incluso, las familias. Tal vez el ejemplo más famoso es el de los Franklin de Filadelfia: Benjamin, que hasta 1774 había sido el mejor amigo del Imperio en Norteamérica, se convirtió entonces en uno de sus enemigos más furiosos e implacables; mientras que su hijo William, último gobernador de la Corona en Nueva Jersey, llegó a ser uno de los jefes más apasionados de los lealistas norteamericanos. La Revolución también dividió a familias menos conocidas, tanto de ascendencia blanca como africana. Por ejemplo, los Whitecuff: Benjamin Whitecuff fue un hombre libre negro que espió a favor de los británicos y prestó servicio en su Ejército y más tarde en la Marina Real. Su padre, también hombre libre, era granjero y luchó, con el grado de sargento, en el bando patriota, igual que su hermano. Benjamin fue capturado dos veces y escapó de la horca en ambas por poco; su padre y su hermano cayeron ambos en la guerra.8

Los lazos familiares no ablandaban siempre los corazones. Cuando John Adams declaró que habría colgado a su propio hermano si este hubiera sido lealista, la verdad es que esto le resultaba a él más fácil de decir que a otros, puesto que no tenía ningún hermano al otro lado de la querella política. Caso distinto fue el de Gouverneur Morris, delegado en el Congreso proveniente de Westchester (Nueva York), quien mantuvo una estrecha relación con sus dos hermanas lealistas; además, su madre y la mayor parte de sus cuñados y hermanastros eran también lealistas. Morris, con todo y eso, en su papel de perseguidor de lealistas, abogaba por las ejecuciones en público: el terror amilanaría a los dudosos e inspiraría a otros a luchar por la causa de los Estados Unidos.9



Los comités de seguridad obtenían información sobre los individuos sospechosos de distintos modos. Unos vecinos denunciaban a otros, a veces de forma anónima y otras sin ocultarlo. Si un comité decidía actuar a partir de testimonios o de rumores, lo habitual era que interrogara al sospechoso, escuchara a testigos y, a veces, interceptara la correspondencia del acusado o registrara su vivienda en busca de pruebas incriminatorias. Si la mayoría de los miembros del comité decidía que los cargos presentados contra un individuo estaban justificados, lo más frecuente era presionarlo para que renegara de su comportamiento y pidiera disculpas. Si, llegados a ese punto, el sospechoso no se plegaba al ritual que le exigían de apología y readmisión en la comunidad, entonces era habitual que los rebeldes lo humillaran en público y pidieran a la comunidad que cortara todo tipo de relación con él. Un autor escribió que ser

declarado enemigo de su país era «una especie de infamia […] más horrible, para un hombre libre, que la horca, el cepo o la estaca». En aquella sociedad, cuyos miembros estaban unidos por lazos muy estrechos, estas reprensiones públicas no eran, en absoluto, un mero acto retórico sin consecuencias: podían socavar las relaciones de confianza entre vecinos y socios comerciales, así como amenazar la reputación de una víctima y con ello su capacidad de obtener crédito o de ganarse la vida. Dado que el ostracismo tenía consecuencias tan graves, condenar a alguien a la muerte social ante la comunidad era, en sí misma, una forma de violencia.10

Algunos comités vigilaban sus distritos de un modo más proactivo y le pedían al conjunto de la población que les informara sobre las personas de las que se supiera que eran de lealtad dudosa, incluso aunque esto incitara a que muchos individuos se sirvieran de estas denuncias para ajustar cuentas privadas. En la primavera de 1775, la totalidad del comité de seguridad de Wilmington (Carolina del Norte) visitó de uno en uno todos los hogares para pedir que el cabeza de cada familia firmara un documento en apoyo de la Asociación, o que explicara, en caso de negarse, sus motivos. Fueron pocos los que, ante la presión de sus propios vecinos congregados a la puerta de su casa, osaron no poner su firma. Pese a todo, once wilmingtonianos se negaron; estos disidentes fueron condenados al ostracismo y humillados por el Cape-Fear Mercury, una publicación creada ex profeso para ese tipo de propósitos.11

Los comités, que operaban fuera de la ley y que exigían el cumplimiento de los mandatos de la Asociación Continental, afectaron las vidas de los colonos de maneras intimidatorias y a veces violentas. Impusieron controles de precios sobre varias mercancías, por ejemplo, el azúcar y la carne; revisaban las facturas y los libros de cuentas de los comerciantes; vigilaban las aduanas e inspeccionaban los cargamentos de los barcos. En distintas colonias, el primer acto violento de la Asociación sucedió al llegar a los puertos buques con cargamentos que, según las nuevas normas, estaban prohibidos. Cuando el buque Peggy Stewart atracó en Annapolis (Maryland) y su dueño pagó el impuesto que ordenaba la Ley del Té, unos vecinos enfurecidos le quemaron el barco. Por toda la extensión de la costa este, varios comerciantes y propietarios de barcos a los que se les detectó la importación y venta de mercancías

boicoteadas fueron embreados y emplumados, o se les amenazó con ese castigo.12

Bajo el nuevo código de consumo, la gente comenzó a no atreverse a comportamientos tan en apariencia inocuos como ofrecerle a un vecino, o a un viajero cansado, tomar un té, esa «hierba pestilente», según el lenguaje empleado por los patriotas. Los escritores lealistas llamaron la atención sobre la hipocresía de un régimen, cada vez más tiránico, que se había fundado en nombre de la libertad. En palabras de un poeta: «¿Hombres castigados legalmente por no violar la ley? / ¿Embreados, emplumados y carreteados por beber Bohea [té negro]? / ¿Y por fuerza y opresión obligados a ser libres?». Los lealistas y los funcionarios británicos pronto se dieron cuenta de que el sistema de comités creaba una atmósfera de suspicacia, temor y terror similar, decían algunos, a la Inquisición española.13

Lo que dijeras en público podía traerte problemas con los miembros de la Asociación, y lo mismo sucedía con tus gestos o tus acciones. Muchos fueron cazados por frases que alguien hizo parecer desleales, tal vez proferidas bajo los efectos del alcohol, o, tal como refirió un lealista, simplemente «dichas sin pensar que serían tomadas en cuenta». Los lealistas conscientes de que se les vigilaba, o que ya tenían algún familiar arrestado, prevenían a sus seres queridos para que tuvieran cuidado con lo que decían. La lealista Christina Tice, en una carta que fue interceptada por los patriotas, tranquilizaba a su marido diciéndole: «[…] ningún rebelde tendrá nunca el placer de conocer, por mi comportamiento externo, mis inquietudes interiores». Los individuos menos cuidadosos se arriesgaban a ser investigados si alguien les oía criticar al comité local, si brindaban por el rey o cantaban Dios salve al rey en la compañía equivocada, o si expresaban dudas sobre la capacidad de los Estados Unidos de resistir a Gran Bretaña.14

Los miembros de los comités no eran los únicos individuos que se dedicaban a imponer la lealtad. La Revolución también fue una época de violencia tumultuaria, en la que los comités colaboraron y a veces compitieron con las turbas locales en la persecución de los sospechosos de disidencia política. Estas acciones de las masas estaban enraizadas en la cultura política de la época. En las colonias

británicas de Norteamérica, las multitudes amotinadas y las turbas habían tenido un papel destacado en numerosas controversias económicas y políticas. En la década de 1770, muchas comunidades locales continuaron esta tradición encargándose de quienes se sabía o se sospechaba que no apoyaban la causa de la independencia. Los «vigilantes del pueblo» ayudaban así a imponer las lealtades políticas.15

Es cierto que algunos comités intentaron limitar los excesos de las turbas. A principios de 1775, el comité de Northampton, en Nueva Jersey, intentó calmar los ánimos tras las graves acciones llevadas a cabo por una masa contra lealistas locales. El comité, apelando a la unidad, recalcó que tanto el Congreso Continental como el Provincial habían pedido el empleo de métodos pacíficos y también habían declarado que las formas con que se habían tratado a algunos lealistas habían sido «repugnantes a los dictados de la humanidad y a los preceptos de la religión». En alguna ocasión, los miembros de un comité fueron menos violentos de lo que hubiera deseado su comunidad. Cuando el comité de Cambridge (Nueva York) intentó evitar que el populacho local azotara a un lealista, la multitud hizo pasar a los miembros de dicho comité por un pasillo formado por «dos largas hileras de hombres, cada uno con un látigo largo y grande». Los azotes sirvieron para que el comité endureciera las medidas contra los lealistas.16

Sin embargo, muchos comités toleraron un grado importante de acciones descontroladas. De hecho, el límite entre las turbas y los comités era, como mínimo, borroso. Algunos comités, para ampliar el alcance de su autoridad, confiaban, de forma bastante explícita, en bandas de matones como los miembros de los Hijos de la Libertad, un grupo militante de artesanos y trabajadores formado en origen contra la Ley del Timbre, una década antes. También sabían que las turbas eran siempre ingeniosas en las formas en que aterrorizaban a los sospechosos y en cómo castigaban a los que señalaban culpables. Las víctimas podían ser, por ejemplo, arrojadas a los ríos o estanques de los pueblos, donde les lanzaban arenques para que los comieran; o las colocaban sobre un bloque de hielo para que se les helase la fe en su equivocada lealtad; o las izaban a lo alto del letrero de entrada de una finca en compañía de un gato montés muerto; o las esposaban como esclavos para humillar a

«todo este ganado»; o las azotaban o golpeaban hasta que se les rompían las costillas. Otros eran marcados en el rostro, como fue el caso de Peter Guire, al que le grabaron las letras «G. R.» (por «George Rex») en la frente.17

Que los comités no ponían coto a la violencia popular, y que en algunos casos la orquestaban, era ya algo que resultaba evidente cuando la Corona nombró a los llamados concejales mandamus*, en los últimos meses de 1774. Los comités de Massachusetts supervisaron las manifestaciones populares contra estos nuevos funcionarios reales. En muchos lugares, las multitudes los obligaron a declinar la asunción de sus cargos o a dimitir de ellos. Uno de dichos funcionarios recibió de un amigo el soplo de que no volviera a su casa, puesto que sus enemigos estaban «sedientos de tu sangre». La campaña de amedrentamiento concertada contra los mandamus acabaría alcanzando a otros individuos como Jesse Dunbar de Bridgewater (Massachusetts). El delito de Dunbar consistió en comprar ganado de un concejal mandamus en Marshfield. En el momento en que unos rebeldes relacionados con los Hijos de la Libertad lo atacaron, Dunbar había sacrificado y despellejado un buey y lo había preparado para la venta. Los agresores tomaron la carcasa del animal y obligaron a Dunbar a subirse a su vientre abierto. Varias turbas locales, una tras otra, lo carretearon a lo largo de varios kilómetros. Incluso llegaron a cobrarle varias veces el viaje. Cuando llegaron a Duxbury, los torturadores le restregaron y luego azotaron la cara con los intestinos del buey, dejándolo luego irse ensangrentado, amedrentado y avergonzado.18

El hecho de que colonos no significados como Dunbar se convirtieran en víctimas solo por hacer negocios con alguien nombrado por la Corona demuestra que la violencia contra los lealistas iba en ascenso. Según un testimonio lealista, el Dr. Abner Bebee de East Haddam (Connecticut) sufrió una vil variante del ritual de embreado y emplumado. Bebee se había quejado por el maltrato de una turba a su tío y había expresado opiniones probritánicas hasta que una noche, una muchedumbre lo asaltó también a él. Embrearon y emplumaron al médico, que además era dueño de un molino, y lo llevaron a una pocilga, donde le restregaron estiércol por los ojos y se lo hicieron tragar a la fuerza,

para luego exponerlo en aquel estado ante unas mujeres. La turba atacó la casa de Bebee dejando a su hijo «confuso», luego destruyó su molienda y, para terminar, ordenó a la comunidad romper cualquier contacto con él. Como ha señalado la historiadora Ann Withington, semejantes rituales de castigo «primero señalaban a las víctimas como anormales y corruptas, luego las ridiculizaban y avergonzaban y, para terminar, se dramatizaba su separación de la comunidad». Los patriotas desprestigiaban, ultrajaban, humillaban y deshumanizaban a sus vecinos lealistas.19

Los historiadores de la época de la Revolución suelen hacer hincapié en que los alegales comités valoraban mucho la resolución de las diferencias en el seno de las propias comunidades locales y que «hicieron lo que pudieron para evitar la violencia física». Sin embargo, aunque muchos comités presionaron para que hubiera dimisiones y disculpas, y pese a que incluso hubo casos en que mostraron preocupación por, al menos, las apariencias de los procedimientos, es necesario reconocer que la creación de unos vínculos de solidaridad siempre descansa en la exclusión de otros, a menudo por medios violentos. Como admiten incluso los historiadores que subrayan la mesura de los comités, la pertenencia a los mismos no era, «desde luego, una actividad para los pusilánimes». Si vemos los casos de abusos y violencia como meras «excepciones desagradables», corremos el riesgo de no reflejar con justicia la gama completa de las experiencias vividas durante el periodo revolucionario.20

La deshumanización del enemigo fue un método que los patriotas no tardarían en aplicar también contra los británicos y sus auxiliares alemanes, «brutos orangutanes asesinos», mientras que un oficial británico calificaba a los rebeldes de «reptiles». Varios meses después de la creación de la Asociación Continental, una vez que el conflicto desembocó, primero en escaramuzas y luego en una guerra total, las consecuencias que esto tendría para los lealistas, como era previsible, iban a ser muy crudas.21

ANIMALES DESPRECIABLES

En abril de 1775, los casacas rojas británicos que pretendían confiscar armas rebeldes chocaron con milicias insurgentes en Lexington y en Concord. Estos altercados violentos en el campo de Massachusetts se convertirían en las primeras batallas de la Guerra de la Revolución estadounidense. Pronto les siguió la victoria pírrica británica de Bunker Hill que tuvo lugar durante el asedio de Boston, en el mes de junio. A medida que escalaba el conflicto con Gran Bretaña, los revolucionarios endurecieron su labor de vigilancia del enemigo interior. Una señal del aumento del terror fue el propio lenguaje que empleaban los revolucionarios para describir a los disidentes políticos: los no partidarios de la Asociación se convirtieron en malditos rufianes e infames desgraciados, o en buitres y animales despreciables que debían ser exterminados. Los revolucionarios definían al individuo tory como una «cosa cuya cabeza está en Inglaterra y su cuerpo en América, y que necesita estirar el cuello». Los lealistas, por su parte, se referían a sus perseguidores rebeldes como «monstruos de cabeza despistada y emponzoñada, cuyo aliento es suficiente para envenenar y llevar a la ruina no ya solo a unos pocos individuos, sino a imperios enteros». Las palabras son una parte considerable de cómo se ejerce la violencia; este lenguaje era justo el necesario para preparar a los colonos de cara a una guerra brutal contra sus compatriotas.22

Las noticias de Lexington envalentonaron a los patriotas por todas las colonias. Mientras muchos de los vecinos de Samuel Curwen se movilizaban, este comerciante lealista de Salem de sesenta años acabó convenciéndose de que era imposible continuar en Massachusetts. En mayo de 1775, «incapaz de soportar más tiempo sus reproches injustificados y las amenazas que me hacían sin parar», Curwen buscó refugio en Pensilvania. Allí, el sentimiento lealista era más intenso en Filadelfia y entre los comerciantes y granjeros de los condados de Delaware y de Susquehanna. Curwen encontró dificultades hasta para conseguir una habitación en una casa de huéspedes de Filadelfia: «[…] tantos me rechazaron que me hicieron temer si yo, como Caín, acaso tenía una marca infamante o un rasgo notorio de tory». Casi presa del pánico por lo visto en Filadelfia, y pese a considerarse «completamente americano», Curwen tomó un barco hacia Inglaterra. En el verano siguiente

felicitó a un amigo exiliado en Antigua por su «retirada de la tierra de opresión y tiranía». No pasaría mucho tiempo antes de que la huida, el exilio y la diáspora se convirtieran en lugares comunes en los relatos lealistas, situación que se repetía de forma simétrica en las experiencias vividas por los refugiados patriotas que huían de las áreas ocupadas por los británicos.23

También después de Lexington y Concord, los Hijos de la Libertad de la ciudad de Nueva York robaron 500 mosquetes y pólvora del ayuntamiento. Según John Wetherhead, un acaudalado importador de la ciudad nacido en Inglaterra, la alarma por lo sucedido en Massachusetts «precipitó a la gente hacia actos diez veces más violentos que nunca», en los que las turbas atrapaban y golpeaban a los que se negaban a maldecir al rey. El propio Wetherhead fue, después, acosado hasta que se mudó con su familia a Long Island, tras escapar por poco de una turba que aullaba «¡Maldito sea, atrapadlo y ahogadlo!». Más al sur, la gente del condado de Dutchess, en Virginia, se tomó la justicia por su mano cuando un juez del tribunal de causas particulares osó enviar a prisión a un miembro de un comité que había desarmado a unos lealistas locales. Los vecinos primero rescataron al prisionero y luego embrearon y emplumaron al juez. Era patente que, en cuanto la crisis con Gran Bretaña había pasado de ser una disputa política a un conflicto militarizado, los patriotas de todas las colonias intensificaban la persecución de los vecinos poco fiables. Los más castigados fueron aquellos que tenían capacidad de actuar como emisores y multiplicadores del disenso.24

En la primavera de 1775, en Nuevo Brunswick (Nueva Jersey), una muchedumbre colgó de un árbol la efigie de un editor de Nueva York. Este, James Rivington, se apresuró a ilustrar la escena mediante un grabado en la edición del 20 de abril de su propio periódico, The New-York Gazetteer. Al mostrar su propia figura colgada en efigie «solo por actuar de forma consecuente con su profesión de editor libre», Rivington contraponía su compromiso con la libertad de prensa con el deseo de sus enemigos de «pretender establecer la más cruel de las tiranías». Rivington, vástago de una próspera dinastía británica de editores que habían perdido su riqueza en el juego, había comenzado de nuevo en Norteamérica y fundado The New-York Gazetteer en 1773. En un

primer momento hacía gala de un enfoque imparcial. En la portada de su periódico podía leerse: «IMPRESO en su imprenta ABIERTA y LIBRE DE INFLUENCIAS». Rivington acusaba a los patriotas de «machacar los sesos de cualquier hombre que se atreva a expresar lo que piensa con libertad en la actual disputa». Aunque el editor continuó publicando artículos partidarios de ambos bandos, ligando de forma evidente su pretensión de neutralidad como editor con su propia identidad dual de «inglés de nacimiento […] americano por elección», el Gazeteer era visto como el periódico lealista por antonomasia. Unos 3600 ejemplares –una tirada muy considerable entonces– circulaba por todas las colonias de la costa atlántica, el Caribe y ciudades clave de Gran Bretaña, Irlanda e incluso Francia. En abril de 1775, fue nombrado impresor del rey. Esto encolerizó a los patriotas, que lo trataron de «miserable, jacobita, mercenario, incendiario». Comités patriotas, algunos en lugares tan distantes como Carolina del Sur, ordenaron boicotear las publicaciones de Rivington. Algunos municipios registraban las bolsas de los carteros para evitar que el periódico llegara a sus poblaciones. En otros lugares, a la gente que era vista leyéndolo se le advertía, mediante palabras o a golpes, que dejara de hacerlo.25

Debido a la agresiva vigilancia de los patriotas, la libertad de prensa se veía en una situación cada vez más apurada. Cuando la New Hampshire Gazette se negó a revelar el nombre de un autor anónimo que había criticado con dureza la atmósfera de miedo y represión, las autoridades revolucionarias la clausuraron. En otros lugares, los editores fueron amenazados para que se retractaran de afirmaciones polémicas. Además de quema de libros, hubo casos en que los patriotas se apoderaron de tiradas completas de panfletos que consideraban peligrosos y los destruyeron. En aquella escalada de los niveles de violencia, los lealistas tenían cada vez más difícil que se escucharan sus opiniones.26

Después de que la oficina de Rivington fuera asaltada en varias ocasiones, en noviembre de 1775, el patriota radical Isaac Sears, a la cabeza de un piquete armado a caballo de unos ochenta miembros –Hijos de la Libertad y voluntarios de Connecticut–, atacó el local de la imprenta. Destruyeron las instalaciones y se llevaron los tipos móviles de plomo. Rivington escapó ileso y se refugió a bordo de un buque de guerra británico, lo cual fue objeto de burlas

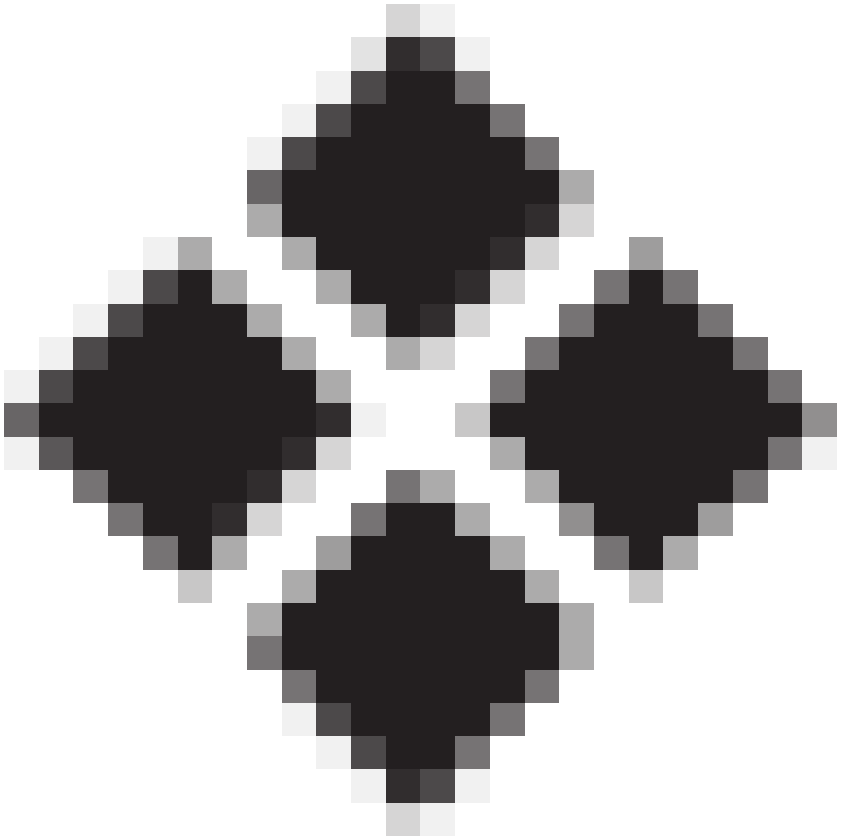
que pedían que se le eximiera del boicot contra las exportaciones. Este tipo de silenciamiento de los editores que no se sometían continuó durante los años de la guerra.27

Del mismo modo que vigilaban de cerca a quienes imprimían panfletos o periódicos, como Rivington, los patriotas también se centraron desde entonces en los sacerdotes anglicanos de su entorno. Es obvio que no todos los anglicanos, clérigos o seglares, eran lealistas militantes, pero entre ellos se contaban algunos de los adversarios más reconocidos de la resistencia colonial. Su púlpito les brindaba una plataforma de comunicación muy poderosa; algunos de los impresores de los panfletos lealistas más influyentes eran también clérigos. Tales contrarrevolucionarios, que representaban una amenaza para la causa estadounidense, debían ser vigilados y, si era necesario, había que hacerles callar. Desde el verano de 1775, los rebeldes intimidaron de forma habitual a los clérigos anglicanos lealistas.

El reverendo Ebenezer Dibblee de Stamford (Connecticut), sufrió «terrores de noche y de día por miedo a la violencia de las turbas sin ley y la soldadesca desmandada». Sobrevivió a un «atrevido intento de acabar con mi vida, en el que me dispararon cuando iba a asistir a un funeral. Fui emboscado en un camino que no pensaba que volvería a transitar sino rara vez, cuando iba a cumplir con los deberes particulares de mi ocupación». La familia de Dibblee padeció el acuartelamiento de soldados patriotas; su hija –se lamentó Dibblee– acabó «completamente loca» a causa del miedo. Después de que el reverendo Richard Mansfield, que atendía a otras dos poblaciones de Connecticut, Derby y Oxford, hablara en términos irrespetuosos del Congreso, se vio obligado, igual que muchos otros clérigos, a «huir al exilio para escapar de la violencia y el apresamiento, cuando no de la muerte inmediata». Mansfield dejó a sus trece hijos al cuidado de sus feligreses, que en su inmensa mayoría seguían siendo lealistas. Debido a que el reverendo John Beach de Newton y East Redding se negó a dejar de rezar por el rey o a cerrar su iglesia «hasta que los rebeldes le cortaran la lengua», una multitud patriota lo apresó en plena misa y amenazó con rebanarle la parte del cuerpo con la que predicaba la contrarrevolución. Arrastrado enfrente de su iglesia, le ordenaron arrodillarse y rezar su última oración. Al final, sus atormentadores

lo dejaron ir, atemorizado, sin duda, aunque sin daño físico.28

Muchedumbres de patriotas rompían las ventanas de las iglesias anglicanas. Robaban el interior de los lugares de culto y vertían botellas de ron sobre los altares. Los sacerdotes eran sacados a la fuerza del púlpito, sufrían el lanzamiento de objetos o eran víctimas de disparos en pleno sermón. Algunas turbas embrearon y emplumaron a sacerdotes o los marcaron con la señal de la cruz empleando una «fregona rellena de excrementos, a modo de obsequio por su lealtad a un rey que maquinaba crucificar a toda la buena gente de América». Fueron muchos los clérigos que acabaron desterrados y con sus propiedades confiscadas, o que estuvieron presos durante varios meses o incluso años. En 1776, varios habían muerto ya por los abusos de los patriotas o debido a las penosas condiciones de su encarcelamiento. Además de sacerdotes anglicanos, entre los clérigos se contaban otros como el reverendo John Roberts, ministro de Charleston (Carolina del Sur), que se oponía a la Revolución. Una turba rebelde, después de embrear y emplumar al religioso, lo colgó en un patíbulo y después quemó su cuerpo en una hoguera, un castigo que, por lo general, se reservaba a herejes, brujas y, en la Norteamérica colonial, a los esclavos.29



Si impresores y sacerdotes comenzaron a ser objeto de un escrutinio sistemático, presiones psicológicas y, demasiado a menudo, agresiones físicas, los comités revolucionarios emplearon también, en grado cada vez mayor, los juramentos de lealtad para descubrir a los disidentes de entre el resto de los colonos. Desde mediados de 1775, los individuos que se negaban a jurar se arriesgaban no solo al ostracismo, sino también al arresto, la cárcel, la confiscación de sus bienes y el destierro. Igual que había sucedido con las coerciones anteriores, no hay duda de que fueron muchos quienes hicieron el juramento patriota como medida razonablemente práctica de autoprotección, para evitar ser detenidos, escapar de castigos o, simplemente, poder permanecer tranquilos en sus granjas. Sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, los compromisos verbales dejaron de ser suficientes para tranquilizar a

unos revolucionarios que se estaban aprestando para una guerra total. Si alguien quería demostrar su adhesión a la causa, ahora tendría que estar dispuesto a participar en la instrucción militar de la milicia y a defender la causa de la independencia con las armas. En otoño de 1775, después de que se efectuaran purgas en las antiguas milicias coloniales, numerosos comités que abarcaban desde Nueva Inglaterra hasta Carolina del Norte ordenaron que todos los hombres blancos capaces de portar armas se alistaran en compañías armadas y que estas eligieran a sus oficiales. En Massachusetts, donde la guerra con Gran Bretaña ya se había cobrado las primeras bajas militares, el Congreso Provincial ordenó a los comités locales que desarmaran a todos los hombres no fiables. El servicio en la milicia, que en un primer momento era voluntario, se fue transformando en obligatorio, y negarse al mismo se castigaba con multas cada vez mayores.30

Si los patriotas habían comenzado a militarizarse, los lealistas hicieron lo propio, formando asociaciones que iban desde Connecticut y Massachusetts hasta las colonias sureñas. En el momento en que los patriotas comenzaban a movilizarse, 400 lealistas acudieron por su parte a una reunión en Westchester (Nueva York), en abril de 1775. Algunos de ellos fundaron una asociación para defender el orden imperial, así como sus vidas, libertades y propiedades. A medida que los patriotas intensificaban sus actividades, los lealistas hacían otro tanto formando unidades militares en secreto. Sin embargo, en otros lugares, las asociaciones patriotas superaban con mucho a las lealistas: aquel mismo abril, unos 2500 patriotas de Massachusetts desarmaron a 300 lealistas que se habían asociado en Freetown para mantener «al vecindario sujeto a la autoridad del rey».31

Hancock's Warehouse for Tarring &

FEATHERING.

Izquierda: No hay pruebas de que se embreara y emplumara a ninguna mujer durante la Revolución estadounidense, pero dicha situación sí fue imaginada en esta estampa, El almacén de Hancock para embrear y emplumar, publicada de forma anónima en Londres. Las mujeres que vemos han sido acusadas de haber importado té de forma ilegal. Una de ellas, en la izquierda de la imagen, está siendo untada de brea en un barril mientras que, en el centro, a una segunda la están desnudando o, tal vez, metiendo en un saco. A la derecha, una tercera mujer desnuda se cubre sus partes íntimas y esconde el rostro avergonzada. Una imagen así era capaz de conmocionar a un público ilustrado, acostumbrado a medir el grado de civilización de una sociedad según el tratamiento que esta diera a las mujeres.

En un ejemplo especialmente brutal de violencia revolucionaria, Thomas Brown, dueño de una plantación, casi resultó muerto en la población de New Richmond, en el interior de Carolina del Sur. Recién llegado de Inglaterra, se negó a apoyar a la Asociación de los patriotas y, en lugar de ello, se unió a una de las asociaciones paramilitares lealistas. Por desgracia, ningún camarada lealista acudió a salvarlo cuando, un día de agosto de 1775, alrededor de 130 rebeldes lo atraparon en su casa, lo derribaron de un golpe con la culata de un mosquete que le fracturó el cráneo, se lo llevaron de allí «subido en un caballo como un becerro», lo ataron a un árbol mientras seguía inconsciente, le embrearon las piernas, le quemaron los pies –perdería dos dedos– y le arrancaron parte del cuero cabelludo. La multitud carreteó a Brown por varias localidades y lo obligó a jurar lealtad a la Asociación, hasta que al final lo soltaron justo al otro lado de la frontera con Georgia, colonia en la que los lealistas eran, tal vez, mayoritarios.32

Brown sobrevivió a su suplicio. Se retractó de su falsa promesa patriota, formó los King's Rangers y fue un jefe lealista militante durante gran parte de la guerra. Con todo, los grupos del estilo de la primera asociación lealista de Brown padecían una desventaja crucial. Aunque la cifra total de lealistas fuera muy significativa, estaban repartidos de modo desigual por las distintas colonias y regiones, lo que dificultaba que formaran un movimiento cohesivo.

Esta circunstancia se veía agravada por su diversidad sociodemográfica. Al no existir un mando único que los coordinara y que abarcara a todas las colonias, los lealistas eran muy vulnerables a la coerción violenta de los patriotas. De hecho, en el otoño de 1775 los rebeldes armados ya estaban desmantelando asociaciones lealistas por todo Connecticut y Nueva York.33

Mientras se desmoronaban las asociaciones lealistas, los comités de seguridad y las milicias patriotas refinaron sus métodos de acoso y amedrentamiento de los enemigos internos. Janet Schaw describió este proceso en su diario. Esta, escocesa de alrededor de cuarenta años, en 1775 visitó Schawfield, la plantación que su hermano lealista tenía cerca de Wilmington, en Carolina del Norte. En su testimonio se refleja que los lealistas como su hermano se encontraban en una situación difícil: «Se propone una alternativa: "Accede a unirte a nosotros y tu persona y propiedades estarán a salvo; obtendrás un chelín de plata al día; tu tarea será solo desfilar con tu arma por Wilmington una vez al mes"». Pero, Schaw continuaba, «si te niegas, vamos a segar tu maíz, disparar a tus cerdos, quemar tus casas, apoderarnos de tus negros y, tal vez, embrearte y emplumarte». A petición del Congreso y de las asambleas legislativas de los estados, ahora era habitual que los lealistas más agresivos fueran aprehendidos por las unidades de milicia, sobre todo en las áreas más importantes desde el punto de vista militar. Una institución que había nacido en Inglaterra, que luego había pasado a las colonias de Norteamérica como una fuerza de ciudadanía armada, se había convertido en una especie de fuerza policial revolucionaria que, si era necesario, empleaba la violencia para mantener sometidos a los opositores declarados.34

Janet Schaw fue, sobre todo, una observadora. En un principio, la mayoría de las mujeres estuvieron algo aisladas del fervor revolucionario. No se las obligaba a que hicieran juramentos de lealtad ni se las perseguía, puesto que los rebeldes las consideraban apolíticas. Sin embargo, los patriotas pronto se dieron cuenta de que muchas mujeres tenían, de hecho, opiniones propias y eran activas políticamente. Al fin y al cabo, las mujeres favorables a la Revolución también asumían un papel cada vez más importante. Algunas mujeres criticaron el boicot norteamericano a los productos de consumo. Pronto apoyarían el esfuerzo bélico proporcionando

ropa a los soldados; sirviendo de cocineras, enfermeras y lavanderas en los campamentos; y, también, actuando como correos y como espías. De modo similar, a medida que escaló el conflicto con Gran Bretaña, los comités revolucionarios comenzaron a interrogar a las mujeres de ideas políticas sospechosas y a tomarles juramentos de lealtad. En alguna ocasión, los patriotas tomaron a mujeres como rehenes o las pusieron bajo arresto domiciliario para chantajear a sus maridos lealistas y forzarlos a que cambiaran de bando. Los lealistas que huyeron de las persecuciones refirieron, más tarde, que los patriotas no se limitaron a confiscar sus propiedades, sino que también dejaban a sus mujeres e hijos tirados en la calle con poco más que lo puesto.35

LA CATACUMBA DE LA LEALTAD

Además de proceder a la expulsión violenta de los lealistas de sus comunidades locales, los patriotas también apresaban a los adversarios de la Revolución. Algunos lealistas que sobrevivieron el cautiverio a manos de los rebeldes relataron los abusos que sufrieron durante el camino a distintas cárceles. Fueron obligados a caminar decenas de kilómetros con pesadas cadenas, y los guardias los golpeaban sin motivo y les hacían desfilar por las calles de los pueblos «para dar con nosotros ejemplo a todos los tories o a otros que se pudieran adherir al Nerón de Inglaterra, según decían». Algunos murieron a consecuencia directa o indirecta de dichas marchas. Otros soportaron meses de abusos e incluso de torturas por parte sus captores, que los mantenían medio hambrientos en prisiones inmundas, heladas o calurosas, donde muchos contrajeron fiebres, el tifus y otras enfermedades.36

En la cárcel de Kingston (Nueva York), un maltrecho recluso describió una habitación cuadrada, de 4 m por lado, en la que solo había un pequeño montón de paja para que los prisioneros descansaran. En un extremo de la estancia, comentó con sarcasmo, se encontraba «la mitad de una Elegante Casa de Necesidad», es decir, de un retrete. La otra mitad de este, sin que hubiera partición

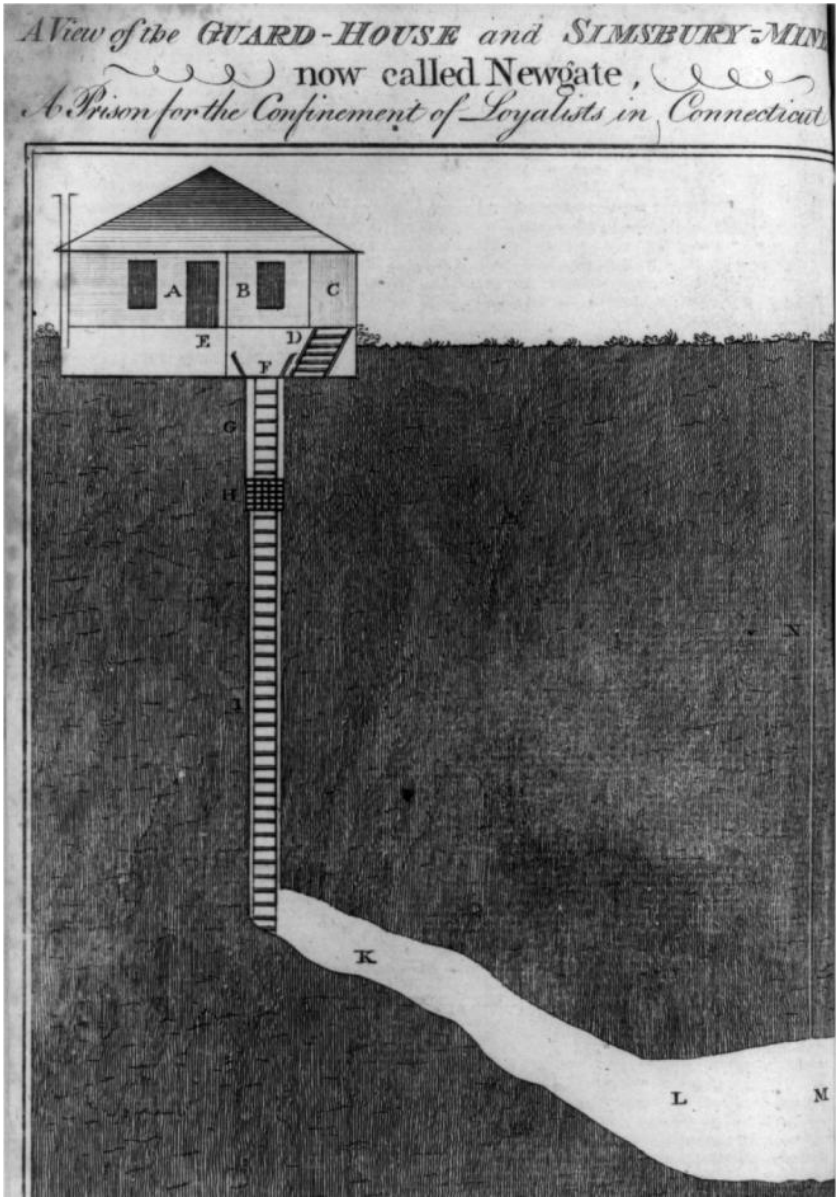
entre ambas, la empleaban otros nueve prisioneros situados en una cámara adyacente. Los expertos médicos indicaron que el exceso de reclusos provocaría fiebre carcelaria [tifus]. Según ellos, cualquiera que tuviera «un mínimo destello de humanidad» organizaría aquello de otro modo. La Convención Provincial, situada en el juzgado que estaba encima de la cárcel, permitía a sus miembros fumar para contrarrestar los «nauseabundos y molestos efluvios» que ascendían de esta como una amenaza. Los cautivos lealistas, aislados por completo del mundo, no tenían permitidas las visitas, salvo, en muy raras ocasiones, de un doctor; su única compañía eran los piojos y las pulgas.37

Es cierto que, en aquella época, los prisioneros vivían por lo general en muy malas condiciones, pero el número extraordinario de prisioneros políticos, más el de los prisioneros de guerra, excedió aún más las capacidades de las instalaciones que podían albergarlos. Además, incluso cárceles como la de Kingston no eran nada si se las comparaba con la temida prisión subterránea que había en Simsbury (Connecticut), que había sido antes una mina de cobre. Cuando los patriotas arrestaron al coronel Abijah Willard –uno de los nuevos concejales mandamus– por traidor, una muchedumbre lo llevó obligado a pie, durante varios kilómetros, en dirección a aquel lugar terrorífico. Solo imaginar lo que le esperaba bastó para que Willard se doblegase a la «ira y violencia» de los patriotas, firmara el juramento de estos y les suplicara perdón. También los lectores de periódicos de Gran Bretaña recibieron algunas informaciones de aquel lugar donde, se decía, «los lealistas eran enterrados vivos». A principios del siglo XIX, un inglés que visitó la espantosa instalación la calificó de «objeto de terror».38

No es fácil hallar descripciones detalladas de la mencionada prisión, aunque algunos fragmentos que nos han llegado nos permiten recuperar, en cierto grado, lo que debieron de sentir quienes fueron encarcelados en ella. En 1824, el New-York Mirror publicó un relato detallado del juicio político de un tal Edward Huntington, acontecido durante la época revolucionaria. Huntington, acusado de ser un jefe lealista, había insistido en que él era «un súbdito británico» y que, como tal, exigía que se le tratara como prisionero de guerra según las «leyes de la guerra civilizada». Ante los gritos de los espectadores de la sala que gritaban «¡Fuera con el traidor, a

las minas con el tory!», Huntington –que se negaba a reconocer la autoridad del tribunal– afirmó: «Mi padre era británico, un británico leal y patriota». Aunque él, por su parte, había nacido «en una colonia extranjera», reiteraba: «[…] no podría olvidar nunca que desciendo de una familia leal». Al poco, el acusado se enzarzó en una pelea a gritos con el juez, quien le exigía que se sometiera a su autoridad. «¡Obediencia! –replicó Huntington– ¡Ja! ¿Hablas tú, rebelde, de obediencia?». El juez puso al prisionero una guardia militar para protegerlo de la acalorada multitud, aunque al final lo condenó por encabezar una banda lealista. Su sentencia sería pasar el resto de sus días entre 20 y 30 m bajo tierra, en una oscura, húmeda y claustrofóbica tumba en vida.39

A su llegada a Simsbury, seguro que Huntington tuvo que pasar primero por la sala de guardia y a través de una trampilla para llegar a un espacio parcialmente subterráneo donde, «cerca del pie de la escalera, se abría otra trampilla grande cubierta por barras y tornillos de hierro, a la que llamaban Infierno». Tras descender por una escala de casi 2 m, Huntington llegaría a una «gran reja de hierro o escotilla que cerraba un hueco de alrededor de un metro de diámetro horadado en la roca» que llevaba al «pozo sin fondo». Descendería por otra escala unos 12 m hasta un rellano y luego tendría que bajar alrededor de 10 m más, en una oscuridad cada vez más profunda, hasta alcanzar una plataforma hecha de tablones o planchas.40 Los nuevos reclusos, excepto los de menor estatura, comprobaban entonces que no podían ponerse de pie, puesto que los techos de la caverna solo tenían en torno a metro y medio de altura. La desorientación del recién llegado aumentaba, sin duda, al comprobar que el área de residencia de los reclusos estaba inclinaba, hacia el este, con un ángulo de descenso de 25º a 30º. Durante los primeros 20 m el lugar era muy estrecho, de una anchura variable de entre 2 y 6 m que luego se ampliaba, más al este, hasta 30 m. La longitud total no pasaba de 50 m. Uno se pregunta si Huntington habría leído los artículos publicados en los papeles patriotas donde se defendía que los «apartamentos subterráneos de aquella lúgubre mansión» eran una «morada adecuada para esos hijos de la oscuridad», es decir, para lealistas como él.41



Vista de la prisión y minas de Simsbury, hoy llamado Newgate. Una prisión para el confinamiento de lealistas en Connecticut (Londres, 1781). Simsbury era una mina de cobre reconvertida que poseía una cabaña de madera –más tarde fortificación– para los guardias situada

encima del pozo principal. Este llevaba a tétricas cavernas sin iluminación ni ventilación que servían de cárcel improvisada para prisioneros comunes, políticos y militares. Como se ve en esta ilustración que apareció en un periódico británico, al área de confinamiento se accedía por un sistema de trampillas, plataformas y escalas.

Huntington no solo encontraría allí a otros norteamericanos británicos cuyo único delito era seguir fieles al Imperio, sino también a criminales violentos que cumplían condenas que iban desde un año hasta cadena perpetua por delitos como robo de caballos, robo con asalto, bandolerismo, agresión sexual o complicidad en asesinato, junto con un puñado de soldados del Ejército Continental convictos por tribunales militares. El general Washington consideraba a dicha colección de reclusos unos «villanos tan flagrantes y atroces» que las demás prisiones le parecían insuficientes para albergarlos. Entre los prisioneros lealistas norteamericanos, sabemos que unos pocos fueron sentenciados a condenas limitadas de, por ejemplo, uno o dos años, mientras que otros, como Huntington, lo fueron de por vida. Sin duda, muchos dieron por seguro que se quedarían allí mientras durara el conflicto.42

No se obligaba a todos a permanecer siempre bajo tierra, en las cavernas. Parece que muchos de los penados, durante el día, eran empleados en trabajos en el exterior, sobre todo en la fabricación de clavos. Al amanecer, guardias armados llevaban a estos prisioneros, en grupos de dos o tres, a bancos de trabajo situados en una edificación que había encima de las minas. Se les encadenaba a los bancos por los pies, y algunos tenían que llevar también argollas de hierro en el cuello que se sujetaban con cadenas a unos travesaños altos. No está claro si también se empleaba de forma regular a los prisioneros lealistas en estos trabajos. Edward Huntington sí que refirió que el guardián lo eximió de los turnos de trabajo durante la primera etapa de su cautiverio. Una información posterior sugiere que, al menos a algunos de los reclusos considerados más peligrosos, se les mantenía bajo tierra de forma permanente, e incluso los encadenaban a la roca con hierros que «les comían la carne».43

En la profundidad, Huntington tal vez encontrara paja o ramas sobre las que tumbarse, algo acolchado que le protegiera de la dura y húmeda roca. Pero, aunque hubiera conseguido hacerse con uno de los catres de madera que estaban repartidos por las paredes de la caverna, habría descubierto que la humedad de la paja ayudaba a la proliferación de las pulgas. Un visitante inglés posterior recordaría que el agua se filtraba por las grietas de la roca y acababa por acceder a la caverna, donde el

vapor de los pasillos húmedos se concentra en voluminosas gotas que se forman en el envejecido maderamen de las lúgubres mazmorras; moho y un mantillo empapado y blando han salido en las paredes laterales; el agua forma hilillos en las paredes adamantinas, y el verde sucio de las impregnaciones de cobre confiere un aspecto de lo más sombrío a las solitarias cavernas.44

Según se fue llenando esta prisión, que pronto contendría varias docenas, o tal vez un centenar de reclusos, las condiciones de vida en aquel espacio tan reducido en el que apenas circulaba el aire, sin luz natural y con una humedad constante, en el que los prisioneros tenían escasas posibilidades de lavarse y donde suponemos que usarían tinas comunitarias como lavabos, serían excelentes para el desarrollo de enfermedades como fiebres, gripe, problemas respiratorios, disentería y tifus. A veces los prisioneros conseguían quemar carbón en ollas para intentar anular los olores nocivos.

Los retos psicológicos derivados de estar preso en Simsbury eran tan grandes como las penalidades físicas. Según Edward Huntington, cuando descendió «al oscuro abismo», toda «esperanza parecía haber levantado su último vuelo». Su estado mental era un reflejo de la tristeza del lugar que lo rodeaba, mientras su alma parecía que «cedía a la oscura influencia de la desesperanza». Las tétricas cavernas se tragaban la escasa luz que «caía sobre las escuálidas formas de los infelices aquí encarcelados […] apenas servía para mostrar que se trataba de hombres». Los presos solían padecer nistagmo, un movimiento involuntario de los ojos causado por la tensión constante de intentar ver con muy poca luminosidad. Las

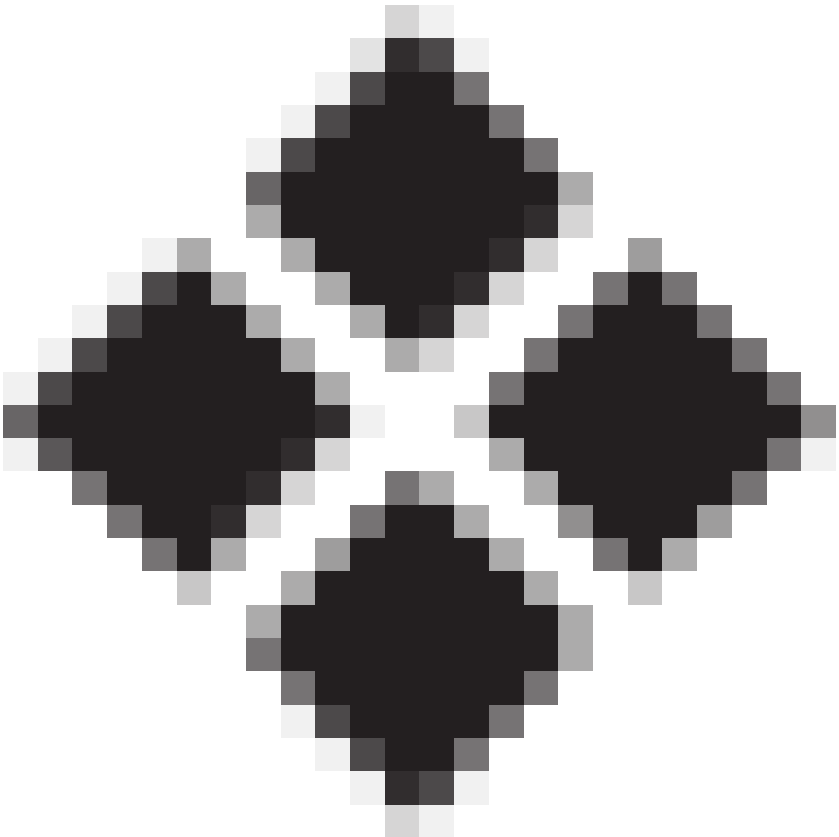
paredes de roca rebotaban las ondas sonoras por todos lados, «impartiendo en la palabra hablada un timbre metálico difícil de reproducir». En esta «catacumba de la Lealtad», según la definió el reverendo lealista Samuel Peters, la «luz del sol y la luz del Evangelio están igual de ocultas para los mártires, cuya resurrección eclipsará el asombro que causó la de Lázaro».45

Por si no fuera suficiente con el encarcelamiento subterráneo, Simsbury, como muchas prisiones, tenía una celda especial para el confinamiento aislado de los reclusos más problemáticos. Era un área, cercana al final de uno de los pasillos, que formaba un cuadrado de unos 6 m por cada lado, completamente oscura y con las paredes de roca desnuda. En el centro había una piedra, algo más elevada, con un cerrojo de hierro al que se encadenaban una o ambas piernas del prisionero. Fuera en una celda aislada o no, estar retenido contra la propia voluntad a muchos metros bajo tierra, en compañía de delincuentes y militares convictos, sin garantía de que algún día llegaría la libertad, debe haber sido una experiencia pavorosa para cualquier lealista. Tal como refirió uno de los primeros historiadores del periodo, el «absoluto aislamiento del mundo de sus reclusos la convertían, a ojos de la gente común, en algo muy parecido al Infierno de Dante».46

Los prisioneros desesperados planeaban escapadas llenas de riesgos. En una ocasión, los cautivos cavaron hasta llegar a un pozo minero abandonado repleto de rocas y escombros. Se desprendieron unas piedras y al menos tres hombres acabaron enterrados bajo los cascotes; no está claro si consiguieron salir de allí. En otra ocasión, unos prisioneros despejaron un antiguo túnel de drenaje e hicieron un fuego con la intención de desatascar unas piedras de gran tamaño que no habían podido mover, pero al menos un hombre murió ahogado por el humo. Una y otra vez, los prisioneros protagonizaban intentos de escapada en masa en los que prendían fuego a la casa de guardia situada encima del pozo de acceso. En más de una ocasión los prisioneros sometieron a los guardias y los encadenaron antes de huir. A veces los vigilantes aceptaban un soborno a cambio de permitir la huida de algún prisionero.47

La prisión de las minas se cerró de forma temporal en la primavera de 1777 (los reclusos fueron trasladados a Hartford Gaol, a casi 30

km de distancia), pero se restableció en 1780 con medidas de seguridad mucho mayores. En 1781 había ya un teniente y un sargento al frente de 24 soldados bien armados. El visitante inglés de quien ya hemos hablado concluyó que «los prisioneros en esta cárcel son tratados como tigres de un zoológico», y «todo aquello que la humana arte puede hacer, se hace en este caso para embrutecer e inflamar a la víctima». No extraña, pues, que los prisioneros desarrollaran una disposición feroz» que inspiraba, con razón, temor en sus guardianes. Cuántos de aquellos prisioneros murieron allí, y cuántos otros padecieron efectos debilitantes permanentes por su cautiverio, sigue sin saberse.48



Durante aquella que fue la primera guerra civil de Estados Unidos, el tormento psicológico y la violencia física desempeñaron un papel

mucho más grande en la supresión de la disidencia de lo que se suele admitir. La infraestructura que los patriotas crearon para la revolución, que a menudo se celebra como innovadora –es innegable que los comités creados al nivel de las pequeñas comunidades, en el de los distritos y en el de las colonias fueron un logro significativo de movilización política–, fue para los lealistas un aparato de opresión y de terror.49

Una palabra descuidada en compañía inadecuada, o un ofrecimiento a tomar el té, podían conducir a alguien al ostracismo; los disidentes corrían el peligro de ser arrastrados ante los comités o apresados por guardias armados; las partidas de búsqueda allanaban tanto los límites de un almacén como la privacidad de un domitorio. En suma, los norteamericanos vivieron en un clima de desconfianza, de autocensura y de temerosa aprensión. Un sinnúmero de individuos tuvo que tomar decisiones por causa de amenazas veladas o explícitas. A veces fueron sometidos a maltratos o incluso a torturas, y se vieron obligados a elegir entre sus ideas políticas y el deseo de salvaguardar sus vidas, sus familias, sus propiedades y el sustento.

La mayor parte de los historiadores modernos subraya que la Revolución estadounidense fue menos violenta que muchas otras. Pero, para los lealistas víctimas de aquellas amenazas y abusos, dicha afirmación habría sido un triste consuelo. Conocer ese detalle no habría disminuido la zozobra de quienes presenciaban cómo los patriotas aterrorizaban a sus vecinos, o de los que leían en los periódicos o se enteraban por conocidos de la persecución o la muerte de amigos o familiares lealistas.

Nunca podremos cuantificar la violencia que soportaron los lealistas norteamericanos. Pero hay que tener en cuenta que, debido a que cada persona se imaginaba la posibilidad y la naturaleza de la violencia que ella misma u otros podrían sufrir, la violencia acababa por manifestarse no solo de forma física, sino que llegaba a marcar la actitud de todos los individuos. Aunque solo una minoría de los lealistas padeciese abusos directamente, dicho tipo de incidentes estaban tan extendidos, y se hablaba y se escribía tanto sobre ellos, que bastaban para infundir temor tanto en los lealistas más acérrimos como en los sospechosos de no simpatizar con la causa

patriota, o en cualquiera que dudara. La impredecibilidad con la que sucedían estos actos servía, además, para incrementar la sensación de peligro continuo, aunque fuera latente. Los revolucionarios utilizaron el terror –en actos de violencia, o mediante la amenaza de la misma– para aplastar a los disidentes.

Igual que las heridas infligidas a norteamericanos en la bostoniana King Street, en Lexington Green y en Bunker Hill les recordaban a los patriotas su separación violenta de Gran Bretaña, la construcción de una nueva comunidad patriota conllevaba purgar a esta –con violencia, si era necesario– de quienes no apoyaban la causa. Si la revolución que había comenzado en nombre de la libertad ya perseguía, golpeaba y torturaba a los lealistas, e incluso condenaba a algunos de ellos al olvido bajo tierra cuando todavía la mayoría de los patriotas aún no contemplaban en serio el proyecto de la independencia, ¿qué les tendría reservada la insurgencia norteamericana a los enemigos internos para más adelante? ¿Cuándo vendrían, de una vez, el rey y el Imperio a salvar a los norteamericanos británicos, que tanto sufrían por sus fieles servicios?

Notas

1. Mi relato de la historia de Malcom está basada en Irvin, B. H., 2003, 197-238 y en Hersey, F. W. C., 1941, de cuyas páginas 444, 446, 447, 452 y 445 se toman las citas de esta sección a menos que se indique otra cosa. Véase ibid ., 435, información sobre Malcom y el alzamiento de la Regulación. El mismo tema también se estudia en Wilf, S., 2000. Véase también AO12/105/41; 13/75/41-45; Philbrick, N., 2013, 14-22; Hunt, J. B., 1973, 381-383. En cuanto al diario de B. Merchant: Cunningham, A. R. (ed.), 1969, 25 de enero de 1774. Sobre Hewes y una lectura desde el punto de vista de las diferencias de clase social, véase Young, A. F., 1999, cap. 7. En cuanto a los periódicos, todos ellos de 1774, véase Boston Gazette ,

31 de enero, 4 y 20 de febrero; Massachusetts Gazette , 27 de enero y 3 de febrero; Boston Evening Post , 31 de enero, 14 de febrero y 4 de abril; Massachusetts Spy , 27 de enero y 17 de febrero; New-York Journal , 17 de febrero. La cita de Hulton está tomada de Hulton, A., 1927, 71. En cuanto a la receta, véase Adair, D., Schutz, J. A. (eds.), 1961, 94. Una interpretación del embreado y el emplumado como una «articulación ritual de la justicia en la costa» contra los funcionarios británicos y los informadores de la aduana puede verse en Carp, B. L., 2007, 53-55 (cita 54).

2. Sobre este párrafo y el siguiente, véase Yiruch, C. B., 2013, 191-194 (se cita a North en 191: «cabecilla»).

3. Carp, B. L., 2010, 199; McDonnell, M. A., 2013a, 106, pero véase también en la pág. 108 cómo la «acción radical enmascaraba divisiones profundas» en muchos lugares. Acerca del primer Congreso Continental y el perfil de los delegados, véase Rakove, J. N., 2010, 31, 53-63; Beeman, R. R., 2013, 57-61, 173. Mi interpretación de la Asociación Continental y el sistema de comités está basada en registros publicados de los comités citados en este capítulo y en Breen, T. H., 2004, 325-329, y 2010, caps. 6, 7. Véase también Irvin, B. H., 2011, 28-51; Rakove, J. N., 1979, 50; Crary, C. S., 1973, 28; Lambert, R. S., 1987, 23; Marston, J. G., 1987, 103, 111; Beeman, R. R., op. cit ., 120-121. Las citas de la Asociación Continental de esta sección están tomadas de JCC , vol. I, 79.

4. Virginia tenía 1100 miembros en sus comités repartidos por 33 condados y 3 ayuntamientos a finales de 1774; otros 900 miembros servían en el territorio mucho menos poblado de Maryland, donde 11 condados de un total de 16 ya tenían comités en 1775. El tamaño de los comités era variable, de una media de alrededor de 20 hombres en Virginia, de unos 50 o 60 en la ciudad de Nueva York, y de 100 en Maryland. Véase Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 2000, 219; Phillips, K., 2012, 261-262; Wellenreuther, H., 2006, 27, 43, y en 32-33 las citas de las resoluciones locales y provinciales; Breen, T. H., 2010, 200-201, 170, 185. Moody, J., 1783, 5.

5. La información sobre la demografía de los lealistas la he extraído de Jasanoff, M., 2011, 8. Véase también Crary, C. S., op. cit ., 3-4; Phillips, K., 1999, 168-232; Nelson, W. H., 1961, 61, 86, y passim ; Hull, N. E. H., Hoffer, P. C., Allen, S. L., 1978, 344-366; Lynn, K. S.,

1977. Deerfield: Merritt, B. G., 1970, 282; Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 242. El tema de la diversidad social del lealismo en Nueva York puede verse en Jasanoff, M., 2011, 33; Crary, C. S., op. cit ., 138-140; Chopra, R., 2011, 65-67.

6. La interpretación materialista: Pennsylvania Evening Post , 1 de junio de 1776. Véase en Rhoden, N. L., 2007, 205-238, la persistencia de esta interpretación. La ideología lealista se trata en Calhoon, R. M. with Barnes, T. M., Lord, D. C., Potter-MacKinnon, J., Weir, R. M., 1989; Bailyn, B., 1974; Ferling, J. E., 1977; Potter-MacKinnon, J., 1983; Chopra, R., 2011; Zimmer, A. Y., 1978; Jasanoff, M., 2011 (cita 24). Véase también Larkin, E., 2013, 294-295. La historiografía lealista carece de una síntesis moderna. Para orientarse acerca de la literatura sobre el tema, véanse el clásico Bailyn, B., 1974 (y su crítica en Bannister, J., Riordan, L., 2012b, 1-36); Calhoon, R. M. with Barnes, T. M., Lord, D. C., Potter-MacKinnon, J., Weir, R. M., 1989, con un ensayo bibliográfico en las págs. 216-227, el cual debe leerse junto con Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Davis, R. S., 2010, que contiene un ensayo bibliográfico en las págs. 375-385; Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., Venables, R. W. (eds.), 2009; Brown, W., 1965. Gould, P., 2013, resalta la ambivalencia identitaria de los lealistas, y su sentimiento de pérdida y de verse desplazados. En cuanto a las experiencias de los lealistas en los contextos norteamericano, atlántico y global, véase Van Buskirk, J. L., 2002; O'Shaughnessy, A. J., 2000; Jasanoff, M., 2011; Taylor, A., 2006 y 2010; Bannister, J., Riordan, L. (eds.), 2012a.

7. Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., 2009, 10, y en la misma colección, Fowler, D. J., 2009, 65. Los estudios acerca de la lealtad de los revolucionarios en muchas áreas sugieren la preexistencia de divisiones políticas, sociales y económicas que ayudaron a decantar las opciones de los individuos. El lealismo en el contexto local se ha estudiado, por ejemplo, en Chopra, R., 2011; Hast, A., 1982; Papas, P., 2007; Sparshott, C. J. M., 2007 [tesis doctoral]; Ranlet, P., 1986. Ofrecen análisis en términos de psicología individual y colectiva Lynn, K. S., 1977; Billias, G. A., 1973, 303-304; Hull, N. E. H., Hoffer, P. C., Allen, S. L., 1978, 344-366; Hoffman, R., 1973. Acerca de los lealistas negros, véase Walker, J. W. St. G., 1976; Norton, M. B., 1973, 402-426; Winks, R. W., 1971; Pybus, C., 2006; Schama, S.,

2006.

8. Encontramos un análisis de las lealtades entremezcladas, inestables y maleables en una comunidad rural de Nueva York en Clark, J., 1984, 285-317. Acerca de los Franklin, véanse Skemp, S. L., 1990 y 1994; Chambers, S. C., Norling, L., 2008, 44-45. Sobre la familia Whitecuff: AO12/19/148-151; 13/56/628; Pybus, C., 2006, 27-28, 79; Hodges, G. R., 1999, 148.

9. Ashton, R. J., 1973, 121-137, cita una carta de Morris a AH, de mayo de 1777, en la pág. 127 . Adams: JA a Cushing, 15 de diciembre de 1780, en RDC , vol. IV, 195. Acerca de Morris, véase Kirschke, J. J., 2005, 30-31; Adams, W. H., 2003, 42-46, 67-68; Brookhiser, R., 2003, 23.

10. Acerca de la escasez de registros supervivientes, véase Breen, T. H., op. cit ., 186; véase también en págs. 215-216 el fuerte impacto de los insultos y las humillaciones. Los procedimientos de los comités en Wellenreuther, H., 2006, 35, n. 85. «[…] una especie de infamia»: se cita en Schlesinger, A. M., 1958, 210, que lo toma de un artículo publicado en Pensilvania, Virginia, Rhode Island y Massachusetts en noviembre y diciembre de 1774.

11. McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 14-15, 19, 23-24; Breen, T. H., op. cit ., 190-193. Acerca de otras localidades, véase también Wellenreuther, H., 2006, 29; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. II, 690, 897, 1551-1552. Tenemos ahora una penetrante reevaluación de las motivaciones de la Asociación en Thompson, P., 2015, que ve «base para preguntarse si en verdad la lógica disciplinaria de la Asociación tenía como objetivo la reintegración de los disidentes blancos echados a un lado y subordinados en sus propias comunidades» (156).

12. Hast, A., 1982, 21; Phillips, K., 2012, 260, 270; Bowman, L., 1971b, 330-332; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1047. Acerca de Peggy Stewart: Calhoon, R. M., 1973, 145; New Hampshire Gazette , 20 de enero de 1775. Pueden encontrarse casos similares de embreado y emplumado en Proceedings of the Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties , 1929, 129.

13. Sobre el té: Van Tyne, C. H., 1970, 16-17 («hierba pestilente» y

también «café blanco»). Véase también Duane, W. (ed.), 1839, entrada del 1 de marzo de 1775 («funesta y detestada hierba»); Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 839 («vehículo funesto»). Acerca del simbolismo político del té, véase Breen, T. H., 2004, 305, 327. Sobre pasatiempos que ponían en peligro los valores republicanos, véase Withington, A. F., 1991, XV, 13-16, 245; Breen, T. H., 2010, 202-203; Irvin, B. H., 2011, 23-24, 30, 34, 48-50, 118-119, 121-123; The Virginia Gazette , 12 de julio de 1775; Bowman, L. G., op. cit ., 332; Proceedings of the Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties , 1929, 151, 156; McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 3-4, 13-14, 20; Gerlach, L. R. (ed.), 1975a, 149-150; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1178. El poema se cita en Gould, P., 2013, 71. El lenguaje de opresión, terror e inquisición se ve en la carta de Henry Hulton a [Robert Nicholson], en Boston, el 21 de febrero de 1775, citada en Crary, C. S., op. cit ., 29-31, en 30; Potter-MacKinnon, J., 1983, 29; Seabury, S., 1930, 84-85; Suffolk, «Address to the Americans, Feb. 4, 1775», en Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 1211-1213; véase también Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1094-1096, 1230; vol. II, 238, 252. Rivington's New York Gazetteer , 30 de marzo de 1775; Gage a Barrington, 26 de junio de 1774, en Shy, J. W., 1978, vol. I, 115.

14. «[…] sin pensar»: DLAR 24/36/157 n. d. La familia Tice: cartas de la familia Tice interceptadas, carta de Christina a Gilbert Tice, en Johnstown, el 28 de octubre de 1775, Philip Schuyler Papers, Box 50, NYPL. Sobre delitos verbales, véase Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776 , 352-353, 361, 364-365, 369; DLAR 24, rollo 36/168-171; Hunt, A., 1968, 106-107; Gilbert, G. A., 1899, 288-289, nota 1; Ferling, J. E., 2011, 256. Autores lealistas de panfletos, como Thomas Bradbury Chandler, denunciaron la «tiranía [de los rebeldes], no solo sobre las acciones, sino también sobre las palabras, los pensamientos y las voluntades» de los norteamericanos. Véase Chandler, T. B., 1775, 81. Véase también Steiner, B. E., 1972; Emerson, E. H. (ed.), 1977, 63; Vance, C. H. (ed.), 1930, 8, 19, 60-61, 85-87; Flick, A. C., 1970, 27-28. Podemos ver un ejemplo de correspondencia privada que acabó siendo del dominio público y que le costó a su autor su posición en su comunidad, además del sustento, en Harwell, R. B. (ed.), 1956, 32-36; Bowman, L. G., op. cit ., 328-339; Breen, T. H., op. cit ., 229-231; Thompson, P., 2015, 155-156.

15. Sobre la violencia prerrevolucionaria y las turbas, véase Lee, W. E., 2001, en especial, la parte I; Villers, D. H. [tesis doctoral], 1976, 160-161; Ferling, J. E., 2011, 16, 20, 26-27; Maier, P., 1970, 3-35; Schlesinger, A. M., 1955, 246. Mi visión de las turbas coloniales también descansa en Wood, G. S., 1966, 635-642; Breunig, M., 1998, 51-61; Gilje, P. A., 1987. Connecticut Journal , 30 de agosto de 1775; Norwich Packet , 27 de abril de 1775. «Vigilantes del pueblo»: Connecticut Journal , 30 de agosto de 1775.

16. «[…] repugnantes»: Calhoon, R. M., 1987, 350, que hace referencia a una circular del9 de febrero de 1775. Comité de Cambridge: Ranlet, P., 1986, 157-158 (cita 157).

17. En la Inglaterra de la época se marcaba con una letra «V» a los vagabundos, con la letra «S» a los convictos por sedición, etc. Grabar a fuego el emblema real en la cabeza de alguien a quien se expulsaba de la comunidad era una forma de subvertir los símbolos del orden político anterior. Villers, D. H., op. cit ., 168; Hunt, A., 1968; Crary, C. S., op. cit ., 57, contienen más referencias. «[…] todo este ganado»: carta del coronel Woodford a la Convención de Virginia, Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 244-245 (cita 244), 346. Van Tyne, C. H., 1970, 61, 79; Chopra, R., 2011, 32.

18. Wellenreuther, H., 2006, 35, n. 84; Connecticut Courant , 12 de septiembre de 1774. «[…] sedientos de»: Daniel Oliver al coronel Ruggles, en Hardwick, el 19 de agosto de 1774, Bancroft 92/17. Acerca de la violencia sufrida por los concejales mandamus y la forma en que intentaron evitarla, véase también Sabine, L., 1864, vol. II, 708; Calhoon, R. M., 1973, 277-278; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 762, 1260-1263; carta anónima a [Thomas y John Fleet], 19 de diciembre de 1774, Schoff Revolutionary War Collection, WLCL; extracto de una carta de Gage a Dartmouth, en Boston, el 2 de septiembre de 1774, Shelburne Papers 66/369-72, WLCL. Trumbull, J., 1776, Canto III, 493-494. Sobre Dunbar: Winsor, J., 1849, 140; Gazetteer [Londres], 8 de junio de 1775; Allen, T. B., 2010, 25-26.

19. Acerca de Bebee [o Beiby], véase Adair, D., Schultz, J. A. (eds.), op. cit ., 157. Véase también Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 787; York, N. L., 2010b, 179. Tenemos un caso sucedido en Virginia en Irvin, B. H., 2003, 234. En cuanto a la práctica de atacar viviendas como «una expresión de violencia simbólica planificada» véase St. George,

R. B., 1998, cap. 3 (cita 293). Withington, A. F., 1991, 229-234 (cita 229).

20. A pesar de mi opinión divergente acerca del papel de la coerción y la violencia, resulta obvio que me baso en gran medida en el importante trabajo de Breen, T. H., op. cit . (cita 186); véase también págs. 164, 185-186, 207, 212-214. En la pág. 208 , T. H. Breen se refiere a «excepciones desagradables» que no deberían «ocultar los grandes logros de estos cuerpos revolucionarios». Véase también Withington, A. F., 1991, 222-225, 244, sobre el «grado limitado de la violencia civil» (244). Para Higginbotham, D., 1971, 278, lo más «notable del tratamiento de los lealistas fue su relativa suavidad, no su gravedad». Bowman, L. G., op. cit ., 337, subraya la «efectiva prevención de la violencia» de los comités. Beeman, R. R., op. cit ., que ignora casi por completo a los lealistas, opina: «En algunas ocasiones los comités locales mostrarían un celo excesivo en el desempeño de sus deberes coercitivos» (174); véase también 190. En cuanto a mi interpretación, véase también el excelente Thompson, P., 2015, que contiene una sabia crítica de Breen, T. H., et al . en 149-150; Isaac, R., 1976, 372.

21. «[…] orangutanes»: Pennsylvania Evening Post , 7 de septiembre de 1776. «[…] reptiles»: TNA, CO5/122/118-119.

22. Un comité de New Milford, Connecticut, calificó a dos lealistas de «animales despreciables»; véase Villers, D. H., op. cit ., 207. «[…] cosas cuya cabeza»: New-York Journal , 9 de febrero de 1775. «Buitres»: Newport Mercury , 27 de mayo de 1776. Washington hablaba de los lealistas como «esos execrables parricidas, cuyos consejos y ayuda han anegado este país de sangre». No se detenía ahí: «Uno o dos han hecho lo que gran número de ellos debía haber hecho hace mucho tiempo, suicidarse». GW a John Augustine Washington, el 31 de marzo de 1776. Washington quería «arrancar o prevenir esas abominables plagas de la sociedad», como vemos citado en Kwasny, M. V., 1996, 47. Según el gobernador William Livingston, un tory era un «animal incorregible» que había que matar. Citado en Kwasny, M. V., 1996, 183. Otros patriotas situados en puestos menos importantes empleaban un lenguaje similar: Am. Arch ., 4.ª serie, vol. III, 823-824; Stokes, I. N. P., 1967, vol. IV, 874; carta del Comité del Condado de Monmouth, Nueva Jersey, al

Comité de Correspondencia de Boston [Boston Committee of Correspondence], [c . mayo] 1774, Boston Committee of Correspondence, Box 3, NYPL. Definición de los patriotas tomada de cita en Brown, R. M., 1983, 107.

23. Curwen, S., 1842, 25-26, 29-30, 58-59. Acerca de las vivencias de los lealistas exiliados por todo el mundo, véase Jasanoff, M., 2011.

24. Nueva York: el memorial de Wetherhead de 1783 se cita en Crary, C. S., op. cit ., 44-47, en 45-46. Véase también Jones, T., 1879, vol. I, 40; Stokes, I. N. P., 1967, vol. IV, 882. El vicegobernador Cadwallader Colden a Dartmouth, el 3 de mayo de 1775, en NYCD , vol. VIII, 571; Richard Yates a John Sargent, Nueva York, el 1 de mayo de 1775 [extracto], Dartmouth MSS, II/1240. En cuanto a los temores patriotas por los «planes infernales» y el «horrible complot» de los lealistas, véase Villers, D. H., op. cit ., 141, 147, 373; Larned, E. D., 1899, 116-118. Virginia: Am. Arch ., 4.ª serie, vol. III, 823.

25. Copeland, D. A., 2000, 227, 233-234. «[…] machacar»: Rivington's New-York Gazetteer , 22 de diciembre de 1774. Am. Arch ., 4.ª serie, vol. II, 132, 12. «[…] inglés»: Sabine, L., 1864, vol. II, 217. Órdenes de boicot: Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1051, 1240; vol. II, 1106; Schlesinger, A. M., 1958, 225; véanse más generalidades en ibid ., 222-226; «miserable» y otros maltratos verbales citados en 225. Amenazas y palizas: Burns, E., 2006, 180. Acerca de este relato, véase también Breen, T. H., 2010, 233-234.

26. Schlesinger, A. M., op.cit ., 19-20; Potter-MacKinnon, J., 1983, 30; Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 98; Irvin, B. H., 2011, 69; Ferling, J. E., 2011, 256.

27. Petición de Rivington al Congreso, el 20 de mayo de 1775, en Am. Arch ., 4.ª serie, vol. II, 836-837. Rivington volvería más tarde, con nuevas imprentas y con el cargo de impresor del rey, a publicar la Rivington's New York Loyal Gazette (después mudada en The Royal Gazette) en el Nueva York ocupado por los británicos. Acerca de la destrucción de la imprenta de William Goddard en 1777, véase W. Goddard, Memorial to the Committee of Grievances, Maryland House of Delegates, Mar. 28, 1777 , en Misc. Collections,

U. S. States and Territories, Box 7, Maryland, NYPL. Véase Ward, H. M., 1999, 59-65, acerca de las restricciones a la libertad de prensa y la violencia contra la prensa.

28. Sobre las redes de clérigos, véase, p. ej., la carta del reverendo Henry Caner al arzobispo de Londres del 16 de agosto de 1775, citada en Crary, C. S., op. cit ., 93. Acerca de la asociación y los que no firmaban, véase Am. Arch ., 4.ª serie, vol. III, 141-142. Dibblee: Crary, C. S., op. cit ., 107-108. Mansfield: Mansfield al reverendo Samuel Peters, 12 de enero de 1776, citada en Crary, C. S., op. cit ., 103; Gilbert, G. A., op. cit ., 277. Beach: Gilbert, G. A., op. cit ., 279 (cita); Crary, C. S., op. cit ., 106-107. En cuanto a otros casos más allá de Connecticut, véase la introducción a Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Rawlyk, G. A. (eds.), 1994, 3; Villers, D. H., op. cit ., 165-166; Bartlet, W. S. (ed.), 1853, 105; Ross, J. M., 1975; Jacob Bailey a «Estimado señor», el 1 de marzo de 1775, Jacob Bailey Papers, LOC; Jasanoff, M., 2011, 6-7; AO12/6/47-53, 42/1-6; 13/71A/248-255.

29. «[…] mopa llena»: Peters, S., 1781, citado en Crary, C. S., op. cit ., 91. Acerca de Roberts: Irvin, B. H., 2003, 237. Varios clérigos más murieron por abusos o por las duras condiciones de su prisión: Luke Babcock de Philipse Manor y Ebenezer Kneeland de Stratford, Connecticut (ambos en 1777); Thomas Barton de York County, Pensilvania (1780). Véase también Ranlet, P., 1986, 159; Crary, C. S., op. cit ., 88, 187; Gazetteer y Daily Advertiser , 30 de diciembre de 1776; Pond, E. L., 1909, 19.

30. Sobre Oaths: John McKesson, secretario del Congreso Provincial de Nueva York [New York Provincial Congress], correspondencia de 1775-1779, DLAR, Force Papers 7E, [rollo 17] ítem 74; Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776 , 361; Calhoon, R. M., 1987, 58-59; Breen, T. H., 2010, 237-239; Van Tyne, C. H., 1970, 219; Jones, E. A., 1927, 54-55; Moore, C., 1994, 77; AO12/10/131. Cartas del capitán Bowater al conde de Denbigh, el 5 y 11 de junio de 1777, en Balderston, M., Syrett, D. (eds.), 1975, 131. Las milicias: McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 31-32, 40; Neimeyer, C. P., 2007; Breen, T. H., op. cit ., 239; Breunig, M., 1998, 71-76.

31. Kim, S. B., 1993, 873-875. «[…] al vecindario»: citado en

Hoerder, D., 1977, 303.

32. Acerca de Brown, véase Piecuch, J., 2008, 46, 57-59; Jasanoff, M., 2011, 23-25; Cashin, E. J., 1999, 27-29. «[…] como un becerro»: Davis, R. S., Jr., 1997, 126. En torno a las asociaciones lealistas de Connecticut en 1775, véase, p. ej., AO12/1/172-173, 214-215; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1202, 1210, 1258-1260. Villers, D. H., op. cit ., 207; Id . 1994, 19; Yale University MS, MS 674, American Revolutionary Collection. En cuanto a juramentos similares en otras colonias, véase Loyalist Association, Maryland, Dec. 8, 1775, BHQP 88; Grout, J., 1775 (Evans 49293); Berkin, C., 1974, 107; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1164; «A Jersey farmer proposes a Loyalist Association, January 26, 1775» en Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 114-115.

33. Acerca de la distribución demográfica regional, étnica y socioeconómica del lealismo, véase Ward, H. M., op. cit ., 36-37; Nelson, W. H.,1958, 131; Middlekauff, R., 2007, 564-565.

34. La cita de Schaw tomada de Crary, C. S., op. cit ., 61; véase también Breen, T. H., op. cit . 187-188, 193-197.

35. Sobre el papel de las mujeres y su estatus político, véase Kerber, L. K., 1980 y 1990; Berkin, C., 2005; Gundersen, J. R., 2006; Bradburn, D., 2009, 58; Jones, E. A., 1927, 238-239; Crary, C. S., op. cit ., 78-80. Pueden consultarse ejemplos de mujeres expulsadas de sus hogares en AO12/38/403-415, 40/222, a los que se hace referencia en Knouff, G. T., 2010, 335. Véase también AO12/24/118, 76/145, 89/16, 90/3, 101/114, 109/268; 13/9/183-hasta el final, 70B/363-366, 83/427-430, 94/338-345.

36. «[…] dar con nosotros ejemplo»: diario manuscrito de un oficial lealista escocés de las Tierras Altas que sirvió en Carolina del Norte, cuyo nombre se desconoce, y que participó en la batalla del Puente de Moore's Creek y fue hecho prisionero de guerra [febrero de 1776], Clinton Papers 14/32. Crary, C. S., op. cit ., 208; Potter-Mackinnon, J., 1993, 38; Brown, R. M., 1983, 107-108; Johnson, W. T., 1941. Acerca del título de esta sección, véase Anburey, T., 1969, vol. II, 303.

37. Citado en Crary, C. S., op. cit ., 202-203. Acerca del

encarcelamiento de John Champneys en Charleston y su posterior destierro, véase Piecuch, J., 2008, 57.

38. Willard: Connecticut Journal , 9 de septiembre de 1774; York, N. L., 2010b, 178. En aquella ocasión, un espectador de los hechos que se mostró crítico fue también embreado y emplumado. Tenemos otros ejemplos de amenazas de sufrir prisión en las minas en Gazetteer and New Daily Advertiser , el 8 de junio de 1775; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. I, 1262. La prensa británica («[…] los lealistas son»): English Chronicle , 27-30 de julio de 1782; London Chronicle , 27-30 de julio de 1782. Visitante inglés: Kendall, E. A., 1809, vol. I, 210.

39. New-York Mirror , vol. I, n.º 33 (13 de marzo de 1824), 257-258. Justo antes de la guerra, la asamblea de Connecticut había adquirido la mina para usarla como prisión colonial improvisada; pronto se ganó el apodo de la Newgate de Connecticut, evocando la tristemente célebre prisión de la capital británica. New-York Journal , 1 de enero de 1773; Providence Gazette , 15 de enero de 1774.

40. La descripción física está tomada sobre todo de «Account of the escape of Ebenezer Hathaway and Thomas Smith», publicado en la Rivington Royal Gazette el 9 de junio de 1781; Crary, C. S., op. cit ., 218. Véase también Caron, D. R., 2006, 72-73. Encontramos referencias en la prensa británica en London Chronicle , el 17-19 de julio de 1781; Morning Chronicle , el 20 de julio de 1781.

41. Boston Post-Boy , 21 de noviembre de 1774; Connecticut Journal , 30 de agosto de 1775.

42. Sentencias judiciales: Connecticut Journal , 3 de noviembre de 1774; Norwich Packet , 31 de marzo al 7 de abril de 1774; Massachusetts Gazette , 15 de abril de 1774; Essex Gazette , 19 de abril de 1774, Boston Post-Boy , 21 de noviembre de 1774; Am. Arch ., 5.ª serie, vol. I, 43. Véase también Connecticut Courant , 6 de septiembre de 1790; Rhode-Island American , 10 de abril de 1822. En cuanto a Washington, véase GW al Comité de Symsbury, 11 de diciembre de 1775; Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 235-236, 376. Cohen, S. S. (ed.), 1990, 150.

43. Crary, C. S., op. cit ., 216; Egleston, N. H., 1886, 325; Kansas City Star , 17 de junio de 1906 (cita).

44. «[…] vapor»: Kendall, E. A., 1809, vol. I, 212. Ver también Connecticut Mirror , 6 de agosto de 1831; Egleston, N. H., op. cit ., 322.

45. «[…] impartiendo»: Caron, D. R., op. cit ., 73. Peters, S. 1781, 175-176.

46. Caron, D. R., op. cit ., 73; Peters, S., op. cit ., 175-176. «[…] absoluto aislamiento»: Egleston, N. H., op. cit ., 325.

47. Intentos de huida: Connecticut Courant , 12 al 19 de abril y 26 de abril al 3 de mayo de 1774, 18 de diciembre de 1775; Connecticut Journal , 12 de febrero de 1774; Egleston, N. H., op. cit ., 330; Phelps, R. H., 1876, 33-39. Los periódicos alertaban a sus lectores de las huidas de las prisiones y de las recompensas por la captura de los escapados: Connecticut Gazette , 21 de enero de 1774; Essex Gazette , 25 de enero al 1 de febrero de 1774; Connecticut Courant , 3 al 10 de mayo de 1774, 4 de septiembre de 1775, 2 y 9 de diciembre de 1776, 24 de febrero de 1777.

48. «[…] los prisioneros en esta cárcel» y «disposición feroz»: Kendall, E. A., op.cit ., vol. I, 215. Sobre muertes: Kansas City Star , 17 de junio de 1906; Caron, C. S., op. cit ., 75.

49. Lord Campbell a Dartmouth, en Charleston, 19 de julio de 1775 [extractos], BHQP 19; Larkin, E., 2013, 291; Mason, K., 2012, 45-48.

_____

*N. del T.: Apelativo proveniente del latín mandamus , lit. mandamos. Indicaba que se trataba de concejales impuestos, mandados por la autoridad real.

Capítulo 2

El dilema deGran Bretaña

John Malcom, el funcionario de aduana embreado, emplumado y golpeado en Boston en enero de 1774, había pasado en cama dos meses de agonía. Sin embargo, una vez que se recuperó, John dijo adiós a su mujer, Sarah, y a sus cinco hijos y tomó un pasaje a Inglaterra, llevándose también tiras sueltas de su desconchada, emplumada y putrefacta piel. Aquel invierno, algunos miembros del gobierno y del Parlamento británicos recibieron trozos de la piel de Malcom que este había adjuntado, como prueba macabra de su lealtad, a las peticiones que les envió. Durante una recepción en el palacio de St. James, en enero de 1775, Malcom demostró su facilidad para caer en el absurdo al solicitar que el rey Jorge III lo nombrara «Único Caballero de la Brea, ya que me Embrearon porque me Gusta su Olor». Dicha distinción «Me sería de Gran Honor en Norteamérica, y en Gran Medida Compensaría todas mis Pérdidas y Sufrimientos».1

A 4500 km de distancia, separados por el lapso de varias semanas que tardaban en llegar a Londres las noticias de las colonias, es posible que los británicos se sintieran muy distantes de las explosiones de violencia colonial. Sin embargo, bastante antes de que Malcom llegara a Londres, los vívidos relatos publicados en la prensa ya habían comenzado a atrapar la atención pública. La prensa londinense ayudó a que los lectores sintieran su dolor, permitiéndoles vivir de forma vicaria aquel episodio que se había desarrollado en la otra orilla del Atlántico. Permitamos que «cualquier hombre sentado junto al hogar, rodeado por su familia, lea el tratamiento que se dio a este desgraciado –sugirió un

redactor–, y que él mismo se imagine en aquella situación, y entonces dejémosle que valore qué castigo merecen los bellacos de Boston que le trataron tan bárbaramente». La «atroz acción, pese a su barbarie», no era, por desgracia, rara en Boston, ciudad que fue en la primera etapa el centro de la protesta de las colonias.2

The Bostonians Paying the Excise-Man, or Tarring & Feathering [Los

bostonianos pagando al recaudador, o embreándolo y emplumándolo] (Londres, octubre de 1774), atribuido a Philip Dawe.

Además de los reportes de prensa, tres estampas publicadas en Londres durante el otoño de 1774 ilustraron distintos momentos del calvario sufrido por Malcom unos meses antes. En The Bostonians Paying the Excise-Man, or Tarring & Feathering [Los bostonianos pagando al recaudador, o embreando y emplumando] podemos ver a un marinero, un comerciante, un hombre con traje eclesiástico y otros dos individuos que están forzando a un funcionario de aduana, embreado y emplumado, a ingerir té debajo del Árbol de la Libertad, en el que se ha preparado una soga. En segundo plano, un conjunto de pistas visuales le recuerda al espectador la evolución del conflicto anglo-norteamericano durante la década anterior: el cartel de la Ley del Timbre está cabeza abajo para indicar que se rechazó en 1766, y unos hombres disfrazados de nativos norteamericanos arrojan té por la borda en el puerto. La estampa A New Method of Macarony Making, as practised at Boston [Un nuevo método de hacer macarrones*, según se acostumbra en Boston], de Carington Bowles, sugiere que Malcom está a punto de ser ahorcado, instante que se ve también precedido por la ingestión forzosa de té.3

Según concluía 1774 y comenzaba 1775, los británicos tenían cada vez más difícil minusvalorar el caso de Malcom como si se tratara de nada más que de una anomalía lamentable, pues era un funcionario imperial de relevancia menor, que tenía un largo historial de conducta inapropiada y había enfurecido a los lugareños por golpear a un niño. Las autoridades británicas tenían pruebas verosímiles de que los norteamericanos se estaban preparando para una guerra abierta. Malcom decía que él era el primero que había sido embreado y emplumado en Norteamérica por plantar cara a la rebelión en ciernes. A medida que escaló la crisis durante los meses siguientes, comenzaron a circular por Londres muchas más historias de violencia revolucionaria. A quienes deseaban mantener el ordenamiento británico en Norteamérica, lo que más les preocupaba de aquellas noticias era la diversidad de las víctimas: no eran solo funcionarios de aduanas

relacionados con las tareas más controvertidas del Imperio o sus informantes locales, sino también impresores, clérigos anglicanos y, cada vez más, gente ordinaria norteamericana probritánica. Los parlamentarios que defendían medidas más duras para que los colonos entraran en razón llamaban la atención sobre la situación explosiva de ciudades como Boston, donde cualquier disidente político corría peligro de ser embreado y emplumado, o de que le pintarrajearan la casa o se la cubrieran con brea o excrementos. El primer ministro, lord North, al proponer el Edicto del Puerto de Boston a la Cámara de los Comunes, proclamó que Malcom había soportado «más crueldad que nadie antes».4

A New Method of Macarony Making, as practised at Boston [Un nuevo método de hacer macarrones, según se acostumbra en Boston] (Londres, octubre de 1774), de Carington Bowles. A mediados del siglo XVIII, en Gran Bretaña, se llamaba macaroni a los pisaverdes de maneras, vestido y peinado afectados.

Por tanto, en 1775, ya tanto los líderes políticos como la opinión pública informada de Gran Bretaña sabían que los lealistas norteamericanos estaban en una situación apurada. Sospechaban (igual que nosotros debemos hacerlo) que las diversas fuentes que les proporcionaban noticias de las colonias –despachos oficiales, mensajes interceptados por el gobierno, relatos de testigos y reportes de la prensa anglo-norteamericana– no eran siempre fiables. Sin embargo, casos recientes como el de John Malcom consiguieron que la precaria situación de los lealistas recibiera pronto la atención del escalón más elevado de la autoridad imperial. En agosto de 1775, el rey Jorge III declaró, por fin, que los insurgentes norteamericanos estaban en «abierta y declarada Rebelión» y condenó de forma específica la «opresión de nuestros leales súbditos» por parte de aquellos. Dijo que, como rey, era su obligación manifiesta proteger a los lealistas del «torrente de violencia» que los atenazaba.5

La protección de los norteamericanos leales tendría que ser un componente clave en toda estrategia destinada a reafirmar la prevalencia de la autoridad británica en Norteamérica. El rey y los ministros se fiaron de informes demasiado optimistas provenientes de los gobernadores británicos y de los primeros exiliados lealistas llegados a Londres, los cuales sugerían que la inmensa mayoría de los norteamericanos se mantenía fiel a Gran Bretaña y que se movilizarían en ayuda de los soldados británicos que invadiesen el territorio para derrotar a la minoría rebelde. No erraban los líderes británicos al preocuparse por la seguridad y el bienestar de los súbditos leales en Norteamérica. Las pruebas que indicaban que los patriotas estaban reforzando sus redes de vigilancia no dejaban de crecer.6

De hecho, la clase política británica fue tomando conciencia con celeridad acerca de las nuevas formas y grados de la violencia política que se vivía en las colonias. Los políticos de Londres ya se estaban encontrando con «muchos hombres de valía que se han visto forzados a abandonar sus hogares, en casi cualquier lugar del continente, para evitar el confinamiento, la confiscación de bienes o incluso el castigo corporal». Estos atemorizados exiliados lealistas habían sido testigos directos de la violencia patriota contra los enemigos interiores. Los comerciantes británicos leían historias

similares en las cartas de sus preocupados socios comerciales norteamericanos. Británicos de distintas clases conocieron a norteamericanos que habían llegado a la metrópoli en la víspera de la guerra y que ahora estaban preocupados por la suerte de sus familias lealistas al otro lado del Atlántico. La bostoniana Mary Murray, de veinte años, que estaba de visita en Inglaterra e intentaba, pese a las dificultades, mantenerse en contacto con sus familiares repartidos desde Massachusetts a Florida, supo que algunos de ellos habían sido desposeídos de sus bienes o incluso encarcelados; un tío suyo había sido víctima de la «violencia de una desaforada turba».7

Para quienes no tenían acceso a testimonios personales similares, los periódicos británicos reimprimían artículos y cartas al director publicados en la prensa lealista norteamericana, que acusaban a los rebeldes de ser culpables de «crueldades inauditas». Los lectores leían de continuo relatos de abusos contra funcionarios imperiales, clérigos y gente común lealista. Estos abusos iban desde el envenenamiento de sus animales a la práctica de «sacarles a la fuerza, por medio de torturas de distintos tipos, una retractación pública». Ya por entonces, en las colonias sureñas, comenzaban a ejecutar a lealistas. En otros reportes, a los individuos que rechazaban apoyar a la Asociación Continental se los amenazaba con maltratos físicos, la destrucción de sus propiedades e incluso –aunque esto puede ser un bulo– el enterramiento en vida.8

Igual que en el caso de Malcom, las viñetas también sirvieron para que el público británico se pudiera imaginar la tensa atmósfera política que afectaba prácticamente a todas las áreas de la vida en las colonias. En una estampa publicada en febrero de 1775 en Londres, The Patriotick Barber of New York [El barbero patriótico de Nueva York], dicho personaje se niega a acabar de afeitar a un cliente tras conocer su identidad: se trata del capitán John Crozer, comandante del buque de transporte imperial Empress of Russia. En la pared del fondo cuelgan retratos de héroes patriotas, entre ellos el anterior primer ministro británico William Pitt, conde de Chatham, flanqueados por un discurso de este y por los artículos de la Asociación Continental.

Estampas como The Alternative of Williams-Burg [La alternativa de

Williamsburg], un grabado a media tinta que también circulaba por Londres a primeros de 1775, sugerían que los revolucionarios gobernaban mediante las amenazas y el terror. En esta se ve, en el patio del capitolio de Williamsburg, a un lealista virginiano que firma a la fuerza un documento, tal vez una confesión y una apología, o una declaración de adhesión promulgada por la Convención de Williamsburg. Una muchedumbre de luchadores por la libertad blande porras amenazadoras. A la izquierda, un hombre es llevado hacia un patíbulo –etiquetado «cura para los refractarios»– que se erige al fondo y del que cuelgan una bolsa de plumas y un barril que gotea brea. La estampa también incluye referencias a unos políticos británicos afamados: una estatua de Norborne Berkeley, cuarto barón de Botetourt, reciente gobernador real de Virginia, y un barril de tabaco del que se lee que es un regalo del lord alcalde de Londres, el radical John Wilkes.9

The Patriotick Barber of New York [El barbero patriótico de Nueva York, o el capitán en el enjuague] (Londres, febrero de 1775), de Philip Dawe.

Los lectores atentos de los periódicos vinieron a conocer que distintas regiones de las colonias norteamericanas se especializaban en géneros específicos de abusos. Una técnica especialmente habitual en Nueva York era que las turbas llevaran a algún lealista por las calles encabalgado en un poste. A principios de1775, un periódico de Londres ofreció a sus lectores una descripción gráfica de lo que este maltrato significaba. Los rebeldes colocaban al hombre sobre el poste, con este entre las piernas,

The Alternative of Williams-Burg [La alternativa de Williamsburg] (Londres, febrero de 1775), de Philip Dawe.

y en esa situación lo zarandeaban arriba y abajo sobre los puntos cortantes hasta que no podía sostenerse ya más, casi muerto por la extrema tortura de sus zonas más delicadas. Yo he visto a un hombre en esa situación: casi no puede moverse, es un espectáculo estremecedor, es terrorífica la mortificación de sus partes. Su mujer dice que, si vive, ya no servirá para nada; y lo decía con dolor, con lágrimas en los ojos. Esta cruel tortura, la más execrable de las villanías, es admirada por los rebeldes como una gran hazaña.10

En muchas de estas procesiones de encabalgamiento en un poste se añadían también otras humillaciones: a veces se desnudaba a las víctimas; o les tiraban piedras, huevos o basura; o las obligaban a tragar grandes cantidades de té. Los asaltantes, al final, solían dejar libres a la mayor parte de las víctimas, aunque en algunas ocasiones fuera después de haberlas arrojado a un río o al agua en el puerto. Igual que sucedía con el embreado y emplumado, fueron muy pocos los que, después de haber sufrido estos dolorosos rituales de humillación, volvieron jamás a las comunidades de las que habían formado parte.11

El gobierno británico, que debía tomar decisiones de estrategia política de gran alcance –y pronto también relacionadas con la guerra–, tenía en los gobernadores coloniales, los ciudadanos particulares y los medios de comunicación impresos unas fuentes de información importantes pero imperfectas. En la primavera de 1775, la administración ordenó, por ello, la interceptación secreta de toda la correspondencia privada que llegara desde Nueva York y Charleston. El servicio de Correos contrató a abridores de cartas, descifradores de códigos, traductores y copistas a los que se adiestró para que rompieran lacres, copiaran grandes cantidades de texto con rapidez y luego reenviaran las cartas, de nuevo selladas, a sus destinatarios. Un lote poco conocido de estas cartas interceptadas

que se ha conservado en los archivos británicos nos muestra el clima de sospecha e inseguridad que se estaba apoderando de las colonias. Según averiguó el gobierno al espiar de aquel modo a sus súbditos, las gentes a ambos lados del Atlántico eran muy conscientes del riesgo de que los rebeldes comenzaran a interceptar también la correspondencia. Algunos tomaron medidas de precaución, como por ejemplo no firmar sus cartas, recurrir a mensajeros personales para transmitir la información más comprometedora, o suplicar a sus correspondientes que se autocensuraran: «Posdata: Por mi seguridad te ruego que no me escribas nada que no querrías que viera todo el mundo». En septiembre de 1775, el funcionario encargado de la coordinación de la tarea de interceptar la correspondencia ya advertía que «la cautela de lo que se escribe es excesiva». Sin embargo, la carta sin firma de un hombre confirmaba las noticias alarmantes de la prensa y exponía con crudeza la violencia que inundaba las colonias: «Los pobres y proscritos tories son cazados y acosados como alimañas».12

En la perspectiva londinense se iba formando la imagen de que los norteamericanos leales vivían en una situación cada vez más dura. A menos que las tensiones con Norteamérica se enfriaran pronto, Gran Bretaña tendría que intervenir militarmente para proteger a un grupo de súbditos (los leales) ante el tratamiento violento que les daba otro grupo (los rebeldes). Los líderes británicos, por tanto, se enfrentaban a un dilema: necesitaban aplastar la incipiente insurgencia, pero de un modo que aumentara al máximo las posibilidades de reintegrar a las ya profundamente divididas colonias bajo el paraguas imperial.

La opción de ir a la guerra, por tanto, situó en el centro del debate cuál era el grado adecuado de violencia que los británicos debían aplicar. Esta cuestión la abordaron tanto los líderes políticos como el debate público general que giraba en torno a la crisis anglo-norteamericana. ¿Qué tácticas violentas podía adoptar la autoridad británica, y en qué grado? ¿Qué formas y métodos de guerra toleraría la opinión pública? Y cuando el conflicto terminara, ¿cómo podría restaurarse la armonía entre los dos grupos de norteamericanos cada vez más enfrentados? Cualquier estrategia pensada para ganar la guerra tenía también que tener en cuenta

cómo ganar, a la vez, una paz duradera.

La guerra, en palabras del historiador militar sir Michael Howard, es una «actividad muy social [que] implica el uso recíproco de la fuerza organizada entre dos o más grupos sociales, que se dirige según un plan global […] para alcanzar un objetivo político». La fuerza que se emplea en la guerra es «violenta, intencionada, deliberada y legitimada». A finales del siglo XVIII, los abogados y funcionarios de Europa compartían unas ideas comunes sobre ciertos márgenes legales, políticos y éticos que limitaban a dicha fuerza. Estas «leyes de la guerra» distinguían métodos legítimos e ilegítimos de hacer la guerra y prohibían la violencia excesiva o la crueldad contra los combatientes enemigos, los prisioneros y los civiles. De ahí, por ejemplo, la costumbre de conceder cuartel al enemigo que se rindiera, o las convenciones que regulaban el tratamiento de los prisioneros enemigos.13

Cómo percibían los británicos el conflicto anglo-norteamericano, qué tipos y niveles de violencia veían justificados contra el enemigo y qué códigos de la guerra admitirían dependía, en gran medida, de qué respuesta dieran a una pregunta en particular: ¿Quiénes eran, en concreto, los norteamericanos? La identidad norteamericana era un asunto complejo que englobaba dimensiones constitucionales, culturales, económicas, ideológicas y emocionales. Hasta mediados del siglo XVIII, los británicos veían a los colonos norteamericanos como compatriotas británicos que eran «de la misma lengua, la misma religión, los mismos usos y costumbres [y que] venían de la misma nación, con los que estaban mezclados por parentesco y consanguineidad». Los colonos también se veían a sí mismos, ante todo, como súbditos británicos que vivían como «americanos» –término que se hizo muy común al ir avanzando el siglo– o como colonos residentes en la parte norteamericana del Imperio. Se sentían ligados a Gran Bretaña por la Corona y por un patrimonio compartido de derechos políticos que se remontaban hasta la Carta Magna, el derecho consuetudinario inglés y los logros de las revoluciones sucedidas en Inglaterra en el siglo XVII. Estos vínculos se veían reforzados por un comercio floreciente y, en el nivel de las élites, por la asimilación de las costumbres inglesas en lo que se refiere al refinamiento y al consumo, ejemplificada en el ritual del té y en toda la parafernalia de loza y de plata que adornaba los

salones desde Bath hasta Boston.14

Al mismo tiempo, eran muchos en Gran Bretaña los que percibían diferencias cada vez mayores. Como los colonos eran gentes de frontera, les parecían menos refinados, peor educados y de miras más estrechas. El transporte de convictos desde las islas británicas, la inmigración que llegaba a gran escala desde otros países y la presencia de un cuarto de millón de esclavos africanos habían diluido la identidad británica de los colonos. Tras sus victorias por todo el orbe durante la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña desarrolló un patriotismo más exclusivista. Los ingleses, indicó un alto funcionario, consideraban a los británico-norteamericanos, «aunque súbditos de S. M., extranjeros». Se había pasado a considerar a los norteamericanos, escribe el historiador Stephen Conway, «ya no tanto como partes distantes de la misma nación, y más como otro grupo de gente que había que gobernar». Esta condescendencia ayudó a los británicos a imaginarse la separación y a que apoyaran un enfoque de mano dura contra la insurgencia colonial, aunque también alimentó sentimientos contradictorios. No obstante, tanto si ponían el énfasis en las semejanzas como si lo hacían en las diferencias, ambos grupos percibieron la Revolución norteamericana como una guerra civil dentro del Imperio británico, los colonos rebeldes hasta 1776, los lealistas y británicos hasta 1783.15

Debido a que la crisis norteamericana afectaba a la delicada cuestión de la identidad, no es de extrañar que constituyera uno de los asuntos que más dividieron a los británicos durante el siglo XVIII. Solo durante 1775, más de 40 000 individuos firmaron peticiones al rey y al Parlamento a favor o en contra del uso de la fuerza en Norteamérica. Además, casi la mitad de los condados y villas que remitieron dichas solicitudes enviaron documentos tanto a favor como en contra de sofocar la rebelión. Los periódicos más parciales amplificaban estas divisiones. Los protestantes no anglicanos, y con ellos los tenderos y los artesanos de pueblos y ciudades, tendían a simpatizar con los rebeldes norteamericanos e, igual que los irlandeses protestantes, estaban en contra de ir a la guerra. Sin embargo, la mayoría de la clerecía anglicana, los abogados, los funcionarios de aduanas y del fisco y otros profesionales, junto con los caballeros que vivían en las ciudades,

estaban a favor del empleo de la fuerza, igual que la mayoría de los escoceses y de los habitantes de los condados del norte de Inglaterra.16

La crisis norteamericana dividió incluso al Ejército británico. La gran mayoría de los oficiales a los que se ordenó servir en Norteamérica acabaron por obedecer, entre ellos algunos que eran críticos con la política de coerción. Ante esta complicada situación, la lealtad a la Corona parece que prevaleció por encima de las inclinaciones políticas personales, al menos entre el cuerpo de oficiales, procedente en su mayoría de la aristocracia. Sin embargo, varios oficiales al servicio del rey decidieron que les resultaba imposible compatibilizar sus deberes de oficiales con los que tenían como ciudadanos británicos. Entre ellos encontramos vástagos de la aristocracia, soldados de carrera y reformistas políticos. La proporción de oficiales que renunciaron a sus empleos al comienzo de la Revolución estadounidense fue el doble que en la Guerra de los Siete Años.17

La renuncia de un oficial concreto tuvo una gran repercusión. El conde de Effingham, un ambicioso oficial de carrera proveniente de una familia militar, renunció en el momento en que su regimiento recibió la orden de embarcarse a Norteamérica, en abril de 1775. Effingham, tras proclamar su combativa fidelidad al rey y a la vez subrayar el inmenso sacrificio personal que estaba haciendo, explicó que su conciencia le prohibía tomar las armas «contra mis consúbditos de América». En el choque entre sus deberes de soldado y los que tenía como ciudadano, los segundos debían prevalecer sobre los primeros hasta que pudieran reconciliarse en una guerra contra los «verdaderos enemigos» de Gran Bretaña (es decir, contra el tradicional enemigo galo). Effingham sintió el dilema estratégico-moral al que Gran Bretaña se enfrentaba de una forma muy intensa en el plano personal; lo resolvió negándose a implicarse en una guerra civil en el interior del Imperio. Al conocerse la decisión de Effingham a lo largo del mundo atlántico británico, se convirtió al instante en un icono de los patriotas norteamericanos, que pusieron su nombre a varias embarcaciones armadas. También se ganó la adulación de los británicos críticos con la guerra. Estos, con gran publicidad, dieron las gracias a Effingham porque, como inglés, hubiera asumido una posición de principios y se negara a

«mancharse las manos con la sangre de sus consúbditos».18

Con este trasfondo de divisiones cada vez más profundas, un círculo restringido de políticos tuvo que tomar decisiones cruciales en Londres. En un extremo del espectro, los partidarios de la línea dura defendían el empleo de una fuerza punitiva extrema que aplastara la insurgencia colonial, en línea con la forma en que Gran Bretaña (y otras potencias europeas, por cierto) había respondido a rebeliones anteriores. En el otro extremo se situaban los políticos que proponían la reconciliación, no la guerra, o que sugerían que se empleara la fuerza mínima posible para presionar a los colonos a que negociaran un acuerdo. Los miembros de este segundo grupo se movían tanto por consideraciones políticas prácticas como por razones humanitarias, y sugerían que era imprescindible que el ejército se mostrase considerado con los civiles si se quería conservar de forma permanente el apoyo de los lealistas y recuperar a los rebeldes que se desengañaran de su causa.19

La situación era en extremo complicada para el Imperio británico. El rey Jorge III estaba preocupado por la dignidad de su corona y se tomaba muy en serio su obligación monárquica de proteger a sus súbditos leales que estaban padeciendo en ultramar. También compartía con otros líderes británicos un compromiso sincero con el principio de la soberanía del Parlamento. Al monarca y a muchos de sus ministros les preocupaba que la pérdida de Norteamérica no solo fuera un golpe devastador en sí mismo, sino que pudiera llevar a la pérdida del control de Irlanda y de las Indias Occidentales británicas. Además, desde que se comenzasen a planear las acciones militares, la reputación de Gran Bretaña como imperio civilizado y humanitario se vería puesta a prueba. Si los británicos querían conservar su legitimidad a ojos del resto de Europa, ¿no sería necesario que demostraran la continuidad de su compromiso con la moderación y las buenas formas incluso –o en especial– durante la guerra?20

LA SUERTE ESTÁ ECHADA

Jorge III había ascendido al trono británico en 1760, con veintitrés años. Después de una primera década convulsa caracterizada por cambios constantes de gobierno, en la víspera de la Revolución de las colonias norteamericanas Jorge se había convertido ya en un político experimentado. Era serio, con un profundo sentido de sus deberes como rey, una firme ética del trabajo y una despejada brújula moral cristiana. En el gobierno, Jorge estaba muy interesado en la política internacional y en los asuntos militares. Confeccionaría una colección de fichas para ayudarse a planificar y dirigir la guerra en Norteamérica. En las primeras etapas de la crisis, Jorge III había ejercido una influencia moderadora ante las propuestas más extremas de algunos de sus ministros. Sin embargo, después de que los insurgentes destruyeran propiedad privada en el Motín del Té de Boston, en 1773, el rey adoptó un enfoque más punitivo.21

Con todo, tal vez ninguna otra persona sintió con mayor intensidad, y a un nivel más personal, la disputa creciente entre la madre patria y las colonias. Por aquel entonces, la idea de que el rey era el padre de sus súbditos, tanto británicos como de las colonias, era un lugar común en el pensamiento político. Él era responsable de su bienestar; ellos, en tanto que hijos suyos, le debían amor y obediencia. Las colonias británicas de Norteamérica, antes de la Revolución y hasta bien entrada la década de 1770, hicieron gala, de hecho, de un crecido entusiasmo por los rituales y los símbolos realistas, como, por ejemplo, en los festejos por el cumpleaños del monarca. En este contexto, los colonos rebeldes le parecían al rey unos hijos malcriados y desagradecidos. Los revolucionarios, a su vez, acusaban a su rey de no dejarles crecer y prosperar: para ellos, el padre benevolente se estaba convirtiendo en una figura cruel y tiránica.22

Para Jorge III, la idea de que la nación era una familia y él su cabeza no era solo una metáfora política. Su biógrafa moderna de mayor perspicacia psicológica, Stella Tillyard, lo explica:

Jorge, padre amoroso y tierno con los niños pequeños y con sus hijos, siempre que cumplieran con sus obligaciones y se mantuvieran leales, nunca […] había desarrollado ninguna forma

de negociación o de compromiso con los miembros de su familia […] que quisieron vivir de formas distintas de las que él pensaba que eran las mejores para ellos. Su comportamiento con sus súbditos norteamericanos fue exactamente igual. Puesto que eran sus hijos, e igual que sus hijos, era necesario que reconocieran su deber hacia su padre y su rey. Si el honor no los devolvía a la madre patria, habría de hacerlo la fuerza.

Jorge III (1779), de Benjamin West. Este, nacido en Pensilvania, miembro fundador (y más tarde presidente) de la Royal Academy of Arts, mantuvo buenas relaciones profesionales y personales con su real mecenas a lo largo de la Revolución estadounidense. A mitad de la guerra, y tal vez con destino a la Sala de Audiencia del palacio de

Hampton Court, West retrató al monarca como comandante militar, vestido de uniforme y con la estrella y la banda de la Orden de la Jarretera. La corona, el orbe y el cetro están colocados encima de una mesa, a la izquierda. Al fondo puede verse un campamento militar junto a la costa; también al Royal George, que dispara una salva de saludo.

La crisis norteamericana escalaba mientras los hermanos menores del rey se rebelaban contra su autoridad como cabeza de la familia real. Así, «cuando los hombres y mujeres norteamericanos, que eran parte de su familia, repudiaron su amor paternal y su protección –concluye Tillyard–, aquello casi acabó con él». Al mismo tiempo, el sentido del deber que movía a Jorge a ayudar a sus fieles hijos lealistas se hizo, tal vez, hasta más extremado.23

Al servicio del rey, en el puesto de primer ministro, estaba uno de los políticos más experimentados del país, Frederick North, conocido como lord North, quien ostentaba dicho cargo desde 1770. Seis años mayor que el monarca, disfrutaba de la confianza y la amistad del rey. Aunque estaba convencido de la necesidad de sostener el principio de la soberanía del Parlamento, tenía, en cambio, dudas sobre cuál era el mejor método para alcanzar ese objetivo. Los observadores favorables veían en North, de temperamento moderado, a alguien que intentaba encontrar un equilibrio entre la firmeza y una solución de compromiso a la vez que defendía su mayoría parlamentaria. Los adversarios, en cambio, lo retrataban, en el mejor de los casos, como titubeante, o como alguien que carecía de principios y de un plan coherente. Era un orador efectivo, agudo y profuso –dio varios cientos de discursos parlamentarios en sus cuatro primeros años de primer ministro–, y supo manejar con inteligencia a la Cámara de los Comunes, pero era el primero en reconocer que no tenía las aptitudes adecuadas para llevar el mando en tiempos de guerra.24

Mientras su primer ministro aún sondeaba las últimas posibilidades de conciliación, el rey siguió adelante con su plan coercitivo. En septiembre de 1774 le dijo a North: «La suerte está echada, las colonias deben someterse o vencer. No deseo llegar a medidas más severas, pero no nos debemos retirar». Al acabar enero de 1775, el gobierno del rey, tras haber recibido informes de que los rebeldes

norteamericanos se estaban armando y se preparaban para atacar Boston, envió nuevas órdenes al teniente general Thomas Gage, el comandante en jefe británico en Norteamérica que además había reemplazado a Hutchinson en el puesto de gobernador de la provincia de la Bahía de Massachusetts. Gage iba a recibir refuerzos importantes y debía arrestar a los líderes del Congreso Provincial de Massachusetts si este se reunía de nuevo. Quedaba autorizado a usar la fuerza como fuera necesario para aplastar la rebelión en aquel dominio y en las vecinas Connecticut y Rhode Island. Sin embargo, por entonces los subordinados de Gage ya estaban convencidos de que su comandante –que estaba casado con una mujer muy bien relacionada de Nueva Jersey– no era apto para la tarea de acabar con la rebelión. En febrero –más o menos a la vez que los abogados del gobernador dictaminaban que el Congreso Provincial de Massachusetts era culpable de traición–, Jorge III eligió a varios oficiales para que ayudaran a Gage en Norteamérica. Estos oficiales eran también miembros del Parlamento y, por tanto, tenían sus propias visiones políticas personales sobre cómo debía tratar el Imperio a las colonias rebeldes.25

El elegido por Jorge III para número dos del general Gage, el general William Howe, quien pronto se convertiría en el nuevo comandante en jefe en Norteamérica, era la personificación de las contradicciones de los dirigentes británicos. Howe era el tercer hijo del segundo vizconde de Howe, noble irlandés y gobernador colonial, y de su esposa Charlotte, cuya (ilegítima) sangre real se fundió con el pedigrí aristocrático del marido para proporcionar a su vástago un privilegiado origen. Sin embargo, lo que el historiador David Hackett Fischer ha escrito sobre el hermano mayor de William, Richard, con quien pronto nos toparemos como nuevo comandante naval británico en Norteamérica, se aplica también a William: sus «oportunidades le llegaron por privilegio, pero sus logros los ganó por mérito». Ambos hermanos crecieron hasta tener una altura notable y una complexión atlética y morena; los dos tenían fama de taciturnos. Ambos forjaron carreras militares brillantísimas, sirvieron con valor y mérito en la Guerra de los Siete Años y obtuvieron experiencia en las tácticas más avanzadas en las guerras del Imperio en Norteamérica y en el Caribe. Richard llegó a convertirse en el almirante más joven de la Marina y se ganó una reputación de jefe humanitario que velaba por el bienestar de su

tripulación. También destacó como innovador en el diseño de embarcaciones y de armas, así como en los métodos de mando y control. William desarrolló tácticas de infantería ligera que tuvieron una utilidad extraordinaria en suelo norteamericano. Al igual que Richard, que también fue un reformador, William se centró en mejorar el entrenamiento y la disciplina.26

Además, el hermano mayor de Richard y de William, George Augustus, tercer vizconde de Howe, murió durante la Guerra de los Siete Años –fue abatido en Ticonderoga en 1758–. Cuando la asamblea de Massachusetts encargó la construcción de un monumento en su honor, Richard, entonces ya cuarto vizconde, supervisó dichas obras en la abadía de Westminster. Durante las décadas siguientes, Richard y William honrarían la memoria de su hermano conservando su amor por las colonias, sobre todo por las gentes de Massachusetts. En 1757 y 1758, respectivamente, los Howe accedieron al Parlamento, donde su posición sobre Norteamérica fue de una notable ambigüedad. Eran firmes partidarios de la soberanía absoluta del Parlamento y de la misión imperial de Gran Bretaña, pero al mismo tiempo se opusieron a las Leyes Coercitivas, la legislación punitiva aprobada en respuesta al Motín del Té de Boston que acabó provocando la creación de la Asociación Continental. Los hermanos abogaban por las medidas conciliatorias con las colonias. Hasta el mismo momento del nombramiento de William como segundo al mando del ejército en Norteamérica, Richard facilitó la celebración de conversaciones secretas con Benjamin Franklin en Londres. Sin embargo, cuando todas las señales apuntaron en dirección a la guerra, en el invierno de 1774-1775, los hermanos se dispusieron a servir, una vez más, a su rey. A finales del verano de 1775, William (ya ascendido a mayor general**) había puesto a entrenar, de forma muy intensa, a varias compañías de infantería ligera en Salisbury Plain. No hay duda de que, durante una demostración especial de las mismas que se organizó para Jorge III, la excelente ejecución de Howe evidenció ante el monarca su eficiencia.27

The Hon.ble Sir Will.m Howe K.t of the BATH,
Commander in Chief of all his Majestys Forces in America

El honorable sir William Howe, caballero del Baño, comandante en jefe de todas las fuerzas de su majestad en América (1780).

Igual que Howe, el segundo mayor general que Jorge III eligió a comienzos de 1775 también afrontó su misión con sentimientos encontrados. John Burgoyne había entrado al Parlamento por vez primera en 1761 (justo después de los Howe). Más adelante se había opuesto a que se rechazara la Ley del Timbre y había apoyado el Acta Declaratoria y las Leyes Coercitivas. En los primeros años de la década de 1770, la posición de Burgoyne era idéntica a la de Jorge III: veía en Norteamérica a «un niño que se ha echado a perder por la indulgencia equivocada, "la lenidad y la ternura" de Gran Bretaña». Con todo, la solución que Burgoyne apoyó hasta bien entrado 1775 fue un acuerdo negociado.28

Este era también un hombre de una ambición tremenda. De familia militar, se había ganado, igual que los Howe, una reputación excelente en la Guerra de los Siete Años. En 1772, el año en que Burgoyne (igual que William Howe) fue ascendido a mayor general, Jorge III elevó su regimiento a la categoría de unidad ligada a la casa real, los Dragones Ligeros de la Reina, una distinción muy notoria. Al comunicarle el gobierno que tenía la intención de encomendarle un puesto subordinado en Norteamérica, Burgoyne, en un primer momento, tuvo dudas, pero estas se disiparon en cuanto le dijeron que el rey en persona lo había elegido.

Antes de salir hacia Norteamérica, Burgoyne hizo algo que ningún otro comandante de alto rango había osado: se sirvió de su doble papel de oficial del Ejército y de miembro del Parlamento para justificar, ante la Cámara de los Comunes, la misión de Gran Bretaña en Norteamérica. Burgoyne le garantizó al Parlamento y a la opinión pública en general que no debían preocuparse porque los comandantes británicos en Norteamérica «pudieran verse influidos por discursos inflamados a favor de la violencia, ni por los partidarios de concesiones humillantes». Él aunaría «valor y compasión». Sí, el ejército «sería, de forma ineludible, un instrumento de corrección», pero era de la opinión de que no debía entregarse al «súbito e impetuoso impulso del apasionamiento y la venganza». Si había que usar la fuerza, su justificación y su

calibración eran de importancia capital. Pese a todo, al final había que tener en cuenta que, «aunque recordemos que estamos luchando contra hermanos y consúbditos, también debemos recordar que en esta crisis estamos luchando por el destino del Imperio británico». Y una guerra civil, a diferencia de las que se libran contra el extranjero, debe concernir a toda la nación, no solo a sus líderes. Después de apuntar a las divisiones cada vez más profundas que existían sobre la cuestión norteamericana, Burgoyne advirtió que el comandante en jefe en Norteamérica necesitaría «una inteligencia de primer nivel junto con una resolución extraordinaria», pero también debía «contar con un firme apoyo en casa».29

Tal vez William Howe debió haber explicado al Parlamento sus motivos igual que John Burgoyne. Antes, Howe les había prometido a sus electores de Nottingham que nunca prestaría sus servicios en una guerra contra los colonos norteamericanos. Menos de una semana después del nombramiento de Howe, Samuel Kirk, un tendero de Nottingham, le dijo que su decisión le había decepcionado: «La excusa más probable que pensamos nosotros es que el rey os ha llamado y que, ante eso, ¿qué otra cosa podíais hacer?». Howe, de hecho, justificó su decisión en el deber patriótico, pero había más gente que pensaba como el tendero. Un autor anónimo advirtió, en panfletos que colocó en lugares muy visibles, que el honor de la familia Howe estaba en juego. Si los británicos eran derrotados y Howe caía «en la infamia de devastar esos campos que tu hermano con tanta nobleza se ha esforzado en proteger», el «nombre de Howe no se volvería a recordar en Norteamérica sin tristeza». O lo que es peor, si Howe fuera a «inundar el continente americano de sangre», entonces penaría en el más allá por sus crímenes contra la naturaleza y la humanidad.30

El general John Burgoyne (ca. 1766), de sir Joshua Reynolds. Sus contemporáneos ridiculizaron con frecuencia a Burgoyne, un alto y atractivo oficial-político-dramaturgo que no escondía su amor por el juego, la bebida y las mujeres. Aquí está retratado con el uniforme del 16.º de Dragones Ligeros, en la cima de la primera etapa de su carrera. Hoy también se le recuerda por haber rendido un ejército británico al enemigo en Saratoga, en 1777.

Incluso el segundo al mando fue objeto de censuras públicas por aceptar el encargo de su rey de servir en Norteamérica. El hecho de que algunos oficiales navales y del Ejército arriesgaran sus carreras por la cuestión norteamericana era prueba de que las diferencias políticas se estaban haciendo cada vez más profundas. Sí que había algo en que los partidarios de ambas posturas estaban de acuerdo: el conflicto emergente les parecía «no natural». A los que apoyaban el planteamiento agresivo de la Corona, la rebelión les parecía antinatural; a los que abogaban por una conciliación pacífica, era la guerra lo que les parecía antinatural. De hecho, tal como ha expuesto un historiador, era la «primera vez en la historia moderna en la que una opinión pública alfabetizada mantenía una posición, muy extendida, de crítica frontal al empleo de la fuerza por parte del gobierno como herramienta política». La división que provocaba el asunto se veía exacerbada por el dilema que Norteamérica presentaba a la dirigencia británica. Por un lado, era previsible que las duras tácticas de contrainsurgencia que preferían el rey y algunos de sus consejeros aumentaran las divisiones entre los británicos. Por otro, la discordia doméstica podía, a su vez, afectar a la guerra en ultramar.31

LA CARNICERÍA DE LA GUERRA CIVIL

Durante la primavera de 1775, los líderes políticos y la opinión pública británicos conocieron por informes que los insurgentes norteamericanos no solo habían empezado a enfrentarse al Ejército británico, sino que al hacerlo parecía que habían violado los códigos de la guerra civilizada. Al acabar mayo llegaron las primeras noticias de los choques que habían tenido lugar entre casacas rojas e insurgentes en Lexington y Concord, en las afueras de Boston, el 19 de abril. Al final se sabría que 73 soldados británicos y 49 milicianos coloniales habían muerto, y que el número de heridos ascendía a varios centenares.32

Igual que había sucedido tras la Masacre de Boston, cinco años antes, este suceso –y los que le siguieron– provocaría una feroz

batalla retórica. Después de Lexington y Concord, los rebeldes publicaron coloridas acusaciones de atrocidades británicas contra la milicia y los civiles norteamericanos. Dada la gran repercusión que informes anteriores similares habían despertado en la prensa británica (el Stamford Mercury llegó a hablar de una masacre), los rebeldes esperaban obtener de este modo un éxito dialéctico y político. La Sociedad Constitucional londinense promovió una colecta a favor de las viudas, huérfanos y padres ancianos «de nuestros AMADOS consúbditos americanos, quienes, LEALES al carácter de los ingleses, por preferir la Muerte a la Esclavitud, y solo por ello, fueron inhumanamente asesinados por las Tropas del REY», afirmaciones que desembocarían en la única condena por libelo que se dictó en Gran Bretaña durante toda la guerra.33

Mientras se libraba la primera gran batalla por la opinión pública del conflicto, el gobierno británico, bajo la dirección del todavía reticente primer ministro North, aceleraba los preparativos de la guerra a gran escala. A principios de julio de 1775, el Almirantazgo remitió nuevas órdenes al escuadrón británico situado en Norteamérica. Se indicó a la Marina que colaborara con el Ejército en el aplastamiento de la rebelión y en la protección de los lealistas y de sus propiedades. Los buques de guerra debían castigar a las poblaciones sublevadas contra la Corona y contra aquellos que la servían. Se autorizó a la Marina la destrucción de buques mercantes y de guerra rebeldes. Los marineros rebeldes debían ser incorporados (enrolados a la fuerza) a la Marina Real, y se requisarían los aprovisionamientos que fueran necesarios. En el otoño comenzaron a arder las primeras poblaciones costeras norteamericanas.34

Pero, antes de que las órdenes del Almirantazgo llegaran a los comandantes británicos, la noticia de la victoria pírrica de los británicos el 17 de junio en Bunker Hill, Boston, llegó a Londres. Era el 25 de julio y el Parlamento estaba fuera de sesiones. Los miembros del gabinete acudieron precipitados desde el campo a reunirse en la capital. Los ministros, sobrecogidos, leyeron en los despachos del general Howe el horror de este por la pérdida de tantos oficiales en Bunker Hill. Con el tiempo llegaría a establecerse que más de la octava parte de todos los oficiales británicos fallecidos durante toda la guerra habían caído, en efecto, en Bunker

Hill, o a causa de las heridas sufridas aquel día. Aunque no se pudo demostrar la veracidad de algunos rumores sobre el empleo de balas de mosquete envenenadas, parece que los norteamericanos habían cargado algunos de sus mosquetes con clavos viejos y otros trozos de hierro, y que los habían apuntado contra las piernas de sus adversarios británicos para lisiarlos. El general sir Henry Clinton observó que unas «pocas batallas más como aquella acabarían pronto con el dominio británico de América». Otro oficial británico afirmó: «Se ha pasado el Rubicón y las cosas se han puesto serias de verdad».35

Al acabar el verano, cuando desembarcaron en la costa sudeste de Inglaterra alrededor de doscientos supervivientes de Bunker Hill, los propios vecinos británicos pudieron ser testigos, por vez primera, de la realidad de la guerra con los insurgentes norteamericanos. Los periódicos cubrieron la llegada de los veteranos, «algunos sin piernas y otros sin brazos; sus ropas colgándoles como una bata que les va grande por lo mucho que los ha adelgazado la enfermedad y la falta de una alimentación adecuada». Todos descendieron de una embarcación envuelta en el hedor insoportable que salía de sus heridas, ofreciendo «un espectáculo terrible». Según el adornado relato de algunos periódicos que intentaron subir la moral, aquellos héroes heridos esperaban poder «usar de nuevo sus miembros para emplearlos contra los americanos, a los que llaman atajo de villanos y enemigos inhumanos».36

Las historias de atrocidades que se difundieron a partir de Lexington y de Bunker Hill reforzaron en los británicos más partidarios de las medidas de fuerza los prejuicios que hacía ya mucho tiempo tenían contra las unidades militares de las colonias. Los oficiales y los soldados británicos estaban convencidos de que los insurgentes norteamericanos luchaban con tácticas ilícitas, impropias de caballeros –disparar escudándose en muros y vallas, apuntar a centinelas y oficiales, aparentar falsas rendiciones– que equivalían a una «cobarde e infame clase de guerra que ninguna nación civilizada permitiría. Un raro espíritu de asesinato y de crueldad parece que los mueve en todos sus actos». Es decir, los británicos no incluían a los soldados de las colonias dentro del grupo de lo que el historiador Stephen Conway ha denominado la «Europa militar», la especie de hermandad que formaban los

ejércitos permanentes europeos, ejércitos que empleaban rangos, armas, tácticas y uniformes similares y se adherían a un mismo código ético de la guerra. En aquel momento, los rebeldes no se situaban fuera de todo lo aceptable solo por la forma en que trataban a los lealistas, sino también por emplear una violencia ilegítima contra los casacas rojas. Al mismo tiempo, los revolucionarios demonizaban a los británicos por la supuesta conducta bárbara del «ejército saqueador y asesino del rey Jorge».37

Una vez planteadas las posiciones enfrentadas y aireados en público los respectivos alegatos, la correspondencia interceptada mostraba que los ciudadanos particulares de ambos lados del Atlántico ya tenían visiones apocalípticas del «mar de sangre» que resultaría de una guerra civil tan antinatural. Si el gobierno británico continuaba «respirando venganza, fuego y espada contra las colonias», no solo Norteamérica, sino también el Imperio británico, sufriría consecuencias horrorosas. Sin embargo, a partir de Lexington y Bunker Hill, un gran número de correspondientes norteamericanos recalcaron un factor nuevo: el efecto aglutinante que había tenido, desde Nueva Inglaterra a Carolina del Sur, la agresión británica. Un neoyorquino afirmaba: «Lo que se oye de un extremo a otro de la América británica es que solo podemos confiar en nuestra virtud unida y en una vigorosa resistencia. Ha llegado el momento; la espada debe decidir si vamos a disfrutar de la libertad o de la esclavitud».38

Los gobernadores reales y los primeros exiliados lealistas seguían remitiendo a Londres informes que hablaban de la lealtad de la inmensa mayoría de los norteamericanos. Sin embargo, las cartas que interceptaba el propio gobierno mostraban una imagen muy distinta de la realidad que se vivía en las colonias. En consecuencia, los ministros informaron al general Gage de que, si se abandonaba Boston, el rey insistía en que «los funcionarios y amigos del gobierno no queden expuestos a la ira y el insulto de rebeldes que no ponen límite a su barbarie». Aquel otoño de 1775, los dirigentes británicos agravaron aún más el conflicto emitiendo una proclama que autorizaba un tipo de guerra totalmente distinto y que permitía niveles de violencia que se consideraban inaceptables en los conflictos convencionales entre las naciones europeas.39

REBELIÓN ABIERTA Y DECLARADA

Lo que los insurgentes norteamericanos defendían como resistencia legítima ante la tiranía imperial, para su soberano era traición. Ya después del Motín del Té de Boston, en 1773, algunos políticos británicos habían pedido que rodaran cabezas. Un par del reino sugirió: «Colgad, arrastrad y descuartizad a cincuenta de ellos»***. El 23 de agosto de 1775, después de que Jorge III se negara a recibir la Petición de la rama de olivo que el Congreso Continental le había enviado en julio, como último recurso para evitar la guerra, el Consejo Privado emitió una proclamación «para sofocar la rebelión y la sedición». Declaraba que los norteamericanos estaban entonces en «abierta y declarada rebelión por […] traicioneramente preparar, ordenar y alistar tropas para ir a la guerra contra nosotros». Cuando los insurgentes se enteraron de que el rey se había negado a recibir su leal petición y que los había declarado rebeldes, los de ideas más radicales se consagraron desde entonces al objetivo de cortar los lazos con el Imperio.40

Los moderados continuaron apelando al pueblo británico. Tres días después de acordar la petición al rey, el Congreso Continental también se había dirigido a los habitantes de Gran Bretaña de parte de «vuestros hermanos americanos». Los colonos exponían sus quejas constitucionales y económicas, su temor de ser esclavizados por un régimen cruel y tiránico, e imploraban a sus consúbditos británicos. ¿Acaso no los unían unos ancestros comunes, unas mismas tradiciones de libertad política y la sangre que habían derramado en las guerras anteriores del Imperio? ¿Y no existía el riesgo de que «los soldados que hayan envainado sus espadas en las entrañas de sus hermanos americanos» se volvieran luego contra sus conciudadanos de Gran Bretaña? Justo un año después, el Congreso repetiría estas fútiles llamadas al pueblo británico a la hora de justificar el salto de las colonias hacia la independencia.41

Las implicaciones de la declaración oficial de rey estaban claras, puesto que los combatientes y los prisioneros rebeldes quedaban

fuera de las convenciones que regían las guerras de Gran Bretaña contra ejércitos extranjeros. Los rebeldes podrían ser juzgados y, si se les hallaba culpables, se les podría ejecutar por traición. Esta era la convención a la que el general Gage, en previsión de la proclama del rey, se refería cuando le dijo al recién nombrado comandante en jefe norteamericano, el general George Washington, que todos los prisioneros que los británicos poseyeran no eran, según la ley, prisioneros de guerra, sino que eran rebeldes, y que como tales estaban «destinados a la soga».42

Para los británicos, el ejemplo más claro de insurgencia del que tenían memoria era la rebelión, en 1745, de los jacobitas que apoyaron a la dinastía Estuardo, exiliada desde que le fueron arrebatados los tronos de Inglaterra y Escocia a finales del siglo XVII. Después del llamado «45», el Ejército británico había arrestado como delincuentes a miles de jacobitas y había llevado a varios cientos ante la justicia. Se ahorcó o decapitó a entre 80 y 120 de ellos. Algunos fueron después arrastrados por caballos y descuartizados. Un número similar pereció en cárceles o en buques prisión. Para el Ejército de Jorge II, los jacobitas de las Tierras Altas escocesas no eran solo rebeldes, sino también salvajes. Este estereotipo justificó una guerra in terrorem, dirigida a inspirar temor en el enemigo. Los códigos normales de la guerra quedaron en suspenso y se desató una violencia sin límites: destrucción sistemática de casas, granjas y ganado; embargo del grano para matar de hambre a los rebeldes; recompensas por las cabezas de los jefes de los clanes de las Tierras Altas, y agresiones sexuales a mujeres y niñas.43

Varios líderes políticos británicos que se vieron envueltos en la escalada de la crisis norteamericana en la década de 1770 habían ayudado a someter a los citados jacobitas treinta años antes. Entre esos líderes encontramos a los generales Thomas Gage y Charles Grey, así como a lord George Germain, quien pronto se convertiría en el nuevo secretario de Estado para América. Los escoceses, que habían experimentado en primera persona la respuesta de la Corona a la rebelión, tenían una presencia en el Ejército británico muy superior a su peso demográfico. Esta abundancia de escoceses también se daba entre los oficiales que sirvieron en Norteamérica durante la Revolución estadounidense. ¿Tal vez la represión de la

rebelión del 45 y su cuasigenocida epílogo podían ser un modelo estratégico adecuado para Norteamérica? La respuesta dependía, en parte, de si el objetivo era la paz por medio de la reconciliación, o si lo que se buscaba era la pacificación a través del terror y la devastación. Los norteamericanos no eran escoceses de las Tierras Altas. Desde un punto de vista cultural estaban mucho más cerca de los demás británicos, y sus ideas eran muy distintas de las de los jacobitas. Además, también estaban mejor armados. Algunos funcionarios británicos destinados en Norteamérica, partidarios de la línea más dura, exigían, pese a todo, que Gran Bretaña abandonara toda «falsa humanidad hacia estos desgraciados». Querían restaurar «el dominio [británico] del país dejándolo yermo, y casi extirpar la actual raza rebelde». Incluso dirigentes conciliadores como lord North insistieron, al final, en que había que someter cualquier atisbo de rebelión, igual que la Corona británica había hecho durante siglos en Escocia e Irlanda: las guerras civiles «no eran una novedad en este país. ¿Acaso no eran los irlandeses consúbditos nuestros en 1690? ¿No lo eran los escoceses en 1715 y 1745? ¿Acaso alguien adujo entonces que no había que someter esas rebeliones porque los rebeldes eran nuestros consúbditos?».44

En el otoño de 1775, la posición de Jorge III se desplazaba ya de modo inexorable hacia la represión de la insurgencia. A finales de octubre planteó, en un discurso crucial, su endurecida perspectiva al Parlamento. El discurso del rey analizaba la situación en Norteamérica, donde los insurgentes «ahora proclaman abiertamente su revuelta, hostilidad y rebelión». Estaban reclutando un ejército, recaudando impuestos y usurpando los «poderes legislativo, ejecutivo y judicial». La respuesta del monarca ofrecía un claro propósito: restauraría la obediencia de las colonias y rescataría a sus leales súbditos norteamericanos de la violenta represión de los rebeldes. Ya había incrementado sus fuerzas armadas por tierra y por mar. Sus ayudantes estaban en ese momento negociando con potencias extranjeras acuerdos para obtener tropas. En la década de 1770, Gran Bretaña tenía ya una larga tradición en la contratación de los servicios de tropas extranjeras como auxiliares para sus guerras en ultramar y para aplastar rebeliones más cercanas. Esto era una necesidad, aunque solo fuera porque la Constitución británica no permitía al rey mantener un ejército permanente de grandes dimensiones en

tiempo de paz. La movilización de fuerzas numerosas al comienzo de una guerra le abocaba, por tanto, a buscarlas más allá de las costas de Gran Bretaña. En 1775, el Ejército británico solo pudo reunir unos 36 000 hombres, de ellos 8000 en Norteamérica. Al final de la contienda el número llegaría a 100 000. En el invierno de 1774-1775, los enviados de Jorge III ya habían iniciado negociaciones secretas con representantes alemanes, lo que demuestra que la Corona se tomó en serio la opción del empleo de la fuerza militar bastante antes de Lexington.45

No obstante, Jorge III, al mismo tiempo que comenzaba a poner al país en pie de guerra, también le aseguró al Parlamento que aunaría la magnanimidad a la acción militar contra los rebeldes. Como real padre que era de ellos, recibiría a todos los colonos arrepentidos con «ternura y misericordia». Los políticos de la oposición, sin embargo, respondieron airados: «como ingleses, como cristianos y como hombres del común de la humanidad» se oponían al «emprendimiento de una cruel guerra civil tan poco respaldada por la justicia». Pese a este disentimiento tan explícito, el gobierno se salió con la suya gracias a una amplia mayoría que apoyó el discurso del rey.46

Dos semanas después de dirigir su agresivo discurso al Parlamento, a principios de noviembre de 1775, Jorge III diseñó un cambio significativo en el gobierno que completara el desplazamiento hacia una política más beligerante. La medida más importante fue el ascenso de lord George Germain, ya conocido por su fuerte posición en contra de los insurgentes norteamericanos, al puesto clave de secretario de Estado para el departamento americano. No sorprende que, en el momento en que Jorge III buscó un sustituto del conciliador conde de Dartmouth, recurriera a un hombre que, ya incluso antes de Lexington, había urgido públicamente a una «severidad romana» en el sometimiento de la insurrección. Germain ostentaría entonces el puesto más importante del gabinete y sería el responsable de la dirección de una guerra de gran importancia para Gran Bretaña. Fue el regreso sonado de un personaje que, nacido lord George Sackville, tercer hijo del primer duque de Dorset, había sufrido el hundimiento de su brillante carrera militar, en circunstancias humillantes, quince años antes.47

Germain era un hombre cuya «integridad despertaba admiración, sus capacidades elogios; pero ganarse los corazones no era una de esas capacidades». Estas eran, además, palabras de un admirador. En un primer momento había conseguido que sus ancestros militares pudieran sentirse orgullosos de él. Después de pasar por la Westminster School y el Trinity College de Dublín, y de alguna experiencia en la administración en Irlanda, había ingresado en el Ejército en 1737. Tras ser herido en la Guerra de Sucesión austriaca, había obtenido, durante la rebelión de los jacobitas, experiencia de primera mano en la represión brutal de una insurrección interna. Después de la batalla de Culloden, en 1746, miembros de clanes escoceses saquearon su tren de bagaje, lo que le llevó a permitir a sus hombres que se vengaran en la siguiente población: las mujeres fueron violadas ante sus maridos, padres e hijos. Germain fusiló y acribilló a bayonetazos a los hombres a la vista de sus ya traumatizadas mujeres. Pese a semejante brutalidad, su carrera continuó en ascenso. Una década más tarde sirvió con distinción en las primeras campañas de la Guerra de los Siete Años junto a los hermanos Howe. En 1757 ya era teniente general y coronel de los Bayos de la Reina****, y parecía destinado a convertirse en el siguiente comandante en jefe del Ejército.48

Lord George Germain, uno de los secretarios de Estado principales de Su Majestad (Londres, 1780), de Johann Jacobé (a partir del óleo de George Romney). De metro ochenta de altura y gran inteligencia, el secretario británico para las colonias norteamericanas, lord George Germain, aunaba autoridad y dignidad. Igual que su monarca, Germain estaba convencido de la necesidad de responder a la rebelión con una contrainsurgencia rigurosa.

Sin embargo, en 1759, el año del triunfo global de Gran Bretaña frente a Francia en distintos teatros de operaciones que iban desde Norteamérica a la India, Germain sufrió un revés devastador. Tras ser acusado por desobedecer a un oficial superior en la batalla de Minden, en el norte de Alemania, Germain solicitó un consejo de guerra para limpiar su nombre. Sin embargo, de resultas del juicio fue despedido de forma deshonrosa, declarado no apto para servir al rey en ningún puesto militar, y se eliminó su nombre de la lista de consejeros privados a petición personal de Jorge II. Humillado como caballero y como oficial, reconstruyó con obstinación su carrera en la vida pública. Apenas unos años después de que Jorge III ascendiera al trono en 1760, Germain volvió a la corte. No tardó en asumir labores ejecutivas menores y se reincorporó al Consejo Privado. En el Parlamento se labró fama de partidario acérrimo de las medidas de firmeza con las problemáticas colonias, y en 1774 ya estaba claro que el enfoque de Germain coincidía mucho con el de su monarca. Después de ascender a secretario de Estado, puesto que conservaría hasta 1782, el veterano de la brutal campaña antijacobita insistió en que la rebelión estadounidense debía sofocarse sin ambages. Un «modo sentimental de hacer la guerra» contra los rebeldes norteamericanos no tendría «el efecto deseado».49

Para cuando Germain fue admitido en los círculos más restringidos del gobierno, las formas de agresión y violencia de ambos bandos –la opresión imperial, la resistencia de las colonias, el terror antilealista, las primeras escaramuzas entre británicos y norteamericanos, o incluso la declaración que había hecho el rey de que se trataba de una rebelión abierta–, que se reforzaban mutuamente, habían llegado hasta un punto muy cercano a la guerra a gran escala. Durante los años siguientes, las tribulaciones de Germain personificarían el profundo dilema estratégico y ético al que se enfrentaba Gran Bretaña: ¿Qué formas y niveles de violencia eran válidos contra los colonos rebeldes? A mitad de la guerra, el ministro colaboraría en la orquestación de una dramática escalada del conflicto. De todos modos, antes de que Germain entrara a formar parte del gabinete, en otoño de 1775, la Marina Real ya había comenzado a administrarles una ración de severidad romana a los norteamericanos.

Notas

1. London Evening Post , 1-3 de diciembre de 1774; Public Advertiser , 5 de diciembre de 1774. Acerca de la solicitud de Malcom al rey y la respuesta de Jorge III, véase Hersey, F. W. C., 1941, 461-464 (citas en 463).

2. General Evening Post , 10-12 de marzo de 1774. También Morning Chronicle , 9 de marzo de 1774; London Evening Post , 24-26 de marzo de 1774. Véase también Favret, M. A., 2010, acerca de la mediación en la lejana violencia.

3. Los símbolos de la libertad transatlánticos conectan el movimiento patriota norteamericano con el radicalismo británico: la cifra 45 se refiere al n.º 45 de la publicación antigubernamental británica The North Briton del radical John Wilkes.

4. The Report of the Lords committees […], 33-34 y passim , disponible en < http://lincoln.lib.niu.edu/cgi-bin/amarch/getdoc.pl?/var/lib/philologic/databases/amarch/.11 >; North es citado en Bunker, N., 2014, 261; véase ibid ., 327, 350 acerca de la obtención de información sobre la compra de armas por los norteamericanos.

5. A Proclamation, For suppressing Rebellion and Sedition, by the King (23 de agosto de 1775). «Torrente de violencia»: His Majesty's most gracious speech to both Houses of Parliament, on Friday, October 27, 1775 [discurso del monarca al Parlamento]. Los funcionarios británicos en Norteamérica también defendían la obligación que el gobierno tenía de proteger a los lealistas: Thomas Gage, Proclamation , Boston, June 1775, Mackenzie Papers, Box 3.

6. Sobreestimación de los lealistas por el gobierno: Spring, M. H., 2008, 17-18; Flavell, J. M., 2001, 404. Reportes de violencia: carta del gobernador Franklin a lord Dartmouth, en Perth Amboy, el 6 de

diciembre de 1774, Bancroft 92/26; Alex Innes a lord Dartmouth, en Charleston, el 1 de mayo de 1775, Bancroft 94/17; carta del gobernador de Carolina del Norte Josiah Martin, citado en Whitaker, B. L., 1908, 10; Ferling, J. E., 2011, 95.

7. «[…] muchos hombres de valía»: William Strahan a Benjamin Franklin, en Londres, el 4 de octubre de 1775 [copia], Dartmouth MSS, II/1552. Sobre Mary Murray [MM], véase MM a [Edward Hutchinson Robbins], 8 de enero (cita); MM a «Betsy», 20 de julio de 1775; memorial de Dorothy Forbes, 12 de diciembre de 1775; MM a su tía, del 4 y del 25 de febrero de 1776, James Murray Robins, Box 1, MHS.

8. Acerca de la literatura lealista, véase Gould, E. H., 1997, 114-115. «[…] crueldades inauditas»: citado en Grant, A., 1995, 171. Véase también London Chronicle , 11 de septiembre de 1775. «[…] sacándoles a la fuerza»: Gazetteer , 11 de febrero de 1775. Algunas veces se exageraba la frecuencia de los asesinatos: Gazetteer , 21 de febrero de 1775. Podemos encontrar referencias a distintos métodos de tortura en Middlesex Journal , 3 de diciembre de 1774; Morning Chronicle , 7 de diciembre de 1774 y 12 de octubre de 1775; Public Advertiser , 8 de enero de 1776; Daily Advertiser , 26 de febrero de 1776. Sobre el enterramiento en vida: York, N. L., 2010b, 178.

9. Acerca del papel de la presión y las amenazas, véase AO12/13/80-119, 36/59-60; Georgia Gazette , 4 de octubre de 1775; Risher, C. A., 1976, 107-108; Jasanoff, M., 2011, 24; Chopra, R., 2013, 3, 13; Schlesinger, A. M., 1958, 213.

10. Gazetteer , 11 de febrero de 1775. Véase también Morning Chronicle , 15 de agosto de 1776.

11. Deposición jurada ante el gobernador W. Tryon por Christopher Benson, 16 de junio de 1776, Mackenzie Papers, Box 1, folder 2; Stokes, I. N. P., 1967, vol. IV , 923, 1001; [Gran Bretaña, Comisión Lealista], American Loyalists. Transcript of the Manuscript […], vol. XII, 193; Connecticut Courant , 20 de febrero de 1775. Villers, D. H., 1976, 207; AO12/1/288-289, 291, 293; 57/43; 109/110; 13/70B/212; 76/191-200; 83/78-80.

12. El dispositivo de interceptación fue tal vez iniciado por lord Dartmouth. Las cartas empleadas aquí –la parte más temprana y menos conocida– las hemos tomado, en su mayor parte, del paquebote de Nueva York, que transportaba las cartas provenientes de Nueva York, Boston, Filadelfia y Quebec. Una vez que las colonias se proclamaron en rebelión abierta contra la Corona, en agosto de 1775, Londres ordenó que también se abriera para su inspección la correspondencia que iba hacia Norteamérica. En cuanto a los documentos, el contexto de su interceptación y el grupo más conocido que se guarda en TNA, véase Flavell, J. M., 2001. Medidas preventivas: carta de [?], en Londres, a Thomas Quin, en Nueva York, 4 de octubre de 1775, Dartmouth MSS, II/1556. «P. S.»: J. G. a Thomas Charles Williams c/o Messrs Williams, Teb & Williams, 6 de agosto de 1775 [extracto], II/1431. Véase también J. Ingersoll a Jared Ingersoll, 5 de agosto de 1775 [copia], II/1423; II/1483, 1490. «[…] la cautela»: Flavell, J. M., op. cit ., 421, que se refiere a Anthony Todd en nota 58. John Penn a William Baker, Esq., 5 de junio de 1775 [copia], II/1292; James Tilghman a William Baker, 30 de julio de 1775 [copia], II/1399; Cadwallader Colden Jr. al reverendo Dr. Myles Cooper, en Coldingham, 15 de julio de 1775 [extracto], 1372. «Los pobres y proscritos tories »: carta al reverendo doctor Myles Cooper o a Isaac Wilkins, 4 de septiembre de 1775, II/1483. Véase también John Cruger a Edmund Burke, 4 de mayo de 1775 [extracto], II/1257. Un corresponsal londinense le dijo a Peyton Randolph, presidente del Congreso Continental, que, en su opinión, los norteamericanos mostraban una «ferocidad salvaje» en la «cruel persecución de hasta los neutrales». Edward Montagu a Randolph, 2 de octubre de 1775, II/1543. Acerca de la autocensura, véase también Samuel Quincy Diary, 26 de febrero de 1775, MHS. London Chronicle , 11 de septiembre de 1775; Chester Chronicle , 29 de febrero de 1776.

13. Howard, M. E., 1979b, 1 (citas), 4; véase también Best, G., 1980; Neff, S. C., 2005, 15-25. En la Edad Moderna, los teóricos y prácticos de la guerra pasaron a prestar gran atención a la conducción justa de la misma, el ius in bello . Mi comprensión de los códigos de la guerra debe mucho al importante trabajo de B. Donagan acerca del s. XVII, en especial «Atrocity, War Crime, and Treason in the English Civil War», y a Wayne E. Lee acerca del s. XVIII, al que citamos a lo largo de este libro. Lee, W. E., 2011,

ofrece un análisis fructífero sobre cómo la mesura o la violencia excesiva dependían de factores como la capacidad, el control, el cálculo y la cultura. Véase también Bell, D. A., 2007, 49, acerca de los códigos de la guerra contra los adversarios «civilizados» y contra los «no civilizados». El concepto de «civil» [en oposición al «militar»] aún no se empleaba en el sentido moderno, pero había una clara comprensión de la distinción entre los soldados y los no soldados según los oficios, el lugar, el estatus social y el género: Charters, E., Rosenhaft, E., Smith, H., 2012, 11, 17.

14. Sobre la identidad de los británico-norteamericanos y la naturaleza de sus relaciones con los británicos de la metrópoli, véase Colley, L., 2002, 207; Conway, S., 2002; Wahrman, D., 2001, con la cita «de la misma lengua» en la nota 13; Gould, E. H., 2000; Gould, P., 2013; Griffin, P. A., 2012, 44; Smith-Rosenberg, C., 2010, 4-5; Breen, T. H., 2004. En torno al mundo atlántico, la integración imperial y las pruebas del simultáneo alejamiento de las colonias, véase Rhoden, N. L., 2013, 255-288.

15. «[…] aunque súbditos de Su Majestad»: cita tomada de Wood, G. S., 2006, 22. Conway, S., 2002, 69-71, 82 (cita); Irvin, B. H., 2011, 65; Colley, L., 2002, 207; Breen, T. H., 1997, 13-39. Véase en Armitage, D., 2009, un análisis de la Revolución como una guerra civil del Imperio británico.

16. Este párrafo está basado en Bradley, J. E., 1998, y en Conway, S., 2000, 131-146. Véase también Reich, J. R., 1998. El diario londinense de Samuel Quincy de 1774-1775 (MHS) nos lo muestra moviéndose en círculos proestadounidenses, donde obtiene la impresión de que «multitudes de fervientes amigos de América residen en esta isla» (204).

17. Me baso en Gruber, I. D., 1980. Véase también Richard Fitzpatrick Papers, LOC.

18. La carta de dimisión de Effingham, de las que están tomadas las dos primeras citas de este párrafo, tuvo amplia difusión impresa: London Magazine (septiembre de 1775), 456; St James's Chronicle , 2-5 de septiembre de 1775; Morning Chronicle , 5 de septiembre de 1775; Public Advertiser , 19 de octubre de 1775. Los agradecimientos de las corporaciones de Londres, Dublín, Newcastle

y otros lugares a Effingham pueden verse, por ejemplo, en Am. Arch ., 4.ª serie, vol. II, 1070-1071, 1672. Véase también Craftsman , 21 de octubre de 1775; General Evening Post , 17 de octubre de 1775; Morning Chronicle , 20 de octubre y 25 de noviembre de 1775. «[…] mancharse las manos»: Gazetteer and New Daily Advertiser , 2 de septiembre de 1775; Gazetteer and New Daily Advertiser , 26 de septiembre de 1775; Public Advertiser , 14 de septiembre de 1775; St. James's Chronicle , 28-30 de septiembre, 17-19 de octubre y del 31 de octubre al 2 de noviembre de 1775; Chester Chronicle , 13 de noviembre de 1775. Am. Arch ., 4.ª serie, vol. II, 1635; vol. III, 505. Effingham a Barrington, 12 de abril de 1775, extracto tomado de Cape Fear Mercury , 7 de agosto de 1775.

19. El artículo clave acerca de las diferencias entre los partidarios de una política más dura y los conciliadores en el seno del Ejército británico sigue siendo Conway, S., 1986. Véase también, Conway, S., 1990; Balderston, M., Syrett, D. (eds.), 1975, 27, 78. En la escritura de este capítulo, en especial en las secciones dedicadas a algunos líderes concretos, estoy en deuda, mucho más allá de lo que indican las notas específicas, al excelente trabajo de O'Shaughnessy, A. J., 2013, que cubre la laguna que desde hace mucho tiempo existía acerca de las visiones británicas de la guerra. Véase también Anderson, T. S., 2005, 10-13.

20. O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 28-29; Dartmouth a [desconocido], en Whitehall, el 12 de julio de 1775, Add MS 21697/99-101; A Proclamation, for Suppressing Rebellion and Sedition, By The King . Acerca de la discusión en torno a la moderación, véase el trabajo de Gould, E. H., 1997 y 2003.

21. Sobre la personalidad del rey, véase Black, J., 2006, cap. 7; Tillyard, S., 2006; Brooke, J., 1972; Ayling, S., 1972. La posición cada vez más dura del rey se trata en O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 22 con nota 13; Jorge III a North, el 4 de febrero, el 4 de mayo, y el 6 y 11 de septiembre de 1774 en Fortescue, J. W. (ed.), 1927-1928, vol. III, 59, 104, 131; Black, J., 2006, 84, 221; O'Shaughnessy, A. J., 2004, 5; Bushman, R. L., 1985, 219.

22. La noción de disputa o rencilla familiar fue empleada por los primeros historiadores anglófilos que se ocuparon de los lealistas, como Tyler, M. C., 1898, 279; véase también Churchill, W., 1956,

vol. III, libro 8, cap. 12. Liddle, W. D., 1979, defiende que la mayoría de los colonos retrasaron su defección de Jorge III hasta 1775. La crítica contra el rey como rebelión antipatriarcal y las distintas ideas que en el s. XVIII existían acerca de las relaciones entre padres e hijos se tratan en Fliegelman, J., 1982, sobre todo en 89-119; Knott, S., 2009, 62-63; Black, J., 2006, 220-221. En cuanto a la veneración por la monarquía presente en la última etapa de las colonias, véase McConville, B., 2006. Una visión más escéptica de los lazos emocionales que unían al rey y los colonos en los primeros años de la década de 1770 se ofrece en David, J. C., 2013, 54.

23. Tillyard, S., 2006, 314-317 (citas en 315). Jorge III a North, el 15 de febrero de 1775, en Donne, W. B. (ed.), 1867, vol. I, 229.

24. Sobre North, véase Valentine, A., 1967; O'Shaughnessy, A. J., 2013, cap. 2; Ferling, J. E., 2011, 43-46, 103. Bunker, N., 2014, 88, contiene la cuenta de los discursos.

25. Acerca de los esfuerzos conciliadores de North, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 56; «La suerte está echada»: Jorge III a North, el 11 de septiembre de 1774, en Donne, W. B. (ed.), op. cit ., 202. Véase también la carta de Jorge III a North del 18 de noviembre de 1774, en Fortescue, J. W. (ed.), op. cit ., 153; Jorge III a North, el 15 de febrero de 1775, en Donne, W. B. (ed.), op. cit ., 229. La cronología de las informaciones de espionaje que llegaban a Londres, las nuevas órdenes para Gage y el veredicto judicial de traición pueden consultarse en Bunker, N., 2014, 350-365. En cuanto a Gage, véase, de John Shy, la entrada «Gage, Thomas (1719/20-1787)», en Oxford Dictionary of National Biography (2004) y en su edición en línea (enero 2008), disponible en < https://doi.org/10.1093/ref:odnb/10275 > [último acceso, 21 de agosto de 2016]; Bunker, N., op cit ., 289-290 y passim .

26. Mi retrato de Howes se basa en O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 83-96; Gruber, I. D., 1965, 1972, 1984; Phillips, K., 1999, 298-289; Fischer, D. H., 2004, 67-78 (cita 68).

27. Acerca de George Augustus Howe, véase Hoock, H., 2010, 44; Kammen, M., 2010, 71-73. Fischer, D. H., op. cit ., 70. Véase la entrada «Howe, Hon. William», en Namier, L. B., Brooke, J., 1964, vol. II, 649-650.

28. «[…] un niño»: O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 132. Véase también Mackesy, P., 1964, 46; Billias, G. A., 1994b, 142-192.

29. John Burgoyne, «Speech of a General Officer (Feb. 27, 1775)» [Discurso para un Oficial General, el 27 de febrero de 1775], en Simmons, R. C., Thomas, P. D. G. (eds.), 1982, vol. V, 475-476. «[…] una inteligencia»: citado en O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 86 con nota 9.

30. Stead, M., 2004, 119-120, donde la cita «la excusa más probable» está en 119. Artículo de autor anónimo «Nottingham» en el London Evening Post , 27 de febrero de 1776. Véase también carta de Mercy Otis Warren a Catherine Macaulay, 1 de febrero de 1777, Mercy Otis Warren Papers, MHS.

31. «[…] primera vez»: Bickham, T., 2009, 7, que se refiere a Conway, S., 2000, 315. En torno al lenguaje de la guerra civil «antinatural», véase Chopra, R., 2011.

32. El relato clásico de los sucesos posteriores a Lexington se encuentra en Tourtellot, A. B., 1963. En las notas siguientes incluimos referencias específicas.

33. Discurso desde el Congreso de Massachusetts a los habitantes de Gran Bretaña [Address from the Massachusetts Congress to the inhabitants of Great Britain], 26 de abril, en el London Evening Post , 30 de mayo a 1 de junio de 1775; General Evening Post , 30 de mayo a 1 de junio de 1775; Public Advertiser , 30 de mayo de 1775; Gazetteer , 31 de mayo de 1775; Craftsman , 3 de junio de 1775; Chester Chronicle , 5 de junio de 1775. Relato oficial rebelde extraído de Essex Gazette , Salem, 25 de abril de 1775; London Evening Post Extraordinary , 29 de mayo de 1775; Public Advertiser , 30 de mayo de 1775. Deposiciones de supervivientes: General Evening Post , 30 de mayo al 1 de junio de 1775; Middlesex Journal , 30 de mayo al 1 de junio de 1775; Daily Advertiser , 31 de mayo de 1775. Véase también Massachusetts Provincial Congress, 1775; DLAR 382/12/80/39 (Amherst Papers); Appleton, D. F. (ed.), 1894. Respuesta defensiva de funcionarios británicos en privado: Dartmouth a Gage, el 1 de junio de 1775, Gage Papers, English Series 29, WLCL. Véase también carta de [?] Pownall a W. Knox, 2 de junio de 1775, William Knox Papers, Box 2, WLCL. El General

Evening Post (9 de junio de 1775) avisaba de que los relatos de «las ratas rebeldes» estaban «llenos de numerosas falsedades». Acusaciones británicas de «masacre»: Stamford Mercury , 1 de junio de 1775. Caridad: Public Advertiser , 9 de junio de 1775; Gazetteer , 9 de junio de 1775; General Evening Post , 8 de junio de 1775; St James's Chronicle , 8-10 de junio de 1775. Procedimiento judicial por libelo: Howell, T. B. (ed.), 1816; An Interesting Address to the independent […] (1777); Grant, A., 1995, 34-37. Hubo otra caridad dirigida en sentido distinto, la de los lealistas en el exilio londinense que recolectaron varios miles de libras para «actos de benevolencia ocasionales que puedan serles útiles a los soldados» que servían en Norteamérica, y para sus viudas y huérfanos; puede consultarse en Weintraub, S., 2005, 16. Acerca de las acusaciones británicas de atrocidades rebeldes, entre las que se incluye arrancar cabelleras, véase James Abercrombie a Cadwallader Colden, el 2 de mayo de 1775, en Cadwallader Colden Papers, LOC.

34. Gruber, I. D., 1965, 231-232. Carta del Almirantazgo a Graves, 6 de julio de 1775, NDAR , vol. II, 1316. Véase también Graves a Mowat, 6 de octubre, ibid ., 324-326; Dartmouth a Dunmore, 5 de julio de 1775, Bancroft 94/235.

35. Valentine, A., 1967, vol. I, 372-373; Lewis, J. E. (ed.), 1999, 2; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 86; Frey, S. R., 1981, 46-47. Clinton es citado en Glover, M., 1876, 86. «[…] el Rubicón»: cita tomada de Balderston, M., Syrett, D. (eds.), 1975, 31.

36. Citas del Morning Chronicle , 21 de septiembre de 1775; véase también London Evening Post , 23-26 de septiembre de 1775; Middlesex Journal , 21-23 de septiembre de 1775; Craftsman , 23 de septiembre de 1775; Chester Chronicle , 25 de septiembre de 1775. Véase además Daily Advertiser , 11 de octubre de 1775; Morning Chronicle , 19 de octubre de 1775.

37. «[…] cobarde e infame clase de guerra»: Tatum, E. H., (ed.), 1940, 36. Véase también Stedman, C., 1974, vol. I, 118; Lamb, R., 1968, 27; «Diary of Lt. John Barker», JSAHR 7 (1928), entrada del 19 de abril de 1775. «Europa militar»: terminología y análisis tomados de Conway, S., 2010. En torno a las tensiones que tenían sus raíces en la guerra anterior, véase Anderson, F., 1984; Leach, D. E., 1986, caps. 5-6; Rogers, A., 1974. «[…] del rey Jorge»:

Constitutional Gazette , 23 de marzo de 1776; véase también Pennsylvania Journal , 28 de agosto de 1776.

38. «Mar de sangre»: Peter Benaudet a Ingham Foster, el 8 de junio de 1775 [extracto], Dartmouth MSS, II/1303. Véase también II/1359. «[…] respirando venganza»: carta de [su hermano] a Ingham Foster, 29 de julio de 1775 [copia], II/1395. Acerca de la unanimidad, véase II/1240, 1252, 1253, 1257, 1266, 1273, 1292, 1294, 1348 («[…] de un extremo a otro»), 1395. Véase también carta de Anth. Van. Dam. a William [N/H]eate, 3 de mayo de 1775 [copia], II/1255; II/1292. Will Strahan al Dr. Franklin, 4 de octubre de 1775 [copia], II/1552.

39. Lord Dartmouth al general Gage, el 2 de agosto de 1775, Guy Johnson Papers MSS 494, Serie 1, Folder 19, Beinecke Library, Yale University.

40. «Colgar, arrastrar»: Middlesex Journal , 27 de enero de 1774. A Proclamation, for Suppressing Rebellion and Sedition, By The King .

41. Pueden encontrarse la Petición de la Rama de Olivo y el discurso a los habitantes de Gran Bretaña en < http:// avalon.law.yale.edu/18th_century/contcong_07-08-75.asp >. Véase también Pennsylvania Journal , 12 de julio de 1775.

42. «[…] destinados a»: cita tomada de Burrows, E. G., 2008, 37. Según algunos juristas importantes, si el número de los rebeldes fuera bastante numeroso, habría que tratarlos como si fueran combatientes legítimos. Véase, por ejemplo, Vattel, E. de, Kapossy, B., Whatmore, R., 2008, libro III , cap. XVIII , 644-646, párrafos 292-294. Acerca de la aplicabilidad de los códigos de la guerra, véase Neff, S. C., 2005, parte II ; Steele, I. K., 1998, 148-149, 156-157.

43. Sobre la relación entre la calificación combinada de los jacobitas como rebeldes y como salvajes al mismo tiempo, y las reacciones violentas, véase Plank, G. G., 2006. Véase también Calloway, C. G., 2008, 30, 99; Hawkins, J., 1996, 114-117; Witt, J. F., 2012, 42; Lenman, B., 1980, 231-259.

44. «[…] falsa humanidad»: Scull, G. D. (ed.), 1971, 65. North:

Simmons, R. C., Thomas, P. D. G. (eds.), 1972, vol. VI, 411 [29 de febrero de 1776]. Sobre Escocia (e Irlanda) en las historias personales de los oficiales, véase Burrows, E. G., 2008, 34-35.

45. Por medio de tratados que otorgaban subsidios, la Corona británica contrataba regimientos completos de soldados alemanes (y a veces de otros orígenes europeos continentales) durante un periodo de tiempo estipulado. Según las leyes internacionales, el empleo de estas fuerzas auxiliares era válido en una guerra justa; no se les consideraba mercenarios, soldados individuales que alquilaban sus servicios. Atwood, R., 1980, 22-23, 29 y passim . Jorge III, 1776: His Majesty's most gracious speech to both Houses of Parliament, on Friday, October 27, 1775 . Fischer, D. H., 2004, 51, fue tal vez el primer historiador de los Estados Unidos que se refirió a las primeras negociaciones secretas entre británicos y alemanes; Ingrao, C. W., 1987, 136, ya lo había hecho basándose en fuentes europeas. En cuanto al número de soldados británicos, véase Conway, S., 2000, 15, 27.

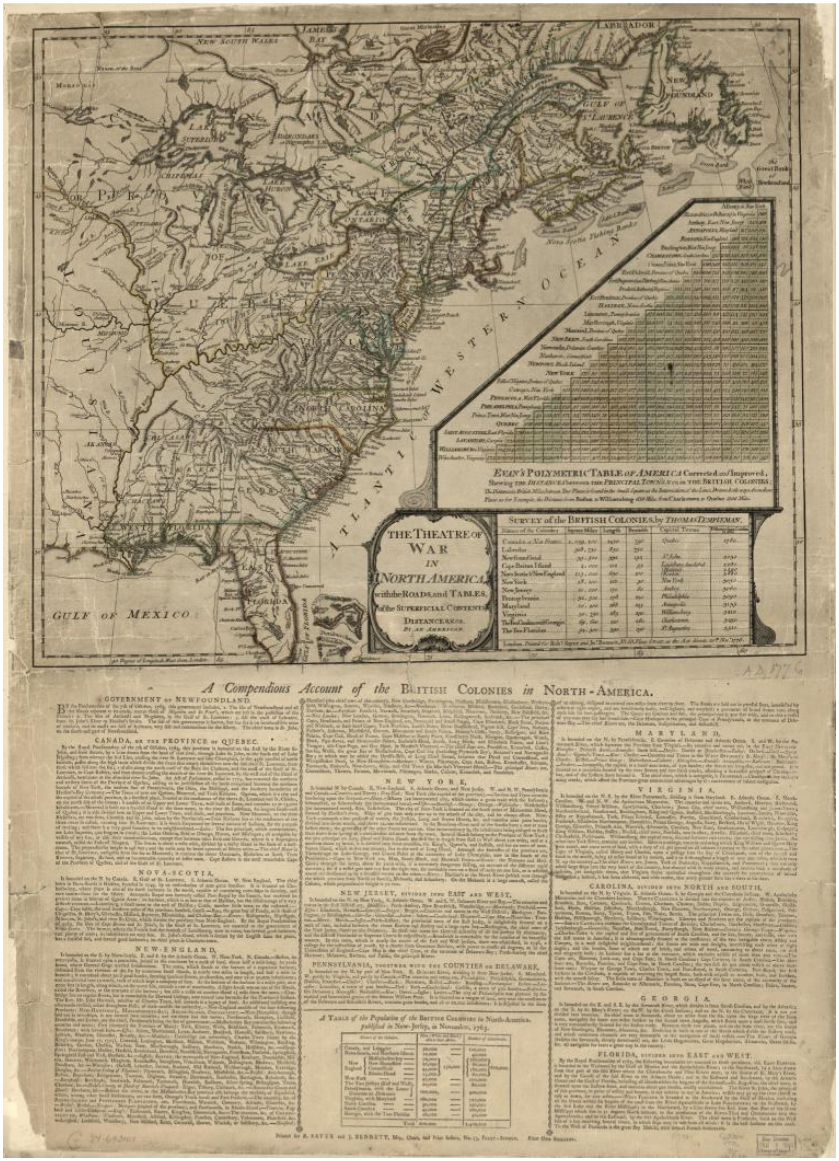
46. «[…] ternura»: Jorge III, 1776: His Majesty's most gracious speech to both Houses of Parliament, on Friday, October 27, 1775 . Véase también O'Shaughnessy, A. J., 2004, 14. Cobbett, W., Hansard T. C., 1806-1820, vol. XVIII, 726 («como ingleses»), 733, 761; Simmons, R. C., Thomas, P. D. G. (eds.), 1982, vol. VI, 95-96, 105.

47. Gruber, I. D., 1972, 37; O'Shaughnessy, A. J., 2013, 210; Jorge III a North, el 7 de noviembre de 1775, en Donne, W. B. (ed.), op. cit ., 286. «Severidad romana»: afirmación de enero de 1775 citada en Weintraub, S. 2005, 35.

48. Mi evaluación de Germain se basa en O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 167-187 (que contiene una buena valoración del consejo de guerra); Valentine, A., 1962; Guttridge, G. H., 1927; Gruber, I. D., 1965; Mackesy, P., 1964, 51 (admirador); entrada en la historia oficial del Parlamento, disponible en < http://www.historyofparliamentonline.org/volume/1754-1790/member/sackville-lord-george-1716-85 >. Cuando lady Elizabeth Germain murió en 1769 sin herederos naturales y le dejó a él sus propiedades, Sackville adoptó su apellido y pasó a llamarse lord George Germain. Para facilitar la lectura, me refiero en todo

momento a él como Germain.

49. Mackesy, P., op. cit ., 49; Valentine, A., 1962, 71. «[…] modo sentimental»: GG a William Knox, el 31 de diciembre de 1776, citada en O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 176. Sobre la amplia influencia de Germain en la dirección de la guerra, véase Valentine, A., op. cit ., 107, 127-128 y passim ; Guttridge, G. H., 1927, 33.



El teatro de la guerra en Norteamérica, con las carreteras y tablas de las extensiones, distancias, etc., según un americano (Londres, 1776), de Robert Sayer y John Bennett.

———————

*N. del T.: El original macaroni (del italiano, lit. macarrones) era un adjetivo despectivo que se usaba en Gran Bretaña, a mediados del siglo XVIII, contra individuos de gestos, vestido o peinado afectados. El equivalente en español sería «pisaverde».

** N. del T.: El rango de mayor general en el Ejército británico era equivalente al de general de división de otros ejércitos, por encima del general de brigada (brigadier en el caso británico). La paradoja de que el grado de mayor general esté por debajo del teniente general se debe a que, en su origen, su denominación era «sargento mayor general».

*** N. del T.: El castigo de ahorcar al convicto, luego arrastrarlo con un caballo y al final descuartizarlo, estuvo reservado para los reos de alta traición en Inglaterra desde el siglo XVI.

**** N. del T.: Sobrenombre del 2.º Regimiento de Guardias Dragones británico, debido a los caballos bayos que montaban.

Capítulo 3

El Rubicón

El 6 de octubre de 1775, el capitán Henry Mowat, de cuarenta y un años, zarpó del puerto de Boston a bordo del buque armado Canceaux. Mowat mandaba un pequeño escuadrón de la Marina Real consistente en su propio barco que portaba 8 cañones; la Halifax, una goleta de 6 cañones; y, 2 mercantes armados que transportaban a un centenar de soldados. Su misión era disciplinar y castigar a nueve poblaciones costeras de Massachusetts, Nuevo Hampshire y Maine bombardeando sus asentamientos y destruyendo las embarcaciones que hubiera en sus puertos. Dichos puertos de mar eran hervideros de la resistencia colonial y servían de refugio a corsarios rebeldes. Las duras órdenes del Almirantazgo habían tardado tres meses en llegar al vicealmirante Samuel Graves, comandante del escuadrón británico en Norteamérica. Las nuevas instrucciones le permitían advertir antes a las poblaciones costeras para que cesasen de inmediato toda acción violenta contra los lealistas y los funcionarios británicos. Si una población no se avenía, Graves debía «proceder, de la forma más vigorosa, contra la dicha población como si estuviera en rebelión abierta contra el rey».1

Graves había querido, desde hacía tiempo, castigar a los puertos que sabía que albergaban a los corsarios que burlaban a sus barcos. Según habían ido escalando las tensiones, el comandante había sido testigo de cómo «la gente del rey era asesinada y tomada prisionera, los faros destruidos, el comercio interrumpido, y cómo se preparan para la guerra cada día en las distintas poblaciones». Ya era hora de que él se encargase de neutralizar unos puertos de mar, localizados

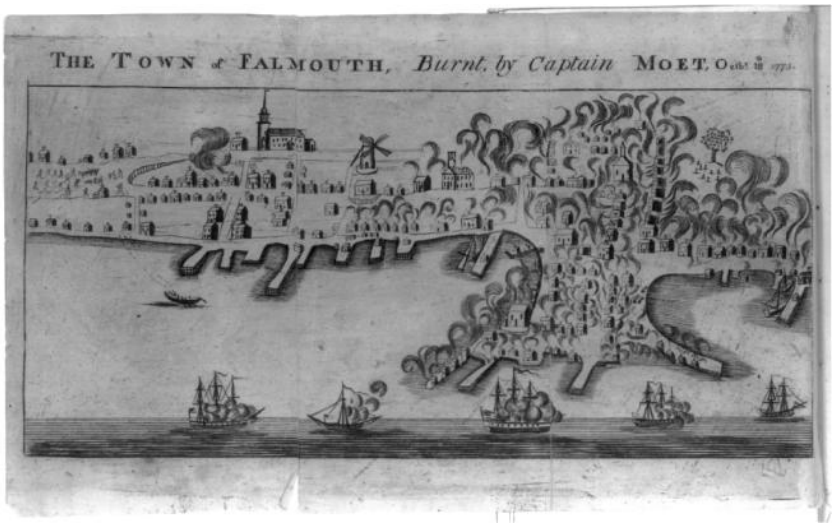
a lo largo de Nueva Inglaterra, de los que se podía prescindir. Sin embargo, encomendar a Mowat la ejecución de las órdenes del Almirantazgo era algo que, previsiblemente, conllevaría un elevado coste humano, y que tendría notables consecuencias políticas y morales.2

Cuando le informaron de que no era posible bombardear su primer objetivo, Cape Ann, en Massachusetts, de forma efectiva, Mowat optó por arrumbar hacia Falmouth (actual Portland, en Maine), próspero centro de comercio maderero con una población de unos dos mil vecinos, el cual disponía de un profundo y amplio puerto que permitiría a sus barcos disparar, a corto alcance, contra los edificios de madera de dos o tres plantas dispuestos a lo largo de la falda de la colina. El pueblo también tenía un historial de rebeldía que databa de mediados de la década de 1760. Entonces sus habitantes habían quemado papeles timbrados, habían atacado a funcionarios de aduanas y habían boicoteado el té de la Compañía de las Indias Orientales. Los rebeldes del lugar habían llegado, incluso, a retener cautivo a Mowat durante un breve lapso, en la primavera de 1775. Para Mowat, la ventaja táctica y la oportunidad para la venganza personal se daban cita a la perfección en Falmouth.

Mowat echó el ancla ante la costa en la tarde del 16 de octubre y envió a su oficial de más graduación a informar a los vecinos reunidos en la casa de juntas local. Como los habitantes del lugar habían sido hallados «culpables de la más imperdonable rebelión», decía la proclama, los buques del rey tendrían en aquel momento que «ejecutar un justo castigo». Mowat concedería a los vecinos una breve moratoria para que evacuaran el lugar antes de que comenzara el bombardeo. Al comprender lo que sucedía, una «temerosa consternación corrió por la asamblea, todos los corazones se estremecieron de terror, todos los rostros cambiaron de color, a lo que siguió un silencio profundo durante unos momentos». Los vecinos solo habían evacuado el pueblo en parte cuando, a las 9.40 de la mañana siguiente, la Marina Real demostró la destrucción que podían desencadenar apenas dos pequeños barcos.3

«Nunca hubo un día de otoño mejor –recordaría un testigo–; el cielo despejado de nubes, el viento suave, la atmósfera salutífera». En

aquel idílico escenario de Nueva Inglaterra, «una lluvia de balas de cañón, carcasas, bombas, granadas explosivas, metralla e incluso balas de armas portátiles cayó sobre la parte más condensada del pueblo». Nuestro centinela experimentó el bombardeo como un espectáculo sublime y terrible que le habría resultado fascinante «de no ser por la destrucción sin sentido que los proyectiles produjeron de inmediato. Se estrellaban en los almacenes y los atravesaban, abrían surcos en las calles, cortaban las ramas de los árboles, hundían las embarcaciones y prendían fuego a las viviendas». A los testigos de la escena, los mencionados agentes de destrucción inanimados les parecían cosa del diablo, puesto que «gritaban, silbaban, ululaban y danzaban, graznaban y cantaban como multitud de demonios que se regocija de la destrucción que efectúa». Quienes aún continuaban el proceso de evacuación del pueblo vieron a los bueyes que tiraban de los carros con sus pertenencias tan «aterrorizados por el humo y el efecto de los cañones» que «corrían apresurados pasando por encima de las rocas, machacando todo en pedazos y esparciendo gran cantidad de artículos por las calles». Mowat, al comprobar que los edificios de la parte sur del pueblo no ardían, envió grupos de desembarco a que prendieran fuego a los muelles y los almacenes. Las llamas se continuaron extendiendo, avivadas por la brisa de la tarde. Una tal señora Barton, cuyo marido se había alistado en el Ejército Continental, estaba en casa sola con su hijo pequeño cuando «las balas incandescentes y las granadas comenzaron a caer cerca y varios de los edificios vecinos se incendiaron». Tras reunir unas pocas prendas de ropa, la mujer huyó con el niño a más de un kilómetro de allí, tras superar lo que le debió parecer una ruta de obstáculos sin fin; en varias ocasiones las bombas le cayeron cerca, con la mecha aún ardiente.4



La villa de Falmouth, quemada por el capitán Moet el 18 de octubre de 1775 (Boston, 1782), de John Norman. La Marina Real, durante una misión de castigo en el otoño de 1775, destruyó gran parte de la actual Portland, en Maine. Este grabado, bastante tosco pero efectivo, se publicó como portada de una de las primeras historias sobre la guerra, cuando Estados Unidos ya había prácticamente vencido. Por medio de una perspectiva aérea, rememora la estrategia inicial británica de destrucción que dio pábulo a la ira en ambas orillas del Atlántico.

Mientras el ataque aún continuaba, milicias patriotas de las cercanas Brunswick y Scarborough entraron en Falmouth sin ser advertidas. Dichas milicias, envidiosas de la riqueza comercial de la población atacada y frustradas por su ambigüedad política, saquearon las propiedades de sospechosos lealistas. Aunque Graves le había garantizado al Almirantazgo que él le había ordenado a Mowat «proteger las personas y la propiedad» de los lealistas, las granadas británicas no distinguieron entre los blancos patriotas y los lealistas.5

Durante nueve horas de pandemónium, más de 3000 proyectiles alcanzaron Falmouth, 1 cada 11 segundos. Se destruyeron 11 buques; Mowat apresó otros 4 en el puerto. El día después, el diario

del buque atacante Canceaux registraba que los incendios continuaban activos en la población. Cuando todo acabó, alrededor de tres cuartos de los edificios se habían convertido en cenizas, entre ellos, la iglesia episcopal, el nuevo juzgado, la antigua casa de juntas, la destilería, la mayoría de los almacenes y casi todas las tiendas. Unas 160 familias comenzarían el invierno sin techo.6

Pronto corrieron rumores sobre la presencia de varios escuadrones similares que se dirigían hacia distintas localidades de la costa de Nueva Inglaterra. Benjamin Franklin pensó en poner a salvo sus escritos y sus cuentas, e incluso le sugirió a su hija, que residía en la lejana Filadelfia, que evacuara a su familia. Pero, antes de que la Marina Real pudiera destruir otra villa más, la escalada de violencia de los británicos produjo un efecto adverso inmediato tanto en Norteamérica como en la metrópoli. La prensa patriota norteamericana calificó a Mowat de monstruo. De este modo, los sucesos de Falmouth sirvieron para espolear la causa de la independencia nueve meses antes de que dicha idea se convirtiera en una realidad. «La salvaje y brutal barbarie de nuestros enemigos al quemar Falmouth», escribía el The New-England Chronicle ya el 19 de octubre, demostraba que Gran Bretaña «había optado del todo por el fuego y por la espada, por la carnicería y la destrucción, por someter y esclavizar a todo el pueblo americano. Por tanto, esperamos romper pronto cualquier tipo de conexión con Gran Bretaña y formar una Gran República de las Colonias Americanas». La noticia de aquel ataque tan localizado se extendió con rapidez y a gran distancia. John Adams, entonces en el Congreso de Filadelfia, recibió numerosas cartas cuyos autores se tomaban la destrucción de Falmouth como una declaración de guerra, o al menos como una señal clara de las pérfidas intenciones de los «bárbaros británicos».7

George Washington (1776), de Charles Willson Peale. John Hancock, presidente del Congreso Continental, encargó este retrato de Washington como comandante en jefe. Peale, que fue uno de los artistas de su generación más implicados en política, se alistó en la milicia de Pensilvania en 1776. Al año siguiente estuvo en la batalla de Princeton.

Durante la Revolución, Peale participó en treinta comités, fue agente para las propiedades lealistas confiscadas en Filadelfia y representante en la asamblea del estado. En la ocasión en que Martha Washington le pidió a Peale que le pintara una miniatura de su marido, el pintor usó de modelo para la misma este retrato.

Un individuo que se interesó de forma especial por lo sucedido en Falmouth fue el general George Washington. Justo cuatro meses antes, el Congreso Continental había elegido al delegado de Virginia para el puesto de comandante en jefe de todas las fuerzas de las colonias. Washington, que siempre afirmó que no había buscado dicho nombramiento, era una elección obvia: pocos hombres poseían su experiencia militar o su reputación de habilidad y valor en el campo de batalla. Una razón política clave en su elección fue la necesidad de que un sureño como él «nacionalizara» la lucha de Norteamérica, que sirviera de contrapeso a la excesiva influencia de Nueva Inglaterra en las primeras etapas de la rebelión. El carácter de Washington y sus valores personales fueron también cruciales: sus contemporáneos lo describen como alguien templado, serio y prudente, cuya presencia inspiraba obediencia e irradiaba dignidad. Washington personificaba lo que John Adams llamaba las «grandes virtudes varoniles y guerreras». «No hay un rey en Europa –decía el Dr. Benjamin Rush, futuro signatario de la Declaración de Independencia– que no pareciera un ayuda de cámara a su lado».8

El Congreso le había ordenado a Washington «regir su conducta en todo momento por las reglas y la disciplina de la guerra». Al ser informado, en el cuartel general de su Ejército Continental en Cambridge, sobre lo acaecido en Falmouth, Washington condenó aquella «atrocidad que supera en barbarie y crueldad a cualquier acto hostil practicado entre las naciones civilizadas». Si nos fiamos de la correspondencia pública y privada de entonces que conservamos, parece que el ataque fortaleció la determinación de los rebeldes. Despertó un nuevo ardor en su lucha y la infundió de un sentido espiritual: «Las inauditas crueldades del enemigo, de hecho, nos han unido –escribía un individuo–, de modo que pienso que no hay ahora cuatro personas en [P]ortsmouth que no justifiquen las medidas tendentes a oponernos a la tiranía de Gran

Bretaña». La violencia imperial, lejos de someter por el terror a los colonos rebeldes, parecía avivar las llamas de la insurrección.9

En Gran Bretaña, los críticos declarados del gobierno se dieron perfecta cuenta. Uno de los más clarividentes fue el parlamentario Edmund Burke, cuya excelsa inteligencia y elevada retórica aportaron muchos momentos memorables a la Cámara de los Comunes. En una famosa intervención favorable a la reconciliación con las colonias de marzo de 1775, Burke, irlandés de nacimiento, había explicado por qué toda política coercitiva en Norteamérica estaba condenada al fracaso: en parte porque los colonos eran descendientes de los ingleses, protestantes y amantes de la libertad, y en parte por la enorme distancia que los separaba del gobierno central. Pese a todo, las sólidas razones del parlamentario no pudieron frenar el impulso que ya estaba en marcha. En el otoño, Burke dirigió su atención a los peligros de lo que entonces se llamaba guerra de desolación, consistente en incursiones de castigo contra objetivos militares vulnerables, contra civiles y sus propiedades, y destinada a amedrentar al enemigo hasta someterlo. Para los partidarios de la línea dura, la guerra de desolación era una respuesta inevitable a la rebelión. Burke, en cambio, dudaba de dicho razonamiento: en el mejor de los casos, «la guerra depredatoria o por aflicción» podría irritar a los adversarios, pero jamás podría atraerlos a aceptar la autoridad del agresor. Burke estaba convencido de que esa estrategia solo reforzaría la determinación de los colonos y prolongaría el conflicto.10

Lo que Burke y sus colegas miembros del Parlamento no podían saber aún era que la guerra de desolación ya estaba en marcha al otro lado del Atlántico. Una vez que se supo la noticia del bombardeo, las reacciones, tanto domésticas como en ultramar, confirmaron el análisis de Burke. Los periódicos escépticos de Gran Bretaña avisaron de que las «sanguinarias y coercitivas medidas aplicadas contra los americanos […] no producirán nada salvo el amargo fruto de la ruina, la miseria y la devastación». Un autor que se escondía bajo el sobrenombre de «Nauticus» acusó a lord Sandwich, primer lord del Almirantazgo, de ordenar con frivolidad el horrendo incendio de Falmouth. «Deleitándose con las miserias de la humanidad», había esperado al inicio del invierno para que el desplazado «anciano progenitor y el niño indefenso quedaran

expuestos a la severidad de las heladas». El incendio de Falmouth se convirtió en un leitmotiv para los patriotas norteamericanos y para los conciliadores británicos. El secretario de Exteriores del archienemigo de Gran Bretaña, Francia, demostró, en cierto modo como Edmund Burke, tener más vista que muchos líderes británicos cuando caracterizó los sucesos de Falmouth de «absurdo y bárbaro procedimiento por parte de una nación ilustrada y civilizada». Falmouth parecía, sin duda, un desastre de primer orden para las relaciones públicas de Gran Bretaña.11

Tras el bombardeo naval, muchos súbditos leales al rey partieron de Falmouth hacia Gran Bretaña, Halifax o Boston, aunque en el último caso se verían obligados a mudarse de nuevo cuando los británicos se retiraron de allí en la primavera siguiente. No mucho después de Falmouth, el almirante Graves fue sustituido entre acusaciones de corrupción e incompetencia. Pese a todo, siguió convencido, puesto que la lenidad hacia los desagradecidos rebeldes solo había servido para animarlos a « violencias más extremas», de que era necesario «tratarlos con severidad». En aquel momento, otro comandante imperial se preparaba ya para arrasar la ciudad más populosa de la mayor colonia británica de Norteamérica. La diferencia fue que esta vez los británicos, desde la perspectiva de los rebeldes, agravaron su escalada de violencia criminal armando a esclavos fugados. La iniciativa británica, y la astuta respuesta norteamericana, cambiarían el devenir del conflicto: fue un punto de inflexión en la opinión pública que ayudó a fortalecer la resolución de los patriotas.12

DISCUSIONES INCENDIARIAS

En la víspera de la Revolución, Norfolk, en Virginia, era una floreciente población costera de unos 6000 habitantes. Era un intercambiador clave en la red del comercio transatlántico y también un centro regional de construcción naval. Muchos de los comerciantes de tabaco de Norfolk, escoceses de nacimiento, gozaban de estrechas relaciones con los comerciantes y dueños de

plantaciones oriundos de Virginia. Sin embargo, cuando se creó la Asociación Continental en 1774, la mayoría de los incumplidores del boicot promovido por esta de los que se tiene documentación eran escoceses que, con el tiempo, se convirtieron en lealistas declarados; la mayor parte de los virginianos nativos, en cambio, se avinieron al nuevo régimen de los insurgentes.13

Igual que otras autoridades británicas durante la crisis norteamericana, el gobernador de Virginia, John Murray, cuarto conde de Dunmore, ya tenía experiencia anterior en una situación de rebelión: su padre había apoyado el fallido alzamiento jacobita de 1745 y, durante la campaña militar, había hecho que lo acompañara. Más tarde, solo las conexiones del tío de John en la corte de Jorge II consiguieron, al final, que se conmutara la pena de muerte de su padre por un arresto domiciliario de por vida.14

El 20 de abril de 1775, al reagruparse las tropas británicas del norte después de las batallas de Concord y Lexington, Dunmore ordenó a las tropas de infantería de marina que sacaran la pólvora que se guardaba en el almacén público de Virginia situado en Williamsburg. En aquel contexto, en el que los dueños de esclavos temían en especial que estos se rebelaran, aquella erosión a su capacidad de autodefensa les hizo sentirse vulnerables. Ante la escalada de los enfrentamientos con los rebeldes locales, Dunmore llegó a temer por su vida y evacuó a su familia a Escocia. En junio ya había huido de su impresionante palacio y se había instalado en un improvisado cuartel general militar, a bordo de una flotilla fondeada frente a Norfolk, justo antes de que los rebeldes saquearan su residencia oficial.15

John Murray, cuarto conde de Dunmore (1765), de sir Joshua Reynolds. La familia de Dunmore estuvo profundamente imbricada en la historia de las rebeliones y de la contrainsurgencia en el seno del Imperio británico, desde los escoceses de las Tierras Altas hasta las tierras bajas de la costa de Virginia. En este cuadro del eminente retratista sir Joshua Reynolds, Dunmore –que luce chaqueta y kilt escoceses– avanza contra el viento, dejando atrás un tronco que tal vez simboliza las devastadas

Tierras Altas de su juventud. En el futuro le aguardan los puestos de gobernador de Nueva York y de Virginia, una guerra contra los shawnees en una campaña que daría acceso a las tierras occidentales, y la emancipación de los esclavos de los rebeldes para apuntalar la causa de la Corona en la Norteamérica de la Revolución.

En octubre, una incursión enviada por Dunmore aprehendió armas rebeldes en los condados de Norfolk y de Princess Anne. Los jefes patriotas debatieron entonces en público qué opción seguir: ¿Debían fortificar Norfolk ante una posible agresión británica, o demolerla para impedir que los británicos accedieran a esa fortaleza lealista, a su valiosa guarnición y a su importante centro de comercio marítimo? Thomas Jefferson, adaptando la sentencia del senador romano Catón, recomendó la segunda alternativa: «Delenda est Norfolk», es decir, ¡Norfolk debe ser destruido! Algunos miembros del comité de seguridad local convinieron con ello, igual que los jefes militares de la región, el coronel virginiano William Woodford y su colega el coronel Robert Howe, de mayor antigüedad y comandante del 2.º Regimiento de Carolina del Ejército Continental. Sin embargo, las autoridades civiles revolucionarias de Virginia aplazaban una y otra vez su decisión sobre el destino de Norfolk. Mientras tanto, muchos de los vecinos de la ciudad, de cualquier adscripción política, comenzaron a buscar refugio en las áreas circundantes.16

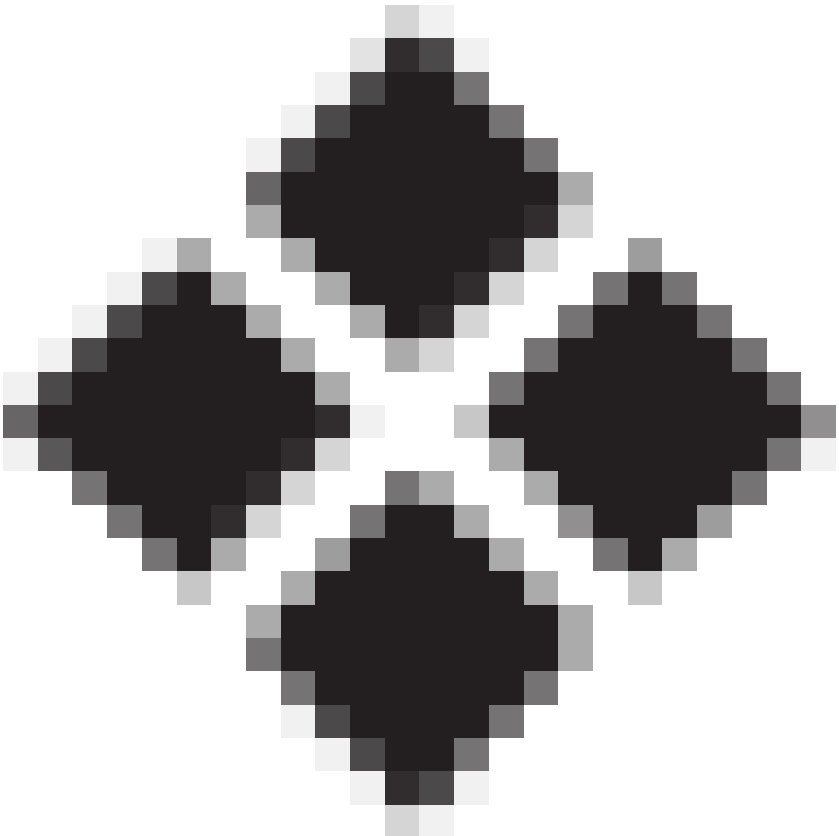
Desde la primavera se rumoreaba que el gobierno británico estaba sopesando la idea de armar a los esclavos o de incitarlos a la insurrección. Estos le pidieron en repetidas ocasiones al general Gage, en Boston, que les concediera la libertad a cambio de su servicio militar. El general Burgoyne le sugirió a Jorge III que los nativos norteamericanos del norte podían servir para llevar armas a los esclavos del sur. El secretario Germain recibió de lord Dunmore la propuesta de reclutar a «los más valientes y despiertos de los esclavos negros, a los que él podría encontrar por toda la bahía del Chesapeak», ya que, a diferencia de los «negros de las Indias Occidentales [británicas], nacidos en África […], los más viles de la humanidad», los nacidos en Virginia o Maryland estaban «llenos de inteligencia y coraje». En Carolina del Sur, la nerviosa élite blanca

ordenó colgar y quemar a Thomas Jeremiah, un pescador y piloto negro libre, bajo la acusación de que intentaba ayudar a los británicos. Un esclavo conocido como George fue ejecutado por predicar que «el joven rey […] liberaría a los negros». En opinión del gobernador de Carolina del Sur, lord William Campbell, dichas ejecuciones equivalían a asesinatos judiciales cometidos por «una banda de bárbaros que son peores que los salvajes más crueles que jamás haya descrito historia alguna». Mientras tanto, los dueños de plantaciones en las dos Carolinas y en Virginia reforzaban sus patrullas para controlar el movimiento de los esclavos fuera de los límites de sus propiedades.17

Dunmore rechazó, en un primer momento, a los esclavos huidos que buscaban su protección. Sin embargo, como el gobernador ya había formulado antes la posibilidad de que se emancipara a los mismos, los dueños de esclavos sureños siguieron recelosos de sus intenciones. Mientras tanto, William Henry Lyttelton, que había sido antes gobernador de Carolina del Sur y luego de Jamaica, había propuesto a la Cámara de los Comunes británica que la Corona actuara a favor de la insurrección de los esclavos. La mayoría se opuso a sus ideas «hórridas y perversas», pero seguro que los dueños de las plantaciones sureñas se inquietaron al enterarse de que más de una cuarta parte de la Cámara de los Comunes se había puesto del lado de Lyttelton. En cuanto a los propios esclavos, la zozobra despertada en sus amos se tradujo en terror para ellos. Entre los primeros esclavos que se arriesgaron a escapar hacia Dunmore, en 1775, había una niña de quince años que fue atrapada antes de llegar a la base del gobernador. Su castigo consistió en ochenta latigazos «seguidos del vertido de ochenta ascuas sobre su lacerada espalda», un tratamiento dirigido, obviamente, a intimidar a aquellos que estuvieran considerando escaparse.18

Mucha gente esclavizada, como Thomas Jeremiah y George, parecía estar convencida de que el propósito de la invasión británica de las colonias sureñas era liberar a los esclavos de la región. Pero, aunque los británicos nunca se cansaron de subrayar la hipocresía de los rebeldes que esgrimían la causa de la libertad y a la vez poseían esclavos, la verdad es que, para los propios británicos, armar a los esclavos fue solo una forma de obtener tropas.

Conseguir alistar un número suficiente de soldados, en especial al comienzo de las guerras, era un problema inveterado que lastraba a la formidable maquinaria bélica de Gran Bretaña. El general Gage, desde su privilegiada posición de comandante en jefe que le permitía observar los acontecimientos desde el propio corazón de la insurgente Nueva Inglaterra, no tenía duda alguna sobre la necesidad que entonces tenía Gran Bretaña de reclutar soldados en cualquier lugar que pudiera encontrarlos. Además de armar a hombres negros, Gage urgió el contrato de tropas auxiliares en Europa. También sugirió que se enviaran armas para equipar a los lealistas norteamericanos, una estrategia que durante el transcurso de la guerra ganaría una importancia creciente.19



En noviembre de 1775, Dunmore ya llevaba varios meses sin recibir

instrucciones de Londres. Consciente de que no podía esperar más, publicó una proclama de emancipación que prometía «liberar a todos los sirvientes, negros u otros, pertenecientes a rebeldes, que sean hábiles y deseen tomar las armas uniéndose a las tropas de Su Majestad». El Imperio británico había armado alguna vez a esclavos negros, en especial en el Caribe, y en ocasiones había concedido la libertad a algunos soldados negros muy distinguidos. El decreto de Dunmore iba un paso más allá, al prometer la libertad a todo un grupo de esclavos a cambio de su servicio militar. Aunque la proclama solo afectaba a los esclavos varones de propietarios patriotas y aptos para el servicio, en la práctica Dunmore armó además a los esclavos de algunos lealistas. También acogió a mujeres, niños y ancianos negros.20

El dramático acto de Dunmore estaba más motivado por la estrategia militar que por consideraciones humanitarias. Aunque su finalidad era conseguir hombres, la emancipación de los esclavos, en palabras de un historiador, también «se concibió, tal vez de forma equivocada, como un instrumento de intimidación». Confirmaba los peores temores de los patriotas propietarios de esclavos. «El propio infierno no podía haber vomitado algo más negro que este designio de emancipar a nuestros esclavos», le comentó un observador desde Filadelfia a un amigo de ultramar. Al mismo tiempo, los patriotas, tanto en sus intervenciones públicas como en sus reflexiones privadas, percibieron que la proclamación de Dunmore tuvo un efecto movilizador y unificador de su causa. Reafirmó a los rebeldes en su posición y empujó, o al menos eso esperaban, a neutrales e incluso a lealistas contra el gobernador, el rey y el Imperio. Tal como ha escrito un especialista en la historia de los afroamericanos, «la proclamación de Dunmore hizo más que cualquier otra medida británica para espolear a los norteamericanos neutrales hacia el bando de la rebelión».21

A primeros de diciembre, unos 800 esclavos varones, que viajaban sobre todo en canoas o botes desde la bahía de Chesapeake y las tierras bajas de la costa de Virginia –así como desde las dos Carolinas, Georgia y Maryland, e incluso desde Nueva York–, habían conseguido esquivar las redobladas patrullas de los patriotas. Estos los habían amenazado con trabajos forzados en minas de plomo, represalias contra sus familias o incluso con la

muerte. También había mujeres y niños que llegaban junto con los varones fugados. Los esclavos «acuden a él en bandadas», susurraban los aterrorizados patriotas. Llegaban, en «botes llenos» hasta los topes, hasta aquel «monstruo», «nuestro diablo Dunmore». Muchas docenas más, de las que no se tienen registros, intentaron, pero no consiguieron, llegar al refugio acuático de Dunmore. Este encuadró a unos 300 negros en el llamado Regimiento Etíope; su uniforme llevaría el lema «Liberty to Slaves» [Libertad para los Esclavos]. Otros trabajaron como pilotos, excavadores, requisadores o espías; y sus esposas como lavanderas, cocineras, enfermeras o sirvientes de oficiales. Los patriotas, por su lado, se apoderaron de la mayoría de los esclavos del propio Dunmore, dejados atrás por el gobernador en su residencia, y los subastaron.22

Tras haber lanzado el guante de la emancipación de los esclavos, Dunmore izó el estandarte real en Norfolk. Exigió que todos los varones blancos juraran lealtad a la Corona y llevaran una cinta roja como señal de lealtad. Al poco de que Dunmore y los lealistas volvieran a tener el poder en Norfolk, la milicia patriota puso en fuga, el 9 de diciembre, a una fuerza de unos 600 regulares británicos, lealistas y antiguos esclavos en Great Bridge [el puente Grande], el acceso terrestre a la ciudad desde el sur. Los derrotados hombres de Dunmore se retiraron a su base flotante y las tropas patriotas de Virginia retomaron Norfolk. Entre los soldados heridos que capturaron había dos antiguos esclavos, James Anderson, con los «huesos machacados y la carne muy dañada» en el antebrazo, y Caesar, quien había recibido impactos «en el muslo, de una bala y 5 perdigones –uno de ellos se había quedado dentro–». Todos los esclavos armados que pidieron perdón a los patriotas fueron encarcelados, tasados como mercancía y despachados a una vida de esclavitud en el Caribe o en Honduras.23

A finales de año, las líneas de división políticas habían quedado claras en Norfolk. Durante los meses precedentes, en los que la zona había cambiado de manos, las amenazas y los arrestos por parte de ambos bandos habían creado una falla cada vez mayor que dividía la comunidad. La mayor parte de los comerciantes escoceses evacuaron entonces a sus familias y sus bienes muebles al cuartel general provisional de Dunmore –que había crecido hasta sumar un centenar de embarcaciones–, dejando así sus casas y fincas

expuestas a lo que decidieran los rebeldes. Junto a Dunmore se encontraban en torno a un millar de vecinos blancos, entre 1000 y 1500 esclavos huidos, unos 140 militares británicos y una abigarrada colección de marineros y civiles europeos, caribeños y africanos. Los rebeldes implantaron un cordón para controlar la entrada y salida de personas y bienes de Norfolk.24

Para aprovisionar a su pueblo flotante, Dunmore ordenó incursiones terrestres y la captura de barcos enemigos. Los lealistas a bordo de sus buques pidieron permiso a los patriotas para ir a la costa a por comida y agua, pero estos les pusieron unas condiciones inaceptables: las mujeres y los niños tendrían que quedarse en la villa, y los hombres serían arrestados y juzgados. Los patriotas de la zona tomaron la costumbre de jugar a disparar contra la flotilla de Dunmore. Los individuos a cargo del gobernador estaban cada vez más resentidos e inquietos. «Espero –escribió un "caballero" no identificado a bordo del buque insignia de Dunmore, el día de Navidad– que llegue pronto el momento en que estos salvajes rebeldes sean castigados con severidad por sus crímenes». A los alrededor de 2000 lealistas de la región, añadía preocupado, «los tratan con la mayor crueldad». También elucubraba que, tal vez, los buques de guerra británicos pronto destruirían la localidad.25

El día de Año Nuevo de 1776, las tropas patriotas desafiaron abiertamente las advertencias británicas y desfilaron por las calles de Norfolk a plena vista de la flota. Los oficiales de Dunmore no estaban dispuestos a aguantar más. Alrededor de las 15.15, los buques británicos abrieron fuego sobre la villa con más de 100 cañones, aunque no sin haber enviado antes un aviso, como Dunmore se preocuparía de insistir más tarde, para que mujeres y niños pudieran ser evacuados. Mientras tanto, Dunmore envió grupos de desembarco a que prendieran fuego a los muelles y edificios cercanos al puerto para que los tiradores norteamericanos que habían estado hostigando a sus barcos no pudieran ocultarse en ellos. El fuego se extendió rápido por las casas, construidas en su mayoría de madera. Un oficial británico embarcado disfrutó con la devastación: «Da gloria ver en llamas la villa y los barcos. Me siento exultante por la carnicería de estos rebeldes».26

Tal vez muchos a bordo de los buques británicos no sabían que,

durante su bombardeo, las tropas patriotas se adentraron en Norfolk, donde robaron almacenes, saquearon viviendas particulares y quemaron numerosas estructuras. Thomas Newton vio desvanecerse en las llamas 2 elegantes mansiones, 9 casas de pisos, 10 almacenes y 1 tienda. El coronel patriota Robert Howe parecía consentir que los saqueadores camparan a sus anchas. Incluso cuando recibió avisos de que también se estaban destruyendo propiedades patriotas, como la de Newton, además de las de los lealistas, optó por no intervenir.

Cuanto todo acabó, el coronel Howe envió un reporte al presidente de la Convención de Virginia. Había visto «mujeres y niños correr a través de una lluvia de balas para salir de la ciudad, algunas de ellas con niños a los pechos; me temo que unos pocos han muerto». Sin embargo, pese a tan intenso bombardeo, «no hemos perdido ningún hombre y solo unos pocos han sido heridos». Lo que Howe no reveló fue que la mayor parte de la destrucción física de Norfolk había sido causada, en realidad, no por los cañones británicos, sino por los soldados patriotas que habían saqueado y quemado viviendas escudándose en un bombardeo desde el mar que acabó por tener un efecto limitado. Después, Howe y Woodford ocultaron las acciones de las tropas patriotas y su propia complicidad. «El viento –les dijeron a sus superiores civiles– favoreció su designio [de los británicos], y pensamos que las llamas se extenderán por todas partes».27

Dunmore aceptó el reto de los patriotas en el ámbito de la polémica y emitió su propia versión de los sucesos desde su propia imprenta embarcada. Sirviéndose de argumentos meteorológicos, Dunmore, de forma análoga a los patriotas, culpó a estos de la destrucción:

Como el viento era moderado y venía de la costa, parecía seguro que la destrucción se detendría en esa parte de la villa que está junto al agua, a la cual era la única que los buques del rey querían disparar. Sin embargo, los rebeldes, cruel e innecesariamente, completaron la destrucción de la totalidad de la villa prendiendo fuego a las casas de las calles de atrás, las cuales habían estado antes a salvo de las llamas.28

Perplejo ante los informes contradictorios, el comité de seguridad efectuó una investigación. Por desgracia, no se han encontrado las declaraciones. La persona encargada de las pesquisas era justamente el coronel Howe. Lo que sabemos es que, después del bombardeo inicial de los barcos de Dunmore, la Convención ordenó la evacuación de la población que quedaba en Norfolk. A continuación autorizó, en secreto, la destrucción de los restos de la ciudad, así como la demolición del cercano Portsmouth, en caso de que los jefes militares consideraran tal acción recomendable. A primeros de febrero, Howe, en efecto, arrasó las 416 edificaciones restantes de Norfolk: «Nos hemos ido de Norfolk, ¡gracias a Dios! Está destruida por completo; también se lo agradecemos a Dios».29

Por su parte, Dunmore, que partió hacia la ciudad de Nueva York, abandonó a alrededor de un millar de afroamericanos muertos o moribundos por el azote de la viruela y otras epidemias: dejó tramos de la costa de Virginia «llenos de cadáveres, en su mayoría negros». Los patriotas también lo acusaron de haber enviado individuos contagiados a la costa como cínico gesto de despedida.30

En 1777, los legisladores de Virginia retomarían el asunto pendiente de qué bando había provocado la destrucción y en qué grado. Un comité de investigación reunió con minuciosidad declaraciones y peritajes profesionales del valor de las propiedades destruidas. El informe oficial concluyó que «muy pocas casas fueron destruidas por el enemigo»; de hecho, la mayoría de las casas que fueron incendiadas podían haberse salvado. Pero los soldados patriotas, «con desenfreno, le prendieron fuego a la mayor parte de las casas de la localidad, a las que el enemigo nunca intentó acercarse y donde les habría sido imposible adentrarse». En total, las tropas norteamericanas arrasaron 863 estructuras valoradas en más de 110 000 libras esterlinas. Los británicos destruyeron 54 edificios y bienes privados por un valor de poco más de 5000 libras. Dicho de otro modo, los británicos fueron responsables de menos del 6 % de los edificios destruidos y del 4,3 % del valor de los daños totales. Los revolucionarios ocultaron este incómodo informe mientras duró la guerra; de hecho, se publicó por vez primera en 1836. Los

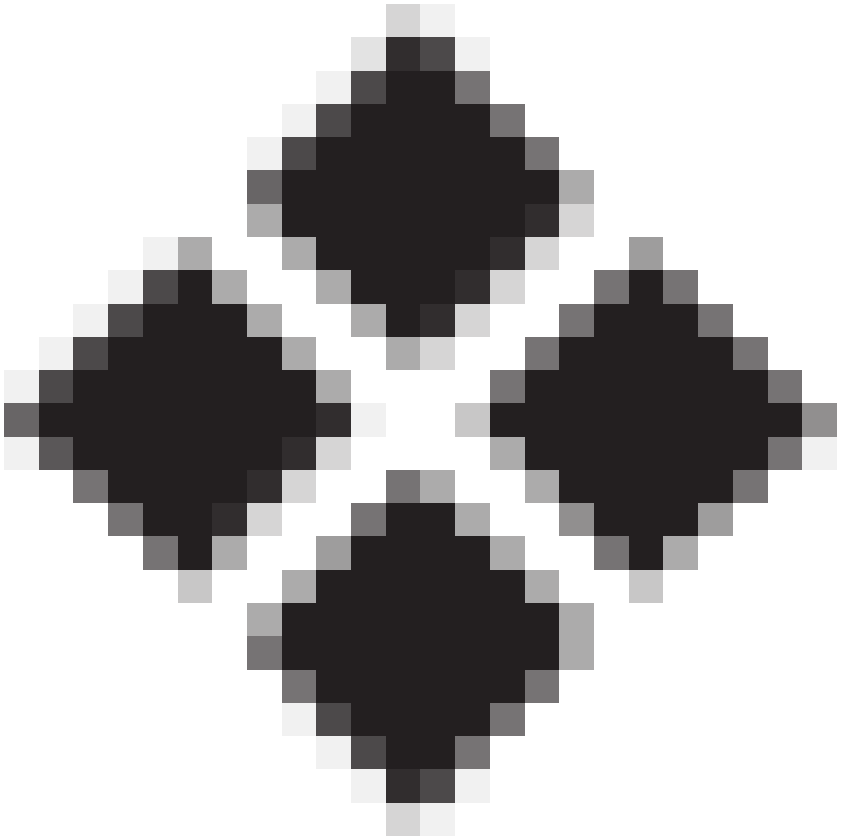
patriotas, por tanto, no solo alcanzaron su objetivo primero de privar a los británicos de una valiosa base costera y a la vez castigar a los lealistas locales, sino que también consiguieron cargar toda la culpa en las espaldas de los británicos.31

En los primeros meses de 1776, los patriotas advirtieron que el incendio de Norfolk podía servir para atraer a la opinión pública a la causa de las colonias. No desaprovecharon la ocasión. También les vino bien el escaso tiempo transcurrido desde la destrucción de Falmouth. Samuel Adams pensaba que el ataque hizo más para que la gente se decidiera a apoyar la Revolución que «una larga ristra de razones». En opinión de John Hancock, presidente del Congreso Continental, el ataque confirmaba que Gran Bretaña optaba por la brutalidad y daba prueba de una «falta de humanidad en extremo contraria a las reglas de la guerra desde largo tiempo aplicadas por todas las naciones civilizadas». Los rebeldes estaban ganando una posición de superioridad moral con rapidez: afirmaban que su comportamiento se basaba en los códigos europeos de la guerra y a la vez acusaban a los británicos de violarlos. Al mismo tiempo, empleaban los recursos de la guerra psicológica y de la propaganda con auténtico virtuosismo. El destinatario de la carta de Hancock, George Washington, esperaba que la destrucción de Falmouth y Norfolk, y la amenaza de que otras localidades sufrieran un destino similar, «unieran a todo el país […] contra una nación que parece que ha perdido cualquier sentido de virtud y de los sentimientos que separan a un pueblo civilizado de los salvajes más bárbaros. Unos pocos argumentos incendiarios de ese tipo» animarían a los norteamericanos a abrazar la independencia. La violencia, sobre todo cuando se manipulaba de la forma adecuada, tenía un poderoso efecto aglutinador.32

En Gran Bretaña, los que estaban a favor de aplastar la rebelión se sintieron alentados porque su Ejército y su Marina «instilaran tal terror en estas gentes engañadas». En cambio, los que se oponían a la escalada del conflicto utilizaron lo sucedido en Norfolk para lamentar la perspectiva de guerra civil total en el Imperio, «acompañada de circunstancias de crueldad, furia civil y devastación hasta ahora desconocidas en los anales de la humanidad». Hacer la guerra, subrayaba el duque de Richmond –destacado diputado de la oposición–, «de una forma que

sorprendería a las naciones más bárbaras, incendiando sus poblaciones, dejando a sus desgraciados habitantes perecer por el frío, la necesidad y la desnudez», no solo hería a los enemigos de Gran Bretaña, también lastimaba a sus propios súbditos leales.33

En Norfolk, por tanto, la decisión de Dunmore de escalar el conflicto había servido para que los patriotas encubrieran la intensificación de su propia represión de la disidencia lealista, y, a la vez, se había sacrificado una de las ciudades portuarias más florecientes de Norteamérica. Los nuevos líderes de las colonias, como Adams y Washington, tal vez ignoraban, en un primer momento, quiénes habían sido los verdaderos responsables de esa destrucción. Sin embargo, Howe y Woodford, que consiguieron ocultar la participación de los patriotas, obtuvieron la mayor de las victorias en aquella guerra dialéctica. El dilema británico había quedado en evidencia de forma muy clara. ¿Se desacreditó así la política del «fuego y la espada», que se había vuelto contra los británicos después de Falmouth, y que en Norfolk les había dado a los rebeldes la excusa perfecta para su propia escalada táctica de la violencia? ¿O tal vez la aplicación continuada de la fuerza máxima era todavía capaz de doblegar la resistencia de la rebelión, antes de que esta alcanzara un impulso irreversible?34



En la primavera de 1776, una enorme armada reunida frente a la costa de Gran Bretaña se disponía a lanzar la invasión en ultramar más grande de la historia europea. Entre las decenas de miles de soldados participantes no solo había británicos, sino también grandes contingentes de alemanes. Esto era posible porque, de acuerdo con las recientes promesas de Jorge III, a principios de 1776 la Corona había comenzado a firmar tratados con los gobernantes de Hesse-Kassel, Hesse-Hanau y Brunswick para conseguir tropas auxiliares. En el transcurso de la guerra, Gran Bretaña contrató a 36 000 soldados alemanes. Las tropas auxiliares alemanas, en parte debido a que Hesse-Kassel proporcionó más de la mitad de las mismas, recibieron la denominación general de «hessianos». Su ferocidad, que los convertía en una fuerza militar formidable, pero también en una potencial arma de terror, era

precisamente lo que los descalificaba a ojos de los partidarios de la conciliación. Tanto en Norteamérica como en Gran Bretaña, los hessianos tenían fama de guerreros fieros, criados en tierras despóticas, y sin interés alguno en aquel conflicto ni verdadera fidelidad a Gran Bretaña. «Los extranjeros iban a asesinar a nuestros oprimidos consúbditos en América», se quejaba un crítico en Gran Bretaña, porque los ingleses eran «demasiado nobles, demasiado generosos, demasiado valientes, demasiado humanos para cortar cuellos de ingleses». Sin embargo, pese a alguna oposición interna abierta, la política del gobierno británico de contratar tropas extranjeras recibió el acostumbrado respaldo parlamentario y puso en marcha el envío de miles de hessianos a las colonias. En la segunda mitad del año, dichas tropas sumarían ya hasta un tercio de todas las fuerzas bajo mando británico en Norteamérica. Su conducta continuaría provocando controversias en ambas orillas del Atlántico.35

Mientras se aprestaba la formidable flota británica aquella primavera, en Filadelfia no dejaban de llegar malas noticias al Congreso Continental. Ya bien entrado 1775, los revolucionarios habían intentado convencer a Gran Bretaña de que cambiara su política; para la inmensa mayoría de los colonos, la reconciliación era todavía preferible a la guerra abierta. Su disputa había sido con el Parlamento y con los ministros del rey. De momento, los insurgentes aún proclamaban su fidelidad a la Corona. Sin embargo, la marea de las relaciones anglo-norteamericanas estaba cambiando con rapidez. Después de que el rey los declarase en rebelión, había ordenado el cierre de todos los puertos de las colonias a partir de marzo de 1776. La Marina Real había sido autorizada a apresar a cualquier buque norteamericano, así como a sus tripulaciones y sus cargamentos, como si pertenecieran a enemigos declarados. Las pruebas de la agresión de Gran Bretaña no dejaban de acumularse: después de que lord Dunmore hubiera armado a esclavos sureños y destruido Norfolk, los británicos habían derrotado el ataque de las colonias contra una fortaleza en Quebec encabezado por Benedict Arnold. En mayo, los delegados del Congreso descubrieron que Gran Bretaña estaba contratando hessianos: era una de las pruebas más impactantes, hasta ese momento, de que su rey los estaba abandonando. John Hancock concluyó que «la nación británica ha llegado hasta el último extremo». El delegado por Nuevo Hampshire

Josiah Bartlett se preparaba para «una dura prueba este verano contra británicos, hessianos, hannoverianos, indios, negros y todos los demás carniceros que su gracia el rey de Gran Bretaña pueda contratar contra nosotros».36

A la par que los británicos aumentaban la escalada bélica bombardeando ciudades costeras y movilizando fuerzas adicionales a las inglesas, la autoridad imperial se hundía a lo largo y ancho de las colonias. Los comités y milicias patriotas aprovecharon esa debilidad y reforzaron las medidas defensivas de sus regiones. Supervisaron la producción de salitre y compraron pólvora, plomo, municiones y armas. Prohibieron la exportación de los materiales necesarios para poner a las colonias en pie de guerra. Bloquearon las vías acuáticas frente a la amenaza de incursiones o invasiones británicas. En el Sur, en especial, se organizaron patrullas montadas para perseguir y vigilar a los esclavos que pudieran huir, y se desarmaba a los hombres de raza negra. En junio, el Congreso ya se ocupaba de la redacción de un borrador de ley para el delito de traición y comenzaba a debatir sobre alianzas internacionales. Además de la guerra civil que se venía cociendo internamente en las colonias norteamericanas durante años, la Declaración de Independencia que preparaba provocaría ahora una guerra civil en el Imperio británico.37

AGRESIONES Y USURPACIONES REPETIDAS

El Dr. Jacob Dunham, ya de viejo, recordaría que tenía unos nueve años cuando la Declaración de Independencia llegó a su municipio natal de Nuevo Brunswick. Fue, lo más probable, el 9 o el 10 de julio de 1776. El padre de Dunham, el coronel Azariah Dunham, era un patriota entregado a la causa, miembro del comité de seguridad de la colonia, del comité de correspondencia del condado y del comité local de inspección y observación. Los comités del condado y de la localidad resolvieron que la Declaración debía ser leída en la calle Albany, enfrente de la taberna White Hall. Se eligió para su lectura a un coronel llamado John Neilson. Conscientes de la

división política de la comunidad, los patriotas de Nuevo Brunswick no dejaron ningún cabo suelto. Los dos comités encargaron a sus miembros que congregaran «a los amigos más acérrimos de la independencia, de forma que espantaran a cualesquiera tories desafectos» y para contrarrestar todo posible intento de interrupción de la ceremonia. Según el recuerdo de Dunham, los lealistas no eran muy numerosos, pero entre ellos había «hombres de dinero e influencia, y eran muy activos». Con todo, «había una gran emoción en la ciudad por las noticias, la mayoría del pueblo se alegraba de que fuéramos libres e independientes, aunque unos pocos parecían muy amargados por ello». Llama la atención que Dunham recordara lo disputada que estaba la escena política local y que los patriotas pensaran que necesitaban orquestarle una recepción positiva a la declaración. En el momento del nacimiento de la república estadounidense, su viabilidad distaba mucho de estar asegurada.38

Aquel julio, en Nuevo Brunswick y en docenas de comunidades locales por todas las colonias británicas rebeldes, se reunieron aglomeraciones considerables en las plazas públicas, enfrente de los juzgados, en las iglesias o los ayuntamientos. Hubo procesiones cívicas y desfiles militares, repicaron las campanas y se prepararon fuegos artificiales, hogueras comunales y adornos luminosos. El coronel Neilson y los demás que, como él, leyeron en público la Declaración en otras localidades, anunciaron que el documento del Congreso que sus audiencias estaban a punto de escuchar tenía el título de «unánime Declaración de los trece Estados de América». Neilson leyó el preámbulo que contenía la premisa de todo lo que venía después: si un pueblo se separaba de otro, debía formular las razones por las que lo hacía. El segundo párrafo comprendía la célebre afirmación de verdades palmarias: «que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, que entre ellos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».39

La sección central y más larga de la Declaración, aunque los estadounidenses actuales apenas la recuerdan, fue muy debatida entonces. Sin embargo, es esa sección –un catálogo completo de los delitos políticos cometidos por el rey Jorge III– la que nos ayuda a comprender cómo, desde la perspectiva de los patriotas, fue la

violencia británica la que justificó tanto la independencia como los crudos métodos que habría que emplear para alcanzarla. Para presentar este catálogo de quejas, la Declaración aseveraba que «la historia del actual rey de Gran Bretaña es una historia de agresiones y usurpaciones repetidas, todas con el objetivo directo de establecer una tiranía absoluta sobre estos estados». A continuación, seguía una letanía de acusaciones que comenzaba con doce casos en los que el rey se había entrometido en los asuntos coloniales vetando leyes de las colonias, desalentando a los que querían emigrar a las mismas, interfiriendo en la libertad judicial, resistiéndose a la autoridad parlamentaria y creando un ejército permanente. Además, el rey había consentido leyes del Parlamento británico que dañaban a las colonias: se había prohibido el comercio, se trasladaban procesos judiciales «allende el mar», se estaba aboliendo el «Sistema libre de las Leyes Inglesas» en «una provincia vecina» (Quebec), y la lista continuaba.40

La manera en que las colonias americanas se declararon a sí mismas independientes del rey de Inglaterra, por todas las distintas provincias, el 4 de julio de 1776 (1783), de Hamilton. En este grabado, que ilustraba

una historia de Inglaterra publicada al final de la guerra, un jinete lee la Declaración de Independencia rodeado por una nutrida audiencia. En la pared de la izquierda se está colocando un cartel que dice: «América Independiente. 1776».

La enumeración de agravios alcanzaba su punto culminante en una sección dedicada a los actos de agresión violentos del rey contra las colonias: «Ha saqueado nuestros mares, asolado nuestras costas, quemado nuestras poblaciones y destruido las vidas de nuestro pueblo», proclamaba la acusación de los revolucionarios. Además, estaba movilizando todo género de inaceptables fuerzas armadas no inglesas:

En este momento está transportando grandes ejércitos de mercenarios extranjeros para completar las labores de muerte, desolación y tiranía que ya ha comenzado con ejemplos de crueldad y perfidia raras veces igualados en las edades más bárbaras, y es totalmente indigno de ser la cabeza de una nación civilizada.

[…]

Ha agitado las insurrecciones internas entre nosotros y se ha propuesto utilizar a los habitantes de nuestras fronteras, los despiadados indios salvajes, cuya conocida norma de hacer la guerra es la destrucción indiscriminada de todas las edades, sexos y condiciones.

Llegados a este punto, las muchedumbres que escucharon aquello en las plazas de las colonias de Norteamérica no debieron tener ya ninguna duda sobre quién era el responsable de la opresión imperial: «él», «él», «él» era quien había rechazado, prohibido, obstruido, renunciado, agitado y de veras saqueado, asolado, quemado y destruido.

El Congreso estaba diciendo que el rey, con esa actitud agresiva y

carente de ética, había «privado de su protección» a sus hijos de las colonias. Jorge III había, «en la práctica, situado a las colonias "al otro lado de la línea" de la manera civilizada de hacer la guerra» al introducir formas ilegítimas de violencia. Mediante este tipo de lenguaje, los autores de la Declaración también se dirigían a una audiencia internacional más amplia. Puesto que el rey se había negado una y otra vez a escuchar sus peticiones de arreglo, la acusación final de los patriotas concluía que había quedado claro que semejante «príncipe, cuyo carácter tiene la marca, en cada uno de sus actos, de lo que define a un tirano, no es apto para ser el gobernante de un pueblo libre».41

Después de estas durísimas acusaciones, el penúltimo párrafo les recordaba a los norteamericanos sus infructuosos alegatos al pueblo británico. Por última vez habían invocado los supuestos lazos históricos y de afecto que unían a la comunidad anglosajona. Una vez que sus intentos de llegar a una solución habían fracasado, los colonos ya no tenían más opción que anunciar su separación. La sección final de la Declaración presentaba esa despedida y declaraba «que estas colonias unidas son y por derecho deben ser ESTADOS LIBRES E INDEPENDIENTES; que están absueltos de toda fidelidad a la Corona británica»; y que de ahí en adelante disfrutarían de los derechos de todos los Estados legalmente soberanos de la comunidad de las naciones, entre ellos la capacidad de forjar alianzas comerciales, emprender la guerra y declarar la paz.42

La Declaración circuló también impresa. Ya el 5 de julio tuvieron disponible una versión en gran formato; los periódicos comenzaron a imprimirla el día 6. Para el día 19 ya se había reimpreso en siete colonias y al acabar el mes había aparecido en más de treinta periódicos. Sin embargo, fueron las lecturas públicas, como la que Dunham aún recordaría casi seis décadas después, las que suscitaron las respuestas más potentes e inmediatas.43

A lo largo de las colonias, los ciudadanos procedieron a concretar la separación de la antigua madre patria destruyendo los símbolos visibles de la monarquía. Multitudes eliminaron el escudo real de los juzgados, las iglesias y otros edificios públicos. Echaron abajo las imágenes del rey en cafés y tabernas. En Dover (Delaware), el

presidente del comité de seguridad arrojó un retrato de Jorge III al fuego: «Así destruimos hasta la sombra de ese rey que se negó a reinar sobre un pueblo libre». En Huntington (Long Island), una efigie del rey «con la cara negra como el regimiento virginiano de Dunmore, la cabeza adornada con una corona de madera con plumas como […] salvajes» y la capa «rellena de pólvora» fue ahorcada, explosionada y quemada. En el Bajo Manhattan, neoyorquinos y soldados continentales derribaron la estatua ecuestre de Jorge III que había en Bowling Green, junto a Broadway. Perforaron con «una bala de mosquete» parte de la cabeza de la estatua y luego la llevaron de procesión nocturna cantando la Marcha de los Condenados (Rogue's March), el acompañamiento musical típico de los castigos comunitarios como el embreado y emplumado. Después de que los patriotas y lealistas se disputaran la custodia de partes de la estatua, los patriotas transportaron grandes trozos de la misma hasta Connecticut, donde voluntarias femeninas los convirtieron en 42 088 balas de «fundida majestad» prestas a ser disparadas contra los soldados del rey. En el lugar donde los colonos habían celebrado hasta hacía poco tiempo los cumpleaños reales con desfiles, brindis y fuegos artificiales, ahora gastaban pólvora, alcohol y violentas energías comunitarias en rituales para renunciar a su último rey, a la vez que las fuerzas de Jorge III estaban a punto de iniciar su invasión.44

UNA INVASIÓN TITUBEANTE

En marzo y abril de 1776, George Washington había desplazado el grueso de su Ejército Continental desde Boston a Nueva York. La ciudad era la llave geoestratégica de las colonias y se esperaba que fuera el objetivo principal del ataque británico. Si tomaban la ciudad de Nueva York, los británicos controlarían un extremo del río Hudson, y si su ejército septentrional proveniente de Canadá dominaba el otro extremo, podrían aislar a Nueva Inglaterra del resto de las colonias. Durante los últimos meses, los soldados de Washington, trabajadores civiles y esclavos habían erigido fuertes, reductos y barricadas en la isla de Manhattan y en Long Island.

Mientras las fuerzas continentales perseguían con crueldad a los sospechosos de lealistas y a los dudosos, miles de neoyorquinos huyeron de la ciudad; su población, que antes de la guerra era de 25 000 personas, en septiembre de 1776 había caído a solo 5000.45

El 29 de junio, la armada de invasión del general sir William Howe –110 barcos con 9000 soldados a bordo– fue avistada por primera vez ante la costa de Nueva York. A un centinela rebelde le pareció «un bosque de pinos podados», como si «todo Londres se hubiera embarcado». El 2 de julio los británicos desembarcaron en Staten Island. Gracias a una dramática coincidencia, aquel mismo día, el Congreso Continental, en Filadelfia, votaba la disolución de la conexión con la madre patria. Durante las semanas siguientes, mientras se extendía la noticia de la Declaración de Independencia por las colonias, Howe se dedicó a aprestar su enorme fuerza para invadir Nueva York.46

La campaña de otoño de 1776 refleja a la perfección el dilema estratégico y moral al que Gran Bretaña se enfrentaba. Howe planeó tomar la ciudad de Nueva York, hacerse con el corredor del Hudson, ocupar Rhode Island y barrer toda Nueva Jersey. Ofrecería amnistía a todos los colonos moderados que juraran lealtad al rey. El historiador David Hackett Fischer piensa que se trataba de un plan factible y humano que combinaba la exhibición de fuerza con gestos conciliadores, y que estaba dirigido a restaurar la armonía imperial. En aquel momento Howe desconocía que su hermano Richard, el almirante, ya iba camino de América con una nueva orden para ambos: no deberían limitarse a la dirección de la guerra contra los rebeldes, sino que los dos también habrían de actuar juntos, a modo de comisión de paz, para conseguir un acuerdo pactado.47

Richard Howe, que había sido nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales en Norteamérica en enero de 1776, parece que había aceptado su misión bajo la condición de que también se le nombrara jefe de la comisión de paz impulsada por lord North. Al final, los hermanos Howe acabaron siendo los únicos comisionados, de acuerdo con los insistentes deseos de North, pero lord Germain limitó sus poderes: podían conceder perdones, pero no hacer concesiones de importancia a los rebeldes y, además, la rendición era un requisito no negociable, previo a cualquier negociación. Sin

embargo, el tiempo de cualquier posible iniciativa diplomática británica se acababa: cuando el almirante Howe partió, por fin, hacia América, el Congreso reunido en Filadelfia ya había comenzado a dar pasos hacia la independencia.48

Las órdenes militares del almirante Howe eran emprender operaciones ofensivas en apoyo del ejército comandado por su hermano William y bloquear la costa de Norteamérica para cortar los suministros de guerra de los rebeldes. La flota del almirante llegó frente a Nueva York el 12 de julio: eran 10 navíos de línea y 20 fragatas que acompañaban a alrededor de 150 barcos tripulados por unos 10 000 marineros y que transportaban a alrededor de 11 000 soldados. Estos últimos se unirían al ejército de 9000 hombres de William Howe en Staten Island, donde un oficial advirtió que los lealistas locales ya habían sufrido mucho. Ahora, por fin, habían llegado sus protectores.49

Y más iban en camino. Las primeras tropas alemanas contratadas por la Corona desembarcaron pronto en Norteamérica. Tras una travesía inusualmente larga por el Atlántico, los hessianos estaban exhaustos; muchos sufrían de escorbuto y de fiebres contagiosas. Para acelerar su recuperación, Howe les adjudicó campamentos excelentes en Staten Island, donde los alemanes apreciaron los «bellos bosques, formados sobre todo por un tipo de abeto cuyo olor puede inhalarse desde dos millas antes de llegar a tierra». Durante las semanas siguientes continuó la llegada de contingentes británicos y alemanes, de forma que el total alcanzó al final los 32 000 hombres, la fuerza de invasión naval más grande del siglo XVIII. Más de 400 buques británicos de distintos tamaños controlaban las aguas cercanas a Nueva York. Sabían que, quien dominara las vías acuáticas, acabaría por poseer la ciudad. Sin embargo, en lugar de lanzar el ataque tan pronto como sus fuerzas estuvieron emplazadas, William Howe se dejó convencer por su hermano de que diera prioridad a la conciliación. Este enfoque de doble vía, dubitativo, caracterizó el resto de la campaña de 1776. Es muy posible que acabara costándole trece colonias a Gran Bretaña.50

Los intentos iniciales del almirante Howe de negociar con Washington naufragaron por choques en el protocolo diplomático y

por la absoluta incompatibilidad de sus posiciones. El comandante norteamericano se negó a recibir las cartas dirigidas a «George Washington, Esq.»* y luego a «George Washington, Esq., etc., etc.». Sus ayudantes insistieron en que el tratamiento adecuado era «General Washington». Dejando aparte el hecho de que los británicos solo le ofrecían el perdón y que «los que no han cometido falta no desean ningún perdón», Washington dejó claro que, en cualquier caso, él no estaba autorizado para negociar. Los hermanos Howe, al ver sus ofrecimientos de paz arrollados por el impulso de la independencia de las colonias, reorientaron sus esfuerzos hacia su misión militar.51

El plan de los movimientos iniciales de la campaña había sido ideado por el general Henry Clinton. Como tercero de los mayores generales a los que Jorge III había entregado el mando de contingentes de tropas en febrero de 1775, Clinton estaba subordinado tanto a Howe como a Burgoyne. Acababa de retornar de una ofensiva desastrosa en el Sur, contra Charleston, en Carolina del Sur: las fuerzas británicas habían tenido que abortar un bombardeo naval, desembarcos anfibios y un ataque desde tierra debido a la difícil topografía, la mala coordinación entre el Ejército y la Marina y una inesperada y vigorosa defensa por parte rebelde. Clinton, herido en su ego, buscó redimirse en el Norte. Como hombre, y como oficial, era muy distinto de sus colegas. Se había criado en Norteamérica, principalmente en Manhattan, y, además, era hijo del almirante George Clinton, gobernador de Nueva York. Después de entrar en el Ejército con quince años y de formarse en Francia, Clinton sirvió en Alemania durante la Guerra de los Siete Años. Aunque había llegado a ser un oficial experimentado, no había comandado nunca una fuerza independiente. A diferencia de Howe y de Burgoyne, carecía de confianza en sí mismo. Andrew O'Shaughnessy, biógrafo de personajes británicos de la guerra, resume las carencias de Clinton: «Se enfurruñaba y se encerraba en sí mismo. Era desconfiado y tempestuoso. Reñía con sus colegas». Pese a todo, al acabar la guerra, Clinton iba a ser el comandante británico que más tiempo sirviera en ese puesto en todo el conflicto.52

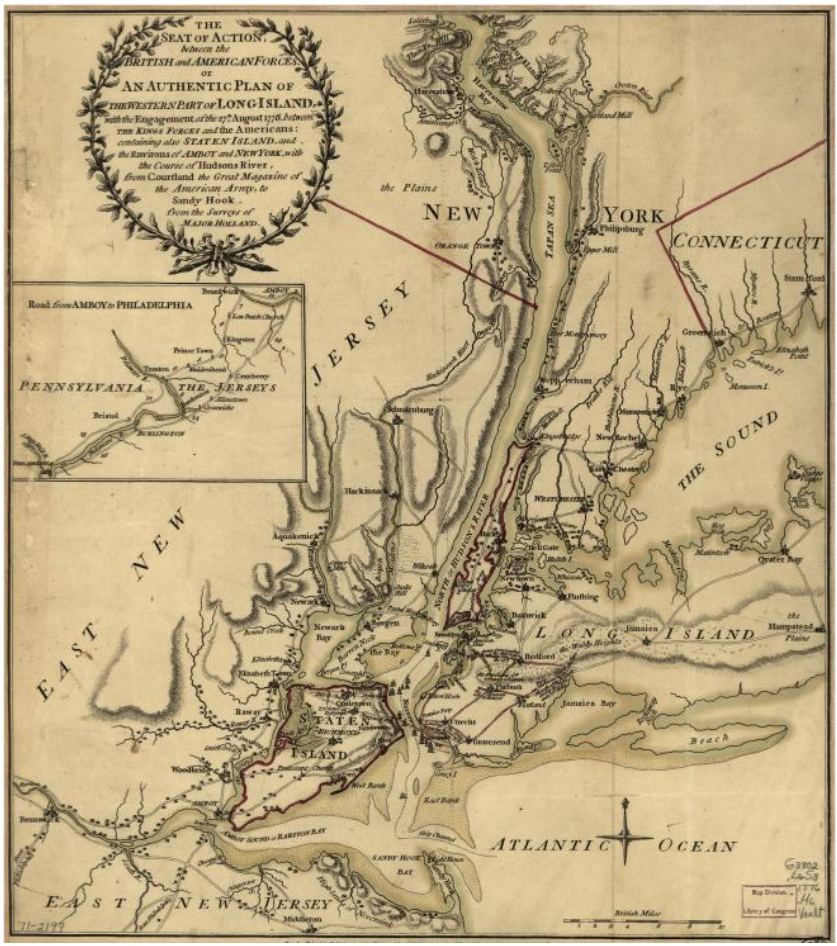
Este retrato del general sir Henry Clinton adornaba una obra de la época de la guerra, An impartial history of the war in America;

from its first commencement, to the present time [Una historia imparcial de la guerra en Norteamérica; desde su comienzo a la actualidad], del reverendo James Murray, publicada en Newcastle en 1782.

Igual que sus camaradas comandantes, Clinton prefería un acuerdo pacífico a la guerra. A diferencia de los hermanos Howe, Clinton no se había opuesto a las políticas británicas que habían desembocado en una contienda armada. A su llegada a Boston para asumir su puesto, en mayo de 1775, se había mostrado partidario de actuar sin contemplaciones. Al mismo tiempo, un memorándum de una conversación con fecha de febrero de 1776 sugiere que Clinton tenía una posición matizada sobre la situación en las colonias: «No dudaba de que este país pudiera ser conquistado, pero sí [dudo] mucho de que mereciera la pena después de conquistado». Luego concluía: «[…] ganar los corazones y someter a las mentes de América valía, en mi opinión, la pena». Sin embargo, también tenía una clara visión sobre la estrategia militar más adecuada para que Gran Bretaña saliera victoriosa: en ausencia de un centro de gravedad político –una sede establecida del poder de las colonias–, la vía adecuada para obligar a los colonos a buscar un acuerdo era aplastar al Ejército Continental. Esto contrastaba agudamente con la intención de Howe de limitarse a emplear la fuerza mínima necesaria para que fuera evidente la superioridad británica, pensando que esto bastaría para mover a los norteamericanos a negociar.53

Pese a todo, a mediados de agosto, Clinton había conseguido persuadir a Howe de que adoptara su propuesta de envolver a las fuerzas rebeldes en Long Island. Los invasores, que habían aprendido la lección de Bunker Hill, estaban ahora preparados para lo que exigía la guerra contra los rebeldes: los oficiales se quitaron las divisas de mando de sus uniformes para que los francotiradores rebeldes no los identificaran con demasiada facilidad. El 22 de agosto, mientras Nueva York se recuperaba de una fuerte tormenta eléctrica en la que habían muerto 3 soldados norteamericanos en su tienda de campaña, Howe desembarcó 15 000 soldados en Long Island sin encontrar oposición. Mal informado por una

concatenación de errores de su servicio de inteligencia, Washington había apostado allí solo 9000 hombres y dejado el resto en Manhattan. Long Island, que mide casi 200 km de largo y más de 30 m de ancho en algunos puntos, tenía una población dispersa de comunidades agrarias. Su abundancia en productos alimenticios y sus habitantes fundamentalmente neutrales o lealistas –que garantizaban buena información a los británicos– la convertían en un área excelente para servir de trampolín al ejército de invasión de Howe.54



El lugar de la acción entre las fuerzas británicas y americanas; o un

plano auténtico de la parte occidental de Long Island, con el enfrentamiento del 27 de agosto de 1776 (Londres, 1776). En previsión del ataque británico, Washington apostó guardias a lo largo de las carreteras principales que atravesaban Brooklyn Heights, pero dejó desprotegido el acceso por Jamaica Pass.

Durante algunos días más, Howe reforzó su contingente hasta llegar a unos 20 000 hombres. El 27 de agosto el plan de Clinton fructificó en el que tal vez sería el mayor éxito británico de toda la guerra. El propio Clinton dirigió la maniobra de envolvimiento del ala izquierda de Washington: avanzó con unos 10 000 soldados por un desfiladero llamado Jamaica Pass que el enemigo había dejado desguarnecido. Mientras tanto, la artillería y la infantería hessianas, bajo el mando del general Leopold Philip von Heister, atacaron –a bayoneta calada, en el caso de la infantería– a las fuerzas del general John Sullivan al sur de los altos de Brooklyn. Una vez que Sullivan comprendió que Clinton estaba a punto de coparlo, ordenó la retirada hacia el punto más alto. En el sudoeste, el general lord Stirling mantuvo a raya a las fuerzas británicas del general James Grant hasta que, a punto de ser rodeado, tuvo también que retirarse. Los británicos capturaron a Stirling. Muchas de las acorraladas unidades norteamericanas sufrieron lo que Michael Graham, un voluntario de dieciocho años que acompañaba al denominado Campamento Volante de Pensilvania**, describió como una huida sumida en el pánico, una escena de «confusión y horror» en la que la «artillería volaba con las cadenas agitándose sobre los lomos de los caballos, nuestros hombres corrían casi en cualquier dirección, aunque en todas estaban casi seguros de que se encontrarían con los británicos o con los hessianos». Aunque Graham sobrevivió, fue uno de los más afortunados, pues escapó a través de unas zonas pantanosas donde perdieron la vida muchos camaradas que tuvieron menos suerte.55

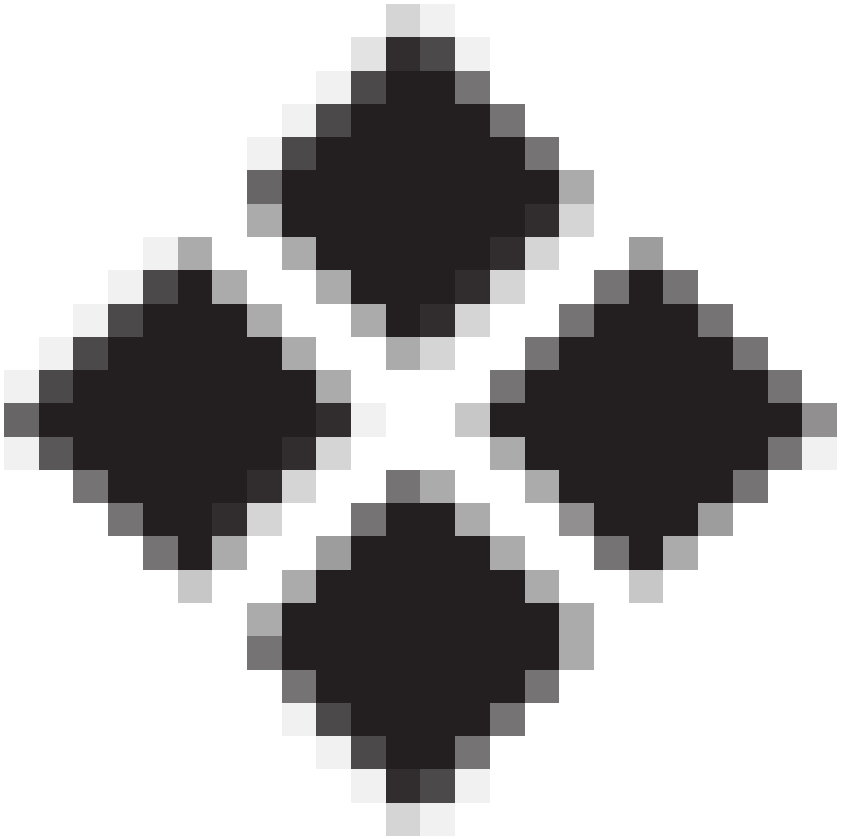
Los revolucionarios acusaban en particular a los hessianos de ser unos guerreros en especial agresivos e inmorales. En previsión de su llegada, alguien sugirió la idea de que Washington apostara de 500 a 1000 patriotas, pintados como nativos norteamericanos, en los lugares donde fueran a desembarcar los alemanes, con la intención

de aterrorizar a estos enemigos supuestamente brutales. Howe, por su parte, aprovechó estratégicamente el temor de los norteamericanos hacia los despiadados hessianos y situó a estos en Amboy Ferry, bloqueando la ruta que comunicaba con el campamento de Washington. Según informes posteriores, durante la acción del 27 de agosto, las tropas continentales que ya no podían resistir más buscaron rendirse ante fuerzas enemigas que no fueran hessianas, debido a que temían que estas no les dieran cuartel. Un soldado estadounidense afirmó que los hessianos «se comportaron con una gran inhumanidad» y que «golpeaban en la cabeza a los hombres que yacían heridos en el campo de batalla». Hubo incluso acusaciones, no comprobadas, de que los hessianos habían clavado a soldados enemigos en troncos de árboles con sus bayonetas y que habían arrojado a cientos de cadáveres enemigos a una enorme fosa común.56

Un oficial alemán, en un pasaje escrito en código en una carta que envió a su hogar, reconoció haber cometido atrocidades contra unos prisioneros. Relató que, cuando la patrulla de un regimiento trajo a unos prisioneros al campamento, «muchos individuos de alto rango abandonaron allí sus sueños de convertirse en héroes. Los prisioneros que se arrodillaron y pidieron rendirse fueron golpeados». Además, los soldados alemanes acribillaron con sus bayonetas a algunos norteamericanos después de que estos se hubieran rendido, aunque, en algunos casos al menos, parece que se trató de una reacción debida a falsas rendiciones anteriores de patriotas que luego volvían a disparar contra los hessianos al acercarse estos.57

Tal vez no fue la agresividad intrínseca de los hessianos lo que condujo a todas estas barbaridades. Un oficial británico del regimiento escocés de Fraser resumía orgulloso que «los hessianos y nuestros bravos escoceses no dieron cuartel, y daba gusto ver con qué prontitud despachaban a los rebeldes con las bayonetas después de haberlos rodeado de forma que no se pudieran resistir». Pero también reveló una treta psicológica destinada a espolear la fiereza de los alemanes: «Nos encargamos de decirles a los hessianos que los rebeldes habían decidido no darles cuartel –a ellos en particular–, lo que hizo que lucharan con desesperación y que dieran muerte a todos los que caían en sus manos». Luego lo

justificaba: «[…] todas las estratagemas son legítimas en la guerra, en especial contra enemigos tan viles para con su rey y su país». Los desertores hessianos confirmaron más tarde que los británicos habían intentado manipularlos; incluso les habían llegado a decir que los rebeldes devoraban a los soldados que tomaban prisioneros. Las tropas británicas y alemanas también se acusaron mutuamente de abusos en el campo de batalla. Un oficial alemán informó que los «ingleses daban poco cuartel al enemigo y animaron a nuestros hombres a hacer lo mismo». De hecho, no hay pruebas concluyentes de que los hessianos lucharan de una forma más brutal o de que violaran los códigos de la guerra de un modo más flagrante que los británicos. En la gran mayoría de los casos, parece que las atrocidades fueron más la excepción que la norma. Sin embargo, cuando los rumores, las exageraciones o incluso las informaciones falsas coincidían con la siniestra reputación de los hessianos, servían para inspirar auténtico miedo y, a la vez, para espolear el deseo de venganza.58



Según los cálculos más fiables, los estadounidenses sufrieron entre 300 y 500 bajas en Long Island. Casi 1100 hombres fueron tomados prisioneros, entre ellos 3 generales. Los casacas rojas, furiosos con los francotiradores enemigos, destruían al instante los rifles de los que capturaban. Las bajas germano-británicas sumaron unos 370 hombres, entre ellos miembros del Regimiento Etíope de Dunmore. Lord Percy, haciendo gala del optimismo que, en general, dominó entre los oficiales británicos después de la batalla, escribió de los rebeldes: «[…] nunca nos volverán a plantar cara en el campo de batalla. Todo parece haberse acabado para ellos, y me halaga pensar que esta campaña pondrá punto final a la guerra».59

La respuesta de los vecinos de Long Island a los invasores británicos fue variada. Según un oficial, «los habitantes nos recibieron con la mayor alegría, puesto que distinguían bien la diferencia entre la

anarquía y un suave gobierno regular». Por el contrario, un lealista informó de atrocidades británicas contra hombres y de agresiones sexuales a mujeres, sin discriminar a los amigos de los enemigos. Los teóricos liberadores también se revelaron saqueadores indiscriminados. En una carta dirigida a su padre –el conde de Bute, que había sido primer ministro–, el coronel Charles Stuart le comentó la situación que había vivido en Long Island, donde las tripulaciones de los barcos de transporte británicos habían comenzado a robar a los lugareños incluso mientras se desarrollaba la batalla. Según lo veía Stuart,

a esos infelices desgraciados que, por necesidad o por lealtad, se habían quedado en sus hogares, los soldados los tomaron por rebeldes. No les dispensaron ni la ropa ni sus propiedades, sino que se las arrebataron de la forma más bárbara e inhumana […] Así continuamos ganándonos la enemistad de los que todavía no habían tomado partido, e induciendo a nuestros propios amigos a escapar hacia el bando opuesto en busca de protección.60

Cualquiera que fuera el impacto de la invasión sobre los civiles del área, el plan de Clinton fue un éxito estratégico tremendo: las fuerzas estadounidenses habían sido puestas en fuga. Sin embargo, cuando Clinton le urgió a Howe que mantuviera la presión y acabara con el Ejército Continental mediante el desembarco de tropas británicas al norte de Manhattan para impedir que Washington se retirara a través del puente del Rey, Howe se detuvo, indeciso, al parecer, entre asumir el papel de destructor o el de pacificador.61

Los rebeldes aprovecharon la inesperada oportunidad que se les brindaba. Durante la noche del 29 de agosto y la mañana del día siguiente, Washington evacuó a unos 9500 hombres con casi todas sus armas y bagajes, a través del río East, hacia Manhattan. Un fuerte viento nordeste sopló durante la tarde y fue rolando hasta el sudoeste a medianoche. Durante la mañana, una densa niebla ayudó a ocultar la retirada. Algunos de los pescadores de Marblehead que servían de tripulaciones en los botes de remo hicieron cinco o hasta

diez viajes, con los remos enfundados en tela para silenciarlos. Se dice que Washington fue uno de los últimos en abandonar Brooklyn. Sus oficiales estaban atónitos ante el hecho de que Howe no persiguiera a su machacado ejército después de su colapso en Long Island. El general Putnam solo veía dos explicaciones posibles: «O el general Howe es nuestro amigo, o no es un general». El general Clinton, el cerebro responsable de la victoria británica, también tuvo claro que «si hubiéramos atacado de inmediato, el resultado habría sido, lo más seguro, el éxito absoluto».62

Una de las hipótesis históricas más interesantes de la Revolución estadounidense es que aquella fue, con toda probabilidad, la mejor oportunidad que tuvo Gran Bretaña de acabar la guerra de forma victoriosa. Si Howe hubiera aprovechado el impulso que había adquirido en Long Island y hubiera perseguido al Ejército Continental cuando tuvo la moral hundida, si hubiera atrapado a Washington en Manhattan y asestado un golpe decisivo, es muy probable que los insurgentes no hubieran tenido más remedio que rendirse y negociar un acuerdo. La eliminación del Ejército Continental, especula el historiador Joseph Ellis, «habría producido unas ondas de choque traumáticas que habrían acabado con la voluntad de continuar la guerra del pueblo americano». Sin embargo, en lugar de buscar el golpe definitivo que proponía Clinton, Howe adoptó una estrategia más cauta durante el resto de la campaña, en parte porque le preocupaba sufrir un número importante de bajas que luego serían difíciles de reemplazar. Entre mediados de septiembre y mediados de noviembre, desalojó de forma gradual a los estadounidenses de sus posiciones en Nueva York y obtuvo victorias parciales en Kip's Bay, en White Plains y en el fuerte Washington, donde capturó a 2600 soldados y más de 200 oficiales enemigos. A finales del otoño, los británicos habían expulsado al Ejército Continental de Long Island, Manhattan y el oriente de Nueva Jersey. Esta última fue un área de aprovisionamiento crucial para el ejército británico durante ese invierno. Con vistas a obtener un puerto libre de hielo –las aguas de Nueva York, más cerradas, se helaban cada año–, los británicos también se apoderaron de algunas áreas de Rhode Island. Establecieron su cuartel general en la ciudad de Nueva York, donde se quedarían hasta el final de la guerra.63

Más adelante, el general Howe fue acusado de permitir que su simpatía por los norteamericanos nublara su pensamiento estratégico. Sin embargo, el verdadero error de los hermanos Howe fue dar por hecho que la victoria británica frente a los escasamente preparados colonos era algo casi inevitable, incluso aunque no se aplicara la máxima fuerza contra ellos. También sobreestimaron la pujanza de los lealistas y confiaron en que la contrainsurgencia tendría un gran apoyo local, circunstancia que nunca se llegó a materializar.64

LA BATALLA POR LAS LEALTADES DE LOS NORTEAMERICANOS

En julio de 1776 se cortó el último hilo que había unido hasta entonces formalmente las colonias al Imperio. Ya no había vuelta atrás para los patriotas. Como nuevo Estado soberano, las Colonias Unidas –cuya denominación oficial sería los Estados Unidos a partir de septiembre–, así como los trece estados que las constituían, exigieron lealtad plena a quienes vivían en su territorio. Por todas las colonias, en teoría, cada individuo debía decidir entonces entre ser súbdito británico y marcharse, o ser ciudadano de la nueva nación y quedarse. La neutralidad dejó de ser una opción posible, tanto en la práctica como en la teoría: «Señor, hemos cruzado el Rubicón y es necesario que cada hombre tome partido», le dijo, a principios del año siguiente, John Jay a Beverley Robinson, un importante terrateniente del valle del Hudson que todavía se inclinaba por la neutralidad. Para los revolucionarios, la adhesión era voluntaria: se concedía a cada individuo un periodo de gracia para que expresara su lealtad a la Corona británica o a los Estados Unidos. Después de recibir seis generosas semanas como plazo para decidirse y firmar un juramento, Robinson, al final, evacuó a su familia hacia las líneas británicas.65

Después de que hubieran declarado la independencia, los patriotas dieron mayor base legal a su labor de control de la lealtad política de los ciudadanos. Primero el Congreso y luego los estados aprobaron leyes referentes a la traición, así como decretos de

confiscación y de destierro. El Congreso, ya mientras se preparaba, en junio de 1776, para la eventual independencia, había definido la traición como el hecho de promover la guerra contra las Colonias Unidas, ser fiel al rey de Gran Bretaña o proporcionar ayuda o alivio al enemigo. Reclutar tropas para el enemigo o unirse a estas –incluso en el mero papel de guía local– se convirtieron en delitos capitales. John Adams, que denigraba a los lealistas tachándolos de «panda de canallas ignorantes y cobardes», no cabía en sí de gozo pensando que las leyes sobre la traición «harían whigs*** a miles […] Una ley de traición es, en política, como un artículo que permite fusilar sin miramientos al soldado que se dé la vuelta. Transforma la cobardía y el apocamiento de un hombre en heroísmo, puesto que le pone en la espalda un peligro mayor que el que tiene delante». Ocho estados desterraron a individuos lealistas y amenazaron con ejecutarlos si volvían. Durante el transcurso de la guerra, varios estados ajusticiarían a lealistas convictos por traidores.66

Además de leyes acerca de la traición, los estados promulgaron leyes probatorias que obligaban a los ciudadanos a jurar lealtad al estado en que residieran. En la mayoría de las regiones, la dureza relativa de las leyes antilealistas variaba según la fuerza con que se percibiera el sentimiento probritánico y según qué bando gozara de superioridad militar. En Nuevo Hampshire, donde el lealismo activo era bastante marginal y la guerra tuvo un impacto reducido, solo se exigieron juramentos de adhesión a los servidores del estado, los funcionarios y los abogados a partir de 1777. En cambio, los residentes del muy lealista condado de Westchester, en Nueva York, corrían un riesgo mucho mayor de ser declarados enemigos. Bajo la dirección del Comité de Investigación para la Detección y Derrota de todas las Conspiraciones (Committee for Inquiring into Detecting and Defeating all Conspiracies) de Nueva York, y con el apoyo de una numerosa milicia, los comités locales llegarían a procesar a alrededor de un millar de individuos hasta 1779. Durante el mismo periodo, los refugiados lealistas aumentaron la población de la ciudad de Nueva York, controlada por los británicos, hasta 33 000.67

Las repercusiones para los que no se avinieron a las leyes probatorias fueron, en general, más duras que los castigos aplicados

hasta entonces a quienes se habían negado a jurar lealtad. Ahora quedaban, por lo general, inhabilitados para votar, asumir cargos públicos, ejercer sus profesiones y comerciar. En ningún lugar se les permitía ser miembros de un jurado, adquirir propiedades, heredar tierras o tan siquiera viajar con libertad. La confiscación de la propiedad afectó a decenas de miles de lealistas durante la guerra, lo que permitió a los estados acumular bienes y condenar a los traidores a la muerte social sin tener que llevar a cabo ejecuciones masivas. Algunos grupos lealistas fueron desposeídos y desplazados en varias ocasiones, como por ejemplo los exiliados lealistas de Connecticut que se retiraron a Long Island, donde fueron víctimas de incursiones de patriotas desde el otro lado del estrecho.68

En este complicado periodo de transición, en el que las acusaciones amparadas en las nuevas leyes se intensificaron, los comités y las turbas continuaron extendiendo el terror a lo largo y ancho de las colonias, tanto entre los lealistas como entre los dubitativos. En el actual Darien (Connecticut), un «guardia americano» arrestó a Walter Bates, hijo de quince o dieciséis años de una familia anglicana lealista. Los patriotas sospechaban que Walter conocía el paradero de unos lealistas armados fugitivos que creían escondidos en los alrededores y de los que formaba parte su propio hermano. Walter informaría más tarde de que sus interrogadores lo «amenazaron con muertes diversas», entre ellas ahogarlo, a menos que confesara. Durante la noche, una turba se llevó a Walter hasta una marisma salada, lo desnudó y lo ató de pies y manos a un árbol. Después él se lamentaría de que, durante un lapso de dos horas, los mosquitos succionaron «hasta la última gota de sangre […] de mi cuerpo».69

Luego de haberlo maleado, dos de los miembros del comité pusieron a Walter ante una disyuntiva: o confesaba y lo dejaban libre, o lo entregaban a la turba que podía, perfectamente, acabar con su vida. Como se negó a cooperar, le dijeron que recibiría un castigo de cien latigazos. Le aseguraron que, si los latigazos no lo mataban allí mismo, entonces lo colgarían. Después de recibir veinte latigazos, Walter fue devuelto a la cárcel, donde sería otra vez «insultado y maltratado por todos». Al parecer, sus atormentadores habían cambiado de opinión en cuanto al número de latigazos, pero la ordalía de Walter distaba mucho de haber

concluido.

Al día siguiente, el comité debatió distintas formas de obtener una confesión mediante la tortura. Según relató Walter, «la más terrorífica era asirme a un tronco, en el carro de la serrería, y dejar que la sierra me cortara en dos». Después de los sufrimientos que había pasado, Walter no tenía razón alguna para dudar de las intenciones de los patriotas. Sin embargo, entonces su suerte cambió de nuevo. Se le dispensó de acabar sus días cual tronco humano y lo llevaron ante un individuo al que la víctima identifica como el juez Davenport. Este último, maravillado por no haber visto nunca antes a alguien que hubiera sufrido tanto sin delatar a sus camaradas, acabó por ordenar la liberación de Walter. Como muchos otros lealistas perseguidos, Walter se ocultó en los bosques y las montañas hasta que la «locura hubiera amainado algo». Su sacrificio no fue inútil: su hermano consiguió evadir las partidas de búsqueda patriotas y llegó a combatir en las filas del general Charles Cornwallis en Yorktown.

A medida que se intensificaba la caza del tory por todos los estados, mujeres y familias enteras también percibieron una presión cada vez mayor. En la mayoría de los estados, las leyes de confiscación ordenaban que, cuando se fuera a confiscar los bienes a los miembros de las familias abandonadas por lealistas varones huidos, se les dejaran algunas ropas, muebles y provisiones. En Massachusetts se siguió respetando el derecho que toda mujer tenía, por ley, a un tercio de las propiedades de su marido. En Carolina del Sur, en cambio, incluso las mujeres que no compartían los sentimientos lealistas de sus maridos eran consideradas culpables por asociación, a menos que demostraran lo contrario. El verse arrojadas de sus hogares y que les arrebataran sus bienes tenía un coste psicológico enorme para las mujeres y familias afectadas. Rachel Noble, viuda de un activo lealista de Nueva Jersey, recordaba el hostigamiento que sufrió a manos de sus vecinos en Ramapo. Tras evadirse por poco de ser arrestada por las autoridades locales, huyó «a pie con un niño de pecho, desprotegida, y sufrió todo lo que se puede padecer por el terror, por la inclemencia del tiempo [y] por la falta de comida». Noble dejó atrás a otros tres hijos, que quedaron a merced de los patriotas. Estos les arrebataron las ropas y saquearon y destruyeron su casa. Después de una odisea

de huida y encarcelamiento, Rachel acabaría reuniéndose con sus hijos en Nueva York. En 1780 todos partieron hacia Inglaterra.70

Las mujeres que asistían de forma activa a los británicos ayudando a prisioneros, transportando mercancías a través de las líneas u obteniendo información sabían que se arriesgaban a un tratamiento en especial severo si eran descubiertas. La neoyorquina Lorenda Holmes «fue desnudada por una banda enfurecida de miembros de un comité y arrastrada "hasta la ventana del salón […] exponiéndola desnuda ante miles de personas"». En esa ocasión, Holmes, que al parecer había llevado cartas ocultas en su ropa interior desde un buque de guerra británico a Long Island, escapó con «vergüenza y horror mental». Holmes no solo continuó llevando correspondencia secreta, sino que también guio a refugiados lealistas para ponerlos a salvo en un campamento británico. Cuando estas actividades fueron descubiertas, un soldado estadounidense fue a su casa a administrarle una forma de castigo más doloroso físicamente. Después de obligarla a que se quitara un zapato, tomó «una paletada de brasas de madera del fuego y, a pura fuerza, mantuvo [mi] pie derecho sobre las brasas hasta que se hubo quemado de la forma más espantosa». Mientras lo hacía, su agresor la advertía que «él la enseñaría a llevar lealistas al Ejército británico». Algunos patriotas tal vez pensaran que fue un castigo leve por su traición, pero no hay duda de que las consecuencias de su lealtad se le quedaron grabadas con tanta fuerza en la mente como en la planta del pie.71

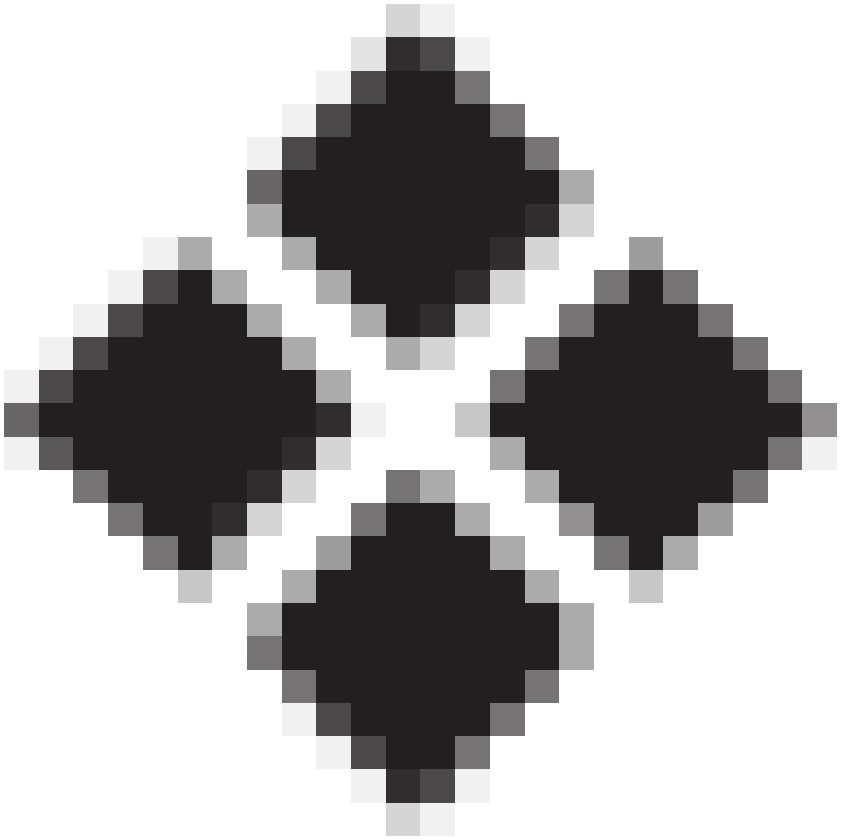
Igual que le sucedió a Lorenda Holmes, hubo otros norteamericanos lealistas que experimentaron el terror revolucionario a manos de los soldados del Ejército Continental y no solo de sus vecinos civiles. En mayo de 1777, una unidad militar de Carolina del Norte comandada por el general Francis Nash, que pasaba por Richmond (Virginia), se vio acompañada en su marcha por un zapatero que gritaba: «¡Hurra por el rey Jorge!». Nash se acabó hartando y ordenó a sus hombres que llevaran al zapatero al río James: «Los soldados le ataron una cuerda alrededor de la cintura y procedieron a meterlo y sacarlo hasta que casi lo ahogaron, pero cada vez que asomaba la cabeza del agua gritaba a favor del rey Jorge». El general ordenó después que lo embrearan y emplumaran, pero el zapatero «siguió dando hurras al rey Jorge». Lo expulsaron del

pueblo y se le ordenó que no volviera bajo amenaza de fusilamiento, pero el zapatero nunca llegó a doblegarse ante sus atormentadores.72

Durante los meses y años posteriores a la independencia, los patriotas continuarían la purga de pueblos y ciudades mediante la persecución, el daño físico y el aprisionamiento de sus vecinos lealistas. Treinta mil lealistas acabaron por huir de sus hogares hacia las ciudades guarnecidas por los británicos, Nueva York, Charleston y Savannah; porcentualmente, equivaldría a casi cuatro millones de estadounidenses actuales. En 1781, Nueva York había vuelto a recuperar su población de preguerra, alrededor de 25 000 habitantes, descontando la fluctuación debida a los miembros de las fuerzas militares que acogía. En conjunto, 10 000 lealistas abandonaron Norteamérica durante la guerra; 19 000 se alistaron en formaciones lealistas para luchar junto con el Ejército británico, y varios millares más combatieron como partisanos voluntarios. Asimismo, fuera del campo de batalla, los lealistas también murieron, por sus ideas políticas y sus acciones, a manos de turbas o de bandas de merodeadores, o ahorcados por orden de las juntas de seguridad o las asambleas de diversos estados, o ejecutados tras un consejo de guerra. Pero, en una guerra civil, la violencia sucede en ambas direcciones: durante los seis años siguientes, los soldados y los guardianes de las prisiones lealistas cometerían, contra los prisioneros patriotas, actos de violencia tanto legítima como ilegítima. «Hemos sido arrojados a un extraño mundo donde no hay amistad –se lamentaba un correspondiente del presidente del Congreso, John Hancock–, en el que nación contra nación, familia contra familia y hombre contra hombre se dan batalla y se enfrentan unos a otros destruyendo cada alegría, cada propiedad e incluso la vida de quien las posee».73

Mientras los líderes de los nuevos Estados Unidos se dedicaban a ahogar la disensión interna, el general sir William Howe ponía en marcha su propia ofensiva lealista. A finales de noviembre, mientras su ejército avanzaba sin pausa para desalojar a los continentales de Nueva York, Howe publicó su cuarta proclama de aquel año. Ofrecía el perdón a todos los rebeldes que se sometieran en un plazo de sesenta días. Cuando fue a comprobar la adhesión del condado de Suffolk pidiéndole 200 carros para mover el bagaje de

su ejército, la población local le ayudó a alcanzar dicho objetivo con creces. Los hermanos Howe informaron a Londres de que cifras alentadoras de rebeldes estaban acudiendo a las líneas británicas. En solo una semana se reunieron ya unos 1900 en Long Island y 3000 en Nueva Jersey, lo que representaba un 15 % de todos los varones adultos libres. Sin embargo, el secretario Germain advirtió que conceder la amnistía a los insurgentes podía socavar el apoyo de los lealistas que llevaban tanto tiempo sufriendo. Le indicó a Howe que proclamara que todos los rebeldes que no se entregaran en el plazo de sesenta días, y todos los que no tuvieran derecho al perdón real, iban a recibir el castigo que merecían. Debido a que los dirigentes británicos seguían divididos acerca del grado de violencia o de mesura que había que aplicar, Germain necesitaba que el garrote fuera tan visible como la zanahoria. No tenía que haber duda de que la muerte era una posibilidad siempre abierta para todo rebelde.74



Los patriotas habían obtenido algunas victorias retóricas gracias a sus andanadas dialécticas iniciales acerca de los eventos de Lexington y Concord, igual que tras los bombardeos británicos de ciudades portuarias. En este último caso los patriotas incluso habían mejorado su estrategia, gracias al encubrimiento de lo acontecido en Norfolk. Habían centrado su Declaración de Independencia en el argumento de que la violencia ilegítima de Jorge III había ayudado a sellar su decisión de romper con la madre patria. Después de que Howe fracasara en el intento de atrapar a Washington en Nueva York, la guerra parecía encaminada hacia una nueva temporada de campaña militar. Si los revolucionarios querían hacerse con la superioridad moral y conservarla, iban a necesitar seguir desacreditando a los británicos tachándolos de bárbaros. Al mismo tiempo, debían ofrecer un ejemplo positivo, un contrapunto

virtuoso a la supuesta perfidia del enemigo. Esa era una misión para la que Washington estaba bien preparado. Sin embargo, quedaba aún por ver si su liderazgo moral resistiría las presiones de la responsabilidad del mando y de las contingencias y sufrimientos de la guerra.

Notas

1. Acerca de las órdenes, véase carta de los lores comisionados a Graves, 6 de julio de 1775, NDAR , vol. I, 1316-1317; carta de Dartmouth a [desconocido], 12 de julio de 1775, Add MS 21697/99-100; carta del gobernador Wentworth al almirante Graves, 24 de noviembre de 1775, ADM1/484/385-386. Véase también carta de Graves a los lores del Almirantazgo, 11 de abril de 1775, CO5/121/123-124.

2. «La gente del rey»: Graves a Gage, en Boston, el 1 de septiembre de 1775, DAR , vol. XI, 98. Véase también Add MS 14039/102.

3. Para la escena de Falmouth me he basado en Nelson, J. L., 2009; Yerxa, D. A., 1975, 126, detalla la historia política de Falmouth. Carta de Mowat al pueblo de Falmouth, en Canceaux, Falmouth, el 16 de octubre de 1775, Maine Historical Society, Col. 1157, pp. 6-7. Los periódicos imprimieron el ultimátum de Mowat [todas las fechas son de 1775]: New England Chronicle , 26 de octubre; Providence Gazette , 4 de noviembre; Connecticut Courant , 6 de noviembre; Rivington's New York Gazetteer , 9 de noviembre; Virginia Gazette (Dixon y Hunters), 18 de noviembre; Massachusetts Spy , 10 de noviembre; Morning Chronicle , 19 de diciembre de 1775. «Ejecutar» y «temerosa consternación» (reverendo Jacob Bailey) citado en Miller, N., 1992, 47.

4. «Nunca hubo»: citado en Chipman, W. P. (ed.), 1905, 244. «Aterrorizados»: Jacob Bailey, en Falmouth, el 18 de octubre de

1775, NDAR , vol. II, 500. Grupos de desembarco: NDAR , vol. II, 513-516. Acerca de Barton: Goold, W., 1873, 15.

5. Graves a Philip Stephens, secretario del Almirantazgo, el 9 de octubre de 1775, Maine Historical Society, Col. 1157, pp. 6-7; véase también ibid ., Col. 422, I, 54.

6. Proyectiles: Chipman, W. P. (ed.), 1905, 242-244. Destrucción: Yerxa, D. A., op. cit ., 137-142; NDAR , vol. II, 513-516, contiene el relato de Mowat a Graves, el 19 de octubre de 1775. Registro de a bordo del Canceaux : NDAR , vol. II, 516.

7. Franklin: Ferling, J. E., 2011, 191. New England Chronicle , 19 de octubre de 1775. NDAR , vol. II, 536, 549, 569, 601, 603. «Bárbaros británicos»: Joseph Greenleaf a JA, el 30 de abril de 1776, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/Adams/06-04-02-0062 >.

8. Anderson, F., Cayton, A., 2005, 104-159; Ferling, J. E., 2010b, con la cita de Adams en la pág. 265 ; Rush a Thomas Ruston, el 29 de octubre de 1775, en Butterfield, L. H., 1951, vol. I, 92; Ellis, J. J., 2004; Longmore, P. K., 1988. Sobre la carrera de Charles Willson Peale como artista, soldado y activista político revolucionario, véase Hoock, H., 2010, 104-109.

9. «Regir»: JCC , vol. II, 96. Washington: GW a Hancock, el 24 de octubre de 1775, («Atrocidad que supera) y GW a William Ramsay, el 12 de noviembre de 1775. Véase también NDAR , vol. II, 590; GW al Comité de Seguridad de Falmouth [Falmouth Committee of Safety], el 24 de octubre de 1775; GW a Philip Schuyler, el 26 de octubre de 1775. «Las inauditas»: cita reproducida en Nelson, J. L., 2009, 69. Véase también NDAR , vol. II, 607; Robert Morris a Robert Herries, el 15 de febrero de 1776, LDC , vol. III, 258-259; BF a Anthony Todd, el 29 de marzo de 1776, PBF , vol. XXII, 392-394.

10. Véase «Speech on Conciliation with America» [Discurso sobre la reconciliación con América] (22 de marzo de 1775) en Langford, P., Todd, W. B. (eds.), 1981, vol. III, 102-169. Acerca de la visionaria sociología política de Burke, véase Rakove, J. N., 2010, 67-69. «La depredación o guerra por aflicción»: Langford, P., Todd, W. B. (eds.), op. cit ., 183-220, «Second Speech on Conciliation» 16 de

noviembre de 1775, discurso publicado según The Parliamentary Register , 185-201, en 185-186. Véase también Sheffield MSS 212-214, citado en Langford, P., Todd, W. B. (eds.), op. cit ., 212-213.

11. En la prensa británica, incluyendo las cartas entre oficiales del Ejército Continental, así como reportes sobre otras amenazas y ataques contra ciudades como Nueva York, Newport y Plymouth: London Evening Post , 16-19 de diciembre de 1775; Lloyd's Evening Post , 18-20 de diciembre de 1775; London Chronicle , 19-21 de diciembre de 1775; Middlesex Journal , 19-21 de diciembre de 1775; Morning Chronicle , 20 de diciembre de 1775; Morning Post , 20 de diciembre de 1775; Craftsman , 23 de diciembre de 1775; Chester Chronicle , 25 de diciembre de 1775. Citas extraídas de St James's Chronicle , 21 de diciembre de 1775 «sanguinarias y coercitivas medidas» y «nauticus»: Public Advertiser , 8 de febrero de 1776. En la primavera de 1776, algunos periódicos ya criticaban abiertamente la brutalidad de Gran Bretaña con sus consúbditos norteamericanos: Grant, A., 1995, 174; London Chronicle , 20 de febrero de 1776. «[…] absurdo»: cita tomada de Nelson, J. L., 2009, 69.

12. «Mayores violencias»: Graves al capitán Wallace, el 4 de noviembre de 1775, Add MS 14039/102. Bannister, J., Riordan, L., 2012b, 17, 19; Gruber, I. D., 1972, 30.

13. A menos que se indique otra cosa, la descripción de lo sucedido en Norfolk se basa sobre todo en Hast, A., 1982, en especial 9-31, 45-59; Selby, J. E., 1988, 83-84; McDonnell, M. A., 2007, 166-1673; Parsons, H. S., 1933; Quarles, B., 1958.

14. Otros antiguos jacobitas combatirían también por el rey hannoveriano en Norteamérica, aunque algunos lucharían en el bando rebelde. Hugh Mercer, por ejemplo, que estuvo en Culloden cuando era un adolescente, murió como general de brigada del Ejército Continental tras las heridas que sufrió en la batalla de Princeton (véase también el cap. 5, abajo). Véase Calloway, C. G., 2008, 38-39. Acerca del retrato de Dunmore, véase David Mannings, Postle, M., 2000, vol. I, 347.

15. [¿Thomas Wharton?] a Samul Wharton Esq., Dartmouth MSS,

II/1321 [copia], 15 de junio de 1775. En torno a la sospechosa oportunidad de la decisión de sacar la pólvora de su almacén, véase Woody Holton, W., 1999, 144-149. Véase también David, J. C., 2013, en especial los caps. 1 y 4.

16. TJ a John Page, 31 de octubre de 1775, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-01-02-0130 >.

17. Lord Suffolk a GG, el 15 de junio de 1775, Germain Papers, vol. 4. «Los más valientes»: Sir John Dalrymple, Project for strengthening General Howe's Operations , Germain Papers, vol. 4. «el Joven Rey»: cita tomada de Harris, W. J., 2009, 117. «una banda de bárbaros»: cita tomada de Gilbert, A., 2012, 43, y un relato más completo del caso en 39-44. Véase también Piecuch, J., 2008, 40.

18. Brooke, J., 1972, 178; Egerton, D. R., 2009, 61, 70; Pybus, C., 2006, 21, 8 («seguidos del»); Piecuch, J., 2008, 39-43; Frey, S. R., 1991, 67-68, 77 («hórridas y perversas», 67). Acerca de los temores y las acusaciones de que los británicos instigaran o lideraran insurrecciones de esclavos durante la Revolución, véase la carta del gobernador J. Wright a Dartmouth, 26 de mayo de 1775, Bancroft 94/61; Parkinson, R., 2005, cap. 2.

19. Sobre los rumores, y la creencia de los negros en ellos, de que una invasión británica tuviera un propósito emancipador, véase Holton, W., 1999, 153-154. Gage a Barrington, en Boston, el 12 de junio de 1775, en Carter, C. E., 1969, vol. II, 684; Gage a Dartmouth, el 12 de junio de 1775, ibid ., vol. I, 403-404. En cuanto a que los halcones del gabinete londinense compartieran las prisas de Gage por reclutar tropas de distintas fuentes, véase la carta del conde de Suffolk a GG, 15 de junio de 1775, Germain Papers, vol. 3.

20. Proclamación de Dunmore, 7 de noviembre de 1775.

21. La interpretación más reciente se encuentra en David, J. C., 2013, 6, 103-107, que subraya en la pág. 106 la intimidación. Holton, W., op. cit ., 158-159, ofrece un amplio respaldo documental al efecto unificador de la proclamación; el mismo tema se trata también en Taylor, A., 2013, 23-24. «El propio infierno»: cita tomada de Rael, P., 2015, 53. «La proclamación de Dunmore»:

Hodges, G. R., 1999, 140.

22. «acuden a él en bandadas» y «botes llenos»: cita tomada de Gilbert, A., 2012, 23, que contiene historias personales de negros que escaparon hacia Dunmore en las págs. 23-24; y que en las págs. 28-30 trata la propuesta de William Campbell de que negros y sirvientes contratados formaran unidades de guerrilla y el reclutamiento de una «Compañía de Negros» por oficiales de la Corona en Nueva Inglaterra y Filadelfia. Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 241, calcula que el número de esclavos que estaban prestos a acudir a la llamada de Dunmore eran «tal vez diez veces más», pero que se lo «impidió o les disuadió la vigilancia patriota». Véase también Schama, S., 2006, 77-83; Pybus, C., 2006, 14. Taylor, A., 2013, 26, sugiere (respaldándose en Pybus, C., 2006, 30-31) que, debido al peligro en el que quedarían sus familias, el número de esclavos varones jóvenes de Virginia que decidió escapar en solitario fue muy limitado. Para las citas sobre Dunmore, véase Fenn, E. A., 2001, 56. Sobre el Regimiento Etíope, véase Malcolm, J. L., 2009, 112-121.

23. London Chronicle , 8 de marzo de 1776. El reporte de las heridas proviene de una carta de Woodford a Pendleton, 10 de diciembre de 1775, en «The Woodford, Howe, and Lee Letters», Richmond College Historical Papers 1 , 1915, 118. La venta de esclavos capturados se trata en Malcolm, J. L., 2009, 112.

24. Acerca de la demografía y las condiciones de vida a bordo de la ciudad flotante, véase David, J. C., 2013, 114-121.

25. Hast, A., 1982, 30. Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 103. La cita del «caballero desconocido» («A Gentleman, Ship William , off Norfolk, Dec. 25, 1776») [Un caballero a bordo del buque William, en la costa de Norfolk, el 25 de diciembre de 1776] está tomada de NDAR , vol. III, 243-244.

26. The Virginia Gazette , 18 de enero de 1776; NDAR , vol. III, 119, 140. Se cita al oficial en Malcolm, J. L., 2009, 113.

27. Informe de Howe en NDAR , vol. III, 579-580. Véase también carta del coronel W. Woodford al coronel T. Elliott, en Norfolk, el 4 de enero de 1776, ibid ., 617. Análisis de la destrucción: Selby, J.

E., 1988, 83. «El viento»: cita tomada de McDonnell, M. A., 2007, 170.

28. Informe de Dunmore publicado en The Virginia Gazette , el 18 de enero de 1776, que se encuentra con fecha del 15 de enero también en Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 540-541 (cita 541); el informe fue reimpreso en el londinense Daily Advertiser , el 16 de abril de 1776. También en The Virginia Gazette , el 26 de enero y el 9 de febrero de 1776. Véase también Dunmore a Dartmouth, el 4 de enero de 1776, DAR , vol. XII, 62.

29. Citado en McDonnell, M. A., 2007, 172.

30. «[…] llenos de cadáveres»: cita tomada de Gilbert, A., 2012, 25. Fenn, E. A., 2001, 55-62, trata la epidemia de viruela entre la población negra a bordo de los barcos de Dunmore en 1775-1776; véanse ibid . las págs. 46-70, acerca de la viruela en general en la parte anterior de la guerra, incluyendo los asedios de Boston y Quebec, y la pág. 91 sobre los rumores que corrían acerca de una guerra de gérmenes en Virginia. Para la epidemia de viruela entre los hombres de Dunmore, véase también David, J. C., 2013, 121-124.

31. Cita y cuentas tomadas de «Report of the Committee to investigate the burning of Norfolk, 1776» en [Virginia,] Journal of the House of Delegates of the Commonwealth of Virginia […] 1835-36 , Richmond, VA, 1835, Documento 43.

32. Adams: Samuel Adams a James Warren, el 7 de enero de 1776, citada en Kranish, M., 2010, 85. Véase también la carta de Samuel Adams a Samuel Cooper, 30 de abril de 1776, LDC , vol. III, 600-602; Robert Morris a Robert Herries, el 15 de febrero de 1776, LDC , vol. III, 258-259. Hancock: John Hancock a GW, el 6[-21] de enero de 1776. «[…] unieran a todo»: carta de GW al teniente coronel Joseph Reed, 31 de enero de 1776.

33. «[…] instilaran tal terror»: en Londres, el 8 de marzo de 1776, NDAR , vol. III, 954. Duque de Richmond, «acompañada» y «de una forma»: Simmons, R. C., Thomas, P. D. G. (eds.), 1982, vol. VI, 432 (House of Lords, Mar. 5, 1776). En marzo, los informes que circulaban por Londres ya se hacían eco de la versión de Dunmore,

pero no parece que tuvieran gran repercusión. Véase Morning Post , 4 de marzo de 1776; Daily Advertiser , 8 de marzo de 1776; Morning Chronicle , 15 de marzo de 1776.

34. Sobre la propaganda rebelde en torno a la destrucción real y planeada de ciudades norteamericanas, véase también Carp, B. L., 2007, 215.

35. El tema de los hessianos al servicio de los británicos se trata en Scott, H. M., 1990, 216-220, 228-230; Ingrao, C. W., 1987, 136-144; Dippel, H., 1977, 118-117; Atwood, R., 1980, 14-19; Kügler, D., 1980; Auerbach, I., 1996. Las distintas percepciones se tratan en Andrews, M., 1986, cap. 1 y págs. 200-202; Mauch, C., 2003; Schmidt, H. D., 1958. «Los extranjeros iban»: St James's Chronicle , 28 de marzo de 1776. Véase también Alderman Bull en Cobbett, W., Hansard T. C., 1806-1820, vol. XVIII, 1185; 1224 acerca de lord Camden; y Parliamentary Register , vol. III, 263 (25 de abril de 1776) acerca del parlamentario T. Townshend. Algunos oficiales británicos consideraban poco fiables a los hessianos por «no interesarles el resultado de la guerra». Carta de Haldimand a GG, 4 de septiembre de 1778, Add MS 21714/54-57.

36. El Congreso obtuvo copias de los tratados y ordenó publicarlas. El empleo de los «hessianos» destacaba entre las quejas en casi todas las declaraciones de independencia locales y en las instrucciones que se dieron a los delegados enviados al Segundo Congreso Continental. Véase Am. Arch ., 4.ª serie, vol. VI , 650, 699-700; Boston Gazette , 20 de mayo y 24 de junio de 1776; Auerbach, I., 1996, 115; Andrews, M., 168-169, 211-219; Butterfield, L. H., 1950, 233-234. En cuanto a reportes periodísticos, véase, por ejemplo, Pennsylvania Packet , 6 de mayo de 1776; y Boston Gazette , 20 de mayo de 1776. Hancock es citado en Maier, P., 1997, 39. Bartlett: Am. Arch ., 4.ª serie, vol. VI, 1022. Véase también la sátira de Livingston acerca de la ofrenda de 500 elefantes indios, 4000 lapones, 3500 arqueros korozen y 12 000 soldados japoneses al rey Jorge III: PWL , vol. I, 226-229.

37. Comité de Inspección y Observación del condado de Lancaster [Committee of Inspection and Observation, Lancaster County], noviembre de 1775, DLAR 25/6; McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 9-12, 30, 64-65; Proceedings of the

Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties , 1929, 130-131, 143; Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776 , 354-355, 357-359; McIlwaine, H. R. (ed.), 1919, 14, 16, 17, 21; Hadden, S. E., 2001, 154-160; Neimeyer, C. P., 2007, 25; Higginbotham, D., 1971, 277.

38. Para la redacción de la sección acerca de la Declaración de Independencia he recurrido sobre todo a Maier, P., op. cit .; Deshler, C. D., 1892, de la que extraigo citas de la pág. 168 ; Armitage, D., 2007; Becker, C. L., 1942; Wills, G., 1978; Ginsberg, R. (ed.), 1967, en especial los ensayos de Tyler, Fisher, Becker y Ginsberg.

39. Maier, P., op. cit ., 156-157.

40. Encontramos una interpretación de esta sección, incluyendo lo que connotan los llamados «hechos», en Lucas, S. E., 1990. Numerosos documentos locales habían justificado previamente la independencia en los crímenes políticos del rey. Era una maniobra retórica clave, ya que la teoría política dominante en las colonias acerca de la autoridad imperial reconocía que el rey era la única autoridad legítima con poder sobre las colonias. Acerca de documentos más tempranos, véase Maier, P., op. cit ., 47-96. Véase también Hedges, W. L., 1987; Duff, S. F., 1949. Sobre los escritos anteriores de Jefferson, véase Maier, P., op. cit ., 108-121. En Nelson, E., 2014, se estudia la teoría realista de la representación y la decepción de las colonias con Jorge III al no reiterar este la prerrogativa real de sus antecesores de la dinastía Estuardo. En torno a la necesidad de romper los lazos con el monarca para completar la transferencia de la legitimidad política, véase Marston, J. G., 1987.

41. Por su interpretación de las quejas, véase Maier, P., op. cit ., 147, que también trata las «insurrecciones internas». Armitage, D., 2007, 54-56 («puesto en la práctica» en la pág. 56); Ginsberg, R., 1967b, 236. La asociación entre el monarca británico, los guerreros nativos norteamericanos y la guerra en el camino hacia la independencia se trata en Parkinson, R., 2005, cap. 1.

42. A mediados de agosto llegaron copias a Londres, entre el 20 y el 24 de agosto a Escocia e Irlanda, y a Madrid, Leiden, Viena y

Gotemburgo a finales del mismo mes. A primeros de septiembre el documento había llegado hasta Copenhague y Varsovia; pronto aparecieron traducciones al francés y al alemán. En cuanto al público internacional y la ley internacional como contexto de la Declaración, véase Armitage, D., 2007, 17-18, 21, 70, 72; Armitage, D., 2002; Gould, E. H., 2012; Dippel, H., 1977, 100-101. En cuanto a la lectura sentimental de la Declaración de Independencia, véase Knott, S., 2009, 66.

43. La divulgación impresa en Estados Unidos se trata en Maier, P., op. cit ., 131, 159. Véase también la carta de Caesar Rodney al capitán Thomas Rodney en Dover, Filadelfia, el 4 de julio de 1776, Caesar Rodney Correspondence, NYPL. Sobre la recepción de copias por parte de los comandantes británicos en Norteamérica, véase Philip Schuyler Papers, Box 18, fols. 260, 262, NYPL; Bancroft 97/65-67.

44. Dover: Deshler, C. D., 1892, 170. Huntington: David Waldstreicher, D., 1997, 31; y acerca de Baltimore, 31, nota 21. Véase también, sobre Savannah: Connecticut Gazette , 8 de octubre de 1776; Pennsylvania Evening Post , 8 de octubre de 1776. Boston: Jordan, W. D., 1973, 306-308; New York Gazette , 12 de agosto de 1776; Connecticut Gazette , 25 de octubre de 1776. Sobre la ciudad de Nueva York: New York Gazette , 4 de junio de 1770; «perforaron»: carta del capitán John Montressor citada en Stokes, I. N. P., 1967, vol. V, 992; Marks, A. S., 1981. Ofrezco un relato más detallado de la lucha por la estatua entre patriotas y lealistas en mi libro Empires of the Imagination , 49-57. Tenemos otros ejemplos de eliminación y destrucción en Deshler, C. D., 1892, 166-167, 172; Bushman, R. L., 1985, 225; Pennsylvania Journal , 28 de agosto de 1776, citado en Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 225; Massachusetts Spy , 24 de julio; y en el Pennsylvania Packet de Dunlap, el 5 de agosto de 1776. Los símbolos reales que sobrevivieron se tratan en Slafter, E. F., 1887-1889, 254-260.

45. Valor estratégico: Schecter, B., 2002, 2. Cifras de población: Conway, S., 2000, 67.

46. «bosque de pinos»: cita tomada de Papas, P., 2007, 64.

47. En la escritura de esta sección me he basado en gran medida en

O'Shaughnessy, A. J., 2013, en especial las págs. 192-220; Ellis, J. J., 2013, 118-120; Gruber, I. D., 1965; Wyatt, F., Willcox, W. B., 1959; Willcox, W. B. (ed.), 1954, vols. XIII-XXIII . También Fischer, D. A., 2004, 77-78. Acerca de la expedición a Rhode Island, véase Nelson, P. D., 2005, cap. 3. Podemos ver la opinión optimista de un oficial de la Corona acerca de la capacidad de Gran Bretaña de acabar pronto con la rebelión por las distintas colonias septentrionales en la carta del gobernador Hutcheson al [general Haldiman], el 10 de julio de 1776, Add MS 21680/121-126.

48. Gruber, I. D., 1965, 230-231.

49. Lloyd's Evening Post , 14 de agosto de 1776.

50. «[…] bellos bosques»: Stone, W. L. (ed.), 1970, 194.

51. Citado en McCullough, D. G., 2005, 145.

52. Mi descripción de Clinton se basa principalmente en Willcox, W. B., 1964; Wyatt, F., Willcox, W. B., 1959; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 207-219 (cita en pág. 214). En cuanto a las variadas lecturas militares de Clinton, véase Gruber, I. D., 2010, 44-45.

53. Registro de una conversación [Memo of conversation], 7 de febrero de 1776, Clinton Papers, vol. 13. O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 218.

54. Sobre las insignias: Stone, W. L. (ed.), 1970, 50. Tenemos referencias posteriores en Spring, M. H., 2008, 172. Acerca de la tormenta: McCullough, D. G., 2005, 155-156, y 119 acerca de Long Island. En cuanto a los hombres que murieron por rayos, véase el diario del capitán Isaac Wood, 1775-1777, entrada del 21 de agosto de 1776, Stillman Harkness MS Collection, NYPL. Gallagher, J. J., 2002, 81.

55. Bradford, S. S. (ed.), 1961, 157; Burrows, E. G., 2005, 28. Se cita a Graham en Dann, J. C., (ed.), 1983, 50. Véase también Burgoyne, B. E. (ed.), 1996, 71.

56. Sobre esta sección, véase en especial a Andrews, M., 1986, 208-209, 254, 258-263; Butterfield, L. H., 1950, 240; McCullough,

D. G., 2005, 181; Neimeyer, C. P., 1996, 90 (acerca de la propuesta de que los patriotas se pintaran como indios). «[…] se comportaron muy»: cita tomada de Andrews, M., op. cit ., 262. En cuanto a la acusación de clavar hombres en árboles, véase Burrows, E. G., 2008, 5.

57. Sobre las rendiciones fingidas, véase Gallagher, J. J., 2002, 121. «Muchos individuos de alto rango»: cita tomada de Burgoyne, B. E. (ed.), 1996, 71. En Urban, M., 2007, 85, encontramos el testimonio de un hessiano que reconoció golpear a los soldados enemigos.

58. Citas de Gallagher, J. J., 2002, 119, 121. Sobre la incitación de los británicos para que los hessianos no dieran cuartel, véase también «Schreiben eines hessischen Officiers», en Long Island, el 1 de septiembre de 1776, Bancroft 40, Hessian 4/6/13, NYPL. Tenemos un ejemplo de cómo el relato de la crueldad de los hessianos ya estaba muy asentado en el diario de Samuel Miles: Samuel Miles Diary (Nov. 1776), LOC.

59. Percy: Bolton, C. K. (ed.), 1902, 69. Hodges, G. R., 1999, 144.

60. El oficial británico es citado en Mackesy, P., 1964, 88. El lealista aparece citado en Burrows, E. G., Wallace, M., 1999, 254. Charles Stuart a lord Bute, el 4 de febrero de 1777, cita tomada de Montagu-Stuart-Wortley, V. H. G. (ed.), 1925, 99. Conway, S., 1990, 385. Sobre el cálculo político de Howe, véanse las entradas del 29 de junio y 21 de noviembre de 1776, y del 15 de septiembre de 1777, en Great Britain Orderly Book , WLCL; Gruber, I. D., 1972, 145-146; Kemble, S., 1884, vol. I, 473.

61. Ellis, J. J., 2013, 119; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 218; Wyatt, F., Willcox, W. B., 1959, 78; Schecter, B., 2002, 166-167; Willcox, W. B. (ed.), 1954, 44.

62. Gallagher, J. J., 1992, 148-154; Burrows, E. G., 2005, 29. Citas tomadas de Ellis, J. J., 2013, 119.

63. Ellis, J. J., 2013, 119-120 (cita de 119) con n. 24: WH a GG, 3 de septiembre de 1776, DAR , vol. XII, 218; Conway, S., 2013, 76; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 96-98. Véase también Ewald, J., 1979, 18, 19, 25.

64. Valentine, A., 1962, 145; Mackesy, P., 1964, 88; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 100; Brumwell, S., 2012, 236.

65. Véase carta de Jay, en calidad de miembro del Comité para la Detección de Conspiraciones [Committee Detecting Conspiracies], del 22 de febrero de 1777, disponible en < https://dlc.library.columbia.edu/jay/ldpd:499827 >. Acerca del comité que interrogó a Robinson, véase también Crary, C. S., 1973, 148-149. Robinson, junto con sus cuatro hijos, organizó el Regimiento Leal Americano y más tarde tendría un papel clave en las negociaciones con Benedict Arnold acerca de la traicionera entrega de West Point. Sabine, L., 1864, vol. II, 221-224; Breunig, M., 1998, 146-148; Jasanoff, M., 2011, 34-36 y passim . Sobre la adhesión libre, véase Kettner, J. H., 1978.

66. «[…] panda de canallas e ignorantes»: JA a Abigail Adams, 11 de julio de 1776, citada en Papas, P., 2007, 69. «[…] harían whigs »: JA a J. D. Sergant, 21 de julio de 1776, WJA , vol. IX, 425. Ejecuciones: Villers, D. H., 1994, 22; Johnson, A., 1936, 250-251.

67. En Massachusetts, Rhode Island, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia y Carolina del Sur, las leyes probatorias exigían un juramento de adhesión a todos los varones adultos a partir de los 16, los 18 o los 21 años. En Nueva Jersey, todos los funcionarios civiles y los individuos que hubieran hecho algún juramento durante la ocupación británica debían jurar ahora su adhesión a la causa. Tras la derrota británica en Saratoga (1777), media docena de estados reforzaron todavía más sus leyes probatorias. Encontramos una visión general de las leyes probatorias en Van Tyne, C. H., 1970. Sobre Nueva York: [New York,] Journals of the Provincial Congress, Provincial Convention , […], vol. I, 669, 684, 827, 855-856 [en adelante: JPC]. Am. Arch ., 5.ª serie, vol. III, 238, 251, 257; Flick, A. C., 1970, 116-134.

68. Nueva Jersey dictó multas y amenazó con la confiscación de sus propiedades a los que no juraran. Nueva York confiscaba las propiedades de los que no firmaran y los exiliaba a las líneas británicas. Los que se negaban a firmar en Pensilvania eran amenazados con la pérdida de sus derechos civiles y también con multas, impuestos punitivos y vetos al ejercicio de su profesión en el caso de los abogados, farmacéuticos, doctores y comerciantes. Lo

mismo sucedía en Maryland. Rhode Island y Connecticut privaban a los que no juraban de sus derechos al voto y a interponer pleitos en tribunales. Delaware y Virginia les vetaban el acceso a cargos públicos de autoridad y más tarde también al voto, a la compra de tierras y a reclamar el cobro de deudas, y, además, les exigían impuestos duplicados o triplicados. Carolina del Norte confiscaba las propiedades de los que no juraban fidelidad y los privaba de sus derechos civiles; debían abandonar el estado en un plazo de treinta días. Carolina del Sur les daba a los lealistas la posibilidad de vender sus propiedades antes de desterrarlos; esta misma amenaza se repetía en Georgia contra los que no juraran adhesión. Véase Calhoon, R. M., 1973, 309-310; Breunig, M., 1998, 67. Acerca de la alternativa de la confiscación o la muerte para los traidores, véase Coleman, A. N., 2008, 201, 203, 230-232.

69. Acerca del episodio de Bates, véase Raymond, W. O. (ed.), 1889, en cuya pág. 8 se encuentran las citas. Otros comités les concedieron, a individuos que consideraban «enemigos de nuestra causa común», la posibilidad de demostrar su lealtad a los Estados Unidos sirviendo en la milicia «para borrar las actuales sospechas malignas», bajo amenaza de ser encarcelados: véanse los documentos del Comité de Seguridad de Northumberland [Northumberland Committee of Safety] en HSP Am. 277, entradas del 14 y el 17 de diciembre de 1776.

70. O'Kane-Lipartito, E., 1993, 128-137 (la cita está tomada de la pág. 136). Véase también Kerber, L. K., 1990, 14; Crary, C. S., 1973, 82-83; Kerber, L. K., 1980, 123-136. Acerca de las penalidades sufridas por las confiscaciones en ambos bandos, véase también Ward, H. M., 1999, 39-40; Potter-Mackinnon, J., 1993, 57. Sobre el juicio a chicas jóvenes sospechosas de lealismo: William James a Elisha James, 19 de agosto de 1777, Elisha James MS N-1486, MHS.

71. La cita de Holmes está tomada de Norton, M. B., 1976, 398, y De Pauw, L. G., 1994, 137-138, referida a AO13/65/529-530. Encontramos otras historias similares en AO12/49/56-58, 102/80; 13/45/530, 67/192, 68/125, 96/263, 102/1107. El tema de la persistente violencia popular contra «tiernas mujeres» se ve también en la carta del 5 de octubre de 1776 del Consejo de Seguridad

[Council of Safety] al Comité de Inspección y Observación [Committee of Inspection and Observation], Condado de Berks, Society Miscellaneous Collection (Collection 425), Box 15 B, HSP.

72. Ward, C., 1952, 263-264 (citas en 263). Fellman, M., 2010, 10, lo relaciona con la llamada «cura de agua» empleada en la guerra entre Estados Unidos y Filipinas y también con la tortura por inmersión empleada a principios del s. XXI en Irak.

73. Acerca de la demografía de Nueva York, véase Burrows, E. G., Wallace, M., 1999, 245-246; Conway, S., 2000, 67. La edición del 17 de mayo de 1777 de la Newport Gazette , un periódico lealista que se publicó durante la ocupación británica de esa ciudad, relata la ejecución de John Hart, de Nueva York, después de un «juicio amañado». El tema de las ejecuciones y los indultos se trata en Ward, C., 1952, 265; Brown, W., 1965, 34, 47, 65, 79, 115, 134, 158, 169, 183, 198, 215; Moody, J., 1783; Crary, C. S., 1973, 224-239; Bradburn, D., 2009, 57-58. Sobre el temor a represalias: Ward, H. M., op. cit ., 39. Véase también Stokes, I. N. P., 1967, vol. IV, 910 [1776]. «[…] Hemos sido arrojados»: carta de [?] Williams a John Hancock, 2 de enero de 1777, DLAR 53.

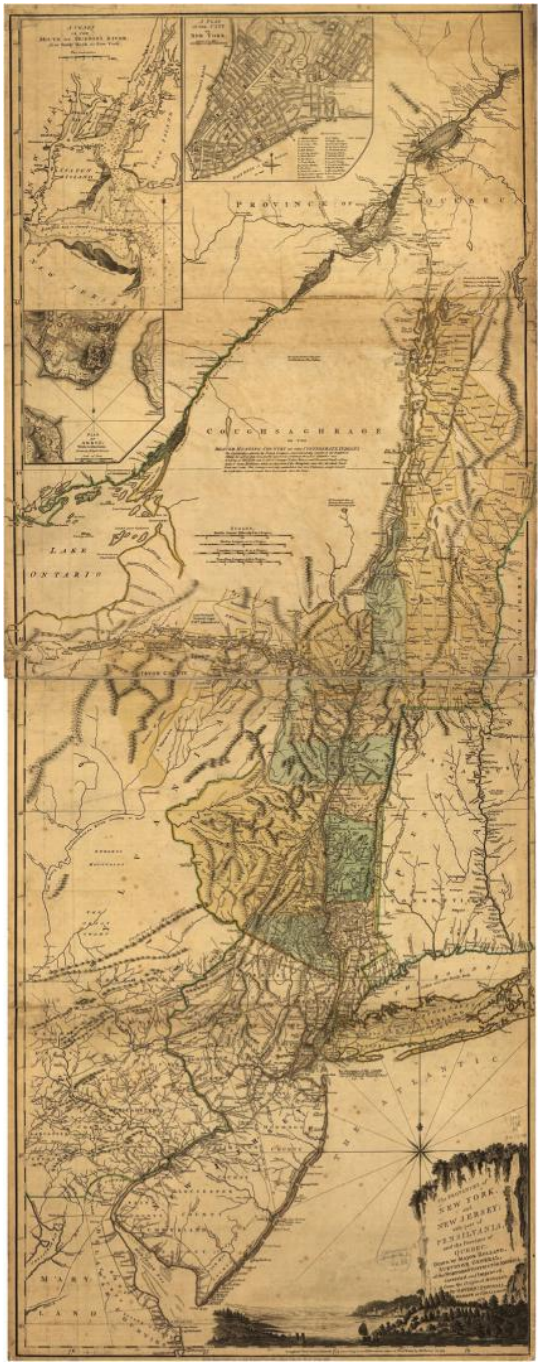
74. Ferling, J. E., 2007, 165, ofrece la estadística de Nueva Jersey. GG a Knox, el 3 de diciembre de 1776, citada en Valentine, A., 1962, 309-310; véase también DAR , vol. XII, 274.

_____

*N. del T.: Esq . es la abreviatura de Esquire , lit. «escudero». En su origen medieval, era un estrato nobiliario inmediatamente inferior al de los caballeros. Más adelante, en el ámbito británico, en especial en la época que estudia esta obra, se usó también como tratamiento de respeto hacia los oficiales del Ejército a partir del grado de capitán, y luego se amplió a los abogados y titulados de otras disciplinas profesionales.

** N. del T.: El Pennsylvania Flying Camp era un contingente de tropas de reserva estratégica creado por el general Washington en 1776 con hombres provenientes de tres estados: Delaware, Pensilvania y Maryland.

*** N. del T.: La denominación whig , ligada al partido liberal en Gran Bretaña, se asoció, en el contexto de las colonias norteamericanas, al bando revolucionario.


PROVINCE OF
COCHSACHRAGE
LAKE
ONTARIO
NEW YORK
AND
NEW JERSEY
WITH THE
PENSILVANIA
MARY
LAND

Las Provincias de Nueva York y Nueva Jersey; con parte de Pensilvania y de la Provincia de Quebec (Londres, 1776), de Thomas Pownall y Samuel Holland.

Capítulo 4

Los protectores saqueadores

Entonces se repetía, casi todos los días, la misma rutina deprimente. Entre los abultados papeles que requerían su atención, el general George Washington hallaba veredictos de consejos de guerra que esperaban su aprobación. Otra vez volvía a leer de algún caso en que sus propias tropas habían saqueado de un modo horrible a la población local y, además, no solo a lealistas, sino también a patriotas y a los no declarados a favor de ningún bando. Con una determinación severa, ordenaba el castigo inmediato. A veces, la violencia era la única forma de frenar la violencia.

Justo la semana anterior, el 6 de septiembre de 1776, Washington había emitido órdenes por las que advertía a su ejército de que estaba «resuelto a poner final al pillaje», fuera este de caballos, de muebles o de cualquier tipo de mercancías. Todo soldado al que se sorprendiera robando, o del que se descubriera que estaba asociado a saqueadores, sería llevado ante un consejo de guerra y «castigado con infamia: para que siempre se recuerde que ningún Ejército saqueador ha tenido nunca éxito». Había pasado ya más de una semana desde la casi desastrosa batalla de Long Island, en la que sus tropas habían sobrevivido, por un estrecho margen, a su primer encuentro con el Ejército británico. Mientras sus fuerzas se reagrupaban en Manhattan, Washington tuvo que tomar algunas decisiones tácticas y estratégicas cruciales. ¿Debía abandonar Nueva York, o defenderla todo el tiempo que pudiera? ¿Cuándo y dónde le atacarían los británicos a continuación? Eran cuestiones fundamentales de las que podía depender el éxito o el fracaso de la campaña de otoño e invierno. Además, a Washington también le

preocupaba que el comportamiento de sus hombres con los civiles pudiera poner en peligro toda la empresa.1

El comandante en jefe era consciente de que el pillaje –una forma de violencia militar contra la propiedad privada– minaba los ideales republicanos y revolucionarios. Asimismo, sabía que la línea que separaba el robo de propiedades de la violencia física hacia sus propietarios civiles podía ser muy delgada, y que ambos tipos de transgresiones amenazaban erosionar la disciplina de sus soldados. Además, advertía que, para ganar la guerra en el plano moral, tanto ante los ojos del público norteamericano como del internacional, debía demostrar mayor civismo que el enemigo. Esto significaba, por ejemplo, dar cuartel a las fuerzas enemigas que se rindieran y tratar a los prisioneros de guerra según las convenciones establecidas. Pero, ante todo, y, antes que nada, debía evitar que sus propias tropas dañaran al pueblo para cuya protección se habían alistado. Los soldados británicos y alemanes habían robado a los civiles desde el comienzo de la campaña de Nueva York. Mientras los invasores imperiales continuaban sus robos en su avance por Norteamérica, la causa de los patriotas se veía beneficiada: era una oportunidad de demostrar que los abusos británicos daban prueba de la legitimidad de la causa norteamericana, de que su insurgencia revolucionaria era necesaria. En cambio, cuando eran las propias tropas de Washington las que agredían a civiles norteamericanos, erosionaban la confianza en el Ejército de la nueva nación, y con ello las posibilidades de éxito de los revolucionarios en la disputa por los corazones y las mentes de los norteamericanos. Por esto, Washington estaba convencido de que había que atajar el pillaje, incluso si era necesario emplear una violencia extrema contra sus propios hombres. Si las palabras no eran capaces de formar soldados rectos, tal vez lo conseguiría el látigo.2

LA HIJA DEL AYUDANTE

El 12 de septiembre de 1776 prometía ser un día caluroso más del final del verano. Las tropas de Washington allí presentes eran

conscientes de para qué se las había reunido aquella mañana. Un consejo de guerra había hallado a su camarada Daniel Donovel culpable de «saquear la casa que ocupaba hasta hacía poco lord Stirling», el valiente oficial que había aguantado lo suficiente, durante la reciente batalla de Long Island, para que la fuerza norteamericana principal se pusiera a salvo. ¿Tal vez el botín que se llevó Donovel se lo descubrieron durante un registro de su mochila o de su tienda de campaña, o acaso un camarada celoso lo había traicionado? No hemos encontrado informes de testigos acerca de aquella flagelación en concreto, pero reportes contemporáneos de escenas similares nos permiten reconstruir cómo pudo haber sido y qué sintieron los presentes.3

Lo más probable es que le quitaran a Donovel la casaca y la camisa y que le ataran a un poste, conocido en el ejército como «la hija del ayudante» debido a que el ayudante del regimiento supervisaba la administración de los castigos ordenados por un consejo de guerra. Reunidos en la explanada denominada Grand Parade, para ser testigos de la aplicación de un castigo también conocido como «poner una camisa nueva», los soldados habrían formado un cuadro hueco en torno al poste o, tal vez, líneas paralelas con el poste al frente del regimiento. La aplicación pública y manifiesta de la justicia militar que iban a presenciar estaba concebida para infundir terror. Como todos los soldados del Ejército Continental, ellos también habían firmado una copia de los Artículos de la Guerra, un código que contenía normas para la protección de los civiles. Después de que el capellán los conminara a que no repitieran el delito del convicto, los tambores del regimiento se habrían preparado para ejecutar el castigo, tal vez quitándose antes las chaquetas para disponer de la máxima libertad de movimientos y de toda su fuerza. Un individuo que tuvo empleo de tambor, y que más adelante haría campaña por la abolición de los latigazos en el Ejército, recordaría haber vivido esa «costumbre de quitarse la ropa» como una práctica tan «antinatural, inhumana y carnicera» que «a menudo sentía con más dolor su propia degradación por verse llevado a realizarla». El primer tambor habría comprobado, por última vez, el estado de su instrumento de terror, el látigo de nueve colas. Este constaba de nueve correas o colas. Tenía tres nudos fuertes en cada una para aumentar el daño y el dolor que infligía al lacerar la piel humana.

Con las tropas alineadas y Donovel atado al poste, el tambor habría separado las cintas, tal vez habría blandido el látigo sobre su cabeza como se hacía en la Marina, y lo habría lanzado sobre su espalda desnuda. Cada latigazo habría extraído más sangre y, tras unos pocos azotes, habría sido necesario limpiar las cintas de la sangre y los tejidos de Donovel. La labor del mayor de los tambores de la unidad era comprobar que cada uno de los 39 latigazos –la convención de aplicar menos de cuarenta derivaba de la ley de Moisés– «se aplicaba en su sitio»; la rotación de turnos entre los distintos tambores garantizaba que cada latigazo tuviera la máxima fuerza. Algunos espectadores involuntarios habrían recordado sus propias experiencias en el poste. Más de uno temblaría con cada arremetida del látigo. Sabemos, por testimonios, que algunos hombres se desmayaban. Estas aplicaciones públicas de la disciplina militar se realizaban ante los camaradas de la misma compañía del convicto; a los soldados que compartían tienda de campaña con Donovel debió resultarles en especial difícil ser testigos de aquella tortura. La novela Chaqueta blanca de Herman Melville, que contiene una impactante escena de flagelación en un barco, imagina que algunos hombres de aquellos grupos numerosos, «bien por la propia dureza de sus corazones o por las múltiples cauterizaciones del hábito», ya debían ser «inmunes a los sentimientos de degradación, piedad y vergüenza».

Es posible que a Donovel le dieran una bala de plomo para que la mordiera, pero el dolor físico era, a menudo, abrumador. Alexander Somerville, uno de los pocos soldados que escribiría sobre su experiencia tras ser azotado, recordaba: «Sentí una sensación indescriptible entre los hombros, debajo del cuello, que iba en una dirección, hacia las uñas de los pies, y hacia las de las manos en otra, y que se me clavaba en el corazón, como si un cuchillo me atravesara el cuerpo». Para cuando dos docenas de latigazos ya le hubieran levantado la piel, la espalda lacerada de Donovel habría «asemejado carne asada quemada, casi negra, en un fuego ardiente; y, aun así, los latigazos seguían cayendo». Cada latigazo era «como si los espolones de un halcón estuvieran arrancando la carne de sus huesos», según escribió una víctima británica. La violencia castrense aseguraba que el delito del reo, el castigo y la vergüenza quedarían para siempre marcados en su carne.

Cuando hubieran terminado con él, los hombros y la espalda de Donovel estarían raspados y rasgados, magullados y abiertos, la piel se le despegaría de la espalda y trozos de ella también se desprendería de las muñecas atadas. Según escribe Melville, «desnudado como un esclavo; azotado peor que un perro», es posible que el hombre fustigado en público sintiera tanto dolor por la indignidad y la humillación como por el dolor físico que le duraría días o semanas, sobre todo si se trataba de su primera flagelación: «mientras su espalda sangra» en el poste, «¡él sangra gotas agónicas de vergüenza en su alma!». Los tambores limpiarían entonces el látigo de la carne de Donovel para estar listos de cara a la siguiente flagelación de ese mismo día o del siguiente. Es posible que alguno de ellos se preguntara si sus camaradas le habían visto regodearse demasiado en los latigazos y, más adelante, tal vez planearan darle una lección para que calibrara mejor su labor en futuras flagelaciones. Una vez cumplida su tarea de ser testigo, la tropa podría marcharse y se retiraría a la relativa salvaguarda de Harlem Heights.

La brutalidad del castigo iba acorde con la gravedad del delito. Pocos civiles asistirían a las flagelaciones de alguno de sus saqueadores. Sin embargo, padecer el robo del hogar por uno o por varios ejércitos fue una experiencia habitual y amedrentadora para los norteamericanos durante la guerra. La mayoría de los patriotas, como es natural, echaban la culpa a los británicos, a los hessianos y a los lealistas. No puede negarse que el general Howe, a quien Thomas Paine acusó de ser «el jefe de los saqueadores», les había prometido a los hessianos «saqueos y destrucción» a cambio de sus servicios.4

En la época, era habitual comparar el impacto que las tropas enemigas tenían en una comunidad con el de un desastre natural. Se decía que, por dondequiera que el ejército británico marchara, a su partida dejaba los paisajes convertidos en áreas devastadas igual que por tornados, terremotos o epidemias. El 27 de junio de 1777, el coronel patriota Israel Shreve llegó a Westfield, 13 km al oeste de Elizabethtown (Nueva Jersey), solo unas horas más tarde de que un contingente británico de 13 000 hombres hubiera abandonado aquella zona. Los casacas rojas, que habían vivaqueado cerca de la localidad, habían sustraído 2365 postes de vallas para alimentar sus

hogueras. En una juerga de pillaje estimulada con sidra, ginebra, vino de oporto, ron y whisky, los soldados habían entrado en más de 90 casas, de las que habían sustraído 11 000 objetos. Se habían hecho con cientos de prendas de vestir, no solo calzones y casacas masculinos, sino también prendas femeninas y objetos infantiles. Rapiñaron miles de prendas de lino, bordados, cintas y lana, así como cientos de artículos de cama. Se apoderaron de 342 aves de corral, 665 ovejas y 106 puercos, además de 28 colmenas; se llevaron en carros 11 mesas, 18 sillas y 26 espejos; robaron 19 hachas, una docena de martillos e incluso un arado. Harían falta varias páginas para listar los artículos misceláneos que fueron robados, que iban desde más de 40 kg de velas de cera hasta 3 barriles de jabón: «Vi muchas familias que declararon que no tenían bocado que comer, [ni tampoco ninguna] cama ni ropa de cama, ni un retal de ropa que ponerse aparte de lo que llevaban, y que durante su estancia no tuvieron ni un bocado de pan ni agua que darles a los niños que lloraban». El pueblo reclamaría la considerable suma de 8700 libras por daños.5

Por su lado, los británicos y los lealistas también aprovecharon cualquier caso que demostrara el saqueo de civiles por los rebeldes. «Las rapacerías del ejército rebelde en y alrededor de las Jerseys –proclamó la británico-lealista New-York Gazette– son hirientes para la humanidad». Los rebeldes, se decía, no solo atacaban a los lealistas y sus propiedades, sino a todos los granjeros, hasta el punto de que la agricultura casi había cesado y surgía la amenaza de la hambruna.6

Tal vez no deba sorprendernos que el pillaje fuera habitual durante toda la guerra. En la víspera de la Revolución estadounidense, Federico el Grande de Prusia había escrito que un ejército es un cuerpo cuyo pilar es el estómago. Lo cierto es que la mayor parte de los primeros ejércitos modernos padecían problemas perennes de abastecimiento. Debido a que los ejércitos en movimiento debían obtener el sustento allá donde estuvieran, la requisa y la expropiación continua eran esenciales para la supervivencia. Se definía como requisa que los soldados se apoderaran de ganado, grano y otros alimentos, bajo la supervisión de oficiales, a cambio de un pago inmediato o de recibos o promesas de compensación posterior. La expropiación consistía en la venta forzosa de los

alimentos, a menudo por un precio insuficiente para los vendedores involuntarios. En el siglo XVIII, el pillaje descontrolado y el saqueo estaban ya en retroceso. Sin embargo, la línea que separaba la requisa o la expropiación reglada del robo sin permiso y arbitrario era muy delgada.7

Historiadores estadounidenses como David Hackett Fischer distinguen diversos tipos y grados de saqueo en la Guerra de la Revolución. Según Fischer, las tropas estadounidenses cometieron sobre todo «pequeños robos y destrucción descontrolada», mientras que los británicos y sus auxiliares británicos fueron culpables de infracciones peores. Sin embargo, es posible que la diferencia no esté tan clara. Aunque es difícil hallar valoraciones precisas de los daños, los registros históricos nos permiten obtener una impresión de alguna situación puntual. Después de 1781, los ciudadanos de Nueva Jersey tuvieron derecho a recibir compensaciones por las pérdidas que hubieran sufrido desde 1776, no solo por obra de las fuerzas británicas, sino también del Ejército Continental y de las milicias patriotas. Parece que los soldados británicos se apropiaban de lo ajeno de forma mucho más indiscriminada: además de requisar grano, cosechas y ganado, tenían la costumbre de apoderarse de artículos domésticos y de efectos personales, para uso propio o para venderlos en el mercado negro, fuera de los campamentos militares y en las ciudades ocupadas.

Las acusaciones contra las tropas del propio Washington fueron, por lo general, de menor gravedad que las que se lanzaron contra los británicos y, en general, se limitaban a artículos alimenticios y ropa masculina. Por otro lado, se dio la circunstancia de que las acusaciones contra el Ejército Continental fueron más numerosas. Los soldados continentales se apoderaban de ostras en sus cultivos, cogían manzanas en arboledas, arrancaban tulipanes y repollos, excavaban patatas y robaban maíz y sandías de los campos. Los pollos, gansos, pavos, cerdos, ovejas, reses, bueyes y caballos eran sustraídos por la noche o sacados de sus pastos o corrales a plena luz del día. Los continentales solían dejar sueltos sus caballos y ganado en campos cultivados o prados privados. Robaban sal, carne, queso, harina y azúcar, té y café, sidra, ron y vino de tiendas y bodegas para consumo inmediato, o para la venta, o para intercambiarlos por otros artículos. Los oficiales, en algunas

ocasiones, promovían estos actos de saqueo económico o incluso se llevaban su parte. En resumidas cuentas, quienes vivían cerca de los ejércitos estadounidenses sentían su saqueadora presencia tanto como la del enemigo.8

Igual que en otras áreas azotadas por la guerra, lo que nos sorprende es la normalización de gran parte de este pillaje. Sin embargo, las tropas saqueadoras no solo representaban un peligro para las viviendas y los bienes. Siempre que los soldados se acercaban a una casa o granja a robar, la amenaza de violencia física era constante, sobre todo si los ciudadanos intentaban defender sus propiedades contra los, a menudo, ebrios soldados. En una de estas ocasiones, un grupo de requisa británico entró en la residencia de los Frazer en el condado de Chester, en Pensilvania, donde solo halló a Mary Worral Frazer, mujer del mayor patriota Persifor Frazer, y a una esclava. Momentos antes, Mary había tenido tiempo de enviar a un lugar oculto a sus cuatro hijos, a un sirviente y a otros dos esclavos. Los soldados empezaron a emborracharse con el licor que encontraron al registrar la casa y, entonces, «justo cuando uno de los hombres iba a golpearme», recordaría más tarde Mary, el oficial que los mandaba restauró cierto grado de orden. Sin embargo, los invasores continuaron con el robo de las posesiones de Mary; al irse dejaron a la mujer sin suficientes provisiones para dar de comer a su familia.9

Tanto si la violencia física era latente o implícita, como fue en el caso de Mary Frazer, o explícita –como le sucedió a un tal Andrew Miller en Long Island, a quien los balleneros de Connecticut golpearon con tanta dureza con la culata de un mosquete que sufrió fracturas en el rostro y lo dejaron por muerto–, el pillaje llevó la guerra directamente a las granjas y a los hogares de la gente. La despojaba de sus pertenencias y destruía su sensación de seguridad personal. El pillaje también puso a prueba una seña de identidad de los ciudadanos norteamericanos, la sacralidad de la propiedad privada, un concepto (heredado de Inglaterra) por cuya defensa se libraba, al menos en parte, la propia Guerra de la Revolución. Puede concluirse que el pillaje, como forma de violencia de tiempos de guerra, era un problema político y ético grave.10

Justamente porque representaba una amenaza tan grave para las

relaciones entre militares y civiles, así como para la disciplina interna de los ejércitos, los comandantes militares de ambos bandos impusieron castigos severos. Donovel, el reo de la citada mañana de septiembre, y con él los hombres que lo azotaron y las tropas continentales que recibieron la orden de presenciar su flagelación, estaban acostumbrados a la violencia diaria que dominaba la vida castrense. Los ejércitos dependían del control estricto de sus individuos, lo que incluía imponerles la disciplina por vía corporal. Los oficiales de los ejércitos dieciochescos tenían por costumbre golpear, varear o aporrear a los soldados en los campamentos, en los cuarteles y en las revistas hasta por las infracciones más minúsculas o, a veces, solo para demostrar su autoridad. Además de las flagelaciones motivadas por infracciones triviales o graves, encontramos otras dolorosas formas de castigo corporal como montar al penado en un caballo de madera (una borriqueta) atándole pesos o mosquetes a las piernas, o como la pena de baquetas en la que, a veces, un oficial le ponía al reo la punta de la espada en el pecho para ralentizar su avance a través del pasillo de los baqueteadores. Se decía que algunos soldados norteamericanos que habían sufrido la pena de ser encerrados en el molinillo, una caja que se hacía girar a gran velocidad, se habían vuelto locos. Los partidarios de las flagelaciones militares subrayaban que eran un castigo rápido, barato y eficiente que rara vez privaba al ejército de un combatiente valioso. Pese a ello, no hay pruebas claras de que las flagelaciones redujeran el número de los delitos militares.11

Si queremos valorar la justicia militar en su contexto histórico, debemos recordar que la ley anglo-norteamericana de la época imponía castigos corporales –entre otros, los latigazos– de forma muy habitual a los civiles, tanto hombres como mujeres, por delitos contra las personas o contra la propiedad. Y, aunque es cierto que el siglo XVIII fue un periodo de transición desde los castigos ejemplarizantes hacia los códigos penales modernos, hubo dos excepciones muy importantes: la disciplina militar y la esclavitud. El terror del látigo se enseñoreaba en los buques que transportaban a los esclavos y en las plantaciones coloniales. Aunque los abolicionistas comenzaban ya entonces a señalar las espaldas llenas de cicatrices de los esclavos como una acusación infamante, las reformas humanitarias de la disciplina militar aún tardarían en llegar muchos años. Los que abogaban por las flagelaciones

militares –como el propio comandante en jefe de la nueva república, que también era propietario de esclavos– no cesaron de proclamar que eran indispensables para la disciplina castrense.12

No podemos estar seguros de que Washington presenciara en persona el castigo corporal de alguno de sus soldados. Sin embargo, ya cuando era un joven coronel había promulgado órdenes estrictas contra los actos de pillaje durante las marchas y en los alrededores de los campamentos. Washington había estudiado distintas obras militares clásicas, por ejemplo, los Comentarios de la guerra de las Galias de Julio César (eso sí, traducidos: el general siempre lamentó su falta de educación formal), y también textos modernos, algunos prestados por antiguos oficiales británicos como el teniente general Thomas Gage, que más adelante se convertiría en su enemigo. Los manuales militares prácticos, como el muy difundido Treatise of Military Discipline [Tratado de disciplina militar] de Humphrey Bland, sugerían que la destrucción de la campiña o abrumarla a base de contribuciones –es decir, extraer de ella bienes, dinero y trabajo– «solo servía para aumentar la miseria de los pobres lugareños […] sin aportar nada al servicio».13

Un historiador especialista en la justicia castrense del Ejército Continental, Harry M. Ward, observa que Washington «no parece nunca haberse preocupado […] por el terrible sufrimiento soportado por los soldados que recibían castigos». Washington dejó muy claro que era partidario de la disciplina estricta. Según proclamó el día de Año Nuevo de 1776, un ejército «sin orden, regularidad y disciplina» no era «mejor que una turba alistada». Desde los últimos años de su adolescencia, mientras perfeccionaba sus habilidades de agrimensor, ya se dedicaba entonces, según escribe el historiador Richard N. Smith, a «poner orden en el caos uniendo su nombre a territorios hasta entonces sin cartografiar». En la tercera década de su vida, Washington aprendió el rigor de estilo británico luchando junto con los casacas rojas en la frontera, durante la Guerra de los Siete Años. «He mandado levantar un patíbulo de casi 40 pies* de alto –se vanagloriaba– y estoy decidido […] a colgar a dos o tres en él para que sirvan de ejemplo a los demás».14

Al hacerse cargo del Ejército Continental en Cambridge, en el

verano de 1775, había hallado a las tropas provinciales de Massachusetts en un estado lamentable, muy poco adecuado para enfrentarse al poderoso Imperio británico, ya que, en efecto, eran «gente en demasía sucia y repulsiva», según dejó escrito en un texto privado. Los oficiales empleaban las habilidades propias de la profesión que tuvieran en la vida civil para afeitar a sus hombres o para arreglarles los zapatos, a la vez que les permitían que se dirigieran a ellos por su nombre de pila. Este tipo de conductas ponía en riesgo las diferencias jerárquicas. Igual que dos décadas antes, en la frontera, la disciplina y el orden fueron, de nuevo, la prioridad de Washington. No se había olvidado de las lecciones del tratado militar de Bland y recomendaba a los oficiales de su nuevo ejército que lo leyeran.15

Por paradójico que pueda parecer, el ejército que defendía los ideales de la libertad tendría que abrazar los principios autoritarios para sobrevivir. El Ejército Continental personificaba a la Revolución, y la relación entre el pueblo estadounidense y el Ejército era crucial para el éxito de esta. Sin embargo, igual que sucedía con el resto de los ejércitos profesionales, la fuerza armada de la república, según William Tudor, el oficial al mando de la justicia militar de Washington, debía ser «una tiranía absoluta», en la que «cada hombre que porte armas, desde el oficial general al soldado centinela, debe alegrarse de ser un esclavo temporal». La lucha por la libertad de los Estados Unidos exigía ganar la guerra moral contra los invasores británicos, y dicha tarea requería el empleo frecuente del látigo.16

Pese a todo, Washington era consciente de que las flagelaciones no bastaban. Aunque se administraran con la severidad apropiada para lacerar las espaldas de sinvergüenzas saqueadores como Donovel, 39 latigazos no eran suficientes. Dicho castigo palidecía en comparación con el número de latigazos que sufrían los soldados británicos convictos por delitos similares. Para ellos, 400, 600, 800 o incluso 1000 latigazos no eran cosa rara. No es de extrañar, pues, que los norteamericanos apodaran «espaldas sangrientas» a los soldados británicos. En parte, la severidad de las sentencias que promulgaban los consejos de guerra británicos contra los saqueadores reflejaba la preocupación por la protección de la propiedad privada que la clase de los oficiales compartía con las

élites que gobernaban el país. Incluso las mujeres que violaban la sagrada propiedad ajena eran sujetas a duros castigos corporales. Es posible que los refugiados o espías provenientes de Boston refirieran la historia de Winifred McCowan, declarada culpable de haber robado el toro de la villa y haberlo matado. McCowan fue sentenciada a «ser atada a la cola de un carro y entonces recibir 100 latigazos en su espalda desnuda, [administrados] en diversas cantidades en las partes más públicas de la villa y del campo»; la impúdica exposición de su desnudez aumentaba la humillación. Durante la ocupación británica de Filadefia, un marinero fue sentenciado a 1000 latigazos por robar una vaca a un vecino negro. El ejército invasor ya había ahorcado a algunos de sus propios hombres por saquear tiendas y viviendas privadas.17

En comparación con la justicia que se impartía en el Ejército británico –que era su modelo de disciplina, y ahora también su formidable enemigo–, el máximo castigo del que disponía Washington no era disuasión suficiente para un soldado hambriento, un recluta deseoso de aventura o de ganancias, o un individuo que quisiera apoderarse de lo que pensaba que era suyo. Washington sabía que sus hombres, en gran medida igual que los soldados británicos, eran conscientes de que el Ejército tenía con ellos unas obligaciones contractuales a cambio de sus servicios. Cuando la paga se retrasaba o los suministros escaseaban, cuando percibían que la malversación era evidente o sentían que sus oficiales y las autoridades civiles los trataban mal, los soldados se inclinaban con mucha mayor facilidad por aumentar sus provisiones de formas irregulares. «El diablo nos diría, de vez en cuando –escribió el soldado Daniel Barber–, que no había nada malo en arrancar unas pocas patatas y repollos, o en tirar alguna que otra vez de una mazorca de maíz cuando la necesidad apretaba». Algunos se limitaban a calabazas y patatas, otros llegaban a las aves de corral y los cerdos, y otros incluso a robar las casas. Durante el primer invierno en Valley Forge, en el que los recursos escasearon en extremo, incluso los oficiales reconocieron que llegaron a sentir ganas: «Me avergüenza decirlo –confesó el Dr. Albigence Waldo, cirujano del Ejército–, pero estoy tentado de robar pollos, si pudiera encontrarlos, o incluso un puerco entero, pues me veo capaz de comérmelo». Así pues, compaginar las necesidades inmediatas de sus soldados con los ideales de la causa estadounidense era, para

Washington, un reto complicado.18

Detengámonos un instante en las necesidades alimenticias del Ejército Continental. Washington estimaba que 15 000 hombres consumían 20 millones de libras de carne y 100 000 barriles de harina al año. Hasta la evacuación de Manhattan, en el otoño de 1776, las fuerzas estadounidenses gozaron de una provisión razonable de cerdos y reses, de pan, arroz y maíz, así como productos frescos. Sin embargo, durante el resto de la guerra, los suministros de carne, harina y pan tuvieron fluctuaciones enormes y las verduras escasearon a menudo. Los periodos de penuria más graves se vivieron en los campamentos invernales de Valley Forge y de Morristown, en 1778 y 1779 (durante este último año, los precios subieron en Pensilvania un 700 %). En febrero de 1778, cada soldado solo disponía de unos 100 g de carne y de algo más de 1 kg de pan para toda una semana. Washington era consciente de la paradoja que padecía: «Respecto a la comida, si tenemos en cuenta la abundancia y extensión del país en que estamos, ningún Ejército ha estado nunca peor abastecido que el nuestro».19

El nuevo Estado carecía de los medios adecuados para alimentar a sus defensores. Además, Washington se veía obligado a compaginar la necesidad urgente de aprovisionar a su ejército con la prioridad, igual de importante, de que las relaciones entre este y los civiles fueran buenas. Por ello, cuando no tenía más remedio que obtener comida directamente de la ciudadanía, Washington la pagaba si le era posible, o cuando menos entregaba pagarés, de acuerdo con las reglas de supervisión civil que habían decretado el Congreso y los estados. Agentes de abastecimiento, acompañados de guardias armados, se encargaban de comprar alimentos en el campo y de hacerlos llegar al ejército pasando a través de depósitos de suministros.20

Sin embargo, este sistema encontraba obstáculos con frecuencia. La ausencia de carreteras o de vías acuáticas adecuadas creaba problemas en el transporte, los cuales se agravaban por la falta de un número suficiente de carros, caballos y bueyes, así como por la escasez de trabajadores cualificados como carreteros, mozos de cuadra y herreros. La falta de sal no permitía conservar suficiente carne. Los granjeros y comerciantes norteamericanos, de cualquier

adscripción política, a menudo transportaban su ganado y sus productos a través de distancias considerables para vendérselos a los británicos, que solían pagar mejor. La malversación y el robo eran habituales en el Ejército: se vendían mercancías a los vecinos a cambio de licor y otros artículos deseados. Algunos oficiales de intendencia y comisarios generales de suministros, cuya paga era reducida, recurrían a la especulación, aunque es posible que el Ejército Continental combatiera el fraude con más rigor que los británicos. Cuando con los demás métodos no se obtenían suministros suficientes, el general no tuvo más remedio que recurrir a la requisa y, a partir del invierno de 1777 a 1778, a la expropiación.21

El ejército de Washington competía con los británicos por unos recursos limitados, en especial alimentos frescos, heno, avena, caballos y carros. Desde 1775 a 1781, el contingente británico sufrió periodos de escasez de alimentos más o menos continuos y, en ocasiones, graves. Para alimentar a entre 60 000 y 90 000 hombres un año tras otro, se tuvieron que traer casi todos sus suministros de Gran Bretaña. Entre los que pasaron por la oficina del comisario general desde la primavera de 1777 al otoño de 1781 se contabilizaron 80 millones de libras de pan, harina y arroz; 11 millones de libras de carne salada de vacuno y más de 38 millones de libras de cerdo; 3 millones de libras de carne fresca; casi 4 millones de libras de manteca; 15 000 m3 de guisantes; medio millón de litros de vinagre y 10,5 millones de litros de ron.22

El Ejército británico incluso intentó enviar alimentos frescos a través del Atlántico. Promovió el desarrollo de métodos para evitar que las cebollas y las patatas se malograran durante el trayecto. Los toneles dotados con válvulas de presión permitían que el chucrut acabara de fermentar en las bodegas de los barcos. Quienes conseguían entregar alimentos vivos recibían bonificaciones. Sin embargo, la alta mortalidad del ganado durante el viaje, las técnicas de conservación inadecuadas y los errores en el almacenaje –por no hablar de las voraces ratas– complicaban la entrega transatlántica de alimentos aptos para su consumo. A menudo, la calidad de las raciones era tan mala que los soldados hambrientos se negaban a comer «pan mohoso, galletas con gorgojos, manteca rancia, guisantes agujereados, carne agusanada». En palabras de un

observador, «[…] nuestro ejército se desmorona con rapidez inusitada: muchos mueren por la espada, muchos por la enfermedad» causada por las provisiones en mal estado. Al final, por tanto, los británicos tuvieron que recurrir, en gran medida, a aprovisionamientos locales (norteamericanos) de carne fresca, verduras, harina, grano y arroz, así como de forraje de heno y avena.23

La obtención de alimentos frescos en Norteamérica presentaba notables dificultades a los invasores. James Murray, veterano oficial escocés, escribió una carta a casa en junio de 1776 –antes incluso de que llegaran los principales contingentes de tropas– en la que se quejaba de lo exiguo de sus raciones. Murray se lamentaba de que los oficiales no recibían más que los soldados: «[…] ni he probado 4 bocados de provisiones frescas durante 4 meses. Cerdo asado salado para desayunar, cerdo hervido salado para almorzar, cerdo frío salado para cenar». Después del traslado del cuartel general a Nueva York y de la ocupación y toma de control de extensas áreas de Nueva Jersey y de Rhode Island a finales de 1776, el aprovisionamiento del ejército desde Norteamérica resultó, durante un tiempo, más sencillo para los británicos. En cuanto a Washington, aquello significó que tendría que buscar los suministros en otro lugar, o arrebatárselos a los codiciosos invasores.24

En efecto, el apetito inmenso de los ejércitos enfrentados por la comida y el combustible condujo a choques constantes entre ambos en las tareas de requisa, es decir, «luchar por el pan nuestro de cada día», en palabras de un oficial británico. Los grupos de incautación británicos peinaban el país cercano a sus campamentos base en busca de provisiones frescas, caballos, heno y combustible. Los estadounidenses procuraban negarles dichos suministros y los hostigaban. Esta tarea requería grandes contingentes de escolta, de entre 500 a más de 2000 hombres. El aprovisionamiento se convirtió, pues, en una actividad costosa en extremo. También era peligrosa. A finales del invierno de 1776-1777, el ejército de Howe había quedado reducido a la mitad de su tamaño. La mayor parte de las bajas sucedieron en escaramuzas y pequeñas incursiones, a menudo durante expediciones de requisa como las comentadas.25

Dado que el estado de su abastecimiento era, con frecuencia, calamitoso, las tropas británicas y estadounidenses también se veían muchas veces tentadas a mejorar su alimentación y vestido robando a los civiles. Ambos bandos, de ese modo, corrían el riesgo de alienar a las poblaciones cuyo apoyo necesitaban para ganar la guerra. En opinión de Washington, aquello ponía en peligro los propios valores que sostenían la causa estadounidense, por no hablar de la credibilidad de su ejército en la defensa de dicha causa.

EL TERROR DEL ESCARMIENTO

Como Washington se veía obligado, con demasiada frecuencia, a recurrir a la requisa y a la expropiación, le resultaba imperativo controlar la conducta de sus hombres hacia los civiles. Con este fin puso en práctica medidas destinadas a reducir las oportunidades de que los soldados se comportaran mal. Washington dispuso puestos de vigilancia cerca de las mansiones que estuvieran situadas a lo largo de las rutas por las que pasaba el ejército, con el fin de evitar que los soldados rezagados se separaran de su contingente. Ordenó el refuerzo de las guardias y las patrullas alrededor de los campamentos. Los comandantes redujeron el número de permisos que concedían para salir de los campamentos, así como la distancia a la que se permitía alejarse de estos a aquellos soldados que obtuvieran un permiso. Se hacían dos o tres pases de lista diarios, a menudo sin previo aviso, y los oficiales revisaban las tiendas y mochilas de los soldados en busca de artículos obtenidos de forma ilícita. Se prohibió a los soldados salir del campamento después del pase de lista nocturno y sacar armas fuera del campamento. Una batería de órdenes advertía contra el robo y el incendio de casas y graneros; contra segar o recolectar en fincas, huertas o arboledas; y contra hacer leña con barandas, vallas, arbustos o árboles. Las apelaciones de Washington para que las tropas trataran a los civiles con rectitud se colocaban a veces en lugares públicos y se difundían en los periódicos para intentar tranquilizar al conjunto de la población.26

Aunque esas medidas preventivas eran necesarias, no eran suficientes. Si Washington y sus oficiales querían abortar el aumento del pillaje que amenazaba corroer la disciplina del ejército y socavar la confianza de los civiles, y si deseaban hacer patente la superioridad moral de los Estados Unidos sobre las fuerzas invasoras, los tribunales militares debían tener la potestad de imponer sentencias mucho más duras que 39 latigazos. A lo largo del verano de 1776, el Congreso había estado revisando los Artículos de la Guerra. Thomas Jefferson y, sobre todo, John Adams habían dirigido el Comité sobre los Espías (Committee on Spies). Washington estaba impaciente por que concluyeran cuanto antes su labor.

Una semana después de la flagelación de Donovel, Washington dio un paso inesperado: denigró a su ejército y lo comparó de forma desfavorable con el de los británicos. Las fuerzas del rey, según Washington escribió en unas órdenes que se leyeron a viva voz en todos los puestos del ejército, eran «en extremo cuidadosas de refrenar cualquier tipo de abuso contra la propiedad privada». En cambio, «la parte echada a perder y libertina de nuestro propio Ejército, tolerada por unos pocos oficiales que han perdido todo sentido del honor y de la virtud, así como del bien de su país, se dedican, mediante la rapiña y el pillaje, a extender la ruina y el terror dondequiera que van». Cuando los soldados causaban destrucción e inspiraban miedo, en lugar de salvaguardar los ideales de la virtud republicana, el honor y el patriotismo, la causa revolucionaria se resentía. Washington reiteró órdenes suyas previas, según las cuales «castigaría, sin excepción, a toda persona que sea hallada culpable de esta práctica abominable que, si se mantiene, servirá para demostrar la destrucción de cualquier Ejército de la faz de la tierra».27

Ante la falta de noticias de los políticos reunidos en Filadelfia y las quejas incesantes de los civiles, Washington y su estado mayor sintieron una necesidad cada vez más acuciante de tomar medidas alternativas. El 25 de septiembre, un Washington insomne –«de las horas asignadas al sueño, robaré unos pocos momentos»– le escribía a John Hancock, presidente del Congreso, una carta muy extensa. El general apremiaba a sus superiores civiles, otra vez, a que le permitieran aplicar una disciplina más dura para frenar el

alarmante aumento del pillaje. Sus soldados empleaban cualquier excusa para robar a los civiles. Amenazaban con provocar incendios para que los ciudadanos abandonaran sus hogares y poder entonces robarles con impunidad; después, a menudo quemaban las casas para ocultar lo que habían hecho. Washington le garantizaba a Hancock que había intentado todo lo que era posible, sin exclusión de los castigos corporales sumarios, «para cesar esta horrible práctica, pero bajo la actual ansia de pillaje y la ausencia de leyes con que castigar a los infractores, mi tarea es tan fútil como si intentara eliminar el monte Atlas».28

Para subrayar su frustración por la lenidad de los castigos que se aplicaban a los saqueadores, ese mismo día Washington reenvió al Congreso los registros de un consejo de guerra reciente que le había escandalizado especialmente. El alférez Matthew Macumber, originario de Taunton (Massachusetts), había sido atrapado in fraganti por el mayor de brigada Daniel Box a la cabeza de un grupo de veinte de sus hombres durante el saqueo de una casa, justo fuera de las líneas estadounidenses. Box le había pedido, en ese momento, que abandonara el botín o que lo devolviera a sus dueños legítimos. En lugar de obedecer, Macumber ordenó a sus hombres que se preparasen para disparar contra Box. Este ordenó una retirada táctica y luego volvió con un contingente más numeroso con el que desarmó y arrestó a Macumber, quien fue llevado ante un consejo de guerra. En el juicio, presidido por el coronel Comfort Sage, de curioso nombre**, Box declaró que había hallado a la tropa de Macumber «cargada de botín como, por ejemplo, muebles domésticos, mantel de mesa y utensilios de cocina, porcelana y cerámica de Delft». Los hombres de Box respaldaron su versión, añadieron ropas de mujer al listado de artículos robados y afirmaron que los delincuentes habrían disparado contra ellos si hubieran intentado quitarles los bienes robados. Dos de los hombres de Macumber declararon en descargo de su superior: afirmaron que este les había ordenado, de forma expresa, que no robaran. El tribunal absolvió a Macumber de pillaje y robo, y solo exigió que el acusado pidiera perdón a Box y que se le amonestara por insubordinación y amenazas a un oficial superior.

Incrédulo, Washington se negó a ratificar el veredicto y usó el privilegio que le otorgaba su puesto de comandante en jefe para

pedir al tribunal que reconsiderara su sentencia. En la copia del acta del juicio que envió al Congreso escribió, sin tapujos: «Los hombres que iban a compartir el botín se convirtieron en la prueba [de descargo] del prisionero». En la revisión del juicio, otro oficial corroboró que él también había intentado detener a Macumber, de cuya mochila repleta sobresalían algunos juguetes de cera, y que los hombres de este llevaban sillas, ollas y otros objetos. Además, llevaban las pistolas amartilladas, dispuestos a disparar contra Box. El tribunal ordenó, en esta segunda ocasión, que Macumber fuera apartado del servicio o despedido con deshonor. Washington se encargó de que el veredicto revisado se ejecutara de inmediato.29

Es posible que, incluso así, Macumber escapara, por poco, de una sentencia mucho más dura. La razón es la siguiente: aunque Washington aún lo desconocía, el 20 de septiembre, el Congreso había aprobado, por fin, la esperada revisión de los Artículos de la Guerra. La nueva versión, redactada sobre todo por John Adams según el modelo de la legislación análoga británica, endurecía la normativa que protegía a los civiles del robo y la destrucción de sus propiedades. La sentencia de muerte se amplió a un total de dieciséis delitos que iban desde el motín o la sedición a la deserción y el pillaje. El castigo corporal máximo se elevó de 39 latigazos a 100. Era un aumento significativo, aunque todavía quedara por debajo de la pena de flagelación media que se imponía en el Ejército británico.30

A lo largo de la guerra, Washington solicitó al Congreso en repetidas ocasiones que, bien permitiera subir la pena máxima de latigazos a 500, o bien eliminara cualquier límite. Según su razonamiento, un abanico más amplio de castigos corporales también ayudaría a reducir los golpes que les daban los oficiales a sus soldados de forma arbitraria, puesto que, según él, los oficiales recurrían a ese tipo de castigo inmediato para evitar enredarse en consejos de guerra que, además, solo admitían unos pocos tipos de penas. El Congreso, pese a todo, rechazó las recomendaciones apremiantes de Washington. Este se atendría, en general, al tope de 100 latigazos, aunque en alguna ocasión también aprobó hasta 500. Al carecer de la opción legal de recurrir a penas de latigazos más severas, autorizaba de vez en cuando la ejecución de los saqueadores, tanto después de que fueran condenados por un

consejo de guerra como, en ocasiones, de forma sumaria, sin juicio. Sin embargo, en el otoño de 1776, Washington dependía todavía sobre todo del látigo, más que de la soga, para refrenar el pillaje de sus hombres. El grado de su éxito decantaría en un sentido u otro la batalla por el apoyo popular de los civiles.31

LA POLÍTICA DEL PILLAJE

A mediados de noviembre de 1776, mientras los británicos ultimaban su toma del territorio de Nueva York, el alto mando imperial decidió aumentar su alcance. Un importante contingente británico, al mando de un aristócrata y oficial de carrera de treinta y siete años, el mayor general Charles Cornwallis, debía expulsar a las fuerzas estadounidenses del este de Nueva Jersey y convertir esta en la tercera colonia (tras Nueva York y Rhode Island) donde se restauraría la autoridad británica. También era de importancia crucial convertirla en una base de suministros para el ejército. Washington se enteró de la intención del enemigo y desplazó sus fuerzas a Nueva Jersey en previsión de la invasión británica. Cornwallis lanzó esta el 18 de noviembre con alrededor de 10 000 hombres. Su fuerza se movía con relativa lentitud. Cada día consumía 17 toneladas de comida y debía detenerse a diario para obtener madera que usar de combustible y para cocer pan. Además, el millar de caballos que tiraba del enorme tren de bagaje necesitaba heno y agua. Pese a las dificultades, gran número de lealistas liberados acudía a unirse a las filas británicas: más de 1 de cada 10 hogares de Nueva Jersey juraron fidelidad después de que Howe les prometiera el perdón. La estrategia de recuperar territorio y súbditos leales a la Corona parecía que estaba funcionando.32

Los comandantes británicos sabían que, para conservar el apoyo popular de los norteamericanos, era necesario que vieran a sus soldados como liberadores, no como conquistadores. Si conocían la historia, tal vez recordarían que el pillaje excesivo durante la Guerra Civil inglesa, en el siglo anterior, había alienado a la población civil. El general Howe se opuso al pillaje refiriéndose, de

forma más o menos explícita, a la batalla que libraban por conseguir las simpatías de los norteamericanos. Charles Stedman, que sirvió a las órdenes de Howe en el puesto de comisario de intendencia, confirmaría más tarde, sin embargo, que en Nueva Jersey el Ejército británico había caído en el indiscriminado «negocio [decimos negocio, ya que era una actividad económica perfecta] del pillaje […] Amigos y enemigos, de la mano de la rapiña, comían por igual». Hasta entonces, la población de Jersey había sido, en general, partidaria de Gran Bretaña, y muchos se habían alistado para luchar por el Imperio. Sin embargo, cuando se dieron cuenta de que la protección que se les daba era escasa o nula, que los británicos se apoderaban de sus propiedades con frecuencia y que en muchos casos «sus familias eran insultadas, despojadas de sus camas y otros muebles –vaya, incluso de sus prendas de vestir–», fueron muchos los que cambiaron de bando. Tal vez el Ejército estadounidense pudiera compensarles por lo que habían perdido. Otro oficial reflexionó sobre los efectos de que las tropas británicas robaran ropa y propiedades a los vecinos: «Continuamos persuadiendo a los que estaban indecisos de que se enemistaran con nosotros e induciendo a nuestros propios amigos a volar hacia el bando opuesto en busca de protección».33

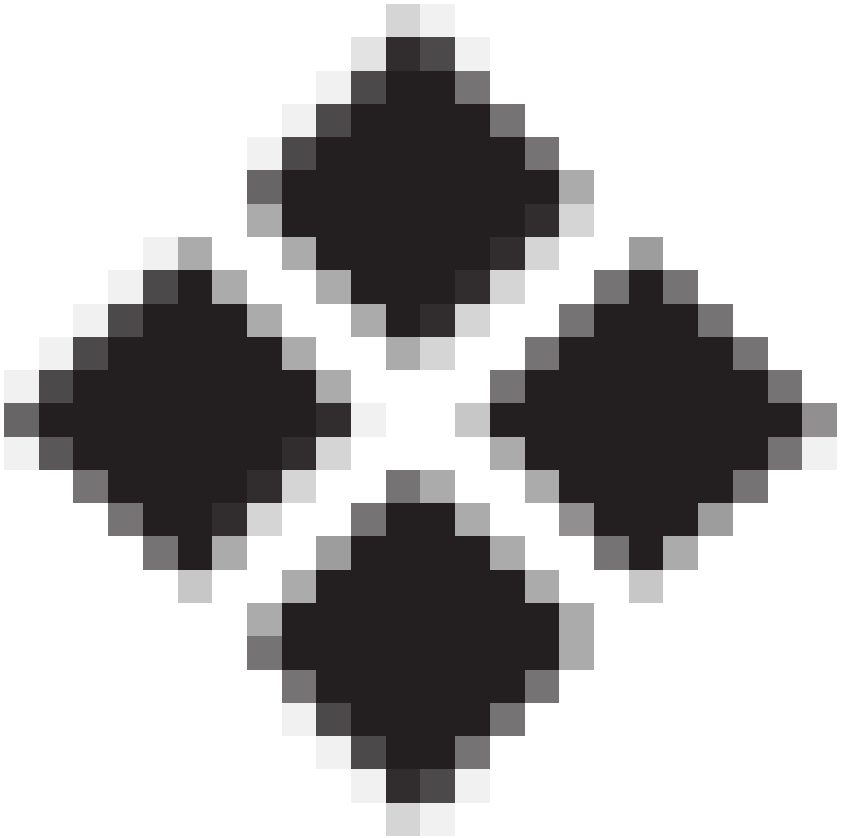
Como habían demostrado Lexington, Falmouth y Norfolk, la aplicación de un grado de violencia que pudiera luego calificarse de excesiva tenía, una y otra vez, efectos contraproducentes para los británicos. Después de los ya citados desastres tempranos en sus relaciones públicas, cualquier evidencia o rumor que corroborara que los británicos continuaban con su guerra de depredación ayudaba a los revolucionarios en su contienda dialéctica y moral. Algunos han sugerido que, dada la extensión de los saqueos por parte de las tropas estadounidenses, los británicos podían haber terminado con la rebelión muy rápido. Pero, «por desgracia, el pillaje indiscriminado del Ejército británico» neutralizaba cualquier posible ventaja política o moral. Dado que ambos ejércitos causaban destrucción, la población continuó cambiando de bando según la fortuna sonriera a uno o a otro y dependiendo del comportamiento más o menos destructivo de las fuerzas enfrentadas.34

Mientras tanto, el ejército de Washington corría un riesgo cierto de «esfumarse», según la expresión de David Hackett Fischer, debido a

la expiración de los plazos de duración del servicio de los soldados. Cuando pasaron por Princeton y Trenton, a inicios de diciembre, apenas quedaban 2500 hombres. Además, abastecer a dicho esqueleto de ejército con mantas, ropa y zapatos era un problema cada vez más grave: «[…] el suelo estaba manchado, literalmente, con la sangre de los pies de los soldados». Pese a todo, Washington no vaciló en sus principios, aunque ello significara proteger a los traidores lealistas de los saqueadores del Ejército Continental.35

Washington veía la repercusión política del saqueo con gran claridad moral. Mientras que muchos soldados continentales consideraban lícito apoderarse de las propiedades de los lealistas, su comandante en jefe insistía en que no debían caer en el pillaje por motivaciones políticas. La persecución de los enemigos internos debía dejarse a las autoridades civiles. Para Washington, la disciplina y los principios estaban por encima del desprecio que pudieran sentir sus soldados o sus oficiales hacia los lealistas. En algunas circunstancias concretas, Washington sí permitió a sus soldados que se apropiaran de bienes lealistas. Sin embargo, no consentía que los soldados convirtieran unas órdenes de requisa limitada «en un mero plan de saqueo» contra cualquiera al que decidieran etiquetar de tory.36

Es imposible determinar hasta qué punto los esfuerzos disciplinarios de Washington frenaron el pillaje; es como preguntar acerca de una mera hipótesis: ¿Cuánto más devastadores para los civiles –y perjudiciales para la causa estadounidense– habrían sido los saqueos sin las medidas estrictas de Washington? Tal vez lo más importante fue el mensaje que transmitió a su ejército, a la población civil y al enemigo en su intento de proyectar una imagen positiva de las fuerzas armadas estadounidenses. Washington abordó el formidable desafío del pillaje con todas las herramientas de mando, de comunicación y de castigo a su disposición. La sucesión continua de órdenes apremiantes que salieron del cuartel general dan fe de su constante frustración.37



Desde el comienzo de su retirada de la ciudad de Nueva York, las tropas de Washington habían recorrido alrededor de 160 km. Cuando el general Cornwallis llegó al río Delaware, Washington ya había alcanzado Pensilvania y había conseguido evitar una confrontación directa. Después de que las fuerzas británico-germanas entraran en Trenton (Nueva Jersey) el 8 de diciembre, el general William Howe –para humillación de sus subordinados– ordenó a su ejército el cese de las operaciones y entrar en cuarteles de invierno. Si, al llegar la primavera, los efectivos estadounidenses todavía no se habían muerto de hambre, Howe planeaba reanudar la persecución. Pero Washington, a quien el Congreso había otorgado, el 12 de diciembre, «plena autoridad para ordenar y dirigir todas las cuestiones relativas […] al desempeño de la guerra» durante seis meses, les tenía reservada una sorpresa a los

invasores. Su movimiento siguiente no solo expulsaría al enemigo de gran parte de Nueva Jersey y lo privaría de dicha despensa, también iba a permitir que los investigadores del Congreso recolectaran pruebas del pillaje enemigo y de algunos de los sucesos más horrendos de la guerra: las atrocidades cometidas en el campo de batalla y las violaciones de mujeres norteamericanas. Para vencer, Gran Bretaña necesitaba ganarse el apoyo popular de los norteamericanos, pero el comportamiento abusivo de sus soldados ya amenazaba socavar la misión imperial.38

Notas

1. Órdenes generales del general Washington del 6 de septiembre de 1776.

2. En la concepción de este capítulo me han sido de especial utilidad los escritos de John W. Shy y también Fischer, D. H., 2004; Lepore, J., 1998; Brandes, S. D., 1997; y el análisis de Conway sobre la ética económica de los saqueos en sus artículos «The Great Mischief» de 1990 y «Moral Economy, Contract, and Negotiated Authority in American, British, and German Militaries, 1740-1783» de 2016.

3. Confirmación por parte de Washington del veredicto en sus órdenes generales del 11 de septiembre de 1776. Véase Witt, J. F., 2012, 20, en relación con las órdenes generales del 9 de agosto de 1775. También la carta de GW a John Hancock del 21 de septiembre de 1775 acerca de la firma de los Artículos de la Guerra [Articles of War] por parte de los soldados. En cuanto a la escena de flagelación de las páginas siguientes, véase Neimeyer, C. P., 1996, 139-140; Ward, H. M., 2006, 162-165, 177; Royster, C., 1979, 78. Sobre el castigo con el látigo en la cultura de la Edad Moderna y en la cultura militar en general, véanse Covington, S., 2009; Pate, M., Gould, L. A., 2012, 31. Sobre los distintos látigos empleados en las

fuerzas armadas terrestres y navales, véase Scott, G. R., 1971, 199; Rediker, M., 2007, 205. Las citas de John Shipp, que fue tambor en el Ejército británico, están tomadas de su obra: Shipp, J., 1831, 20 («costumbre de quitarse la ropa»), 21, («como si fueran garras»). El soldado que relata su propia flagelación es Alexander Somerville: Somerville, A., 1848, 277-291 (cita de pág. 288). Encontramos otro relato similar en Glenn, M. C., 1984, 91-92, a partir de Hazen, J., 1854; «asemejado a carne quemada»: Leech, S., 1844, 50. He empleado la edición de la Library of America (1983) de la obra de Herman Melville White-Jacket, or the World in a Man-of-War ; las citas que he extraído se encuentran en las págs. 489 («bien por la propia»), y 492 («desnudado como un esclavo») y 496 («mientras su espalda sangra»). Véase Cox, C., 2004, cap. 3, acerca de los castigos en el Ejército Continental. Sobre los testigos de la violencia y la política de la empatía y de la complicidad, véase Barnes, E., 2011, 17, 71 y passim . Acerca del espectáculo público y la vergüenza por la violencia excesiva, véase Foucault, M., 1979, 34.

4. Un oficial británico acusó a los hessianos de ser un ejército de cigalas; un oficial estadounidense empleó el mismo símil para describir a las mujeres negras que acompañaban al ejército de Cornwallis: Tatum, E. H. (ed.), 1940, 120; Frey, S. R., 1991, 169. «[…] el jefe de los saqueadores»: Thomas Paine, American Crisis , IV, en The Virginia Gazette , del 26 de septiembre de 1777. Los historiadores estadounidenses tienden a respaldar las opiniones negativas de la época acerca de los hessianos, a los que se calificaba de ser los peores saqueadores, por ejemplo, Frey, S. R., 1981, 75; Taaffe, S. R., 2003, 195. Atwood, R., 1980, 173-176, ha intentado explicar el comportamiento de los hessianos de acuerdo con motivaciones militares concretas.

5. Respecto a los desastres naturales: Rawle, W. B., 1901 (tornado); The Virginia Gazette , 31 de enero de 1777 (epidemia, terremoto). Shreve: Wickersty, J. R., 2015, que cita una carta de Shreve al Dr. Bodo Otto, del 29 de junio de 1777.

6. New-York Gazette , 3 de febrero y 14 de abril de 1777, citada en Lundin, L., 1972, 247. Baurmeister, C. L., 1957, 338-339.

7. Este párrafo está en deuda con Luh, J., 2004, cap. 1, acerca del transporte, los almacenes y la distribución; la referencia a Federico

II, tomada de Friedrich der Große: Betrachtungen über die Feldzugspläne (1775), está citada en la pág. 18 . Véase también Lynn, J. A., 2008, 32, 294; Redlich, F., 1956, 72 y passim ; Wright, J. W., 1939. Sobre la «delgada línea», véase también Carp, E. W., 1984, 83; Fischer, D. H., 2004, 174; Lee, W. E., 2007c, 45 («fine line»); véanse las págs. 43-49 acerca del forrajeo y el saqueo por parte de fuerzas regulares, irregulares y bandidos.

8. Sobre lo tratado en este párrafo y en los anteriores, véase Fischer, D. H., 2004, 175. También DLAR 437, New Jersey, Revolutionary War: Damages by the British and Americans in New Jersey, rollo 2, vol. 1. Véase también la Society Miscellaneous Collection (Collection 425), Box 15 B, HSP.

9. En torno a lo habituales que eran los saqueos, véase Donagan, B., 2012, 61. El incidente que padeció la familia Frazer está tomado de Lee, W. E., op. cit ., 32, que remite a Frazer, P., 1907, 157-160 (cita en la pág. 159).

10. En cuanto a Miller, véase Lee, W. E., op. cit ., 45-46, ligado a Ward, H. M., 2002, 39. Véase también la violencia ejercida contra civiles de ambos sexos que está documentada en Pennsylvania, Division of Archives and Manuscripts, Records of Pennsylvania's Revolutionary Governments, 1775-1790 [Registros de los Gobiernos Revolucionarios de Pensilvania, 1775-1790], Executive Correspondence of the Council of Safety [Correspondencia Ejecutiva del Consejo de Seguridad], Pennsylvania, July 1776-March 1777, depositions against Capt. Jerrad Irwin (Jan. 25, 1777) [declaraciones contra el capitán Jerrad Irwin, del 25 de enero de 1777], DLAR 24. Los ejemplos que salpican este capítulo también están extraídos de mi lectura de más de un centenar de libros de órdenes de diversas unidades militares en forma manuscrita (en especial en LOC, LCP, MHS, HSP) e impresa, así como de otros testimonios. Pueden consultarse referencias específicas en, por ejemplo, Scheer, G. F. (ed.), 1962, 52, 96-97, 100, 104-105, 139-140, 203; Lundin, L., op. cit ., 246; entrada del 2 de agosto de 1781 en Major John Singer Dexter Orderly Books [Libros de Órdenes del mayor John Dexter], vol. I, LOC; PNG , vol. I, 215, 268; HEH, HM Orderly Book of General Lacey, de enero de 1778 a septiembre de 1780; Stadelman, B. S. S., 1969, 52, 96-97, 100,

104-105, 139-140, 203. Sobre la guerra, la propiedad privada y la identidad inglesa, véase Lepore, J., 1998. En cuanto al impacto de los saqueos sobre los civiles, véase también Lee, W. E., op. cit ., 43-47.

11. Neimeyer, C. P., op. cit ., 139-145, en especial 140. Las distintas formas de castigo corporal se contemplan en Cusac, A.-M., 2009, 81; Maurer, M., 1977; Cox, C., 2004, 87-88. Acerca de la justificación y defensa de las flagelaciones, véase Holmes, R., 2001, 320; Cusac, A.-M., 2009, 42; Gilbert, A. N., 1978, 64; Pierce, S.: «Punishment and the Political Body: Flogging and Colonialism in Northern Nigeria», en Pierce, S., Rao, A. (eds.), 2006, 197.

12. En Gran Bretaña, el castigo físico era la alternativa de menor severidad frente a la pena de muerte en un sistema penal que, en 1776, contaba con alrededor de 160 delitos capitales, en su mayoría ofensas contra la propiedad privada. Véase Hay, D., Linebaugh, P., Rule, J., Thompson, E. P., Winslow, C., 1975; Hay, D., 1980. Las primeras críticas en Gran Bretaña en contra de las flagelaciones militares se citan en Dinwiddy, J. R., 1982; Burroughs, P., 1985; Cox, C., 2004, 88-89, que documenta críticas a los brutales castigos en manuales de formación de oficiales de finales del s. XVIII. Sobre los latigazos y la esclavitud, véase Cusac, A.-M., 2009, 75; Rediker, M., 2007; Barnes, E., 2011, 17, 71, 73; disponible en < http://www.mountvernon.org/digital-encyclopedia/article/slave-control >; Hirschfeld, F., 1997, 37, 50; Cleves, R. H., 2009, 30; Wood, M., 2000, 260-261. Los cuerpos lacerados de los esclavos se tratan, por ejemplo, en Altink, H., 2002.

13. Anderson, F., Cayton, A., 2005, 129-131. Primeras órdenes antisaqueo –entre otras muchas–: GW a Robert Spotswood, el 31 de octubre de 1755. La cita de Humphrey Bland está tomada de su Treatise of Military Discipline (1743), 237; se publicaron varias ediciones en Londres entre 1727 y 1762. Las relaciones de Washington con los oficiales británicos, y los conocimientos militares que compartían, se tratan también en Ferling, J. E., 2010b, 33.

14. «[…] no parece nunca»: Ward, H. M., 2006, 165. «[…] sin orden»: Órdenes Generales desde el Cuartel General en Cambridge, del 1 de enero de 1776. Véase también GW a Israel Putnam, del 25

de agosto de 1776. «[…] poner orden»: Smith, R. N., 1993, 4. «He mandado levantar un patíbulo»: cita tomada de Ellis, J. J., 2004, 27.

15. En cuanto a la valoración que Washington hace de las tropas provinciales en Cambridge, véase Ferling, J. E., 2010b, 126-127; Flexner, J. T., 1968, 30. «[…] sucia en demasía: cita tomada de Phelps, G. A., 2001, 169. Sobre la recomendación de leer a Bland: GW al coronel William Woodford, 10 de noviembre de 1775. Sobre las lecturas militares en general, véase Powers, S. L., 2006; JA a William Tudor, 12 de octubre de 1775, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/Adams/06-03-02-0099 >; Conway, S., 2010. Cox, C., 2004, 44, duda de que «los textos militares llegaran a algo más que a una pequeña minoría de los oficiales». Encontramos ejemplos en los que GW impuso su autoridad sobre la de los consejos de guerra mutando la pena de castigo corporal por confinamiento a pan y agua, en la primavera de 1776, en los libros de órdenes del Primer Regimiento de Nueva York del coronel Alexander McDougall, en las entradas del 21 de febrero y del 4 de marzo, NYHS.

16. Aquí me baso en Anderson, F., Cayton, A., 2005, 166-167: el ejército «personificaba la propia Revolución» y «representaba la unión de los estadounidenses» en un periodo en que todavía no lo hacía ninguna otra institución. La cita de Tudor está tomada de Ward, H. M., op. cit ., 34. Los Artículos de la Guerra estadounidenses tuvieron como modelo los Artículos de la Guerra de Massachusetts, los cuales derivaban en alto grado de las ordenanzas británicas, aunque contenían un número menor de delitos capitales que estas y también rebajaban el número de latigazos. Los artículos se encuentran en JCC , vol. II, 111-122, las revisiones en el vol. III, 331-334. Berlin, R. H., 1976. Sobre la privación de libertad temporal de los soldados, véase también Cox, C., 2004, 76.

17. Acerca de McCowan, véase Stevens, B. F. (ed.), 1970, 96-97 (cita de 97). Encontramos casos similares en ibid ., 187; WO55/677, Orderly Book [Libro de Órdenes] del capitán Farrington, Cuartel General de Boston, del 3 de enero de 1776; Wiener, F. B., 1967, 150; Newsome, A. R., 1932, en especial las entradas del 1 y del 2 de

marzo de 1781. Sobre la exposición del cuerpo de las víctimas femeninas de las flagelaciones, véase Pierce, S., Rao, A. (eds.), 2006, 199-200. Sobre las sentencias británicas de 400 a 1000 latigazos, véase, por ejemplo, «Diary of Lt. John Barker, 4th Foot, 1774-6», JSAHR 7 (1928), entrada del 14 de agosto de 1775; Stevens, B. F. (ed.), [1970], 101-102, 105-106, 109; Kemble, S., 1884, vol. I, 437, 499, 510-511; WO71/92/336-339; WO55/677, Libro de Órdenes del capitán Farrington, entrada del 3 de enero de 1776. Respecto a las sentencias de muerte de los saqueadores británicos, véase Kemble, S., 1884, vol. I, 399, 428, 480, 491; Orderly Book [Libro de Órdenes] de unidad no identificada, 1778-1779, 23 de septiembre de 1778, HSP 633; Libro de Órdenes registrado durante la ocupación de Filadelfia, 24 de abril al 27 de junio de 1778, fol. 81, HSP, Am. 625; Libro de Órdenes británico, de octubre a diciembre de 1777, DLAR 9, rollo 1 (robo de ganado). Sobre la justicia militar británica y los valores caballerescos que ensalzaba, véase Steppler, G. A., 1987; Gilbert, A. N., 1976, 1978 y 1985.

18. La cita de Barber está tomada de Neimeyer, C. P., op. cit ., 135. Waldo: Waldo, A., 1897, 310. Sobre el saqueo y su relación con las obligaciones de manutención de los soldados por parte de los distintos ejércitos, véase Neimeyer, C. P., op. cit ., 136; Conway, S., 1990 y 2016.

19. Higginbotham, D., 1971, 304; Volo, D. D., Volo, J. M., 2003, 178; Lee, W. E., op. cit ., 43-46. «Respecto a»: carta de GW al Comité del Congreso Continental para Investigar el Estado del Ejército [Committee to Inquire into the State of the Army], 19 de julio de 1777. Sobre las quejas de los soldados acerca de la escasez de provisiones, véase Scheer, G. F. (ed.), 1962, 50-52. También, en un sentido más amplio, Huston, J. A., 1991, 128-129; Carp, E. W., 1984, 172-173, 181, 186, 201-211; Wellenreuther, H., 2006, 183-186; Dann, J. C. (ed.), 1983, 23, 63, 126. Acerca de los precios: Conway, S., 2013, 129.

20. Sigo a Lee, W. E., op. cit ., 44-45.

21. Wellenreuther, H., 2006, 166. Véase Brandes, S. D., 1997, 38, acerca del fraude, y Carp, E. W., 1984, 19, 67-68, sobre la escasez cíclica de mantas y tiendas cuando se hacían con su tela ropa y

sacos para la harina, y cuando se hacían mantas con las tiendas de campaña. Shy, J. W., 1993, 161-179; Stokes, I. N. P., 1967, 184-185; Higginbotham, D., 1971, 304-305; carta de [¿Alexander McDougall?] a GW, en Pecks Kill [Nueva York], 21 de mayo de 1777; Conway, S., 2013, 129. Washington y muchos de sus oficiales tendían a preferir las ventas voluntarias y las confiscaciones civiles a las medidas de coerción militar: Royster, C., 1979, 73-74; Neimeyer, C. P., op. cit ., 135; Neagles, J. C., 1986, 24; GW, Instructions to Colonel Benedict Arnold, for Canada campaign [Instrucciones al coronel Benedict Arnold para la campaña de Canadá], 14 de septiembre de 1775; Lee, W. E., op. cit ., 44-45; Carp, E. W., 1984, en especial 77-98.

22. Esta sección se basa en Bowler, R. A., 1975,8-9, 94-95, 109, 158 y passim ; Curtis, E. E., 1926, 100-104; Taaffe, S. R., 2003, 54; «The Siege of Charleston; Journal of Captain Peter Russell […]», 481. Sobre el crucial problema de los suministros británicos, véase TNA, T64/118, carta de Daniel Chamier a Robinson, 31 de marzo de 1777, citada en Curtis, E. E., 1926, 82. Las conexiones entre las decisiones estratégicas y los cálculos logísticos se tratan en Bowler, R. A., 1975, 241, 62-63, 67. El problema subyacente del suministro del Ejército británico en Norteamérica consistía en que este nunca llegó a controlar suficiente territorio como para satisfacer sus necesidades alimenticias. La división de la responsabilidad entre varios departamentos gubernamentales mal coordinados y un intercambio de información inadecuado exacerbaron los problemas logísticos británicos. La ración de los soldados se estipuló en 1 libra de vacuno o 9 onzas [recordemos que 1 onza es cada una de las 16 partes en que se divide la libra, equivalente a algo más de 28 g] de cerdo al día, más entregas semanales de avena, manteca, queso y guisantes. A veces se daba a los soldados una onza de arroz al día, y se repartía a diario un cuarto de galón (un litro) de ron por cada seis hombres. Baker, N., 1971, 4; PRO30/55/3/238 (1); Curtis, E. 1E., 1926, 89, 172; Mackesy, P., 1964, 65-68, 222-224.

23. Bowler, R. A., 1975, 53-54, 98-108; Baker, N., 1971, 3; Curtis, E. E., 1926, 94-97, cita en 94 («pan mohoso»). «[…] nuestro ejército»: citado en Fischer, D. H., 2004, 172. Los caballos consumieron 14 000 toneladas de heno y 6000 toneladas de avena al año.

24. Acerca de este párrafo, véase Bowler, R. A., 1975, 41-91, en especial 44-45, 48. Sobre Murray, véase Robson, E. (ed.), 1951, 29, carta a Betsy, 17 de junio de 1776; provisiones mínimas: 40-41.

25. «[…] luchar por»: Robson, E. (ed.), 1951, 40, carta fechada el 25 de febrero de 1777, citada en Clancy, M. J., 1960, 231. Véase también «Bamford's Diary: The Revolutionary Diary of a British Officer», 245; O'Shaughnessy, A. J., 2013, 103. Acerca de los intentos del ejército británico de desbaratar las expediciones de forrajeo de los continentales, véase, por ejemplo, GW a NG, 12 de febrero de 1778; también seis cartas del 15 al 20 de febrero de 1778, sobre las cuales véase también PNG , vol. II, 285-257; GW a NG, 16 y 18 de febrero de 1778; correspondencia entre GW y Lee, 16 a 25 de febrero de 1778; Stewart, F. H., 1929; carta del capitán Henry Lee Jr. a GW, 19 de febrero de 1778.

26. Kirkwood, R., 1910, «Book of Gen. Orders, 1777», 98, 104; Libro de Órdenes del coronel James Chambers del 1. er Rgto. de Pensilvania, 1778-1780, 22 de septiembre de 1778, HSP 973; Libro de Órdenes de Abraham Scranton, 1778, Cuartel General de Providence, 14 de septiembre de 1778, MCC 1262, LOC. Casas y graneros: correspondencia del Cuartel General en White Plains, 2 de noviembre de 1776. Fincas, huertas y arboledas: Libro de Órdenes del coronel Ward, 11 de marzo de 1776, Force 7E, rollo 55, ítem 155, LOC. «Orderly Books and Journals kept by Connecticut Men while taking part in the American Revolution, 1775-1778» en Connecticut Historical Society, 1899, vol. VII. Leña: Ebenezer Adams Orderly Book [Libro de Órdenes de Ebenezer Adams], de julio a octubre de 1776, entrada del 7 de octubre, LOC; Kirkwood, R., 1910, 104, 125-126; Coronel James Chambers, 1 st Pennsylvania Regiment, 1778-1780 [Libro de Órdenes del coronel James Chambers del 1. er Rgto. de Pensilvania, 1770-1780], entrada del 25 de septiembre de 1778, HSP 973; Christian Myers Orderly Book, July to Sept. 1779 [Libro de Órdenes de Christian Meyers, de julio a septiembre de 1779], entrada del 5 de agosto de 1779, MCC 1259, LOC; «Orderly Book of the Fourth New York Regiment, 1778-80» [Libro de Órdenes del 4.º Regimiento de Nueva York] en Orderly Books of the Fourth New York Regiment, 1778-1780 . Lauber, A. W. (ed.), 1932, 94; Charles Webb, Orderly Book, Nov. 11, 1775-July 26, 1776 [Libro de Órdenes de Charles Webb, 11 de noviembre de

1775 al 25 de julio de 1776], entrada del 5 de mayo de 1776, Connecticut Historical Society, American Revolution Collection, 1765-1844, rollo 3; Collection of American Orderly Books: General William Smallwood, Smallwood's Brigade, 1778-1779 [Libro de Órdenes del general William Smallwood, Brigada de Smallwood, 1778-1779], entrada del 20 de diciembre de 1778, HSP 973; Ebenezer Huntington Orderly Book [Libro de Órdenes de Ebenezer Hungtinton], entradas del 5 y del 13 de junio de 1779, Force 7E, rollo 16, ítem 63, LOC. Anuncios publicados: New-York Journal , 11 de abril de 1776 y el 2 de mayo de 1776. Origen del título de esta sección: «Los castigos están dirigidos a disuadir mediante el terror del escarmiento» en Williamson, J., 1971, vol. II, 153.

27. Órdenes Generales del 19 de septiembre de 1776.

28. GW, desde el campamento cercano a Kingsbridge, el 22 de septiembre de 1776. Véase también la defensa por parte de William Tudor, jefe de los letrados del Ejército [Judge Advocate General], de aumentar el número máximo de latigazos de 100 a 200. Cartas de Tudor a JA, 7 de julio y 23 de septiembre de 1776, PJA , vol. IV, 367; vol. V, 36-37. Véase también Cox, C., 2004, 95, acerca del coronel Joseph Reed, abogado del estado mayor de GW, a Hancock. GW a Hancock, el 25 de septiembre de 1776. Tenemos un ejemplo posterior en una carta de NG a GW, 26 de agosto de 1780, PNG , vol. VI, 233-234.

29. Sobre este párrafo y el anterior, véase GW a Hancock, el 25 de septiembre de 1776. Véase también Am. Arch ., 5.ª serie, vol. II, 498-500.

30. Adams, Diary , vol. III, 409-410, disponible en < http://64.61.44.187/publications/apde/portia.php?mode=p&id=DJA03p409 >. Véase también Brumwell, S., 2012, 247-248. El Comité sobre los Espías [Committee on Spies] se creó el 14 de junio; el Congreso debatió el informe el 7 de agosto y el 19 y 20 de septiembre. Los artículos se encuentran en JCC , vol. V, 788-807, véase en especial la sección XIII , art. 13, 21; la sección XVIII, art. 3. En cuanto al Ejército británico, véase Frey, S. R., 1979, 8, y 1981, 90; Steppler, G. A., 1987, 884, indica que el registro de castigos del 44.º Regimiento de Infantería revela un número variable de latigazos que iba desde una media de 267 (de los que

solo se llegaron aplicar 200) en 7 casos de abusos a civiles, o de 390 latigazos (solo 320 llegados a aplicar) en 28 casos de robo a civiles, hasta una media de 533 latigazos (494 aplicados) en 7 casos de faltas de respeto a oficiales.

31. GW al presidente del Congreso, 3 de febrero de 1781, PGW/EA . Podemos encontrar casos de castigos de latigazos en el Ejército estadounidense de cifras mucho mayores que las permitidas por el Congreso en Cox, C., 2004, 106-107; Ward, H. M., op. cit ., 162; Royster, C., 1979, 77-80; Neimeyer, C. P., op. cit ., 143-145, 210; Thacher, J., 1827, entrada del 1 de enero de 1780; Bernath, S. L., 1967, 97. Cien latigazos o más: GW al Comité del Congreso, el 28 de enero de 1778; General William Smallwood, Smallwood's Brigade, Orderly Book 1778-1779 [Libro de Órdenes de la Brigada del general William Smallwood, 1778-1779], entrada del 27 de abril de 1778, HSP 973; Caleb Boynton, Orderly Book, White Plains, July to Aug. 1778 [Libro de Órdenes de Caleb Boynton en White Plains, de julio a agosto de 1778], entrada del 16 de julio de 1778, LOC; Court Martial at Fishkill, July 1778 [Consejo de Guerra celebrado en Fishkill en julio de 1778], John Fisher Papers, Box 1, NYHS; libro de órdenes de Samuel McNeil, entrada del 27 de agosto de 1779 (amenaza de 500 latigazos a los saqueadores), NYHS. Las órdenes, que revelaban una frustración creciente, llegaron a amenazar la aplicación sumaria del castigo de forma inmediata. Kirkwood, R., 1919, 89, 98, 104, 123-126, 150, 181; véase también Neimeyer, C. P., op. cit ., 145. El número de ejecuciones militares estimadas, en las partes del Ejército de las que contamos con registros fiables, varía entre 40 y 75 comprendiendo todos los tipos de delitos. Esto sugiere, por lo bajo, no menos de un centenar de ejecuciones en total. En comparación, hubo unas 142 condenas capitales en el Ejército británico, lo que incluye de 40 a 50 por delitos no militares como asesinato, violación, robo y saqueo. Fuente: Gilbert, A. N., 1978, 58-59.

32. Sigo a Fischer, D. H., 2004, 117-121, 137; Ferling, J. E., 2007, 164.

33. Stedman, C., 1794, vol. I, 242-243. «Continuamos»: Charles Stuart a lord Bute, el 4 de febrero de 1777, citada en Montagu-Stuart-Wortley, V. H. G. (ed.), 1925, 99. Véase también la carta de

Richard Fitzpatrick a su hermano, del 5 de julio de 1777, Richard Fitzpatrick Papers, LOC. Los patriotas contaban historias similares, véase el documento firmado por W. Whipple, en Baltimore, el 15 de enero de 1777, John Langdon Papers, vol. I, HSP 353; carta de Alexander M'Whorter a un correspondiente desconocido, en Newark, el 12 de marzo de 1777, que fue impresa, por ejemplo, en el Pennsylvania Evening Post , 26 de abril de 1777. Acerca de las declaraciones de lealistas que testificaron acerca de saqueos británicos sin distinción por la adscripción política de las víctimas, véase AO13/1/106-111; 1/442-456; 9/256-283; 1 parte I, 111ª; 11/C1, 14/47; 8/170-242; AO12/22/137. Sin embargo, otros comandantes británicos no incluyeron el robo de «ganado rebelde» entre las prohibiciones genéricas de realizar saqueos: véase Campbell, A., 1981, 14-16 (cita en pág. 15), 20; Curtis, E. E., 1926, 114-115. Sobre los oficiales que tomaron medidas disciplinarias tajantes contra los saqueadores, véase también Robertson, J., Klein, M. M., Howards, R. W. (eds.), 1983, 32, 37, 120-121 y passim .

34. «[…] por desgracia»: «Proposed Reformation for the American Army» (s. f.), Germain Papers, vol. 17/41. En Fischer, D. H., 2004, 172-178, encontramos un excelente análisis sobre cómo el necesario forrajeo y saqueo británico socavó la política de pacificación. Para otras fuentes sobre la repercusión política del saqueo, véase también Letter to unid. Correspondent, Newark, Mar. 12, 1777 [Carta a correspondiente no identificado, en Newark, el 12 de marzo de 1777], que fue impresa, por ejemplo, en el Pennsylvania Evening Post , 26 de abril de 1777; HSP 353, John Langdon Papers, vol. I, 15 de enero de 1777.

35. Fischer, D. H., 2004, 129-132 (cita en 129), 155-156. «[…] el suelo»: citado en Schecter, B., 2002, 268.

36. GW, Instructions to Colonel Benedict Arnold, for Canada campaign, Sept. 14, 1775 [Instrucciones al coronel Benedict Arnold para la campaña de Canadá, el 14 de septiembre de 1775]. Véase también la carta del marqués de Malmedy a NG, 10 de marzo de 1781, PNG , vol. VII, 424-425; Stedman, C., 1794, vol. I, 242-243. «[…] en un mero plan de saqueo»: GW, Circular to Pulaski and Colonels of Horse, Oct. 25, 1777 [Circular para Pulaski y los coroneles de Caballería, 25 de octubre de 1777]. Acerca de las

órdenes estadounidenses de tratar a algunas poblaciones locales con indulgencia por ser en ellas mayoritarios los patriotas, véase carta de NG a Wayne, del 19 de diciembre de 1778, PNG , vol. III, 120. No solo los continentales saqueaban de forma habitual las propiedades de los lealistas, también lo hacían las milicias patriotas. Cuando eran contingentes lealistas los que robaban a patriotas, entonces estos exigían que dichos contingentes pagaran un impuesto para que ellos recibieran compensaciones. Véase GW a WL, el 24 de enero de 1777; Adelberg, M. S., 2010; Leiby, A. C., 1992, 84-90; Kelby, W. (ed.), 1972, 9, 21, 28, 23, 58, 66, 95; Burgoyne, B. E. (trad.), 1955, 45-46.

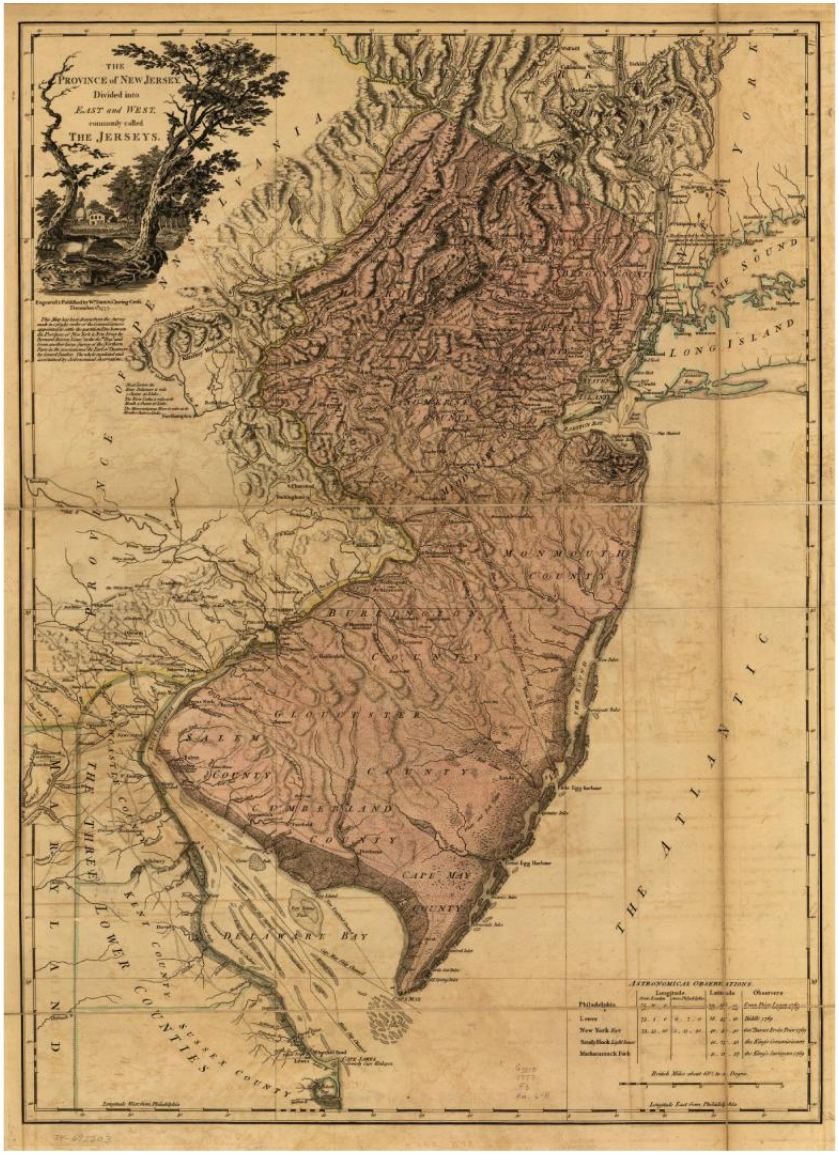
37. Las exhortaciones de Washington y de otros comandantes para respetar los ideales de su causa, que no cesaron en toda la guerra, pueden verse, por ejemplo, en las Órdenes Generales del 4 de septiembre de 1777; Ward, H. M., op. cit ., 65-66; Fisher, E., 1880, entradas del 6 al 28 de octubre de 1778; Neagles, J. C., 1986, 90; DLAR 458, Gen. Wm. Heath Order Book [Libro de Órdenes del general William Heath], 14 de agosto de 1777; HSP Am. 626, vol. 1, 13 de enero de 1778; Orderly Book of the New Jersey Brigade, July-Oct. 1780 [Libro de Órdenes de la Brigada de Nueva Jersey de julio a octubre de 1780], entradas del 9, 16 y 23 de agosto y del 12 de septiembre de 1780, NYPL. Lee, W. E., 2011, 193, 199, es optimista acerca del comedimiento de los soldados del Ejército Continental, y concluye afirmando: «Los continentales no fueron nunca perfectos, pero no podemos dudar de que los esfuerzos disciplinarios de Washington redujeron mucho los daños que infligieron en el campo» (pág. 199).

38. Fischer, D. H., 2004, 133-135. «[…] plena autoridad»: cita tomada de Ferling, J. E., 2007, 168.

_____

*N. del E.: 40 pies equivalen a 12,19 m.

** N. del T.: Podríamos traducir Comfort Sage, aproximadamente, como «Consuelo Sabio».



La Provincia de Nueva Jersey, dividida en Este y Oeste, comúnmente llamadas las Jerseys (Londres, 1777), de William Faden, Bernard Ratzer y Gerard Bancker.

Capítulo 5

Cuerpos violados

El 31 de mayo de 1777, una patrulla de 10 soldados del Ejército Continental comandada por el teniente William Martin fue emboscada por una unidad hessiano-británica de 15 efectivos entre Raritan Landing y la localidad de Bound Brook, en Nueva Jersey. Tras resultar heridos de gravedad 2 soldados alemanes, sus camaradas se enfurecieron tanto que «allí mismo acuchillaron hasta la muerte al oficial rebelde y a 6 hombres», escribió el coronel conde Carl von Donop, jefe de las fuerzas alemanas en Nueva Jersey. La desagradable tarea de este último había sido, durante el invierno previo, proteger una serie de poblaciones expuestas a lo largo del río Delaware.1

Al día siguiente, el general Washington se aseguró de que se recuperara el cuerpo del teniente Martin y fuera llevado a su cuartel general, en Bound Brook. Entonces ordenó que el maltratado cadáver fuera lavado y luego expuesto como prueba de la brutalidad del enemigo. Un ayudante muy cercano a Washington, Alexander Hamilton, compartió sus observaciones con John Jay, congresista por Nueva York. Según Hamilton informó desde el lugar, Martin había sido víctima de «la más bárbara carnicería». No había sufrido

ni una sola herida de bala, pero lo habían cosido con la espada. Tenía varios cortes en la cabeza, todos suficientes para despacharlo, aparte de varias heridas menos graves por el cuerpo y las manos. Está claro que se le administró la crueldad más desenfrenada e

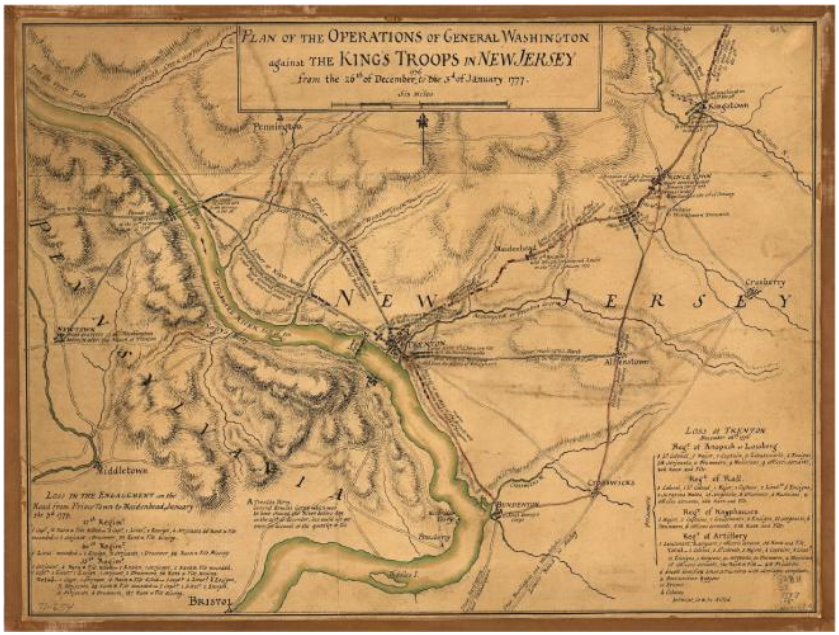
innecesaria cuando estaba incapacitado del todo para resistirse. De esto no hay duda.

En cuestión de días, los periódicos patriotas ya ofrecían detalles de cómo Martin, pese a haber pedido cuartel, había sido «masacrado con la mayor crueldad; quedaban a la vista diecisiete heridas, la mayoría de las cuales, según dicen, eran mortales por sí solas». En las entradas de diarios personales como el del reverendo Dr. Henry Melchior Muhlenberg, las heridas de Martin se transformaron –aunque lo más probable es que no las viera en persona– en mutilaciones de torturadores: «Le arrancaron los ojos, le cortaron la nariz y, para terminar, lo mataron las cuchilladas de diecisiete hombres y su cuerpo fue abandonado, tirado en el campo». Las 17 heridas se habían convertido en 17 soldados enemigos que hundían sus fríos aceros en el sumiso cuerpo del estadounidense.2

El día después de la especie de capilla ardiente que montó en el campamento, Washington ordenó que una escolta militar llevara el cadáver de Martin en una caja cubierta de tela hasta el cercano cuartel general británico del general Cornwallis. Los centinelas se negaron a permitir que dicho cargamento atravesara su perímetro. Sin embargo, sí examinaron la carta de Washington en la que este se quejaba del «espíritu de crueldad desenfrenada que ha influido en varias ocasiones en la conducta de vuestros soldados». Martin había sido, por tanto, «asesinado innecesariamente en las circunstancias más agravantes de barbarie». Él, Washington, había decidido llevar el «destrozado cuerpo [de Martin] a vuestras líneas como testimonio irrefutable del hecho, por si alguien lo dudara, y porque es la mejor forma de apelar a vuestra humanidad para que se atienda con justicia nuestra queja». Un oficial británico echó un vistazo rápido al interior del improvisado ataúd y replicó «que él no era un comisario*». Aquel era un comentario desdeñoso dirigido contra la pericia valorativa de los estadounidenses –es decir, que cuestionaba su capacidad de valoración de una prueba física y de juzgar si se habían conculcado o no los códigos de la guerra–, a la vez que rechazaba el ataúd. Cornwallis, en su respuesta oficial a Washington, negó que Martin hubiera pedido cuartel en ningún momento. Afirmó que la naturaleza de su muerte, debida a los

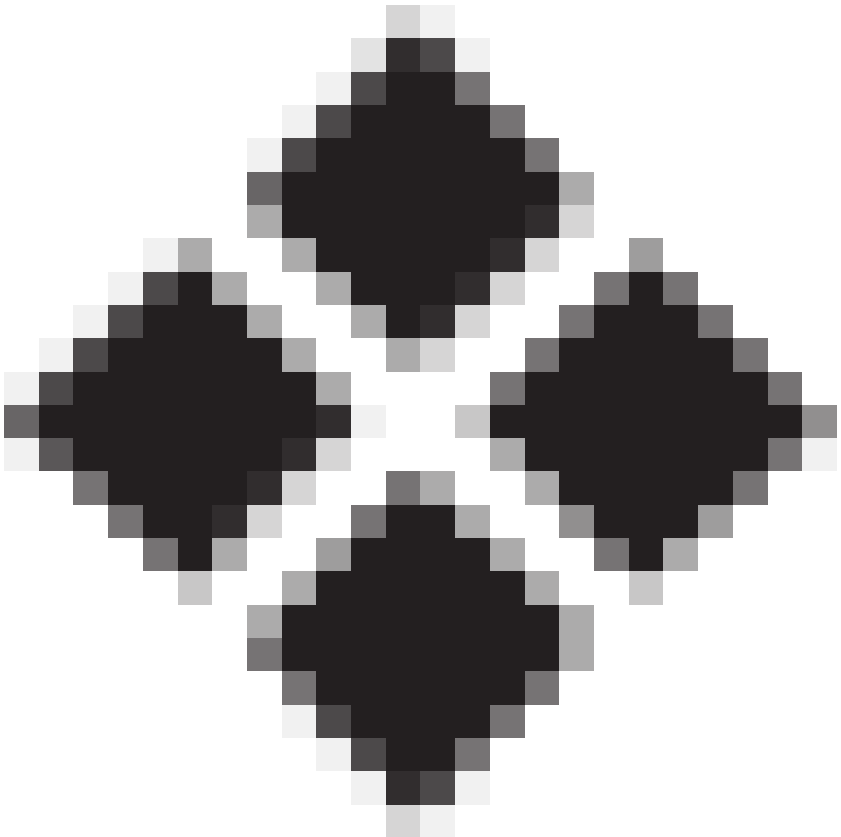
sables de múltiples adversarios, era la causa de las graves heridas que Washington presentaba, de forma errónea, como prueba de que se hubiera cometido una atrocidad. «Cuando se mata a un hombre de esa manera –concluía Cornwallis–, su cuerpo queda, por supuesto, destrozado».3

Al entregar el cuerpo de Martin de un modo tan teatral, Washington había buscado una forma muy llamativa de demostrar el delito de los británicos. No obstante, aquella primavera –en la que continuaron llegando reportes de que los británicos violaban a menudo los códigos de la guerra–, los revolucionarios y, en especial, el Congreso Continental y el Ejército Continental, también comenzaron a recurrir, cada vez más, a métodos de investigación y de análisis forense. Tenían la esperanza de que los cuerpos acribillados en pequeñas derrotas militares se convirtieran en bazas morales y dialécticas en su guerra por obtener el apoyo popular de los norteamericanos, e incluso para atraerse las simpatías de los británicos y de otros países.



Plano de las operaciones del general Washington contra las tropas del

rey en Nueva Jersey desde el 26 de diciembre de 1776 al 3 de enero de 1777 (Londres, 1777), de William Faden.

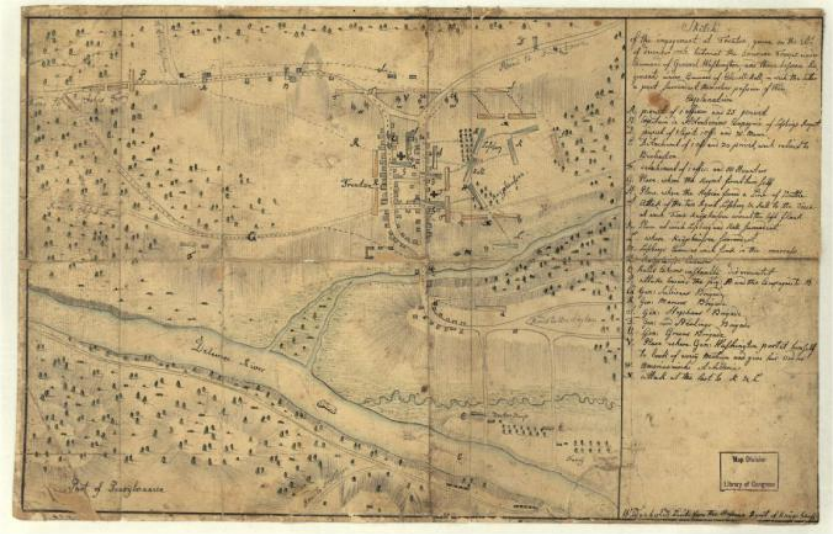


La noche del 25 de diciembre de 1776, mientras una tormenta de nieve «se transformaba en cellisca» que cortaba «como un cuchillo», Washington efectuó el hoy legendario cruce nocturno del helado río Delaware con unos 2400 de sus hombres. «Soldados, manteneos junto a vuestros oficiales, ¡por el amor de Dios!, manteneos junto a vuestros oficiales», les había dicho el comandante en jefe a sus hombres «con una voz profunda y solemne». Unos soldados sin calzado que se habían «atado viejos harapos alrededor de los pies, otros descalzos», fueron transportados en barcas de remo por los mismos pescadores de Marblehead que antes habían tripulado las barcas en las que Washington se había retirado de Long Island.

Alrededor de las ocho de la mañana, los efectivos de Washington sorprendieron a unos 1500 hessianos en Trenton, una pequeña población junto al Delaware. Del centenar de casas de Trenton, muchas habían sido abandonadas por sus habitantes; las tropas hessianas y los refugiados lealistas del área rural cercana compartían unos grandes barracones de piedra que databan de la Guerra de los Siete Años. Allí, según dejó escrito un hessiano, no habían «dormido una noche en paz desde que llegamos a este lugar». En las condiciones atmosféricas imperantes de nieve, lluvia y viento, las tropas continentales tuvieron dificultades para recargar sus mosquetes. Gran parte de la lucha –calle a calle, casa a casa– se desarrolló a base de culatazos, con las (escasas) bayonetas, con espadas y con las propias manos desnudas. Concluida la batalla, que duró poco más de una hora, un centenar de hessianos habían resultado muertos o heridos y más de novecientos habían caído prisioneros. Hubo 8 heridos y 4 muertos estadounidenses. Washington se retiró y pronto comenzó los preparativos de una segunda incursión.4

El 2 de enero, el general Cornwallis llegó a Trenton con unos 5500 efectivos británicos. Ya había situado en Princeton 1200 hombres, entre los que había dragones ligeros, a las órdenes del teniente general Charles Mawhood. Washington, que para entonces había vuelto a cruzar el Delaware, retiró su ejército de la posición que ocupaba al sudeste de Trenton durante la noche. Envió al general Hugh Mercer, con 350 soldados de infantería, a bloquear el acceso a Princeton 3 km al sudoeste de la localidad, en el puente que cruzaba el arroyo Stony. Al día siguiente, el 3 de enero, Mawhood chocó con Mercer en una arboleda cercana. Después de disparar una descarga cerrada a poco menos de 50 m de distancia, Mawhood ordenó una carga a la bayoneta que desbarató a la fuerza enemiga. El caballo de Mercer resultó abatido y el general, tras ser rodeado por numerosos soldados británicos, fue herido de muerte. Pese a todo, los estadounidenses prevalecieron en la batalla de Princeton, en la que tuvieron 23 muertos y 20 heridos, mientras que los británicos tuvieron 28 muertos, 58 heridos y 187 entre desaparecidos y los que cayeron prisioneros. Según recordaría un testigo más tarde, el gélido suelo del campo de batalla provocó que «toda la sangre que se había derramado quedara en la superficie, lo que aumentaba el horror de aquella escena de carnicería». El área

estaba cubierta con los cuerpos de los soldados británicos y estadounidenses; al día siguiente, algunos fueron enterrados en una fosa común conjunta. Desde Trenton a Princeton los británicos habían perdido alrededor de 2000 hombres y los revolucionarios solo 200.5



Croquis del enfrentamiento de Trenton, sucedido el 26 de diciembre de 1776 entre las tropas americanas bajo el mando del general Washington y tres regimientos hessianos bajo el mando del coronel Rall, en el que una parte de los últimos se entregaron como prisioneros de guerra (1776), de Andreas Wiederholdt.

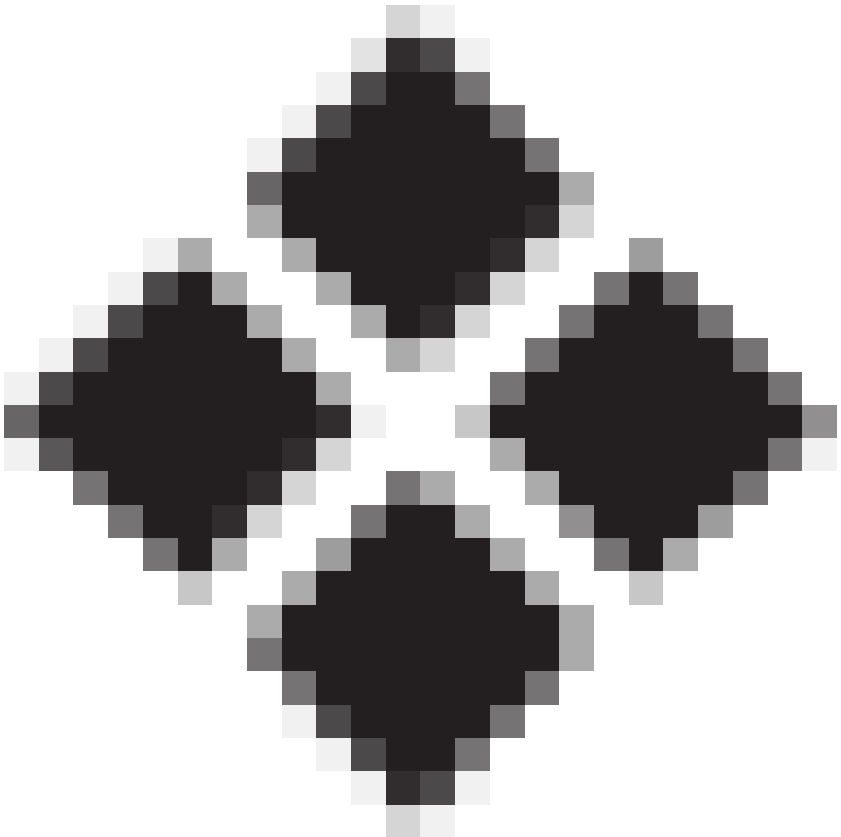
La noticia de las victorias de Washington no llegaría a Londres hasta mediados de febrero. Debido a que el primer ministro convalecía entonces de un accidente a caballo, lord Germain, representante del ala dura, dirigió la respuesta del gabinete: Howe debía actuar «con menos lenidad». Se iban a enviar a Norteamérica 6 grandes buques de guerra y 6000 soldados adicionales. Los lealistas y los nativos norteamericanos debían hostigar la frontera occidental desde Nueva York a Virginia, y los ejércitos británicos

pasarían a la ofensiva en Canadá y en Nueva Inglaterra y tomarían Filadelfia.6

Tras las inesperadas victorias de Washington en Trenton y Princeton, el ejército británico se retiró de toda Nueva Jersey, a excepción de Amboy y del campamento de invierno que tenía en la localidad de Nuevo Brunswick. Los patriotas restablecieron el control civil y militar sobre la mayor parte del estado. Dentro de esa labor colgaron a 2 lealistas, y al menos otros 30 optaron por alistarse para evitar un destino similar. Los lealistas de Nueva Jersey, escribe un historiador, «continuaron la lucha, pero nunca llegaron a establecer una base regional efectiva en apoyo del resurgir de la autoridad política real». Los reportes de Trenton y Princeton dispararon la moral de los patriotas: «Unos pocos días antes habían dado la causa por perdida» mencionó Nicholas Cresswell, viajero británico entonces en Virginia. «Sus éxitos recientes han cambiado las tornas y ahora están todos locos de nuevo por la libertad. Sus piquetes de reclutamiento antes no conseguían ni un hombre […] la cosa ha cambiado desde la semana pasada, ahora los hombres llegan en compañías completas».7

Después de la humillación de los hessianos en Trenton, Van Donop había indicado a sus hombres que no tomaran prisioneros. Estas órdenes, tal vez, fueron las que condujeron después a la brutal muerte del teniente Martin, aquella misma primavera. De hecho, a lo largo de la campaña de invierno, no dejaron de circular rumores acerca de que los británicos estaban quebrando los códigos éticos de la guerra en el campo de batalla. A mediados de enero, el Congreso dio el paso, sin precedentes hasta entonces, de nombrar un comité de investigación encargado de indagar dichas acusaciones. Los representantes de la nación, muchos de ellos con estudios de derecho, asumieron la labor de revelar los posibles crímenes de guerra. En el fragor de la batalla, nadie tenía tiempo de observar, ni mucho menos verificar, esas transgresiones, así que debía hacerse después. Dilucidar los hechos de los rumores, de las suposiciones y de las falsas pruebas pondría a prueba la habilidad y el criterio de los investigadores del Congreso. Sin embargo, un relato plausible, respaldado por pruebas, de las atrocidades enemigas contra los combatientes estadounidenses, así como contra los prisioneros y los civiles, sería una nueva arma crucial en la guerra civil imperial y

una herramienta decisiva, también, en el proyecto de forjar la nueva nación estadounidense.8



El presidente oficial del comité de investigación era Samuel Chase, de Maryland. Sin embargo, su jefe real fue el reverendo John Witherspoon, clérigo presbiteriano de cincuenta y cinco años y presidente del Colegio Universitario de Nueva Jersey (que más adelante se convertiría en la Universidad de Princeton). Witherspoon –igual que Washington– era uno de esos jefes patriotas cuyas efigies habían sido quemadas en Staten Island por lealistas exaltados una noche después de una tormenta, en julio de 1776. Más tarde, cuando las fuerzas británico-hessianas comenzaron a saquear las áreas cercanas a Hopewell y Maidenhead, Witherspoon y su familia huyeron a Princeton antes de que llegara el enemigo.

Ahora, Witherspoon volvía a su ciudad –en cuyo vecindario habían sucedido muchas de las supuestas transgresiones– con la intención de establecer en ella un improvisado puesto de mando.9

El Dr. Benjamin Rush, cosignatario de la Declaración de Independencia, consejero de Washington y cirujano durante la campaña de Nueva Jersey, nos ofrece su visión de Princeton en los primeros días de enero de 1777. Era «un pueblo abandonado» que parecía que «hubiera sido asolado por la peste y por un terremoto, así como por las calamidades de la guerra»; su iglesia y colegio estaban en ruinas y sus habitantes habían sido víctimas del pillaje. La residencia de Witherspoon, escribe un historiador de la campaña, estaba «hecha un desastre; se habían sustraído o arruinado los muebles de valor, la biblioteca de libros raros había sido saqueada, y los contenidos del Nassau Hall [el edificio más antiguo del colegio universitario] –libros, aparatos científicos y un célebre planetario que tenía fama de estar entre los mejores del mundo– habían desaparecido». En enero de 1777, un sargento apellidado Young, que servía en una compañía de infantería de Filadelfia, comentaba el efecto del pillaje enemigo: «No pude evitar advertir la devastación y la destrucción hecha por aquellos hijos de la sangre y el crimen». En Trenton «las casas están desbaratadas que da pavor y se han llevado todos los objetos de valor».10

Witherspoon y sus colegas iniciaron su investigación hablando con los vecinos y escuchándolos. Descubrieron que «la opinión generalizada de la gente del vecindario de Princeton y Trenton era que el enemigo, el día antes de la batalla de Princeton, había decidido no dar cuartel». El testimonio de los lugareños que podían haber escuchado conversaciones de los oficiales y soldados enemigos, o que pudieron ayudar al cuidado de los heridos y los moribundos, apuntaba a transgresiones como el asesinato de soldados heridos e indefensos. Los rumores se vieron corroborados por pruebas físicas, en concreto cadáveres: «Oficiales heridos e impedidos, algunos de ellos de primer rango, fueron bárbaramente mutilados o asesinados». El comité iba descubriendo que, ante aquel enemigo, parecía que ni los oficiales caballeros estaban protegidos por los códigos de la guerra.11

Los investigadores, después, analizaron con detenimiento los libros

de registro de órdenes capturados a los británicos en la batalla o abandonados por las unidades enemigas en su huida. Un documento de ese género, descubierto en Trenton, revelaba las instrucciones emitidas por el comandante en jefe británico para que todo lugareño que fuera hallado armado sin que hubiera un oficial presente, fuese «apresado de inmediato y colgado». La orden se dirigía, con toda probabilidad, contra la milicia, las tropas irregulares y los combatientes ilegales, no contra los soldados regulares. Sin embargo, Thomas Paine también citó, en el segundo de sus famosos ensayos titulados Crisis, ese mismo libro de órdenes como prueba de la barbarie del enemigo. Paine responsabilizó al Imperio británico de infligir sufrimientos físicos a personas a lo largo y ancho de los dominios globales de Gran Bretaña. Acusaba al Imperio de haber cometido «pecados nacionales» que demandaban un «castigo nacional». «La sangre de la India aún no ha sido pagada, ni las desgracias de África compensadas», continuaba Paine, sacando los colores a la conciencia imperial. «En los últimos tiempos [Gran Bretaña] ha agrandado la lista de sus crueldades nacionales con la destrucción carnicera de los caribes de San Vicente», donde aludía a la supresión de una revuelta indígena en las Antillas pocos años antes. Estas acusaciones contra Gran Bretaña por brutalidades cometidas en distintas partes del planeta todavía resonaban en los oídos de la opinión pública cuando Paine amplió el mismo argumento a las colonias británicas de Norteamérica. La intención de la reciente campaña de los invasores en Nueva Jersey había sido «matar, conquistar, saquear, indultar y esclavizar: y las rapacerías de vuestro ejército por las Jerseys han tenido tal marca de barbarie como si os hubieseis declarado, vos mismo, príncipe de los rufianes».12

En su búsqueda de pruebas plausibles de la existencia de crímenes de guerra, el comité también interrogó a prisioneros enemigos (o es posible que algunos cautivos proporcionaran la información libremente). El presidente del comité, Chase, le escribió a Washington que se había enterado de que algunos soldados británicos capturados en Princeton habían revelado las órdenes dadas por un mayor: «[…] resistir hasta que los hagamos pedazos y no tomar prisioneros». Washington, no obstante, todavía no estaba en condiciones de confirmar aquel dato de forma definitiva.13

El comité, en su persistente indagación de pruebas irrefutables, documentó con cierto detalle una historia en la que intervenían dos clérigos, uno de ellos en el papel de víctima y el otro como informante. Tras la batalla de Trenton, el reverendo George Duffield hizo una deposición ante un juez de paz. El testimonio de Duffield se basaba, en parte, en rumores locales, aunque provenía de personas «de cuya veracidad –según le garantizaba al funcionario legal– haría depender mi persona sin dudarlo». El protagonista de la historia de Duffield era un colega clérigo, el reverendo de sesenta y tres años John Rosbrugh, capellán presbiteriano escocés de Allen Township (Pensilvania) y padre de cinco hijos pequeños. Unas pocas semanas antes, Rosbrugh había reunido a miembros de su congregación y se los había llevado para que se unieran al ejército de Washington. El 27 de diciembre, cuando se disponía a cruzar el Delaware para entrar en Nueva Jersey, Rosbrugh pergeñó una breve letra para su esposa sin bajarse del caballo. Quería que estuviera preparada por si «esta fuera la última carta que vayas a recibir de tu marido».14

El 2 de enero, Rosbrugh llevaba un rato refrescándose en una taberna de Trenton cuando oyó fuera una pelea. Salió de la taberna y, tras echar a correr para escapar de un grupo de hessianos, estos lo alcanzaron en la orilla de un arroyo. Rosbrugh se rindió «implorando clemencia y suplicando por su vida», pero parece que un hessiano lo golpeó en la cabeza con una espada o un alfanje que le atravesó la peluca y le hendió el cráneo. También acuchilló a Rosbrugh varias veces con su bayoneta llamándole «maldito clérigo rebelde». Se dice que oficiales enemigos «encomiaron mucho al delincuente por lo que había hecho, que después de haber sido así masacrado lo desnudaron, y que en ese estado quedó tirado en campo abierto». (Otros testimonios dicen que los asaltantes robaron y desnudaron primero al ministro y que luego lo mataron mientras estaba arrodillado, desnudo, y les suplicaba piedad). Duffield, que llegó a ver el cadáver de su colega, «observó que, además de los golpes que le habían dado en la cabeza con algún arma afilada, había sido acuchillado con una bayoneta en la nuca y entre las costillas, en el lado derecho, herida esta última que parecía muy profunda y [aunque esto pudiera no resultarle creíble a un médico] desde la cual, incluso entonces, emanaba una gran cantidad de sangre». Los vecinos, más tarde, enterraron el cuerpo destrozado del

clérigo.15

Testimonios como el de Duffield descansaban sobre una mezcla de lo que le habían contado y de observaciones personales. El comité ansiaba obtener declaraciones adicionales en primera persona. En un documento de especial impacto emocional, el teniente Bartholomew Yates, del 1.er Regimiento de Virginia, hizo una declaración jurada, en su lecho de muerte, en la que detallaba la manera en que había sufrido sus heridas mortales, en Princeton, a principios de enero. Yates relató la secuencia de los hechos a partir de que un soldado británico se le aproximara jurando y con su mosquete en ristre. Yates reaccionó suplicando «cuartel», pero el soldado enemigo «cargó su mosquete deliberadamente y le disparó en el pecho, y luego lo acuchilló en trece lugares con su bayoneta. Un poco después, este mismo u otro soldado se acercó a él y, al percibir algunas señales de vida, [lo golpeó] con la culata de su mosquete». (Observemos el detalle anatómico, que contiene una cuenta precisa de las heridas, igual que hemos visto en el caso de Martin, aunque este testimonio lo tomara un profesional del derecho y no un médico como sí sucedió en otros casos). Washington escribió acerca del caso de Yates al gobernador de Nueva Jersey, William Livingston, aseverando que el teniente había suplicado cuartel, pero que «fue masacrado por un soldado británico».16

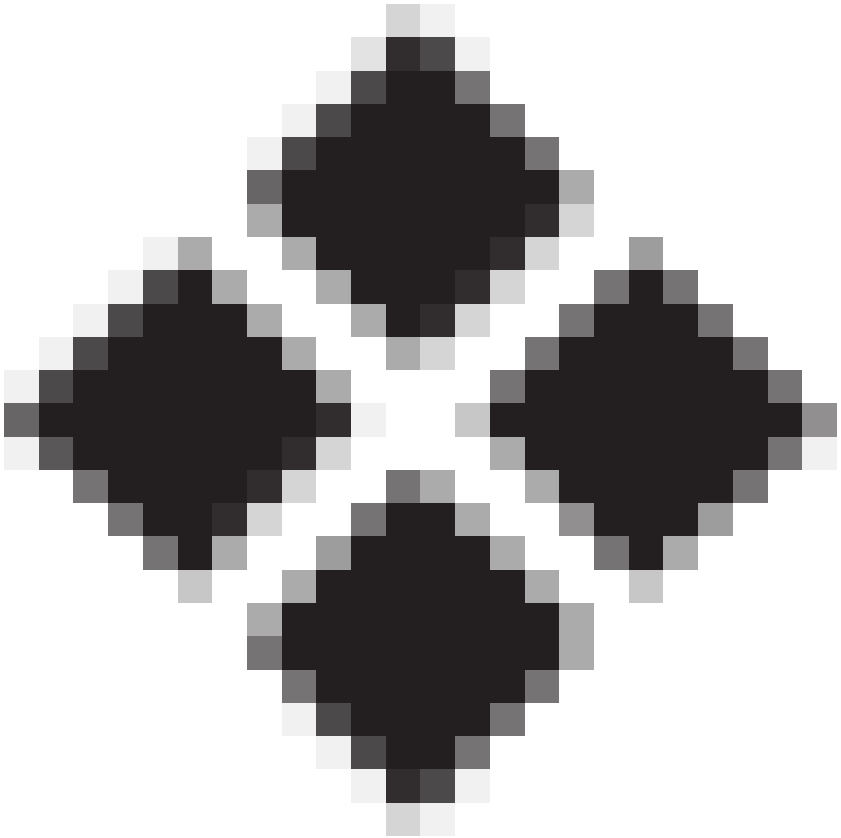
Los relatos estadounidenses metían en el mismo grupo la suerte de Yates y la del general Hugh Mercer. Este último, que había sido aprendiz de cirujano del ejército rebelde en Culloden, se había escondido tras la derrota de los jacobitas y al final había escapado a América, donde ejerció de médico en la frontera. Tras servir en la Guerra de los Siete Años, Mercer se instaló como médico en Fredericksburg (Virginia) y se hizo miembro de la misma logia masónica que su amigo George Washington. Al estallar la Guerra de la Revolución, por segunda vez en su vida, fue a la guerra en el bando de los rebeldes contra la monarquía hannoveriana. Ascendido a general de brigada, acompañó a Washington durante su retirada por Nueva Jersey.

El 3 de enero, después de que el regimiento de Mawhood hubiera desbaratado la brigada de Mercer en un ataque a la bayoneta en la

arboleda situada a 3 km de Princeton, los casacas rojas, una y otra vez, «ensartaron y aporrearon al puñado de heridos abandonados». Mercer, al ser abatido su caballo de un disparo, acabó separado de sus hombres y rodeado por un destacamento británico. Como se negó a rendirse, lo golpearon y bayonetearon en repetidas ocasiones. Según supo el comité del Congreso más tarde, Mercer, mientras yacía moribundo en la vivienda de una granja cercana al campo de batalla, predijo que no lo matarían las heridas que tenía en la cabeza o el estómago –heridas por las que el Dr. Rush se había mostrado preocupado–, sino una pequeña situada bajo el brazo derecho, la cual le recordaba las heridas de bayoneta localizadas en ese mismo lugar, bajo el brazo de la espada, que había visto en escoceses de las Tierras Altas muertos en Culloden.17

Es obvio que el caso de Mercer divergía del de Yates en un aspecto clave: no es que los británicos le hubieran negado cuartel a Mercer, sino que este se había negado a solicitarlo. Según los códigos de la guerra vigentes entonces, Mercer había sido muerto de forma legítima «en el fragor de la acción», no asesinado «a sangre fría». Sin embargo, esto no redujo el valor propagandístico del incidente. El cadáver de Mercer fue después expuesto en público en una cafetería de Filadelfia, ofreciendo, igual que en el caso de Martin, un muy meditado espectáculo macabro diseñado para provocar la indignación de los patriotas. A principios de 1777, la historia del cruel tratamiento que había tenido Mercer en el acto de rendirse obtuvo notoriedad con rapidez y sirvió para agigantar la relevancia política y espiritual que los patriotas daban a su causa. Mercer fue enterrado como un héroe-mártir que había muerto por su país de adopción: «Era el duelo de la nación por el primero de sus hijos», explicó un orador con ocasión de su segunda inhumación en 1840.18

La muerte del general Hugh Mercer (1786), de Jonathan Trumbull.



Una vez que el comité acabó de ensamblar los fragmentos de los rumores, los testimonios de los testigos y las pruebas físicas, así como el resumen de sus hallazgos, el Congreso Continental aceptó formalmente su informe el 18 de abril de 1777. Su contenido comenzó a publicarse de inmediato, por entregas, en el Pennsylvania Evening Post. Los periódicos de todos los estados no tardaron en reimprimirlo, junto con las pruebas que había reunido el comité. El Consejo de Seguridad de Nueva York urgió al Congreso a que publicara la totalidad del informe en un panfleto para aumentar su distribución e impacto. De hecho, afirmaba, había que enviar ejemplares a Europa y a las Indias Occidentales británicas para «proporcionar a los partidarios de la humanidad y de los derechos del hombre una idea verdadera del espíritu con que el rey de Gran Bretaña paga y libra esta guerra perversa contra nosotros».

Aquel verano, el Congreso ordenó que se imprimieran 4000 copias en inglés y 2000 en alemán. Las últimas debían persuadir a las abundantes poblaciones germanohablantes de estados como Pensilvania de la inferioridad moral de Gran Bretaña y de la legítima necesidad de la causa estadounidense. No se ha hallado ningún ejemplar de dichas copias, pero lo principal del informe circuló por América y Europa gracias a la prensa y al boca a boca. En 1778, los principales políticos británicos de la oposición se sirvieron de la investigación para recordarle a la clase política la deteriorada imagen que ofrecía su nación: el informe de los congresistas que describía «las barbaridades ejercidas por los oficiales de su Majestad y sus subordinados en América» se había publicado por entregas en la proestadounidense Gazette de Leyde, uno de los periódicos más importantes de la Europa continental. Sin embargo, debido a que el informe estaba tan repleto de «hechos odiosos y repulsivos», su editor, a pesar de su posición política, no llegó a publicar el material original en su totalidad.19

Merece la pena recordar que, en aquella época, a la mayoría de la gente le resultaba difícil obtener noticias de la guerra, incluso las más básicas. Tal vez no hubo nadie que informara sobre la campaña con más inmediatez que Thomas Paine, quien, en agosto de 1776, en Long Island, actuó de secretario del general Daniel Roberdeau; luego fue edecán del general Nathanael Greene en el fuerte Lee y, más tarde, acompañó a Washington durante la retirada a través de Nueva Jersey. Aparte de él, las fuentes de información principales acerca de la evolución de la guerra eran los reportes que el general Washington enviaba al Congreso y los que otros oficiales de alta graduación remitían a los respectivos gobiernos de sus estados, de los cuales se solían imprimir extractos o su totalidad.20

Aunque la escasez de imprentas, papel y tinta por causa de la guerra –unida a las malas carreteras, los caprichos del clima y los peligros de atravesar zonas de guerra fluctuantes– afectó a la producción y distribución de la prensa escrita, la gente recibía en todas partes las noticias de la guerra gracias a los medios impresos, en concreto los periódicos. De este modo se forjó, además, un sentimiento de estar implicados en una lucha nacional, no solo local. Los periódicos, explica un historiador, «unieron las colonias de una forma que no estaba al alcance del improvisado gobierno de

tiempos de guerra».21

Los líderes de ambos bandos advirtieron el poder de los medios impresos. Washington llegó a solicitar al Congreso una pequeña imprenta portátil y un «hombre avispado […] que se dedicara en exclusiva a escribir para la misma», subrayando que su intención era contrarrestar cualquier posible «falsedad o malinterpretación» difundida por el enemigo. Por lo que sabemos, la petición de Washington no fue atendida. De todos modos, lo que permitió que los patriotas ganaran apoyo a su causa fue la combinación de unas instituciones cuasinacionales –el Congreso Continental y el Ejército Continental– y la prensa. Un informe fruto de una investigación del Congreso, basado en informaciones obtenidas del alto mando del Ejército y de testigos locales, podía adentrarse en cuestiones muy resbaladizas de la guerra con una credibilidad sin parangón.22

En el mundo actual de tribunales internacionales, juicios por crímenes de guerra y comisiones por la verdad y la reconciliación, tal vez estamos acostumbrados a dar por hecho la investigación sistemática de las irregularidades que se cometen en los conflictos armados. Pero, en 1777, que se emprendiera, bajo los auspicios del Congreso, una misión destinada a descubrir los hechos, era una auténtica novedad. Ningún organismo británico, ni militar ni político, emprendió un esfuerzo similar. El informe estadounidense tuvo un peso político y moral considerable en la opinión pública, tanto internamente como en el exterior. Algunas revelaciones eran explosivas: los soldados británicos no solo representaban un peligro para los soldados de los Estados Unidos en el campo de batalla, sino también para las mujeres en el interior de sus propios hogares.

EL RECUENTO DE LAS VIOLACIONES

Incluso antes de que el comité de congresistas comenzara sus trabajos en enero de 1777, individuos particulares y comités revolucionarios que operaban en la frontera que limitaba Pensilvania y Nueva Jersey habían comenzado a investigar

informaciones acerca de violaciones. A mediados de diciembre de 1776, cuando el ejército de Washington se enfrentaba al de Howe situado al otro lado del Delaware, una octavilla impresa en el condado de Bucks describía con detalle abusos sexuales sucedidos en Nueva Jersey: «El progreso de las tropas británicas y hessianas a través de Nueva Jersey ha sido acompañado por escenas de desolación y escándalo tales que avergonzarían a las naciones más bárbaras». Según la mencionada octavilla, tres mujeres, entre ellas una niña de apenas quince años, habían sido víctimas de abusos por parte de soldados británicos e incluso de un oficial. Aquello no tardó en reimprimirse en periódicos de diversos estados. Otras dieciséis mujeres, tras intentar escapar de sus agresores escondiéndose en el bosque, habían sido descubiertas y llevadas a la fuerza a un campamento militar británico, donde se daba por hecho que habían sido violadas. El mayor general Nathanael Greene también hablaba, entonces, de que cientos de mujeres habían sido violadas en Nueva Jersey. La cifra era indemostrable y tal vez estaba inflada, pero daba la medida de una preocupación muy cierta sobre los abusos sexuales protagonizados por los soldados enemigos.23

El Consejo de Seguridad de Pensilvania llamó a los hombres de Estados Unidos a movilizarse no solo para defender sus libertades y «para evitar que saqueen vuestras propiedades», sino también «para proteger la inocencia de vuestras esposas e hijas». Hasta los periódicos británicos reconocían que los esfuerzos reclutadores de los rebeldes estaban teniendo éxito, en parte, debido a las atrocidades británicas, entre las que había «muchos casos ciertos de violaciones», tal como se publicaba en la prensa norteamericana.24

También había otras voces que, tanto en público como en privado, retrataban a los soldados británicos, e incluso a sus oficiales, como voraces depredadores sexuales. Estos elegían, sin ningún pudor ni vergüenza, tanto chicas jóvenes como mujeres adultas –desde quinceañeras hasta septuagenarias–, fueran solteras, casadas o estuvieran embarazadas. La alta proporción de referencias a niñas y adolescentes en los casos de violaciones no se corresponde con los datos comprobables, pero servía para subrayar la vileza de la conducta de los invasores imperiales. Dado que la idea del honor masculino, durante la Edad Moderna, dependía mucho de la

reputación de la esposa y del control exclusivo que sobre esta tenía el marido, el abuso sexual y la humillación de las mujeres también era una agresión hacia los hombres, en especial durante la guerra. Esta era la razón por la que los comentaristas resaltaban los casos en los que soldados británicos habían violado a mujeres norteamericanas en presencia de sus padres y de sus maridos.25

Mientras soldados británicos y alemanes, al parecer, asaltaban a mujeres norteamericanas en el teatro de operaciones septentrional, más al sur un colaborador anónimo de The Virginia Gazette exigía que «las declaraciones de los padres y maridos que hayan presenciado las violaciones de sus esposas e hijas se publicaran por todo el mundo». Washington escribió que había que hacer desfilar a todos los prisioneros ante los familiares de las víctimas, y que los agresores que resultaran identificados debían ser «primero castrados y luego colgados».26

La imagen metafórica en la que Gran Bretaña «violaba» a sus colonias norteamericanas había circulado ya desde antes de la guerra. The able Doctor [El eficiente Doctor], estampa impresa en la London Magazine en mayo de 1774, que fue copiada por Paul Revere para la Royal American Magazine aquel mes de junio, muestra el peligro sexual que corrían las colonias anglonorteamericanas a manos de los lascivos ministros del gobierno británico.27

El eficiente doctor, o América tragando la pócima amarga (Londres, mayo de 1774).

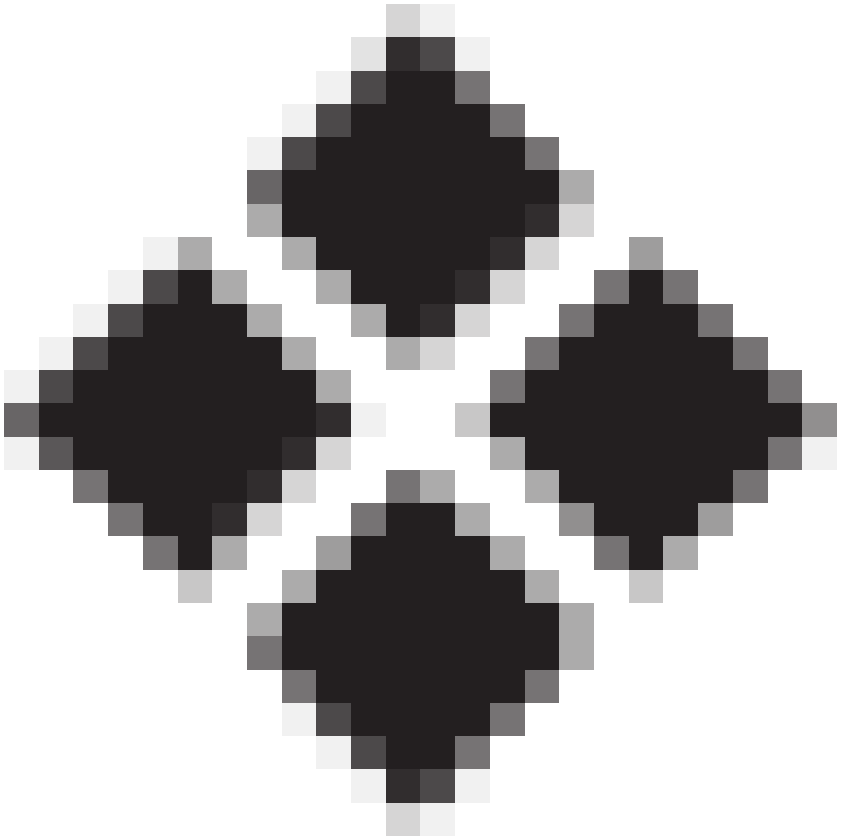
Lord Mansfield tiene sometida a una América con el pecho desnudo, postrada e indefensa. Lord Sandwich, que le sujeta las piernas, ha levantado la tela que le cubre el torso y parece escudriñar su sexo. El primer ministro, lord North, con la rodilla izquierda apuntando hacia la ingle de América, la obliga a tragar té. En la derecha está de pie un soldado imperioso cuya espada lleva la inscripción «Ley Marcial». Una segunda figura femenina alegórica, que representa a Britania o a la Libertad, esconde la cara avergonzada. América es víctima de un abuso en un eje visual que va desde un papel con la «petición de Boston» hasta una escena que es una premonición: «Boston cañoneada», es decir, la capital de Massachusetts sirve, una vez más, de lugar para la confrontación violenta. La amenaza del ataque militar está expresada mediante la violencia sexual implícita en la imagen.

En esta época, tanto en las obras literarias como en el lenguaje diario, los afanes de índole sexual se expresaban con un lenguaje

agresivo en el que abundaban las analogías con las operaciones militares. Cuando los hombres hablaban de «ensartar» o de «dar una estocada», se imaginaban el sexo como una batalla en la que había que conquistar y someter a una mujer. Si la conquista sexual, en palabras de un historiador, se había convertido «en una forma aceptable de validar la masculinidad, de demostrar dominio y superioridad sobre las mujeres», y si los ejércitos ofrecían a los soldados una concepción de la masculinidad que validaba la agresión, lo normal es que la guerra acentuara dichos patrones mentales y conductas entre los soldados.28

Un problema asociado al empleo de la violación como metáfora, de la forma que vemos en El eficiente doctor, es que ignora la experiencia traumática individual de la mujer asaltada. De hecho, las propias maneras en que los revolucionarios se sirvieron de las violaciones como una herramienta política para desacreditar al Imperio británico han tendido a ocultar las verdaderas prácticas de violación durante la guerra. Si leemos narraciones públicas de violaciones del periodo, descubrimos que se centran en la reputación ofendida de los padres y maridos deshonrados. Además, dichas narraciones enfatizan la violación simbólica del cuerpo político. Para obtener una comprensión mejor de este aspecto de la guerra, es necesario que devolvamos a la historia a las mujeres víctimas (y a los que abusaron de ellas).29

Y es que, una vez que la guerra con Gran Bretaña ya estaba en marcha, la violación dejó de ser nada más que una metáfora de la opresión y el abuso imperial. Se convirtió en una herramienta política de una eficiencia extraordinaria para los patriotas justo porque los soldados enemigos representaban una amenaza real y concreta hacia las mujeres norteamericanas de carne y hueso. Y los patriotas varones porfiaban que ese abuso de las mujeres constituía un crimen de guerra.



La violación, que para la ley inglesa, desde antiguo, era un delito punible con la muerte, se definía en el mundo británico como el ilegítimo «conocimiento carnal de una mujer por la fuerza y contra su voluntad». Según las leyes de la guerra imperantes, aclaradas además por el principal autor sobre derecho internacional, Emer de Vattel, los ejércitos invasores y ocupantes tenían ciertos derechos sobre las mujeres, ya que estas eran enemigas. Sin embargo, en tanto que no presentaran resistencia activa a las tropas invasoras, los soldados no tenían «derecho a maltratar sus personas, ni a usar ninguna violencia contra ellas», ni tampoco con los «niños, varones ancianos débiles y personas enfermas». Para Vattel, se trataba de «una máxima de justicia y humanidad tan clara que, en el presente, todas las naciones con un mínimo grado de civilización la reconocen». Después de admitir que, a menudo, había diferencias

entre los oficiales y los soldados, Vattel se apresuraba a añadir: «Si a veces el soldado furioso e ingobernable lleva su brutalidad tan lejos que llega a violar la castidad femenina […] los oficiales lamentan esos excesos; hacen todo lo que pueden para ponerles freno; y un general prudente y humano incluso los castiga siempre que tiene ocasión». Las palabras de Vattel admiten que tal vez sea inevitable cierto grado de abuso en las guerras y que es fácil que quede impune. En otras palabras, según el ideal de la forma de hacer la guerra en la época ilustrada, el código del honor de los oficiales y la urbanidad imponían la contención y la disciplina, pero la realidad de la guerra era más compleja y brutal. Los soldados podían ver los asaltos sexuales a las mujeres del enemigo como una extensión de la guerra, incluso como parte integral del conflicto armado, como algo no muy distinto del pillaje de la propiedad privada. Es muy significativo que la misma palabra ravish** se usara para calificar ambos delitos.30

Como sucede en la mayoría de las guerras y en la mayoría de las sociedades, la tasa de violaciones durante la Guerra de la Revolución es imposible de cuantificar. Es casi seguro que se cometieron muchas más atrocidades de ese tipo que las que se denunciaron. Washington, Livingston, Witherspoon y sus colegas del comité del Congreso admitían que la violación iba a ser «más difícil de demostrar que cualquiera de las otras [atrocidades, incluidas las cometidas en el campo de batalla], dado que la persona víctima del abuso, así como sus parientes, son en general reacias a llevar cuestiones de este tipo al conocimiento público». El número de soldados violadores juzgados era aún más reducido, y todavía menor el de los que eran castigados. Las circunstancias, a menudo, imponían el silencio a las víctimas de las violaciones. Estas eran intimidadas mediante amenazas, o carecían de testigos que corroboraran sus versiones, o temían la humillación adicional y las consecuencias sociales de que se debatiera acerca de su integridad sexual en público. Incluso los soldados británicos se referían a los casos ocultos de violación cometidos por sus camaradas. En la muy fría Nochebuena de 1776, en Newport (Rhode Island), John Peebles anotaba en su diario: «Un hombre [ha sido] condenado a sufrir la muerte por una violación, pero [luego ha sido] indultado a intercesión de la parte agraviada, en segunda instancia; sin embargo, ha habido otros abusos horribles de esa naturaleza que no

se han hecho públicos».31

George Washington, en sus órdenes generales para el nuevo año de 1777, diferenciaba a los soldados estadounidenses de sus enemigos: «Es de esperar que la humanidad y la ternura hacia las mujeres y los niños distinguirán a los valientes americanos, que luchan por la libertad, de los saqueadores mercenarios, sean estos británicos o hessianos». Igual que había hecho al respecto del pillaje o de las atrocidades en el campo de batalla, el comandante en jefe estadounidense iba así creando su versión de lo sucedido en la guerra a la vez que la libraba. Fue el propio Washington quien ayudó a que la investigación del Congreso diera un paso adelante a primeros de marzo de 1777. El general recuperó un memorándum interno del ejército sobre violaciones que se había confeccionado mientras sus tropas habían estado en la orilla oeste del Delaware, en Pensilvania. Dicho informe se extravió posteriormente y los historiadores modernos no han podido localizarlo. En él, Washington orientaba las pesquisas hacia vecinos concretos que podían tener información sobre algunos casos de violaciones. Esta vía permitió que Jared Saxton, juez de paz del condado de Hunterdon (Nueva Jersey), consiguiera finalmente la deposición de seis víctimas de violación. Su testimonio desgarrador, que se incluyó en el apéndice del informe del Congreso, pronto llegaría a una gran audiencia a ambos lados del Atlántico.32

A finales de marzo de 1777, Abigail Palmer, una niña de trece años del condado de Hunterdon, le contó su historia a Jared Saxton (en las versiones que se publicaron se ocultó su identidad). El diciembre anterior, varios soldados británicos habían llegado a la casa del abuelo de Abigail, Edmund Palmer, que tenía una granja cerca de Pennington (Nueva Jersey). Los soldados se habían adueñado del lugar y habían violado a Abigail durante «tres días sucesivos» en los que no cesó de ir y venir un número adicional de aquellos. También asaltaron a la hija casada y embarazada de Edmund Palmer, Mary Phillips, así como a Elizabeth y a Sarah Cain, muchachas de quince y dieciocho años que estaban de visita en casa de la familia Palmer. En una ocasión, varios soldados agarraron a Abigail y a Elizabeth, «las llevaron juntas a una habitación» y, haciendo caso omiso de sus gritos y del intento del padre de Abigail de protegerlas, «las violaron a ambas». Los soldados amenazaron con envenenarlas. Les

dijeron que les traspasarían el corazón con las bayonetas o que «les volarían los sesos». Al tercer día, las dos niñas fueron llevadas a la fuerza hasta un campamento británico situado a alrededor de un kilómetro de distancia, donde «fueron ambas tratadas por algunos de los soldados de la misma forma cruel», según recordaba Elizabeth. Solo después de que sucedieran otros asaltos similares, un oficial puso fin al abuso de las niñas y dispuso que se las devolviera a sus familias.33

Nada indica que los soldados británicos hubieran elegido la casa de Palmer por algún motivo político o militar concreto. Más bien, los soldados merodeaban por los alrededores del campamento en busca de mujeres vulnerables y se encontraron con las niñas y mujeres de aquella casa. Entonces abusaron de ellas de forma sistemática. Igual que Abigail, Mary, Elizabeth y Sarah, la mayoría de las mujeres norteamericanas que fueron violadas por soldados británicos no tuvieron la oportunidad de hacer una acusación formal contra sus agresores. Estos –y el comportamiento del ejército británico– solo fueron juzgados en el tribunal de la opinión pública doméstica e internacional. Aquellas experiencias locales se convirtieron, en conversaciones y en textos escritos, en historias de relevancia moral a escala nacional: lo que les había sucedido a las mujeres de Nueva Jersey en el invierno de 1776 a 1777 le podría pasar a cualquier mujer norteamericana siempre que anduviera cerca un contingente británico. Que hayamos llegado a conocer los citados abusos, además con tanto detalle, se debe al empeño persistente de los patriotas por mostrar el cuadro completo de las atrocidades británicas. También se debe al coraje que reunieron algunas de las víctimas para decidirse a contar su historia.34

Como hemos visto, las pruebas físicas –en concreto, la naturaleza precisa de las heridas– fueron el centro de atención de las investigaciones estadounidenses acerca de las atrocidades cometidas en los campos de batalla. En cambio, en los casos de agresiones sexuales, las pruebas físicas no tuvieron un papel importante en las investigaciones ni en las publicaciones propagandísticas patriotas, ni tampoco en las ocasiones en que los propios británicos celebraron consejos de guerra contra soldados acusados de violación. En los tribunales civiles británicos y coloniales, era habitual emplear a mujeres para que examinaran a las víctimas de

violación que no estuvieran casadas o que en apariencia no fueran activas sexualmente. Estas mujeres daban fe de la presencia de heridas, cortes u otras señales de resistencia, y si había o no indicaciones de relaciones sexuales recientes. En cambio, las declaraciones que se hicieron ante los tribunales estadounidenses en estas ocasiones fueron de mujeres casadas o de viudas de las que se daba por hecho que conocían sus propios cuerpos.35

En ciertos conflictos, la violación sirve como un arma de guerra. En las rebeliones y guerras civiles, la violación puede asumir connotaciones políticas notorias. Tras la rebelión jacobita de 1745, como ya hemos contado, los soldados británicos asaltaron física y sexualmente a niñas y mujeres en las Tierras Altas escocesas. Los oficiales que los mandaban optaron, en su mayoría, por ignorarlo o permanecer callados, o incluso pensaban que atacar a las mujeres era un método efectivo para que sus maridos cambiaran de bando. Algunos regimientos británicos usaron las violaciones de forma deliberada como represalias para vengarse de anteriores derrotas.36

Aunque el Ejército británico no aprobó las violaciones de forma oficial durante la guerra, la tolerancia hacia los abusos sexuales seguía siendo muy alta en todos los rangos y clases sociales. Incluso los soldados acuartelados en sus propias localidades despertaban la preocupación de los vecinos por posibles asaltos sexuales. Los grandes contingentes desplegados en Norteamérica empleaban a miles de acompañantes de sexo femenino (en su mayoría norteamericanas) –prostitutas, cantineras y cocineras, lavanderas y costureras, enfermeras y criadas–, aunque era de sobra conocido que las mujeres y niñas que acompañaban a un ejército corrían un riesgo muy alto de sufrir violencia sexual. La violación, en otras palabras, era un mal endémico en el Ejército británico.37

Francis Rawdon-Hastings, lord Rawdon, ayudante angloirlandés del general sir Henry Clinton y futuro gobernador general de la India, expresaba su pena porque las mujeres de Nueva York no fueran tan complacientes como las de Charleston (donde antes, aquel mismo año, había acompañado a Clinton):

Las bellas ninfas de esta isla están en una maravillosa tribulación,

debido a que la carne fresca que aquí han hallado nuestros hombres los ha alborotado como a sátiros. No puede una chica dar un paso en el monte para cortar una rosa sin correr el riesgo inminente de que la violenten, y están tan poco acostumbradas a estos métodos vigorosos que no los soportan con la adecuada resignación, y la consecuencia es que a diario tenemos consejos de guerra de lo más entretenidos. Al sur [las mujeres] se comportan mucho mejor en estos casos.38

Las opiniones de los comentaristas de prensa en Gran Bretaña repetían las de los oficiales en campaña como Rawdon. El Morning Chronicle londinense publicó un artículo que veía, en un caso de violación múltiple sucedido en Nueva Jersey, «un muy afortunado golpe de suerte para que los yanquis mejoraran la raza». El mero hecho de que pudiera tomarse a broma una justificación de la violación como vía de mejorar la carga genética ilustra las actitudes de la sociedad dieciochesca hacia las agresiones sexuales. Las violaciones se aceptaban como un efecto secundario de la guerra.39

Según Rawdon, el Ejército británico procesaba a los soldados que eran acusados de violación. Existe muy poca documentación sobre los hechos que promovían estas causas judiciales, pero sabemos que, en unos pocos casos, un asalto había llamado la atención de algún oficial que, en lugar de mirar a otro lado, ordenó arrestar al supuesto agresor y llevarlo ante un tribunal militar. Algunas mujeres, tras ser violadas, identificaban por casualidad a sus agresores en algún lugar público. Otras tenían el valor de visitar el cuartel general de las fuerzas ocupantes para exigir la identificación de los culpables y un juicio. Una mujer norteamericana que deseara que se enjuiciara a un soldado británico durante la guerra tenía que hacer frente a mayores dificultades que en tiempo de paz, empezando por la cuestión de dónde y cómo debía presentar la acusación. Por otro lado, en aquel contexto era más fácil que las mujeres que acusaban de violación a soldados enemigos fueran creídas por sus propias comunidades.40

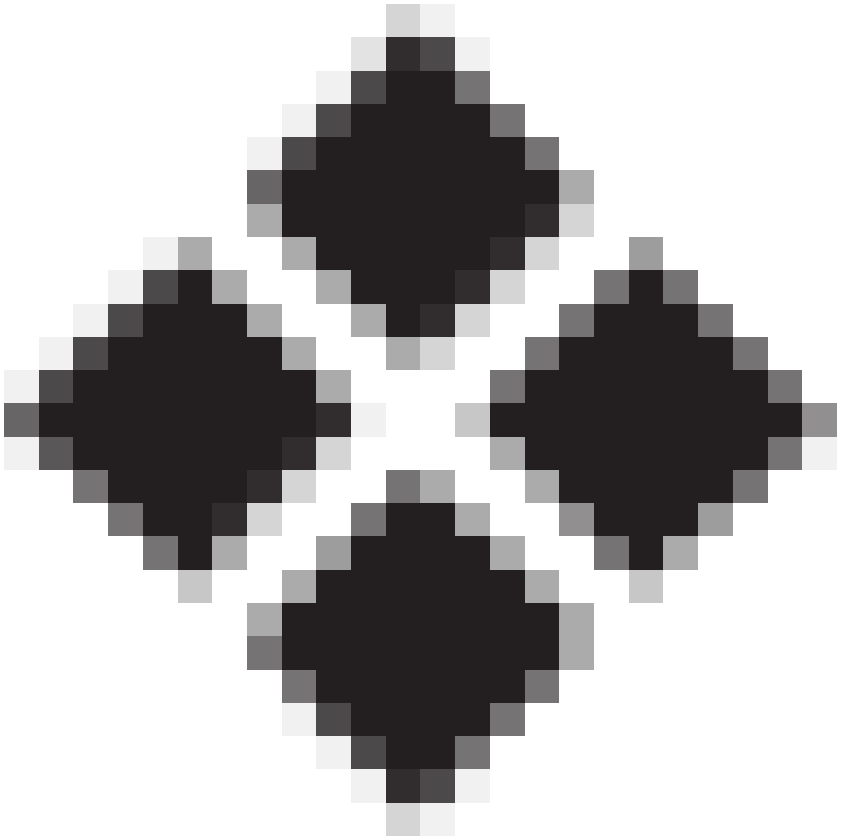
En el otoño de 1776, la viuda Elizabeth Johnstone presentó pruebas ante un consejo de guerra británico en Newtown (Long Island). Aseveró que dos soldados británicos la habían violado en su hogar.

John Dunn y John Lusty habían entrado en su casa, la habían inmovilizado y, amenazándola de muerte, la habían violado por turnos en presencia de su hija de cuatro años, que yacía en la misma cama y a la que, en un momento dado, la mujer le dio el pecho para que dejara de llorar. Johnstone atestiguó que cada hombre la violó dos veces en un cuarto de hora. Ante preguntas concretas que le hicieron miembros del tribunal, dirigidas a probar la culpabilidad de los acusados, Johnstone confirmó que había gritado y que ambos hombres la habían penetrado y eyaculado. Dos oficiales británicos, Donald McIntire, cirujano del 43.er Regimiento, y Kevin Terrence, que pasaban entonces por los alrededores, encontraron poco después a Johnstone, visiblemente afectada, y aprehendieron a sus supuestos ofensores, que les parecieron «muy ebrios». Al ser interrogados, los soldados negaron los hechos, intentaron minar la credibilidad de Johnstone refiriéndose a ella como «una puta yanqui o una zorra yanqui, y no es que las palabras importen mucho en su caso». No obstante, el consejo de guerra, que se celebró sin pérdida de tiempo, halló a Dunn y a Lusty culpables de violación. Ambos fueron sentenciados a morir en la horca. Las penas de los soldados que eran declarados culpables variaban desde el castigo corporal hasta la degradación y el despido del Ejército; en algunos casos se concedieron indultos.41

Una de las víctimas de Nueva Jersey que, junto a las mujeres de Palmer y de Cain, declararon ante la investigación del Congreso, en marzo de 1777, fue Rebekkah Christopher. Testificó su violación en grupo por oficiales enemigos y el intento de violación de su hija de diez años. En un momento dado, según Christopher le dijo al juez de paz Jared Saxton, un oficial británico la acusó de albergar rebeldes. Acusaciones similares aparecen, en repetidas ocasiones, en los testimonios de las víctimas de violaciones durante la guerra. Es posible que los soldados británicos que allanaran una vivienda usasen la aparente búsqueda de rebeldes como excusa para forzar su entrada, o para convencer a sus habitantes de que les permitieran acceder. Por otro lado, es posible que más mujeres como Rebekkah Christopher pensaran que tal vez, si decían que los británicos habían entrado en su casa en busca de rebeldes, aumentaban las posibilidades de que los investigadores patriotas las creyeran. Igual que las atrocidades de los campos de batalla, pero de una forma más inmediata e íntima, las agresiones sexuales contra las mujeres

norteamericanas acercaron la guerra a los hogares y demostraron que era imposible que un poder imperial cuyos soldados cometían tales abusos recuperara la confianza de la población necesaria para permitirle gobernar Norteamérica de nuevo.42

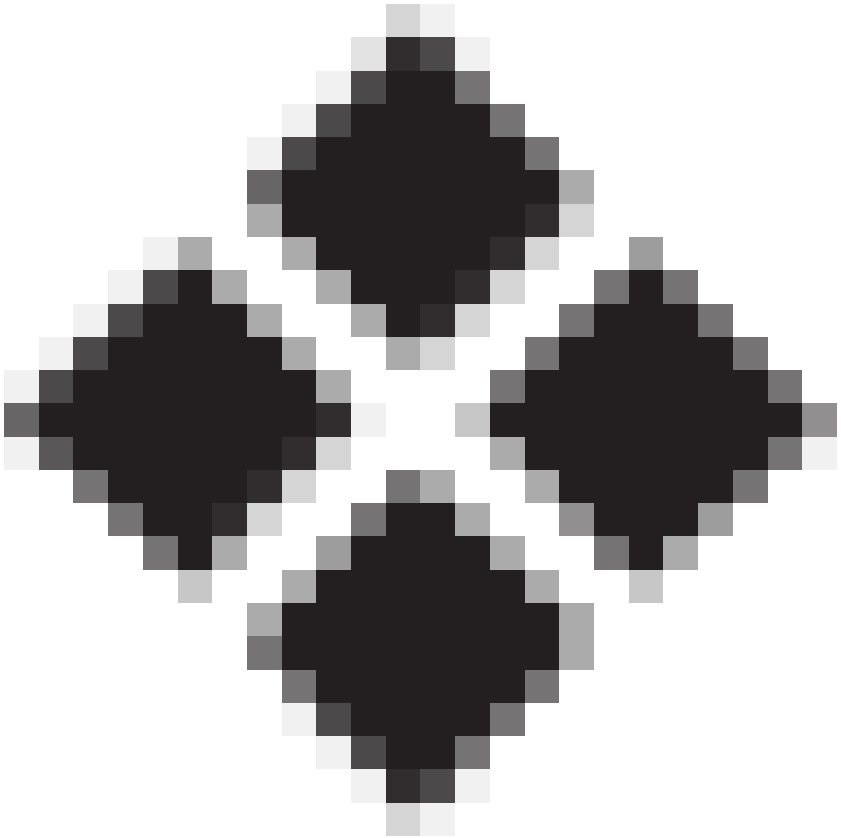
Los oficiales británicos que llevaban a juicio a soldados acusados de violación buscaban mantener la disciplina militar, aunque lo hacían con menos coherencia que la que demostraban ante otros delitos como el pillaje. La persecución de las violaciones también permitió que algunos oficiales concretos ofrecieran una imagen honorable e ilustrada, contrapuesta a la misoginia y abusos que imperaban entre el resto de sus camaradas y entre la tropa. Además, tal vez había un reconocimiento implícito de que la proscripción y persecución de las violaciones se hacía por el propio bien del Ejército, ya que podía ayudar a suavizar las tensas relaciones con los civiles. Esto también funcionó en el área que rodeaba la ciudad con la guarnición más importante, Nueva York, y en lugares ocupados temporalmente como Filadelfia. Sin embargo, los oficiales británicos hacían gala de una notable discrecionalidad, desde cómo supervisaban lo que hacían sus tropas en los alrededores de los campamentos, en las marchas o durante las incursiones, hasta si perseguían o no a los soldados acusados de abusos sexuales. Las elecciones individuales de los oficiales afectaban, de forma evidente, las posibilidades de que las mujeres atacadas obtuvieran justicia. Esta falta de coherencia en las reacciones británicas ante las violaciones también proporcionó munición dialéctica a los patriotas.



Como en otros aspectos de esta primera guerra civil de los Estados Unidos, la cuestión no se puede reducir a la mera enemistad entre británicos y norteamericanos. Igual que los soldados de Washington y las milicias patriotas saqueaban a los norteamericanos, como hemos visto en el capítulo anterior, algunos soldados estadounidenses también fueron culpables de violar a mujeres del país. La prensa lealista acusó a los soldados continentales en muy pocas ocasiones de abusos sexuales. Algunas pistas parecen indicar que hubo soldados a los que se azotó por cometer violaciones, pero son muy escasos los registros detallados que nos han llegado en este sentido. Si tenemos en cuenta la facilidad con la que se publicaban las historias de atrocidades de otros tipos, sin apenas pruebas sólidas, la relativa escasez de referencias en los periódicos lealistas a violaciones cometidas por soldados patriotas, así como las poco

numerosas demandas judiciales, podrían apuntar a que los soldados del Ejército Continental y las milicias patriotas solo cometían actos sexuales violentos en raras ocasiones. Si así fue, tal vez se debió a una vigilancia mayor por parte de los oficiales. El hecho de que muchos soldados tuvieran periodos de servicio más reducidos que sus equivalentes británicos –o, en el caso de la milicia, más cerca de sus hogares– puede haber tenido, también, su repercusión en este sentido. Las tropas continentales, a diferencia de las fuerzas invasoras británicas, es posible que también fueran conscientes de que, cuando acabara la guerra, deberían convivir con sus adversarios lealistas.43

Las unidades lealistas, por otro lado, fueron objeto de demandas por violación con más frecuencia, y algunos consejos de guerra llegaron a imponer sentencias de muerte. Cuando los soldados lealistas asaltaban a mujeres norteamericanas, uno de los motivos podía ser la venganza por causa de abusos anteriores sufridos a manos de los patriotas. En diciembre de 1776, Nathanael Greene advirtió a su joven esposa, Catherine, que los lealistas eran «los más malditos rufianes de entre nosotros, los más malvados, ruines y abusivos». Se refería a su papel como ayudantes y colaboradores de los británicos: «llevan a los despiadados extranjeros a las casas de sus vecinos y despojan a las pobres mujeres y niños de todo lo que tienen de comer o vestir; y tras saquearlos de esta forma, los brutos a menudo violan a las madres y a las hijas y obligan a los padres a presenciar su brutalidad; muchos han muerto sacrificados de este modo». La violación de Norteamérica por los británicos y por sus auxiliares lealistas podía interpretarse como una manifestación de la ilegitimidad del poder imperial.44



Cuando el Congreso Continental y el Ejército Continental –las primeras instituciones cuasinacionales del nuevo país– informaban de las bárbaras actividades del enemigo, perseguían, por un lado, que imperara la verdad y la justicia y, por otra parte, buscaban también que los norteamericanos se unieran a la causa patriota. Igual que los ataques contra Boston habían atraído contribuciones económicas y ofrecimientos de apoyo armado de fuera de Massachusetts, e igual que las inflamadas referencias a Falmouth y Norfolk habían inspirado el temor y reforzado la resolución de los insurgentes –además de, tal vez, desplazar a algunos neutrales hacia el bando patriota–, los efectos del novedoso informe del Congreso de 1777 trascendieron también de los lugares donde se habían efectuado las investigaciones. En aquella época en la que las colonias estaban bastante mal comunicadas, un informe del

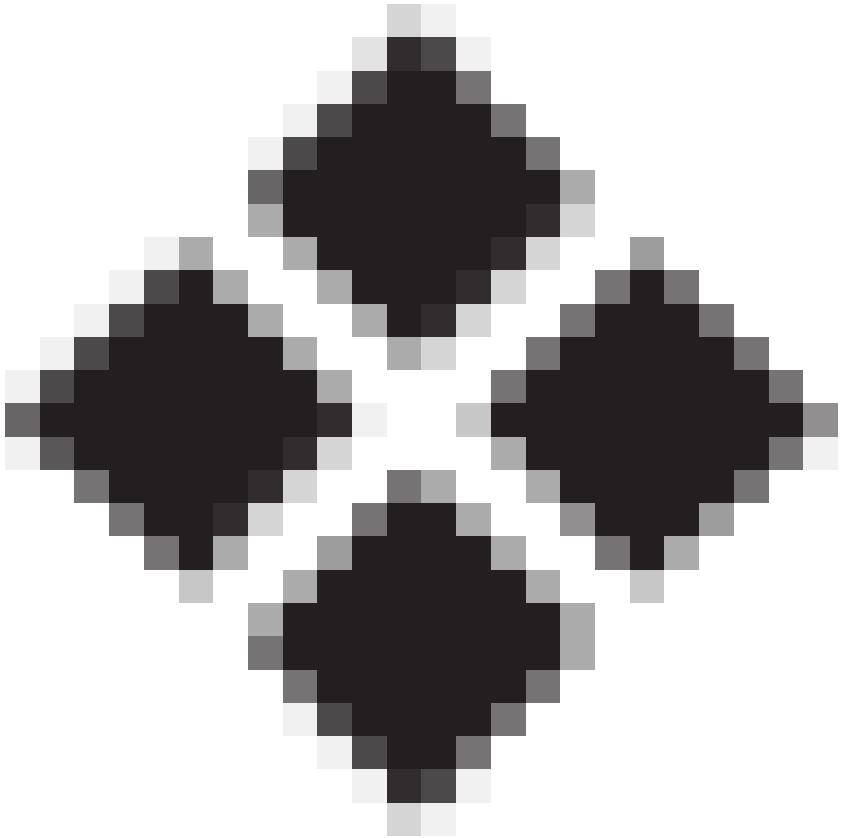
Congreso como aquel, que fue ampliamente citado en los medios impresos y que subrayaba la perspectiva del comandante en jefe, tenía la posibilidad de convertirse en una herramienta para cambiar la percepción de muchos acerca de la guerra. El informe, dirigido al «país en general», publicado en entregas y resumido en publicaciones por todas las colonias e incluso en Europa, podía servir para que la ofendida nación estadounidense se uniera en torno a un sentimiento común de peligro y temor.

El comité de Witherspoon se había basado en un pequeño número de casos, a veces con pruebas no muy convincentes, pero tuvo éxito a la hora de contar una historia plausible y coherente sobre la crueldad del Ejército británico. Por todas las colonias, el citado informe y otras publicaciones oficiales similares encajaban con las experiencias de los lectores y las amplificaban. Muchos de ellos ya habían sido, o iban a ser a lo largo de la guerra, testigos o incluso víctimas de atrocidades británicas en sus propias ciudades y pueblos. Las circunstancias de cada incidente eran variadas. Sin embargo, al relatarlas una y otra vez en panfletos o en poemas, en los púlpitos o las tabernas de todo el país, lo que surgió no fue una diversidad regional, sino una cultura común del país que acentuaba las experiencias compartidas. Quién, se preguntaba un poeta en el Independent Chronicle, podía oír cosas acerca de la «maldad y brutalidad» del enemigo «y no, con celo patriótico, / noblemente dar un paso al frente para proteger a sus mujeres e hijos! / ¡Y hender una daga en el corazón del criminal / que ha robado nuestra paz, nuestro todo y nuestro honor!». Plumas patriotas como aquella agitaban las emociones de los ciudadanos republicanos ofendidos. En los nacientes Estados Unidos, los medios impresos, en especial los periódicos, fueron clave en la forja de una conciencia política y de un sentimiento de comunidad y pertenencia nacional. En esta tarea, las acusaciones de crímenes de guerra proporcionaban un poderoso contenido narrativo.

Aunque eran capaces de manipular las historias de crímenes de guerra cuando les convenía (como en el caso del general Mercer), los patriotas también inventaron formas novedosas de documentar las atrocidades de los campos de batalla y así impulsar una narrativa verosímil de victimización y legitimar mejor la rebelión y la guerra civil. Inspirados por el giro de su época en cuestiones

legales y científicas hacia el empirismo, y sacando partido de la pericia periodística de sus miembros, las autoridades revolucionarias exhibieron cuerpos mutilados y violados para ayudar a construir una nación unida y para ganarse la simpatía hacia su causa en el extranjero.

El experimento que emprendió el Congreso en 1777 fue una vía original de exponer los crímenes de guerra apoyada en argumentos legales y en pruebas forenses. Al dar fe y construir la narración de las víctimas acerca de los daños corporales que habían sufrido, las autoridades políticas y militares buscaban legitimar su guerra. La guerra de las heridas servía para alimentar la guerra de las palabras en la que se disputaban los apoyos tanto internos como de ultramar. Es razonable suponer que los patriotas estaban especialmente interesados en documentar, a ojos de la comunidad internacional, los abusos enemigos para compensar el déficit de legitimidad con que ellos, debido a su condición de insurgentes, habían entrado en el conflicto. El establecimiento de diferencias claras entre ellos y sus enemigos británicos y los auxiliares de estos era clave en esta tarea.



En 1779, en el contexto de una investigación parlamentaria sobre el mandato de los hermanos Howe, el portavoz lealista exiliado Joseph Galloway publicó un panfleto. Galloway había ayudado a las autoridades británicas en Filadelfia durante la ocupación de dicha ciudad en 1777-1778. Cuando el Ejército británico se fue, Galloway hizo lo propio, primero a Nueva York y luego a Londres. Además de aportar detalles sobre violaciones (y saqueos) protagonizados por soldados británicos, Galloway ya destacó entonces la perspicacia que demostraban los patriotas al saber sacar partido de los abusos británicos en beneficio político propio. Su inteligente visión de la guerra de las heridas y de la guerra de las palabras es un excelente epílogo para este capítulo: «Mientras que el general británico era indolente y negligente a la hora de poner fin a estas crueldades –criticaba Galloway a Howe–, el comandante rebelde y los nuevos

Estados no lo fueron para servirse de ellas en su propio beneficio. Sacaron toda la ventaja posible de esas calamidades». Los patriotas estadounidenses tomaban declaraciones juradas acerca de cualquier ofensa británica y las publicaban en los periódicos, según Galloway,

para irritar y enfurecer al pueblo contra su Majestad y contra la nación británica. Los soldados británicos eran presentados como una raza de hombres más inhumanos que los salvajes. Por estos métodos, las mentes de muchos se volvieron en contra del Gobierno británico y muchos se unieron, desesperados, al ejército rebelde. La fuerza de los rebeldes se vio aumentada, la británica debilitada, y la humanidad y gloria de los británicos sufrió una mancha vergonzante que el tiempo nunca podrá borrar.45

Para cuando Galloway publicó sus comentarios, ya estaba claro que no solo los combatientes y los civiles patriotas, sino también miles de prisioneros norteamericanos, eran víctimas de un maltrato generalizado por parte de los británicos. De nuevo, los creativos patriotas supieron utilizar en beneficio propio las historias de prisioneros malnutridos, enfermos, plagados de piojos y golpeados.

Notas

1. Conde Carl von Donop, Journal of the Hessian Corps in America under General von Heister, 1776-June 1777 , 90-91, Morristown National Historical Park, NJ. En cuanto al episodio de Martin, véase también McGuire, T. J., 2006, vol. I, 29-31.

2. Carta de AH a John Jay, Middle Brook Camp [Nueva Jersey], 2 de junio de 1777, PAH , vol. I, 261-263 (cita en 263). Periódicos: Pennsylvania Gazette , 6 de junio de 1777; Pennsylvania Journal ,

11 de junio de 1777; Pennsylvania Evening Post , 12 de junio de 1777. Muhlenberg, H. M., 1982, vol. III, 51. Véase también la carta de Israel Putnam a Godfrey Marlbon, 24 de junio de 1777, DLAR 444/72445, que menciona las 22 cuchilladas que sufrió un oficial británico, seguramente Martin.

3. Carta de GW a Cornwallis, 2 de junio de 1777. «[…] que él no era un comisario»: Graydon, A., 1846, 266. Carta de Cornwallis a GW, 2 de junio de 1777. Aquel mismo año, el general Howe ya había relatado la emboscada y asesinato de un capitán británico en Nueva Jersey «con un grado de barbarie que no podrían superar los salvajes», CO236/37 (5 de enero de 1777).

4. Esta síntesis está basada en Savas, T. P., Dameron, J. D., 2006, 87-94; Fischer, D. H., 2004; Stryker, W. S., 1898, 361-364 (las citas de las palabras de un oficial continental acerca del tiempo y de los soldados descalzos están en la pág. 362); Ketchum, R. M., 1999, 224-319 (la cita del diario de un hessiano está en la pág. 236). «Soldados, manteneos»: Powell, William S., 1949, 102. Véase también en Capt. Isaac Wood Diary [Diario del capitán Isaac Wood], en la entrada del 26 de diciembre de 1776, Stillman Harkness MS Collection, NYPL.

5. «[…] toda la sangre»: «The Battle of Princeton. By Sergeant R----», 1896, 518. Cifras de bajas: Ferling, J. E., 2007, 185-186.

6. Ferling, J. E., op. cit .: 188-191 (cita tomada de 188).

7. «[…] continuaron la lucha»: Lender, M. E., 2005, 50-51 (cita tomada de 51). La cita de Creswell está tomada de Fischer, D. H., 2004, 259-260; véase ibid . 293 acerca de Von Donop. En torno al reclutamiento de soldados patriotas después de Trenton, véase también la carta de Hutcheson a Haldimand del 10 de febrero de 1777, Add MS 21680/173-174.

8. Véase Fischer, D. H., 2004, 293, acerca de Von Donop. Definiciones de atrocidad: Möbius, S., 2002, 18 y Möbius, S., 2008. Creación del comité: JCC , vol. VII, 42-43 (16 de enero de 1777).

9. Collins, V. L., 1925, vol. I, 21.

10. «[…] un pueblo abandonado»: Butterfield, L. H. (ed.), 1951, vol. I, 125-126. «[…] hecha un desastre»: Ketchum, R. M., 1999, 230. Acerca de Young: Young, W., 1884, entrada del 17 de enero de 1777.

11. Citas tomadas de The correspondence, journals, committee reports, and records of the Continental Congress (1774-1789) , 53: «Papers and Affidavits Relating to the Plunderings, Burnings, and Ravages Committed by the British, 1775-84», fol. 51 [en adelante, «Papers and Affidavits»], NARA M247. Todas las fechas son de 1777: Pennsylvania Evening Post , 24 de abril; Connecticut Journal , 14 de mayo; Independent Chronicle , 22 de mayo; Connecticut Gazette , 23 de mayo; Norwich Packet , 19-26 de mayo; Boston Gazette , 26 de mayo; Freeman's Journal , del 21 de junio.

12. Libro de Órdenes citado en el apéndice de «Papers and Affidavits», fol. 45; Pennsylvania Evening Post , 10 de mayo de 1777; también encontramos una referencia que las califica de «dos crueles y sangrientas órdenes de Howe» en Collins, V. L., 1906, 21 (también 21-22 y la nota de 22). Paine, Crisis , II (13 de enero de 1777), en Paine, T., 1995, 108.

13. Carta de Samuel Chase a GW, 23 de enero de 1777; carta de GW a Chase, 5 de febrero de 1777.

14. Afidávit del reverendo George Duffield, 25 de abril de 1777, en el apéndice de «Papers and Affidavits», reimpreso, por ejemplo, en el Pennsylvania Evening Post , del 29 de abril de 1777. Dwyer, W. D., 1998, 208-210, y la cita tomada de 322 («esta fuera»).

15. Afidávit del reverendo George Duffield, del 25 de abril de 1777, en el apéndice de «Papers and Affidavits». Véase también carta de John Witherspoon a David Witherspoon, en Baltimore, el 12 de febrero de 1777, LDC , vol. VI, 269-270; Stryker, W. S., 1898, 266-267; Dwyer, W. D., 1998, 208-210, 322-323, 379-380; Fischer, D. H., 2004, 300.

16. Yates: carta de GW a WH desde el Cuartel General en Morristown, 13 de enero de 1777. Afidávit: PRO30/55. Véase también carta de WL a GW, 15 de febrero de 1777, PWL , vol. I, 224-226; carta de GW a Samuel Chase, 5 de febrero de 1777;

«Papers and Affidavits», fol. 47. En el apéndice del informe del Congreso se incluyó una versión ligeramente retocada, que fue la que se divulgó en la prensa: Pennsylvania Evening Post , 10 de mayo de 1777. Encontramos una versión similar en la Virginia Gazette , editada por Purdie, Dixon y Hunter, 31 de enero de 1777, reimpresa en Connecticut Courant , 3 de marzo de 1777. Expertos médicos: Deposition taken by New Jersey JP, Henry Freeman, Feb. 17, 1777 [Declaración tomada por el Juez de Paz de Nueva Jersey Henry Freeman, el 17 de febrero de 1777], en «Papers and Affidavits»; carta de GW a Samuel Chase, 5 de febrero de 1777; carta de GW a John Hancock, 5 de febrero de 1777; oficial estadounidense desconocido en Chatham, Nueva Jersey, 3 de febrero de 1777, citado en carta de GW a WL, 3 de febrero de 1777, n. 2; New Jersey Historical Society, 1901-1917, vol. I, 366; Fischer, D. H., 2004, 377-378. Respecto al nuevo enfoque empirista en las leyes y en las ciencias, así como a la tendencia médico-legal a proporcionar pruebas empíricas en los juicios penales, véase Shapiro, B. J., 2000; Rudolph, J., 2013, cap. 3; Poovey, M., 1998; Shapin, S., Schaffer, S., 2011; Landsman, S., 1998, 449, 482; Golan, T., 2004; «masacrado» [«butchered»]: carta de GW a WL, 14 de febrero de 1777. Véase en la carta de WH a GW, 23 de enero de 1777, la respuesta de Howe al conocer el caso. Interpretaciones estadounidenses: Collins, V. L., 1906, 41-44; Butterfield, L. H. (ed.), 1951, vol. I, 127-128.

17. La cita está tomada de Spring, M. H., 2008, 233.

18. «Era el duelo de la Nación»: Reed, W. B., 1840, 38. En cuanto a la historia de Mercer, véase también Pennsylvania Evening Post , 18 de enero de 1777; Pennsylvania Journal , 5 de febrero de 1777; Collins, V. L., 2006, 42-44; carta de Samuel Chase a GW, 23 de enero de 1777; «Papers and Affidavits», fols. 49-52; Fischer, D. H., 2004, 332-333 contiene más referencias.

19. El informe también incluía violaciones (véase la segunda parte de este capítulo), maltratos a prisioneros y saqueos. Acerca de su difusión en Norteamérica, véase por ejemplo Pennsylvania Evening Post , 24, 26, 29 de abril y 10 de mayo de 1777; New England Chronicle , 29 de mayo, 5 y 12 de junio de 1777; Connecticut Courant , 2-9 de junio de 1777; Norwich Packet , 9 de junio de

1777; Providence Gazette , 12 de julio de 1777. El Congreso: JCC , vol. VII, 42-43, 277-179; vol. VIII, 565. «[…] proporcionar»: resolución del Consejo de Seguridad de Nueva York, en el comité al que pertenecían John Jay, Livingston y G. Morris, de enviar una carta a los delegados de Nueva York en el Congreso, el 28 de mayo de 1777, Journals of the Provincial Congress , vol. I, 947. «[…] las barbaridades» y «odiosos y repulsivos»: intervención del duque de Richmond, el 7 de diciembre de 1778, en Parl. Hist . Publicación en la Leyden Gazette : 7 de octubre de 1777, «Supplement» Oct. 5-6, 14, 1777, «Supplement» 5-6. Acerca de la Gazette , véase Burrows, S., 2002, 26-27; Censer, J., 2002, ibid ., 170; Popkin, J. D., 1989.

20. Sobre el contenido de este párrafo y el siguiente, véase Mott, F. L., 1962, 99-100; Loughran, T., 2007, 3-9; Burns, E., 2006, 192-194, 219-220; Humphrey, M., 2002, 132. Acerca de Paine, véase Keane, J., 1995, 138-141. Encontramos una discusión similar sobre la importancia de la prensa en la formación de la nueva nación, y de sus ciudadanos como una comunidad de lectores, en Smith-Rosenberg, C., 2010, 23-29 y passim . Mi tesis no es necesariamente incompatible con la que formula Loughran en Republic in Print : que la ausencia de una infraestructura nacional muy desarrollada permitió crear una imagen de una nueva nación compartida por distintas culturas e intereses regionales.

21. «[…] unieron las colonias»: Burns, E., op. cit ., 219.

22. Aunque la Junta de Guerra recomendó al Congreso que se le proporcionara a Washington una imprenta transportable, un impresor y redactores, parece que la propuesta no llegó a aprobarse nunca. Véase la carta de GW al Comité del Congreso, 19 de julio de 1777; Silver, R. G., 1977, 117. El equivalente más cercano, en la Edad Moderna, lo tenemos en las declaraciones tomadas tras las atrocidades cometidas por los católicos irlandeses contra los protestantes en 1641, disponible en < http://1641.tcd.ie/ >. Véase en Hoock, H., 2016, 230, una investigación sistemática de los testimonios y las atrocidades.

23. «El progreso»: hoja de gran formato fechada en el condado de Bucks el 14 de diciembre de 1776; sobre lo mismo véase también The Virginia Gazette , 27 de diciembre de 1776; Connecticut Journal , 1 de enero de 1777; Independent Chronicle , 2 de enero de

1777; Essex Journal , 9 de enero de 1777; Freeman's Journal , 7 de enero de 1777; Massachusetts Spy , 2 de enero de 1777; Connecticut Courant , 21 de abril de 1777. Carta «de un oficial distinguido del ejército americano» que tuvo amplia difusión en periódicos británicos y europeos y que se refiere a la violación de niñas, adolescentes y mujeres por las tropas británicas de Cornwallis cerca de Pennytown, en Nueva Jersey. Publicada por orden del Consejo de Seguridad de Pensilvania en Pennsylvania Packet , el 27 de diciembre de 1776; Pennsylvania Evening Post , 28 de diciembre de 1776; también en London Evening Post , 25-27 de marzo de 1777. Carta de NG al gobernador Nicholas Cooke, PNG , vol. II, 4-5.

24. «… para proteger»: resolución del Consejo de Seguridad de Pensilvania del 23 de diciembre de 1776 publicada en Pennsylvania Packet , el 27 de diciembre de 1776; Pennsylvania Evening Post , 28 de diciembre de 1776. Referencia británica: Gazetteer , 31 de marzo de 1777.

25. Niñas y adolescentes: Block, S., 2011, 36, 38. La interpretación de las agresiones a las mujeres como una forma de robar una propiedad sexual de los hombres se contempla en Robertson, E., Rose, C. M., 2001, 7; Burks, D. G., 1995; Baines, B. J., 1998; Vigarello, G., 2001, 2, 24, 30-31; Greenstadt, A., 2009, 12-13, 22; Gowing, L., 1996. En cuanto a referencias a violaciones en presencia de familiares y amigos, véase la carta del coronel Measam al coronel Wayne, del 11 de enero de 1777, Bancroft 378/185-189; Pennsylvania Evening Post , 28 de diciembre de 1778; Independent Chronicle , 15 de julio de 1779; The Virginia Gazette , 7 de agosto de 1779; carta de HL a William McCulloch, 9 de marzo de 1782, PHL , vol. XV, 470-473. Como ha demostrado Sharon Block, la violación, interpretada como metáfora política, «aunaba la imagen de un poder sin límites e ilegítimo con las imágenes de víctimas femeninas inocentes e indefensas que necesitaban ser salvadas por los honestos hombres estadounidenses». Para conocer el trabajo de Block acerca del papel de la violencia sexual en el establecimiento de sistemas de poder relacionados con categorías de raza, género y clase social, véase sus trabajos de 2006 (en especial las págs. 212-218, 230-234 [cita en 234]), 2002 y 2011.

26. Reportes y rumores: carta de Alexander MacWhorter, pastor de la iglesia presbiteriana de Newark que acompañó al ejército de Washington por Nueva Jersey en 1776 y 1777, a correspondiente no identificado, en Newark, el 12 de marzo de 1777, impresa en Independent Chronicle , el 10 de abril de 1777; Pennsylvania Evening Post , 26 de abril de 1777; Boston Gazette , 2 de junio de 1777; Norwich Packet , 26 de mayo de 1777. Carta de Adam Stephen a TJ, circa 20 de diciembre de 1776, PTJ , vol. I, 659. The Virginia Gazette , 31 de enero de 1777. En la última etapa de la colonia, la castración era un castigo reservado, en los tribunales sureños, a los varones afroamericanos condenados por violación: Block, S., 2006, 190-196, 203. Sobre el tema de las violaciones y el racismo en la última etapa colonial y en los primeros años de la nueva nación, véase también Block, S., 2005; Fischer, K., 2002, 185-187; Adams, C., Pleck, E. H., 2010, 44-45; Dayton, C. H., 1995, 184-231, 248, 270-273, 283.

27. Vuelta a publicar más tarde, por ejemplo, como portada del New England Almanac en 1776. Acerca de las violaciones como problema político durante la ocupación de Boston en 1768-1769, véase Dickerson, O. M. (comp.), 1970, [Essex Gazette ,] 27 de junio y 11 de julio de 1769; Young, A. F., 2004, 49; Brownmiller, S., 1975, 115.

28. Bell, D. A., 2007; Clark, A., 1987, 5-6, 34; Vigarello, G., 2001, 25, 43. «[…] una forma aceptable»: Jackson, S., 1995, 19. Goldstein, J. S., 2001, 333. Trumbach, R., 1998, 277, 301-305; Kelly, J., 1995, 95, 107; Bashar, N., 1982, 36; Lacqueur, T. W., 1990, 161; Durston, G., 2007, 165, 167; Hambleton, E. L., 1998, 96.

29. La historiografía acerca de las violaciones durante las guerras de la Edad Moderna continúa siendo escasa: Hoock, H., 2015, 75, contiene referencias detalladas. La coerción sexual de las mujeres nativas norteamericanas, y la rareza, en comparación, de las violaciones por parte de los varones nativos norteamericanos, ha llamado algo más la atención: Nash, A., 2001; Abler, T. S., 1992; Axtell, J., 1981, 181-182; Lee, W. E., 2011, 148, 160, 162; Godbeer, R., 1999; Booth, S. S., 1973, 196. La mayor parte de las historias de la Guerra de la Revolución estadounidense han prestado poca atención, o ninguna, al tema de la violencia sexual, aunque en

general sí se reconoce que las mujeres en las áreas afectadas por la guerra eran vulnerables. Véase Gundersen, J. R., 2006, 179; Lee, W. E., 2007c; Gilman, C. (ed.), 1969, 28-31, 46; Post, L. M., 1970, 34, 76, 153-159, 165; «Historical Notes: A Woman's Letters in 1779 and 1782»; Stevens, B. F. (ed.), [1970], 186-188; Berkin, C., 2005, 38; Dann, J. C. (ed.), 1983, 130-131, 141, 187; Evans, E., 1989, 29. Los contados especialistas que han tratado el tema de la violación en la guerra subrayan la escasez de procedimientos penales que se iniciaron, o llaman la atención acerca de que los soldados británicos solo pudieron explotar a las mujeres civiles de forma sistemática en los lugares donde estuvieron asentados durante cierto tiempo: Conway, S., 2012, 55; Norton, M. B., 1980, 202-205. Sin embargo, las preocupaciones actuales por estos casos son desechadas por otros investigadores, que consideran las violaciones de civiles hechos de «extrema rareza» y producto sobre todo de la «fábrica de propaganda estadounidense». Ward, H. M., 1999, 84; véase también Frey, S. R., 1981, 78-79. Las violaciones no se tratan en clásicos como Higginbotham, D., 1971; Mackesy, P., 1964; Royster, C., 1979; Middlekauff, R., 2007; Neimeyer, C. P., 1996. Hay una referencia de pasada en Nadelhaft, J. J., 1981, 68: «Hubo tanto horror, tanta muerte y brutalidad, que pudo también perfectamente haber un número de violaciones similar». Fischer, D. H., 2004, 178-179, estudia con rigor los casos de violación en Nueva Jersey de los que tratamos más adelante.

30. La definición legal de la violación está tomada de Blackstone, Sir W., 1770, vol. IV, 210. La historia de la legislación acerca de la violación se contempla en Simpson, A., 1987, 182-185. Vattel, E. de, Kapossy, B., Whatmore, R., 2008, libro III , cap. VIII , 543-549, párrafos 140-145. Acerca de las leyes de la guerra en la Edad Moderna y la violación, véase también Wolfthal, D., 1999, 65, 97; Jansson, K., 1999, 197; Vigarello, G., 2001, 15, 39. Way, P., 2004; Gundersen, J. R., 2006, 143-144.

31. «[…] más difícil»: carta de WL a Caesar Rodney, 24 de febrero de 1777, PWL , vol. I, 251; véanse también las cartas de GW a WL del 14 de febrero y del 3 de marzo de 1777; Collins, V. L., 1906, 14-15. «Un hombre»: Gruber, I. D. (ed.), 1998, 74 (entrada del 24 de diciembre de 1776). Véase también WO71/86/201-202 (1778). Frey, S. R., 1981, 78. Vigarello, G., 2001, 40, contiene un

perceptivo análisis de las circunstancias que producían el silenciamiento de estos delitos. Véase también Walker, G., 1998, relacionado con Chaytor, M., 1995, 382-383, 394-395, 399-400; también la introducción de los editores en Higgins, L. A., Silver, B. R. (eds.), 1991, en especial las págs. 4-6.

32. General Orders [Órdenes Generales del Ejército], del 1 de enero de 1777. Carta de GW a WL, 3 de marzo de 1777. Véase también la carta de GW a WL, 14 de febrero de 1777.

33. «Papers and Affidavits», fols. 29, 31, 33, 35.

34. La violación como una forma de violencia sexualizada se analiza en Jackson, S., 1995, 16; y en la introducción de la propia editora en Smith, M. D. (ed.), 2001, 7. MacKinnon, C. A., 1987, insiste en la convergencia de la sexualidad masculina y la violencia. Block, S., 2011, 29, concuerda en que hubo «versiones más violentas de ataques sexuales» durante la guerra que «los habituales en tiempo de paz». En una minoría importante de las violaciones que hubo en la Norteamérica colonial británica, y en la mayoría de las que sucedían en Inglaterra durante el s. XVIII, se constató que existía alguna relación previa entre el atacante y la víctima. Los agresores solían ser los amos (o parientes de estos) y las víctimas sus sirvientes, o a veces los asaltantes eran compañeros de trabajo o caseros de las víctimas, o parientes o amigos cercanos de estas. La violación por parte de soldados enemigos armados es un caso extremo de violación por extraños, efectuada por individuos ajenos a la comunidad donde habitan las víctimas. Véase Clark, A., 1987, 38, 40; Block, S., 2006, 55-80; Jansson, K., 1999, 207, 223; Foster, T. A., 2006, 59-61; Durston, G., 2007, 147; Kelly, J., 1995, 81-93.

35. Hubo solo unos pocos casos de consejos de guerra británicos en los que se tomó declaración a médicos para determinar si la víctima había contraído una enfermedad venérea o si había sufrido heridas de especial brutalidad en sus partes genitales. Block, S., 2006, 110-11; WO71/149/bundle 8/7-19; 71/94/253-260.

36. Craig, M., 1997, 107; Prebble, J., 1961, 209-210; Forbes, R., Paton, H., 1895-1896, vol. III, 107; TNA, SP 54/35/50. Algunos elementos del ejército que había derrotado a los jacobitas lucharon después, en la Guerra de los Siete Años, en Norteamérica. El general

James Wolfe, que había perdonado antes la violación de mujeres escocesas de las Tierras Altas, amenazó con «entregar a los delicados abrazos de los marinos ingleses» a las prisioneras francesas de Quebec. Plank, G. G., 2006, 54, 172 (cita).

37. Trumbach, R., 1998, 328-330; Conway, S., 1997, 550-551. En la mayoría de los casos reportados de violaciones por parte de soldados británicos durante la Guerra de la Revolución, las víctimas eran acompañantes femeninas del ejército, sobre todo niñas de menos de diez años. Frey, S. R., 1981, 59-63; Berkin, C., 2005, 52, y el cap. 4; Mayer, H. A., 1996 y 2007; De Groot, G. J., Peniston-Bird, C. M. (eds.), 2000, en especial los ensayos de Hendrix y Crim. Acerca de las viudas del ejército, véase Kopperman, P., 1982, que contiene referencias a las enfermedades venéreas y el hostigamiento sexual en 17-18 y la nota 12. En torno a la idea de que las mujeres de los campamentos militares motivaban a los «chicos británicos» contra los «m[…]s rebeldes», véase John Greenwood Manuscripts, 1775-1783, fol. 22, WLCL. Sobre la violación de niñas de incluso cuatro años durante la Guerra de los Siete Años y durante las Guerras de la Revolución: HEH, Loudon Memorandum Book, V, entrada del 26 de enero de 1758; Orderly Book of John Thomas's Regiment of Mass. Provincials [Libro de Órdenes del Regimiento de Provinciales de Massachusetts de John Thomas], entrada del 12 de febrero de 1760, en John Thomas Papers, MHS. General Orders by Major General Howe in Kemble [Órdenes Generales del mayor general Howe en Kemble], Kemble Papers , vol. I , 556, 560; WO71/80/421-422, 441-451; 71/85/290-301; 71/90/85-88; 71/149/bundle 8/7-19; CO5/236/214.

38. Cita tomada de Booth, S. S., 1973, 105-106. No se han encontrado hasta la fecha pruebas fehacientes de violaciones en la primera etapa de la campaña militar en el Sur, pero The Virginia Gazette 27 de julio de 1776 contiene un reporte de que los soldados británicos trataban a las mujeres de Charleston con «gran barbarie», llegando a disparar contra ellas y acuchillarlas.

39. Morning Chronicle , 2 de abril de 1777, en respuesta a acusaciones de violaciones publicadas en la prensa patriota.

40. Block, S., 2011, 31-33, 37-38. Hoock, H., 2015.

41. WO71/82/412-425 (3-7 de septiembre de 1776).

42. Acerca de Christopher: «Papers and Affidavits», fol. 39. Encontramos otras referencias a violaciones en Nueva Jersey, durante 1776-1777, en Galloway, J., 1779, 25-27; Field, E. (ed.), 1899, 26-27. En torno a este debate, véase también Block, S., 2002, 859.

43. Existen algunas pruebas de que los soldados del Ejército Continental y las milicias patriotas trataban a las mujeres de forma ruda e indecente. Dos mujeres declararían más tarde que habían sufrido abortos después de haber reñido con soldados estadounidenses; una mujer afirmó que había sido violada por un soldado rebelde. Véase Loyalists Transcripts , vol. III, 352, y vol. XIV, 209; Jones, E. A., 1930, 124, 139; Hulton, A., 1927, 85-86; Dunkerly, R. M., 2007b, 40-42; Moore, C., 1994, 80; MacLeod, R. H., 1995, 193; Capt. Pendleton's Orderly Book, 1781 [Libro de Órdenes del capitán Pendleton, 1781], entrada del 25 de julio de 1781, LOC; «Journal book of Bayze Wells of Farmington, in Canada expedition» en Collections of the Connecticut Historical Society , vol. VII (1899), 293-294; Norton, M. B., 1976, 399; AO12/49/56-58, 102/80; 13/45/530, 64/76-77, 65/529-530, 67/192, 68/125, 81/59, 96/263, 102/1107; carta de Thomas Goldswaith a su hija Catherine, 20 de agosto de 1779, J. M. Robbins Papers, MHS. No nos han llegado registros sistemáticos de consejos de guerra del Ejército Continental. Los libros de órdenes que documentan consejos de guerra muestran que hubo pocos casos de procedimientos judiciales por abusos sexuales. Véase Neagles, J C., 1986; Gundersen, J. R., 2006, 144; Kerber, L. K., 1980, 46; De Pauw, L. G., 1975, 18-19. Robert Howe Orderly Book [Libro de Órdenes de Robert Howe], entrada del 10 de marzo de 1778, WLCL. Para conocer los datos actuales sobre este tipo de delitos, véase Hayden, R. M., 2000.

44. La cuestión de los soldados de regimientos lealistas condenados a muerte por violación se contempla en Kelby, W. (ed.), 1972, 86, 93-94; WO71/86/200-206; Orderly Book of General Sir A. Campbell, HQ Staten Island, Apr.-Sept. 1778 [Libro de Órdenes del general sir A. Campbell, Cuartel General de Staten Island, de abril a septiembre de 1778], entrada del 1 de junio de 1778, HM 617,

HEH. Simcoe, J. G., 1844, 212; carta de Simcoe a Cornwallis, 2 de junio de 1781, Cornwallis Papers. Acerca de Greene: carta de NG a Catherine Greene, 16 de diciembre de 1776, PNG , vol. I, 368-369. Sobre la violación, los conflictos imperiales y en general los procesos de conquista, véase Goldstein, J. S., 2001, 365, 369; Sharpe, J., 1993; Reinhard, W., 2004, 368-369; Jansson, K., 1999, 201-205; Foster, T. A., 2006, 55; la cita del Independent Chronicle del párrafo siguiente está en la pág. 64 .

45. Galloway, J., 1779, 42-43. Acerca de Galloway, véase también Wiener, F. B., 1967, 145-146; Ferling, J. E., 1977.

_____

*N. del T.: El término original, coroner , era un tipo de funcionario judicial dedicado principalmente a investigar muertes violentas.

** N. del T.: Término que puede significar tanto «violación» como «robo».

Plano de la ciudad de Nueva York en Norteamérica; levantado en los años 1766 y 1767 (Londres, 1776), de Bernard Ratzer.

Capítulo 6

Mataderos

El George Washington de la leyenda estadounidense es el personaje humanitario que, según el muy conocido acróstico de una joven dama: «Persiguiendo la virtud y su tan bella causa, / ¡ahora trata a su prisionero con el cuidado de un padre!». Desde el inicio del conflicto, había sido inflexible respecto a que la conducta de su ejército con los prisioneros de guerra estuviera dentro de los parámetros de las costumbres europeas. El honor de la nación estadounidense, así como los deberes del propio Washington en tanto que oficial, caballero y jefe en tiempos de guerra, estaban en juego. Los Estados Unidos buscaban, al fin y al cabo, un lugar entre las naciones civilizadas del mundo. Para líderes como él, tratar de forma adecuada a los prisioneros de guerra era una sincera inquietud moral que también resultaba positiva en el plano estratégico.1

Washington, además, tenía su propia historia personal. En su primera misión de combate, en la frontera de Ohio en 1754, no había conseguido impedir que sus aliados nativos norteamericanos cometieran el espantoso asesinato ritual de un enviado francés, Joseph Coulon de Villiers, señor de Jumonville, y que luego masacraran a otros soldados franceses que antes se le habían rendido y, por tanto, estaban a su cargo. Washington había tapado el desastre lo mejor que había podido. Su informe oficial apenas mencionaba la extrema violencia. De hecho, parecía que todas las bajas francesas se hubieran producido durante un verdadero combate. Sin embargo, cuando más tarde aquel mismo año tuvo que entregar el fuerte Necessity a los franceses, Washington –que no

sabía leer el idioma franco– firmó unas condiciones de capitulación en las que se le hacía responsable del «asesinato» de Jumonville.2

Los británicos y los lealistas norteamericanos resucitaron la acusación de asesinato dos décadas después. Es fácil imaginar hasta qué punto aquello irritaría entonces a Washington, un hombre que protegía su honor y su reputación con tanto celo como cualquier otro oficial y caballero del Imperio británico. En consecuencia, comprendió que era necesario esforzarse en respetar los códigos de la forma civilizada de hacer la guerra y, lo más importante, que todos lo vieran. Washington sabía que la defensa de «la sagrada causa de mi país, de la libertad», exigía de él y de su ejército que abrazaran los ideales ilustrados y lo que John Adams llamó «política de humanidad».3

Washington había interiorizado, luchando junto a oficiales británicos durante la Guerra de los Siete Años, los códigos de la guerra relativos a la captura, tratamiento e intercambio de prisioneros tal como lo hacían las potencias europeas. Estos códigos de la guerra permitían a un ejército apresar a cualquier soldado u oficial enemigo para evitar que tomara de nuevo las armas, o para usarlo como moneda de cambio con la que conseguir condiciones de capitulación ventajosas. Los captores, sin embargo, no tenían derecho a disponer de la vida de un soldado que se rindiera: no se debía matar a los prisioneros de guerra a menos que intentaran luchar de nuevo o que hubieran cometido un delito que mereciera la muerte. Ambos bandos estaban interesados en preservar, así como en recibir de vuelta mediante intercambios, a los soldados propios que acabaran en cautiverio, pues su formación y entrenamiento había conllevado un importante gasto económico.4

En el siglo XVIII, las convenciones de la guerra dictaban que los soldados enemigos cautivos debían ser alimentados, alojados y cuidados como los de las fuerzas armadas propias, aunque la ropa y la paga debían recibirlas de su propio Estado o Ejército (y no de sus captores). Estaba prohibido el reclutamiento de los prisioneros de guerra por parte del Ejército que los capturara. Durante la mayor parte de los conflictos del siglo entre potencias europeas occidentales, los rescates y, cada vez con más frecuencia, los acuerdos entre las potencias beligerantes regulaban el

aprisionamiento, el abastecimiento y el intercambio de los cautivos. Aunque cada Estado estaba obligado a procurar la liberación de sus soldados prisioneros –este compromiso era crucial a la hora del reclutamiento–, los comandantes podían retrasar los intercambios para imponer una carga económica mayor temporalmente a sus adversarios o para privarles de fuerza de combate. Al final de cada guerra se ponía fin a las reclamaciones mutuas mediante el pago de rescates o de compensaciones. A diferencia de lo que sucedía con los soldados, los oficiales que caían prisioneros solían ser liberados, o se les permitía libertad de movimientos dentro de un territorio específico, bajo palabra de honor de atenerse a ciertas restricciones.5

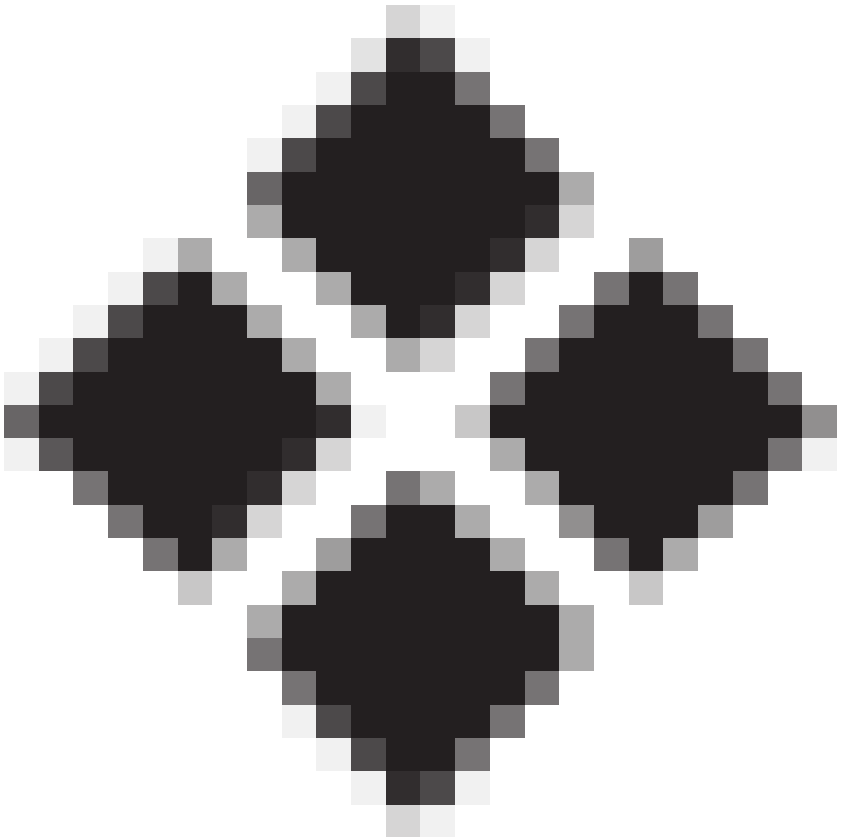
Estas normas de tratamiento de los prisioneros no eran fáciles de respetar en el contexto de una conflagración bélica. El número desigual de cautivos bajo custodia de los distintos bandos, la falta de un registro numérico adecuado y la enorme dimensión de algunas guerras que abarcaban varios continentes llevaban a que los intercambios fueran difíciles de organizar. Hubo, por tanto, una tendencia a la reducción de los intercambios a gran escala y hacia la retención de los prisioneros durante periodos de tiempo más largos. En la Guerra de la Revolución estadounidense, las circunstancias políticas y legales complicaron aún más la cuestión: los británicos se negaban a calificar a los combatientes rebeldes capturados como prisioneros de guerra, debido a que ello equivalía a reconocer a los Estados Unidos como un Estado soberano. Esto impidió que pudieran darse los intercambios a gran escala típicos de las guerras entre las naciones europeas, lo que condujo a que ambos bandos tuvieran que afrontar el reto de albergar a una población de prisioneros de un tamaño inusual. Durante la mayor parte de la guerra, los oficiales británicos intentaron pactar intercambios parciales ad hoc empleando la autoridad de los comandantes locales y sin invocar de manera formal el nombre del rey para no comprometer la posición de su gobierno.

Si Washington se inclinaba hacia un humanitarismo pragmático y, por tanto, era partidario de los intercambios para aliviar el sufrimiento de los prisioneros, el Congreso, en cambio, quería utilizar la cuestión para obligar a Gran Bretaña al reconocimiento diplomático de los Estados Unidos. También deseaba evitar la

devolución de demasiados soldados británicos. No era partidario de pagar por grandes intercambios si no se podía llegar a un acuerdo general. Asimismo, el Congreso prefería esconder al enemigo la brevedad de los periodos de alistamiento de los soldados estadounidenses. A lo largo de la guerra, los jefes estadounidenses y británicos se achacaron unos a otros el fracaso repetido de las negociaciones para el intercambio de prisioneros. El número de prisioneros intercambiados por medio de acuerdos particulares, aunque tal vez llegara a varios miles a lo largo de la guerra, resultó demasiado limitado para aliviar de forma significativa la presión que se padeció en casi todos los lugares de aprisionamiento, prácticamente, todo el tiempo.6

Algunos oficiales británicos pedían, en Norteamérica, que los cautivos «rebeldes» fueran tratados como tales y no como prisioneros legítimos similares a los de un ejército convencional europeo. Cuando menos, mantenerlos presos de forma indefinida, sugirió el capitán irlandés Frederick Mackenzie, «y en un estado de incertidumbre al respecto de su destino, con seguridad provocaría gran terror en su ejército». Le preocupaba que no se aplicara la pena capital: «Ningún rebelde ha sufrido la muerte, excepto en acción», circunstancia que para él solo servía para animar a la insurgencia. Sin embargo, incluso Mackenzie insistía después en que era «correcto tratar a nuestros enemigos como si pudieran algún día convertirse en nuestros amigos. La humanidad es la característica de las tropas británicas, y me apenaría que corrieran el riesgo de dilapidar lo que redunda en tanto honor para ellas, aunque fuera por un acto de severidad necesaria». Mackenzie advocaba por un humanitarismo estratégico que permitiera a Gran Bretaña crear el clima adecuado para la reconciliación en la posguerra. En la práctica, los británicos tampoco es que pudieran tratar a los prisioneros estadounidenses como traidores sin ningún derecho. Esto se debía, en primer lugar, a que los oficiales encargados de reclutar tropas alemanas le habían pedido al gobierno británico que no complicara su labor repitiendo la situación de la campaña antijacobita de 1745, en la que no se pudieron intercambiar prisioneros. Los negociadores alemanes fueron, en esta nueva ocasión, muy conscientes de ese problema. En segundo lugar, una vez que los estadounidenses capturaron cantidades importantes de tropas británicas, Gran Bretaña se vio obligada a tratar a los

cautivos estadounidenses como prisioneros de guerra de facto para proteger a los suyos de posibles represalias.7



Washington marcó, desde temprano, el tono del debate británico-estadounidense acerca de los prisioneros. Apenas unas semanas después de asumir el mando de su nuevo ejército en Cambridge, en 1775, se quejó al general Gage de que «los oficiales comprometidos con la causa de la libertad y de su país, que por los avatares de la guerra han caído en vuestras manos, han sido arrojados indiscriminadamente a una prisión común indicada para delincuentes –sin consideración alguna hacia aquellos con un rango más respetable cuando padecían heridas y enfermedades–. Que algunos han sido incluso amputados en esta indigna situación». Washington exigía que se dejara la política a un lado. Afirmaba que

las «obligaciones que surgen por los derechos de la humanidad y por privilegios de rango son de obediencia universal y completa, excepto en caso de represalia». Con esta salvaguarda, Washington invocaba otra norma de las leyes de la guerra y ponía en conocimiento de Gage que, en el futuro, el tratamiento que daría a los cautivos británicos y alemanes sería fiel reflejo del que recibieran los prisioneros estadounidenses en poder de los británicos.8

Gage contestó que, «para gloria de las naciones civilizadas, la humanidad y la guerra han sido compatibles; y la compasión hacia los sometidos se ha convertido en un sistema casi generalizado». Los británicos, tranquilizaba a Washington, «siempre notables en piedad, han superado los ejemplos habituales, y han pasado por alto a los criminales entre los cautivos. Según estos principios, vuestros prisioneros, cuyas vidas, según las leyes del país, estaban destinadas a la soga, han sido hasta el momento tratados con cuidado y amabilidad, y alojados con más confort que los soldados del rey en los hospitales». Gage venía a decir que era el impulso humanitario natural de Gran Bretaña, y no sus obligaciones según las leyes de la guerra, lo que había garantizado el buen tratamiento de los prisioneros rebeldes. Si había, en efecto, ignorado las diferencias de rango entre los prisioneros, había sido solo porque «yo solo reconozco los rangos que provengan del rey». El principio de la represalia también funcionaba en su dirección, según Gage le garantizaba a Washington, puesto que él también tenía que mirar por el bienestar de los lealistas norteamericanos:

Lo que sé de vuestro Ejército justificaría una recriminación severa. Entiendo que hay súbditos leales al rey, apresados desde hace algún tiempo por los rebeldes, que trabajan como los esclavos negros para ganarse el sustento diario, o se ven reducidos a la mísera alternativa de perecer de hambre o tomar las armas contra su rey y su país. Los que han empleado el tratamiento que doy a los prisioneros, o el que se da a vuestros amigos en Boston, como excusa para tomar dichas medidas, han añadido barbarie a la falsedad.9

Pero Washington no se iba a dejar intimidar por amenazas. Le hizo saber a Gage que de forma deliberada había evitado las cuestiones políticas, como, por ejemplo, si «tenían preeminencia la piedad, la fortaleza y la paciencia de los británicos o las de los americanos», o «si nuestros virtuosos ciudadanos, a quienes la mano de la tiranía ha forzado a tomar las armas», merecían ser ahorcados como rebeldes. En lo que concernía a los lealistas, sin embargo, Washington había hecho pesquisas y le informó de que «no solo vuestros oficiales y soldados han sido tratados con amabilidad por ser conciudadanos y hermanos; sino que incluso también esos execrables parricidas, cuyos consejos y ayuda han inundado a su país de sangre, han sido protegidos de la furia de un pueblo justamente enfurecido». El Congreso publicó sin tardanza la correspondencia entre Washington y Gage con fines propagandísticos. Para entonces, Washington comenzaba a ser valorado de un modo unánime, no solo en las colonias británicas de Norteamérica, sino también en Gran Bretaña, como un caballero y un oficial honorable que intentaba mantener unos elevados estándares éticos.10

Aunque las acusaciones que recibieron los británicos de maltratar a los prisioneros norteamericanos enrarecieron las relaciones, Washington continuó, tal vez con mayor empeño entonces, asido a los mismos principios: siempre trataría «que la situación de los prisioneros en mi poder fuera tan confortable como me sea posible, y nada me inducirá a distanciarme de esta norma, tampoco si seguís una línea de conducta distinta con los que tenéis en vuestro poder. El cautiverio ya es, en sí mismo, bastante penoso, y es una crueldad añadirle más padecimientos». Estos nobles ideales, expresados con una retórica de altos vuelos, se pusieron en verdad a prueba en el tratamiento que se dio a los prisioneros bajo las tensiones y esfuerzos de una extenuante guerra. Los soldados patriotas tendrían que aprender, a lo largo de la contienda, que ser un prisionero rebelde en poder de los británicos era una experiencia precaria y, a menudo, violenta.11

DESDE EL APRESAMIENTO HASTA LA TUMBA

Los soldados estadounidenses que se rendían a las fuerzas británicas y hessianas vivían temerosos de lo que les aguardaba. Muchos habían oído historias de maltrato, e incluso de muerte, a manos del enemigo. A primeros de 1777, un periódico patriota publicó un irónico informe ficticio sobre la liberación de todos los soldados prisioneros norteamericanos que había en Nueva York, elaborado por el general sir William Howe: «A la mitad los envió al mundo de los espíritus por falta de comida; a los otros los envió a que avisaran a sus compatriotas del peligro de caer en sus manos y a convencerlos, mediante demostración ocular, de que es infinitamente mejor caer en la batalla que ser apresado por los brutos británicos, cuyas delicadezas son crueldades». A menudo, los patriotas pintaban el tratamiento que los británicos les daban a los prisioneros de intencionadamente brutal: parecía que abusaban de los cautivos por efecto de una «fría reflexión y de un sistema preconcebido», en opinión del autor anónimo de un ensayo que tuvo una gran difusión. Los británicos, crueles por naturaleza, llegaban «casi» al asesinato de los cautivos norteamericanos como castigo por rebelarse.12

Durante la primera gran campaña de la guerra, en el otoño e invierno de 1776, un destacamento estadounidense dedicado a enterrar cadáveres encontró, en Harlem Heights, una docena de cuerpos norteamericanos con los cráneos rotos, supuestamente después de que se hubieran rendido ante las unidades hessianas. Era habitual que a los soldados continentales que sobrevivían al momento de su rendición les robaran los relojes, el dinero, los anillos, el calzado, las hebillas de los calzones y cualquier objeto de valor que pudieran llevar consigo. Se les privaba, por lo general, de prendas de vestir como, por ejemplo, los zapatos o las casacas, cuestión nada menor en los duros meses de invierno. Aunque las condiciones de una capitulación pactada podían garantizar, a veces, que un grupo concreto de prisioneros pudiera conservar sus pertenencias, esto no siempre se respetaba. Los oficiales estadounidenses cautivos informaron, más tarde, de un trato caprichosamente desigual: algunos recibían muestras de respeto cuando eran capturados, mientras que otros eran ridiculizados.13

En las primeras horas y días de cautiverio, los prisioneros solían padecer hostigamiento verbal. No era raro que también sufrieran palizas u otros ataques físicos. Aunque los oficiales captores no aprobaran la violencia, esto no significaba que siempre actuaran para evitarla. El capellán militar hessiano Philip Waldeck reconoció que, tras la rendición del fuerte Washington, y en contra de las órdenes estrictas que se habían dado,

los prisioneros recibieron cierto número de golpes. Fue muy cómico el tratamiento que vi que les daba un granadero hessiano. Uno de los rebeldes que eran escoltados miraba en derredor orgulloso […] El granadero lo agarró por las orejas con ambas manos […] Otro lo ató con su bufanda. Otros dos lo golpearon en ambos lados de la cabeza. Un tercero le dio una patada en la espalda que le hizo atravesar tres filas […] El pobre tipo no supo de dónde había venido el golpe, ni por qué había sido golpeado.

Se decía que otros hessianos sometieron a un tirador de Pensilvania a un ahorcamiento fingido en un árbol en tres ocasiones, y que usaron a un prisionero para practicar su puntería. También se contaba que los soldados británicos escenificaban falsas ejecuciones, carreteando a cautivos a los que sentaban en ataúdes con una soga al cuello, a la vez que iban voceando improperios: «rebeldes», «canallas», «asesinos». Estas historias, tanto si eran ciertas como si eran solo medias verdades o puras invenciones, es innegable que eran capaces de infundir temor en los soldados estadounidenses. Daban forma a lo que podían esperar del enemigo y, en ocasiones, llegaban a afectar su conducta en el momento de la rendición.14

En un primer momento, la mayoría de los cautivos eran encerrados en algún tipo de prisión improvisada cercana al lugar de su apresamiento: un almacén, una cárcel, una casa particular o un granero. Dichas instalaciones estaban atestadas y eran insalubres. Solían faltar las camas y también la ropa. Samuel Young, capturado en el área de Nueva York, fue confinado en un establo con otros 500 hombres. Les lanzaban la comida «igual que a los cerdos, una cantidad de galleta rancia, rota y desmigajada, en su mayor parte

mohosa y a veces con gusanos que se movían por ella, por la que se peleaban los hombres […] al día siguiente les daban, a cada uno, un poco de cerdo que les obligaban a comer crudo».15

Los prisioneros retenidos en instalaciones temporales en propiedades privadas, al cabo de algún tiempo, tenían que ser llevados a otro lugar. Unos pocos afortunados eran objeto de algún intercambio local para reducir la demanda inmediata de comida, combustible y ropa. La mayoría, sin embargo, era transferida al sistema de prisiones británico principal, situado en la ciudad de Nueva York. Este traslado conllevaba más penurias: las columnas de cautivos que marchaban hacia allí solían sufrir maltratos verbales y físicos por parte de sus captores y también de los lugareños. Del tramo de 16 km que va desde Harlem Heights a la ciudad de Nueva York, un soldado de Connecticut recordaba que él y sus compañeros cautivos «tuvieron que marchar a través del ejército británico y hessiano, donde fueron insultados y pateados y los golpearon con las culatas de los mosquetes. A algunos de nosotros nos machacaron las cabezas con palos y nos robaron las sábanas». John Adlum recordaba que, a lo largo del camino y en la ciudad de Nueva York, muchedumbres lealistas, que acompañaban al ejército hessiano, así como «fulanas de los soldados», les lanzaban improperios –llamándolos «malditos rebeldes» que «deberían ser o que serían colgados»– y, a veces, también les arrojaban piedras.16

El transporte en barco era, en muchos aspectos, aún peor. El mayor Abraham Legget, veterano de la campaña de Nueva York, fue apresado cuando cayó el fuerte Montgomery, en el río Hudson. En compañía de 300 oficiales y soldados, Leggett fue despachado en barco a Nueva York en el pequeño transporte Mertell, en tales condiciones de hacinamiento, «que varios casi se asfixiaron». La única agua que se les ofrecía apestaba tanto que no la podían beber ni los más desesperados. Los captores de Leggett estaban tan preocupados por la posibilidad de que hubiera una rebelión que situaron cañones de 4 libras en el puente, apuntando hacia la bodega, «con la amenaza de que si hacíamos el menor ruido dispararían contra nosotros». El traslado por mar también conllevaba unos riesgos concretos. El oficial al mando de un transporte de prisioneros británico que iba de las islas Turcas (al sudeste de las Bahamas) hacia Rhode Island le transmitió a su

prisionero, el revolucionario George Ballerman, las órdenes que tenía en caso de que se declarase un incendio: dejar que los prisioneros ardieran bajo la cubierta y disparar a cualquiera que saltara por la borda.17

No es de extrañar que las condiciones en que vivían los cautivos y el tratamiento que recibían variaran, a veces incluso en un mismo lugar. Ebenezer Fletcher comentó que, en un hospital de campaña cercano al lugar donde fue apresado, en el estado de Nueva York, algunos de sus captores fueron «muy amables; mientras que otros fueron muy rencorosos y malvados». En algunas ocasiones, los oficiales británicos parecían revestirse de una especie de manto de magnanimidad que respondía a un interés estratégico. El amable trato del general sir Guy Carleton a los prisioneros estadounidenses capturados en Canadá en 1776 estaba pensado para que «todos los hombres moderados de las colonias [comprendieran que] el camino al perdón aún no se había cerrado para ellos». Algunos oficiales estadounidenses admitieron, más tarde, que habían recibido, en conjunto, un buen tratamiento. Incluso hubo algún raro lealista –grupo al que, por lo general, se calificaba con el mayor desprecio– que fue alabado por los patriotas gracias a su humanidad. No obstante, en la inmensa mayoría de los casos, el testimonio de los patriotas durante la guerra no solo sugiere que los cautivos sufrieran, de forma habitual, condiciones inhumanas, sino que pensaban que estas se debían a una crueldad premeditada y gratuita de los británicos. El conocimiento de este abuso y violencia influyó mucho en las reacciones de los prisioneros, lo que ayuda a explicar, por ejemplo, su tenaz resistencia a los intentos británicos de reclutarlos en sus fuerzas armadas.18

Las raciones acostumbradas para los prisioneros de guerra, en el siglo XVIII, eran dos tercios de las asignadas a los soldados de servicio. En el Ejército británico, esto equivalía a 3 kg de carne y otros tantos de pan, 100 g de manteca y queso, 200 g de avena, 3 pintas* de guisantes y, si era posible, una pequeña cantidad de arroz, lo que sumaba un total de algo menos de 2500 calorías diarias. Los prisioneros, por tanto, debían recibir alrededor de 1600 calorías diarias. De todos modos, en ese caso, un prisionero sedentario que pesara 72 kg perdería, en esa situación, algo más de 400 g a la semana. Además, el aprovisionamiento de las

instalaciones carcelarias británicas sufría las mismas dificultades que el de las propias tropas. Los problemas para adquirir, almacenar, transportar, conservar y distribuir las raciones llevaban a que los prisioneros rara vez recibieran las raciones que oficialmente les correspondían.19

La calidad de los alimentos que recibían era, a menudo, ínfima. Un teniente llamado Catlin, de Connecticut, afirmaba que no le dieron nada de comer durante los dos primeros días de su cautiverio, una queja habitual que en otros testimonios se ampliaba a tres, cuatro o incluso cinco días. Catlin tuvo después que sobrevivir a base de «restos de cerdo estropeado, pan agusanado y agua salobre». Después de una marcha extenuante hasta la ciudad de Nueva York, John Adlum solo recibió magras cantidades de «galleta desmenuzada» que «me parecía que eran los desperdicios que habían quedado en el fondo de unos barriles que habían abastecido al ejército o a la marina; tenían rayas amarillas y verdes de moho». A veces, los cautivos no tuvieron más remedio que comer suelas de zapatos, huesos, o incluso basura que les vendían sus despiadados carceleros. Tuvieron que recurrir a comer hierba, madera o ladrillos; algunos birlaban el salvado de los comederos de los cerdos y lo hervían en el fuego. Según un testimonio, incluso llegaban a roer la carne de sus propios miembros.

Muchos cautivos también carecían de prendas de vestir y de ropa de cama apropiada, y las asignaciones oficiales rara vez eran suficientes. Los prisioneros, a veces, podían obtener vestuario extra a través de oficiales amigos en libertad condicional y, en ocasiones, de ciudadanos locales. También había un mercado carcelario donde se comerciaba con la ropa de los reclusos muertos y de aquellos que habían sido liberados mediante intercambios. Los problemas continuaron también después de que el Congreso asumiera directamente la responsabilidad de proveer de vestuario a los cautivos estadounidenses en poder de los británicos. Por culpa de un pernicioso círculo de privaciones y degradación, aunque un prisionero consiguiera adquirir una prenda de vestir, pongamos por caso un buen abrigo, no era raro que tuviera que intercambiarla por un pedazo de pan para sobrevivir un día más.20

Las condiciones de vida en las prisiones –el aire viciado por el

hedor de los cuerpos enfermos y debilitados, el agua pútrida y los hombres «plagados de piojos de la cabeza a los pies», que a veces tenían que yacer «sobre los excrementos de los prisioneros»– favorecían, sin remedio, la aparición de enfermedades. En teoría, los reclusos heridos y enfermos debían recibir cuidados, equivalentes a los que recibían los soldados británicos, en los hospitales de campaña, del ejército y de las prisiones. En la práctica, sin embargo, las inspecciones médicas en las prisiones militares eran, en el mejor de los casos, infrecuentes. No se aislaba a los pacientes infectados. La vacunación u otras medidas preventivas –que por entonces comenzaban a ser comunes en las fuerzas armadas británicas– casi nunca se aplicaban. Los hospitales destinados al tratamiento de los cautivos estaban, a menudo, tan atestados como las propias prisiones, y sus condiciones de salubridad no siempre eran mejores. Un joven miliciano de Connecticut le escribió a su padre que, pese a estar enfermo, «no iría al hospital, puesto que allí campan todo tipo de enfermedades».21

El Preboste, construido en 1759, albergó prisioneros de guerra durante la Guerra de los Siete Años y prisioneros militares y civiles estadounidenses durante la Revolución.

La ciudad de Nueva York, que tuvo la guarnición británica más importante durante la guerra, albergaba el sistema de prisiones principal del ejército imperial. Los estadounidenses y otros prisioneros estaban encerrados en el Preboste (en la Cárcel Vieja), en la Liberty House, situada en Broadway, en las antiguas refinerías de azúcar, en al menos media docena de iglesias, en la Casa de Reuniones Cuáquera, en el City Hall situado en las calles Nassau y Wall y, por un tiempo breve, en el King's College (actual Universidad de Columbia).22

Las condiciones en el Preboste eran de una dureza especial. Se trataba de una cárcel municipal con 12 celdas y 3 mazmorras subterráneas que se había convertido en una prisión para oficiales estadounidenses de alta graduación y «prisioneros de estado», civiles acusados de ayudar a la rebelión. En cada estancia se hacinaba una docena de oficiales. Recibían pocas y reducidas raciones, como por ejemplo carne cruda salada y lo que un recluso describió como «galleta marinera algo dañada. Tan pronto como caía al suelo, le crecían patas y corría en todas direcciones, tan llena de vida. El suelo estaba muy sucio, más parecía una pocilga que otra cosa». El diario secreto carcelario de John Fell, un notable cazador de tories a quien los lealistas habían sacado de su cama en Nueva Jersey y llevado al Preboste, relata las penurias del cautiverio. Las temperaturas fluctuaban muchísimo dependiendo del tiempo que hiciera en el exterior. Los hombres también eran sometidos, de forma arbitraria, al aislamiento en las mazmorras inferiores. Había «horribles escenas de flagelaciones». En la entrada del 16 de noviembre de 1777 leemos: «Cárcel en extremo desagradable. Muchos desgraciados y espeluznantes objetos [es decir, prisioneros] próximos a perecer por el frío y el hambre. Perspectiva miserable ante nosotros».23

El lugar lo dirigía el prominente comisario preboste, el capitán William Cunningham. Hijo de un dragón británico, Cunningham había llegado a la ciudad de Nueva York en 1774. Después de un violento y humillante altercado con los Hijos de la Libertad en la primavera de 1775, en el que había admitido en público su lealtad al rey Jorge, Cunningham huyó hacia la protección del contingente

británico situado en Boston. El general Gage lo nombró comisario preboste al cargo de los prisioneros rebeldes y también de la disciplina militar y las ejecuciones. Poco después fue transferido para que supervisara la administración de los prisioneros en la ocupada Nueva York y luego en Filadelfia. Sus contemporáneos atribuían su brutalidad hacia los prisioneros rebeldes al violento incidente que hemos comentado, el cual «nunca olvidó ni perdonó».24

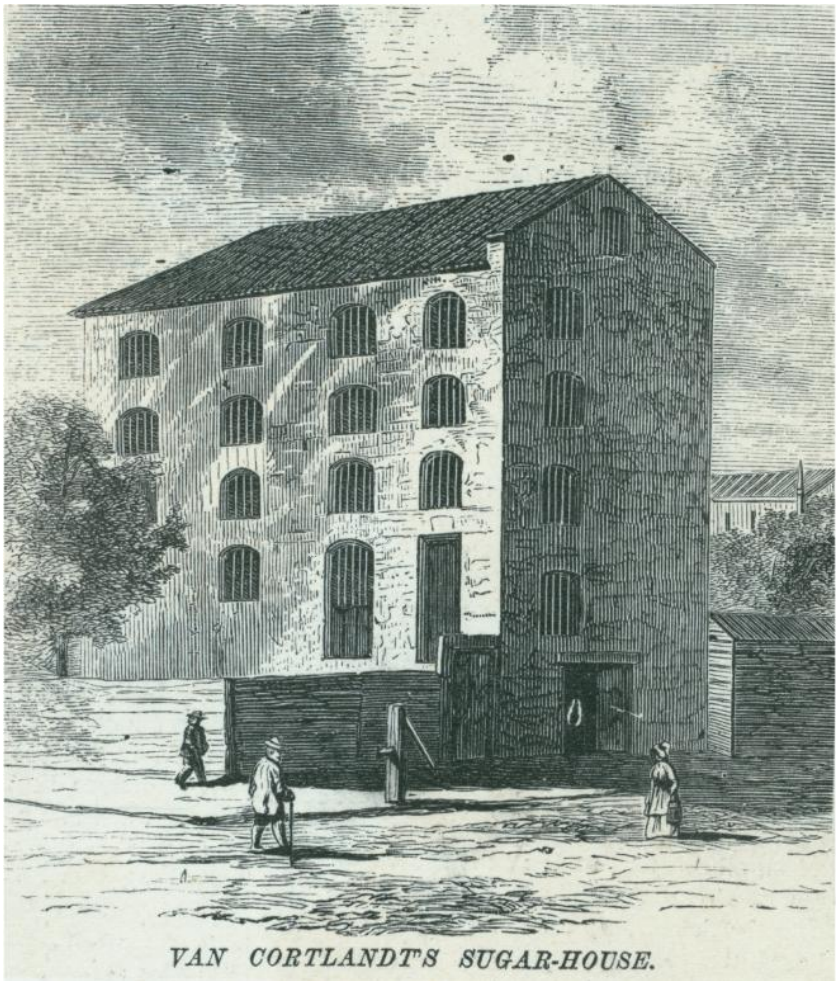
Después de que George Washington se quejara sobre el régimen de abusos de Cunningham en Filadelfia, Howe se limitó a trasladarlo de vuelta a Nueva York. En la ciudad de las prisiones abundaron las historias sobre su cruel comportamiento. Disfrutaba de un modo sádico de volcar a patadas las cazuelas con sopa que los caritativos vecinos dejaban en el exterior de las celdas. Hirió con su espada en el hombro a un preso que osó pedirle papel y pluma para escribir a su familia. Amenazaba a los prisioneros con la horca. Incluso se decía que torturaba a reclusos con hierros candentes. Semejante comisario preboste, que personificaba lo peor de la opresión imperial, junto con los reportes y rumores que rodeaban su persona, produjo un hondo efecto en la mente de los patriotas, poniendo en valor el significado más profundo de su lucha por la independencia.

Casi todas las iglesias de la ciudad de Nueva York, menos las que pertenecían a la Iglesia de Inglaterra, pasaron pronto a servir de prisiones, como si los británicos se vengaran así de los anteriores ataques patriotas a las iglesias anglicanas a lo largo y ancho de las colonias. En la iglesia holandesa Old North, situada en William Street, fueron hacinados 700 u 800 hombres sin comida, ropa ni camas suficientes, y sin combustible que pudiera calentarla. Un recluso informó que, durante diez días, él y sus compañeros presos se mantuvieron a base de manzanas verdes y de agua almacenada en antiguos barriles de conserva de carne de cerdo. Un oriundo de Pensilvania llamado Thomas Boyd, que había sido apresado en el fuerte Washington, aguantó tres días sin comer, a los que siguieron varios días más con provisiones muy escasas. El pan estaba «agusanado y sabía amargo, y parecía más venenoso que nutritivo». Solo los agraciados con una «constitución de hierro», como Boyd, tenían posibilidades de sobrevivir.25

Otros reclusos fueron encerrados en enormes refinerías de azúcar, donde las condiciones de vida eran tan malas o incluso peores que en las iglesias. Las refinerías estaban atestadas y sucias, el calor era sofocante en verano y, como algunas carecían de cristales en las ventanas, en invierno el frío era insoportable y la nieve podía llegar al interior. La malnutrición era general y las enfermedades descontroladas debilitaban con rapidez a los prisioneros.26

Esta atmósfera de temor, maltrato y sufrimiento era terreno abonado para los rumores más fantasiosos. En 1777, un misterioso «doctor francés» fue acusado de asesinar a prisioneros rebeldes en Nueva York con polvos venenosos, aunque un cautivo, Andrew Sherburne, comentó con agudeza: «No, allí no había semejante piedad. No se empleaba nada que pudiera amortiguar la susceptibilidad al dolor o que, apresurando la muerte, pudiera restar de las agonías de esta una simple punzada». En 1781, el marino Willis Wilson denunció que los británicos, de forma deliberada, habían infectado con viruela a alrededor de un centenar de prisioneros en el Preboste de Portsmouth (Virginia), al ponerlos en contacto con negros contagiosos. No era esta la primera vez que se presentaban acusaciones de guerra biológica contra los británicos. El general Thomas Gage había sido uno de los oficiales británicos que habían aprobado la infección deliberada de nativos norteamericanos con este virus durante el asedio del fuerte Pitt, en la frontera de Pensilvania, en 1763. En 1775, cuando le llegaron a Washington acusaciones acerca de una conspiración británica para difundir gérmenes en Boston y alrededores, el general no se las tomó a broma y avisó a las autoridades locales y al Congreso Continental. Les advirtió de que el contagio de viruela en la ciudad asediada era «un arma de defensa que están usando contra nosotros». Los rumores sobre guerra biológica resurgieron, como hemos visto, en torno a las tropas negras de Dunmore en Virginia, en 1775, y de nuevo en forma de conspiración lealista en Nuevo Hampshire en 1777. En el caso de Portsmouth, al menos, estos temores no se llegaron a sustanciar: lo más probable es que los prisioneros contrajeran la enfermedad al contagiarse de compañeros reclusos que se habían infectado antes de llegar a la prisión. A los negros infectados no se les mantuvo en estricta cuarentena debido a una acuciante falta de personal, y tuvieron que ser empleados como enfermeros mientras aún estaban contaminados. Sin embargo, la

veracidad de algunas acusaciones concretas no era lo que determinaba necesariamente su impacto en una audiencia ya predispuesta a creer en las historias de crueldad del enemigo.27

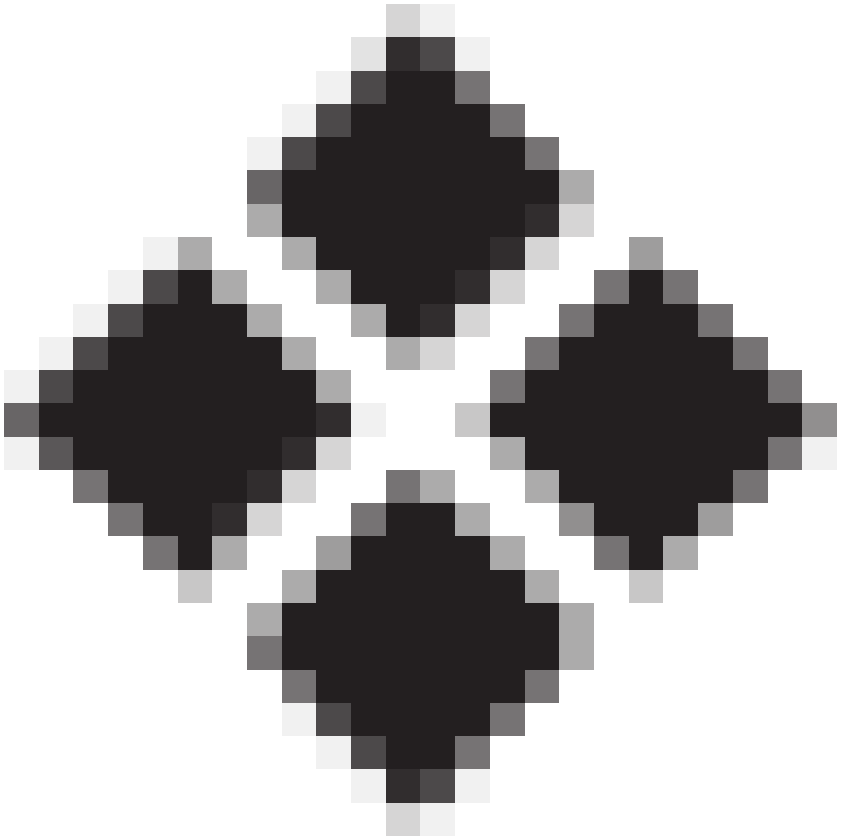


Refinería de azúcar de Van Cortlandt.

No obstante, los prisioneros no estaban solo preocupados por las amenazas a su bienestar físico. Los oficiales estadounidenses, en

concreto, se sentían incómodos si sus captores, ignorando la jerarquía de los rangos militares o incluso la jerarquía racial, los ponían a «todos hacinados promiscuamente, juntos sin distinción ni respeto al oficio o al color de las personas» y encerraban a los oficiales norteamericanos junto con «indios, mulatos, negros, etc.». John Barret objetaba que se le tuviera preso en una refinería de azúcar en compañía de «soldados y marineros rasos, e incluso negros, [los cuales] eran todos tratados por igual, tanto en cuanto a las provisiones como en otras cuestiones, y con indiscriminada insolencia y crueldad». Los prisioneros norteamericanos blancos recluidos en Filadelfia escribieron, escandalizados, que no solo se les mantenía junto a los cautivos negros, sino que los británicos llegaron a negarse a castigar a un negro que había golpeado a un oficial blanco. Si veían socavada su posición social, los estadounidenses protestaban con tanto ruido como cualquier oficial de la Corona.28

El Congreso, en 1777, identificó otro asunto altamente delicado. Se trataba de la sorprendente y casi total ausencia de ayudas de caridad a los prisioneros por parte de los ciudadanos norteamericanos particulares de las poblaciones cercanas a las cárceles. El comité reconoció, con embarazo, que este abandono «era algo no visto en circunstancias similares sucedidas en otros países cristianos». El raro vecino que demostraba compasión se arriesgaba a sufrir repercusiones. Por ejemplo, en la primavera de 1778, unos oficiales patriotas enviaron 5 barriles de harina a «una pobre mujer [que] había salvado las vidas de varios de nuestros prisioneros, esforzándose en servirlos mucho más allá de lo que alcanzaba, y [que] ahora estaba en un estado de sufrimiento por falta de provisiones». Un tabernero de Nueva York, que llevaba sobras de comida a los prisioneros de la refinería de azúcar de Crown Street, presenció, en alguna ocasión, cómo los guardias británicos atormentaban a los famélicos cautivos con pedazos de carne: «Los actos de humanidad más comunes eran entonces considerados un crimen de la peor especie».29



Los soldados de tropa, en general, tuvieron que soportar las condiciones insalubres de su cautiverio hasta el fin de la guerra, excepto la minoría de los que fueron intercambiados o los que murieron antes. En cambio, la mayor parte de los oficiales estadounidenses capturados acabaron por recibir la libertad condicional bajo palabra, en línea con la práctica habitual en las guerras europeas entonces. En algunos casos, el oficial en libertad condicional podía gozar de libertad de movimientos dentro de un área limitada del territorio enemigo. En otros, se le permitía volver a una zona del interior del territorio controlado por su propio bando, o incluso regresar a su hogar. En el segundo tipo de condiciones, el oficial debía dar su palabra de honor de que no tomaría las armas de nuevo hasta que fuera intercambiado formalmente por un equivalente británico. La mayoría de los

oficiales capturados durante la campaña del estado de Nueva York, al comienzo de la guerra, fueron puestos en libertad condicional bajo palabra y trasladados a áreas situadas en las afueras de la ciudad de Nueva York. Fueron asignaron a familias del lugar, en grupos de 2 o 3 hombres por casa. Cada uno se pagaba su manutención y estancia, con la esperanza de que el Congreso les reembolsaría los gastos. Algunos hombres pasaron más de la mitad de la guerra en esas circunstancias. El mayor Abraham Leggett, por ejemplo, fue excarcelado del Preboste, en libertad condicional, el 1 de noviembre de 1777. Su intercambio se efectuó cuatro años después; entonces, se reincorporó al Ejército revolucionario y participó en acciones en Nueva Jersey y en Long Island. Otros oficiales liberados bajo palabra circulaban con libertad por la ciudad ocupada. Las convenciones de la guerra entre caballeros se imponían a otras prioridades como la necesidad de mantener algunas cuestiones en secreto o la seguridad, aunque los oficiales estadounidenses en libertad condicional en la ciudad de Nueva York tenían que prometer no perjudicar el esfuerzo bélico británico. Si un oficial violaba las condiciones de su libertad condicional, se arriesgaba a perder sus privilegios y a ser apresado.30

A menudo, los oficiales en libertad condicional recibían cuidados médicos, a veces incluso vacunas contra la viruela. Por lo que hemos podido determinar, parece que la mayoría se mantuvo en un estado razonable de buena salud. Los diarios personales que nos han llegado muestran que disfrutaban de una vida ociosa en la que tenían libertad para leer, nadar, ir de pesca o asistir a las carreras locales; muchos establecieron relaciones con mujeres del lugar con las que algunos, más tarde, se casaron. Otros recibieron la visita de sus mujeres y familias, o incluso vivían con ellas. Cuando, en alguna ocasión, los oficiales en libertad condicional se quejaban acerca de la incomodidad de sus condiciones de vida, reconocían que la mala dieta, a base de carne salada de vacuno y cerdo, era en especial dura para aquellos que se habían criado «en el regazo del lujo». Los oficiales estadounidenses que visitaron a sus colegas en libertad condicional pensaban, a veces, que sus condiciones de vida eran, si acaso, demasiado confortables. De los 235 oficiales en libertad condicional que había en los pueblos rurales de Long Island en febrero de 1778, un oficial estadounidense de alto rango escribió en privado: «Lamenté descubrir que muchos de los oficiales se habían

vuelto muy extravagantes en el vestido, pues se adornaban con cordones, etc.».31

Algunos de los oficiales en libertad condicional, conscientes de las miserables condiciones de vida que sus subordinados padecían en las prisiones de la ciudad, les llevaban los abastecimientos adicionales que podían; otros visitaban a sus famélicos soldados y volvían después a sus alojamientos a cenar filete y cerdo asado. En una ocasión, el teniente Jabez Fitch, tras haber cenado en una casa local, llevó algo de sopa a los prisioneros de la Old Church. Al día siguiente los visitó de nuevo y escribió que los reclusos enfermos estaban en una «situación muy penosa»; más tarde vio enterrar a tres prisioneros en una misma tumba. Un cautivo que luego pasó a libertad condicional, Ethan Allen, descubrió en sus visitas

a varios de los prisioneros en las agonías de la muerte, a consecuencia de su mucha hambre, y a otro[s] sin habla y muy cercanos a la muerte, que comían astillas de madera […] Quejidos huecos saludaban a mis oídos, y la desesperanza parecía grabada en cada uno de sus rostros. La inmundicia […] era casi indescriptible. Los suelos estaban cubiertos de excrementos. He tenido mucho cuidado, al andar, de dónde ponía el pie para evitarlos, pero no pude […] He visto […] siete muertos a la vez, tendidos entre los excrementos de sus cuerpos.

Allen cesó pronto sus visitas: «era más de lo que podía soportar como espectador».32

La falta de un enterramiento adecuado era la última humillación del cautiverio. «Veinte o treinta mueren cada día –escribió un prisionero liberado–. Yacen en montones sin enterrar». Los cadáveres de los soldados estadounidenses eran maltratados tanto por los lealistas como por los británicos, recordaba otro: «He visto bandas enteras de tories haciéndoles burla, exultantes ante los muertos». En la ciudad de Nueva York, cada mañana se sacaban cadáveres congelados de las iglesias y de las refinerías de azúcar, «eran arrojados a carretas igual que maderos, los llevaban lejos y

luego los lanzaban a un hoyo grande o a una trinchera, donde los tapaban como si fueran animales muertos. Al poco tiempo, los cuerpos desnudos quedaban a la vista debido a las condiciones atmosféricas». Se decía que otros cuerpos eran arrojados, sin más, en el campo, donde quedaban «expuestos de un modo antinatural a ser devorados por los cerdos u otros ávidos animales» antes de que se los enterrara, en su mayor parte desnudos, en fosas comunes de escasa profundidad, en las que sus restos podían ser de nuevo comidos por los puercos o por animales salvajes. Se llegaban a contar historias de hombres enterrados vivos. Fueran verdaderas o apócrifas, lo cierto es que aumentaban el horror del cautiverio.33

PREOCUPARME MÁS DE LO SOPORTABLE

En abril de 1777, ante la cada vez mayor acumulación de pruebas de abusos contra los cautivos estadounidenses y las altísimas tasas de fallecimientos entre los mismos, el Congreso inculpó a los británicos por maltrato a los prisioneros. Al final dictaminó, aunque pueda parecer sorprendente, que la tropa enemiga era, si acaso, más sensible al padecimiento de los prisioneros que sus oficiales, y –según los relatos de los prisioneros– los hessianos más que los británicos. Después de que Washington reiterara sus protestas, su obstinada contraparte, Howe, le replicó negando, de forma cada vez más absurda, cualquier responsabilidad. Todos los prisioneros habían recibido «suficiente y nutritiva comida» y atención médica en «edificios muy bien ventilados» o en los grandes barcos de transporte, «los más saludables lugares de acogida que era posible ofrecerles». Cómo podían haber muerto tantos y tan rápido, «no puedo determinarlo». Tras encogerse de hombros Howe, Washington desechó cualquier perspectiva de intercambio. Añadió, con sarcasmo: «Aunque las manipulaciones ingeniosas puedan tener éxito en algunas ocasiones al aturdir el entendimiento con cuestiones especulativas, pese a todo, es difícil persuadir a la humanidad de que dude de la evidencia de sus sentidos y de la realidad de los hechos que los pueden excitar». Según el comandante en jefe estadounidense, los edificios aireados tal vez no

resultaran beneficiosos en el invierno, y las provisiones, por el aspecto de los cautivos y sus testimonios, era imposible que hubieran sido suficientes en cantidad y en calidad. En cambio, los prisioneros en poder del propio Washington «no estaban sujetos a una escasez miserable», sino que recibían las mismas raciones que los soldados estadounidenses en campaña. La negativa de Howe a permitir que un agente enemigo procurase provisiones para sus cautivos, unida a la inexistencia de un acuerdo formal, obligaba a ambos comandantes a tener que confiar en la generosidad mutua: él, Washington, había practicado dicha generosidad, pero se había equivocado al esperar que Howe actuara de modo recíproco.34

En la primavera de 1777, el Congreso comenzó a nombrar funcionarios encargados de los prisioneros de guerra. Elias Boudinot ocupó entonces el puesto de comisario general de los prisioneros. Lewis Pintard, de cuarenta y cinco años, originario de Nueva York y que se había dedicado al comercio con la India, se convirtió en el agente residente encargado de los prisioneros que había en Nueva York. También se nombraron delegados en otros estados y en instalaciones carcelarias específicas. Además de atender a los cautivos enemigos, estos funcionarios debían proporcionar dinero, comida, vestido y otros artículos a los cautivos estadounidenses en manos de los británicos. La Junta de Guerra ordenó al nuevo comisario que acabara con las malas prácticas de los comités locales, los cuales en unos casos eran «innecesariamente rigurosos» y en otros «de una laxitud culpable» en el cuidado de los prisioneros enemigos. El alto y religioso Boudinot, abogado acaudalado de Elizabethtown (Nueva Jersey), le confesó a su esposa que, al aceptar el nombramiento, se había dejado arrastrar al «vociferante, ruidoso, agotador, antinatural y amargo estado de la guerra y la carnicería».35

Mientras Boudinot reclutaba a su equipo y emprendía las primeras pesquisas, su tarea encontró obstáculos notables. Howe, en un primer momento, no admitió la entrada de Pintard en la ciudad de Nueva York, y luego solo le permitió acceder de forma no oficial, por miedo a que su misión pudiera malinterpretarse como un reconocimiento británico de la independencia de los Estados Unidos. El Congreso también había decidido que cada estado nombrara un comisario de prisioneros encargado de negociar la

liberación de sus cautivos. Boudinot y Washington instaron a que hubiera un control centralizado, pero los estados que negociaron directamente con los británicos, entre los que se encontraban Nueva York, Connecticut, Nueva Jersey y Massachusetts, rara vez cooperaron en la medida que Boudinot hubiera deseado.36

Los esfuerzos de este se vieron, además, obstaculizados por la falta de recursos. A partir del verano de 1777 pagó grandes sumas de su bolsillo y también de dinero que pedía prestado a amigos. En el invierno de 1777-1778, por ejemplo, Pintard pudo enviar así 796 pares de zapatos, 1310 medias, 787 casacas, 1253 camisas, 549 chalecos, 376 pares de pantalones, 184 sombreros, 616 mantas y 8 jergones a oficiales y soldados cautivos en la ciudad de Nueva York. Durante la primera mitad de 1778, Boudinot envió 857 barriles de harina a Filadelfia, entonces ocupada por los británicos, para conseguir efectivo, así como 117 cabezas de ganado y 4 cerdos para proveer de carne fresca a los cautivos estadounidenses.37

Este, además, tuvo que esperar hasta febrero de 1778 para que se le permitiera visitar a los cautivos estadounidenses en la ciudad de Nueva York, donde el general Clinton, más comprensivo que su antecesor, había asumido el mando. Allí, encontró los dos hospitales, con sus 211 prisioneros, «en un buen orden tolerable, ordenados y limpios, y con los enfermos mucho mejor cuidados de lo que me esperaba». Incluso en la refinería de azúcar que visitó, los 191 reclusos disponían de suficiente ropa y mantas para pasar el invierno. Sin embargo, aquellos prisioneros le dijeron a Boudinot que sus condiciones no habían mejorado hasta dos meses antes, tal vez por efecto de la derrota británica en Saratoga, donde un ejército de casi 6000 hombres acabó cautivo. En cuanto a las condiciones en el Preboste, Boudinot escribió: «Quedé muy afectado por la miserable situación de tantos miembros de la especie humana». Tras su primera visita, recibió una nota anónima que describía el régimen corrupto y brutal de la prisión. En una segunda visita al Preboste, halló a oficiales, soldados y algunos prisioneros políticos en una «situación desdichada». Le indicaron que William Cunningham había matado a 2 prisioneros con la llave de la cárcel. Golpeaba a oficiales y los enviaba al calabozo durante semanas por las «infracciones» más triviales, donde los visitaba de forma periódica con el único y sádico objeto de propinarles más palizas.

Sin embargo, según Boudinot reconoció con notoria franqueza, entre los cautivos también había «un grupo de tristes villanos que se roban unos a otros las sábanas y las mantas, y muchos de ellos venden sus propios zapatos, sus mantas y hasta las camisas por ron». Boudinot se enfrentó con el comandante de la ciudad, el general James Robertson, pero este se obcecó, igual que Howe antes, y negó cualquier clase de conducta indebida.38

Boudinot llegó a pedir prestados alrededor de 30 000 dólares para comprarles ropa y mantas a 300 oficiales y 1100 soldados, y para asegurarse de que recibieran raciones suplementarias diarias de pan y carne durante quince meses. También supervisó algunos intercambios limitados de prisioneros. Sin embargo, el constante estrés acabó por pasarle factura. Tras un año de «preocuparme más de lo soportable» y de acercarse peligrosamente a la bancarrota, Boudinot dimitió en abril de 1778. Amenazó con declararse insolvente. En la cámara del Congreso se leyó una carta de su sucesor que advertía de que la clausura de las cuentas de Boudinot había provocado un aumento alarmante en la tasa de mortalidad de los prisioneros estadounidenses. El Congreso acabó por aprobar una suma muy notable, 20 000 libras, con la que compensar, al menos en parte, al que había sido su comisario general. Las frustrantes experiencias de Boudinot, sin recursos suficientes y una mala coordinación entre las autoridades del Congreso Continental y las estatales, habían puesto en evidencia las carencias del naciente Estado. No obstante, pese a dichas limitaciones, el joven Estado y los líderes de la nación sí dedicaron, en conjunto, los recursos necesarios para tratar comparativamente bien a los prisioneros enemigos bajo su custodia.39

TAL SÓRDIDO GRUPO DE CRIATURAS DE FORMA HUMANA

El hecho de que los prisioneros de guerra británicos y alemanes corrieran mejor suerte, en conjunto, que los cautivos rebeldes, se debió tanto a circunstancias prácticas como a principios de actuación distintos. Washington y el Congreso se empeñaron en

respetar las leyes de la guerra, y los líderes revolucionarios eran, a veces, modelos de magnanimidad. Si se sabía que un prisionero había sido amable con cautivos estadounidenses, como fue el caso de un tal Francis Dorrel, la Junta de Guerra ordenaba que se le pusiera en libertad condicional bajo palabra y que fuera intercambiado lo antes posible, «puesto que deseamos aprovechar todas las oportunidades de mostrar amabilidad a nuestros enemigos que hayan dado prueba de su humanidad hacia los americanos». Además, los captores estadounidenses vieron su misión facilitada, en gran parte, por el simple hecho de que operaban en territorio propio, donde había mucho más espacio para albergar prisioneros y fueron más raras las instalaciones carcelarias grandes y atestadas de reclusos en las que las enfermedades infecciosas podían causar estragos. Que las líneas de suministros fueran más cortas y los costes asociados fueran menores facilitaba la manutención de los prisioneros en poder de los estadounidenses. Además, el número de prisioneros de guerra británicos que pudieron escapar fue mayor, debido a que estaban peor vigilados durante las marchas y en los lugares de confinamiento, en comparación con la vigilancia de que los prisioneros estadounidenses eran objeto en las ciudades guarnicionadas por los británicos o en los buques prisión de estos.40

Pese a todo, en concreto para los prisioneros de guerra británicos o alemanes, el cautiverio en poder de los estadounidenses fue, a menudo, una experiencia horrenda. Igual que los prisioneros del otro bando, padecieron instalaciones inadecuadas, escasez de provisiones y vestido desde el momento de su captura y soportaron marchas agotadoras –en ocasiones fatales– hasta llegar a los lugares de confinamiento permanente. Asimismo, el sentido del honor de los oficiales caballeros se sentía agredido cuando los recluían en lugares cerrados, o junto a la tropa o en compañía de delincuentes comunes.41

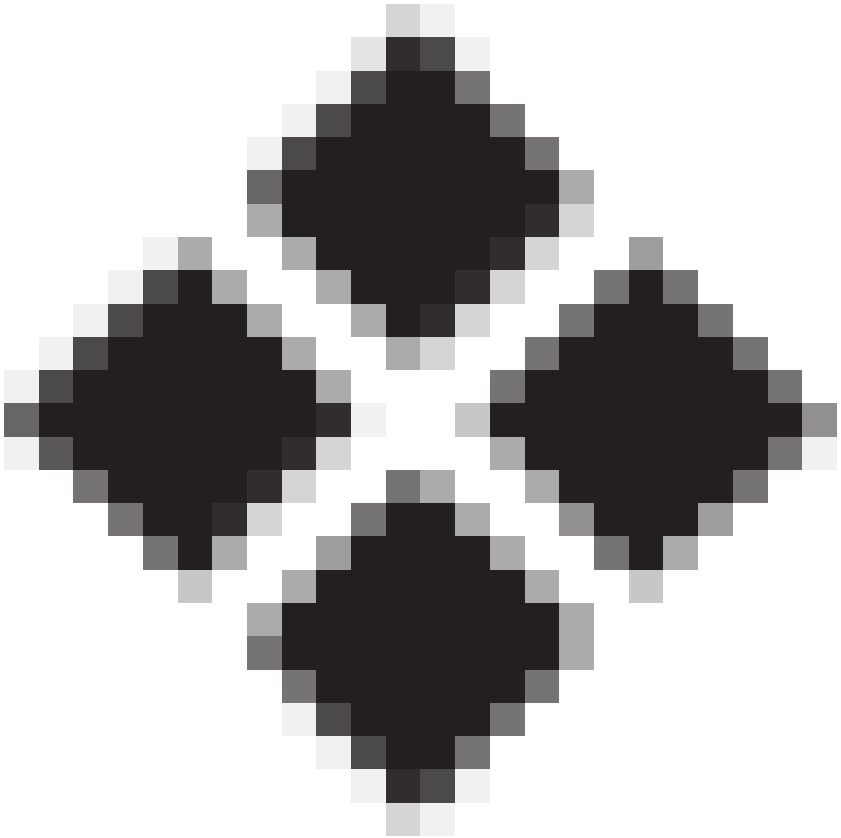
El Ejército británico no tardaba en quejarse en las ocasiones en que pensaba que los estadounidenses violaban los códigos de la guerra. En un momento dado, los Estados Unidos propusieron que los británicos enviaran abastecimientos a sus soldados cautivos, de acuerdo con la costumbre europea habitual. Sin embargo, estos interpretaron dicha propuesta como una estratagema logística, una

forma de violencia contra sus soldados cautivos. Howe manifestó que aquella propuesta llevaría al hambre a muchos prisioneros británico-germanos que estaban demasiado dispersos y distantes –a veces a centenares de kilómetros– de las líneas británicas. Los estadounidenses convinieron, entonces, en que sus propios comisarios aprovisionarían a los prisioneros de guerra enemigos, y pidieron a los británicos que pagaran en metálico antes de treinta días. Consiguieron así, en efecto, un arreglo económico muy costoso para los británicos. Este ayudaría a los estadounidenses a financiar el gasto de manutención de sus propios prisioneros retenidos en Nueva York y a remediar la escasez nacional de moneda en metálico.42

Una forma de aliviar las penurias de los prisioneros alemanes –y de algunos británicos– fue la semiprivatización del régimen de reclusión. Este procedimiento se inició, al parecer de forma espontánea, en el área parcialmente germanohablante de Pensilvania durante el invierno de 1775. Para el verano de 1777, la presencia de un millar de prisioneros adicionales superaba ya las capacidades de alojamiento y manutención existentes, por lo que tanto las autoridades de Pensilvania como ciudadanos particulares contrataban, de forma regular, a prisioneros de guerra alemanes recluidos en Lancaster. La mayoría trabajaba en granjas o ayudaba en talleres artesanos. Algunos sargentos y alféreces alemanes se convirtieron en sirvientes temporales en casas de granjeros a cambio de comida y sidra. Un número importante trabajaba en sus propios oficios especializados, en especial tejedores, sastres y zapateros, además de herreros, carpinteros y albañiles. Algunos confeccionaban ropa, o incluso balas y cartuchos, para las milicias y el Ejército Continental. En un momento dado, la Junta de Guerra creó una fábrica de zapatos entera con trabajadores presos. Un soldado originario de Berlín, que dominaba el alemán y el francés, se anunciaba como maestro de escuela y secretario para los inmigrantes alemanes. Una banda militar hessiana que había sido capturada en Trenton fue muy conocida por tocar para el Congreso en la cena en la que se celebró el primer aniversario de la firma de la Declaración de Independencia y en otros festejos revolucionarios a partir de entonces.43

En su mayoría, cada empleador solo se hacía cargo de uno o dos

prisioneros cada vez, aunque los hornos, las fundiciones y los molinos demandaban cifras más altas. Los empleadores civiles, en general, depositaban una fianza ante las autoridades para garantizar el regreso de los presos. Según el contrato, debían proporcionar comida y alojamiento a estos trabajadores-prisioneros y también pagarles un salario. Los reclusos que trabajaban cerca de los barracones tenían que volver dos veces al día a pasar lista; los que trabajaban más lejos debían reportarse dos veces a la semana. Estas disposiciones tenían un atractivo obvio para los cautivos, que se libraban así, por un tiempo, de las estancias hacinadas plagadas de ratas y enfermedades donde habitaban, y también para sus vigilantes, puesto que los grupos de trabajadores-prisioneros pequeños eran más fáciles de controlar y necesitaban menos guardias que los grupos grandes de soldados enemigos cautivos. Lo que había comenzado como un experimento pragmático redundó, de esta forma, en un beneficio humanitario. No obstante, las condiciones distaban de ser de color de rosa en todos los casos. Y, aunque resulte paradójico, el grupo de prisioneros enemigos que parecía que iba a disfrutar de las mejores condiciones acabó soportando algunas de las peores.44



En marzo de 1777, el gobierno británico nombró al general John Burgoyne comandante del ejército del norte. Su misión, ese otoño, requería que otros dos ejércitos británicos convergieran hacia su fuerza combinada británico-lealista y canadiense-nativa norteamericana para tomar el control del valle del Hudson, de gran importancia estratégica. Desplazándose hacia el sur desde Quebec, en dirección a Saratoga, en Nueva York, Burgoyne se apoderó de la fortaleza de Crown Point y de Ticonderoga. Sin embargo, los problemas logísticos y la inesperadamente decidida resistencia patriota retardaron su avance por el curso del Hudson. Los otros contingentes británicos con los que había contado no llegaron nunca, en parte debido a problemas de comunicación y de coordinación. En octubre, las hambrientas tropas de Burgoyne ya tenían ante sí a fuerzas estadounidenses que las cuadruplicaban en

número. La rendición de este ejército de campaña en Saratoga –casi 6000 soldados británicos y alemanes– significó la primera gran derrota británica de la guerra, la cual desencadenó feroces ataques de la oposición parlamentaria contra lord Germain y aceleró la firma de una alianza formal franco-estadounidense.45

Para nosotros resulta en especial esclarecedor el epílogo de Saratoga, en concreto el inesperado y épico viaje del llamado Ejército de la Convención. El destino de aquellos 5700 a 5900 soldados británicos, alemanes y canadienses rendidos por Burgoyne nos ayuda a comprender cómo, pese a los principios humanitarios, lo cierto es que los recursos limitados, las urgencias de la guerra y la mezquindad humana tuvieron como consecuencia que los cautivos padecieran condiciones muy penosas.46

Los generosos términos de la rendición acordados entre los comandantes estadounidense y británico, detallados en la Convención de Saratoga, establecían que las tropas auxiliares canadienses y lealistas se irían a Canadá, y todas las demás serían llevadas a Boston y desde allí se embarcarían hacia Europa. No se les registraría el equipaje. Los cautivos debían recibir las mismas provisiones que los soldados del Ejército estadounidense, no los dos tercios de ración que se solían entregar a los prisioneros de guerra. Sin embargo, cuando la Corona británica se negó a ratificar las condiciones de la Convención para evitar reconocer así, indirectamente, al Congreso –y con él la independencia de las colonias–, este actuó de forma similar negándose a respetar el acuerdo. Los líderes políticos estadounidenses, para entonces, se habían dado cuenta de que la liberación de aquellos miles de soldados llevaría a que al poco tiempo pudieran continuar la lucha en otras regiones del Imperio, circunstancia que permitiría a los británicos reemplazarlos en Norteamérica con tropas procedentes de otros lugares.

Al no permitírseles viajar a Europa, más de 5000 prisioneros «de la Convención» fueron enviados, a la fuerza, a estados mal preparados para encargarse de estos nuevos reclusos (o de sus guardias), carga que se sumaba a la de atender a los presos que ya tenían asignados, a sus propias poblaciones y a las fuerzas militares estadounidenses. El resultado fue que un número importante de prisioneros

británicos y alemanes sufrió carencias intermitentes, en ocasiones graves, de comida, de leña y de albergues invernales adecuados. También padecieron enfermedades y la violencia física de sus guardias, cuyo número era insuficiente para manejarlos.

Las penurias del llamado Ejército de la Convención comenzaron con su marcha desde Saratoga a Cambridge (Massachusetts), unos 20 km diarios a través de terreno montañoso, bajo las tormentas de nieve de finales de octubre a noviembre. Al menos dos hombres murieron congelados y una docena más falleció durante el trayecto por enfermedad, agotamiento o hipotermia. Hannah Wihthrop fue testigo de la entrada en Cambridge de los exhaustos supervivientes: «Nunca pensé que la creación produjera tal sórdido conjunto de criaturas de forma humana: hombres pobres, sucios y demacrados». Winthrop resaltó el gran número de mujeres que acompañaban al ejército cautivo, también «descalzas, vestidas de sucios harapos. El aire se llenaba de tales efluvios a su paso que, si no hubieran estado fumando todo el tiempo, habría temido contaminarme».47

En Cambridge, los soldados, junto con las mujeres y niños que llegaron con ellos, fueron alojados en barracones de pobre construcción en Winter Hill y en Prospect Hill. La nieve se colaba por los agujeros que servían de ventanas. En cada habitación, nunca mayor de 4 m x 4 m, se acomodaban de 3 a 4 oficiales o de 16 a 20 soldados. El teniente Jacob Heerwagen escribió a sus padres, que vivían en Hanau (Hesse), que en un primer momento él y sus compañeros tuvieron que yacer en el suelo pelado del interior de las mal caldeadas cabañas, aunque más adelante se hicieron ellos mismos unas camas improvisadas. Dado que el Ejército británico consideraba que se había violado la Convención, se negó a enviar ropa y mantas pese a la proximidad cada vez mayor del invierno. Las fuentes hessianas sugieren que los estadounidenses cuidaron de manera diligente de los enfermos. Sin embargo, en la primavera de 1778, los alimentos escaseaban tanto que el Congreso solicitó a Pensilvania y a otros estados situados más al sur el envío de vituallas a Boston, donde la población local estaba pidiendo el traslado de los prisioneros. Para entonces, el Congreso había suspendido la totalidad de lo acordado en la Convención.48

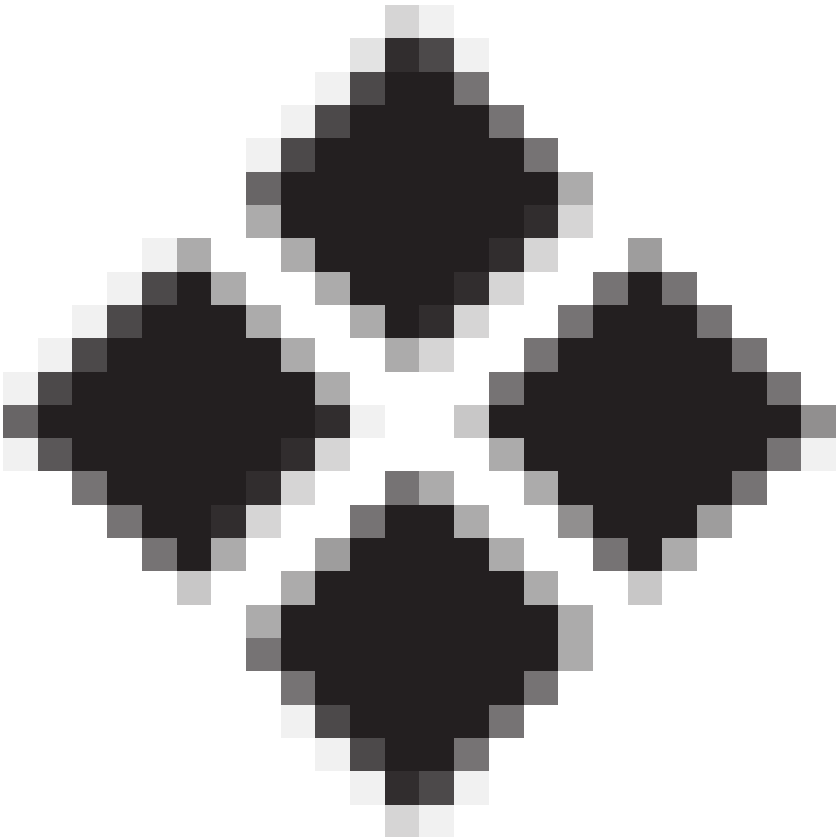
Pero la odisea de los soldados de la Convención no acabó allí. Los

prisioneros alemanes que se quedaron en Cambridge, junto a cautivos británicos que habían sido trasladados a Rutland, tuvieron más tarde que marchar, en seis columnas, hacia Charlottesville (Virginia). Durante los cientos de kilómetros de viaje a pie, a través de la nieve que en ocasiones les llegaba a las rodillas, con frecuencia los hombres tuvieron que dormir al raso: «Una noche, en lo alto de las montañas Verdes –recordaría el cabo George Fox, del 7.º de Infantería–, la nieve llegaba a media yarda por encima de nosotros». Los oficiales británicos se quejaron por la dispersión de los prisioneros de la Convención en más de una docena de asentamientos por diversos estados, donde estaban «tan en secreto como si estuvieran perdidos, lo cual puede verse como una indudable esclavitud».49

Al llegar a Charlottesville, el campamento, que era más grande que cualquier ciudad del estado, le pareció al alférez británico Thomas Anburey un verdadero horror. Los barracones carecían de puertas, ventanas y tejados y estaban llenos de nieve hasta arriba. Los soldados, e incluso los oficiales, tuvieron que acabar de construir sus propios barracones. Edificaron cabañas, cavaron pozos y construyeron retretes. También erigieron un hospital, una iglesia y hasta salas donde tomar café; planificaron huertas y no faltó un cementerio. Según el mayor general Friedrich Adolf Riedesel, oficial de Brunswick que había tenido el mando de todas las tropas alemanas y nativas norteamericanas en Saratoga, las condiciones de vida en Virginia fueron incluso peores que en Boston, donde se había quejado de que los estadounidenses trocaban buenas provisiones destinadas a los prisioneros por bacalao y «artículos aún peores». No fue fácil la adaptación a la nueva dieta: «Comida para animales y maíz era lo que más se usaba; las verduras eran casi desconocidas». Ante la escasez de alojamientos y de comida, se acabó por conceder a los oficiales libertad condicional en un radio de cien millas [en torno a 160,93 km]. Algunos, como Riedesel y toda su familia, disfrutaron de la hospitalidad y de la compañía musical de Thomas Jefferson en Monticello y en propiedades cercanas.50

El Congreso clasificó a los cautivos de la Convención como prisioneros de guerra normales en 1781. Para entonces, ya habían llegado hasta lugares tan lejanos como Winchester en Virginia,

fuerte Frederick en Maryland y diversas poblaciones de Pensilvania. Mientras tanto, la escasez de recursos de los patriotas había socavado su labor de vigilancia y facilitado las huidas. Solo durante el primer año de estancia en Massachusetts, más de 1000 soldados británicos y alrededor de 330 alemanes escaparon durante las marchas y en varias paradas. Apenas 3000 llegaron a Maryland, a finales de 1780. Se ha estimado que en torno a la mitad de los escapados alcanzaron dominios británicos y se reincorporaron a filas. Muchos otros se fundirían con la población local y se quedarían en Estados Unidos para siempre. En 1782, cuando llegó el momento de liberar a los que quedaban presos, su número se había reducido a apenas 470 hombres.51



La odisea de los prisioneros de la Convención sirve para ilustrar

cuánto podían llegar a sufrir los cautivos en situaciones de falta de recursos, aunque no existiera una política deliberada de maltrato ni una negligencia sistemática. Las poblaciones reclusas británico-alemanas disfrutaron, en conjunto, de condiciones mejores que las estadounidenses. Esta diferencia se debió no solo a los estándares humanitarios más elevados de los estadounidenses, sino también, por igual, a que estos disponían de más espacio, a que se enfrentaron a retos logísticos menores y a que organizaron sistemas de trabajo para los prisioneros.

En cuanto al tratamiento dado por los británicos a los prisioneros estadounidenses, hay que tener en cuenta que es improbable que ningún Estado dieciochesco hubiera podido ofrecer condiciones adecuadas a un número tan grande de cautivos en unas áreas tan reducidas en un territorio ocupado de forma muy limitada, a y a miles de kilómetros de distancia de sus principales bases de abastecimiento. Este problema estructural se vio agudizado por el fracaso de ambos bandos a la hora de acordar intercambios de prisioneros a gran escala. Además, también la improvisación de la gestión de los prisioneros por parte de las autoridades civiles y militares británicas y las carencias de la nueva república impidieron que ambos países implementaran, cuando menos, la mínima calidad en el tratamiento de los prisioneros que ellos mismos llegaron a convenir. Dondequiera que se hacinasen grandes cantidades de prisioneros en malas condiciones, las enfermedades eran endémicas y la miseria, las penurias y el sufrimiento inevitables. La negligencia o la falta de compasión de los guardianes, la fragilidad humana de los prisioneros desesperados y la ausencia de apoyo caritativo por parte de la población cercana norteamericana redujeron aún más las posibilidades de que los cautivos sobrevivieran, o tan siquiera de que no enfermaran.52

La rendición de un ejército de campaña británico en Saratoga, a finales de 1777, que condujo a las penalidades de los prisioneros de la Convención, también tuvo consecuencias geoestratégicas. Ya en el verano en que se había declarado la independencia, las colonias rebeldes habían comenzado a intentar atraerse al archienemigo europeo de Gran Bretaña, Francia. En un primer momento, la corte francesa solo había proporcionado apoyo secreto por medio de una compañía pantalla gestionada por el creador y autor de Las bodas

de Fígaro, Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, que abasteció a los Estados Unidos con cañones, mosquetes, explosivos, tiendas y uniformes. Benjamin Franklin, en nombre del Congreso, negoció después un acuerdo comercial preferente con Francia e instó al secretario de Exteriores francés, Charles Gravier, conde de Vergennes, a la concesión de más préstamos y al envío de material militar adicional a la causa estadounidense. En el otoño e invierno de 1777-1778, el gobierno francés ultimó los preparativos militares que consideraba indispensables para poder firmar una alianza oficial con los Estados Unidos. En diciembre de 1777, la llegada de la noticia del primer gran éxito militar estadounidense –la captura del ejército de Burgoyne– aceleró el proceso tendente a la entrada de Francia en la guerra.53

El 6 de febrero de 1778, representantes de la monarquía francesa y de la república estadounidense firmaron, en secreto (o al menos es lo que pensaban), tratados de comercio y de alianza. Los dos países se otorgaban mutuamente el estatus de país favorito en el comercio y se garantizaban sus posesiones mutuas en Norteamérica para siempre. De importancia crucial fue la promesa de Francia de apoyar la guerra de los Estados Unidos hasta que estuviera garantizada su independencia. A cambio, Francia tendría manos libres en el Caribe, las lucrativas islas del azúcar que habían sido objeto de perenne rivalidad con Gran Bretaña. Franklin había conseguido aprovechar el deseo francés de emplear el conflicto británico-estadounidense para humillar a Gran Bretaña y obtener ventaja. No obstante, tal vez Franklin no previó en qué forma este realineamiento afectaría a la conducta de Gran Bretaña en la guerra, incluyendo el tratamiento que aplicaba a los prisioneros estadounidenses.

A la vez que negociaba los tratados con Francia, Franklin aprovechó su influencia diplomática para intentar aliviar el sufrimiento de los cautivos estadounidenses recluidos al otro lado del canal de la Mancha y para llamar la atención sobre las escandalosas condiciones en que se tenía a los prisioneros de la misma nacionalidad en los territorios del Imperio británico en África y Asia. Sin embargo, uno de los mayores desastres humanitarios de la guerra sucedió mucho más cerca de casa. Si las prisiones de Nueva York eran, en palabras del propio Congreso, mataderos de soldados

estadounidenses, los buques prisión británicos fondeados frente a la costa, que alojaron a miles de individuos, fueron mucho peores.54

Notas

1. El acróstico de enero de 1777 que revela el apellido «Washington» está citado en Fischer, D. H., 2004, 362. Aunque los ejércitos regulares de la Edad Moderna que eran derrotados solían perder aproximadamente un 20 % de su fuerza como prisioneros (la proporción de muertos, en cambio, llegaba al 30 %), el papel de los prisioneros en las guerras de la Edad Moderna sigue siendo todavía un tema poco estudiado: Wilson, P. H., 2010; Hohrath, D., 1999; Donagan, B., 1991, 31. Evaluar el tratamiento que se daba a los estadounidenses cautivos se complica por la ausencia de comparaciones concretas con otras poblaciones como los soldados o los captores. En algunos casos sí ha sido posible comparar anotaciones privadas con los testimonios publicados de algunos prisioneros. Es cierto que la propia reiteración de algunas acusaciones específicas en una gama muy variada de fuentes les otorga cierto grado de credibilidad. Esto no significa que las explicaciones que los prisioneros daban a las condiciones terribles que sufrían fueran necesariamente correctas, o que comprendieran del todo las motivaciones de sus guardianes. Pero, igual que sucedía en el caso de los relatos de las mujeres violadas y los soldados masacrados, la importancia de las historias que los prisioneros y los observadores ofrecían es indudable.

2. La mejor descripción breve de los reportes contradictorios del incidente de Jumonville, y tal vez la interpretación más plausible, la encontramos Anderson, F., 2000, 50-65.

3. Longmore, P. K., 1988, 19, contempla la reanudación de las acusaciones. Acerca de la «política de humanidad», véase Fischer, D. H., 2004, 375-379. Sobre el alto grado de exigencia ética de

Washington en el tratamiento a los prisioneros, véase ibid ., 276; también Witt, J. F., 2012, 15, 22-23. «[…] sagrada causa»: carta de GW a Gage, 19 de agosto de 1775. En torno a los llamamientos a respetar los códigos de la guerra, véase también carta de GW a WH, 13 de enero de 1777; carta de WL a Benjamin Lincoln, 24 de diciembre de 1781, PWL , vol. IV, 354-345. El comité del condado de Lancaster empleaba un lenguaje similar, como vemos en Miller, K., 2014, 73. Encontramos una recomendación del Congreso a favor de dar un «tratamiento amable humanitario» a los prisioneros navales en una carta del Comité de Marina [Marine Committee] al comandante del velero Providence, 6 de agosto de 1776, DLAR 295/1/31.

4. La historia de las leyes concernientes a los prisioneros de guerra desde la Antigüedad se trata en Overmans, R. (ed.), 1999; Grady, R. F., 1971; Krebs, D., 2013, 80-91.

5. A diferencia de lo que sucedió en otros conflictos de la misma época, los británicos –al menos en un primer momento– y los estadounidenses –a partir de primeros de 1778– parece que esperaban una compensación económica –inmediata o diferida– a cambio de alimentar a los prisioneros capturados al enemigo. Hasta principios de 1778, hubo agentes británicos que suministraron comida, de forma indirecta, a los soldados capturados por los estadounidenses. Después dicho sistema dejó de operar y los estadounidenses aprovisionaron desde entonces, y hasta el final de la guerra, a los prisioneros británico-germanos directamente, igual que habían hecho con el Ejército de la Convención. Carta del mayor general William Heath a GW, 25 de octubre de 1777; carta de WH a GW, 21 de febrero de 1778.

6. Charters, E., 2012, 91; Krebs, D., 2013, 91; Knight, B., 1991; JCC , vol. IX, 1036-1037, 1069; Boudinot, J. J., (ed.), 1896, vol. I, 76; LDC , vol. IX, 243-249; carta de HL a GW, 15 de marzo de 1778; carta de AH a George Clinton, 12 de marzo de 1778, PAH , vol. I, 439-442; Burrows, E. G., 2008, 79, 153-154. A lo largo de este capítulo y del siguiente resultará evidente que me he basado en gran medida en Burrows, cuyo trabajo acerca de los prisioneros estadounidenses durante la guerra es, hasta la fecha, el más equilibrado y el que ha efectuado una investigación más completa.

7. Acerca de Mackenzie: French, A. (ed.), 1930, vol. I, 39, 111, entradas del 5 de septiembre y del 17 de noviembre de 1776; véase también Jones, T., 2006, vol. II, 27. Hubo que esperar a marzo de 1782, con la guerra ya concluida y cuando faltaban cuatro meses para que Jorge III reconociera de forma oficial la independencia de Estados Unidos, para que el Parlamento categorizara a los prisioneros de guerra estadounidenses como prisioneros de guerra y suscribiera intercambios de prisioneros generalizados. Cox, C., 2004, 213-214; carta de GG a WH, 1 de febrero de 1776, Am. Arch ., 4.ª serie, vol. IV, 902-903. 22 Geo. 3, c. 10 (25 de marzo de 1782). Algunos estadounidenses que habían sido capturados en Quebec y luego transportados a Inglaterra sí fueron tratados como prisioneros de guerra en el castillo de Pendennis, en Falmouth. A los más duros del gabinete británico, en especial Germain y Sandwich, les hubiera gustado que los ejecutaran, pero al final no se les procesó judicialmente, sospechamos que por miedo a que los británicos prisioneros en poder de los patriotas sufrieran represalias y, tal vez, también por las posibles repercusiones interiores en Gran Bretaña. Cox, C., 2004, 212; Miller, J. C., 1979, 166, n. 3; Burrows, E. G., 2008, 40.

8. Carta de GW a Gage, 11 de agosto de 1775.

9. Carta de Gage a GW, 13 de agosto de 1775.

10. Carta de GW a Gage, 19 de agosto de 1775. Bickham, T., 2002.

11. Carta de WH a GW, 16 de julio de 1776; Memorandum of interview with Lieutenant Colonel James Paterson, July 20, 1776 [Memoria de entrevista con el teniente coronel James Paterson, del 20 de julio de 1776]; carta de WH a GW del 19 de agosto de 1776; carta de GW a WH del 23 de septiembre de 1776; carta de GW a WH del 9 de noviembre de 1776; carta de WH a GW del 11 de noviembre de 1776. «[…] la situación»: carta de GW a WH del 28 de noviembre de 1777, en Report on American Manuscripts in the Royal Institution of Great Britain , vol. I, 137. Véase también GW, Orders to Lieutenant Colonel Samuel Blachley Webb, Jan. 8, 1777 [Órdenes al teniente coronel Samuel Blachley Webb, del 8 de enero de 1777].

12. «A la mitad los envió»: Freeman’s Journal , entrada del 19 de

enero de 1777. Véase también Connecticut Journal , 30 de enero de 1777. Se publicó una versión de este texto en London Evening Post , 10 de abril de 1777. El general Israel Putnam presenció esa misma primavera la liberación de las prisiones de Nueva York de cautivos demacrados: «otrora tipos audaces», se habían «convertido en niños y esqueletos». Carta de Putnam a Godfrey Marlbon, 24 de junio de 1777, DLAR 444/72445. Véase también Cox, C., 2004, 200. «[…] fría reflexión»: artículo de «Miserecors» en Connecticut Journal , 30 de enero de 1777; véase también Connecticut Gazette , 28 de febrero de 1777; Boston Gazette , 17 de marzo de 1777; New Hampshire Gazette , 22 de marzo de 1777; Freeman's Journal , 22 de marzo de 1777. Mays, D. (ed.), 1967, vol. I , 249.

13. Kemble, S., 1884, vol. I , 100; Bowman, L. G., 1976a, 16; Connecticut Journal , 30 de enero de 1777; John Adlum Papers, Memoirs , vol. II, 86, WLCL; Sabine, W. H. W. (ed.), 1954, 63.

14. «[…] los prisioneros»: Burgoyne, B. E. (trad.), 1995, 23-24, entrada del 16 de noviembre de 1776. Auerbach, I., 1985, 145; Atwood, R., 1980, 158; Burrows, E. G., 2008, 6-7.

15. Acerca de Young: Am. Arch ., 4.ª serie, vol. III , 1234. Un soldado hessiano capturado en Trenton hizo una comparación similar con el momento de alimentar a un animal. Teniente Wiederhold, Tagebuch eines Kurhessischen Officiers, 1776-80 [1803], entrada del 28 de diciembre de 1776, Bancroft 41, Hessian 12, NYPL.

16. Bowman, L. G., 1976a, 8. La cita del soldado de Connecticut está tomada de RWPA: W8256 (solicitud de su viuda de una pensión) en Burrows, E. G., 2008, 46. John Adlum Papers, Memoirs, vol. II, 90-91, WLCL. Véase también la carta de diez oficiales a unos «caballeros», del 1 de agosto de 1776, Boudinot Papers, LOC.

17. Leggett, A., 1971 (las citas están en la pág. 20). Deposición de George Ballerman, en Boston, el 19 de diciembre de 1780, NARA M246/53/66/145-147.

18. Fletcher, E., 1798, 6. «[…] todos los hombres moderados»: cita tomada de Ranlet, P., 1986, 91, carta de Carleton a GG, 10 de agosto de 1776, CO42/35/122-123, PAC. Tenemos ejemplos de

buen trato en Cox, C., 2004, 202; carta del coronel Josiah Parker a David Jameson, 19 de noviembre de 1781, citada en Ranlet, P., 2000a, 261; carta de Carleton a WH, 8 de agosto de 1776, Add MS 21599.

19. En relación con este párrafo y el siguiente, véase Burrows, E. G., 2008, 19, y su apéndice A acerca de los cálculos calóricos; también la pág. 24 acerca de Catlin; véase también la pág. 58 . Sabine, W. H. W. (ed.), 1954, 61; John Adlum Papers, Memoirs, vol. II, 91-92, WLCL; Lindsey, W. R., 1973, 11; Coffin, A., 1865, 120.

20. Leggett, A., 1971, 20-21; Bowman, L. G., 1976a, 19; Lindsey, W. R., 1973, 11.

21. «[…] plagados de piojos»: carta del capitán Edward Boylston, a quien los lealistas habían llevado desde su casa de Nueva Jersey a una refinería de Nueva York, reproducida en Burrows, E. G., 2008, 57. «[…] sobre los excrementos»: Coffin, A., 1865, 120. Encontramos lo que dice un doctor acerca de lo limitado de su acceso a los prisioneros en la carta de McHenry a GW, 21 de junio de 1777; Steiner, B. C., 1907, 14. Sobre los cuidados médicos, véase también Bowman, L. G., 1976a, 21. Sobre los hospitales: Cox, C., 2004, 22-29. «[…] no iría»: cita tomada de Stiles, H. R. (ed.), 1865, 26.

22. Burrows, E. G., 2008, 18-21. El tratamiento de los prisioneros estadounidenses en otros lugares era bastante similar al que tenían en Nueva York. Sobre la situación en Filadelfia, véase Burrows, E. G., 2008, 118-121; Lewis, J. E. (ed.), 1999, 11; deposición de Joseph Lloyd, 16 de noviembre de 1777, BHQP 748; Jackson, J. W., 1979, 117-124; Williams, E., 1976, 33-34; Frazer, P., 1907, 239-243; New-York Gazette , 24 de enero de 1780; Connecticut Gazette , 30 de junio de 1780; Norwich Packet , 6 de julio de 1780.

23. «[…] algo dañada»: Leggett, A., 1971, 21. Acerca de Fell: Onderdonk, H., 1849, 219-227.

24. «[…] nunca olvidó»: cita de John Pintard tomada de Ranlet, P., 1986, 109. Véase también la deposición de John Barrett, NARA M246/53/66/159-162.

25. Franklin, E., 1877, 240. Las citas provienen del Pennsylvania Evening Post , del 3 de mayo de 1777.

26. Affidavits and documents relating to the burial, in the northerly part of Trinity Church yard […]; Burrows, E. G., 2008, 96-98; Ranlet, P., 1986, 109; Jeremiah B. Fells Diary [Diario de Jeremiah B. Fells], MssCol 906, NYPL.

27. La cita de Sherburne está tomada de Patton, R. H., 2008, 241. Acerca de los distintos rumores, véase Burrows, E. G., 2008, 74-75; Ranlet, P., 2000a, 258-260; Dandridge, D., 1967, 189-190; Bray, R. C., Bushnell, P. E. (eds.), 1978, 26. Sobre las acusaciones de guerra bacteriológica en torno a la viruela, véase Fenn, E. A., 2001, 88-95 (la cita de GW está tomada de la pág. 90). En cuanto a los rumores y la historiografía, véase Kapferer, J.-N., 1990; Ghosh, A., 2008; Shibutani, T., 1966, 6; Neubauer, H.-J., 1999.

28. «[…] todos hacinados»: carta de cautivos de Connecticut a bordo del buque prisión Whitby al gobernador Trumbull, citada en Burrows, E. G., 2008, 56. «[…] indios, mulatos»: Pennsylvania Gazette , 29 de abril de 1777; Connecticut Gazette , 30 de mayo de 1777. Acerca de Barrett: Deposition of Lt. John Barrett, Aug. 4, 1777 [Deposición del teniente John Barrett, del 4 de agosto de 1777], NDAR , vol. IX , 705-706, y NARA M246/53/66/159-162. Acerca de las acusaciones de abusos en Filadelfia, véase Burrows, E. G.,2008, 119.

29. «[…] era algo desconocido»: Journals of the American Congress , vol. II, 98. «[…] una pobre mujer»: carta de Boudinot a GW, 2 de marzo de 1778. «[…] más comunes»: citado en Burrows, E. G., 2008, 59. Bowman, L. G., 1976a, 46-47; Connecticut Gazette , 30 de mayo de 1777. Wertenbaker, T. J., 170.

30. Sobre las reglas y las disputas de las libertades condicionales, véase Clancy, M. J., 1960, 310-314. En torno a los oficiales en libertad condicional en Manhattan y en Long Island, véase Van Buskirk, J. L., 2002, 77-85. Leggett, A., 1971.

31. «[…] en el regazo»: carta de prisioneros estadounidenses a HC, 30 de noviembre de 1777, Clinton Papers, 27/44. «Lamenté»: Elias Boudinot, citado en Burrows, E. G., 2008, 124.

32. Acerca de los oficiales en libertad condicional en la ciudad de Nueva York, véase Van Buskirk, J. L., 2002, cap. 3. Sobre Fitch: Sabine, W. H. W. (ed.), 1954, 64, 75 (cita), 180. La credibilidad del periódico se trata en Burrows, E. G., 2008, 267 (nota 12). Sobre Allen: Jellison, C. A., 1969, 171-172, citado en Lindsey, W. R., 1973, 21-22.

33. «Veinte»: Am. Arch ., 5.ª serie, vol. III, 1429-1430, carta de prisionero liberado citada en Lindsey, W. R., 1973, 10-11. «He visto»: texto citado en Dandridge, D., 1967, 61. Véase también Thacher, J., 1823, 75-76. «[…] arrojados a carretas»: cita tomada de Lindsey, W. R., 1973, 10. Véase también Cox, C., 2004, 231. «Expuestos a»: Fitch, «Narrative» inédita citada en Burrows, E. G., 2008, 58; Taylor, G., 1855, 30-31. Enterramiento en vida: Hulton, A., 1927, 86.

34. En los relatos sobre las prisiones, suele caracterizarse a los lealistas como los más pérfidos, seguidos por los británicos (en especial los escoceses) y luego por los hessianos. Greene, A. G., 1829, 67, 98, 104. Dring fijó sus recuerdos, poco antes de morir, en setenta y nueve páginas escritas con letra apretada. Fueron editados para su publicación en 1829 por Albert G. Greene, cuya versión conserva intactos el relato, las opiniones y los sentimientos de Dring, y a la vez limpia las reiteraciones del manuscrito. Sobre la historia de dicha publicación, véase Swain, D. (ed.), 2010, xvi-xvii. Para Allen, en Dandridge, D., 1967, 60; teniente Robert Troup en Onderdonk, H., 1849, 211. Sobre el intercambio epistolar entre Washington y Howe, véanse la carta de GW a WH del 9 de abril de 1777; y, la carta de WH a GW del 21 de abril de 1777. Encontramos una refutación detallada de las explicaciones de Howe en la carta de James McHenry a GW, del 21 de junio de 1777. Las citas son de George Washington en la carta de GW a WH del 10 de junio de 1777.

35. La responsabilidad formal de la administración de los prisioneros la compartían el general Washington en calidad de comandante en jefe, el Congreso, la Junta de Guerra y Armamento [Board of War and Ordnance] y los estados particulares. El Congreso adjudicaba de forma periódica fondos para la manutención y socorro de los prisioneros y enviaba alimentos y

ropa. Virginia y Maryland enviaron comida, tabaco, ropa, ropa de cama y medicinas a sus ciudadanos-soldados recluidos en Nueva York y en Charleston: JPC , vol. II , 41-12; Pennsylvania Council of Safety [Consejo de Seguridad de Pensilvania] a GW, el 15 de enero de 1777; NDAR , vol. VII, 997, 1003; carta de GW a J. Trumbull Sr. del 31 de marzo de 1778. Instrucción del Consejo a [¿comandante británico?], del 4 de marzo de 1783, Misc. Collections, Box 7, Maryland, NYPL. «[…] innecesariamente rigurosos» y «laxitud culpable»: carta de Richard Peters a Elias Boudinot, 29 de abril de 1777, Boudinot Papers, LOC. «[…] vociferante»: carta de Boudinot a Mrs. Boudinot, 22 de julio de 1777, en Boudinot, J. J., (ed.), 1896, 55. Boyle, J. L. (ed.), 2002, 16-19; Pabst, A. C. (ed.), 1969, 4; Boyd, G. A., 1952; Richard Peters, Secretary Board of War [secretario de la Junta de Guerra], a Elias Boudinot, 29 de abril de 1777, Boudinot Papers, LOC; Bowman, L. G., 1976b.

36. Dixon, M. W., 1977, 29-30, 46-47, 91-94, 250-254 y passim ; Boyd, G. A., 1952, 40-41; carta de GW a Jonathan Trumbull Sr. del 2-4 de julio de 1777; carta de GW al mayor general Joseph Spencer, 2 de septiembre de 1777; Hastings, H., Holden, J. A. (eds.), 1899-1914, vol. IV , 837, 844-845; vol. V , 129-130, 387-388; vol. VII , 319-320.

37. Sterling, D. L., 1956, cuyo apéndice B trata sobre la ropa; Boyd, G. A., 1952.

38. Informe preliminar de Boudinot a GW, 2 de marzo de 1778. La acusación de asesinato con la llave de la prisión aparece en Boudinot a [?], 20 de abril de 1778, en PMHB 43 (1919), 285. Sobre la visita de Boudinot en febrero de 1778 a Nueva York, véase también Jordan, H., 1900; Sterling, D. L., 1956, 380-381. Véase también carta de Boudinot a GW, 2 de marzo de 1778; carta de Loring a WH, 7 de febrero de 1778, BHQP 930; Burrows, E. G., 2008, 122-123; Boyle, J. L. (ed.), 2002, 111. En julio de 1779, un prisionero del Preboste describía su «confinamiento, todo lo estrecho que pueden hacerlo unos cerrojos, barrotes y tornillos»; su mujer no debía visitarlo, ya que la expondría a «vergonzosos insultos». Carta de Daniel Hendrickson a la Sra. Hendrickson, 21 de julio de 1779, NYHS.

39. Boudinot, en un cálculo sin fecha sobre los gastos que se

encuentran en los documentos del Congreso Continental, seguramente redactado en la primavera de 1778, incluye 22 583 libras gastadas por Pintard en la compra de provisiones para los prisioneros de Nueva York. Véase también Jordan, H., 1900; Sterling, D. L., 1956, 385. Burrows, E. G., 2008, 130-132 (la cita «preocuparme» se encuentra en la pág. 130); Dixon, M. W., 1977, 100. A Boudinot le siguió en el cargo un médico de Pensilvania, John Beattie, que había estado preso. Este también envió harina, carne de vacuno y de cerdo, leña y ropa a los prisioneros. Fue a su vez sucedido por Abraham Skinner en 1780.

40. Sabemos incluso menos acerca de los prisioneros de guerra británicos y alemanes en poder de los estadounidenses durante este conflicto que acerca de los prisioneros rebeldes. No conocemos la cifra total de soldados y marinos británicos que fueron capturados, ni mucho menos el número de los que escaparon, de los que se alistaron en el bando enemigo o de los que murieron en cautiverio. No obstante, los relatos de unos pocos prisioneros supervivientes y los documentos oficiales que nos han llegado nos permiten entrever cómo era la vida de un prisionero en los Estados Unidos revolucionarios. Sobre los cautivos británicos, véase Colley, L., 2002, 210-224. Una excepción parcial a esta falta de información son los estudios que se han hecho sobre el Ejército de la Convención (acerca de ellos, véase la nota 46, más adelante). Knight, B., 1991, ofrece un enfoque comparado que es poco frecuente. Los prisioneros hessianos han recibido mejor atención gracias al trabajo exhaustivo de Krebs, D., 2013; véase también Miller, K., 2014. «[…] puesto que deseamos»: carta del Departamento de Guerra [War Office] a Thomas Bradford, 13 de noviembre de 1779, Bradford Papers, Box 11/75, HSP; véase ibid ., Box 10/9.

41. Véase, por ejemplo, «Prisoners of War at Carlisle, Aug. 1, 1776», en Elias Boudinot Papers, LOC. Véase también Doblin, H., Lynn, M. C. (eds.), 1990, 72; Philip Schuyler al Comité de Kingston [Committee of Kingston], 5 de abril de 1776, Philip Schuyler Papers, Box 18, NYPL; John Smythe al Congreso, 22 de febrero de 1776, Elias Boudinot Papers, LOC; Allen Cameron al Congreso, 27 de febrero de 1776. Véanse también las quejas que se citan en Burrows, E. G., 2008, 187. Carta de GG a WH, 5 de marzo de 1777, Clinton Papers 18/369. Thomas Wileman, 17.º de Dragones,

deposición del 18 de febrero de 1778, adjunta a carta de WH a GW, 21 de febrero de 1778, BHQP 948; Haffner, G. O., 1978; Clinton Papers 14/10 y 159/30; Tagebuch des hessischen Lieutenants Piel von 1776 bis 1783 [Diario del teniente hessiano Piel desde 1776 hasta 1783], entradas del 26 de diciembre de 1776 y del 9 de enero de 1777, Bancroft 40, Hessian 4, NYPL. Krebs, D., 2013, 78. Lt. Wiederhold, Tagebuch eines Kurhessischen Officiers, 1776-80 [teniente Wiedelhold, diario de un oficial de Kurhessen,1776-1780] [datado en 1803], entrada del 28 de diciembre de 1776, Bancroft 41, Hessian 12, NYPL.

42. Carta de WH a GW del 19 de enero de 1778, CO5/95/145-146. A partir de 1779, a la vez que el Congreso y los estados disponían cada vez de menos medios para afrontar las necesidades del número cada vez mayor de prisioneros, los cautivos británicos y alemanes sufrieron carestías más graves de alimentos y de ropa; varios lugares de confinamiento carecían de instalaciones adecuadas; después de Yorktown, la incapacidad estatal para mantener a miles de prisioneros repartidos por localidades de cinco estados empeoró la situación. Dixon, M. W., 1977, 52-53, 60-61, 182-183, 187.

43. El Congreso sancionó en mayo de 1776, con efectos retroactivos, la práctica de que los prisioneros trabajaran. El mejor estudio hasta el momento lo encontramos en Krebs, D., 2013; véase también Pettengill, R. W., 1964, 132-135. También Thomas Bradford Papers, Box 21, pág. 92 ; Box 22, vol. 2, pág. 114 ; Box 23, vol. 3, pág. 21 , HSP. En cuanto al papel de Lancaster como un centro principal de encarcelamiento, véase Miller, K., 2014, que da más detalles acerca de los prisioneros-trabajadores en 113-116 y sobre Frederick en 153.

44. Véase en Krebs, D., 2013, 149-158, un caso de abusos, parece que excepcional, en la pág. 158 . Además de los cautivos alemanes, algunos prisioneros de guerra británicos también fueron empleados como trabajadores, por ejemplo, en Virginia, Connecticut y Nueva Jersey, aunque de ellos se consideraba que el riesgo de fuga era mayor. Véase Lewis, G. G. y Mewha, J., 1955, 15.

45. O'Shaughnessy, A. J., 2013, 111-114, 148-158; Mackesy, P., 1964, 113-118, 130-144; Ketchum, R. M., 1997; Brown, G. S., 1963, 81-137; Conway, S., 2013, 84-86.

46. Mi disertación sobre el Ejército de la Convención recurre a Sampson, R., 1995; Knepper, G. W., 1954; Krebs, D., 2913, cap. 9.

47. La cita de Winthrop está tomada de Sampson, R., 1995, 55. Las poblaciones situadas a lo largo de la ruta de la marcha aprovisionaron al Ejército de la Convención a su paso, con la idea de que los británicos las compensaran más adelante: carta del general de brigada John Glover a GW del 15 de mayo de 1778.

48. Sobre Heerwagen: Gall, M. von (ed.), 2005, 95, 111. La suspensión del acuerdo tenía una base legal endeble. Se aducía, por ejemplo, que, en contra de lo acordado, tras Saratoga no se habían entregado listados acerca de los hombres y tampoco algunos estandartes, o que los mosquetes rendidos habían sido dañados previamente. New Jersey Gazette , 25 de febrero de 1778.

49. «Una noche» [«one night»]: Houlding, J. A., Yates, G. K., 1990, 163. «[…] tan en secreto»: William Phillips a Horatio Gates, Cambridge, 12 de diciembre de 1778, Clinton Papers 48/12.

50. Houlding, J. A., Yates, G. K., 1990, 163-164; Dabney, W. M. (ed.), 1955, 56-58; Anburey, T., 1969, II, 315-320, 438-439, 453. Eelking, M. von, 1969, vol. I, 282; vol. II, 31-32; Kranish, M., 2010, 109-112; O'Shaughnessy, A. J. 2013, 159; Witt, J. F., 2012, 28.

51. En la marcha hacia Virginia, alrededor de 300 prisioneros británicos y 280 alemanes desaparecieron. Además, del campamento de Charlottesville, en 1779, desaparecieron otros 222 y 86, respectivamente. Houlding, J. A., Yates, G. K., 1990, 164; Frey, S. R., 1981, 72; O'Shaughnessy, A. J., 2013, 159.

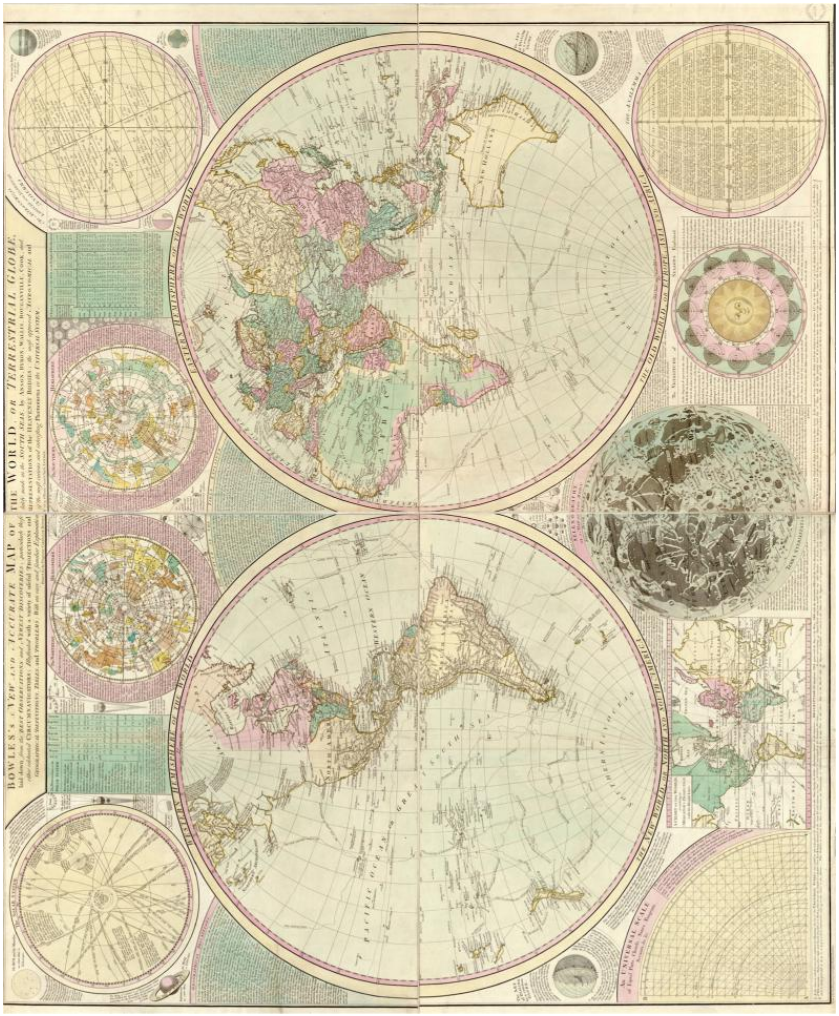
52. Sobre la «falta de espacio debida a que nuestros territorios están muy constreñidos» como justificación del tratamiento que se daba a los prisioneros estadounidenses por parte británica, véase la carta de Richard Fitzpatrick a su hermano, 3 de marzo de 1777, en Richard Fitzpatrick Papers, LOC. Veáse también Witt, J. F., 2012, 22.

53. Schiff, S., 2005, 10-12, 68-69, 111 y passim . Acerca de la historia diplomática de la alianza franco-estadounidense, véase Dull, J. R., 1985, 75-103; Hoffman, R., Albert, P. J. (eds.), 1981. El

contexto general se trata en Middlekauff, R., 2007, cap. 17.

54. JCC , vol. XII , 1080-1082, Congressional Manifesto [Manifiesto del Congreso] (30 de octubre de 1778).

*N. del T.: Medida de volumen equivalente a 0,58 l.



Nuevo y exacto mapa del mundo o globo terrestre, por Bowles (Londres, 1780), de Carington Bowles.

Capítulo 7

Agujeros negros

En un ensayo que tuvo amplia circulación en la prensa británica en los primeros meses de 1777, un autor desconocido que firmaba como «Miserecors» describió el traslado a prisiones de Nueva York de soldados estadounidenses capturados: «Arrojados a la bodega, casi se ahogaban por la falta de aire». El trato que recibieron no solo fue «más asesino, más sediento de sangre» que cualquier extremo sufrido por los norteamericanos a manos de los indios salvajes, sino que este «asesinato […] metódico» era tan atroz que hasta «el caso famoso de Calcuta no se le puede comparar».1

Apelando a la misma comparación, un tal «Humanitas» había descrito antes, en un tono similar, la llegada a Inglaterra de los primeros prisioneros estadounidenses encarcelados en barcos. Su estado era «en verdad impactante y […] bárbaro y miserable». En un barco fondeado en el Támesis, 25 hombres estuvieron «encerrados de un modo inhumano, como bestias salvajes, en una pequeña estancia hedionda, en la bodega […] sin un soplo de aire, durante esta estación sofocante, aparte del que les llega a través de una pequeña rejilla situada en lo alto». Debido a que dichos respiraderos solo medían 5 cm por cada lado, a la fuerza del sol y a «pútridas corrientes que salían de la bodega […] tan calientes y ofensivas que uno no puede respirarlas sin correr el mayor de los peligros –concluía el escritor–, la semejanza que esta barbaridad tiene con el recordado Agujero negro de Calcuta […] salta a la vista».2

Los británicos de entonces, y también muchos anglonorteamericanos alfabetizados, conocían de sobra «el caso

famoso de Calcuta» de 1756. En dicha ocasión, soldados de Siraj ud-Daulah, nabab de Bengala, habían encerrado a alrededor de 150 europeos durante una noche en una celda de 6 x 4,5 m del fuerte William, en Calcuta. Los dos únicos respiraderos estaban bloqueados por barras de hierro. A la mañana siguiente, alrededor de 50 cautivos habían muerto debido al calor, la deshidratación y la falta de oxígeno. Muchos habían sido aplastados hasta morir por sus aterrorizados compañeros de encierro. Según un superviviente atestiguó más tarde en la Cámara de los Comunes, algunos habían perecido con rapidez, «otros enloquecieron y, después de haber perdido el juicio, murieron en un extremo delirio». El incidente, que se publicitó en los medios impresos y que se conmemoraría en un monumento a las víctimas de la «violencia tiránica», se convirtió en el ejemplo paradigmático de la crueldad de los colonizados.3

A lo largo de la Guerra de la Revolución estadounidense, escritores de ambos bandos, tanto de ficción como de no ficción, evocaron a menudo el Agujero negro de Calcuta en las historias de horror y como metáfora de los sufrimientos inimaginables de las personas en cautiverio. Los críticos con la guerra, en ambos bandos, se apropiaron del mito para sus propios fines. Escritores como Miserecors y Humanitas, y pronto también funcionarios y cautivos estadounidenses, se envolvieron en el manto del humanitarismo y usaron la imagen de aquella humillación de Gran Bretaña por parte de crueles indígenas en la India para acusar a los dirigentes del Imperio británico de haber descendido al nivel de la barbarie más salvaje.4

La historia del Agujero negro de Calcuta era aterradora e inquietante, en parte, porque la verdad de lo sucedido en Bengala aquella oscura noche resultaba muy difícil de determinar. Había discrepancia entre las muertes que se rumoreaban y las que en efecto hubo; hubo también desacuerdo sobre si estas habían sido intencionadas o accidentales y sobre la ausencia de imágenes de los hechos. En resumen, el desconocimiento que se tenía acerca de lo que de verdad sucedió en el agujero negro permitió a los autores de entonces aventurar las especulaciones más terribles. Los Estados Unidos, por supuesto, también tuvieron sus propios agujeros negros durante su primera guerra civil. En las mentes de los contemporáneos, los más horribles eran mazmorras flotantes que

evocaban, a la vez, las minas de Simsbury y los buques negreros.

ESTE PANDEMÓNIUM FLOTANTE

Por muy deprimentes y brutales que fueran las condiciones de los reclusos en Nueva York o en Filadelfia, los prisioneros patriotas soportaron condiciones mucho peores en los buques prisión anclados frente a la ciudad de Nueva York. Estos «"agujeros negros" móviles» albergaron a la mayoría de los prisioneros patriotas durante la guerra. En un primer momento, fueron soldados capturados en la batalla de Long Island y en otros choques de la campaña de Nueva York, además de prisioneros políticos, y, pronto, también un gran número de marinos. Los primeros buques prisión fueron antiguos transportes de ganado y otros barcos de mercancías situados en la bahía de Gravesend, en Nueva York, que luego pasaron a los ríos Hudson y East y más tarde, en 1778, a la bahía de Wallabout, en la costa noroeste de Brooklyn. Durante el transcurso de la guerra, Gran Bretaña empleó alrededor de dos docenas de embarcaciones como cárceles flotantes en Nueva York. La mayoría antes habían sido navíos de guerra, corbetas; buques almacén, hospital y de bomberos, y transportes. También se utilizaron otra media docena en Charleston y uno en Santa Lucía. Para los cautivos estadounidenses, estos barcos eran la expresión más extrema de la crueldad británica. Un marino, que tenía diecisiete años cuando fue apresado, recordaba que la «mera idea de estar encarcelados en este pandemónium flotante nos llenaba de horror».5

Cada nuevo prisionero que era llevado, en un bote de remos, a aquel lugar de confinamiento, habría advertido el nauseabundo olor que expelían los contados respiraderos del costado del barco, «una fuerte corriente de vapor viciado» habitual también en los barcos negreros. El capitán John van Dyke recordaba que, cuando subió a bordo de uno de los buques prisión, «su hedor era tan grande que al respirar aquel aire pútrido pensé que me mataría». Un marino recordaba, de su primera noche, «sonidos lúgubres que llegaban a mis oídos de todas direcciones; una atmósfera nauseabunda y

putrefacta que llenaba mis pulmones en cada aliento, y un calor sofocante y asfixiante que casi me privaba del juicio e incluso de la vida». Ichabod Perry, de Fairfield (Connecticut), por entonces soldado de diecisiete años, les hablaría más tarde a sus hijos de la completa oscuridad de su primera noche a bordo de otro barco prisión, en la que un tercio de los prisioneros «se asfixió por falta de espacio». Otros recordarían los

ruidos continuos durante la noche. Los gemidos de los enfermos y los moribundos; las maldiciones proferidas por los fatigados y los exhaustos contra nuestros desalmados guardias; la inquietud causada por el calor asfixiante y el aire cerrado y envenenado; mezclados con los disparatados e incoherentes desvaríos del delirio, eran los sonidos que, cada noche, se alzaban en torno a nosotros, desde todas las direcciones.

Los olores a bordo llegaban a ser tan insoportables que los hombres que eran enviados a tierra para realizar los enterramientos se llevaban de vuelta terrones y parches de hierba con el fin de que pudieran olerlos quienes permanecían en el barco: la tierra «pasaba […] de mano en mano y se inhalaba su olor como si fuera una rosa fragante». La experiencia del cautiverio también reducía la percepción sensorial de los individuos, incluso en mayor grado que en las minas de Simsbury, pues algunos llegaban a perder la voz y otros el oído. Un número que desconocemos de reclusos se volvieron inestables psíquicamente, como le sucedió a un hombre, recordado por un tal Thomas Andros, que por las noches rondaba por el barco con un cuchillo.6

Los «cascos» prisión, según se los llamaba en la época, llevaban en uso en Gran Bretaña buena parte del siglo. Habían albergado a jacobitas rebeldes en 1745, a prisioneros de guerra franceses durante la Guerra de los Siete Años y a civiles británicos cuando se saturaban las cárceles terrestres. Incluso en la época victoriana encontramos, en la novela Grandes esperanzas de Charles Dickens, los aterradores y negros buques prisión atracados en el Támesis. Aunque las condiciones de vida en estos barcos eran muy malas –un

historiador reciente enumera raciones insuficientes, condiciones de trabajo muy duras, enfermedades generalizadas y una tasa de mortalidad de un tercio de los reclusos–, los buques prisión en que se recluyó a los prisioneros estadounidenses fueron peores.7

Igual que sucedía con los prisioneros en tierra, la comida era una preocupación constante. Incluso cuando se proporcionaban las raciones oficiales, circunstancia que a menudo no sucedía, estas eran con frecuencia de mala calidad. La malnutrición y la pérdida de peso hasta niveles peligrosos eran habituales. El encargado de cada rancho de seis hombres preparaba la comida en una cazuela común de cobre con dos secciones. En esta se hervían al mismo tiempo, por un lado, guisantes y avena en agua potable, y, por otro lado, carne en agua salada. Según recordaba el marinero adolescente Ebenezer Fox, además de recibir el acostumbrado pan agusanado,

en cuanto al cerdo, nos lo escamoteaban más de la mitad de las veces y, cuando se conseguía, uno podía pensar, por su […] consistencia y apariencia de jabón de jaspe, que era carne de marsopa o cerdo de mar y que había habitado el océano en lugar de una pocilga […] Las provisiones solían estar estropeadas y, por el modo imperfecto en que las cocinaban, eran tan indigestas como la metralla. La harina y la avena estaban a menudo amargas y, cuando se mezclaba el sebo con la harina, el olor llenaba la mitad del barco. La primera visión de la carne de vacuno incitaba a la veneración por su antigüedad […] su color era caoba oscuro y era tan sólida que el filo del hacha más afilada no la cortara en perpendicular a su nervadura […] Estaba tan completamente saturada de sal que, tras hervirla en agua sacada del mar, sabía bastante menos salada que antes.

El agua salada que se empleaba para cocer la carne corroía el cazo de cobre donde también se preparaban la avena y los guisantes. El agua potable, transportada en tanques desde Nueva York, a menudo llegaba estropeada, lo que daba pie a las sospechas de que existía un complot deliberado contra los reclusos, ya que, en teoría, el agua

podía haberse traído desde Long Island, que estaba mucho más cerca. Los oficiales jóvenes y los de buques corsarios disfrutaban del privilegio de ser admitidos en la sala de los guardiamarinas, donde preparaban la comida con agua potable en pequeños fuegos de la cocina. Sin embargo, todos carecían de una dieta con productos frescos y, por tanto, el escorbuto estaba muy extendido: «De la multitud demacrada de esqueletos vivientes que llevaban ya cierto tiempo a bordo, el cocinero era la única persona que parecía tener abundante carne en los huesos».8

Uno de los buques más célebres de la época de la Revolución (y uno de los mejor documentados) fue el Jersey, un navío de línea británico retirado de 64 cañones que había servido en el Mediterráneo con una tripulación de 450 hombres desde la década de 1730. Para cuando comenzó a utilizarse como buque prisión, antes de 1780, anclado mediante enormes cables en el canal situado entre las marismas, a unas 100 yardas (90 m aprox.) de distancia de la costa de Long Island, los británicos lo consideraban capaz de albergar hasta un millar de prisioneros. Su reducida tripulación constaba del capitán, dos oficiales, una docena de marineros, dos o tres docenas de infantes de marina resguardados por un toldo en el alcázar de popa y alrededor de treinta soldados. El casco del Jersey adquirió fama de ser un lugar sucio, mortífero y plagado de enfermedades. Las descripciones visuales ayudaron a alimentar la imaginación de los patriotas, como por ejemplo el poema épico de Philip Freneau titulado The British Prison-Ship [El buque prisión británico]. Freneau acusó a los «mezquinos británicos» de conspirar «para asesinar a los que no podéis sojuzgar» y evocó: «Los terribles secretos de estas cavernas prisión, / medio hundidas, medio a flote en las olas de mi Hudson». Mucho tiempo después de terminada la guerra, las terroríficas historias acerca del Jersey continuaron interesando al público. La narración póstuma de Thomas Dring –oficial naval procedente de Newport (Rhode Island)–, que estuvo preso en el Jersey dos meses, describía «sufrimientos inenarrables».9

El Jersey poseía dos niveles de portillas en proa y en popa, respiraderos y grandes escotillas que debían haber permitido la circulación del aire de forma bastante libre. Sin embargo, las portillas y las troneras de los cañones habían sido selladas con

tablas, y en su lugar había dos hileras de respiraderos acristalados asegurados con barras de hierro. No se permitían lámparas ni velas bajo cubierta; la única luz llegaba a través del enrejado de las escotillas o de los respiraderos. Como sucedía en los buques de esclavos, había una empalizada de 3 m de alto que llegaba hasta casi 1 m por fuera de los costados del barco, situada cerca de la escotilla de popa. La defendían centinelas armados que, en caso de insurrección, podían barrer la escotilla o el puente con su fuego:

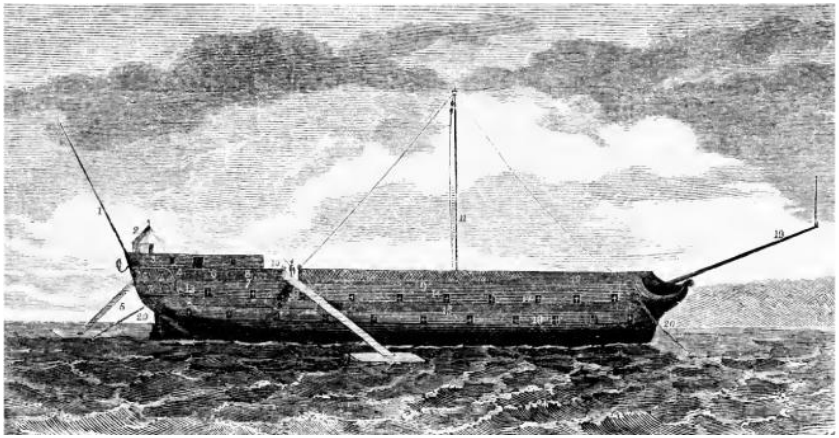
En cada escotilla vigila un grupo de centinelas,

reclutados de bandas escocesas o inglesas;

de tigres fieros su sed de sangre humana,

amamantados en el crimen, en el crimen se regocijan.10

David Sproat, comisario general británico de los prisioneros navales a partir de 1779, tenía fama de haber impuesto un régimen brutal en el Jersey. Era un caso, en gran medida, similar al de William Cunningham en tierra. Sproat, lealista antes dedicado al comercio en Filadelfia, escocés de nacimiento, y cuya vivienda había sido saqueada y luego convertida en un hospital militar por los patriotas, parecía buscar venganza. Mientras estuvo al frente de aquel centro penitenciario, los nuevos prisioneros que llegaban no podían recibir ni preparar ningún alimento durante sus dos primeros días. Los comisarios también reducían con frecuencia las raciones o las sustituían por otras de mala calidad para sacar provecho económico. Los cautivos, obligados a no dejar pasar oportunidad alguna de aumentar sus comidas, se ponían a trabajar, por ejemplo, en el servicio del agua o en el izado a bordo de las provisiones. A los que habían conservado algún dinero se les permitía comprar alimentos adicionales a proveedores externos, como, por ejemplo, comerciantes o emprendedoras mujeres que se acercaban en botes de remos al costado del casco, pero se trataba de canales poco regulares.11



El buque prisión Jersey fondeado en la bahía de Wallabout, Nueva York. No nos han llegado ilustraciones contemporáneas del Jersey. Esta acompaña la edición de 1829 de Recollections of the Jersey prison-ship [Recuerdos del buque prisión Jersey] de Thomas Dring.

También la falta de vestido podía llevar a contraer enfermedades graves o a la muerte. No existía una política oficial británica en lo referente a las prendas de vestir y de cama. El comisario general estadounidense y su agente en Nueva York pudieron procurar algunos artículos que fueron muy bien recibidos, pero casi nunca eran suficientes. Algunos prisioneros tuvieron la fortuna de conservar la ropa con la que habían sido capturados; otros dependían de los donativos de unos pocos lugareños caritativos del área cercana. Los hombres que tenían experiencia previa en prisión llevaban varias capas de ropa y escondían su dinero y otras pertenencias en los forros o en las botas. Varios cascos prisión no estaban calafateados, así que, en invierno, la nieve se colaba por las rendijas. Al menos, esto permitía que los prisioneros saciaran su sed.

La higiene a bordo era deplorable y las enfermedades campaban a sus anchas. Los cautivos, que se pasaban la mayor parte del tiempo bajo cubierta, apenas tenían alguna instalación donde lavarse, y los

olores de sus propias heces y de la orina eran omnipresentes. En esas circunstancias, las infecciones se extendían con facilidad. El agua salada para cocinar la carne se obtenía, en general, en el mismo lugar donde se vaciaban las tuberías de desperdicios, en el costado del buque. Las alimañas se subían a los prisioneros dormidos por la noche. El escorbuto y la disentería eran comunes. Igual sucedía con la fiebre amarilla, la neumonía, el tifus, la gripe y una temida afección que mataba a la población civil y militar en masa, la viruela. Como advirtió un funcionario médico británico, era casi imposible erradicar las enfermedades contagiosas como la viruela, pues una vez que se asentaban en un buque prisión, ponían en peligro no solo las vidas de los prisioneros, sino también las de los guardias.12

La viruela se transmite por el aire mediante gotitas de humedad. Las ciudades, los campamentos militares y las prisiones donde se hacinaban los individuos eran, por tanto, criaderos ideales para el desarrollo de la enfermedad, la cual podía viajar en el vestido y en la ropa de cama de los infectados. Según la descripción de Erica Charters, historiadora de la medicina, después de un periodo de incubación de diez a doce días, «los pacientes experimentan dolores de espalda, de músculos y de cabeza, fiebre alta y el picor característico». Este último puede provocar «infecciones sépticas de la piel y hemorragias graves en la piel, los pulmones y otros órganos». Los supervivientes podían sufrir, de forma permanente, «ceguera, infecciones cutáneas, infertilidad y un aspecto horrorosamente desfigurado». No existe medicamento que cure la viruela, pero los que la sobreviven son inmunes a futuros contagios.13

La viruela era endémica en las ciudades británicas en el siglo XVIII, y como la mayoría de los reclutas del Ejército británico venían de centros de población urbanos, muchos habían sobrevivido a la viruela en la infancia y ya entraban a filas inmunizados. Sin embargo, dicha enfermedad era mucho menos habitual en Norteamérica y, por ello, las tasas de inmunidad entre los reclutas del Ejército Continental eran bajas. Por ese motivo, los soldados norteamericanos, incluidos los lealistas que combatían junto con las fuerzas británicas, tuvieron un riesgo mayor de sufrir brotes epidémicos de la enfermedad que los británicos.

El Ejército Continental comenzó a inocular la vacuna contra la viruela a miles de soldados en 1777. Algunos prisioneros norteamericanos también se vacunaron a sí mismos. La inoculación se venía efectuando desde mucho antes en partes de África y de Asia, pero no se introdujo en Europa hasta principios del siglo XVIII y en América una generación más tarde. El procedimiento, en palabras de la autora de Pox Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775-82, Elizabeth A. Fenn, era «a la vez atemorizador y fascinante». Según nos cuenta John Adams de lo que vivió durante un brote de viruela en Boston, en 1764, «consistía en implantar a propósito variola virus viva en una incisión, en general en la mano o el brazo del paciente». Thomas Dring utilizó, a bordo del Jersey, un alfiler para infectarse, tomando los gérmenes de un paciente cuya infección había avanzado ya al estadio adecuado. Dring experimentó una forma leve de la enfermedad y se recuperó; otros cautivos siguieron su ejemplo.14

La mayor parte de los prisioneros enfermos parece que no fueron atendidos por doctores británicos. Como los cirujanos patriotas solían recibir la libertad condicional, por lo general no solían estar disponibles. Si alguna vez un doctor patriota recibía el permiso de subir a bordo de un barco para atender a los enfermos, pronto se veía desbordado. Un doctor que intentó hacerlo en Charleston, en 1780, dijo que, según su criterio profesional, solo la muerte podría mejorar las enfermizas condiciones causadas por las miasmas humanas y las pútridas fiebres que asolaban los atestados barcos. El prisionero George Ballerman atestiguó que solo se concedía permiso para que los prisioneros fueran a un hospital cuando estaban ya tan débiles que, a menudo, no sobrevivían al traslado. En las raras ocasiones en las que se intentó desinfectar un barco a gran escala, muchos de los debilitados prisioneros morían de hipotermia durante su evacuación temporal, sobre todo si el tiempo empeoraba.15

El impacto psicológico por haber estado retenido en estos buques fondeados era tan espantoso como el sufrimiento físico: «Los prisioneros habían perdido casi cualquier sentimiento humanitario entre ellos; […] la supervivencia parecía ser su único deseo». La monotonía y la total incertidumbre sobre su destino pesaba como una losa sobre los cautivos. William Slade, natural de New Canaan, trasladado desde la iglesia holandesa Old North al Grosvenor, halló

allí a los reclusos sumidos en un estado de estupor insensible:

Domingo 8. Este día casi no teníamos ánimos, pero pensamos que eso no podía ser. Desechamos esos pensamientos. Sacamos el pan y lo comimos con tristeza […] Empleé el día leyendo y meditando, esperanzado de recibir buenas noticias.

Miércoles 11. Todavía esperanzados.

Viernes 13. Ahora no vemos otra cosa que pueda interceder por nosotros sino la misericordia de Dios. Tiempos tristes, todos los rostros están pálidos, resignados, resignados.

Sábado 14. Tiempos oscuros. La muerte prevalece entre nosotros […] De noche sufrimos frío y hambre.

Domingo 15. La palidez ocupa todos los rostros; es el día más melancólico que jamás he vivido.

Martes 17. Nos tratan peor que al ganado y a los cerdos.

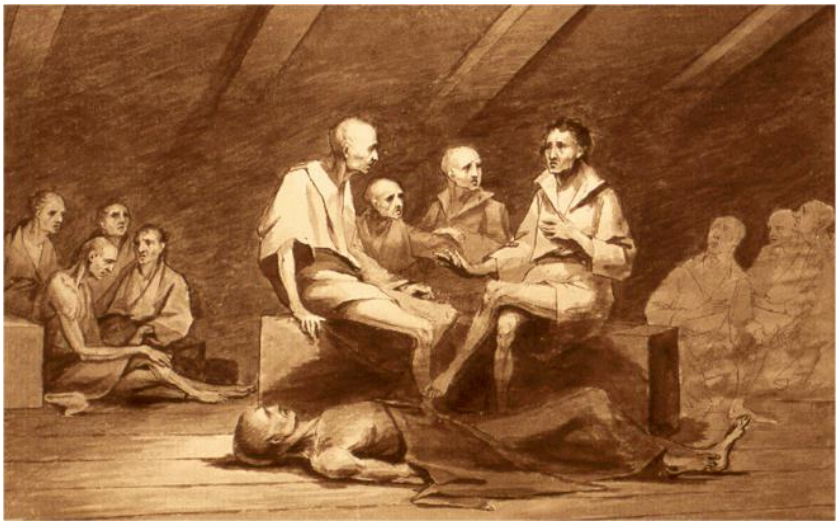
Miércoles 18. Impera el hambre. Llega la pena.

Viernes 20. Los prisioneros bajan las cabezas y están pálidos. Ningún consuelo. Todo es pena.

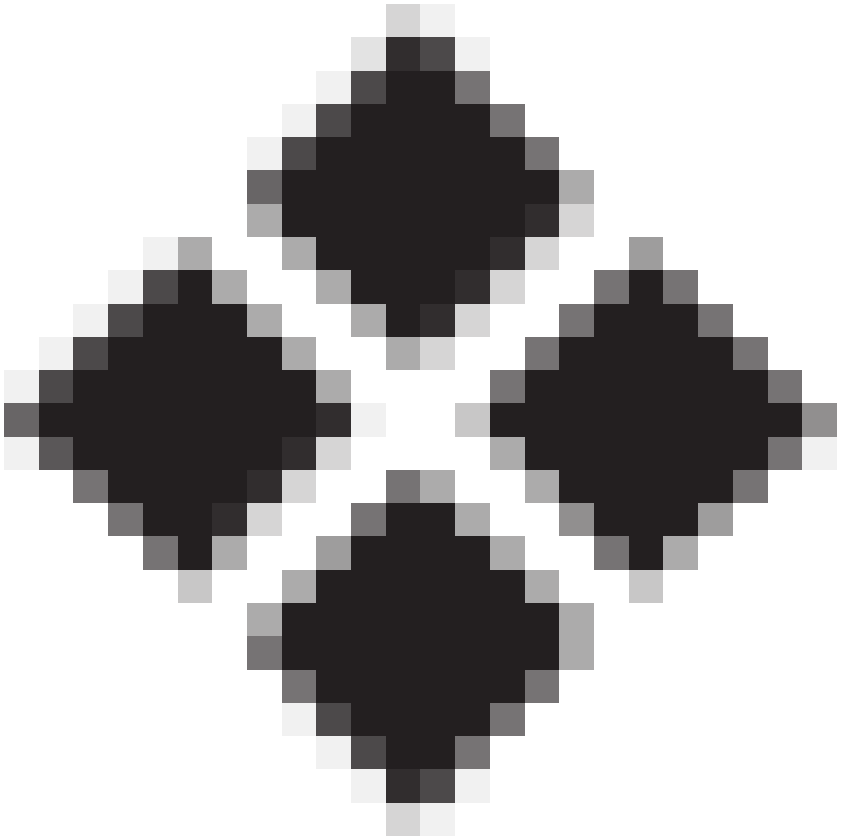
Sábado 22. La última noche no se oyeron más que los gemidos, toda la noche, de los enfermos y los moribundos. Asombra mirar a estos hombres. En condiciones tan duras, la enfermedad prevalece con rapidez. Múltiples muertes […] Todos los rostros están tristes.

Domingo 23. Casi muere uno cada día.

Viernes 27. Tres hombres de nuestro batallón murieron la pasada noche.16



Durante mucho tiempo se pensó que este dibujo mostraba a prisioneros patriotas a bordo de un buque prisión británico. Ha sido atribuido a Jonathan Trumbull, cuyas grandes escenas de la Guerra de la Revolución adornan la Rotonda del Capitolio estadounidense. En tiempos más recientes, se ha sugerido que estas figuras apáticas de aspecto demacrado y ropas raídas representen, tal vez, a internos de un asilo para enfermos mentales. Que la duda sea verosímil es también prueba del juicio que han merecido las condiciones que soportaron los cautivos patriotas.



Para los prisioneros estadounidenses, la muerte era una forma de acabar su cautiverio. Las otras tres eran el intercambio, la huida o unirse al enemigo. Como ya hemos visto, los códigos dominantes entre los ejércitos europeos no permitían el reclutamiento de los prisioneros en las fuerzas armadas del país que los hubiera capturado. Esto, sin embargo, no impidió que los oficiales británicos lo intentaran. El Congreso acusó a los británicos de privar a los prisioneros de alimento durante tres, cuatro o incluso cinco días, y luego tentarlos con el alistamiento para que salvaran la vida. George Ballerman daría testimonio, en 1780, de que, cuando unos oficiales de reclutamiento británicos en Nueva York descubrieron que algunos oficiales patriotas les habían dicho a sus hombres que no se alistaran, dichos oficiales fueron enviados al Preboste. Los oficiales británicos, al comprobar que, incluso así, seguían

fracasando en su labor, decidieron privar de agua a los cautivos. A pesar de estos esfuerzos, el reclutamiento de soldados entre los prisioneros patriotas, aunque sí atraía en especial a los colonos nacidos en Gran Bretaña, no parece que tuviera un éxito notable.17

Muchos prisioneros optaron, en cambio, por intentar escapar. Christopher Hawkins se escabulló por una tronera abierta del Jersey tras solo tres días de cautiverio. Nadó durante dos horas hasta que, después de sortear a los centinelas hessianos, alcanzó la relativa seguridad de Long Island. James Forten, afroamericano de quince años de Filadelfia, de quien se ha escrito que era alto, que sabía leer y que era un convencido patriota, prefirió, en un primer momento, el cautiverio a bordo del Jersey antes que ser enviado a Inglaterra. Más tarde, desaprovechó una posibilidad de escapar cuando cedió su lugar, en un «arcón de ropa vieja» que se sacó del buque bajándolo por un costado, a un «compañero de fatigas» blanco de trece años, Daniel Brewton. Forten fue más adelante intercambiado y llegó a convertirse en un rico ciudadano de Filadelfia, así como en un prominente abolicionista.18

Los memorándums de John Bartlett nos cuentan su cautiverio en compañía de cientos de prisioneros en el Scorpion, en el río Norte. Cada mañana aparecían muertos quince hombres, entre ellos más de uno «que no estaba en absoluto enfermo, solo por la debilidad y el aire estancado». Al no recibir respuesta las peticiones de mejoras, un intento de escapada acabó con muertos por ambos lados: «El cap. del buque P.[risión] era un salvaje y todos ellos, exasperados al ver algunos de los guardias muertos y muchos desaparecidos y heridos, apuntaron hacia abajo sus mosquetes por las escotillas del barco y dispararon durante media hora. La bodega del barco se incendió toda y gritamos pidiendo cuartel». La carnicería, que dejó una docena de muertos y dos docenas de heridos, solo se detuvo cuando un oficial naval superior subió a bordo del barco y reprendió al capitán de este. Ninguno de los heridos, según Bartlett, fue atendido hasta el día siguiente. Para entonces varios habían muerto desangrados.19

Muchos de los que no escaparon ni se alistaron, y que tampoco fueron intercambiados, murieron en los buques prisión. En total, más de la mitad de los cautivos. Es imposible determinar con

exactitud las tasas de mortalidad y el número de muertes en las poblaciones carcelarias durante la guerra. Pese a todo, los datos que han conseguido reunir los historiadores, aunque fragmentarios, son dramáticos: la tasa de muertes en los buques prisión de Nueva York rara vez bajaba del 50 %, y puede haber llegado hasta el 70 % durante los veranos calurosos. Las tasas de mortalidad eran más reducidas en las prisiones de la ciudad, pero tal vez no por mucho. Al acabar 1776, al menos la mitad de los cautivos apresados en Long Island y dos tercios de los capturados en el fuerte Washington habían muerto por hambre, enfermedades y heridas no tratadas. Un total de entre 2000 y 2500 hombres en solo unos pocos meses. De los 69 hombres de una misma compañía capturados en diciembre de 1776, solo 16 seguían vivos al llegar el mes de mayo, la mitad de ellos sin fuerzas para caminar. Thomas Dring calculó que había alrededor de 5 muertes diarias a bordo del buque prisión Jersey, y algunos días más. Entre la propia tripulación, la tasa de mortalidad superaba también el 40 %, sobre todo por enfermedad. Por establecer una comparación, en la Segunda Guerra Mundial, solo un 11 % de los prisioneros de guerra estadounidenses murieron en campos de prisioneros (aunque la tasa fue mucho mayor en los campamentos japoneses). El porcentaje llegó al 38 % en la Guerra de Corea, la tasa más alta, con mucha diferencia, desde la Guerra de la Revolución.20

Si sumamos las muy notables cifras de muertes de prisioneros en el Sur a lo que sabemos de Nueva York y Filadelfia, sin incluir el número desconocido de cautivos que murió en otros lugares –en Detroit, en una isla del río San Lorenzo, en las Indias Occidentales británicas asoladas por las enfermedades, en la India y tal vez en Senegambia–, se calcula que entre 16 500 y 19 000 prisioneros estadounidenses perecieron en cautiverio británico durante la guerra. Dado que entre 6800 y 8000 patriotas murieron en combate y alrededor de 10 000 por heridas o enfermedad en sus campamentos, no es aventurado estimar que en torno a la mitad de los patriotas alistados que murieron en la Guerra de la Revolución fallecieron en cárceles y en buques prisión británicios.21

El enterramiento de los muertos de los buques prisión era un ritual diario. Cada mañana, un destacamento del Jersey llevaba los cadáveres al puente de cubierta, donde los tendían en las rejillas. Si

se podían conseguir sábanas mortuorias, se permitía a los cautivos meter los cuerpos en ellas y coserlas antes de atarlas a unos tableros. En la orilla, los marineros excavaban una zanja en la arena con la anchura necesaria para recibir los muertos del día. No se permitían las ceremonias y solo se podía echar una ligera capa de arena sobre los cadáveres. Todo el terreno en derredor era muestra de los enterramientos anteriores. Un adolescente que trabajaba en una granja y vivía cerca de donde se excavaban las superficiales fosas comunes recordaría: «La atmósfera parecía cargada por el aire viciado de los buques prisión y los efluvios de los cadáveres que las mareas arrastraban fuera de sus tumbas […] Los cuerpos de los muertos yacen expuestos a lo largo de la playa, secándose y decolorándose al sol, blanqueando las orillas».22

La crueldad preside el buque prisión (la crueldad lleva la cuenta de los muertos), de Robert Smirke. Visión británica de principios del siglo XIX:

«del negro buque prisión el vientre creciente a millares apestó y, con muerte rápida, sepultó».

LIBERTAD O MUERTE

Charles Herbert se enroló en el bergantín Dolton en Newburyport (Massachusetts) en noviembre de 1776, poco antes de su decimonoveno cumpleaños. Después de solo seis semanas en el mar, Herbert y sus camaradas fueron capturados por el navío británico HMS Reasonable de 64 cañones. La tripulación del Dolton fue trasladada a Plymouth, en la costa meridional de Inglaterra, hacinada en el puente de cables del Reasonable, el área donde se almacenaban los cables y aparejos de repuesto. Allí «casi se asfixiaron del calor». A lo largo de la guerra, tal vez 3000 individuos –marinos de la Marina Continental, comerciantes estadounidenses y corsarios rebeldes como Herbert– hicieron un viaje similar para ser encarcelados en Gran Bretaña. En el caso de que el buque que los hubiera capturado no fuera ya camino de las islas británicas, estos prisioneros de guerra estadounidenses solían ser retenidos, durante unas pocas semanas, en lugares provisionales como, por ejemplo, antiguas refinerías de azúcar en Halifax, donde se ha escrito que tenían a los prisioneros como «arenques salados en barriles».23

Igual que en dichos lugares, las condiciones de vida durante los trayectos transatlánticos subsiguientes eran de una dureza extrema. Por lo general, los barcos que efectuaban los apresamientos ya iban atestados y los recursos eran escasos. Se confinaba a los prisioneros en las bodegas, a veces «bajo cinco puentes», según la descripción de un teniente estadounidense, «y, por tanto, bajo un mínimo de 30 pies de agua –en un calabozo cuya superficie era de 12 x 20 pies y de 3 pies de alto–, sin luz y casi sin aire, donde, por necesidad, se veían forzados a permanecer siempre en una postura inclinada o recostada». En esta versión marítima de Simsbury, los víveres eran, por lo general, limitados en cantidad y de mala calidad. La poca agua que tenían estaba «llena de bichillos» y había que beberla «a

través de los dientes cerrados». Los capitanes amenazaban con la horca y permitían el robo de prendas de ropa para animar a las defecciones.24

A la llegada del transporte de prisioneros que llevó a Charles Herbert a la costa inglesa, él y sus compañeros presos tuvieron que sobrellevar varios traslados más entre distintos buques. Herbert pasó diecinueve días en el área de cables del Bellisle, donde unas planchas y tableros tendidos sobre las cadenas ofrecían un leve grado de confort. Durante unos pocos días que tuvo que pasar en una zona atestada situada entre las cubiertas del HMS Torbay, la tripulación de Herbert quedó expuesta a la crudeza del invierno: «Comenzamos a ponernos muy enfermos». Herbert describió la visita de las esposas de unos marineros locales que acudieron, curiosas, a ver a los norteamericanos. Sus ignorantes reacciones resumían la confusa naturaleza de las relaciones británico-norteamericanas: «¿Son blancos? ¿Saben hablar? […] [¿]Por qué son como nuestra gente y hablan inglés[?]».25

Herbert y los demás hombres de la tripulación del Dolton fueron llevados al HMS Burford, donde les fue posible dormir con más comodidad. También se les permitió entonces salir a pasear por la cubierta en grupos de veinte. Sin embargo, el largo trayecto oceánico y el confinamiento posterior se habían cobrado un precio. A mediados de abril, Herbert y varios hombres más fueron transferidos desde el Burford al Hospital Real de Plymouth; habían contraído la viruela. Durante las siguientes semanas, la vida de Herbert pendió de un hilo.

Mientras convalecía en Plymouth, los políticos londinenses estaban a punto de introducir un cambio fundamental en su estatus jurídico. Unos meses antes, más o menos a la vez que el Congreso Continental comenzó a investigar los abusos británicos contra los prisioneros en Norteamérica, asimismo el Parlamento británico revisó la situación legal de los cautivos patriotas. El gobierno del primer ministro lord North se había encontrado ante un dilema cada vez más patente. El general Washington exigía el reconocimiento de los Estados Unidos como «un Estado independiente, al menos en lo que respecta a los prisioneros de guerra». En caso contrario, advertía, el tratamiento que recibirían

los cautivos británicos podría ser una copia exacta del que padecían los estadounidenses. Una vez que Howe no consiguió asestar en Nueva York un golpe definitivo a los rebeldes, y después de las victorias de Washington en Trenton y Princeton, el gobierno británico se preparaba para otro año de campaña militar. No podía otorgar a los cautivos estadounidenses el estatus de prisioneros de guerra, puesto que ello implicaba reconocer la independencia de los Estados Unidos. Pero tampoco podía seguir aumentando el número de cautivos que se enviaban a buques prisión en la costa de Gran Bretaña, ni desembarcarlos en tierra, por el riesgo de que estos solicitaran el habeas corpus, un procedimiento legal que permitía a los prisioneros civiles, en tanto que súbditos ingleses, reclamar el derecho a quedar libres bajo fianza mientras esperaban a ser juzgados.26

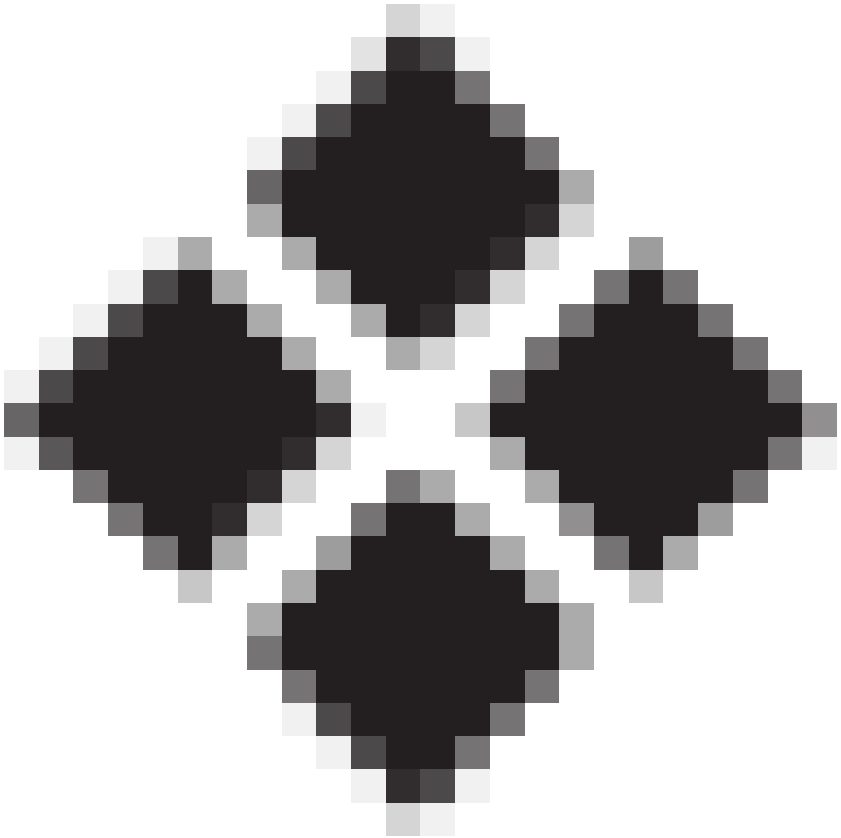
En febrero de 1777, lord George Germain, que representaba el ala más dura del gobierno, presentó una ley para suspender la aplicación del habeas corpus a los cautivos norteamericanos. Esta ley, que acabó conociéndose como Edicto de North y que se renovó todos los años hasta 1783, permitía que los prisioneros estadounidenses fueran confinados «como los demás prisioneros de guerra». Al mismo tiempo, no obstante, conservaban la categoría de rebeldes y de traidores, ya que eran agentes de una rebelión «organizada a traición […] en ciertas colonias de su majestad y en plantaciones de América». En concreto, la ley permitía el encarcelamiento «sin fianza ni garantía» de aquellos apresados por alta traición o piratería en Norteamérica o en alta mar por orden de «cualquier magistrado de autoridad competente». Solo se aplicaba a aquellos «que estuvieran fuera del reino» en el momento en que cometieran su supuesto delito. En este punto residía su principal y, para los que se oponían a ella, más peligrosa novedad: hacía distingos entre los súbditos según el lugar donde fueran arrestados. En resumen, el edicto de 1777 redibujaba las áreas de aplicación geográfica de las leyes dentro del Imperio británico. Les arrebataba la condición de súbditos a algunos individuos en las colonias británicas de Norteamérica y en alta mar. En un momento en que los británicos aún estaban confusos sobre la identidad de los norteamericanos, la diferencia entre estos y los británicos quedaba así codificada legalmente en un aspecto crucial.27

Hasta en la propia Gran Bretaña, los contrarios a dicha ley la denunciaron por cruel e inconstitucional, por significar un ataque peligroso a las libertades de los ingleses que era «escandaloso para la humanidad». El abogado John Dunning, miembro del Parlamento, se burló de la medida. Tradicionalmente, solo se habían justificado suspensiones similares en caso de rebelión interna o de amenaza de invasión: «¿Tenemos miedo de que la gente de América pase el Atlántico por un puente y venga a conquistarnos?». La premisa de los críticos británicos (y estadounidenses) era que el habeas corpus era un derecho fundamental de los súbditos del rey, sin que importara el lugar del planeta donde se hallaran. El jefe de la oposición, Charles James Fox, dijo que la ley equivalía a «robarle a América sus derechos […] y, a fin de cuentas, extender un poder arbitrario por todos los territorios pertenecientes a la corona británica».28

Una de las críticas más devastadoras contra la ley de suspensión provino del mismo hombre que antes había avisado de la naturaleza intrínsecamente violenta de la revolución y de las consecuencias desastrosas de una guerra destructiva. Edmund Burke denunciaba la violencia ilegítima o inadecuada dondequiera y siempre que la percibiese. En su Letter to the Sheriffs of Bristol [Carta a los Comisarios de Bristol], publicación de la que se reprodujeron extractos en buena parte de la prensa norteamericana, Burke reconocía que todos «coincidíamos de corazón en nuestro aborrecimiento por una guerra civil […] sentimos exactamente las mismas emociones de dolor y vergüenza por todas sus miserables consecuencias», incluyendo cualesquiera «normativas legales que subviertan las libertades de nuestros hermanos o que socaven las nuestras». El argumento de que la medida venía impuesta por la necesidad, esgrimido por el gobierno, lo tachaba de peligroso y falaz: «Todos los antiguos y honestos principios jurídicos e instituciones de Inglaterra son obstáculos para evitar y retardar el precipitado camino de la violencia y la opresión». Por encima de todo, Burke se oponía a que la ley distinguiera entre súbditos: «La libertad, si es que yo entiendo lo que es, es un principio general y un claro derecho de todos los súbditos del reino, o no lo es de ninguno. La libertad parcial me parece a mí una odiosa forma de esclavitud. Sin embargo, por desgracia, es el tipo de esclavitud que se concede con más facilidad en épocas de discordia civil». Si debía

haber alguna suspensión del habeas corpus, debía aplicarse a todos. Todos los súbditos en ambas orillas del Atlántico debían vivir bajo el mismo régimen de libertad y seguridad. Según el análisis de Burke, la nueva ley del primer ministro socavaba los tradicionales límites constitucionales ingleses que impedían la opresión y la violencia.29

No pasó mucho tiempo antes de que las reacciones que desencadenó el Edicto de North llegaran al otro lado del Atlántico. El saco del correo del general sir Henry Cointon contenía cartas que describían la medida legal como un ejemplo del modo en que el «espíritu de la nación [estaba] totalmente en contra de América», aunque ya los periódicos norteamericanos habían cubierto con diligencia la controversia provocada en Gran Bretaña. En opinión de George Washington, que denunció la suspensión tachándola de «encarcelamiento arbitrario [que] ha sido sancionado por las leyes británicas», se trataba de un agravio más de Gran Bretaña contra los norteamericanos. Los que resultaron afectados directamente se referían al Edicto de North como «el acto execrable del parlamento». Que te denegaran el habeas corpus se convirtió, entonces, en una prueba de valor que reafirmaba la determinación de los revolucionarios.30



Antes de caer enfermo, Charles Herbert había conocido, por un periódico, el edicto del Parlamento que los declaraba a él y a sus compañeros de cautiverio «culpables de alta traición». Después de que los granos de la viruela se extendieran por su cuerpo, acompañados de fiebre alta, vómitos y fuertes dolores de cabeza durante varias semanas –«siento la carne como si me removieran en un lecho de brasas»–, Herbert se recuperó gradualmente bajo un tratamiento médico adecuado y alimentándose con raciones completas. A finales de julio quedó, por fin, libre. Seis de sus camaradas habían sucumbido a causa de la viruela, entre ellos uno que «de un modo horrible» tuvo que ser «embutido» en un ataúd 15 cm más pequeño de lo necesario. Al poco tiempo, Herbert y otros cautivos fueron llevados ante un comité de jueces del Almirantazgo. Ante las cuestiones que se les hicieron, confirmaron que eran

norteamericanos y que habían servido en el mar por mandato del Congreso. Según Herbert les dijo a los jueces, «nuestra misión era combatir a los enemigos de los trece Estados Unidos». Al recibir los magistrados confirmación de la identidad del prisionero y de que se trataba de un rebelde norteamericano, y después de establecer que no era un desertor británico, decretaron que fuera llevado a prisión «por rebelión, piratería y alta traición contra su majestad británica en alta mar, y allí [en prisión] permaneceréis durante el tiempo que plazca a su majestad, hasta que os perdone o disponga otra cosa».31

Después de la vista inicial, los prisioneros como Herbert eran acusados de traición y llevados con escolta hasta una de las doce o más instalaciones disponibles. De lejos, las más grandes eran la prisión de Forton, en Portsmouth, y la de Mill, en Plymouth. Ambas databan de la Guerra de los Siete Años. Las gestionaban los Comisionados para los Marinos Enfermos y Heridos (Commissioners for Sick and Wounded Seamen), también conocidos como el Comité de Enfermos y Heridos (Sick and Hurt Board), un pequeño comité subordinado a los lores comisionados del Almirantazgo. A lo largo de la guerra, ambos centros albergaron alrededor de 2500 cautivos norteamericanos.32

Herbert fue trasladado a la prisión de Mill, un centro diseñado desde su creación para servir de cárcel, situado en un promontorio expuesto que aislaba las mareas, entre Plymouth y Plymouth Dock, o Devonport, y rodeado por murallas dobles de piedra de 6 m de alto coronadas de cristales rotos. La prisión de Forton, que se encontraba frente a Portsmouth Harbor, en Alverstoke (Hampshire), limitaba con un lago, granjas, prados y bosques. Sus medidas de seguridad eran menores y solo la circundaba una valla de postes de menos de dos metros y medio. Los guardias de las prisiones eran reclutados de la milicia local, de compañías de inválidos y de guarniciones regionales del Ejército. En un primer momento, el número de centinelas de guardia en Mill y en Forton era de 11 y 10 hombres, respectivamente. Al verano siguiente, el número había crecido hasta 2 oficiales y 60 soldados en Forton, mientras que en Mill la cifra ascendía ya a 45 hombres entre dentro y fuera del perímetro. Un número más reducido de prisioneros se alojaron también en Kinsale (Irlanda), en Edimburgo (capital de Escocia), en Pembroke (Gales) y, en la propia Inglaterra, en Liverpool,

Shrewsbury, Bristol, Weymouth y Falmouth.33

Examinar el tratamiento dado a los cautivos rebeldes en Gran Bretaña nos ayuda a poner en perspectiva las experiencias de los cautivos estadounidenses que no salieron de Norteamérica, y nos ilustra sobre hasta qué punto lo limitado de los recursos y las dificultades logísticas –y no una política deliberada de crueldad, ni ninguna tara profunda en el carácter nacional de los británicos– fueron la causa del sufrimiento que padecieron los prisioneros. En cualquier caso, las condiciones de vida en las prisiones Forton y Mill fueron notablemente mejores que en las prisiones británicas en Norteamérica. Aunque algunos cautivos como John Haskins describieran Mill como «un lugar horrible», otros compararon el traslado desde los buques prisión a estos nuevos lugares con «salir del infierno y entrar en el paraíso». Es innegable que, también en Inglaterra, los prisioneros norteamericanos padecieron, al menos de forma intermitente, carencias de vestido; carne, pan o agua en mal estado; hacinamiento; mala salud y guardias maltratadores. Sin embargo, las únicas diferencias oficiales que existían en el trato que se daba a los cautivos norteamericanos, en comparación con los prisioneros de guerra legítimos –como, por ejemplo, los prisioneros franceses que no tardaron en llegar–, era que los primeros solo recibían dos tercios de las raciones navales ordinarias, su ropa la proveía el gobierno británico y no ellos mismos, y se les podían poner grilletes como medida disciplinaria.34

Las normativas permitían que los delegados de los prisioneros vigilaran el peso y la preparación de los alimentos para verificar que las raciones correspondían con la dieta oficial acordada. Este régimen de alimentación prescribía, cada semana, casi 2 l de cerveza, algo más de 3 kg de pan, 2 kg de carne, 110 g de manteca y 170 g de queso, 2 pintas de guisantes y, según algunas fuentes, también sal. Además, la mayoría de las mañanas, los prisioneros que disponían de dinero podían comprar fruta y otros refrigerios en el mercado privado que había surgido a las puertas de la prisión. También podían pagar a un agente o a un guarda para que les procurase dichos artículos, de forma similar a lo que era habitual entre los prisioneros civiles en la época. Algunos guardas se aseguraban de que los prisioneros que tenían a su cargo recibieran sus raciones correctamente, pero de otros se sospechaba que las

aminoraban y se embolsaban la diferencia. En efecto, los diarios de los cautivos describen a los guardias como mezquinos, corruptos e inhumanos, a veces sin razón alguna que lo justifique. Samuel Cutler consideraba a William Cowdry (o Coudray), supervisor de la prisión de Mill, «un tirano tan grande como el que más de Inglaterra, [que] nos trata con la mayor severidad». Cowdry fue acusado de aguar la cerveza, de adulterar el peso de las raciones y de dar a los cerdos la comida de los prisioneros, así como de no actuar contra abusos brutales. En el verano de 1777, se cuenta que los famélicos cautivos comían hierba y caracoles en el patio, o que chupaban huesos viejos; otros intentaban que brotaran en el patio, entre la basura, unos restos de coles que, según un prisionero, en América no se comerían ni los cerdos. No obstante, en la Navidad de aquel año, recibieron pudin hasta hartarse y pan donado por visitantes y por benefactores del exterior.35

Las autoridades médicas de la Marina también tenían a los prisioneros a su cargo, de modo que los cautivos estadounidenses apresados en el mar se beneficiaban de un régimen de medidas de higiene naval, de cuidados médicos expertos y de una organización hospitalaria que sus compañeros recluidos en buques prisión en Norteamérica jamás disfrutaron. Había bañeras, agua y jabón para que los prisioneros no solo se lavaran a ellos mismos, sino también su ropa de cama y sus prendas de vestir. «En general –apuntaba Herbert– estamos razonablemente limpios». Los cautivos recibían útiles para barrer la prisión. Entre otras medidas higiénicas encontramos el empleo profuso de aceite de brea, al cual se atribuían «potentes cualidades antisépticas». Era obligatorio el ejercicio físico al aire libre y, en diciembre de 1777, el Almirantazgo invirtió 98 libras esterlinas en construir un camino cubierto en Forton para que los prisioneros pudieran ejercitarse, aunque hubiera mal tiempo. El personal carcelario fumigaba con regularidad las instalaciones con carbón y azufre. Si se diagnosticaba una infección, se quemaba el vestido y la ropa de cama de los contagiados y se ponía a estos en cuarentena. Durante un brote de viruela en esta prisión, el cirujano inoculó a todos los que lo desearan. La tasa de mortalidad, bastante baja, confirma que los norteamericanos recluidos en prisiones inglesas gozaron de condiciones de vida mucho mejores que sus equivalentes en Norteamérica. En la prisión de Mill, 52 de los 1101 reclusos

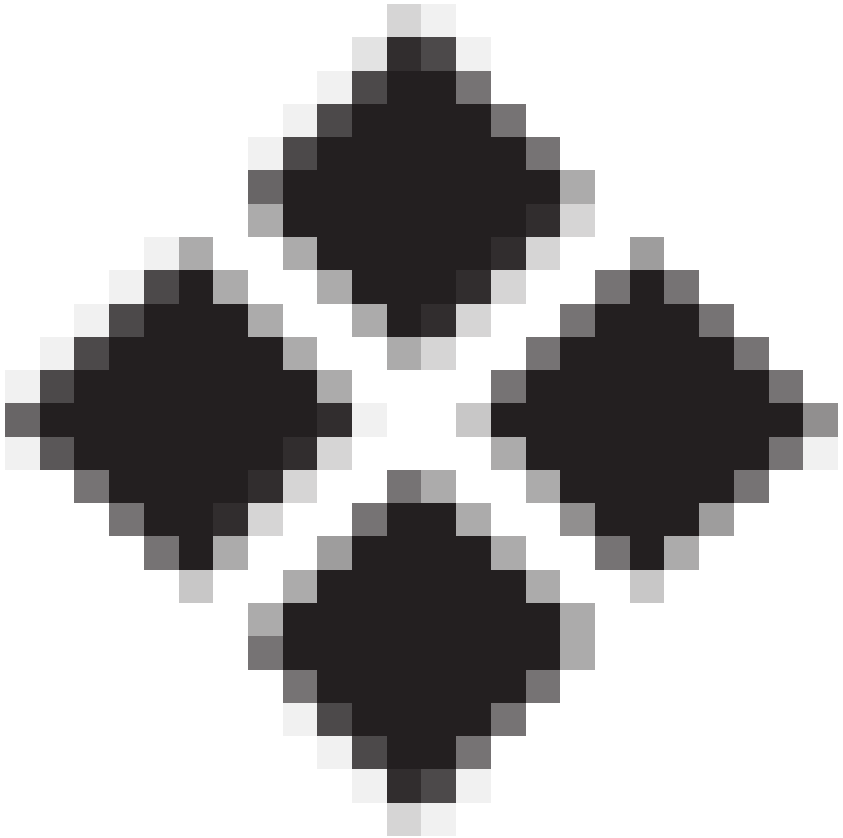
norteamericanos murieron, según los registros, desde 1777 hasta 1782. En Forton, desde junio de 1777 hasta noviembre de 1782, con una población de aproximadamente 1200 presos norteamericanos, el número de muertes fue de 69. Estas tasas, que no llegan al 5 ni al 6 %, respectivamente, eran menos de la décima parte de las que con toda probabilidad hubo en los buques prisión fondeados en Nueva York.36

La disciplina en las prisiones era, a menudo, caprichosa. Las órdenes del Almirantazgo no permitían a los guardias golpear a los prisioneros, pero estos podían acabar en celdas de aislamiento por infracciones graves, tales como desobedecer órdenes o intento de escapada. Sin embargo, otros padecieron el mismo castigo solo por vender su ropa, por quejarse de carne en mal estado, por prender una vela después del toque de queda o por no responder cuando se les llamaba. Los prisioneros arrojados al «agujero negro» se veían obligados a sobrevivir en soledad, a veces hasta cuarenta días, en el suelo desnudo y con media ración. Este castigo era tan duro que un abogado particular británico advirtió al responsable de Forton, en diciembre de 1777, que lo acusaría de asesinato si algún prisionero moría en la celda de confinamiento. El Almirantazgo recomendó que se emprendieran todas las investigaciones que pidiera el abogado –aunque no existían precedentes legales en este sentido en lo que atañía a los prisioneros de guerra– para evitar los gastos que pudieran devenir de pleitos posteriores.37

Ciertas pruebas apuntan a que los prisioneros norteamericanos de ascendencia británica y, en particular, los de ascendencia africana, eran en especial objeto de la violencia física. Los cautivos africanos también parece que se tenían que hacer cargo de las tareas más duras, a veces letales, como, por ejemplo, el cuidado de los enfermos de viruela. Ambos grupos de prisioneros, discriminados uno por su origen y supuesta deslealtad, y el otro por su raza, padecieron de una forma desproporcionada.38

Los cautivos norteamericanos también tenían su propio régimen de disciplina interna dirigida, cuando menos, a contrarrestar los intentos de reclutamiento británicos. En las prisiones de Forton y de Mill, un gran número de reclusos estadounidenses firmaron un acuerdo contrario a las defecciones que preveía penas severas:

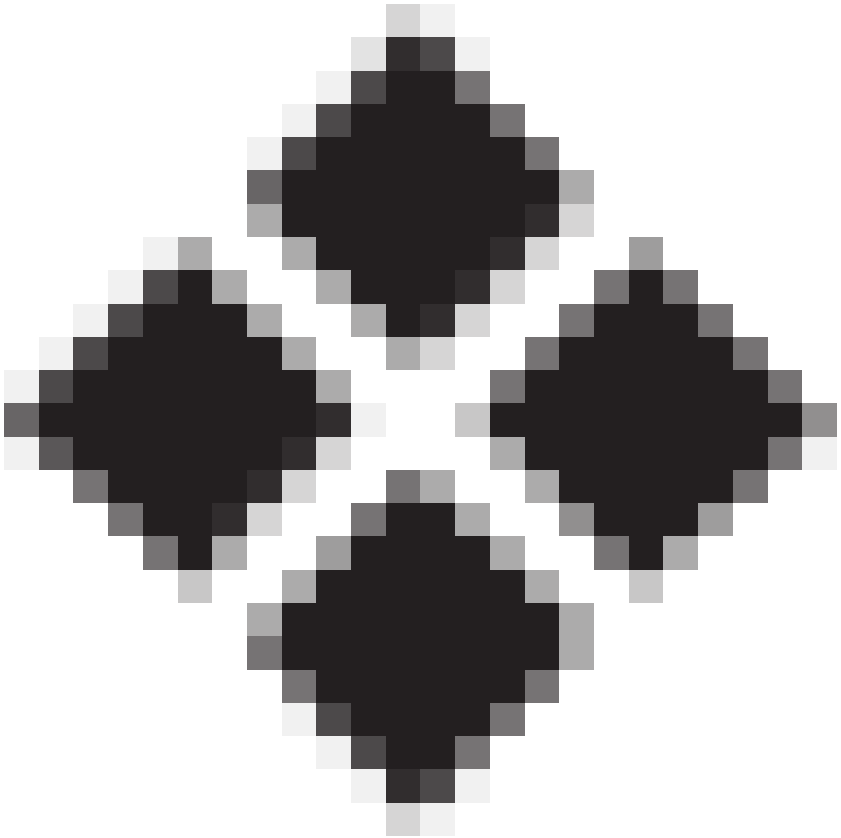
«Estamos por completo decididos a mantener nuestra lealtad a nuestro Congreso, nuestro país, nuestras mujeres, hijos y amigos, y a nunca solicitar subir a bordo de ninguno de los barcos o embarcaciones de su majestad británica, ni en ninguna de sus otras fuerzas militares». Los cautivos hostigaban, amenazaban y maltrataban físicamente a los que sopesaban esa alternativa. Esto, junto con el fervor patriótico –o tal vez la reflexión acerca de la dureza de las condiciones de vida en los buques del rey–, llevó a que fueran pocos los que optaron por enrolarse. Las acusaciones de empleo de fuerza física o de palizas para que los cautivos se alistasen, como las que los comisionados estadounidenses en París presentaron en una carta al primer ministro North en diciembre de 1777, no se han podido demostrar. En 1780, no obstante, los norteamericanos alegaron, esta vez de forma más creíble, que los británicos empleaban el hostigamiento psicológico para incitar al reclutamiento. Los prisioneros estadounidenses de Forton informaron a Benjamin Franklin de que sus guardianes atravesaban la prisión llevando los cadáveres de los reclusos muertos de camino al cementerio: «[…] sus cadáveres los pasaban entre nosotros, a veces nueve o diez en un día, contra toda humanidad».39



El cautiverio fue, sin duda, una experiencia de violencia y sufrimiento. Sin embargo, durante la Guerra de la Revolución también podemos encontrar muestras de compasión en el conjunto de la sociedad que los custodiaba. Los civiles británicos se habían mostrado sensibles a la situación de los prisioneros rebeldes desde el comienzo, cuando escritores como Miserecors y Humanitas les recordaban el Agujero negro de Calcuta. En 1777, el Edicto de North sirvió para unir, en contra del mismo, a los británicos que se movían por razones humanitarias y a los que eran contrarios a la guerra. Además de la violencia ejercida por la ley, la visión o los relatos de los sufrimientos de los cautivos norteamericanos en suelo inglés también movieron a los británicos sensibilizados a la entrega de donativos. Otros introducían dinero en los cajetines de caridad que los prisioneros habían fabricado y luego colocado en las puertas

de las prisiones. Los periódicos imprimían notas de agradecimiento de presos que prometían informar a sus paisanos norteamericanos de que había «caballeros en Inglaterra con el corazón abierto a los sentimientos humanitarios».40

A finales de 1777, la noticia de que se habían aplicado severos castigos a los prisioneros huidos que habían sido capturados de nuevo, y la arrogante respuesta de las autoridades británicas a las súplicas norteamericanas para que se mejoraran las condiciones de los presos, ayudaron a que se activaran esfuerzos de socorro más sistemáticos. Un «inglés» escribió en el Public Advertiser que el magnánimo trato que se daba a los prisioneros británicos en Norteamérica, tan distinto de «la crueldad desenfrenada que ha marcado el avance de nuestras armas», exigía una recíproca «muestra de esa humanidad que siempre ha caracterizado al Imperio británico». Comerciantes destacados de la ciudad de Londres encabezaron una colecta a la que no tardaron en contribuir, de forma sustancial, miembros de la oposición del Parlamento y de la Cámara de los Lores, entre ellos el conde de Shelburne, que más tarde sería el secretario de Interior que negociaría el intercambio de prisioneros, al final de la guerra. Las razones humanitarias podían dar buenos réditos políticos: mediante la aportación de donativos para los soldados enemigos, los críticos con el gobierno ponían en evidencia las calamidades asociadas a una guerra civil antinatural. La suscripción atrajo donantes de un espectro social muy amplio. Un tal «Sr. Robert Goodwin, agradecido por el modo muy generoso y amable en que se le trató cuando fue prisionero de los americanos», donó 50 libras esterlinas. Otros individuos más humildes contribuyeron con lo que pudieron: «Un trabajador, de nombre Lawson, quiso dar su pizca a los pobres que sufrían, todo lo que podía permitirse»: 5 chelines. La colecta recaudó la considerable suma de 4647 libras durante los dos primeros meses. En otras ciudades hubo suscripciones públicas similares, aunque de menor entidad. Como resultado de ellas, entre primeros de 1778 y mediados de 1779, los prisioneros de tropa de marinería recibieron 1 chelín y 2 peniques semanales, y los oficiales el doble de ese monto.41



Otra fuente de esperanza para los norteamericanos recluidos en la costa meridional inglesa fue el diplomático que negociaba la alianza franco-estadounidense, Benjamin Franklin. Este, que era uno de los tres comisionados designados por el Congreso en París, se implicó mucho en aras del bienestar de los prisioneros. Aunque no tenía órdenes ni permiso del Congreso para tratar esta cuestión, Franklin dedicó considerable tiempo y energía, y su propio dinero particular –además de algunos escasos fondos asignados a su embajada–, a atender las necesidades de los prisioneros.42

A partir de los últimos meses de 1777, Franklin ayudó a organizar un programa de socorro humanitario destinado a los norteamericanos recluidos en Mill y en Forton. Por un lado, la motivación era sobre todo pragmática: si se querían reducir las tasas de deserción y evitar que peligrara el reclutamiento de nuevos

marinos en las fuerzas navales estadounidenses, había que garantizar que dichos marinos, en caso de que acabaran en cautiverio, recibieran un trato adecuado. Por otro lado, Franklin y su principal contacto político británico, el parlamentario contrario a la guerra David Hartley –también colega científico–, coincidían en que la mitigación de las penalidades de los prisioneros podía ser un paso hacia la reconciliación británico-estadounidense: «Algún acto notorio de amabilidad en Inglaterra hacia nuestra gente –escribió Franklin– libraría a la nación [británica] del reproche de falta de humanidad», diferenciando así el comportamiento de la nación británica de los actos de su Ejército en Norteamérica. Hartley también era partidario de «actos de amabilidad y generosidad nacional» y quería «civilizar incluso las leyes de la guerra en los casos en que sea posible». Franklin entregó, al momento, 300 libras esterlinas de fondos públicos para que se repartieran entre los reclusos. Despachó a John Thornton, en calidad de enviado, para que inspeccionara las prisiones, distribuyera té, tabaco y dinero, y dispusiera la entrega de raciones de comida suplementarias. Desde la primavera de 1778, los clérigos locales ayudaron al reparto de pagas semanales entre los prisioneros estadounidenses.43

Franklin no alcanzó su objetivo principal, que era orquestar un intercambio general de prisioneros estadounidenses y británicos. Después de prolongadas negociaciones, y después de que la alianza franco-estadounidense de 1778 abriera las puertas de las instalaciones carcelarias francesas a los británicos que fueran capturados, parece que un total de unos tres centenares de prisioneros estadounidenses fueron intercambiados. Al fracasar un plan de intercambio general en la primavera de 1780, Franklin orientó sus esfuerzos a ayudar a que los prisioneros estadounidenses escaparan. Una red de simpatizantes locales de la causa y de expatriados norteamericanos, localizada en Portsmouth, Plymouth y Londres, atendía las necesidades básicas de los fugitivos proporcionándoles alojamiento, vestido y dinero. Luego les facilitaban el transporte hasta el continente, donde Franklin había creado una red de agentes en puertos franceses y holandeses.44

La mayor parte de los cautivos, en algún momento dado, pensaba en escapar. Algunos, «excavando para la fuga», hacían túneles bajo las vallas y los muros del perímetro. Otros subían por las

empalizadas, escalaban los muros o escapaban por un retrete. No faltaron los que, fingiéndose muy enfermos, conseguían que los trasladaran desde la prisión de Forton a un hospital cercano con menores medidas de seguridad y entonces probaban suerte allí. Los oficiales que disponían de dinero sobornaban a los guardias (parece que la tarifa habitual era de media guinea); otros se disfrazaban de clérigos o incluso de oficiales británicos. En ninguno de los intentos de fuga registrados los prisioneros fueron violentos, circunstancia que tal vez refleja, por parte de los protagonistas, un cálculo de riesgos y beneficios: dado que los presos eran vigilados por centinelas armados, las fugas violentas habrían resultado en un tratamiento más severo de los que fueran apresados de nuevo y también de los que se quedaban en la prisión. La mayoría de los fugados parece que eran apresados de nuevo, lo que conllevaba riesgos importantes: desde cuarenta días en el agujero negro a media ración, hasta pasar al final de la lista de espera de posibles intercambios de prisioneros. Con todo, cierto número de reclusos se arriesgaron una y otra vez, como el caso de uno que fue capturado quince veces tras fugarse otras tantas de Forton. Los fugitivos que conseguían llegar a la costa se enrolaban en buques mercantes, corsarios o de guerra británicos. Otros cruzaban el canal de la Mancha pagando, o de forma clandestina, o incluso robaban alguna embarcación, a menudo para enrolarse en buques corsarios estadounidenses en Francia.45

Justo después de la Navidad de 1778, Charles Herbert participó en una huida en masa de la prisión de Mill. El propio Herbert volvió a ser apresado al día siguiente y, en el plazo de una semana, 87 de los 109 fugados fueron devueltos a la prisión. Sin embargo, 11 consiguieron llegar hasta el puerto de Devon, donde se enrolaron en el velero armado Dolphin. Al llegar a suficiente distancia de la costa, los fugitivos se apoderaron del Dolphin por la fuerza, les ordenaron a los oficiales que abandonaran el barco y se dirigieran a remo hasta una embarcación inglesa cercana, desde la que pusieron rumbo a Martinica. Por una ironía del destino que subraya el embrollo identitario que creó aquella guerra civil en el seno del Imperio británico, los norteamericanos huidos fueron apresados por las autoridades francesas a su llegada, al confundirlos con ingleses. En cuanto a Herbert, al final se benefició de un intercambio, junto con otros 96 prisioneros, en febrero de 1779. Después de que se le

embarcara con destino a Francia, se incorporó de nuevo al servicio de los Estados Unidos. En agosto de 1780 ya estaba de vuelta en su localidad natal, Newburyport. Él y sus compañeros cautivos solo se habían movido dentro de los márgenes del océano Atlántico: Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y el Caribe. En cambio, otros prisioneros rebeldes ya habían experimentado, entonces, las dimensiones verdaderamente globales del Imperio británico en guerra.46

MÁS ALLÁ

Unos pocos años después de la guerra, los estadounidenses leerían acerca de los infortunios de un joven marinero que, tras ser capturado en 1777, le hicieron dar media vuelta al mundo. John Blatchford, de catorce años y al que se describe de estatura mediana, anchas espaldas, ojos oscuros y pelo negro y ensortijado, se enroló como grumete en la fragata estadounidense Hancock. Su buque fue apresado, solo seis semanas más tarde, por la HMS Rainbow. Desde el momento en que lo llevaron a una instalación carcelaria improvisada en Halifax hasta su regreso final a casa, seis años después, la historia de Blatchford consistió en repetidas fugas y capturas mientras cruzaba los océanos. Primero viajó de Nueva Escocia a Antigua, luego volvió a Nueva Escocia y de allí fue a Inglaterra. Su periplo continuó por Santa Elena, Batavia y Sumatra, después fue a Brasil y otra vez a Santa Elena, una vez más a Inglaterra y de allí, pasando por Antigua, a Nueva York, para volver entonces a Europa y, por fin, regresar a casa, a Massachusetts. Cuando lo llevaron por vez primera a Inglaterra, Blatchford se libró de la prisión que ordenaba el Edicto de North debido a su juventud. Lo enviaron de vuelta a Norteamérica a la espera de un intercambio de prisioneros. Sin embargo, debido a un error, fue embarcado en un barco con destino a las Indias Orientales.

Desde poco después que comenzara la guerra, las autoridades estadounidenses acusaron al gobierno británico de enviar prisioneros a cárceles de la India británica pasando por Gibraltar.

De hecho, parece que existió un plan para solucionar la escasez de reclutas que padecía la Compañía de las Indias Orientales tras la movilización del Ejército británico para la guerra en Norteamérica. Varios mensajes enviados desde Londres a distintas bases de la Compañía de las Indias Orientales ordenaron que una docena de barcos recogiera prisioneros en Gibraltar, hasta un centenar por buque. El plan –un nuevo ejemplo de empleo de prisioneros en trabajos serviles, igual que sucedió con los prisioneros alemanes en Norteamérica– parece que se descartó por razones prácticas, y no está claro cuántos cautivos fueron, de hecho, enviados a la India. Lo que sabemos es que las condiciones que habrían tenido que padecer allí eran, en muchos casos, terribles.47

En el verano de 1780, John Blatchford llegó, junto con otros 80 cautivos norteamericanos rebeldes, a Sumatra. La mayoría fueron entonces alistados en el Ejército de la Compañía de las Indias Orientales por un periodo de cinco años. Para muchos de ellos, aquello equivalía a una sentencia de muerte, debido a un clima que favorecía las enfermedades. Sin embargo, Blatchford y unos pocos más se mostraron deliberadamente rebeldes y los trasladaron a una plantación de pimientos, donde la Compañía se benefició de su trabajo. Mientras otros norteamericanos morían por el calor y la comida deficiente, Blatchford intentó escapar, pero su plan se frustró. El resultado fueron 800 latigazos que dejaron al joven muy debilitado y la ejecución de su compinche, de mayor edad. En un segundo intento de fuga, Blatchford superó grandes peligros caminando varios cientos de kilómetros a través de la isla. Aunque su compañero durante dicho viaje falleció, Blatchford consiguió iniciar el regreso pasando por Batavia, Brasil, Santa Elena (donde formó parte de la guarnición británica) y Antigua. Allí tomó un buque francés que se dirigía a Estados Unidos, pero fue de nuevo capturado por los británicos, en esta ocasión para dar con sus huesos en el Jersey, en Nueva York. Sin embargo, una semana después, fue trasladado, en calidad de marinero francés objeto de un intercambio, a Francia. Después viajó desde el puerto francés de Saint-Malo a Lorient y, por último, pasando por Lisboa, prosiguió su vuelta al hogar hasta llegar a Massachusetts.

Durante su lucha por la supervivencia, Blatchford había navegado y trabajado, de formas diversas, bajo seis banderas distintas:

estadounidense, británica, holandesa, española, portuguesa y francesa. Fue una odisea global que es muy posible que adornara cuando escribió su relato, después de la guerra. Lo que no dejó de poner de relieve, junto a detalles de gran viveza sobre sus repetidas lesiones y encuentros cercanos con tigres, fue el «muy bárbaro tratamiento» que había recibido de los británicos. El prefacio a la edición de 1865 de su narración todavía la presentaba como «un registro del maligno desprecio y salvaje brutalidad por parte de los británicos», a la vez que aseguraba a los lectores su veracidad, y ponía como «prueba» de la misma las cicatrices del autor. Como los captores de Blatchford lo habían alejado tantísimo del ámbito de lo comprobable, su extremada historia les debió parecer a los estadounidenses, cuando menos, plausible. A dicho público no le sorprendía ningún extremo al que Gran Bretaña pudiera llegar para castigar a los rebeldes.48

La acusación más sorprendente y grave que alzaron los estadounidenses contra los británicos fue que estos transportaban a África a cautivos norteamericanos esclavizados. Aunque tal vez sea imposible establecer la veracidad de esta afirmación, las pruebas sugieren que se basaba en algunos hechos ciertos. En 1777, los comisionados estadounidenses en París acusaron repetidamente a Gran Bretaña de enviar «prisioneros de guerra americanos a África […] lejos de toda probabilidad de intercambio y donde no pueden tener ya esperanza de volver a saber nunca más de sus familias, incluso si el clima malsano no pone rápido fin a sus vidas». Era una forma de «tratamiento de los cautivos que no puede justificarse por ningún precedente o costumbre, excepto la de los negros salvajes de Guinea». De hecho, según escribieron en una carta al primer ministro británico que se publicó en la prensa londinense: «Muchos padecen ahora la esclavitud en África […] a donde fueron llevados bajo amenazas de sufrir al punto una muerte ignominiosa; tan en contra de todas las normas de la guerra propias de las naciones civilizadas como de todos los dictados de la humanidad». En 1778, los comisionados habían recibido «información veraz de que muchos de dichos prisioneros, algunos de ellos padres de familia en América, tras ser enviados a África, están ahora en el fuerte de Senegal, condenados, en aquel clima malsano, al trabajo más duro y al tratamiento más inhumano». A menos que estos hombres fueran regresados e intercambiados, «las represalias serán inevitables en

Europa y en América».49

Entonces, en mayo de 1779, el marino estadounidense John Paul Jones alertó a Benjamin Franklin, en París, acerca de 16 estadounidenses que habían solicitado servir a sus órdenes. Según Jones, habían sido apresados por los británicos en Quebec en 1777 y ahora eran parte del grupo de reclusos del que los franceses se habían tenido que hacer cargo al ocupar la plaza británica de Senegal, en enero de 1779. En principio, las condiciones de la rendición obligaban a los franceses a repatriar a todos los prisioneros a Inglaterra. Los solicitantes, que firmaban como «vuestros agradecidos», afirmaban que «algunos» habían sido capturados en Quebec y que había «2 o 3 marinos entre nosotros, y el resto está deseoso de servir lo mejor que puedan». Franklin intervino a favor de los solicitantes, y dijo de ellos entonces que «habían sido enviados como esclavos a África».50

No parece que, en este caso, hubiera una esclavización en el sentido literal, pero sí parece plausible que aquellos 16 hombres capturados por los franceses al apoderarse de Senegal –y que deseaban servir a las órdenes de Jones– fuesen, en efecto, prisioneros norteamericanos que habían acabado realizando trabajos forzados en el fuerte. Los británicos llevaban intentando expandir su colonia en Senegambia desde mediados del siglo, pero sus esfuerzos se habían visto frustrados por terribles enfermedades a las que se achacaba la muerte, como mínimo, de uno de cada dos hombres enviados entre 1755 y 1776. Para contener aquella hemorragia, Jorge III había ordenado, en 1769, que los «convictos recibieran el perdón a condición de servir en África». Esto era parte de una política más amplia de conmutación de las sentencias a cambio de servir en las plazas más mortíferas del Imperio, en lugares que iban desde el Caribe a las Indias Orientales. A un desertor británico de la Guerra de la Revolución estadounidense le fue conmutada la pena de horca por el servicio de por vida en Senegal. Según escribe la historiadora Emma Christopher, estos destinos «se usaban para atemorizar a los soldados desobedientes, renuentes o indisciplinados, y era una sentencia que ningún criminal deseaba cumplir».51

Si, en efecto, Gran Bretaña envió a prisioneros norteamericanos a

servir junto con los peores criminales británicos y con desertores en uno de los lugares más inhóspitos de sus dominios –y el informe de Jones nos sugiere que esta información era algo más que una treta propagandística de Franklin–, el Imperio habría violado, de nuevo, una de las normas más básicas de la guerra entre los países civilizados. Si suponemos que algunos de aquellos 16 hombres habían sido transportados desde Quebec a Senegal, y que es posible que otros lo fueran desde lugares distintos de Norteamérica, cabe afirmar que, tal vez, eran los supervivientes de un grupo inicial más numeroso de trabajadores forzados. El hecho de que nadie supiera a ciencia cierta dónde se les podía haber enviado, de que se les aislara de sus seres queridos, de que se les prohibiera tener correspondencia y cualquier comunicación posible era igual, desde la perspectiva de sus superiores y camaradas, de sus familias y de sus amigos, a que hubieran desaparecido en un agujero negro. ¿Quién podría saber cuántos norteamericanos más habían sido llevados a Senegal, o a destinos igual de peligrosos y letales, sin que nadie más volviera a saber de ellos?

En 1780, Gran Bretaña ya no se limitó a enviar cautivos rebeldes a destinos lejanos del Imperio: la Guerra de la Revolución estadounidense se había convertido en un conflicto de dimensiones globales que se desarrollaba en múltiples continentes y océanos. Esto se debió al dramático giro geopolítico que trajo consigo la alianza firmada por los Estados Unidos con Francia en 1778 y las posteriores entradas en la guerra de Francia, España y las Provincias Unidas (los Países Bajos). Sin embargo, las ramificaciones de la alianza franco-estadounidense iban más allá de un cambio geoestratégico. Al abrazarse la nueva república estadounidense al tradicional archienemigo de Gran Bretaña, también se alteraron las placas tectónicas de la política británico-estadounidense y la dinámica de la guerra. La alianza con Francia, de modos tal vez no previstos por sus arquitectos diplomáticos, sentó las bases de una mayor escalada de la violencia en Norteamérica.

Notas

1. «Miserecors»: publicado por vez primera en Connecticut Journal , 30 de enero de 1777.

2. «Humanitas»: London Gazette , 6 de agosto de 1776. Durante toda la guerra, en público y en privado, los estadounidenses evocaban con frecuencia, para ilustrar la falta de humanidad de sus carceleros imperiales, un imaginario de prisioneros sofocados y ahogados en un aire pútrido, caliente y bochornoso, en especial a bordo de buques prisión anclados frente a la costa. Véase, por ejemplo, HL a John Burnet, 24 de julio de 1778, PHL , vol. XIV, 65-67; J. Bartlett Reminiscences, MS S-27b, MHS.

3. «[…] otros enloquecieron»: John Cooke, que pensaba que Siraj no había deseado una «masacre», en Reports from Committees of the House of Commons, 1715-1801 , vol. 3, First report from the committee appointed to enquire into the nature, state, and condition of the East India Company , 144.

4. Historiadores recientes han señalado que el suceso no se incorporó al mito fundacional de la India británica hasta la época victoriana. En cuanto a las distintas implicaciones del Agujero Negro, véase Teltscher, K., 1996; Colley, L., 2002, 255-256. Chatterjee, P., 2012, defiende que la atención de los primeros relatos del suceso no se centró tanto en la crueldad de los indios como en la desconcertante «caída […] en un desorden irracional» de los europeos (pág. 21). En el periodo de la Revolución estadounidense, una búsqueda en las colecciones de documentos del s. XVIII en internet muestra docenas de referencias en una amplia variedad de textos. Ejemplo de las numerosas referencias que hallamos en periódicos y revistas serían: Freeman’s Magazine (1774), 113; London Review of English and Foreign Literature , diciembre de 1778, 369; Weekly Miscellany , 16 de noviembre de 1778, 154-156; General Evening Post , 3-5 de diciembre de 1771; Public Advertiser , 26 de abril de 1773, 6 de mayo de 1774, 18 de mayo de 1776; London Evening Post , 5-8 de abril de 1777, 10-12 de septiembre de 1778; Morning Post , 1 de octubre de 1777; Morning Chronicle , 5 de junio de 1781; Morning Herald , 4 de abril de 1785. Véase también Pennsylvania Magazine , octubre de 1775, 476-478.

5. «[…] “agujeros negros” que se desplazaban»: Pennsylvania Journal , 18 de enero de 1783. «[…] la mera idea»: Fox, E., 1847, 94.

6. «[…] una fuerte corriente», «sonidos lúgubres», «ruidos continuos» y «pasaba»: Greene, A. G., 1829, 12, 14, 42 y 63. La cita de Van Dyke está tomada de Dandridge, D., 1967, 201. Acerca de Perry: Burrows, E. G., 2008, 55-56. Véase también el teniente Jonathan Gillet(t), citado ibid ., 59: «Sus cuerpos están cascados y acabados», algunos llegan a perder prácticamente la voz o el oído, y resulta «doloroso a la naturaleza humana contemplarlos». Andros, T., 1833, 13.

7. Christopher, E., 2011, 31, 33, 66.

8. Acerca de este párrafo, véase Swain, D. (ed.), 2010, 23-24, 27, 29-35 («De la multitud»: 30); Lloyd, C. L., 2007, 127. Coffin, A., 1865, 120, hace referencia a «esqueletos andantes». La cita de Fox está tomada de Dandridge, D., 1967, 234. Véase también Zeinert, K. (ed.), 1993, 85.

9. Lindsey, W. R., 1973, 17; Burrows, E. G., 2008, 163-164. En agosto de 1781, la Boston Gazette publicó partes de una carta de un prisionero anónimo a bordo del Jersey . Este solo veía dos opciones: la muerte o el alistamiento. Cada día había de 6 a 11 nuevos cadáveres y 200 hombres habían caído enfermos de «fiebre amarilla, viruela». Freneau, P., 1781, 8, 9, 12; Greene, A. G., 1829, 6. Swain, D. (ed.), 2010, 109 (nota 71), fecha el periodo de confinamiento de Dring desde aproximadamente el 19 de mayo al 20 de julio de 1782. Dring contaría más tarde que sus desgracias habían durado cinco meses.

10. Freneau, P., 1781, 13. La anatomía del buque se trata en Swain, D. (ed.), 2010, 8-15, 27-28, 44-45; Burrows, E. G., 2008, 164; Lloyd, C. L., 2007, 124-127; Coffin, A., 1865, 124.

11. Greene, A. G., 1829, 9-10; Burrows, E. G., 2008, 148-152; AO12/42/345-354; Banks, J. L., 1909; Lloyd, C. L., 2007, 130; Andros, T., 1833.

12. WO1/12/537. En cuanto a las relaciones entre la masificación y

las epidemias en la teoría médica dieciochesca, véase Prinzing, F., Westergaard, H., 1916, caps. 4-5.

13. Sobre el contenido de este párrafo y los siguientes, véase Charters, E., 2014b, 42-51 (citas en 43); Fenn, E. A., 2001, 28, 31-32 y passim ; Razzell, P., 1977.

14. Fenn, E. A., 2001, 32 (la cita), y 33-35 (la experiencia de Adams). Swain, D. (ed.), 2010, 25-26; Cox, C., 2004, 228.

15. Greene, A. G., 1829, 47-48, 50-56; Lloyd, C. L., 2007, 134-135; Bowman, L. G., 1976a, 44-45, 48-49; Cox, C., 2004, 227-230. Charleston: Peter Fayssoux a David Ramsay, 26 de marzo de 1785, en Gibbes, R. W. (ed.), 1853-1857, vol. II , 119; Bushnell, C. I., 1863, 13-15. Burrows, E. G., 2008, 56. En torno a Ballerman, véase NARA M246/53/66/145-147, deposición, en Boston, a 19 de diciembre de 1780. Zeinert, K. (ed.), 1993, 86, indica problemas de salud durante toda su vida.

16. «[…] los prisioneros»: Greene, A. G., 1829, 67. Slade: citado en Burrows, E. G., 2008, 56-57. Aunque es algo mucho menos conocido e investigado que el Jersey y los demás buques prisión británicos, los estadounidenses también tuvieron a británicos presos en sus propios buques prisión. Connecticut, Nueva York, Virginia y Massachusetts tuvieron buques prisión por razones de seguridad y de coste, pero también como forma de represalia por el pésimo tratamiento que sufrían los presos estadounidenses en los buques prisión británicos. Las condiciones a bordo de los buques estadounidenses parece que, en general, no fueron tan malas como en los británicos, aunque también hay pruebas de hacinamiento, mala alimentación, enfermedades y guardias corruptos. Véase Dixon, M. W., 1977, 152-157; Burrows, E. G., 2008, 189-190; JCC , vol. XIV, 837; Hughes, T., 1970, 22-23.

17. GW a WH, 13 de enero de 1777; Congreso Continental, 19 de diciembre de 1777. Deposición de George Ballerman, en Boston, el 19 de diciembre de 1780, en NARA M246/53/66/145-147. Sobre el alistamiento forzoso por hambre, véase Connecticut Journal , 30 de enero de 1777.

18. Encontramos relatos de huidas de buques prisión que tuvieron

éxito en Fox, E., 1847, 147; Andros, T., 1833, 14. Sobre Hawkins y Forten, véase Werner, E. E., 2006, 100-103.

19. J. Bartlett Reminiscences, MS S-27b, MHS.

20. Swain, D. (ed.), 2010, 106, nota 68; Lindsey, W. R., 1973, 13. En Burrows, E. G., 2008, 64-65, encontramos información acerca del impacto devastador de tasas de mortalidad tan altas en poblaciones locales, recuerdos compartidos por los vecinos e historias familiares.

21. Reportes periodísticos de 1782 estimaban que entre 4000 y 8000 cautivos habían muerto en las embarcaciones carcelarias de Nueva York. Sin embargo, uno de las noticias de prensa que tuvieron mayor circulación de toda la guerra, publicada el 17 de abril en el Continental Journal , elevaba la cifra de muertos en el «asqueroso y maligno» Jersey a 11 644. Este número, que remitía sus cuentas a un registro que en apariencia había llevado David Sproat, parece que se refería al total de muertos en la bahía de Wallabout. Esta cantidad significaba un ritmo de 7 u 8 muertos diarios durante casi cuatro años, lo que encajaba con los reportes contemporáneos de muertes diarias. Desconocemos el número total de prisioneros que pasaron por los barcos. Si asumimos una tasa de mortalidad del 90 %, el número de reclusos tendría que haber sido de alrededor de 22 000, que parecen demasiados por los datos parciales con que contamos; es posible, pues, que la mortalidad fuera bastante mayor del 50 %. Si suponemos que en las prisiones de la ciudad la tasa de mortalidad fue similar sobre una población reclusa de 9000 a 10 000 hombres, entonces entre 4500 y 7000 prisioneros adicionales habrían muerto allí, y tal vez otro millar en las prisiones improvisadas y en las embarcaciones carcelarias situadas en las colonias sureñas y en otros lugares. Estas estimaciones y los métodos en que se basan se encuentran en Burrows, E. G., 2008, 197-201, 57, 278 (nota 25) y passim . La crítica más escéptica de las estimaciones de Burrows la encontramos en John Fabian Witt, «Ye Olde Gitmo: When Americans Were Unlawful Combatants», disponible en < www.slate.com > (9 de dic. de 2008).

22. «La atmósfera»: cita tomada de Lloyd, C. L., 2007, 140.

23. Un doctor británico del lugar estaba preocupado por la salud de los prisioneros, por la expansión de las enfermedades infecciosas a bordo de los buques prisión y por el riesgo que corrían los soldados británicos que custodiaban a los prisioneros: WO11/659-661; 12/533, 537-548. Herbert, C., 1847 (la cita «casi se asfixiaron» se encuentra en la pág. 18); Cogliano, F. D., 2001, 39, que remite a la Pennsylvania Gazette del 2 de julio de 1777, y carta del vizconde Barrington a GG, 5 de noviembre de 1778 («Arenques»). Encontramos otras experiencias de los primeros prisioneros en el puente de cables de un buque o en una bodega, véase ibid ., 35-36. Hubo otros lugares de confinamiento transitorio como Quebec, Terranova, Rhode Island, Jamaica y Gibraltar, y también algunos puertos en Irlanda, Gales y Escocia. Además del trabajo de Cogliano, otras obras importantes sobre los prisioneros estadounidenses en Gran Bretaña son Cohen, S. S., 1995, y una serie de artículos más antiguos: Anderson, O., 1955; Alexander, J. K., 1967a; Lindsey, W. R., 1973; Prelinger, C. M., 1975; Lemisch, J., 1969; y, por lo que representa como corrección importante, Gilje, P. A., 2000.

24. La cita del teniente Joshua Barney, acerca de su paso de Nueva York a Plymouth, se encuentra en Cogliano, F. D., 2001, 41. Véase también Alexander, J. K., 1967a, 367-368.

25. Las cuestiones de este párrafo y el siguiente se contemplan en Herbert, C., 1847, 17-26, 31-43; Blatchford, J., 1865, 22; Colley, L., 2002, 217-218; Krebs, D., 2013, 121-127; Forton Prison Journal of Thomas McKinney [Diario de Thomas McKinney en la prisión de Forton], Gov. Trumbull Papers, LOC. Es interesante la comparación con la experiencia vivida por Israel Potter al llegar a Inglaterra: Potter, I., 1824, 19-20, y las reacciones de los ingleses ante los norteamericanos, de quienes habían pensado que eran «mucho menos refinados que los antiguos britanos, y con poca más humanidad que los bucaneros» (22).

26. «[…] un Estado independiente»: GW a CC, 11 de mayo de 1776, Am. Arch ., 4.ª serie, vol. VI, 423-425.

27. El estudio crucial acerca del habeas corpus es Halliday, P. D., 2010; en especial las págs. 251-253. Véase también Halliday, P. D., White, G. E., 2008, 644-651. La ley, 17 Geo III, c. 9, se renovó cada

año hasta el 1 de enero de 1783.

28. «[…] escandaloso»: cita de lord Abingdon en Burrows, E. G., 2008, 80. Sobre el debate, véase Parl. Hist ., vol. XIV, 4-53; acerca de Dunning: col. 7; sobre Fox: col. 11.

29. Burke, E., 1977, 4, 8, 15. En cuanto a la prensa norteamericana, véase, por ejemplo, New-England Chronicle , 2 de octubre de 1777; Pennsylvania Packet , 3 de diciembre de 1777; New Jersey Gazette , 21 de enero de 1778.

30. «[…] espíritu de la nación»: Duncan Drummond a HC, 15 de febrero de 1777, Clinton Papers 20/30. «[…] encarcelamiento arbitrario»: Gentleman's Magazine 47 (1778): 457. «[…] acto execrable»: Archibald Cary, en nombre de la Asamblea General de Virginia [Virginia General Assembly] a HL, 12 de enero de 1778, en The correspondence, journals, committee reports, and records of the Continental Congress (1774-1789) , 78, NARA M247. Véase también Virginia Gazette , 27 de noviembre de 1778. Distinción honorable: Halliday, P. D., White, G. E., 2008, 253.

31. Herbert, C., 1847, 28, 31-44, citas en 28 y 43. Véase también Perl-Rosenthal, N., 2015, cap. 2.

32. La Junta de Enfermos y Heridos [Sick and Hurt Board] se había encargado, en la etapa álgida de la Guerra de los Siete Años, de alrededor de 20 000 prisioneros enemigos recluidos en las islas británicas. Prelinger, C. M., 1975, 264; Anderson, O., 1955, 63-67. Sobre los prisioneros de guerra durante la Guerra de los Siete Años, véase Charters, E., 2012. En cuanto a las cifras totales en Forton y en Mill, véase Howard, J., 1792, 185, 187. El Pennsylvania Evening Post informaba ya el 12 de julio de 1777 de la elección de Forton y Mill de acuerdo con el Edicto de North.

33. En estos lugares de menor tamaño y en las prisiones temporales, los cautivos que necesitasen atención médica tenían que conformarse con los servicios del boticario local. Cohen, S. S., 2004, 59, 111; Lloyd, C. L., 2007, 232. ADM3/82/1; ADM98/11/96, 140; Cogliano, F. D., 2001, 88. Los prisioneros marítimos se dividían entre los que se enviaban a Gran Bretaña y los que se mantenían a bordo de buques prisión en las colonias rebeldes, Quebec, Halifax,

San Juan de Terranova y Jamaica, o en régimen de trabajos forzados en minas de carbón en la isla del Cabo Bretón.

34. «[…] lugar horrible» y «salir del infierno»: citas tomadas de Cohen, S. S., 1995, 55. La ración de pan de los prisioneros estadounidenses no se corrigió hasta la primavera de 1782. ADM/M/405, 23 de junio de 1781, 23 de abril de 1782.

35. Cogliano, F. D., 2001, 57-61; ADM97/127/1. Sobre los guardias corruptos: Turner, E. H., 1959, 201; ADM/M/404, 13 de marzo y 19-26 de abril de 1777, NMM. Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 73 (1937), 335; Thompson, G., 1940, 227; Cutter, W. R. (ed.), 1876-1878, vol. 32, 165. Cohen, S. S., 2004, 31; Cohen, S. S., 1995, 65-67 (la cita de Cutler está en la pág. 66). El resultado de una investigación sobre los supuestos abusos es desconocido: ADM/M/404, 29 de agosto y 3 de septiembre de 1777, NMM. Sobre la comida: Herbert, C., 1847, 59-60, 75, 97, 83, 85, 140-141, 143, 165, 210, 212; Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 73, 316, 320; Cutler, S., reverendo (ed.), 1878, 396; «Humanitas» a Admiralty, 29 de agosto de 1777, adjunta a misiva de ADM a CSHS, 3 de septiembre de 1777, ADM/M/404, NMM; Cutter, W. R. (ed.), 1876-1878, vol. 30, 352; Zeinert, K. (ed.), 1993, 73. Durante la segunda mitad de la guerra no parece que hubiera ninguna escasez acuciante de alimentos, al menos no para quienes podían permitirse comprar provisiones extra en las puertas.

36. «En general»: Herbert, C., 1847, 93; véase también 103. «[…] potentes cualidades antisépticas»: ADM97/127/1. Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 74 (1938), 143. ADM/M/404, 12 de julio y 6 de diciembre de 1777, NMM; ADM98/11/118, NMM; Cogliano, F. D., 2001, 65-69. Cuando Andrew Sherburne estuvo enfermo en la prisión de Mill en 1781, fue atendido por un médico: Zeinert, K. (ed.), 1993, 77. Encontramos un intento fallido de inoculación en Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 73, 315. Acerca de las tasas de mortalidad en Mill y en Forton, véase Howard, J., 1792, 22-23, 101-102. Conocemos un caso en el que un estadounidense fue muerto por un guardia. Parece que fue resultado de un altercado personal con un cabo de milicias. Anderson, O., 1955, 73, 75, 83; Cogliano, F. D., 2001, 81, 90-92, 149-150; Lloyd, C. L., 2007, 232-233; CSHS al Almirantazgo, 23 de julio de 1779, 11 de febrero

de 1783, ADM98/12/106-107, 14/301; General Advertiser , 2 de abril de 1779.

37. Herbert, C., 1847, 50, 106, 125; Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 73, 319, 345. Sobre el abogado: ADM98/11/150-151, 30 de diciembre de 1777, 2 de enero de 1778. Cogliano, F. D., 2001, 53, menciona una «pequeña cámara situada bajo el edificio de la prisión».

38. Cogliano, F. D., 1998, 25; Herbert, C., 1847, 119; Coan, M. S., Haskins, J., 1944, 297, 299-300, 307; Cutter, W. R. (ed.), 1876-1878, 165.

39. Véase Herbert, C., 1847, 202, acerca del reclutamiento de más de un centenar de prisioneros en Mill. En Thompson, G., 1940, 225, encontramos hechos similares en la prisión de Forton. Sobre la ambivalencia de las razones para alistarse o no, véase Gilje, P. A., 2000. Carta de comisionados estadounidenses a lord North, 12 de diciembre de 1777, PBF , vol. XXV, 275; impresa también en London Evening Post , 24-27 de enero de 1778. Prelinger, C. M., 1975, 275, 281; «sus cadáveres»: carta de prisioneros de Forton a BF, 7 de febrero de 1780, Franklin Papers, HSP. Sobre cifras de alistamientos, véase Cohen, S. S., 2004, 69; Applegate, H. L., 1961, 319; Anderson, O., 1955, 72. Véase en ADM/M/404-405, NMM, los datos de unos 325 estadounidenses reclutados en Forton y en Mill desde 1778 a 1782, cuya cifra anual varía entre la mínima de 1779 (32) y la máxima de 1781 (156). Cogliano, F. D., 1998, 33. Véase en ADM/M/405, 21 de febrero de 1781, NMM, la concesión de un permiso al capitán Shaw, del Real Regimiento Americano, para reclutar norteamericanos en las prisiones (no podía reclutar a súbditos franceses ni a españoles). Ibid ., 29 de enero de 1782, se encuentra el permiso de liberar prisioneros de Forton a cambio de que sirvieran en la Compañía de las Indias Orientales.

40. Acerca de esta sección, véase «Humanitas» al lord alcalde de Londres, 5 de agosto de 1776, NDAR , vol. VI, 529; Anderson, O., 1955, 368-369; Herbert, C., 1847, 85-89. Petición de dos centenares de prisioneros a la Cámara de los Lores, junio de 1781, ADM/M/405; el Almirantazgo a CSHS, 11 de diciembre de 1777, ADM/M/404; Cutler, S., reverendo (ed.), 1878, 187; Annual Register for 1778 (London, 1779): 78-79; Cohen, S. S., 2004, xi, 22-49 (acerca

de Hodgson), 51-82 (acerca de Wren) y 115 (acerca de Heath); Cogliano, F. D., 2001, 62-63 [donativos]; Gordon, W., 1788, vol. II, 99. Acerca de la suscripción, véase ADM99/49, 12 de enero y 3 y 8 de abril de 1777; Parl. Hist . vol. XXII, 615; «Journal of Samuel Curwen», entrada del 20 de febrero de 1777, en NDAR , vol. VIII, 599. «[…] caballeros en Inglaterra»: General Advertiser , 26 de enero de 1778; también Morning Chronicle , 26 de enero de 1778. Sobre la vertiente local y también otras iniciativas de caridad, véase asimismo ADM/M/404, 11 de diciembre de 1777, NMM; ADM 98/11/146, NMM; Thompson, G., 1940, 234.

41. Respuesta arrogante: SP78/302, reporte de Stormont a lord Weymouth, 3 de abril de 1777. Public Advertiser , 26 de diciembre de 1777. Cohen, S. S., 1995, 84; Sainsbury, J., 1987, 142. La prensa norteamericana patriota agradeció la caridad británica: Boston Gazette , 28 de mayo de 1781; Norwich Packet , 31 de mayo de 1781; Pennsylvania Packet , 23 de junio de 1781; Boston Evening Post , 21 de diciembre de 1782. Una muestra de contribuyentes: Gazetteer and New Daily Advertiser , 12 de enero de 1778. London Courant , 24 de noviembre de 1780. Acerca del precedente que había sentado la caridad británica hacia los prisioneros de guerra franceses durante la Guerra de los Siete Años, véase Charters, E., 2012. Desde el verano de 1779 hasta 1781 o 1782, las sumas recolectadas fueron decreciendo, a la vez que aumentaba la expectativa de que hubiera un intercambio general de prisioneros y se diluía el entusiasmo por la causa. En cuanto a la labor de autoayuda que los presos realizaban en las prisiones inglesas, como por ejemplo Charles Herbert, que fabricaba y vendía huchas, cucharones, sillas y barcos en miniatura para pagarse una modesta cantidad de comida extra, ropa y algunos pequeños lujos, véase Herbert, C., 1847, 29, 45, 47, 112.

42. Esta sección sigue, en lo fundamental, el bien documentado trabajo de Prelinger, C. M., 1975. Acerca de los intercambios, véase también carta de los comisionados a los prisioneros estadounidenses en Gran Bretaña [Commissioners to the American Prisoners in Great Britain], 19 de septiembre de 1778, PJA , vol. VII, 54-55. Véase también Morris, R. B. (ed.), 1980, 82-84; John Porter a BF, 6 de junio de 1777, NDAR , vol. IX, 381; sobre los comisionados: Wickes y Samuel Nicholson a los comisionados estadounidenses, 6 de

septiembre de 1777, PBF , vol. IX, 26.

43. Hartley: BF a Hartley, 14 de octubre de 1777, con post scriptum del 11 de diciembre de 1777 (primera cita), y Hartley a BF, 25 de diciembre de 1777 (segunda cita), PBF , vol. XXV, 64-68 (cita en 66-67), 349-352 (citas en 350). Carta de los comisionados estadounidenses al mayor John Thornton [11 de diciembre de 1777], en Smyth, A. H. (ed.), 1905-1907, vol. VII, 75; BF a sir Grey Cooper, 11 de diciembre de 1777; Guttridge, G. H., 1926. Sobre Thornton: Thornton Memorandum to American Commissioners, Jan. 5-7, 1778 [Memorándum de Thornton a los comisionados americanos, 5-7 de enero de 1778], Arthur Lee Papers, vol. IV, 11, Harvard University Library. General Advertiser , 10 de junio de 1778. La escasez intermitente de ropa se trata también en Alexander, J. K., 1967a, 377. Sobre el reverendo Thomas Wren y otros clérigos, véase Prelinger, C. M., 1975, 270, 288-289. En el verano de 1781, algunos prisioneros informaron de que se les volvían a repartir pagas; para el invierno de 1781-1882 Franklin envió otras 400 libras a Hodgson.

44. Cogliano, F. D., 2001, 122-127; Lloyd, C. L., 2007, 230-231; Cohen, S. S., 2004, 73-75; Abell, F., 1914, 224; Prelinger, C. M., 1975, 282-285. Moses Young's Account of Himself, Osborn c625, Beinecke Library, Yale University.

45. Los registros británicos sugieren que, entre junio de 1777 y el 1 de abril de 1782, 536 hombres escaparon de Forton, y que 102 escaparon de junio de 1777 a marzo de 1779 de la prisión de Mill, cuya seguridad era mucho mayor. Los documentos oficiales reflejan una constante preocupación por la seguridad y por las fugas, ADM/M/404-406, NMM. Véase, por ejemplo, ADM/M/404, 25 de junio y 10 de julio de 1777; 26 de febrero, 1 de agosto, 11, 29 y 30 de septiembre y 3 de noviembre de 1778; 5, 12, 22 y 28 de enero, 1 y 10 de febrero de 1779. ADM/M/405, 16 de febrero de 1782. Acerca de la naturaleza no igualitaria de las fugas, véase Gilje, P. A., 2000, 177-178. En relación con este párrafo, véase también ADM/M/404, NMM; ADM1/5117/11; ADM98/11-14; Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938, vol. 73, 338, 343; Foot, C., 1889, 11 (entrada del 21 de agosto de 1780); Cogliano, F. D., 2001, 103. Herbert, C., 1847, 128, 215-216; la cita está en 136. London Evening Post , 9-12 de agosto

de 1777; London Evening Post , 11 de diciembre de 1777, 25 de julio de 1778; General Evening Post , 1-3 de enero de 1778; St James's Chronicle , 1 de agosto y 8 de septiembre de 1778; General Advertiser , 22 de diciembre de 1778; Morning Post , 12 de noviembre de 1779. Massachusetts Spy , 7 de enero de 1779; Morning Herald , 2 de julio de 1781; Boston Evening Post , 3 de noviembre de 1781, 13 de abril de 1782; Pennsylvania Packet , 24 de noviembre de 1778, 8 de noviembre de 1781; Providence Gazette , 18 de abril de 1778.

46. Herbert, C., 1847, 203-210, 227-242. Episodio del Dolphin : Cogliano, F. D., 2001, 105-106 con la nota 53.

47. Carta de los comisionados estadounidenses a lord North, 12 de diciembre de 1777, en London Evening Post , 24-27 de enero de 1778; Arthur Lee al Comité de Correspondencia Secreta [Committee of Secret Correspondence], Nantes, 14 de febrero de 1777, RDC , vol. I, 400-401; Dandridge, D., 1967, 82-83. BL, IOR/E/4/623/148, 148; IOR/E/44/867/76-78, 349. JCC , vol. XI, 477. Black, J., 2006, 229, contempla la propuesta de Jorge III de enviar prisioneros norteamericanos a la India británica.

48. Blatchford, J., 1865, iv («muy bárbaro tratamiento»), v (descripción física y «como prueba»), 46 sobre la credibilidad y passim .

49. Carta de los comisionados estadounidenses a lord Stormont, 2 de abril de 1777, TNA, SP 78/302/13. Los comisionados a lord North, 12 de diciembre de 1777, PBF , vol. XXV, 275; también en London Evening Post , 24-27 de enero de 1778. Carta propuesta a lord North, junio de 1778, PBF , vol. VII, 165.

50. John Paul Jones a BF, 2 de mayo de 1779, con documento adjunto de «Well Wis[h]ers» [«Bienintencionados»], Papers of Benjamin Franklin, American Philosophical Society (Box XIV: 79). BF a Sartine, 8 de mayo de 1779, en RDC , vol. III, 158. También, en mayo de 1779, Franklin incluyó una escena en la que se veían «americanos recluidos en buques con cadenas para que los llevaran a las Indias Orientales y Senegal, donde morían por la miseria y la insalubridad del clima» en una lista de 26 estampas que remitía para la confección de un libro escolar estadounidense que debía

describir con detalle las atrocidades cometidas por los británicos: «Franklin and Lafayette's List of Prints Illustrating British Cruelties», PBF , vol. XXIV, 590-593. Esa primavera, Franklin y Jones habían intercambiado cartas acerca de las obligaciones humanitarias de los Estados Unidos para con los prisioneros: por ejemplo, DLAR 295/580; véanse en ibid ., 801, 836, 840, las preocupaciones humanitarias de Jones.

51. Christopher, E., 1011, 89-92, las citas están en 89 (Jorge III) y en 92 («se usaban para atemorizar»). En torno al papel de Senegambia en el comercio de esclavos y de caucho, véase Inikori, J. E., 2011.

Carta del teatro de la guerra actual en América (París, 1779), de Louis Denis.

Capítulo 8

¡Hacedlos rebanadas!

El 20 de febrero de 1778, el gobierno británico despachó al buque de guerra HMS Andromeda con copias de borradores de edictos conciliatorios del primer ministro lord North. Esta nueva legislación, recién salida de imprenta y todavía no aprobada por el Parlamento, prometía acabar con los impuestos británicos sobre las colonias de Norteamérica; concedía prioridad a los norteamericanos a la hora de ocupar cargos públicos en las colonias; e incluso abría la posibilidad de que hubiera una representación de las colonias en el Parlamento. Desde que un furioso Jorge III y su gobierno se enteraron (a través de su espía en la embajada estadounidense en París) de la todavía secreta alianza franco-estadounidense, el primer ministro lord North había redoblado sus esfuerzos para idear una contraoferta legislativa creíble. Sin embargo, los periódicos londinenses ya apuntaban a las implicaciones más profundas, políticas y económicas, de la nueva alianza: «¿Son rebeldes y traidores nuestros hermanos y consúbditos?», se preguntaba el Morning Chronicle. «¿No son ahora extranjeros y enemigos […] unidos a los franceses y los papistas?».1

El Andromeda trató de llegar antes que la fragata francesa Sensible, en la que iba Simon Deane –hermano de Silas Deane, colega diplomático de Benjamin Franklin– junto con copias del tratado franco-estadounidense firmado el mismo mes. La Sensible llegó antes, el 13 de abril, pero como había tenido que desviarse de la derrota más directa para evitar a los buques de guerra británicos, arribó muy al norte, a Falmouth, ciudad en el actual estado de Maine que la Marina Real había bombardeado al inicio de la guerra.

Deane viajó entonces, por tierra, a York, una pequeña población de mayoría germanohablante situada a cuatro jornadas de Filadelfia, donde el Congreso estaba reunido puesto que los británicos seguían ocupando la capital. El 14 de abril, el Andromeda llegó a Nueva York. Allí, el gobernador sir William Tryon –pues ese era aún su cargo a ojos del Imperio– publicó de inmediato los edictos conciliatorios e hizo llegar copias a las autoridades estadounidenses.

Solo ocho días después de que el Andromeda atracara en Nueva York, el Congreso rechazó por unanimidad las propuestas conciliatorias de Gran Bretaña. La mayoría de los delegados las interpretaron como una treta para manipular las emociones de los norteamericanos y sembrar la división entre ellos. El sine qua non de cualquier negociación, según el Congreso volvía a recalcar, continuaba siendo que Gran Bretaña reconociera la independencia de los Estados Unidos o que retirara todas sus fuerzas armadas sin condiciones. Era una apuesta audaz, en especial si tenemos en cuenta el estado en que se encontraba el ejército de Washington después del duro invierno vivido en Valley Forge, donde cientos de hombres habían muerto debido a las enfermedades, la malnutrición y el frío. Además, los británicos aún ocupaban la ciudad más grande de las colonias. Nadie sabía en Norteamérica que, a mediados de marzo, el embajador francés había informado al gobierno británico de que Francia había reconocido oficialmente a los Estados Unidos y que, poco después, Gran Bretaña había declarado la guerra a Francia. Aunque los miembros del Congreso se mantuvieron unidos de cara al exterior, algunos de ellos debatieron en privado la posibilidad de buscar la reconciliación con Gran Bretaña.2

Entonces, el 2 de mayo, justo en un momento en que el Congreso había suspendido sus sesiones por ser fin de semana, Simeon Deane llegó a Nueva York, «expreso desde Francia», para presentarle al presidente del Congreso, Henry Laurens, de Carolina del Sur, copias firmadas de los tratados de febrero. Laurens convocó de inmediato al Congreso para analizarlos durante todo el fin de semana; el lunes 4 de mayo los tratados fueron ratificados por unanimidad. En Valley Forge, el general Washington ordenó festejarlo con fuegos artificiales y trece salvas de cañón, al tiempo que 12 000 soldados republicanos gritaban: «¡Larga vida al rey de Francia!». Cada soldado recibió la cuarta parte de una pinta de ron. El martes, el

Congreso envió a Francia, en 6 buques distintos, 6 copias separadas de los tratados firmados. La intención era asegurar que al menos una de las copias llegara a su destino. Al día siguiente el Congreso, al anunciar la alianza a las gentes de los Estados Unidos, les pidió que «trataran a los súbditos de Francia como a los de un magnánimo y generoso aliado» en aquella guerra que libraban «con un enemigo poderoso y cruel». Los franceses eran ahora, por sorprendente que pareciera, «sus hermanos», término que antes se reservaba a los consúbditos británicos de los norteamericanos.3

1. General Washington. 2. General Gates.
3. Dr. Franklin. 4. Presid Laurens. 5. Paul Jones.

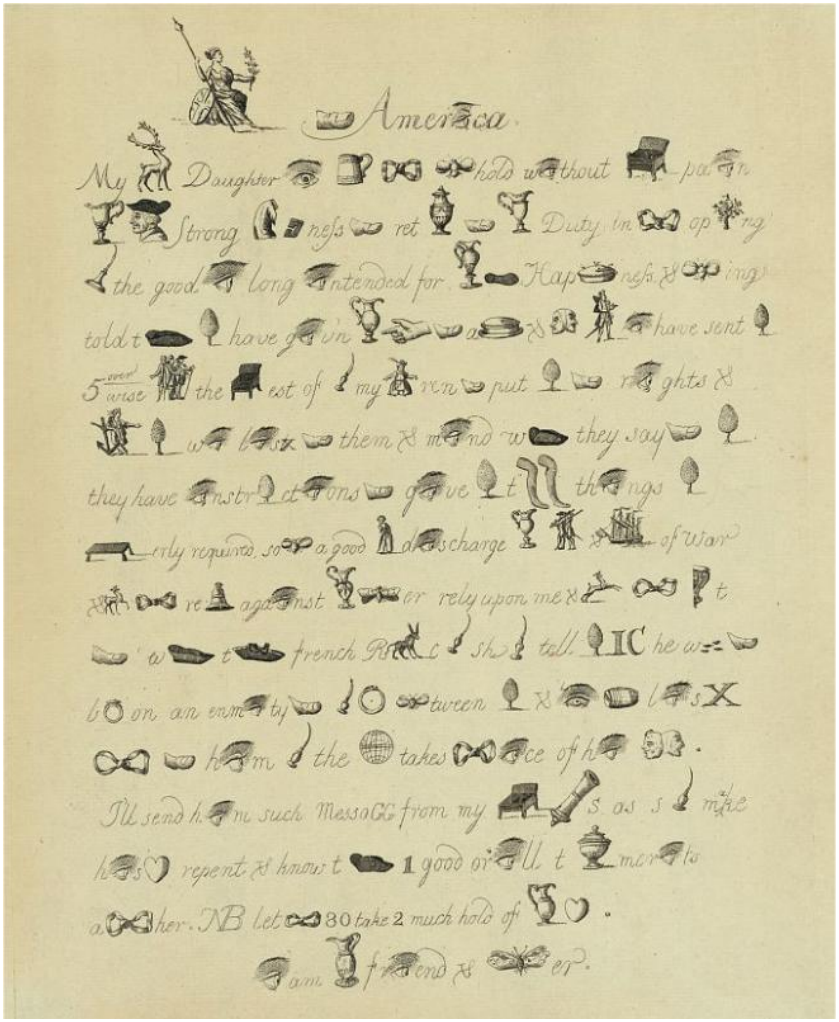
1. General Washington. 2. General Gates. 3. Dr. Franklin. 4. Präsid Laurens. 5. Paul Jones. Grabado (1784) de Daniel Berger.

El Congreso, tras dicho anuncio, publicó un mucho más elaborado y emotivo «Discurso al pueblo de los Estados Unidos» que debían leer los clérigos de todas las iglesias, después de los servicios religiosos, en las parroquias de los trece estados. Igual que en otros muchos momentos críticos desde la firma de la Declaración de Independencia, el Congreso volvió a dirigir la atención de los norteamericanos hacia la crueldad sistemática de Gran Bretaña: «El paso de sus ejércitos deja una marca de rapiña y devastación, [y] el incendio gratuito de poblaciones indefensas. Sus victorias han ido seguidas del asesinato a sangre fría de hombres que ya no podían poner resistencia». El Congreso pedía un compromiso firme con la causa de los Estados Unidos, mantenía a perpetuidad la búsqueda de la libertad y la independencia, y avisaba de que cualquier acuerdo negociado con Gran Bretaña acabaría por llevarlos a «la más humillante esclavitud». Asegurada la alianza francesa –una armada de dicha nacionalidad zarparía pronto hacia Nueva York–, el Congreso llamaba a que los norteamericanos retomaran las armas: «¡Alzaos, pues! ¡A vuestras tiendas de campaña, y aprestaos para la batalla! Es hora de alterar el curso del precipitado río de la venganza hacia la cabeza del aniquilador».4

El 4 de junio, cuarenta cumpleaños de Jorge III, un mes después de que el Congreso hubiera ratificado la alianza con Francia, llegó por fin a Norteamérica una comisión de paz británica con las propuestas oficiales del Parlamento. Laurens no prestó atención alguna al didáctico lacrado que cerraba el paquete de las actas oficiales británicas: una madre que abrazaba a su hija que volvía a ella. Respondió, lacónico, que los Estados Unidos solo entablarían negociaciones en caso de que el rey ofreciera, de forma sincera, condiciones adecuadas al «honor de las naciones independientes».5

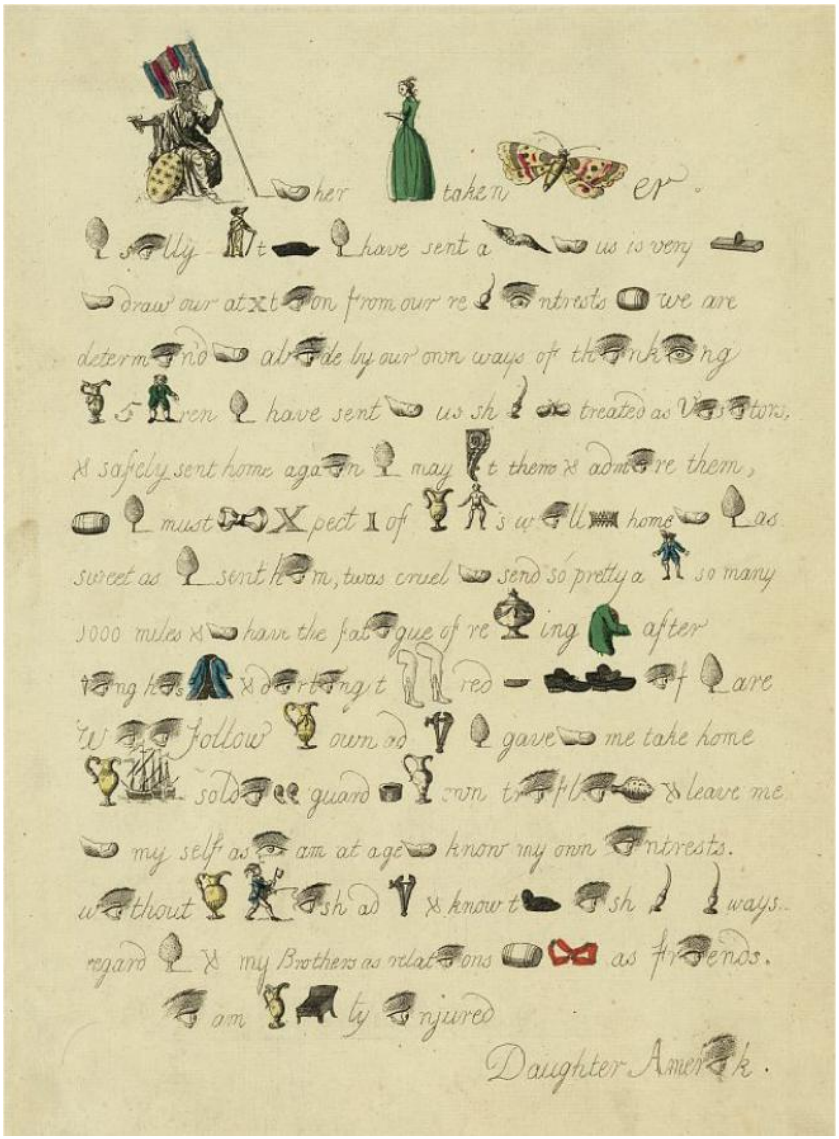
Los comisionados no se arredraron. Conservaban la fe en que fuera posible persuadir a los líderes norteamericanos de la generosidad de su oferta. Albergaban muchas esperanzas en las concesiones adicionales que el rey les había autorizado a ofrecer en persona: Gran Bretaña dejaría de tener fuerzas militares permanentes en

Norteamérica, siempre que las colonias se encargaran de mantener una fuerza de autodefensa propia. Y no se enviaría a ningún norteamericano a Gran Bretaña acusado de traición. Sin embargo, el Congreso no se movió de su posición. Los enviados británicos no consiguieron celebrar ni una sola reunión con las autoridades estadounidenses.6



Britania a América. Grabado (Londres, mayo de 1778). La sátira

política en forma de jeroglífico era un género popular en el siglo XVIII. Esta carta y la siguiente se refieren a la alianza de Estados Unidos con Francia y la comisión de paz británica. Texto de la carta: «Britania a América. Mi querida hija, no puedo considerar sin gran dolor tu cabezota renuencia a volver a tus tareas y a dejar de oponerte a todo el bien que desde hace mucho busco nada más que para que seas feliz, y, como me dicen que le has concedido la mano a un villano y falso francés, te he enviado allá cinco hombres sabios, los más grandes de mis hijos, a que te remedien, y espero que los escuches y hagas caso de lo que te digan. Tienen instrucciones de darte las cosas que antes has pedido. Así que sé una buena chica, licencia a tus soldados y buques de guerra y no te rebeles contra tu madre. Confía en mí y no te fíes de lo que ese rufián francés te diga […] N. B. No dejes que el odio se apodere de tu corazón. Tu amiga y tu madre».



América a su errada madre. Grabado (Londres, mayo de 1778). Texto de la carta: «América a su errada madre. Vieja tonta, tenemos muy claro que nos has enviado una paloma para apartar nuestra atención de nuestros auténticos intereses, pero estamos decididos a regirnos según nuestra propia forma de pensar. Los cinco hijos que nos has enviado serán tratados como visitas y volverán salvos a casa. […] Si eres lista,

sigue el propio consejo que me has dado. Llévate a casa tus barcos [y] soldados. Guárdate tus frivolidades y déjame en paz, puesto que ya tengo edad para conocer mis intereses sin tu estúpido consejo, y advierte que siempre te tendré a ti y a mis hermanos por parientes, pero no por amigos. Tu muy herida Hija Amerik».

Nadie lo podía saber todavía en Norteamérica, pero Gran Bretaña y Francia ya habían comenzado a librar batallas navales ante la costa británica. El conflicto iniciado en Norteamérica se había expandido para convertirse en una guerra mundial. Los británicos tendrían que simultanear la necesidad de mantener a salvo la metrópoli ante una invasión enemiga con atacar los intereses franceses en el Caribe y proteger los enclaves británicos desde el Mediterráneo hasta África Occidental y la India. Había señales de que España podría también entrar en la guerra. El virginiano Henry Lee predijo confiado (y errado) lo siguiente: «Gran Bretaña debe elegir ahora entre la locura o la insignificancia. No podrá combatir con la casa de Borbón y con Norteamérica a la vez». Es cierto que, por breve tiempo, el rey y el primer ministro habían sopesado sacar todas las tropas de Norteamérica, pero esta drástica opción fue descartada: los líderes británicos se sentían aún obligados a proteger a los lealistas y también pensaban que todavía se podía ganar la guerra. El Imperio optó por redistribuir sus fuerzas entre Norteamérica, los otros teatros de operaciones de ultramar y el propio territorio patrio. Durante dicho proceso, Gran Bretaña «americanizó»* la guerra de Norteamérica concediendo mayor peso a las fuerzas lealistas, en especial en el Sur. Ante la gravedad de la situación, era necesario que los emisarios de Gran Bretaña en Norteamérica, distanciados de Londres por muchas semanas de trayecto postal, tomaran la iniciativa, aunque ello significase operar sin instrucciones formales llegadas de la capital.7

Después de malgastar un verano en intentos fútiles de influir en delegados individuales del Congreso, los comisionados, movidos por «una indignada reacción ante los insultos que han recibido», adoptaron una posición más beligerante. Ahora ya no apelarían a los congresistas, sino directamente a las asambleas de los estados y al pueblo. A comienzos de octubre, los comisionados, entre los que

entonces se encontraba el sucesor de Howe en el puesto de comandante en jefe, el general sir Henry Clinton, publicaron un «Manifiesto y proclamación» dirigido a todos los norteamericanos. Según ellos, el Congreso, envalentonado por la victoria de Saratoga y la alianza antinatural con una potencia católica, había rechazado al generoso Imperio británico. Norteamérica disponía aún de una última oportunidad. A todos los norteamericanos deseosos de regresar a la autoridad imperial se les concedería la amnistía. Los comisionados, apelando a valores e intereses comunes británico-norteamericanos y volviendo a plantear por el bien de «nuestros consúbditos las bendiciones que tenemos el poder de ofrecerles», prometían a los colonos todo lo que estos antes habían pedido, excepto la independencia. Hasta el momento, decían, la benevolencia británica en aquel conflicto entre hermanos consúbditos había impedido la aplicación de medidas extremas. Sin embargo, después de la zanahoria mostraron la proverbial porra. En caso de que los norteamericanos no aceptaran este generoso gesto imperial, «toda la disputa cambiará». Si Norteamérica persistía en un rumbo «no solo de extrañarse de nosotros, sino de hipotecarse a sí misma y sus recursos con nuestros enemigos», los comisionados amenazaron: «la pregunta es hasta qué extremos puede llegar Gran Bretaña, con todos los medios a su alcance, para destruir o inutilizar una alianza tramada para su ruina».8

Los oficiales británicos sobre el terreno no eran todos partidarios de la guerra sin límites que esta proclamación parecía implicar. En cualquier caso, aunque algunos juzgaban la violencia ilimitada contraproducente, otros se mostraron encantados ante la perspectiva de un endurecimiento de la contrainsurgencia, dirección en la que iban, por ejemplo, las incursiones recién conducidas por el mayor general Charles Grey. Las tropas de este habían ocupado y quemado la mayor parte de New Bedford y Fairhaven, en Massachusetts, y luego se habían dirigido a Martha's Vineyard, donde se apoderaron de 10 000 ovejas y 300 bueyes, lo suficiente para abastecer de carne durante dos semanas a toda la guarnición de Nueva York. Grey puso, entonces, la mira en Nueva Jersey. Las noticias de los terribles hechos que allí tuvieron lugar llegaron a la opinión pública estadounidense a la vez que el manifiesto de los comisionados británicos.

GREY SIN PEDERNAL

A la una de la mañana del 28 de septiembre de 1778, cerca de la actual River Vale, en Nueva Jersey, el general Charles Grey ordenó a su fuerza de varios centenares de casacas rojas ponerse en marcha. El 2.º Batallón de Infantería Ligera, el 2.º Regimiento de Granaderos, los regimientos 33.º y 64.º y varias docenas de dragones debían aproximarse a su objetivo –una unidad de caballería ligera de élite del Ejército Continental– alrededor de las tres de la mañana, el momento ideal para un ataque sorpresa. Los centinelas enemigos estarían, entonces, haciendo esfuerzos por no dormirse, y el resto de los soldados tardaría en aprestarse. Sería muy fácil ponerlos en fuga.9

El general Grey aprovechaba una oportunidad que rara vez se presenta. Sus fuerzas eran parte de un contingente mucho mayor que tenía como misión obtener provisiones, vigilar los movimientos enemigos y apoyar una maniobra contra Little Egg Harbor (Nueva Jersey). El día anterior, Grey había sabido que una unidad del Ejército Continental del general Washington estaba en las cercanías, con la intención muy probable de interceptar a su fuerza. Ahora los continentales habían acampado para pasar la noche cerca de un puente que cruzaba el río Hackensack, aproximadamente a 2,5 km al sudoeste de Old Tappan. Grey, como buen oficial curtido en campaña, advirtió que, mediante una operación nocturna rápida, podía eliminar una fuerza de combate estadounidense seleccionada. Y lo haría a su manera, igual que en ocasiones anteriores, y con una eficiencia devastadora.

Grey era muy consciente del enconado debate que tenía lugar entre los líderes políticos y en la opinión pública en Gran Bretaña acerca de cuándo seguir o no las reglas convencionales de la guerra. Incluso los propios oficiales británicos destinados en Norteamérica habían debatido con vehemencia, entre sí, en torno a cómo debía Gran Bretaña librar aquella guerra con sus consúbditos norteamericanos. Grey era uno de los que se habían ganado las

espuelas en operaciones de contrainsurgencia treinta años antes, durante la matanza de los escoceses de las Tierras Altas. ¿Por qué había de tratar a aquellos «malditos rebeldes americanos» –denominación que él y sus camaradas oficiales solían emplear– de otro modo?

Grey había aprendido, por experiencias previas, que los ataques nocturnos eran arriesgados. La mejor opción era, tal vez, acometerlos a la bayoneta para mantener el silencio y preservar el elemento sorpresa. La lucha a la bayoneta también reducía el riesgo de sufrir bajas por fuego amigo en una situación de mala visibilidad, en la que el conocimiento que las tropas tenían de lo que sucedía a unos metros de distancia era prácticamente nulo. Durante la preparación de sus soldados para la batalla nocturna, Grey tenía dos opciones: prohibirles cebar los mosquetes u ordenarles que los cebaran, cerraran las cazoletas y quitasen los pedernales. Si luego no había más remedio que disparar, cada soldado debía antes, en el primer caso, cebar su mosquete, y en el segundo, recolocar su pedernal. Sin embargo, aquella noche Grey optó por no dejar ningún cabo suelto: ordenó que no se cebaran los mosquetes y que se quitaran los pedernales.

Que los hombres de Grey estuvieran dispuestos a seguirlo en una operación nocturna armados solo con sus bayonetas prueba su reputación como jefe. También puede que refleje la pericia de sus tropas en el arte de ese tipo de ataques sorpresa. Algunos habían perfeccionado sus habilidades durante un choque muy controvertido el año anterior, en el que habían arrasado un gran campamento del Ejército Continental e infligido bajas muy graves al conmocionado enemigo. La batalla de Paoli, en Pensilvania, había resultado en una proporción de muertos frente a heridos mucho mayor de lo habitual en el teatro de operaciones septentrional por entonces. Sin embargo, no parece que los hombres de Grey recibieran en aquel momento instrucciones de no dar cuartel al enemigo. Con todo, una investigación del Congreso descubrió, más tarde, que era muy posible que los soldados estadounidenses hubieran sido atacados, luego heridos y después muertos incluso tras haber dejado de ofrecer resistencia. ¿Cómo podía explicarse, si no, el hecho de que algunos de ellos sufrieran una docena o más de heridas? ¿O que algunos estadounidenses hubieran preferido, en

apariencia, arder hasta la muerte en el interior de sus habitáculos –unas estructuras construidas con ramas, hojas, tallos de maíz, paja y postes de vallas– después de que los británicos les prendieran fuego? Algunos comentaristas de la época y algunos historiadores actuales argüirían que las normas de la guerra para dar cuartel no se aplicaban en los ataques nocturnos. Había pasado un año desde Paoli, pero la mera mención de aquella noche todavía aterrorizaba a los soldados patriotas.10

Gracias al ataque de Paoli, Grey había recibido el apodo de «Grey sin Pedernal», y ese era justamente quien ahora se dirigía a la batalla. Los casacas rojas de Grey usaban bayonetas de cubo. Esta arma había sido inventada por el célebre ingeniero militar francés Vauban a finales del siglo XVII. Se unía al mosquete mediante un cilindro que se colocaba alrededor del cañón. Su hoja puntiaguda triangular tenía un lado plano que miraba hacia la boca del mosquete y dos lados exteriores acanalados de casi 40 cm de largo. Movida por toda la fuerza del cuerpo del soldado que la blandía, la bayoneta podía causar un daño terrible en los tejidos, las arterias y los huesos. Su manejo entrañaba una dificultad: cuánto más cerca tenía el soldado al enemigo, más difícil le resultaba, por razones psicológicas, matarlo. Los militares británicos ponían mucho empeño en enseñar a sus soldados cómo superar esa resistencia. Les explicaban a los nuevos reclutas que, «en manos de hombres capaces de mantener la cabeza fría y la clemencia en medio de escenas de confusión y horror», la bayoneta es, con gran diferencia, «más segura para los que la usan, así como más destructiva contra los que se usa, que la pólvora y la bala».11

Dicha afirmación tal vez fuera cierta, pero, de todas formas, conseguir que un hombre clavara su bayoneta en el cuerpo de un enemigo a corta distancia no dejaba de ser complicado. Era necesario, pues, canalizar la agresividad de los soldados en el entrenamiento con la bayoneta, igual que se sigue haciendo en la actualidad. Tal vez esto les resultó más fácil debido a que, desde Lexington y Concord, los métodos de combate de los rebeldes se pintaban como una ofensa para cualquier soldado profesional al servicio de su majestad británica. Disparar desde emplazamientos ocultos, pedir cuartel de modo fingido y matar a centinelas, piquetes, mensajeros o incluso a oficiales mediante francotiradores,

eran todas ellas tácticas más propias de salvajes de la frontera que de soldados de naciones civilizadas. Un espía británico describió a las tropas de Washington no en la forma en que a ellas les gustaba verse, como «un cuerpo respetable de milicia que lucha pro aris et focis**; sino como una despreciable banda de vagabundos, desertores y ladrones».12

Grey también era muy consciente de una ventaja psicológica: los soldados estadounidenses tenían un miedo cerval a los ataques a la bayoneta. Esto parece que se debía, en parte, a que estaban mucho menos acostumbrados a combatir con estas armas que los soldados de los ejércitos europeos de la época. La bayoneta, que encarnaba la profesionalidad marcial británica, inspiraba terror en los soldados continentales igual que el tomahawk y el cuchillo de cortar cabelleras lo inspiraban en muchos casacas rojas.13

En primer lugar, Grey y sus hombres debieron aproximarse hasta la distancia adecuada. Como era habitual en este tipo de misiones, el general fue meticuloso en sus preparativos. Había calculado la duración de la marcha para que la hora más oscura de la noche maximizara el efecto sorpresa. Durante las últimas dos horas, mientras se acercaban al enemigo, la operación transcurriría en silencio. Sus soldados tuvieron que moverse, sin despertar la atención del enemigo, por un terreno que les resultaba en su mayor parte desconocido. Esto les obligó a depender de informantes y guías locales. Por suerte, había importantes núcleos de lealistas en la región, poseídos por un profundo resentimiento. Durante varios años habían sufrido la persecución, la expropiación y las peores situaciones en manos de sus vecinos patriotas. Querían venganza y, aquella noche, esperaban conseguirla. Una docena de lealistas, como mínimo, ayudaron a la columna de Grey. Eran hombres como Wiert C. Banta, un carpintero casi analfabeto que mediaba ya su cuarta década, al que sus vecinos revolucionarios de Hackensack habían tachado de «tory peligroso» al comienzo de la guerra. Por dicho supuesto delito había sufrido diez meses de reclusión en una cárcel de Albany. Tras escapar de allí, no tardó en ofrecer sus servicios como espía y guía a las fuerzas lealistas y británicas. De hecho, fue su grupo lealista el que garantizó que las tropas de Grey hallaran un paso seguro y rápido en el que no era probable que las descubrieran.14

A las tres de la madrugada, Grey estaba ya a algo más de un kilómetro de Old Tappan. La información con que contaba sugería que los oficiales estadounidenses estaban acuartelados en dos o tres casas a lo largo de la carretera de Riverdale. Parecía también que 6 pelotones de dragones dormían en media docena de graneros cercanos. Grey destacó varias compañías de infantería ligera para que rodearan al enemigo. Los guías lealistas llevaron a las seis compañías del mayor Turner Staubenzie por senderos y caminos estrechos, hasta la retaguardia de las posiciones enemigas, por el oeste. Seis compañías adicionales, a las órdenes del mayor John Maitland, completaron el cerco; sus órdenes eran impedir que los guardias o patrullas con los que pudieran toparse avisaran al campamento y aislar a la fuerza enemiga de cualquier otro contingente rebelde de la región que pudiera intentar socorrerla.

Los soldados estadounidenses encargados de vigilar un puente cercano al improvisado cuartel general de sus jefes, ateridos bajo sus casacas, no dejaban de quejarse a sus superiores del intenso frío que los atenazaba. En aquella noche sin luna, con la mente puesta en sus penurias, no vieron llegar a los atacantes. El propio Grey encabezó un pequeño grupo de soldados que se dirigió a la casa donde dormían los mandos superiores rebeldes. De forma metódica, y casi sin hacer ruido, despacharon a varios guardias con las bayonetas.

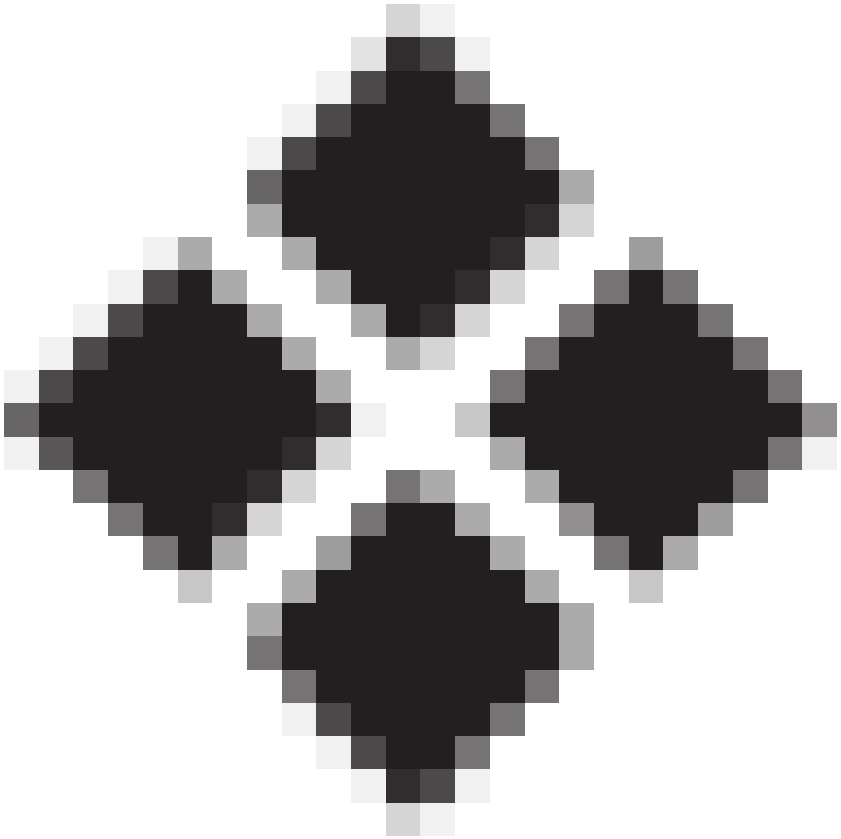
Grey tenía que asegurarse de que los oficiales estadounidenses no pudieran comunicarse con los soldados que dormían en los graneros. A su señal, los hombres de Staubenzie atacaron el cuartel general instalado en la casa de Cornelius Haring. En el interior, el coronel George Baylor y el mayor de su regimiento, el agente de espionaje militar y mayor Alexander Clough, escucharon unos ruidos, comprendieron, entonces, que algo iba mal y tuvieron unos pocos segundos para reaccionar. Al no disponer de una ruta de escape, intentaron esconderse subiendo por la gran chimenea holandesa de la casa. Baylor, presagiando lo peor, sin duda se preguntó por qué los guardias no habían dado la alarma.

Los casacas rojas entraron en la casa. Parece que los continentales desconocían que, justo un año antes, los patriotas del lugar habían arrestado a Haring por desafecto a la causa. Tal vez los dueños

dejaron entrar, en esta ocasión, a los hombres de Grey, o tal vez estos forzaran la entrada. Al registrar la propiedad, no tardaron en descubrir a los dos oficiales estadounidenses escondidos en la chimenea. Pinchando hacia arriba con sus bayonetas ferozmente hirieron al mayor Clough, que había subido después de su coronel. Baylor intentó aguantar, pero era una presa fácil. Tres fuertes puñaladas en el muslo y la ingle lo hicieron caer. Alguien le dio un tajo en las manos con una espada. Tendido en el suelo retorcido por el dolor, pudo ver a su ayudante, el alférez Robert Morrow, en una esquina, con siete heridas punzantes en el cuerpo y también «malamente magullado en la cabeza», lo que explicaba el siniestro ruido de culatazos de mosquete contra un cráneo que Baylor había oído unos momentos antes. Clough ya estaba herido de muerte.

Lo supieran o no, los hombres de Grey habían cazado una presa considerable. Baylor, vástago de veintiséis años de una prominente familia de Virginia, era un protegido de George Washington. Había sido el primer edecán del general. Tras distinguirse en la batalla de Trenton, en enero de 1777, y llevar los estandartes hessianos capturados al Congreso, Baylor se había convertido en el comandante de un nuevo regimiento reclutado y pagado por Virginia, el orgulloso 3.º de Dragones Ligeros Continentales. Dicho regimiento corría ahora grave peligro.

En otra casa cercana, uno de los oficiales acorralados exigió saber qué cuerpo militar los había atacado. Al saber que era la infantería ligera británica, profirió desesperado: «Entonces nos matarán a todos». Las órdenes de Grey se mantenían. Los jefes enemigos habían quedado incapacitados y toda comunicación con sus tropas cortada. Había llegado el momento de ir a por las tropas rebeldes de los graneros.15



Los 104 soldados que dormían en los graneros eran las tropas montadas del regimiento de Baylor, también conocidos como la caballería de lady Washington. La mayoría eran virginianos, algunos, hijos de las mejores familias de la colonia; todos tenían entre dieciocho y veintiséis años. Estaban orgullosos de servir a las órdenes del favorito de Washington. Poco antes, el general había incluso agregado parte de su guardia personal de élite al regimiento, con su propio sobrino el capitán George Lewis como teniente al mando. Sus tareas habituales habían consistido en misiones de reconocimiento, en la persecución de tropas enemigas dispersas después de las batallas y en emprender alguna incursión. Durante los cuatro últimos días, se les había encomendado ayudar a la milicia del condado de Bergen a poner el ganado de los rebaños locales fuera del alcance de los piquetes británicos que se sabía que

habían llegado a la región.

Igual que todas las noches, los soldados habían apostado guardias en torno al perímetro de su campamento, aunque el grado de su aprestamiento sería más adelante objeto de investigación. Se sabía que la zona estaba infestada de lealistas, pero parece que el 3.º no había hecho las averiguaciones necesarias al respecto. William Basset, entonces de veinticuatro años de edad, testificaría medio siglo después que, según su propia experiencia, «los habitantes del lugar fingían ser muy amigos de la causa de los americanos, y algunos de ellos hicieron fiestas a los soldados americanos y les proporcionaron grandes cantidades de licores, de los más selectos, a las tropas –y los soldados americanos, suponiéndose seguros y protegidos por estos amigos, se achisparon en exceso–». Cuando se fueron a acostar cerca de sus caballos desensillados, muchos iban borrachos. Había señales de que pronto, tal vez incluso al día siguiente, recibirían la orden de atacar a los invasores que requisaban provisiones igual que langostas por la campiña norteamericana.16

Los dragones dormidos se despertaron de pronto al oír los gritos. Mientras trataban de orientarse en la casi total oscuridad, algunos intentaron alcanzar sus pistolas o sables; otros buscaron esconderse en la parte más interior del granero. Basset no consiguió despertar a dos hombres que dormían con él bajo la misma manta. Siguieron plácidamente dormidos, «insensibles por la bebida». Los que estaban lo bastante sobrios como para reaccionar no tenían forma de conocer el tamaño o la naturaleza de la fuerza atacante que estaba a punto de arrollarlos, aunque algunos se dieron pronto cuenta de que los centinelas debían haber sido eliminados. Quienquiera que lo hubiera hecho, era probable que se estuviera acercando con armas silenciosas. ¿Pensaron entonces en Paoli o rememoraron, dos años antes de este choque, la batalla de Long Island, de la que se dijo que en ella los tiradores continentales habían sido «clavados a los árboles con bayonetas» por sus atacantes?17

Un alboroto cada vez mayor de hombres que gritaban y los golpes de sus botas les hicieron comprender lo que sucedía. Southward Cullency y sus camaradas del 1.er Pelotón de Baylor decidieron que

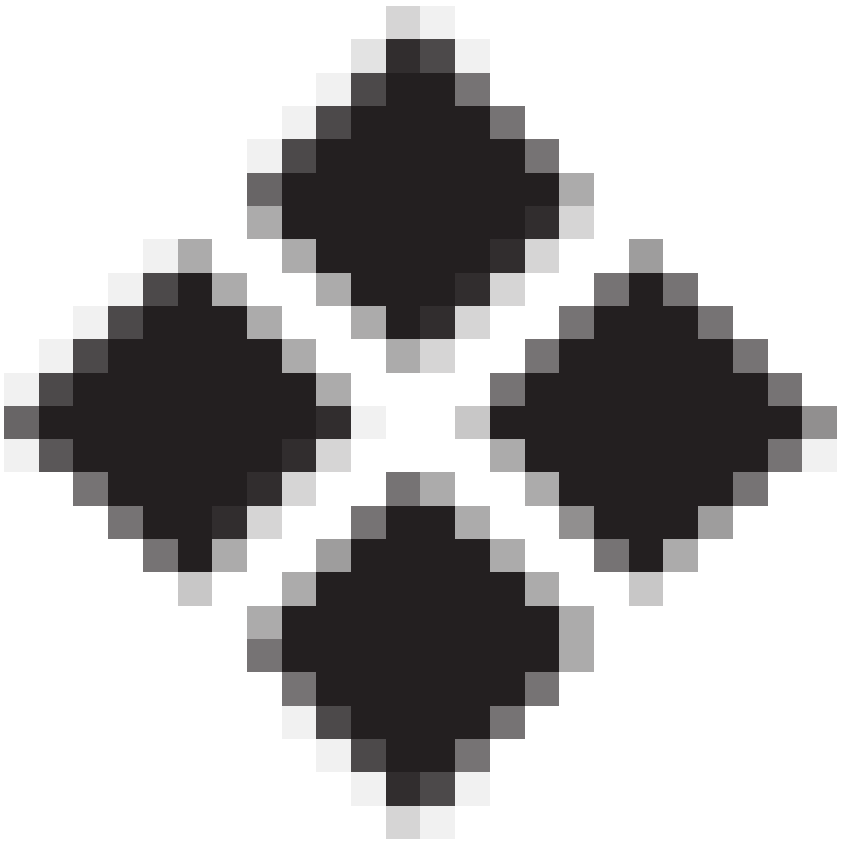
era inútil ofrecer resistencia. Salieron del granero a la noche helada con la intención de rendirse de forma honorable. Sin embargo, en lugar de darles cuartel, los soldados británicos se lanzaron al instante contra los dragones. En cuestión de segundos, Cullency recibió doce estocadas en el pecho, el estómago y la espalda. Los casacas rojas lo dejaron tendido en el suelo, suponiendo que lo más probable es que hubiera muerto. Cullency pudo escuchar la orden «no toméis prisioneros» resonar en el aire y el restallar de los culatazos que intentaban reventar cráneos.

Los dragones del 2.º Pelotón, que habían estado durmiendo en un granero cercano, se despertaron por los confusos gritos del 1.er Pelotón. También comprendieron que estaban rodeados, pero parece que desconocían por completo el destino que habían sufrido sus camaradas. Suponiendo que serían «tratados como prisioneros de guerra», pidieron cuartel. Thomas Benson observó que sus camaradas, en vez de lo que esperaban, obtuvieron como respuesta insultos y estocadas, por lo que él «no pidió cuartel para sí mismo, convencido de que sería en vano». En cuanto Benson dio un paso fuera del granero, se vio rodeado por numerosos casacas rojas que lo acuchillaron una docena de veces en la espalda, los hombros, los brazos y la cadera. Durante la confusión siguiente, consiguió lanzar su maltrecho cuerpo al otro lado de una valla del corral.

De vuelta en el interior del granero, Julian King y George Willis (o Wyllis) advirtieron que, por propia iniciativa, los soldados británicos enviaban a solicitar órdenes de uno de sus oficiales. Le pasaban una pregunta al capitán Ball: «¿Qué debían […] hacer con los prisioneros?» ¿Se suponía, de veras, que debían matar a sangre fría a un enemigo indefenso que les pedía clemencia apelando, en su misma lengua, a los ancestros que compartían y al mismo Dios? Tal vez albergaban la esperanza de que pudieran limitarse a dejarlos allí y partir, o de llevárselos custodiados. Sin embargo, tras unos pocos minutos de tensa espera, llegó la orden: «[…] matadlos a todos».18

Los británicos comenzaron a bayonetear a sus víctimas indefensas, a romper huesos y hacer tajos en los estómagos, los pechos, las espaldas y las extremidades de los soldados. El movimiento de extracción de la hoja destruía músculos, arterias y órganos tanto

como el de la estocada. Cuando los británicos se fueron, Julian King tenía dieciséis heridas, de ellas once en el pecho, el costado y el vientre; George Willis había recibido entre nueve y once, algunas en la espalda. En un primer momento pareció que Thomas Talley se escaparía de esta oleada del funesto ataque, ya que fue hecho prisionero. Sin embargo, los soldados británicos lo sacaron fuera, le quitaron los calzones y entonces recibieron la orden de matarlo también a él. Lo metieron de nuevo en el granero y le clavaron sus armas media docena de veces, hiriéndolo de muerte.



En los graneros a los que los británicos aún no habían llegado, los hombres sorprendidos durante el sueño intentaban comprender, azorados, lo que sucedía en la oscuridad circundante. El sargento James Sudduth, del 5.º Pelotón, fue arrancado del sueño por las

voces que rugían «matadlos, matadlos», seguidas de los gritos de hombres que suplicaban cuartel. Sudduth se asomó por la puerta del granero y vio como emergían, de la edificación más cercana a la suya, las sombras de soldados «sin armas y con la intención de entregarse como prisioneros de guerra». Los británicos les ofrecieron cuartel. Sin embargo, después Sudduth presenció cómo «el enemigo los bayoneteaba y a cinco de ellos los mataba después de salir del granero». Después de que un oficial británico hubiera ordenado a «sus hombres que les dieran muerte a todos», les preguntó «si ya habían terminado».

Parecía que los distintos oficiales británicos estaban dando órdenes algo diversas, lo que aumentaba la imprevisibilidad y la confusión. Un estadounidense escuchó a un tal capitán Ball preguntar cuántos enemigos habían matado hasta ese momento. Al conocer la cifra, ordenó que «a los demás los golpearan en la cabeza». Sus hombres «murmuraron al respecto y preguntaron por qué no les habían mandado matarlos a todos». Tal vez aquella matanza de enemigos desarmados comenzaba a pasarles factura física y mentalmente a algunos. Mientras los británicos vacilaban entre la agresión y el comedimiento, la situación se hizo incluso más terrorífica para los patriotas que intentaban sobrevivir aquella noche. También parecía que los atacantes británicos se enredaban, de forma más explícita, en las cuestiones morales sobre la conducta apropiada en la guerra. Al menos, en un grado mayor al que estaban acostumbrados los soldados rasos. Con todo, las órdenes eran órdenes. Los casacas rojas reanudaron la horrible tarea de rematar a los heridos. Tendidos en el suelo, algunos hombres volvían la cabeza al ver venir el golpe; las culatas les quebraban el cráneo.

Hacía media hora que los británicos habían comenzado el ataque. Durante alrededor de treinta y cinco minutos más, continuaron abriéndose paso en aquella escena de horror a cuchilladas y a culatazos. La única esperanza de los dragones restantes, después de ver cómo morían sus camaradas en el momento en que se rendían, era intentar escapar en la oscuridad. Algunos se hicieron los muertos y se alejaron a rastras cuando pensaban que nadie los veía, lanzándose a una densa espesura cercana. El cabo Henry Rhore del 3.er Pelotón, herido de gravedad, optó por una ruta inversa; consiguió arrastrarse de nuevo hasta un granero, tal vez para

aguardar a que concluyera la matanza. Allí moriría, por sus heridas, al día siguiente.

Samuel Houston Jr. analizó su situación. Al darse cuenta de que su mejor oportunidad de sobrevivir era correr a toda prisa a través de un pasillo de bayonetas británicas, soportó trece estocadas para saltar una valla y alejarse nadando por un río. Por otro lado, William Bassett había pedido cuartel, pero le dijeron: «Maldita sea tu alma rebelde si te damos cuartel», de modo que puso su esperanza en una valla, durante un breve momento en que lo dejaron sin vigilancia, pero un soldado británico se le acercó y le insertó la bayoneta en la espalda. Casi desmayado por la profunda herida cercana a la columna, se arrastró hasta ponerse a salvo. Seguro que se preguntó si, en el granero, pasarían por la bayoneta, sin despertarlos siquiera, a sus dos camaradas ebrios y todavía acurrucados. Más de medio siglo después, a la edad de setenta y nueve años, Basset aún sentía las cicatrices emocionales: «los horrores de aquella noche nunca se borrarán de su memoria».19

CUERPOS MASACRADOS, VICTORIA MORAL

En la quietud de la madrugada, los soldados británicos iban de un lado a otro con velas para examinar a los muertos y los heridos. Después de robarles, con total tranquilidad, los objetos de valor que tuvieran e incluso la ropa, los dejaban medio desnudos, expuestos al frío del otoño. Joseph Carrol, perteneciente al 6.º Pelotón, se había vestido raudo durante el ataque de los británicos. Había intentado escapar a caballo, pero lo rodearon. Mientras suplicaba clemencia, recibió varias heridas en el pecho y en ambos brazos, entre gritos de «para ti no hay cuartel» y «acabad con él». Carrol se hizo después el muerto, incluso cuando los soldados británicos lo examinaron a corta distancia, a la luz de una vela, y desvistieron su malherido cuerpo hasta dejarlo en camisa.

John Robert Shaw, soldado británico de diecisiete años, llegó al lugar poco antes del amanecer. Su regimiento había estado situado

a 5 km de distancia al inicio de «la cruel carnicería». Cuando se acercaron, Shaw recordaría más tarde que «los alaridos y gritos de las infelices víctimas, a quienes nuestros salvajes camaradas soldados estaban masacrando, habrían bastado para mover a compasión el corazón de un turco o de un tártaro. No puede la lengua expresar ni la pluma describir los horrores de aquella noche siniestra». El adolescente, que calificó la escena de «masacre inhumana» en la que se contaban 250 muertos o heridos –algunos «a los que les habían cortado los brazos y otros a los que les colgaban las tripas y suplicaban piedad a gritos»–, había adoptado, del habla común, el significado original, en francés antiguo, de la palabra «masacre»: tabla de carnicero. Shaw, al menos, sabía que aquello tenía un precio: «Que no presuma ya más [Gran] Bretaña de su honor, de su ciencia y civilización, sino que esconda avergonzada la cabeza en el polvo; su fama ha desaparecido; Tappan atestiguará en su contra».20

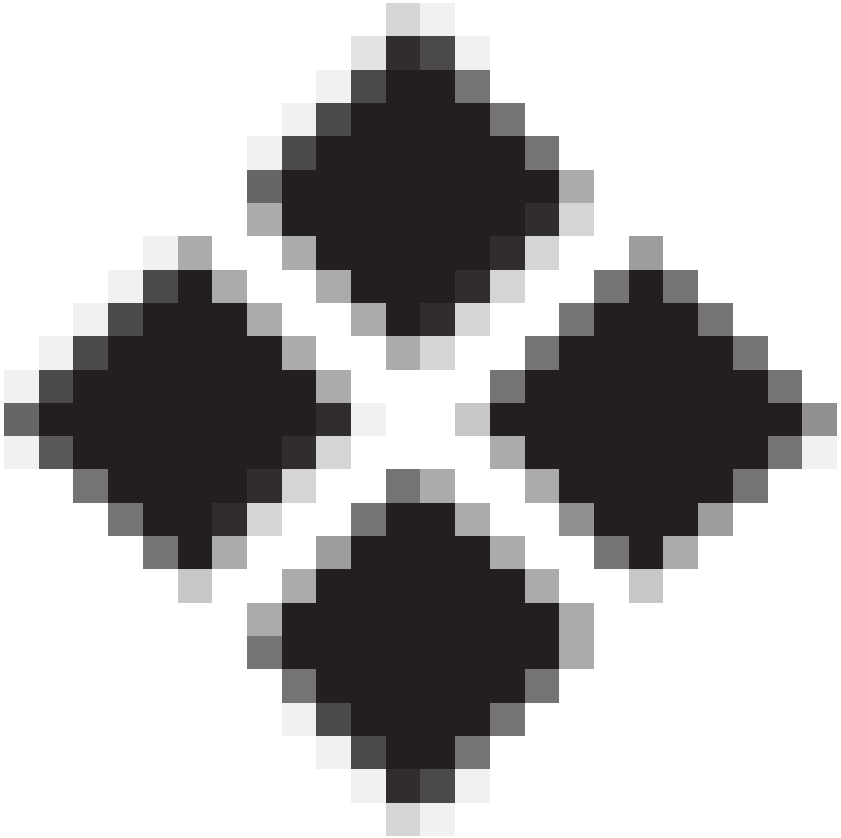
Los rumores y los informes acerca de la masacre se extendieron con rapidez. A las diez de la mañana del 28 de septiembre, paisanos del lugar ya habían llevado la noticia al general continental Charles Stewart. Este fue el primero en informar a George Washington en su cuartel general, entonces en Fredericksburg (Nueva York), al nordeste del destrozado contingente de Baylor y en la otra orilla del Hudson. Durante toda la noche y hasta las primeras horas de la mañana, un capitán, un sargento y una docena de soldados que habían escapado a la matanza fueron llegando al campamento Paramus del coronel Otho Williams. A las once de la mañana, este ya había escuchado y visto bastante: «Lamento mucho ser redactor de malas noticias –le escribió en una carta a Washington–, pero, para evitar que un relato más imperfecto llegue al cuartel general, creo mi deber informar a vuestra excelencia de la desventura sufrida por la unidad del coronel Baylor».

El soldado Samuel Brooking había corrido más de 6 km hasta Paramus con una bayoneta clavada en el brazo, separada del mosquete, mientras escuchaba a los soldados británicos que gritaban «¡Hacedlos rebanadas!». Esta expresión se repitió en el testimonio de varios supervivientes. Durante el transcurso del día, mientras rumores e informes imprecisos se difundían por el área limítrofe entre Nueva Jersey y Nueva York, más cartas partieron en

dirección al general Washington. A eso de las ocho de la tarde, el mayor general Israel Putnam informaba a su comandante en jefe desde Highlands (Nueva York), que un sargento del regimiento de Baylor le había proporcionado información del ataque: «Es probable que exagere un poco –sobre todo en su pretensión de que solo él y dos oficiales habían escapado–, pero creo que han recibido un golpe muy severo».21

Las cifras de bajas eran aún imprecisas, pero la percepción que los patriotas tendrían en cuanto a la naturaleza del ataque se forjó bien pronto. Ya en la semana siguiente, los periódicos regionales imprimieron narraciones de los «horribles crímenes», basadas seguramente en el boca a boca de los lugareños y en retazos tomados de los supervivientes. Todas las pruebas apuntaban a que los oficiales británicos habían ordenado a sus hombres «no dar cuartel a los rebeldes», de modo que «una parte considerable del regimiento cayó sacrificada, inevitablemente, a manos de aquellos crueles y despiadados hombres. Varios de nuestros soldados fueron asesinados después de que se hubieran rendido». Pronto, los periódicos patriotas proclamaban ya, citando reportes del cuartel general, que todos los suboficiales y soldados habían sido, «de la manera más bárbara e inaudita, asesinados a sangre fría».22

Para George Washington fue un golpe personal. Solo dos días antes del asalto había recibido el informe más reciente de Baylor, desde los alrededores de Tappan. Ahora parecía que su protegido había muerto y que la caballería de lady Washington había sido diezmada. Tendrían que pasar todavía dos semanas hasta que Baylor se recuperara lo suficiente de sus heridas (tanto los periódicos norteamericanos como los británicos lo habían declarado muerto) y pudiera escribir una carta a Washington acerca de la «horrible masacre». El día 30, la correspondencia de Washington hace referencia a un evento que «parece haber estado acompañado por todo extremo de barbarie». Cuatro días después, el general daba cifras de bajas más específicas y una valoración propia, aún algo prudente, acerca de la naturaleza del ataque: «Estimaría las bajas en alrededor de 50 hombres y 70 caballos. El mayor Cloud ha muerto por sus heridas. Este asunto parece haberse visto acompañado por todo extremo de crueldad». Más tarde, el Congreso encargaría publicar en la prensa extractos de la carta de Washington.23



A medida que comenzaban a extenderse las historias sobre lo sucedido como una masacre de una escala sin precedentes –hecho que coincidió con la difusión de las amenazas británicas de comenzar una guerra sin límites–, aumentaba la presión para que se iniciara una investigación dirigida a aclarar con detalle qué había acontecido en Old Tappan. Como hemos visto, el Congreso ya había acumulado una experiencia considerable en efectuar investigaciones acerca del empleo ilegítimo de la violencia por parte de Gran Bretaña y, gracias a ello, había ayudado a convertir el resultado de algunas de las batallas perdidas por los Estados Unidos, los traumas de sus mujeres violadas y los sufrimientos de sus prisioneros en instrumentos morales a favor de la causa revolucionaria. Ahora las familias de los reclutas de Baylor exigían respuestas: ¿Habían sido

capturados, heridos o muertos sus hijos, y bajo qué circunstancias? La «penosa incertidumbre de todos los padres» debía terminar y pronto.24

El 6 de octubre, el Congreso otorgó a William Livingston, gobernador de Nueva Jersey, poderes para emprender una investigación que dilucidara si los hombres de Baylor habían sido atacados a «bayonetazos a sangre fría». Livingston sabía, por su experiencia previa en la obtención de pruebas de crímenes de guerra, que no bastaba con reunir información fiable: era necesario difundirla con rapidez para que su impacto fuera el máximo posible. Él mismo llegaría a tomar declaración, en persona, a 8 supervivientes, en Princetown y Morristown. También contactó, sin dilación, con oficiales del ejército presentes en la región, y le pidió a lord Stirling que coordinara la investigación. Este –que ya había comunicado su opinión a Washington la semana anterior, afirmando que nunca había sucedido una «bárbara masacre más determinada»–, reclutó a su vez a un experto tanto de la anatomía humana como del alma inmortal. Se trataba de un cirujano militar y capellán, el doctor David Griffith, quien debía ayudarle a establecer si eran ciertas las acusaciones de los «muchos actos de crueldad [acaecidos en] el espantoso lugar».25

Griffith, neoyorkino de nacimiento, de treinta y seis años, había recibido su formación médica en Gran Bretaña y allí también había sido ordenado por la Iglesia anglicana. Era, asimismo, un individuo que gozaba de la confianza personal de Washington. Su amistad se remontaba a años atrás. El día después del ataque, Griffith había obtenido de los británicos un pase para atender a los heridos estadounidenses en Tappan. En ese aspecto, al menos, los británicos se atuvieron a las reglas convencionales de la guerra. El general Cornwallis demostró, además, una cortesía propia del trato entre oficiales civilizados de bandos enfrentados: envió té, azúcar, vino y limones al convaleciente coronel Baylor.26

Los británicos habían dejado que los prisioneros heridos de gravedad se trasladaran a la iglesia reformada cercana a Tappan (Nueva York), que se convirtió en una prisión y hospital improvisado (dos años más tarde, un espía británico, el mayor John André, sería juzgado en el mismo lugar). Mientras atendía las

necesidades médicas más inmediatas de los heridos, Griffith parece que anotó, soldado a soldado, la naturaleza y el número de sus heridas. Conversó con Baylor y con vecinos de la zona. Suponemos que también vio algunos de los cadáveres terriblemente dañados. Dichos soldados habían sido masacrados: algunos tenían marcas de diez, doce o hasta dieciséis heridas de bayoneta. Por lo tanto, cuando Livingston y Stirling incorporaron a Griffith a la investigación oficial del Congreso, a mediados de octubre, es probable que el doctor ya hubiera reunido una cantidad considerable de pruebas. Meticuloso, incluso a pesar de su enojo, entrevistó a alrededor de una docena de supervivientes capaces de prestar una declaración coherente. El 20 de octubre Griffith envió su informe a Stirling, quien lo trasladó al Congreso al día siguiente.

Tras combinar todos los testimonios que habían escuchado con las pruebas físicas que habían visto, Griffith y Livingston concluyeron que, sin resquicio de duda alguna, estaba demostrado que los soldados británicos se habían negado, por completo, a dar cuartel. Además, habían matado a estadounidenses incluso después de haberles garantizado protección. En algunos casos, después de que los soldados británicos solicitaran órdenes aclaratorias, les había mandado matar a bayonetazos y a golpes a cualesquiera soldados a los que ya hubieran desarmado e incapacitado, incluso aunque estos suplicaran clemencia. La conclusión de Griffith, leída en alto ante el Congreso, confirmaba que los dirigentes políticos de la nación no estaban «mal informados al respecto de la salvaje crueldad que rodeó la sorpresa del regimiento del coronel Baylor».27

La evidencia indicaba de forma irrefutable que los oficiales británicos debían haber planeado las atrocidades. El hecho de que «se retiraran las cargas de los mosquetes y de que se quitaran los pedernales para que los hombres quedaran limitados a emplear solo sus bayonetas» abundaba en la demostración de dicha intención británica. Los oficiales subordinados de Grey, entre ellos el capitán Ball, fueron enumerados como los «agentes principales» de los sangrientos sucesos, puesto que fueron sus compañías las que estuvieron «en los lugares donde mayores crueldades se produjeron». Los oficiales británicos habían contado con la violenta ira de sus soldados al darles rienda suelta con los norteamericanos, y «ninguno de los oficiales británicos entró en los alojamientos de

nuestras tropas en esta ocasión, con la intención de que no se pusiera fin a la rabia y la barbarie de sus sabuesos». Sin embargo, sí se vio al menos a un oficial, el capitán sir James Baird, «pavonearse por las calles» después con una «bayoneta ensangrentada colgando de su espalda».

Como resultado del exhaustivo informe de Griffith se conocieron cifras de bajas más precisas. Sesenta y cinco minutos de matanza frenética y de asesinatos a sangre fría dejaron 35 muertos o heridos de gravedad; de estos, 11 murieron de inmediato. Pronto perecerían 4 más debido a sus lesiones. A 13 heridos los dejaron abandonados y 33 hombres fueron llevados prisioneros a Nueva York, entre ellos 8 heridos. La mayor parte del resto había conseguido, de una forma u otra, esconderse o escapar al abrigo de la oscuridad. Contando los oficiales, el monto total de bajas llegaba a alrededor de 70 hombres. En cambio, solo murió un británico, al parecer cuando algunos dragones hicieron varios disparos de pistola.

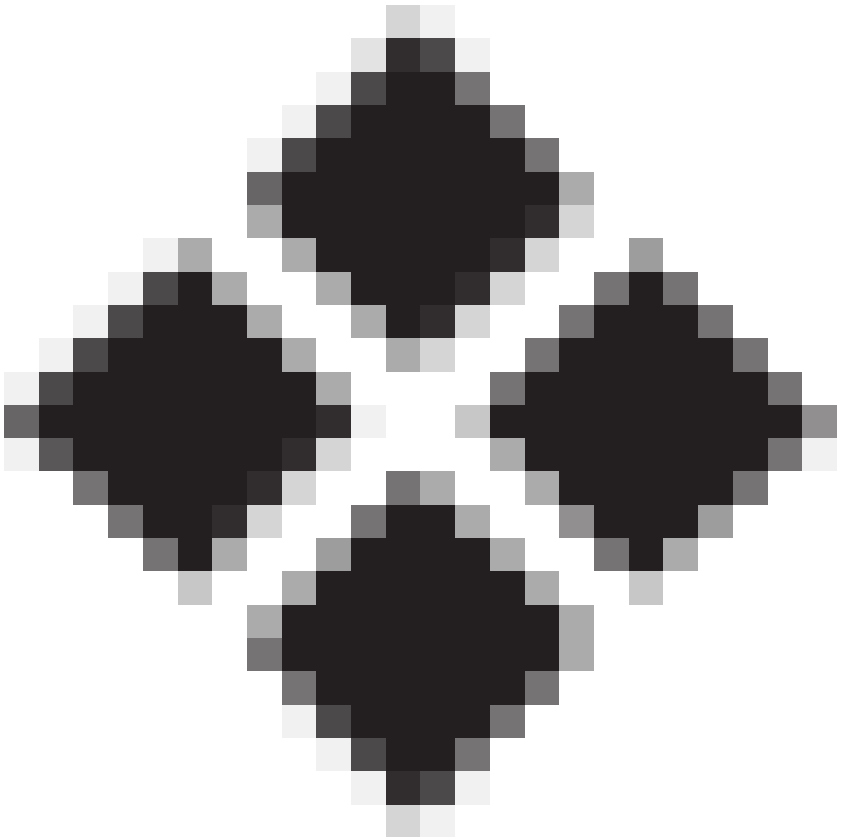
Dado que unos 40 patriotas habían escapado y que a otros los habían dejado allí heridos o los habían tomados prisioneros, Griffith juzgó que «a pesar de la crueldad de las órdenes, no parece que consiguieran su propósito en el grado en que deseaban o que podrían haber esperado». Los investigadores identificaron a solo un capitán de infantería ligera británica que participara con «sentimientos de remordimiento y que se aventuró a desobedecer sus órdenes» dando cuartel a todo el 4.º Pelotón de Baylor; esta excepción magnánima servía también para demostrar la naturaleza despiadada del ataque. Por desgracia «para el honor de la humanidad», el nombre de dicho capitán era desconocido.

Una semana después de que Stirling, Livingston y Griffith remitieran sus resultados al Congreso, su informe, junto con las declaraciones de los supervivientes, ya se publicaba íntegro en el Pennsylvania Packet. La Masacre de Old Tappan se convirtió en una evidencia esencial en el relato patriota de las atrocidades enemigas. Periódicos desde Nuevo Hampshire a Carolina del Sur la usaron para demostrar que el Imperio había descendido al nivel de las naciones bárbaras. La The Virginia Gazette insultó a los «salvajes» británicos que habían «pasado por la espada y masacrado de la manera más cruel y rufianesca» a los valientes oficiales y soldados

continentales. Grey se granjeó el odio y el desprecio duraderos de los estadounidenses. Un oficial patriota incluso tenía la esperanza de que, si Grey alguna vez resultaba capturado, sería «quemado vivo conforme a la costumbre india».28

En 1967, arqueólogos financiados por la Sociedad Histórica del Condado de Bergen, a partir de indicios que pervivían en la tradición oral local, realizaron una excavación cerca de Tappan. Allí hallaron los esqueletos de seis soldados enterrados en tres tanques para el curtido de pieles abandonados. Algunos parecían estar medio desnudos, otros yacían cerca de pedazos de calzoncillos, calzones, una camisa y botones de casaca. El cráneo de un dragón (en el centro de la imagen) muestra una fractura bien definida, más o menos ovalada, en el lado izquierdo, donde parte del hueso ha sido empujado hacia la cavidad craneal. El mismo esqueleto también presenta una fractura similar, del mismo tamaño, aunque de menor intensidad, en el otro lado del cráneo. Lo más probable es que el soldado fuera herido con una bayoneta y que luego, ya tendido en el suelo con la cabeza girada, muriera al perforarle esta el golpe de la culata de un mosquete. Los restos de los dragones fueron inhumados de nuevo en 1972. El área, que está protegida del

desarrollo urbano, continúa utilizándose como monumento histórico y lugar de descanso final de los dragones de Baylor.



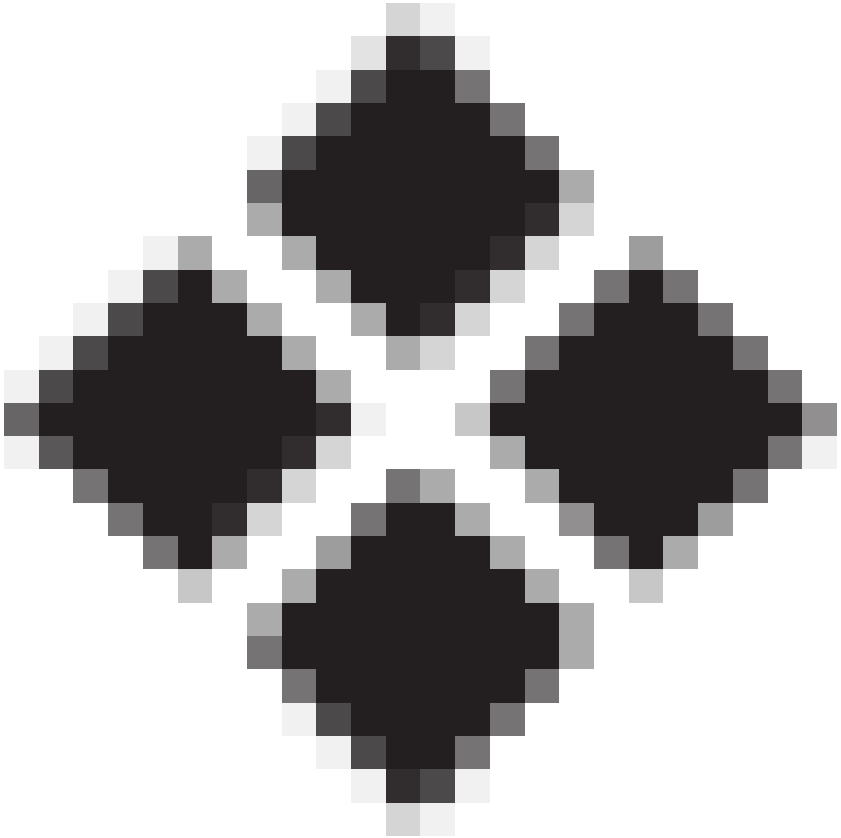
Al alzarse el sol aquella despejada y fría mañana del 28 de septiembre, el general Grey ya había abandonado el lugar. No sabemos si había observado de cerca los resultados del ataque que acababa de dirigir. Aunque es seguro que debió enterarse de la controversia que estallaría acerca de lo sucedido –no solo entre los rebeldes, sino también, hasta cierto punto, dentro de las filas británicas–, no respondió nunca de forma pública. Su biógrafo supone que, debido al «conocimiento que tenía de la importancia del factor psicológico en la guerra, tal vez desechara las invectivas estadounidenses como meros ejercicios de propaganda, y las de su propio bando como alarmismo desinformado». Sin duda, debió

alegrarse de los reportes laudatorios que ascendieron por la cadena de mando británica, desde Cornwallis, en las cercanías de Tappan, pasando por Clinton, en Nueva York, hasta llegar a Germain seis u ocho semanas después. Sus superiores lo alabaron por haber «efectuado su marcha con tanto orden y tan en silencio» que «sorprendió del todo» a los dragones «y muy pocos escaparon de la muerte o de caer prisioneros». Gracias a su fenomenal dirección y al «habitual espíritu y presteza» de las tropas británicas solo se había perdido un soldado. Los periódicos progubernamentales de Gran Bretaña darían amplia difusión a esta versión oficial de los hechos; no se mencionó la naturaleza polémica del ataque nocturno.29

Los lectores de los periódicos británicos también recibieron un artículo, muy difundido, que era todavía más halagador, pese a que estaba lleno de errores y era incluso más abiertamente parcial. Pretendía estar basado en el relato personal del asalto de «un oficial presente en el suceso» y también celebraba la efectiva y eficiente acción de Grey. Tras alabar la calidad de los dragones norteamericanos –«muy bien formada caballería, con caballos buenos en extremo y bien aparejados»–, el artículo se regodeaba: «[…] nuestras tropas se lanzaron a ellos con sus bayonetas, con tal efecto, que solo escaparon tres de aquel contingente». Para el autor, el choque de Old Tappan había sido un éxito indiscutible.30

Dicho triunfalismo solo tuvo mala acogida entre una pequeña minoría de los oficiales británicos. Quienes expresaron remordimientos lo hicieron solo en su correspondencia privada: «Puesto que estaban en sus camas y no dispararon ni un tiro en contra –escribió el oficial Charles Stuart a su padre, el anterior primer ministro lord Bute–, el crédito que podía haber merecido el cuerpo que consiguió la sorpresa queda por completo enterrado por la barbarie de su comportamiento». El teniente coronel Stephen Kemble, que había sido muy amigo del anterior comandante en jefe, sir William Howe, también sintió escrúpulos morales. Reconoció la violencia gratuita de los británicos: «[…] todos pensábamos que el 2.º Batallón de Infantería Ligera fue activo y sangriento en este trabajo, y por todos es sabido que podían haber tenido clemencia con algunos que no ofrecieron resistencia, puesto que estaban todos sorprendidos por entero y sus oficiales en la cama». Estos británicos, al menos, eran conscientes de que la crueldad real o inventada de

su ejército era el mejor agente reclutador de su enemigo.31



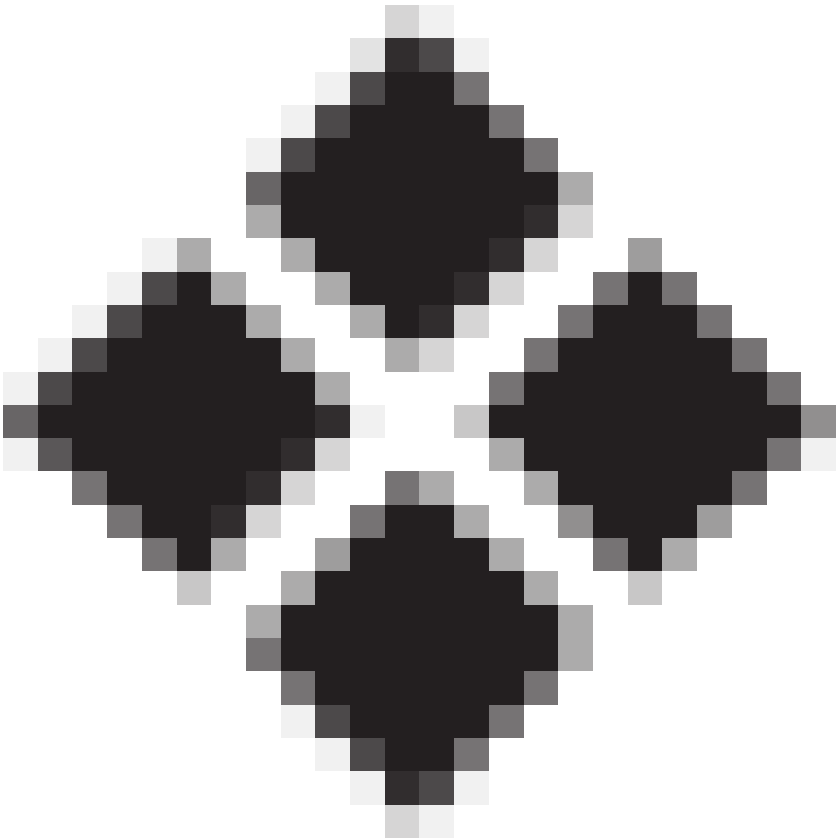
Desde nuestra perspectiva temporal, sabemos que los sucesos del 28 de septiembre de 1778 no fueron normales. Las masacres de Grey –tanto su proceder, más ambiguo, en Paoli, como las atrocidades más evidentes de Tappan– no habían sido ordenadas por el alto mando, aunque los superiores de Grey justificaran más tarde sus acciones. Tampoco serían prueba de una nueva forma de enfocar la guerra por parte de Gran Bretaña. Sin embargo, los actores de ambos bandos no lo podían saber entonces. En efecto, los patriotas norteamericanos en 1778 debieron percibir aquello como una rápida escalada en los niveles de brutalidad de los británicos y de sus auxiliares. En marzo, fuerzas británicas y lealistas habían matado a varias docenas de milicianos de Nueva Jersey que no

ofrecieron resistencia, así como a hombres no combatientes que dormían en una casa particular en Hancock's Bridge, en Nueva Jersey. En Crooked Billet (Pensilvania), aquel mes de mayo, habían atacado a bayonetazos a algunos milicianos del general John Lacey después de que se rindieran, e incluso habían quemado a los heridos en montones de paja de alforfón. Incluso durante el transcurso de la investigación acerca de Baylor, los patriotas alegaron que había sucedido otra masacre no lejos de Old Tappan. El capitán Patrick Ferguson, un oficial escocés de treinta y cuatro años, hoy más conocido porque inventó un rifle de retrocarga, y que formaba parte de la expedición de Little Egg Harbor, había encabezado una incursión de 250 soldados contra la legión, dormida, del general de brigada conde Pulaski. Mataron a alrededor de 50 y solo tomaron 5 o 6 prisioneros. Según el reporte, luego muy difundido, de Ferguson al general Clinton, el capitán se justificaba con dos razones: durante un «ataque nocturno, era obvio que poco cuartel podía concederse», y, además, un desertor patriota había informado (falsamente) a Ferguson de que Pulaski había ordenado a sus hombres no dar cuartel, así que correspondía aplicar lo mismo en sentido inverso «contra un hombre capaz de emplear una orden tan indigna de un caballero y de un soldado». Igual que Howe antes, Ferguson se expresaba a favor de que se reconocieran las reglas que debían regir en la guerra a la vez que, según la opinión de los patriotas, las rompía. Dos años después, hallaría su final, de una violencia espectacular, en una controvertida batalla en el Sur.32

En sus medios impresos, los patriotas presentaban dichas atrocidades como parte de un patrón más amplio de la excesiva violencia británica. A la vez que atendían a sus combatientes heridos y enterraban a los muertos, también elaboraron, con gran habilidad, ensayos forenses que les ayudaban a justificar su guerra, donde describían los cuerpos norteamericanos mutilados con gran crudeza y detalle anatómico, empleando una retórica de gran impacto emocional. Las masacres británicas se convirtieron así en poderosos instrumentos de la guerra moral de los patriotas: les ayudaron a ganar la batalla por el apoyo de la población norteamericana y, al mismo tiempo, a avergonzar a los británicos ante el resto del mundo.

El Virginia Gazette, periódico del estado natal de los Dragones de

Baylor, yuxtapuso con sarcasmo la noticia de la comisión de paz británica y la información recibida acerca de la Masacre de Baylor, en la que los soldados habían sido «aniquilados […] por los salvajes británicos que buscan la paz. Oh, vosotros errantes caballeros comisionados, vosotros miserables patriotas caídos, vosotros políticos sin corazón, volved a casa a la vieja Inglaterra y cantadle nanas a la conciencia de vuestro sanguinario rey». Sería mejor que los comisionados les contaran a sus superiores que la separación de la virtuosa América del malvado Imperio británico era ya irreversible: «la diadema más brillante» se había soltado, de forma definitiva, de la corona británica.33



En respuesta al manifiesto de los comisionados de paz británicos de primeros de octubre, y bajo el impacto acumulado de la citada

oleada de brutalidad creciente –Hancock's Bridge, Crooked Billet, Old Tappan, Little Egg Harbor–, el Congreso estadounidense publicó su propio contramanifiesto el 30 de octubre. Precedió por muy poco al informe sobre la Masacre de Baylor, aunque el Congreso llevaba trabajando en él, de forma intermitente, desde enero. Era una hoja como de periódico, cuyos apretados argumentos llenaban una sola cara, que intentaba alertar al mundo civilizado del escandaloso comportamiento del Imperio y disuadir a Gran Bretaña de la aplicación de las amenazas de sus comisionados. Insistía en cuestiones ya habituales. Toda futura violencia ilegítima, prometía el Congreso, tendría represalias. El Congreso también subsidió la publicación de 1300 ejemplares de un panfleto, con la extensión de un libro, escrito por uno de sus delegados, Gouverneur Morris. Este, en Observations on the American Revolution [Observaciones acerca de la Revolución estadounidense], defendía que Gran Bretaña había mostrado, por fin, sus cartas: dado que no podía derrotar a los Estados Unidos, intentaría destruir el país. Morris, haciéndose eco del Congreso, amenazaba con ataques en suelo británico y el espectro de una guerra sin límites.34

LA DAGA DE FRANCIA

En el invierno de 1778, al conocerse al otro lado del Atlántico el manifiesto que los comisionados británicos habían publicado sin consultar antes con Londres, este despertó una fuerte indignación política. Los jefes de la oposición en la Cámara de los Comunes advirtieron que era una ofensa contra las tradiciones británicas de «humanidad y valor generoso» y que violaba los principios cristianos. También corría el peligro de socavar la disciplina de las fuerzas militares y amenazaba «exponer a los súbditos inocentes de su majestad […] a represalias crueles y desastrosas». Incluso antiguos comandantes británicos en Norteamérica, como los generales Howe y Burgoyne, se mostraron opuestos a medidas crueles. Edmund Burke, que de nuevo alzó la voz en su papel de conciencia de la Cámara, afirmó que el manifiesto avisaba, nada menos, de que Gran Bretaña abandonaba su habitual

«mansedumbre» y «humanidad» acorde a las leyes de la guerra. En su lugar, alzaba el espectro de imperdonables «extremos en la guerra y la desolación de un país». En la Cámara de los Lores, un nervioso conde advirtió a la bancada de los obispos de que, en caso de que apoyaran tales «medidas contrarias al cristianismo […], la sangre de América les acabaría llegando hasta el cuello».35

Los portavoces del gobierno, en ambas cámaras, defendieron la proclama como una respuesta justificada, desde el punto de vista moral y legal, por las circunstancias en las que se hallaba el país en aquel momento. Francia, deseosa de incrementar su imperio comercial y marítimo a costa de Gran Bretaña, debía ser detenida por medios conformes a las leyes de la guerra. Sin embargo, el conde de Shelburne, quien en 1783 sería primer ministro y firmaría la paz con los victoriosos Estados Unidos, denunció ahora la «rapiña, saqueo y destrucción deliberada» que la proclamación amenazaba. Otros parlamentarios apelaron al sentido de orgullo nacional británico: el público internacional los estaba observando y se horrorizaría si los británicos se comportaban así en la guerra.36

La tensión en la Cámara de los Comunes era palpable cuando, por fin, el portavoz jefe del gobierno, lord George Germain, se dirigió a los parlamentarios. Una serie de acusaciones apasionadas habían puesto al gobierno a la defensiva y Germain se veía sometido a una presión muy intensa. Le había pillado por sorpresa el manifiesto que ahora, como ministro responsable del gabinete, debía defender. Tal vez, si jugaba bien sus cartas, podría convertir el aprieto en una oportunidad para unir al país en el respaldo a la prosecución vigorosa de una guerra por la que el entusiasmo popular había ido menguando desde Saratoga.

En primer lugar, Germain debía, sin importar cómo, sosegar el nerviosismo de la Cámara y mitigar los peores temores de los críticos, a la par que defendía el manifiesto de las críticas. Para el hombre al que muchos todavía ridiculizaban como el cobarde de Minden, que había sufrido por ello un consejo de guerra, era una ocasión decisiva. El breve discurso de Germain es un perfecto ejemplo de escaqueo político y manipulación psicológica. Dijo que ni el rey, ni ningún británico, promovía la «crueldad gratuita». El gobierno jamás ordenaría a un ejército británico que cometiera

barbaridades, ni tampoco un ejército británico obedecería (o debería obedecer) semejantes órdenes. Lo que en verdad significaba la proclamación era que «los americanos, por su alianza, se habían convertido en franceses, y en el futuro habría que tratarlos como a tales».37

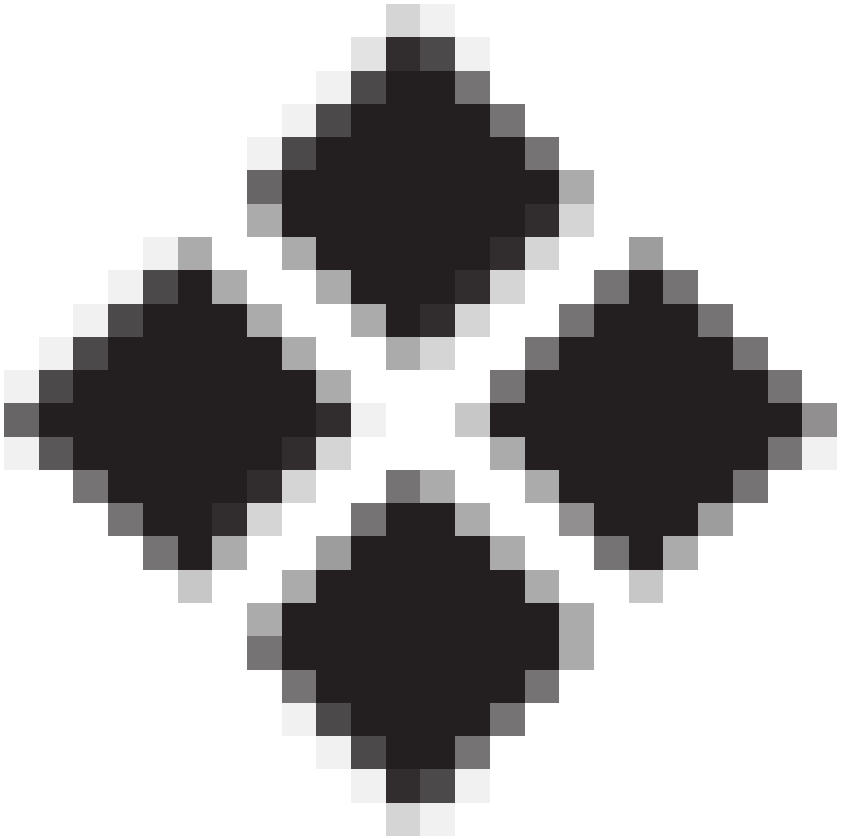
Con unas pocas frases, Germain había cambiado los términos del debate. Los rebeldes, antes redimibles, se habían perdido ahora, de modo irrevocable, para el conjunto de la familia británica. Era un argumento sorprendente que él mismo sabía defectuoso. En un sentido estricto, los franceses (igual que los demás europeos) eran adversarios legítimos a los que protegían las leyes de la guerra, mientras que los colonos rebeldes no estaban protegidos por la ley. Sin embargo, Germain reconocía el gran poder psicológico y emocional que la posición de los norteamericanos, en tanto que consúbditos, tenía en las mentes de muchos de sus colegas y compatriotas. Este influjo había permitido que los políticos y militares más conciliadores hubieran tenido la última palabra, hasta entonces, en el debate en torno a la toma de medidas de contrainsurgencia más severas. Dicho vínculo imaginario debía ser cortado, igual que los patriotas lo habían hecho al declarar su independencia dos años antes.

Al no identificar ya a los colonos rebeldes como hijos descarriados del rey Jorge III, sino como aliados de Francia, enemigo histórico de Gran Bretaña –de hecho, «como franceses»–, Germain, en la práctica, había conseguido que resultara imposible que nadie hablara en favor de los Estados Unidos. Cualquier miembro del Parlamento que lo hiciera corría el riesgo de carecer de patriotismo. Al fin y al cabo, según lo expresó lord Lyttelton, Norteamérica se había convertido en «la daga de Francia» y en «¡el instrumento del asesinato de su progenitora!». El juego de manos retórico de Germain estuvo pensado para preparar a la nación a pasar página en el conflicto; para suspender, cuando no cortar, todos los vínculos emocionales con Norteamérica; y para disponer a los británicos a un nuevo tipo de guerra sin límites.38

Parece que nadie se levantó a contradecir a Germain en la Cámara de los Comunes, aunque el registro de la misma sí admitió una prolija «protesta» –firmada por más de veinte miembros, entre los

que había personajes prominentes de la oposición– en contra del manifiesto de los comisionados. Los disidentes invocaban las leyes de la naturaleza y de las naciones, así como los principios cristianos, que prohibían la ejecución extrema de la guerra por mera conveniencia. La oposición se sentía obligada a trazar una raya que un imperio civilizado, también y en especial en la guerra, no debía cruzar. Sin embargo, una vez que ambas cámaras del Parlamento rechazaron las mociones de censura del manifiesto, quedó claro que los comisionados británicos enviados a Norteamérica habían creado una nueva realidad (retórica).39

En París, John Adams preveía las consecuencias con aprensión: «Quemar la costa marítima y masacre en las fronteras, ese es ahora el lema». Los objetivos de Gran Bretaña, según Adams y Franklin, habían «cambiado por completo. Hasta aquí sus masacres y conflagraciones eran para dividirnos y recuperarnos para Gran Bretaña. Ahora, desesperanzados de dicho fin y viendo que seremos leales a nuestros tratados, su principio es destruirnos para que no le seamos útiles a Francia». En Londres, una gran mayoría de los miembros de la sociedad de debate Robin Hood afirmó la proposición de que «una guerra en extremo rigurosa y de corta duración [era] más humana, en conjunto, que una indulgente y larga». Desde el momento en que se había conocido la alianza franco-estadounidense, en febrero, Gran Bretaña había intentado responder. Sin embargo, después del desesperado acto de agresión retórica de los comisionados, asumido de forma retroactiva por Germain, el Imperio parecía inclinarse por endurecer su lucha contra la insurgencia.40



Solo unas semanas después de la Masacre de Baylor, los «salvajes buscadores de la paz británicos» iniciaban su campaña en el Sur. Antes de que acabara el año habrían tomado Savannah en Georgia y, unos seis meses después, Charleston en Carolina del Sur. La mayor parte de las historias de la segunda mitad de la guerra se fijan, sobre todo, en el teatro de operaciones meridional. Sin embargo, fue en el Norte donde tanto el Ejército británico como el continental lanzaron campañas de terror casi simultáneas en el verano de 1779. Las predicciones de John Adams de incendios en las costas y «masacre en las fronteras» se harían realidad. En cuanto a la violencia en la frontera, sin embargo, los estadounidenses iban a convertirse no solo en víctimas, sino también en agresores.

Notas

1. Sobre la carrera de los barcos, véase Einhorn, N. R., 1949, 192; Kirschke, J. J., 2005, 81-82. Morning Chronicle , 31 de marzo de 1778.

2. GW al presidente del Congreso, 18 de abril de 1778. Informe del comité de congresistas sobre la carta de Washington y el borrador de la ley: JCC , vol. II, 521-524 (22 de abril de 1778).

3. «[…] expreso»: JCC , vol. XI, 417. Toma en consideración, ratificación y petición del Congreso, 2-6 de mayo de 1778: ibid ., 468, y en < http://avalon.law.yale.edu/18th_century/fr1778r.asp >. Sobre Valley Forge: Philip van Cortlandt a su padre, 10 de mayo de 1778, Van Wyck Papers, Box 1, folder 1, NYPL.

4. Petición: JCC , vol. XI, 474-481 (citas en 476). Publicada, entre otros, en Scots Magazine , 40 (agosto de 1778), 421-424.

5. En torno a la comisión de paz, véase Ritcheson, C. R., 1954, 258-286; Brown, W. A., 1966, 244-282; Rabb, R. E., 1958; Sadosky, L. J., 2010; HMC, MSS of the Earl of Carlisle, 323, 377 y passim ; Van Doren, C., 1941, caps. 3-4; Mintz, M. M., 1970, 104-105; Add MS 46491/1, 21-22; Bancroft 104/219-220, 105/101-103. Entradas de los comisionados en ODNB . Sobre las instrucciones de los comisionados y su trabajo en Norteamérica, véase también Add MS 34415/199-230, 358-388 y passim ; Add MS 34416/33. CO5/180-181. «[…] honor de»: RDC , vol. VI, 35.

6. Encontramos un borrador de las instrucciones de Jorge III en Add MS 34415/358-388. Sadosky, L. J., 2009, 109-113; Heath, E. (ed.), 2007, 77.

7. Sobre la guerra de Gran Bretaña a escala global, véase Conway, S., 2013 y 1995; Mackesy, P., 1964; O'Shaughnessy, A. J., 2000. «Gran Bretaña debe elegir»: Lee a GW, 6 de mayo de 1778, en

Ballagh, J. C. (ed.), 1911, vol. I, 399.

8. Mintz, M. M., 1970, 110. «[…] una profunda»: coronel Stuart a lord Bute, 16 de septiembre de 1778, en Montagu-Stuart-Wortley, V. H. G. (ed.), 1925, 130-133 (la cita está en 132). Véase también Carlisle a Eden, 9 de septiembre de [1778], Add MS 34416/33-34; Carlisle, Eden y HC a GG, 21 de septiembre de 1778, DAR , vol. XV, 204. «Manifiesto y Proclamación» del 3 de octubre de 1778: Amoh, Y., Linglet, D., Aoki, H. (eds.), 2007. El manifiesto también se publicó en Scots Magazine , 40 (noviembre de 1778): 607-610. Distribución a cada una de las colonias: Bancroft 105/145-191. Clinton y sus coautores no justificaron sus acciones hasta después de publicar el manifiesto. Lo hicieron en una carta remitida al gobierno británico. Acerca del debate más amplio que hubo entre los oficiales británicos sobre la estrategia a seguir, véase Conway, S., 1986.

9. He optado por un relato detallado para evocar los hechos según las distintas y propias perspectivas de los perpetradores de las atrocidades, las víctimas y los testigos. Las fuentes que nos han llegado incluyen los registros de una investigación del Congreso efectuada en las semanas posteriores al suceso; correspondencia oficial entre mandos militares de ambos bandos; diarios de soldados y correspondencia de unos pocos norteamericanos y británicos presentes en los hechos; periódicos norteamericanos patriotas y lealistas y prensa británica, y pruebas arqueológicas descubiertas a finales del siglo XX . Todo este material es posterior a la acción, aunque casi todas las reacciones en las que me baso se registraron en cuestión de horas, días o semanas. Para valorar esta reconstrucción, los lectores no deben olvidar que todas las descripciones de acciones concretas y todas las expresiones verbales atribuidas tanto a víctimas como a perpetradores durante el propio ataque están basadas en las deposiciones de las víctimas. Para facilitar la lectura, a no ser que se indique otra cosa, las citas de esta sección están tomadas de la investigación del Congreso registrada en The correspondence, journals, committee reports, and records of the Continental Congress (1774-1789) , 53: «Papers and Affidavits Relating to the Plunderings, Burnings, and Ravages Committed by the British, 1775-84», NARA M247. Acerca de Grey, véase Cornish, R. T., 2004. Nelson, P. D., 1996. Sobre el reto de

escribir una antropografía de la violencia sin caer en la pornografía de la violencia, véase Daniel, E. V., 1996, 4 y passim .

10. En torno a Paoli, véase Nelson, P. D., 1996, 43-45; Smith Futhey, J., 1877, 311; St. George, R., 368-369; McGuire, T. J., 2000; Starkey, A., 1994; Brownlow, D. G., 1952; Baurmeister, C. L., 1957, 115. Cifras de bajas: Pennsylvania Ledger , 3 de diciembre de 1777; Morning Post , 29 de diciembre de 1777. Las cifras de bajas no son precisas, pero la ratio entre las cifras de muertos y las de capturados en el bando perdedor suele indicar, en general, si hubo un comportamiento correcto o no con los que se rendían. Lee, W. E., 2011, 182-183, recopila cifras aproximadas de 35 combates de 1777, en el teatro septentrional, en los que regulares británicos derrotaron al enemigo o quedaron en tablas. Esto nos ofrece una ratio de muertos frente a capturados de 1:1,9. Si eliminamos de la cuenta los sucesos más extremos (Paoli, Brandywine y Germantown), la ratio pasa a 1:3,4. En Paoli, los historiadores modernos indican de 112 a 200 muertos, de 40 a 100 heridos y 71 hechos prisioneros. Suponiendo unas cifras de muertos de 110 a 150 o de 150 a 200 muertos, frente a 71 capturados, la ratio estaría entre 1,5:1 y 2:1, o entre 2:1 y 3:1. Estas cifras están basadas en Brownlow, D. G., 1952, 23; Rankin, H. F., 1964, 266; Lee, W. E., 2011, 183; Peckham, H. H., 1974, 41; Nelson, P. D., 1985, 57; Id ., 1996, 45; Tagebuch des Hauptmanns v. Dincklage beim Leibregiment, 1776-1784 , Bancroft 42, Hessian 26/137. Sobre los usos de la guerra durante la noche, véase Starkey, A., 1994, 9; Burns, F. L., Teamer, S. P., 1937; Tucker, G., 1973, cap. 7, n. 11; Heath, W., 1798, 179-180. Acerca del pavor que provocó Paoli en las milicias patriotas y en el Ejército Continental, véase Harwell, R. B., Freeman, D. S., 1992, 354; Flexner, J. T., 1968, 229. Podemos encontrar una voz británica ligeramente escéptica en Loftus Cliffe a Jack Cliffe, 24 de octubre de 1777, Loftus Cliffe Papers, WLCL.

11. Sobre las bayonetas, véase Goldstein, E., 2000. «[…] en manos»: Mante, T., 1772, 215. Houlding, J. A., 1981, 261 (n. 10), apunta que el entrenamiento con la bayoneta «curiosamente, se descuidó bastante» hasta finales del siglo, y no se trató con profundidad hasta Gordon, A., 1805.

12. Véase Conway, S., 1990, sobre los prejuicios de los soldados

rasos hacia los soldados estadounidenses. «[…] un cuerpo respetable»: Dr. John Berkenhout, Journal of an Excursion from New York to Philadelphia in the Year 1778 , entrada del 24 de agosto de 1778, Germain Papers, vol. 8. Sin embargo, véase la advertencia anterior de Germain a WH: «[…] esa misma pusilanimidad que les impide hacerte frente en campo abierto puede, en algunas ocasiones, funcionar como el propio valor e instigarlos a buscar oportunidades de atacar por sorpresa», GG a WH, 3 de marzo de 1777, CO5/94, parte I, fols. 105-106.

13. Encontramos comparaciones contemporáneas entre la bayoneta, el tomahawk y el cuchillo de despellejar en Parliamentary Register (1778), 80, 99.

14. En los detalles sobre Banta sigo a Ward, H. M., 2002, 77.

15. The Royal Gazette , 3 de octubre de 1778. «Entonces nos»: New-York Gazette , 5 de octubre de 1778.

16. Pension application of William Bassett [Solicitud de pensión de William Bassett], W9739 (29 de diciembre de 1833).

17. «[…] clavados»: palabras de un coronel hessiano citado en Fischer, D. H.,2004, 97.

18. El momento de la violencia, explica el sociólogo Wolfgang Sofsky en las páginas 37 y 179 de su obra de 1996, es rápido, breve e intenso. Sin embargo, la duración de una masacre es diversa, ya que en ella los asaltantes atacan, dejan escapar, vuelven a capturar, incluso juegan y, al final, matan.

19. Pension application of William Bassett, W9739. Sobre la teoría de los recuerdos traumáticos y su empleo como prueba histórica, véase Cox, C., 2013, 113-114.

20. Shaw, J. R., 1807, 20-21. DeLancey, E. F. de (ed.), 2006, vol. I, 286. La palabra «masacre» [«massacre» en inglés] tiene una etimología complicada y algo incierta, con derivaciones que parten del latín vulgar y del francés antiguo para significar carnicero, carnicería, matadero o utensilios de carnicero (como, por ejemplo, la tabla de carnicero). En el inglés de la Edad Moderna, la palabra

significaba «una matanza indiscriminada y brutal» o «carnicería, gran matanza». Los especialistas, para diferenciar «masacre» de «atrocidad», suelen indicar que la primera implica la matanza, a menudo con especial crueldad y desenfreno (a veces también en forma de mutilaciones), de varios o muchos seres humanos indefensos o que no ofrecen resistencia por parte de una fuerza a menudo muy superior, en una acción que está limitada a un lugar y momento concretos. Véase la introducción de Mark Levene en Levene, M., Roberts, P. (eds.), 1999. También, en la misma colección, Greengrass, M., 1999, en especial en la pág. 69 ; Dwyer, P. G., Ryan, L. (eds.), 2012; Vogel, C. (ed.), 2006, 7-14, en especial la pág. 10 ; Metz, K. H., 2010, 64-65; Humphrey, M., 2002. «massacre, n.», entrada del OED on-line , en < http:// www.oed.com >; Möbius, S., 2008; Id ., 2002.

21. Stewart a GW, 28 de septiembre de 1778; Williams a GW, 28 de septiembre de 1778; Putnam a GW, 28 de septiembre de 1778.

22. «[…] horribles crímenes», «no dar cuartel» y «una parte considerable»: New-Jersey Gazette , 7 de octubre 1778. También en: Connecticut Journal , 21 de octubre 1778, bajo Trenton, 7 de octubre; Massachusetts Spy , 22 de octubre de 1778 («por el Hartford Post»). «[…] de la manera más»: Continental Journal , 8 de octubre de 1778 (extracto de una carta del Cuartel General, 20 de septiembre de 1778). Véase también Pettit a NG, 1 de octubre de 1778, PNG , vol. II, 531-536.

23. Baylor a GW, 19 de octubre de 1778; GW a HL, 29 de septiembre de 1778; GW a Charles Scott, 29 de septiembre de 1778; GW a Horatio Gates, 30 de septiembre de 1778; GW a HL, 3 de octubre de 1778 (leída en el Congreso el 7 de octubre, JCC , vol. XII, 987). Connecticut Journal , 28 de octubre de 1778: extracto de una carta de GW al Congreso, 3 de octubre de 1778. Baylor declarado muerto en Royal Gazette , 3 de octubre de 1778; New-York Gazette , 5 de octubre de 1778 (en esa misma edición se alaba el éxito británico por la cantidad de enemigos bayoneteados, pero también porque a algunos se les diera cuartel).

24. Virginia Gazette , 13 de octubre de 1778. «[…] penosa incertidumbre»: carta del Sr. Pendleton, del condado de Carolina, Virginia, al general Woodford, 17 de octubre de 1778, citada en

Maurer, C. F. W., 2005, 162.

25. JCC , vol. XII, 987. HL a WL, 6 de octubre [1778], LDC , vol. XI, 34-35. WL a Stirling, 11 de octubre de 1778. Stirling a GW, 30 de septiembre de 1778; WL a GW, 13 de octubre de 1778; Stirling a GW, 14 y 16 de octubre de 1778. Stirling a Griffith, 15 de octubre de 1778, citada en Demarest, T., 1971, 39. Acerca de Griffiths, véase también Maurer, C. F. W., 2005, 143-147.

26. Maurer, C. F. W., 2005, 141, 152. Véase Clancy, M. J., 1960, 223-226, sobre cómo los beligerantes británico-norteamericanos fueron resolviendo la forma en que habrían de aplicarse entre ellos los códigos de la guerra, por ejemplo, en lo relativo a la evacuación de los no combatientes durante los asedios, el cuidado de los heridos, la recuperación de los cadáveres tras las batallas, etc.

27. Livingston al Congreso, 22 de octubre, The correspondence, journals, committee reports, and records of the Continental Congress (1774-1789) , 68/413, NARA M247. Stirling a HL, 21 de octubre (leída en el Congreso el 26 de octubre, JCC , vol. XII, 1062), en PHL , vol. XIV, 435-436; se imprimieron extractos en, por ejemplo, Pennsylvania Packet , 29 de octubre de 1778.

28. El informe de Stirling al Congreso, junto con la carta de Griffith y los afidávits reunidos por él y por Livingston, se publicaron entre finales de octubre y mediados de diciembre en, por ejemplo, Pennsylvania Packet ; Pennsylvania Evening Post ; Boston Gazette ; Norwich Packet ; New-Hampshire Gazette ; Independent Chronicle; Massachusetts Spy; South-Carolina and American General Gazette . En cuanto a la Virginia Gazette , véase la edición del 23 de octubre de 1778. «[…] quemado vivo»: cita tomada de Conway, S., 1995, 107-108. El Congreso también valoró la posibilidad de emprender una acción de represalia. Justo después de encargar la investigación a Livingston el 6 de octubre, el Congreso anuló los acuerdos recientes a que había llegado con los británicos para el intercambio de prisioneros. Véase HL a John Beatty, 9 de octubre de 1778, PHL , vol. XI, 41-42.

29. «[…] conocimiento»: Nelson, P. D., 1996, 69. Sobre los superiores de Grey: HC a GG, 8 de octubre de 1778, y a Cornwallis, [8 de octubre de 1778], Clinton Papers 43/3-4. En General Evening

Post , 3 de diciembre de 1778, se imprimió copia de carta de Cornwallis a HC [?], 28 de septiembre de 1778; también se imprimió en London Chronicle , 1-3 de diciembre de 1778; Morning Chronicle , 2 de diciembre de 1778.

30. London Chronicle , 26-28 de noviembre de 1778 (con fecha de 29 de septiembre en Nueva York); también en Daily Advertiser , 28 de noviembre de 1778; St James's Chronicle , 26-28 de noviembre de 1778; Westminster Journal , 5 de diciembre de 1778.

31. Stuart a lord Bute, 7 de octubre de 1778, en Montagu-Stuart-Wortley, V. H. G. (ed.), 1925, 136-137. En cuanto a Kemble, véase la entrada de su diario [Journal] del 22-27 de septiembre de 1778. Sobre las pruebas arqueológicas que se mencionan en el pie de la fotografía de los esqueletos, véase Demarest, T., 1971, 70-76, que contiene referencias adicionales.

32. Ferguson a HC, 15 de octubre de 1778: Royal Gazette , 24 de octubre de 1778; Pennsylvania Packet , 5 de noviembre de 1778; Independent Ledger , 28 de diciembre de 1778; Adams Weekly Courant , 8 de diciembre de 1778; Gazetteer and New Daily Advertiser , 2 de diciembre de 1778; Public Advertiser , 2 de diciembre de 1778. Stedman, C., 1794, vol. II, 46-50. Véase también Stryker, W. S., 1894, 3-5, 11, 15, 23, 30-31, 34.

33. Virginia Gazette , 23 de octubre de 1778.

34. JCC , vol. X, 81-82; vol. XI, 613-615, 621; vol. XII, 1080-1082 (el texto del manifiesto es del 30 de octubre de 1778). Sobre Morris, véase Mintz, M. M., 1970, 105, 111; Barlow, J. J. (ed.), 2012, 25. Morris, G., 1779; JCC , vol. XII, 1063, vol. XIII, 421; Sadosky, L. J., 2009, 90-118.

35. Sobre la Cámara de los Comunes: Parl. Hist ., vol. XIX, 1389-1401 (las citas están en 1400). Sobre la Cámara de los Lores: Parl. Hist ., vol. XX, 1-13 (la cita está en 13).

36. El gobierno: Parl. Hist ., vol. XX, 8-9, 15. Acerca de Shelburne: Parl. Hist ., vol. XX, 30-33.

37. Parl. Hist ., vol. XIX, 1397-1398.

38. Parl. Hist ., vol. XX, 23.

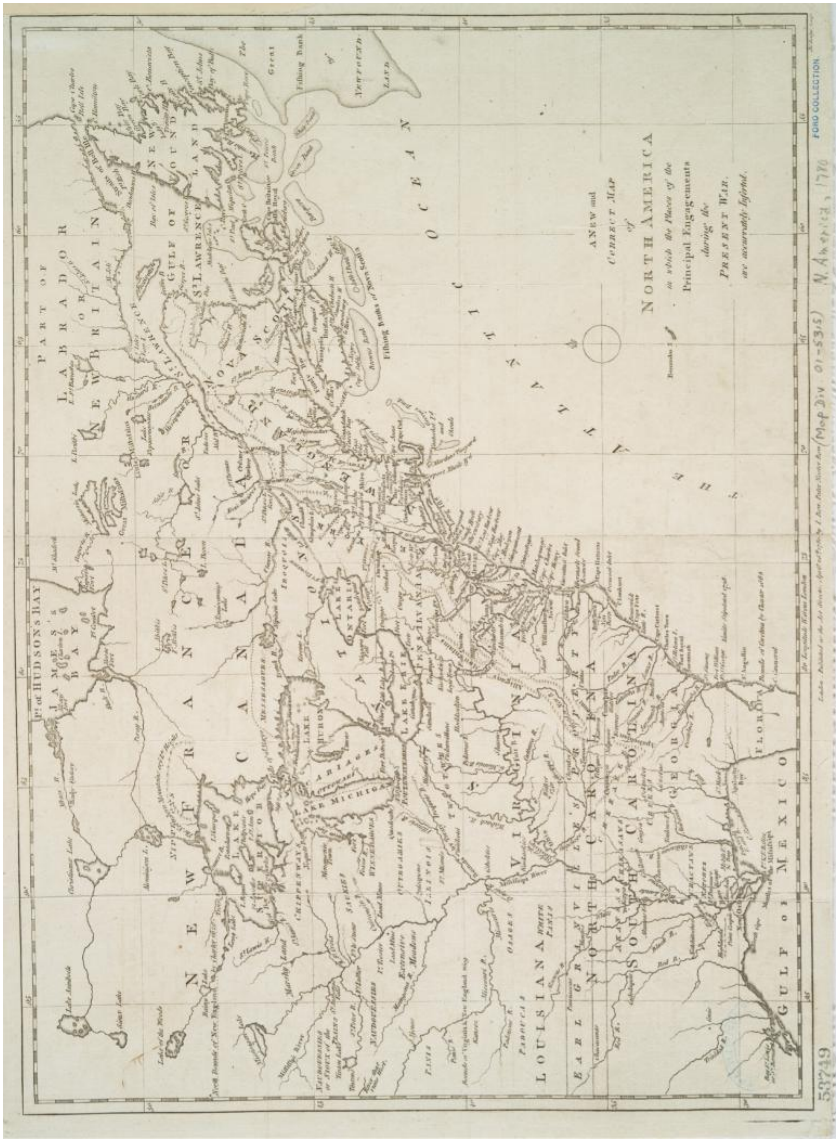
39. Parl. Hist ., vol. XX, 43-46.

40. «Quemar la costa marítima»: John Adams a James Lovell, 19 de diciembre de 1778, PJA , vol. VII, 290. «[…] cambiado por completo»: borrador de los comisionados [BF, Lee y Adams] redactado por JA para el conde de Vergennes, en ibid ., 294-305. La carta finalmente enviada, fechada en Passy antes del 9 de enero de 1779, en PJA , vol. VII, 305-311 (citas en 305 y 306). Véase también A. Lee a Schulenberg, fechada en París el 25 de diciembre de 1778, RDC , vol. II, 867-869. Andrew, D. T., 1994, entrada 248.

_____

*N. del T.: Conviene recordar que, en los años 60 del pasado siglo, se acuñó el concepto «vietnamización» para describir un cambio de estrategia en el conflicto de Vietnam. Dicha nueva estrategia consistía en defender Vietnam del Sur ya no mediante el envío masivo de tropas estadounidenses –lo cual tenía un coste político cada vez más difícil de asumir en Estados Unidos–, sino empleando fuerzas militares del propio Vietnam del Sur. Un proceso similar se ha repetido, décadas después, en Afganistán y en Irak.

** N. del T.: Expresión latina que significa, literalmente, «por los altares y los lares», pero que ha venido a equivaler a «por Dios y por la patria».



Nuevo y correcto mapa de Norteamérica, en el cual se insertan con exactitud los lugares de los principales enfrentamientos sucedidos durante la presente guerra (Londres, 1780), de John Lodge.

Capítulo 9

Destructor de Pueblos

El 5 de julio de 1779, municipios patriotas por todos los Estados Unidos celebraban el tercer aniversario de su independencia (el 4 de julio había caído en domingo). Esa noche, el general John Sullivan presidió una cena en Wyoming, localidad de la frontera de Pensilvania. Los congregados brindaron por el «general Washington y el ejército» y también por el rey y la reina de su nuevo aliado, Francia. Sullivan, hijo de inmigrantes irlandeses y abogado rural de Nuevo Hampshire, había representado a su colonia en el primer Congreso Continental antes de alzarse en armas por los Estados Unidos. «Ancho de espaldas y con el pecho fuerte y grueso», de «pelo negro y rizado y ojos penetrantes», Sullivan era un gran bebedor, propenso a irritar a sus camaradas oficiales y a sus superiores civiles por igual. Sin embargo, tras ser capturado en la batalla de Long Island y quedar después libre por un intercambio de prisioneros, había tenido un buen desempeño en Trenton y en Princeton. Sullivan estaba ahora al frente de la operación más ambiciosa del Ejército Continental en 1779: una campaña de terror contra la confederación iroquesa.1

Adam Hubley, un joven oficial que servía a las órdenes de Sullivan, calificó el paisaje de pintoresco. Wyoming estaba situado en un lugar «elegante y delicioso», en la orilla este del ramal oriental del río Susquehanna, en un «extenso valle» que Hubley pintaba tal que «puro jardín de suelo rico y excelente, abundoso en grandes árboles madereros» y rodeado por cadenas montañosas. La propia población consistía en alrededor de setenta cabañas de madera, así como varios hornos y ahumaderos, que mantenían abastecido al centenar

de soldados de la guarnición del fuerte local. Los vecinos ofrecían un penoso contraste con el idílico marco natural. Dos tercios eran viudas y huérfanos «que por las viles manos de los salvajes han sido cruelmente privados» de maridos, padres y amigos, además de «robados y saqueados de todos sus muebles y ropa».2

Muchos de los oficiales y soldados de Sullivan habían empleado los días anteriores en visitar un siniestro campo de batalla en el que los fragmentos de esqueletos y los cuerpos en descomposición, dispersos a lo largo de un área de 3 km, evocaban las inenarrables atrocidades de las que tanto habían oído hablar. La tropa recorrió el lugar por su cuenta, mientras que los oficiales se hicieron acompañar por guías locales que les mostraban cráneos «con la cabellera arrancada e inhumanamente machacados con el hacha» o «brutalmente acuchillados y golpeados». Estos restos eran prueba irrefutable de «que las pobres criaturas debieron sufrir de un modo terrible». A los turistas también los llevaban ante una fosa común de más de 70 cuerpos. Nathan Davis, que entonces tenía diecisiete años, recordaría más tarde: «Aquí y allá había algún esqueleto secándose en el bosque, o a campo abierto, con las señales del tomahawk en él». En un lugar, según recordaría otro soldado, «se hallaron siete u ocho personas casi consumidas: las habían quemado hasta morir». En un punto donde la hierba crecía ahora de forma distinta, era evidente que catorce hombres habían sido obligados a sentarse en círculo y que luego los habían matado con tomahawks de uno en uno. Los peregrinos-soldados lo llamaron «lugar de calaveras» y «Gólgota» estadounidense.3

Justo un año antes, los guerreros de la Confederación Iroquesa encabezados por el jefe mohawk Thayendanegea, el cual hablaba inglés con fluidez y también era conocido como Joseph Brant, habían atacado, junto a los rangers lealistas del coronel John Butler, algunos asentamientos del valle del Wyoming. Aquella región había sido escenario, durante dos décadas, de un conflicto violento entre los colonos de Pensilvania y Connecticut, y también entre ellos y los indios delawares. El 3 de julio de 1778, Butler y sus guerreros, en su mayoría senecas, mataron entre 220 y 300 soldados patriotas, contando milicianos y continentales, bien en batalla, bien mientras huían. Aunque Butler aprobó el incendio de 1000 hogares y numerosos fuertes, consiguió proteger a los supervivientes de la

milicia que se rendían y también a los civiles. Sin embargo, los patriotas lo acusaron de haber cometido una masacre. Inflaron el número de muertos hasta cuatro centenares y adornaron sus relatos con atrocidades espeluznantes.4

Ahora, mientras el ejército occidental de Sullivan descansaba en Wyoming y 80 de sus oficiales celebraban el aniversario de la independencia de los Estados Unidos, estos alzaron dos calaveras para aumentar el efecto dramático de un nuevo brindis: «Civilización o muerte a todos los salvajes americanos». Unos días más tarde, aquel mismo mes, el ejército de Sullivan recogería los huesos de dos supuestos mártires de Wyoming, de quienes se decía que unos guerreros salvajes –e incluso una mujer guerrera– los habían herido con tomahawks y luego les habían arrancado las cabelleras y los habían lanceado. Los volvieron a inhumar en una ceremonia masónico-militar en la que poco importó que, en realidad, el capitán Davis y el teniente Jones hubieran sido asesinados mientras cazaban unos meses antes de la batalla. La veracidad de las acusaciones concretas tenía mucha menos importancia que su fuerza emocional. Para los soldados continentales, los huesos y calaveras de los que se habían encargado en la víspera de su campaña corroboraban las aterradoras historias de masacres indias y les ayudaban a justificar su propia misión. Al fin y al cabo, la experiencia había demostrado que la violencia extremada era el único idioma que parecían entender los salvajes.5

En 1775, según nos recuerdan los historiadores de la primera época de los Estados Unidos, «la mayor parte de Norteamérica era todavía territorio indio». Sin embargo, durante generaciones, colonos sedientos de tierra que presionaban hacia el oeste se habían enfrentado a los pueblos indígenas del subcontinente en mortíferas disputas por tierras y formas de vida distintas. Es innegable que colonos e indios establecieron intercambios comerciales y culturales, que sellaron alianzas diplomáticas y militares –de hecho, la Corona británica dependió de los nativos norteamericanos en sus guerras imperiales con Francia–, y que los colonos blancos y los indios a veces se casaban entre sí. Sin embargo, la fragilidad del acuerdo no acabó nunca con la violencia. Durante décadas, antes de la Revolución, los colonos también habían emprendido guerras de aniquilación contra los asentamientos indios, en las que habían

destruido las cosechas y asesinado a no combatientes, incluyendo mujeres y niños. Según las crudas palabras de un jefe militar revolucionario de la frontera occidental, el objetivo de los blancos respecto a los indios era «superarlos en barbarie».6

De hecho, en la frontera, el conflicto endémico se caracterizaba por formas de hacer la guerra de una brutalidad extraordinaria. Los nativos norteamericanos empleaban, de un modo deliberado, fuerzas bastante pequeñas con las que intentaban crear el máximo pánico posible. Atacaban a no combatientes, arrancaban cabelleras y torturaban. Mutilaban los cadáveres y los exhibían para asustar al enemigo. A mediados del siglo XVIII, las respuestas a dichas estrategias de terror se enmarcaron en lo que el historiador Peter Silver ha denominado «la sublimación antiindia», un lenguaje chorreante de sangre y una imaginería de una crueldad que no parecía tener límite. Este lenguaje legitimaba la violencia contra los nativos norteamericanos. Los colonos –y desde mediados del siglo, también los británicos– emplearon cada vez en mayor medida las técnicas indias de la guerra, incluida la práctica de arrancar cabelleras. Aunque el manifiesto británico de 1778 carecía de precedentes por sus amenazas de violencia descontrolada entre las fuerzas de los blancos británicos y los estadounidenses, es posible que dicho manifiesto les resultara menos sorprendente a los norteamericanos de la frontera, que hacía ya mucho que se habían habituado a la guerra sin límites.

El historiador Wayne E. Lee ha mostrado que la violencia de la frontera aumentó hasta quedar fuera de control, en parte, debido a las distintas culturas de la guerra de los europeos y de los nativos norteamericanos, incompatibles entre sí. Para los indios, la denominada guerra de duelo era una forma de compensar la pérdida de población, mediante la cual los cautivos reemplazaban, tanto literal como simbólicamente, a sus muertos, y ayudaban a aliviar el dolor de los que los lloraban. Los indios, a diferencia de los blancos, no violaban a las mujeres, pero sí torturaban a los prisioneros. Por su parte, los europeos mataban a más combatientes enemigos de forma directa, pero sus leyes de la guerra exigían dar cuartel al enemigo que se rindiera. Al chocar unos sistemas de fuerza y de contención tan distintos, la violencia del bando contrario siempre parecía menos legítima y más merecedora de

venganza que la propia.7

En 1775, el fracaso de Gran Bretaña en la protección de los colonos norteamericanos frente a las agresiones indias había contribuido a la insurrección de los rebeldes. Los patriotas justificaban una invasión preventiva de Canadá por, entre otras razones, el temor a una guerra con los indios. También, en la Declaración de Independencia, entre las acusaciones que se le hicieron a Jorge III, estaba la incitación por parte de los británicos a la violencia de los «despiadados indios salvajes». Durante el verano y las primeras semanas del otoño, efectivos traídos desde Virginia y ambas Carolinas llevaron la guerra total al propio territorio de los cheroquis: quemaron cosechas, destruyeron pueblos enteros y mataron a indios indefensos, incluso mujeres y niños. Por todo el territorio indio, la Revolución estadounidense exacerbó los conflictos existentes e introdujo nuevas fallas. En el Norte, la mayoría de las tribus indias no pudieron mantener su neutralidad inicial. Después de 1776 tuvieron una presión cada vez mayor, dirigida a que se aliaran con los británicos o con los patriotas. Los abenaquis del norte de Nueva Inglaterra se dividieron por dicha cuestión. En 1777, la guerra civil había estallado ya en el seno de la Confederación Iroquesa, también conocida como las Seis Naciones. Muchos oneidas se unieron a los rebeldes. Sin embargo, la gran mayoría de las otras cinco naciones –los cayugas, los mohawks, los onondagas, los senecas y los tuscaroras– se vieron empujadas a aliarse con los británicos por necesidades comerciales y por su desconfianza hacia los rebeldes norteamericanos, siempre sedientos de tierras. La Guerra de la Revolución estadounidense se estaba convirtiendo, en palabras de la historiadora Carroll Smith-Rosenberg, «tal vez, en la más brutal de todas las guerras norteamericanas entre europeos y nativos» del siglo XVIII.8

En Gran Bretaña, el empleo militar de nativos norteamericanos contra rebeldes blancos, antes consúbditos, fue muy polémico, incluso más que armar a afroamericanos esclavos o liberados. Dado que las costumbres indias de la guerra se percibían como bárbaras, la oposición pública en Gran Bretaña al empleo de los guerreros nativos norteamericanos fue muy amplia. Solo una pequeña minoría de los partidarios de las políticas de mayor dureza eran proclives a utilizar nativos norteamericanos en la guerra contra los rebeldes

norteamericanos. Uno de ellos era William Markham, arzobispo de York –el segundo prelado anglicano en importancia–, cuyo vociferante apoyo de las alianzas indias fue objeto de sátira en la estampa The Allies [Los aliados] publicada en Londres en 1780.9

Durante el curso de la guerra, ambos bandos forjaron alianzas con guerreros nativos y ambos bandos emplearon también técnicas de guerra indias. Las dos partes se quejaron escandalizadas, como era de esperar, por la supuesta conducta bárbara del contrario. Sin embargo, aquí también los patriotas norteamericanos se demostraron superiores en la polémica. Equipararon el estereotipado salvajismo de los indios con la barbarie de los británicos y de los lealistas norteamericanos, hasta el punto de que, en estampas y carteles, solían pintar a los últimos arrancando cabelleras y comiéndose, cual caníbales, a patriotas. Estas historias resultaron muy efectivas, en parte, porque se confeccionaban a partir de algún hecho real. Durante 1778 no solo tuvo lugar la Masacre de Wyoming, sino también un choque fronterizo especialmente brutal en Cherry Valley, en el este del territorio de Nueva York. Allí se mataron a más civiles –mujeres y niños incluidos– que a soldados. Según la fría apreciación del secretario Germain, Cherry Valley fue un «éxito».10

The Allies – Par nobile Fratrum [Los aliados - Un noble par de hermanos]. Estampa (Londres, 1780) publicada por John Almon. El arzobispo Markham aparece llevando cuchillos de arrancar cabelleras, tomahawks y crucifijos a Jorge III, el cual se da un festín con los restos de un infante en compañía de un jefe indio. La Biblia está colocada al revés y bajo el estandarte raído de Jorge III, «Defensor de la Fe». Aparecen esparcidas por el suelo pedazos del cuerpo de un niño, mientras un perro vomita.

Algunos indios explicaron, más tarde, que los había enfurecido que les acusaran falsamente de las atrocidades de Wyoming, y también que los patriotas norteamericanos que se habían rendido allí regresaran a la lucha pese a haber prometido quedarse al margen del conflicto. Sin embargo, ni estos argumentos ni los numerosos ataques contra asentamientos indios llevados a cabo por los rangers y las milicias fronterizas pudieron hacer mella en la fuerza que iba ganando, entre los patriotas, la imagen conjunta de la barbarie indio-británico-lealista. En 1779, Benjamin Franklin y el marqués de Lafayette ya estaban creando una serie de estampas para «ilustrar las crueldades británicas» en los libros escolares estadounidenses. Incluyeron, de forma destacada, escenas de «salvajes matando y arrancando las cabelleras a los granjeros de la frontera y a sus familias», y también de oficiales británicos que presidían banquetes caníbales en los que los nativos norteamericanos devoraban a prisioneros blancos norteamericanos.11

En este ambiente de temor y odio inveterado, en febrero de 1779, el Congreso cedió a las presiones de estados fronterizos para que se lanzara una misión de castigo contra el territorio indio. El Congreso, en respuesta a las solicitudes de Nueva York y de Pensilvania de combatir las «depredaciones de las fronteras» occidentales que llevaban a cabo los indios, encargó a Washington «tomar medidas efectivas para proteger a los habitantes del país y castigar a los salvajes». En la frontera, la Revolución estadounidense afrontaría la violencia con violencia ilimitada.12

RUINA TOTAL

La campaña contra la región de los iroqueses sería una de las operaciones del Ejército Continental más grandes y complejas de toda la guerra. Comandada por el general John Sullivan junto con el general de brigada James Clinton, hermano del gobernador George Clinton, englobaría a más de un tercio de las fuerzas totales del Ejército. Fue financiada por el Congreso por un coste de casi 33 000 libras esterlinas. Washington supervisó en persona el plan y los preparativos.13

Washington explicó que el objetivo del Ejército Continental en la campaña contra las Seis Naciones era, nada menos, que «la total destrucción y devastación de sus asentamientos y la captura de tantos prisioneros, de cualquier edad y sexo, como sea posible. Será esencial arruinar los cultivos que ahora tienen plantados y evitar que planten más». No habría ofertas de paz hasta que «se consiga la ruina total de sus asentamientos». Luego continuaba: «Nuestra futura seguridad residirá en su incapacidad para dañarnos, en la distancia a la que se les empuje y en el terror que les inspirará la severidad del castigo que reciban». Washington estaba al corriente de la precariedad de la situación alimenticia de los indios. Debido a las malas cosechas de los dos años anteriores, la de aquel año era vital para evitar una hambruna. Al ordenar la destrucción de la cosecha de 1779 en un estadio en el que ya era demasiado tarde para sembrar otra, las instrucciones de Washington equivalían a una versión extrema de la «lucha por la comida» que durante décadas había sido la estrategia básica de los norteamericanos europeos contra los nativos. Hoy, esto nos puede parecer una forma de genocidio. En el siglo XVIII, la palabra más habitual con significado similar era, tal vez, «extirpación». Hacia el final de la campaña de Sullivan, un soldado estadounidense escribió que su objetivo era «extirpar a esos perros infernales de la faz de la tierra». El mayor Jeremiah Fogg, haciéndose eco del ya citado brindis con calaveras, también recomendaba «bien civilizar la raza, bien extirparla del todo».14

Para gran frustración de Washington, Sullivan retrasó una y otra

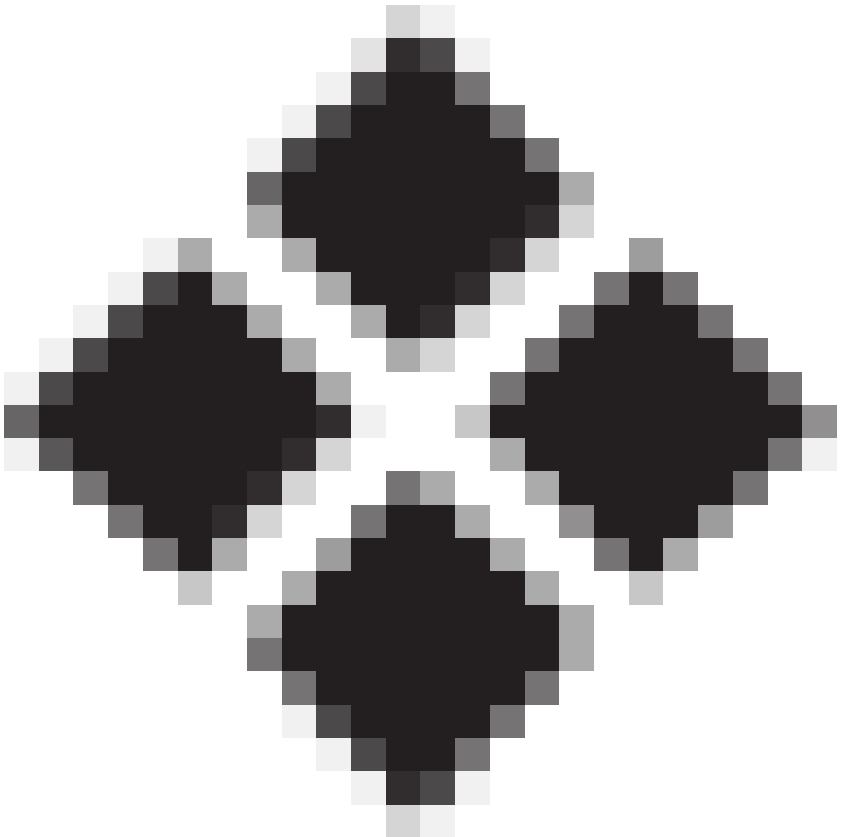
vez la partida de su ejército de Wyoming y cada vez pedía más hombres y material. Su excesiva prudencia le privaría de las ventajas de la velocidad y la sorpresa. Según nos cuenta el biógrafo de Sullivan, la expedición que salió de Wyoming a finales de julio no era «una fuerza expedicionaria ligera que pretendiera moverse con agilidad por el territorio indio; se trataba de un ejército completamente equipado que emprendía la invasión de un territorio extranjero». A primeros de agosto, Sullivan y Clinton, por fin, se adentraron profundamente en el país de los senecas y los cayugas con alrededor de 4000 soldados continentales. No encontraron apenas oposición. Este ejército, que disponía de 1200 caballos de carga y 800 cabezas de ganado, se extendía en su marcha más de 3 km de largo, o hasta 6 km si el terreno era más angosto. Durante las semanas posteriores tuvieron que abrir carreteras por territorio inexplorado, vadear ríos que llegaban hasta la cintura y atravesar enormes áreas pantanosas. Si se encontraban con nativos, las instrucciones mandaban «deprisa dar el grito de guerra, a bayoneta calada. Nada desconcertará y aterrorizará más a los indios que esto».15

En la práctica, solo libraron una batalla. El 29 de agosto, en Newton, derrotaron a una fuerza indio-lealista de mucho menor tamaño. Las bajas continentales de toda la campaña fueron muy reducidas: en conjunto, por causas diversas –incluidos los accidentes y las enfermedades– murieron alrededor de 40 hombres; 16 fallecieron por ataques indios. La actividad habitual diaria de los invasores no fueron las escaramuzas ni las batallas. Lo que hacían era marchar de una población india a la siguiente, o a los alrededores de distintos tipos de asentamientos. Según el enorme ejército en movimiento anunciaba su presencia desde la distancia, los nativos norteamericanos evacuaban los lugares cercanos. Para cuando llegaban los soldados, las localidades se encontraban ya vacías, aunque, a veces, los continentales hallaban los hogares encendidos, el maíz tostándose y los cazos hirviendo. Los invasores plantaban entonces su campamento y se regalaban con los productos locales, que les servían de saludable suplemento a sus raciones. Después acometían una trabajosa labor de destrucción.16

Los numerosos diarios que nos han llegado de la campaña abundan en referencias a esta rutina diaria. También nos permiten entrever

el asombro de los soldados por la calidad de las viviendas, las despejadas y fértiles tierras y la enorme extensión y excelencia de los cultivos de los indios. A primeros de septiembre, el teniente Obadiah Gore, de treinta y cinco años, se maravillaba en Canandaigua, un «lugar idóneo» y muy «bien situado», de sus 23 «buenas y elegantes edificaciones y de su abundancia en maíz y verduras». Para el teniente Gore, la campaña era una cuestión personal. Su familia había participado en la creación del asentamiento de Wyoming. Después de que tres de sus hermanos y dos cuñados murieran y otros dos hermanos resultaran heridos allí, Gore había conseguido que lo trasladaran al valle del Wyoming. Tras admirar los logros de la civilización india, ayudó a reducir Canandaigua a cenizas.17

Mapa de la marcha del general Sullivan desde Easton hasta los países de los senecas y los cayugas. Dibujo coloreado (1779) de autor anónimo.



Según el proyecto inicial de la campaña de verano, tres contingentes separados entre sí, a las órdenes respectivas de Sullivan, Clinton y el coronel David Brodhead, debían marchar a través del territorio de Nueva York y converger cerca de Tioga. Al final, Brodhead no se reunió con Sullivan y Clinton. Sus soldados continentales y milicianos –entre 600 y 700–, junto con algunos delawares amigos, ascendieron por el río Allegheny ya avanzado el verano. En su camino destruyeron cosechas y alimentos. Mataron un número desconocido de nativos y dejaron a los senecas y a los lenapes en peligro de perecer por hambre durante el siguiente invierno. Regresaron a Pittsburgh, después de una marcha de

treinta y tres días y más de 300 km, con un botín valorado en más de 30 000 dólares. Hubo otras operaciones de planteamientos similares, aunque independientes de la anterior, en la primavera de 1779. El coronel Evan Shelby había quemado antes casi una docena de poblaciones indias y 20 000 fanegas* de maíz en el territorio de los cheroquis chicamaugas. Además, las tropas del coronel Goose van Schaick destruyeron casas, maíz y otros productos alimenticios de los onondagas, y apresaron a hombres, mujeres y niños.18

A lo largo de la campaña, los comandantes continentales promulgaron advertencias para que sus tropas no robaran suministros del ejército ni a sus camaradas. También insistieron en que se respetara a la población blanca local. Según quedó registrado en un libro de órdenes, sin hipocresía alguna, «la humanidad dicta a cada soldado que no aumente las penalidades de estos a quienes ya martiriza un enemigo salvaje».19

En menos de dos meses, el contingente de Sullivan destruyó un mínimo de 40 poblaciones indias, entre 450 y 700 casas. La mayoría de estas eran viviendas multifamiliares de unos 6 m de ancho y hasta 20 o casi 25 m de largo. Esta cuenta no incluye las aldeas que los soldados quemaron sin órdenes explícitas. Aquel verano fueron destruidas, prácticamente, todas las edificaciones del territorio iroqués. Antes de quemar las casas, los soldados solían saquearlas y llevarse todo lo que podían, desde sábanas, ropas y pieles hasta artículos del hogar, dinero e incluso muebles. Hallaron señales de un comercio notable con los europeos y también de regalos diplomáticos del mismo origen, como por ejemplo loza y cerámica, así como objetos de artesanía tradicional. Las mujeres indias intentaron esconder, en muchos casos, objetos valiosos y alimentos, pero, las más de las veces, los soldados los descubrían. Al incendiar las viviendas, ardía cualquier pertenencia que pudiera quedar en ellas. En Big Tree, Nathan Davis ayudó a quemar la Grand Council House, «de aguilones pintados de bermellón», y más de un centenar de casas, cabañas y chozas, muchas de ellas repletas de maíz. «La vista de tantas construcciones ardiendo, las nubes espesas de humo negro y las columnas retorcidas de las llamas que las traspasaban creaban un espectáculo terrible y sublime».20

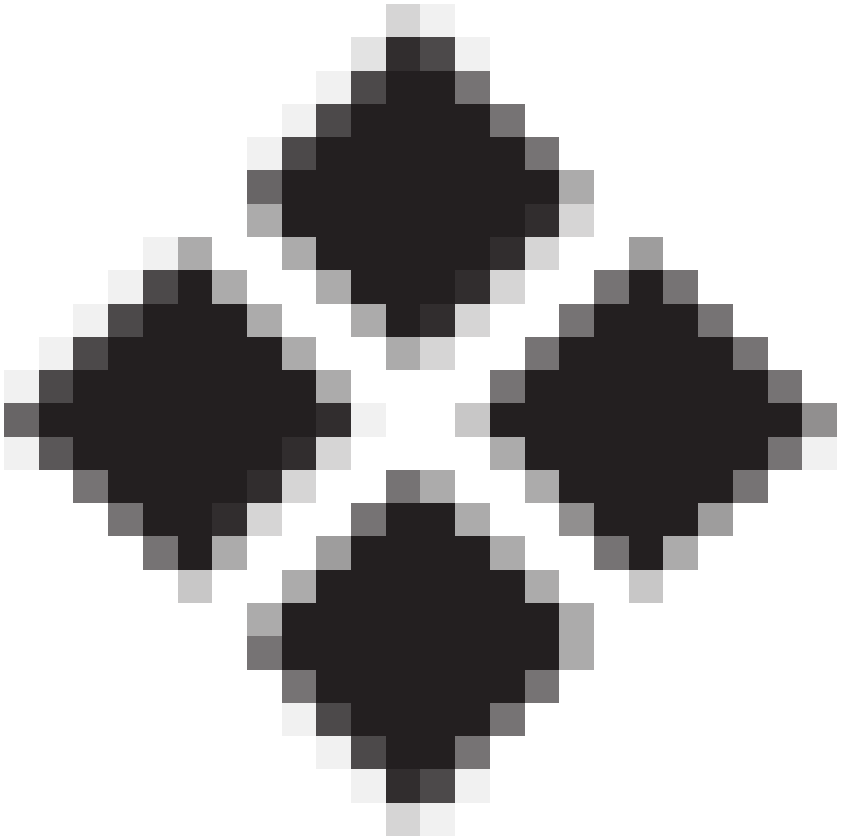
Los continentales se apoderaron de los caballos, las vacas y los

cerdos de los indios. Pusieron la mira en los almacenes de comida, la simiente para el año próximo y los productos de granja. Lo que el ejército no consumía en el momento o salvaguardaba para su consumo posterior lo destruía. Los soldados iban cargados de copiosas cantidades de habas, patatas, cebollas, calabazas y pepinos, así como de melones, cultivados allí por vez primera en el siglo XVII. Si en algún momento iban sobrecargados, lanzaban las hortalizas a algún río cercano, en lugar de hacer montones y quemarlas.

El maíz había sido un elemento fundamental de la cultura iroquesa durante siglos. Era su principal alimento y estaba estrechamente ligado a sus mitos originarios y su vida espiritual. Durante la invasión, los campos de maíz fueron los más difíciles de destruir. Los continentales estaban asombrados por la enorme escala de los cultivos de maíz indios, el tamaño de las fincas, la altura de los tallos que medían más de 3, de 4 y hasta de 5 m, y las mazorcas de incluso 40 cm de largo. Numerosos grupos del ejército, a veces la totalidad del mismo, se detenían, de vez en cuando, uno o varios días a cortar los tallos o a quemarlos. En el extremo oeste del recorrido de la expedición, a mediados de septiembre, la totalidad del contingente, «con la mayor alegría», según informó Moses Sproule, pasó un día quemando dos centenares de acres de maíz en Little Beard's Town. Adam Hubley cuenta que al día siguiente quemaron sumas aún mayores de «maíz, habas, patatas y otras hortalizas que había en cantidades inmensas, y de una calidad que nadie había visto igual». Sullivan calculó que, en total, su fuerza destruyó 160 000 fanegas de maíz, es decir, alrededor de 5600 toneladas. Moses van Campen, uno de los intendentes de Sullivan, resumió el alcance de la destrucción: «El país que, un mes antes, parecía un hermoso y florido jardín, hoy ofrecía a la vista poco más que un triste páramo o un humeante montón de escombros». Algunos senecas que regresaron después a sus otrora prósperos pueblos encontraron que «no quedaba ni un bocado de ninguna clase de sustento, ni siquiera para evitar, por un día, que un niño pereciera de hambre».21

Hubo un procedimiento destructivo que provocó algunas protestas que quedaron registradas, e incluso casos de resistencia pasiva por parte de algunos soldados continentales. Se trataba del anillado de

los árboles frutales, es decir, la eliminación de una banda de corteza de la circunferencia de los troncos para provocar la muerte de los árboles. En el debate sobre los límites válidos en la guerra de eliminación de las propiedades del enemigo, los juristas de la época, como por ejemplo Emer de Vattel, dejaban fuera de dichos límites el anillado de árboles, igual que el arranque de viñedos, debido a que ambas prácticas arruinaban el territorio durante un plazo muy largo. De hecho, algunos de los propios oficiales de Sullivan consideraban una «degradación del ejército emplearlo en destruir manzanos y perales, cuando los propios indios los respetaban en sus incursiones, y deseaban que el general se retractase de sus órdenes al respecto». Parece que Sullivan respondió que los «indios [así] verían que en nuestros corazones hay maldad bastante para destruir todo lo que contribuya a su sustento». No obstante, algunos de sus subordinados decidieron ignorar las huertas de árboles frutales y continuaron quemando maizales con fruición, previendo, tal vez, lo que iban a necesitar una vez que suplantaran a los nativos de la región. Con todo, muchos miles de melocotoneros, perales y manzanos fueron dañados sin remisión aquel verano. Hubo que esperar hasta 1838 para que un general estadounidense criticara por vez primera, de forma abierta, la «guerra de exterminación librada por Sullivan contra los propios huertos frutales».22



Los nativos, a la vez que huían de sus pueblos, se las arreglaron para aterrorizar a sus atacantes. Cerca ya de concluir la campaña de Sullivan, un grupo de nativos mató a algunos miembros de una patrulla continental al mando del teniente Thomas Boyd. Los indios lo torturaron y también a su sargento, Michael Parker, antes de que murieran. Luego continuaron su mutilación de forma póstuma y dejaron a la vista sus apenas reconocibles cuerpos para atemorizar a los invasores. El teniente Erkuries Beatty describió los cadáveres, cuya identidad se pudo determinar gracias a algunos rasgos físicos personales:

A ambos los habían desnudado y les habían cortado la cabeza, y la carne de la cabeza del teniente Boyds la habían quitado toda y le

habían sacado los ojos. La cabeza del otro hombre no estaba allí. Estaban heridos, creo, en 40 lugares distintos del cuerpo con una lanza y grandes tajos de cuchillos en la carne, y las partes íntimas del teniente Boyds estaban casi cortadas y colgando [le habían despellejado el pene y el escroto], las uñas de los pies y de las manos estaban arrancadas, y los perros se habían comido parte de sus hombros, y también había un cuchillo clavado en el cuerpo del teniente Boyds.

Otros diarios personales intentaron reconstruir lo que les había sucedido a los oficiales torturados. El teniente Hubley pensaba que la «crudelísima y bárbara» tortura y masacre debió comenzar con «la extracción de sus uñas de las manos y los pies, luego los lancearon, los acuchillaron y los flagelaron y mutilaron sus cuerpos, luego les arrancaron la piel de los hombros por partes, les golpearon con tomahawks y separaron las cabezas de sus cuerpos y los dejaron como presa para sus perros».23

Mientras que la mayoría de los reportes norteamericanos supusieron que la tortura había sucedido antes de la muerte, Bucktooth, un guerrero indio que había presenciado los asesinatos, afirmaba que los estadounidenses habían sido desnudados, les habían aplicado el castigo de baquetas y los habían golpeado hasta morir, tras lo cual sus extremidades, rostros, torsos y genitales fueron mutilados. En cualquier caso, la decapitación, el despellejamiento y la deliberada exhibición de partes de los cadáveres eran prácticas habituales de los nativos norteamericanos. Algunos pueblos indios creían que, puesto que el alma residía en la cabeza, si decapitaban a sus víctimas estas no conseguirían acceder a la tierra de la prosperidad eterna. Para ellos, el descabezamiento era, en palabras de Jill Lepore, una manera «de ganar la guerra para siempre». El ejército enterró con honores militares los cuerpos desmembrados. En una cena, el 24 de septiembre, unos oficiales brindaron por la patriótica memoria del teniente Boyd y sus hombres, «que fueron masacrados de un modo horrible por los inhumanos salvajes, o [atención a la gradación] por sus más bárbaros y detestables amigos, los británicos y los tories».24

Aunque muchos participantes de la campaña abundaron en

comentarios sobre los cuerpos destrozados de Boyd y Parker, estos mismos participantes mantuvieron un llamativo silencio acerca de los casos de brutalidad de los blancos contra los indios. Para entonces ya se consideraba normal, en las campañas contra los indios, regresar a casa con numerosas cabelleras. Pensilvania pagó 1000 dólares por cada cabellera nativa. Varios norteamericanos escribieron en sus diarios que los soldados continentales les despellejaron las piernas a dos nativos muertos «desde la cadera hacia abajo para hacerse unas botas: un par para el mayor y el otro para mí mismo», según relata la impasible prosa de un oficial. En otra ocasión, los soldados quemaron hasta morir a una anciana y dejaron inválido a un niño que no pudieron llevarse como rehén, pese a que su comandante les había ordenado que no les hicieran daño.25

Los nativos narraron casos adicionales que no están registrados en ninguno de los diarios de los hombres blancos. Un jefe onondaga contó la historia de unos soldados, que invadieron su pueblo, al parecer durante la campaña de Van Schaick: «[…] mataron a todas las mujeres y niños, excepto algunas de las mujeres jóvenes, que se llevaron para uso de los soldados y luego las mataron del modo más infame». El general James Clinton, comandante junto con Sullivan, les recordó a sus hombres que los nativos norteamericanos «no violan nunca la castidad de ninguna mujer». Los antropólogos nos cuentan que los indios del este de Norteamérica, en efecto, no violaban o agredían en modo alguno a las mujeres cautivas, tal vez porque la abstinencia sexual era parte de las normas rituales de sus guerreros, y también porque la adopción de los cautivos, una práctica habitual en las guerras de los indios, convertía esa violación en una forma de incesto. La violación de mujeres indias por hombres blancos debió ser, por tanto, un delito muy traumático para sus víctimas y sus comunidades.26

Es imposible saber cuántos casos adicionales de crueldad contra los nativos norteamericanos no se documentaron. Los diarios de la campaña sí nos informan de la profanación de las tumbas indias, una práctica abusiva que los colonos blancos llevaban permitiéndose desde que los primeros peregrinos desembarcaron a principios del siglo XVII. En Tioga, en agosto de 1779, las tropas continentales descubrieron alrededor de un centenar de túmulos

funerarios indios de entre algo más de un metro y poco menos de dos. Los soldados los saquearon en busca de objetos que hubieran sido enterrados junto a los cadáveres para llevárselos de vuelta a casa como recuerdos. Un hombre anotó que «hallaron un buen montón de reliquias irrisorias como una pipa, [un] tomahawk, cuentas, etc.». Los soldados también saquearon y destruyeron máscaras denominadas de rostros falsos, las cuales tenían una finalidad espiritual y medicinal para los indios. Algunos oficiales dibujaron con detalle las tumbas de los guerreros antes de unirse al pillaje. Barbara Alice Mann distingue entre los oficiales, que justificaban la excavación de los túmulos y el robo de tumbas como una forma temprana de arqueología, y los soldados, que de forma ocasional profanaban las tumbas (a veces arrancaban la cabellera a indios recién enterrados) y robaban los objetos que encontraban por placer o beneficio económico. Era como si los continentales, ante la imposibilidad de enfrentarse en batalla a los guerreros nativos, optaran por atacar su civilización y mutilar sus cadáveres. Los testimonios de la época, tanto de oficiales como de soldados, no transmiten que fueran conscientes de la violación que aquello representaba para la integridad espiritual de los indios, ni, desde luego, muestran vergüenza o remordimiento alguno.27

EL IMPERIO ESTADOUNIDENSE

Para cuando el ejército de Sullivan ya se estaba retirando del territorio iroqués –había dado la vuelta al llegar a poco más de 60 km de Niágara, «lamentándolo mucho», aunque demostrando prudencia si tenemos en cuenta lo avanzado de la estación–, más de 5000 nativos norteamericanos, un tercio de la población atacada, se había refugiado en el fuerte y enclave comercial británico de Niágara. La guarnición no podía atender a un número tan grande de exiliados hambrientos. Su llegada exacerbó una crisis sanitaria en aquella base donde ya se alojaban, además de los soldados británicos y prisioneros enemigos, un número importante de nativos norteamericanos y de lealistas que habían huido antes allí. En el invierno anterior, el fuerte había proporcionado alimentos y vestido

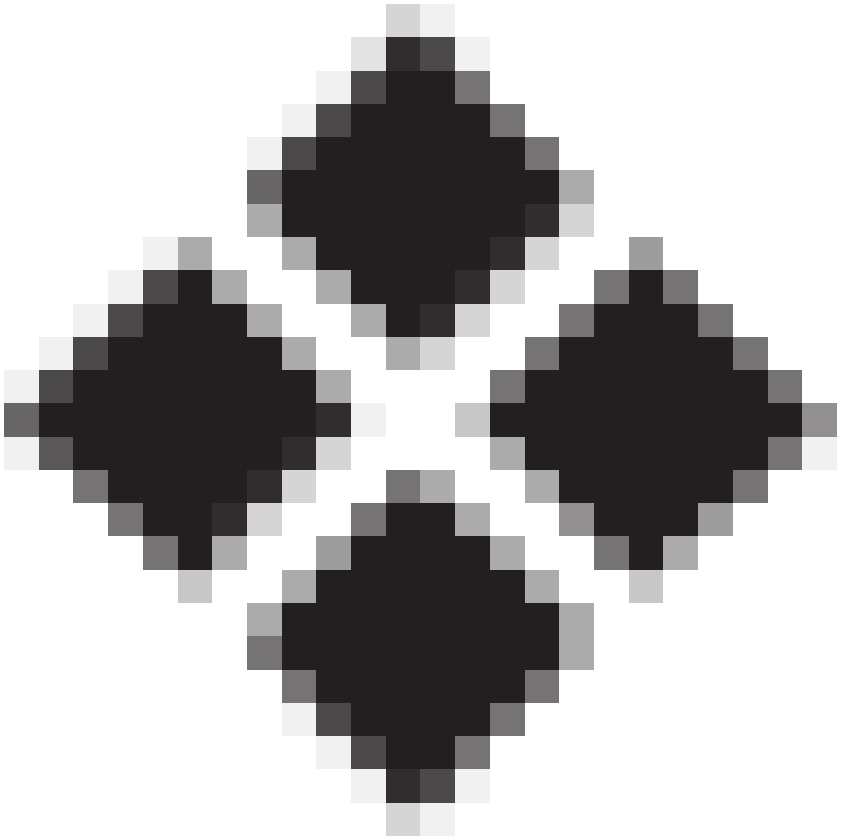
a más de 7000 nativos. En el otoño de 1779, cuando varios miles de nuevos refugiados saturaban los ya escasos recursos disponibles, se extendió el rumor de que los británicos habían envenenado la harina con pólvora para reducir el número de bocas hambrientas indias. Fuera cierta esta acusación o no, el caso es que muchos nativos murieron por malnutrición, agotamiento, disentería e hipotermia. En un momento dado, los británicos intentaron que los refugiados se alimentaran mediante la caza, pero el duro invierno –el más extremado del que se tenía registro– cubrió con metro y medio de nieve el occidente del territorio de Nueva York. Al llegar la primavera, la retirada de la nieve descubrió cientos de venados y de otros animales que habían muerto congelados. El deshielo también reveló que familias indias enteras habían perecido en refugios excavados cerca del fuerte. Al menos un millar de iroqueses no sobrevivieron a la destrucción de sus tierras, de sus viviendas y de sus provisiones alimenticias.28

El 30 de septiembre Sullivan informó al Congreso de que la destrucción de las poblaciones, casas y recursos de los iroqueses estaba casi consumada. Su informe se publicó en numerosos periódicos como la triunfante Virginia Gazette, la cual escribió que Sullivan les había «enseñado [a los indios], mediante una pena severa, el poder del imperio americano». El Congreso, por su parte, agradeció a Sullivan el castigo de quienes habían «pérfidamente emprendido una guerra injustificada y cruel contra estos Estados Unidos».29

Un artículo lealista citó el cálculo de Sullivan para luego burlarse –sin demostrar más empatía por los indios aliados de Gran Bretaña que la que habían demostrado sus agresores– de «su descripción de los elegantes palacios, las florecientes huertas de árboles frutales y los extensos maizales que dice haber descubierto y destruido en un territorio salvaje donde nunca hubo nada más que chozas y pequeñas parcelas cultivadas». Los lectores de los periódicos de Gran Bretaña habían recibido alguna información ocasional acerca de la campaña desde que Sullivan comenzó a prepararla en Wyoming. Al llegar la Navidad pudieron leer informes exultantes de los estadounidenses que decían: «Todo el país de los senecas y de otras tribus de las seis naciones ha sido arrollado y destruido, y se han visto obligados a huir a Niágara en busca de refugio». Por su

parte, la expedición de Brodhead había destruido otras 10 poblaciones y 200 hectáreas de cultivos de maíz.30

El historiador Page Smith calificó la campaña de Sullivan, con gran acierto, como «la aplicación más despiadada de la política de tierra quemada en la historia de los Estados Unidos», solo igualada por la marcha hacia el mar de Sherman en 1864. Sin embargo, en lo que atañe a su objetivo, que los indios abandonaran, aterrorizados, la práctica de sus incursiones fronterizas, la campaña de Sullivan no tuvo gran efecto. Ya en la primavera de 1780, los nativos, en conjunción de nuevo con los rangers lealistas blancos, reanudaron sus incursiones con un vigor renovado. En otoño de aquel año, los indios asolaron los asentamientos fronterizos al oeste de Schenectady. Según distintos cálculos, echaron a perder entre 150 000 y 160 000 fanegas de trigo, una cantidad comparable –o incluso bastante mayor– al maíz destruido según la cuenta de Sullivan. En total, varias docenas de grupos de guerreros que operaron en la frontera entre Nueva York y Pensilvania mataron, como mínimo, a 142 colonos, capturaron a 160 individuos y a varios centenares de caballos y reses, y destruyeron numerosos fuertes y cientos de casas y de edificaciones agrícolas. Los senecas también arrasaron las poblaciones de aquellos oneidas que habían apoyado a Sullivan el verano anterior. Esto había provocado que algunos cambiaran de bando y se aliaran con los británicos. El ejército de Sullivan solo había tomado prisioneras a cuatro nativas norteamericanas –y a ningún hombre– en toda la campaña. Esta carencia de rehenes privó a Washington de un instrumento muy útil para llegar a un acuerdo de paz. La política de tierra quemada también había reducido la comida disponible para las milicias fronterizas patriotas, al no poder estas ya acometer nuevas incursiones de saqueo contra los otrora fértiles cultivos de los iroqueses. Lo más importante era que la campaña genocida de Washington y Sullivan había fracasado en su objetivo básico, doblegar la voluntad de los iroqueses. Tal como sentenció el mayor Jeremiah Fogg: «Los nidos están destruidos, pero los pájaros están aún en el aire».31



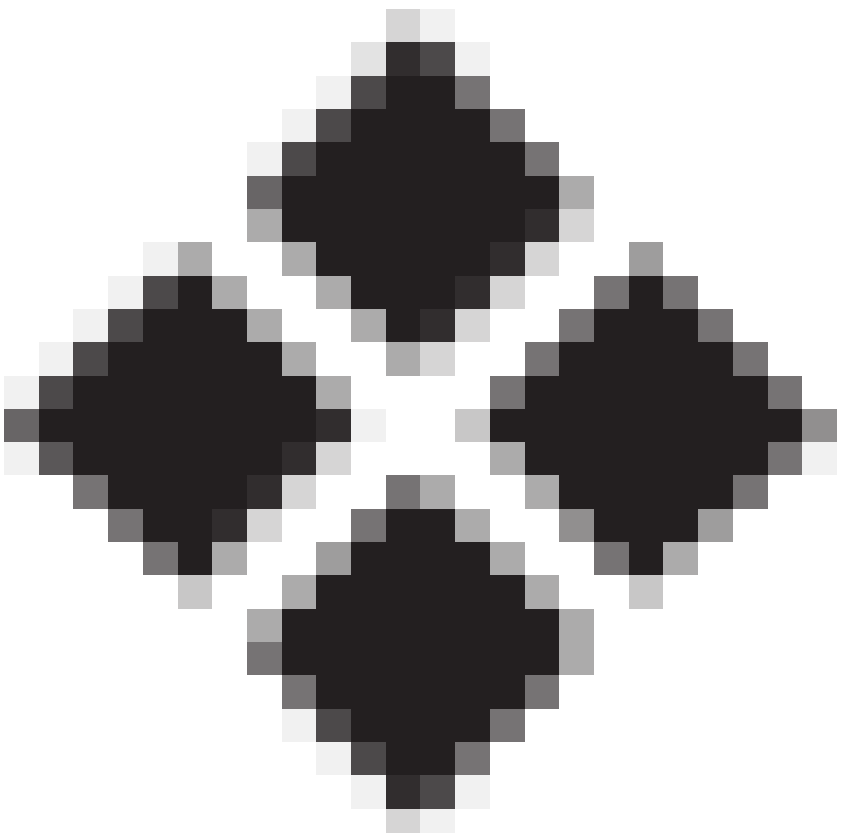
Era raro el soldado u oficial continental que expresara alguna duda sobre su misión en territorio indio. Nathan Davis, que dictó sus memorias de la campaña muchos años después, sí reflexionó en torno al problema moral que planteaba la destrucción de los cultivos y viviendas de los nativos norteamericanos. Según Davis recordaba, no se les «escapaba completamente cuál iba a ser la consecuencia inevitable de la destrucción de todo el sustento de multitud de nativos». Sin embargo, Davis pensaba que la campaña era una respuesta obligada a la agresión india. La justificaba por las atrocidades indias que venían de antiguo: «[…] cuando recordábamos las inhumanas barbaridades que habían infligido a nuestra propia gente, las cabelleras que habíamos visto colgando alrededor de sus chozas, que iban desde las de cabellos grises de un anciano hasta las de un indefenso niño de pecho, no podíamos sino

sentir que nuestra actuación estaba justificada, a la vez que lamentábamos la odiosa necesidad que nos movía a ella».32

Otro oficial fue más ambiguo en una carta a su prometida: «Me sentía de veras culpable al aplicar la antorcha a chozas que eran hogares felices hasta que nosotros, los saqueadores, llegamos extendiendo la desolación por todas partes […] Nuestra misión aquí es, ostensiblemente, destructiva, pero ¿no está claro que los saqueadores sembramos así, al descuido, las semillas de un imperio?». El control del territorio y la expansión imperial, de hecho, siempre estuvieron en la mente del ejército occidental. Aunque el objetivo publicado de la campaña era destruir el territorio de los iroqueses y aterrorizar a sus habitantes, el «plan de ganar territorios que tenía la expedición [de Sullivan] era un secreto a voces», según nos recuerda Barbara Alice Mann. Se agregaron unos agrimensores al ejército para planificar el territorio virgen y facilitar así el futuro reparto de los despojos de la guerra. El propio Washington había sido primero agrimensor y, en pago a sus servicios de comandante militar en la frontera durante la década de 1750, había recibido miles de hectáreas de tierras de nativos norteamericanos. Los oficiales de la campaña de Sullivan alabaron en muchos casos la calidad de la tierra, la vegetación y el agua, así como el valor estético del entorno. Incluso el capellán militar Israel Evans ensalzó, con lírica emoción, «esta adición de inmensa riqueza y de enorme territorio a los Estados Unidos».33

Los veteranos de la campaña regresaron más tarde, tanto durante la guerra como después de ella, a reclamar tierras. En el verano de 1783, Washington acometió un viaje exploratorio de 1000 km por la frontera de Nueva York en el que evaluó el territorio y las vías acuáticas y compró, con el gobernador Clinton, 6000 acres [unas 2428 ha] «asombrosamente baratos» en Oriskany. Según las condiciones del acuerdo de paz al que se llegaría ese mismo año, los Estados Unidos obtendrían el llamado derecho preferente de compra sobre la totalidad del territorio de los iroqueses o haudenosaunee, suplantando cualquier derecho de los europeos a negociar con los indios. En un plazo de alrededor de quince años, los nativos –tanto los que se habían aliado con los británicos como los que se inclinaron por los estadounidenses– habrían cedido ya casi todos los territorios del actual estado de Nueva York. La

campaña de Sullivan es un ejemplo perfecto de lo que Carroll Smith-Rosenberg ha descrito como el rostro bifronte de los patriotas, similar al de Jano: «[…] cuando miraban al este, los patriotas estadounidenses europeos se proclamaban a sí mismos antiimperialistas dedicados a la defensa de la independencia y la libertad. En cambio, cuando miraban al oeste, […] asumían el papel de imperialistas que reclamaban para sí un vasto imperio y sus súbditos». Una década después, el jefe seneca Garganwahgah (Plantador de Maíz) recordaba que la mera mención del nombre indio de George Washington todavía infundía el terror entre su pueblo. Al oírlo «nuestras mujeres miraban atrás y empalidecían, y nuestros niños se agarraban fuerte al cuello de sus madres». Lo llamaban el «Destructor de pueblos».34



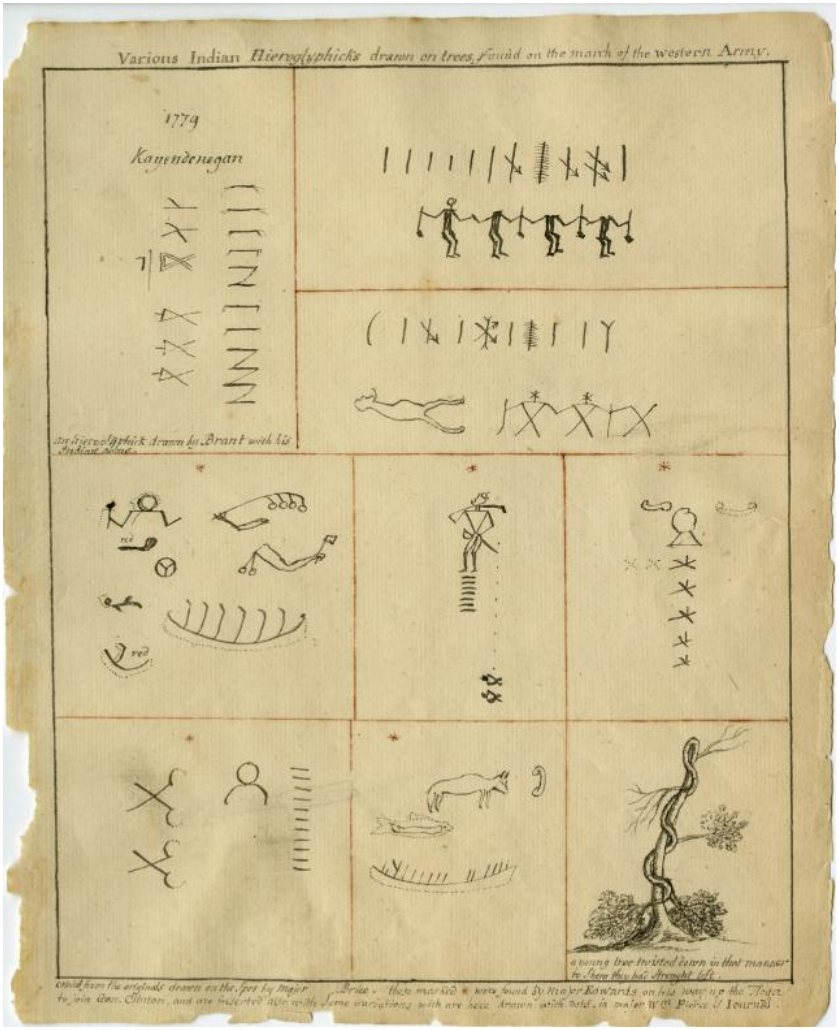
La misión ordenada por el Destructor de Pueblos dejó tras de sí despojos de violencia. En abril de 1782, el artista, anticuario y naturalista Pierre Eugène du Simitière, nacido en Ginebra, abrió las puertas del que llamó Museo Americano en su casa de Filadelfia, cerca de Fourth Street y Arch Street. Era el primer museo público de Norteamérica. Du Simitière, coleccionista de toda la vida, había reunido objetos que iban desde manuscritos, libros y dibujos hasta hierbas desecadas, fósiles, insectos, vasijas con peces y pequeños mamíferos conservados en alcohol, pasando por objetos que informaban sobre culturas de distintas partes del planeta. En los comienzos de la Revolución, Du Simitière había pedido al Congreso que financiara sus planeadas «Memorias y observaciones acerca del origen y estado actual de Norteamérica». Sin embargo, aunque un comité recomendó nombrarlo «historiógrafo del Congreso de los Estados Unidos», aquellos proyectos no fructificaron. El coleccionista, para poder financiarse, abrió pues su museo, en el que, junto a una lámina de la Declaración de Independencia, una copia del tratado de la alianza franco-estadounidense y estantes con panfletos de la época revolucionaria, exhibía colecciones muy completas sobre los indios. Además de mapas, documentos y notas de la historia y las lenguas de los nativos norteamericanos, los visitantes podían ver «trajes ornamentales», armas y «utensilios». Durante la Guerra de la Revolución, Du Simitière adquirió al menos 110 de dichos objetos, muchos de ellos trofeos de las campañas del Ejército Continental contra los nativos: arcos y puntas de flecha, hachas, una lanza, pipas, un tocado de púas de puercoespín y una bolsa de tabaco de piel.35

Tras la campaña de 1779 contra los iroqueses, Du Simitière solicitó, de forma específica, al general Brodhead y al gobernador Clinton que le donaran objetos y restos humanos de nativos. En noviembre de ese año recibió lo que describió como «un visor o máscara de madera que representa un horrible rostro humano del color de un indio, con la boca pintada de rojo, los ojos de cobre amarillo con un agujero en el centro para poder ver a través, la frente cubierta por una pieza de piel de oso a modo de sombrero». La máscara de rostro falso, observaba Du Simitière, había sido «hallada con otras, hasta un número de alrededor de 40, en una población india llamada Chemung que fue quemada por el ejército continental del general Sullivan en su expedición, el pasado verano, al país de las seis

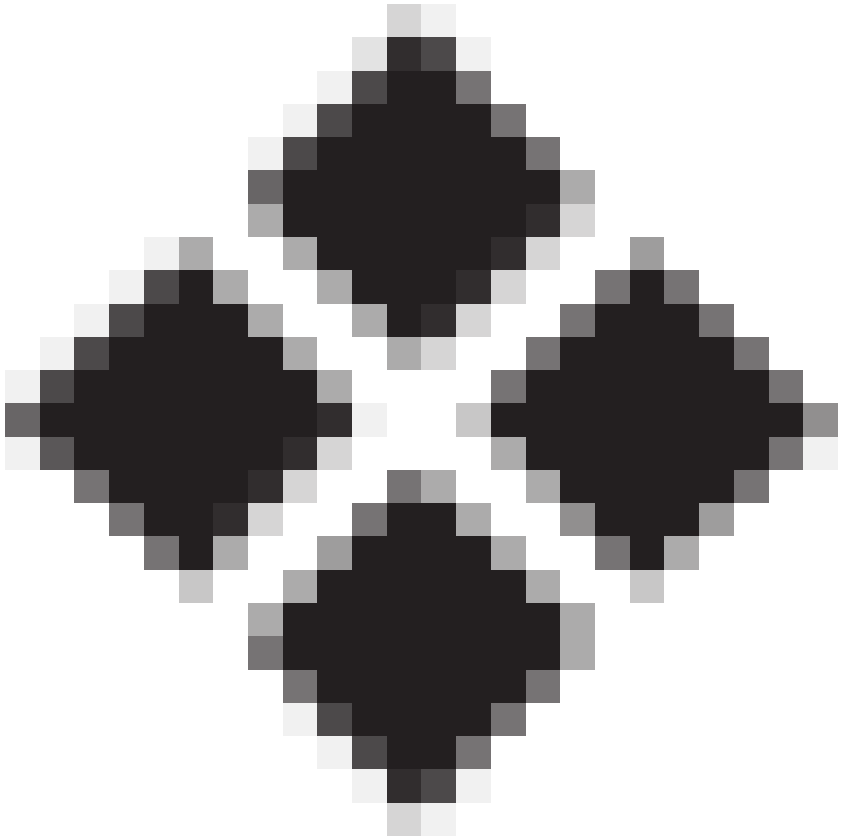
naciones». John Devetter, del 4.º Regimiento de Pensilvania, al parecer había obtenido la máscara después de presenciar o de participar en una danza india, y más tarde la había donado a Du Simitière. Es muy posible que la colección también contuviera la cabellera de un indio al que mataron cerca del río Ohio y que donó el Consejo Ejecutivo Supremo de Pensilvania en 1782.36

Tras la muerte de Du Simitière en 1784, la Library Company of Philadelphia compró muchos de sus manuscritos y materiales impresos, pero hasta el día de hoy no está claro el destino que tuvo su colección de objetos nativos norteamericanos. Según una versión, el pintor Charles Willson Peale adquirió piezas de la colección. En 1790, el museo de Peale en Filadelfia exhibió una «piel CURTIDA de la pierna y cadera de un indio muerto durante la marcha del general Sullivan al país occidental durante la pasada guerra». Dicha pieza, donada por un miembro del Consejo Ejecutivo Supremo de Pensilvania, tal vez era una de las perneras mencionadas por algunos soldados de dicha campaña.37

Mediante el coleccionismo y la exhibición de restos humanos y objetos de los nativos norteamericanos, los hombres blancos –primero en campaña, luego en el entorno más amable de los museos– representaban a los indios como los sujetos inferiores del colonialismo agresivo de los Estados Unidos. La violencia que rodeaba a la retórica antiindia de los patriotas ayudó a forjar una conciencia nacional, pero los indios quedaron excluidos, de forma deliberada, de dicho esfuerzo de construcción nacional. La desaparición de los objetos indios de Du Simitière, sin dejar rastro, fue un presagio del destino de las culturas nativas norteamericanas en una época de continua expansión hacia el oeste de los colonos y de cesiones forzosas de tierra.38



Varios jeroglíficos indios dibujados en árboles, descubiertos durante la marcha del Ejército occidental, de Pierre Eugène du Simitière. El coleccionista, artista y naturalista Du Simitière copió este dibujo a tinta, en fecha desconocida, a partir de originales dibujados por participantes de la campaña de 1779. Du Simitière, muy endeudado, y al que siempre trataron como medio extranjero en Norteamérica, murió de hambre en 1784. Tenía cuarenta y siete años.



Los historiadores de la Guerra de la Revolución suelen prestar poca atención al año 1779. Al no suceder batallas importantes, pareciera que la guerra estaba estancada. Sin embargo, esa no fue, desde luego, la sensación que tuvieron las poblaciones que fueron objeto de las campañas de terror de aquel verano. En la frontera, la violencia revolucionaria impuso una agenda inequívocamente expansionista, con una fuerte carga de choque racial. En Iroquoia, los efectos de la Guerra de la Revolución se sufrieron durante décadas. Al acabar 1779, el grueso de las operaciones militares en Norteamérica se había desplazado hacia el sur. Después de que británicos y estadounidenses promulgaran amenazas y contraamenazas en la batalla de los manifiestos, quedaba por ver si de veras estaban preparados para librar una guerra sin límites. Mientras que Gran Bretaña americanizaba el conflicto confiando

cada vez más en lealistas blancos armados y en soldados y trabajadores negros, los habitantes del Sur –patriotas y lealistas, blancos y negros– se enzarzaron en una guerra civil de una crueldad especialmente brutal. Además, igual que en la frontera occidental, en el Sur –donde los esclavos negros constituían entre el 40 y el 60 % de la población– la guerra estuvo ligada de un modo indisoluble a la violencia racista.

Notas

1. Para la redacción de este capítulo, además de emplear los diarios y otras pruebas documentales que cito en las notas, me han sido de especial utilidad Mann, B. A., 2008; Lee, W. E., 2011, en especial 130-141 y el cap. 8; Calloway, C. G., 1995; Wright, A. H., 1943. Descripción física de Sullivan: Mintz, M. M., 1999, 87-88. Acerca del 5 de julio de 1779, la cena y los brindis, véase Cook, F. (ed.), 1887, 39, 64, 182; Brown, L. A., Peckham, H. H., Smith, H. D. (eds.), 1969, 159.

2. Hubley Jr., A., Jordan, J. W., 1909, 133-134.

3. Huesos: Cook, F. (ed.), 1887. «[…] con la cabellera arrancada» y «Gólgota»: pág. 225 (mayor J. Norris). «[…] brutalmente acuchillados» y «que las pobres criaturas»: pág. 250 (reverendo W. Rogers). «Aquí y allá»: Davis, N., 1868, 199. Todas las demás citas de Rogers tomadas de Cook, F. (ed.), 1887, 251. Véase también Mintz, M. M., 1999, 97-98.

4. Sobre Wyoming, sigo la equilibrada valoración de W. E. Lee en Barbarians and Brothers , 217-218. Hace bastante poco tiempo que los historiadores han comenzado a resaltar que los nativos norteamericanos no eran solo agentes del terror, sino también víctimas habituales de la violencia blanca: Mann, B. A., 2008, 15-16.

5. Mann, B. A., 19-20, 56; Mintz, M. M., 1999, 97, 102. Véase la nota 1 acerca de la cena y el brindis.

6. «La mayor parte»: Calloway, C. G., 1995, 24. La visión general resumida de esta sección está basada en el estudio de Calloway sobre el impacto de la Revolución en las comunidades indias, el cual advierte la complejidad de las lealtades que guardaban muchos pueblos indios en las págs. 32-46 (la cita «superarlos» de George R. Clark está en la pág. 48); Grenier, J., 2005, contextualiza las distintas formas de hacer la guerra de los europeos, los indios y los anglonorteamericanos; la erudita exploración de P. R. Silver sobre la patología y la retórica de la sublimación antiindia en su obra de 2008; las originales reflexiones de Lee acerca de las culturas de la violencia y del comedimiento, en especial en su artículo «Peace Chiefs and Blood Revenge», y en Barbarians and Brothers , 119-141. Véase también en Griffin, P., 2007, la perspectiva de la Revolución estadounidense como una guerra de frontera; White, R., 1991, ofrece una historia más amplia y contextualizada de las interacciones entre los europeos y los nativos norteamericanos y sus asentamientos en la región de los Grandes Lagos; sobre esto mismo, véase también WMQ vol. 63, n.º 1 (2006), y Lepore, J., 1998. La formulación clásica del mito fronterizo de la regeneración por medio de la violencia y la domesticación de lo salvaje, ligado a conceptos de la ideología del excepcionalismo estadounidense, la encontramos en Slotkin, R., 1973; véase también Tirman, J., 2011, 13-23.

7. Lee, W. E., 2007a y 2011, en especial en las págs. 119-141. Acerca de la «guerra del duelo», véase Richter, D., 1983; Lepore, J., 1998, 117. Sobre la recolección de cabelleras, véase también Abler, T. S., 1992.

8. Sobre la guerra de los cheroquis de 1776, véase Anderson, F., Cayton, A., 2005, 170. Smith-Rosenberg, C., 2010, 218.

9. Bickham, T., 2009, 210-218; y 2005, cap. 7. También Selesky, H. E., 1994, 80.

10. Acerca de Cherry Valley, véase Lee, W. E., 2011, 219. DLAR 60, Draper MSS Collection, Brant MSS, 20F, contiene correspondencia y solicitudes –en inglés y en alemán–, en su mayoría dirigidas al

general Edward Hand, que serviría a las órdenes de Sullivan en 1779, las cuales evocan con viveza el temor que se vivía en las áreas cercanas tras el ataque de Cherry Valley. GG a Haldimand, 3 de agosto de 1779, Add MS 21703/177-180.

11. Sobre la fusión de negros, pieles rojas y británicos como un mismo enemigo extranjero, véase Parkinson, R., 2005. En torno al proyecto editorial de Franklin y Lafayette, véase, de Franklin y Lafayette, «List of British Cruelties, [mayo de 1779]» LOC; PBF , vol. XXIX, 521-522, 590-593. Los revolucionarios recibieron un balón de oxígeno propagandístico cuando unos nativos norteamericanos a sueldo de los británicos capturaron y mataron a Jane McCrea y le arrancaron la cabellera. McCrea era una bella joven de una familia en su mayor parte lealista, y estaba prometida con un teniente de dicho bando. Los patriotas presentaron el suceso en artículos periodísticos, carteles, poemas, grabados, novelas y obras dramáticas como un asesinato a sangre fría, prueba irrefutable del salvajismo indiscriminado de Gran Bretaña. Véase Silver, P. R., 2008, 245-258; Horatio Gates a Burgoyne, 2 de septiembre de 1777, y Burgoyne a Gates, 6 de septiembre de 1777, Horatio Gates Papers, DLAR 23.

12. JCC , vol. XIII, 252.

13. Sobre la planificación de la campaña de Sullivan, véase Mann, B. A., 2008, 55-67; Graymont, B., 1972), 193; Abler, T. S., 2007, 49; Williams, G. F., 2005, caps. 10-11.

14. Las órdenes: GW a Sullivan, 31 de mayo de 1779. En torno al conocimiento de Washington de las privaciones que padecían los indios, véase GW a Sullivan, 1 de agosto de 1779. «[…] extirpar»: Flick, A. C., 1929, 310. Fogg: Cook, F. (ed.), 1887, 98. Véase también Sullivan a los oneidas, 1 de septiembre y 1 de octubre de 1779, en Hammond, O. G. (ed.), 1930-1939, vol. III, 114-115, 137. Sobre la equiparación de los nativos americanos y los lobos como especies destinadas a la extinción, véase Coates, P., 1999, 168; Mann, B. A., 2008, 48. La naturaleza genocida de la campaña se contempla en ibid ., 52, 75 y passim . En relación con la «lucha por la comida», véase también Lee, W. E., 2011, 221-222; Calloway, C. G., 1995, 47. Una de las definiciones del crimen de genocidio según la Convención para la Prevención y Castigo de los Crímenes de

Genocidio –aprobada por la ONU en 1948– es someter, de forma deliberada, a un grupo (nacional, étnico, racial o religioso) a unas «condiciones de vida calculadas para su destrucción física completa o parcial». El texto, que entró en vigor en 1951, está disponible en < http://www1.umn.edu/humanrts/instree/x1cppcg.htm >.

15. «[…] una fuerza expedicionaria ligera»: Whittemore, C. P., 1994, 157. «[…] deprisa»: GW a Sullivan, 31 de mayo de 1779.

16. Diario de Barnardus Swartwout Jr., 1777-1783, entrada del 26 de agosto de 1779, Barnardus Swartwout Papers, NYHS; Lee, W. E., 2011, 209; Cook, F. (ed.), 1887, 6, 20.

17. Vail, R. W. G. (ed.), 1929, 735. Sobre la carga simbólica y vengativa de la destrucción de cosas, véase de Zara Anishanslin su artículo entonces inédito: « “This Is the Skin of a Whit[e] Man”: Material Memories of Violence in Sullivan’s Campaign». Gracias a la autora por compartir conmigo su trabajo.

18. Encontramos el detalle de las campañas de primavera en Calloway, C. G., 1995, 49; Mann, B. A., 2008, 27-50.

19. Notas del capitán John Weidman, entradas del 11 de julio (cita) y del 18 de octubre de 1779, HSP. Véase también el Libro de Órdenes de Samuel McNeil, entrada del 27 de agosto de 1779, NYHS.

20. Vail, R. W. G. (ed.), 1929, 732; Venables, R. W., 2009, 135; Davis, N., 1868, 203. En el diario de Barnardus Swartwout Jr., 1777-1783, entrada del 6 de septiembre de 1779, Barnardus Swartwout Papers, NYHS, encontramos un ejemplo de destrucción de asentamientos menores por parte de un destacamento.

21. Acerca de las conexiones entre los relatos iroqueses sobre los orígenes, el maíz y el sacrificio de sangre, véase Engelbrecht, W. E., 2003, 22, 37-38. Disponemos de una visión general de la destrucción y también ejemplos detallados en Mann, B. A., 2008, 67-74 (la cita de Hubley está en 74); Vail, R. W. G. (ed.), 1957, 63. Sobre la quema sistemática de plantaciones de maíz por parte de Brodhead, véase Wright, A. H., 1943, ii, 15, que cita el Maryland Journal , edición del 26 de octubre de 1779. Sobre Van Campen:

Hubbard, J. N., 1842, 177. «[…] no quedaba»: cita tomada de Calloway, C. G., 1995, 51.

22. Vattel, E. de, Kapossy, B., Whatmore, R., 2008, libro III , cap. IX , 570-571, párrafos 166-167. «[…] degradación» y «los indios verían»: Gordon, W., 1788, vol. III, 311. Véase también Lee, W. E., 2011, 228. La cita del general William Stone (1838) se encuentra en Mann, B. A., 2008, 76. Sullivan informó al Congreso acerca de los 1500 árboles de una misma huerta: Wright, A. H., 1943, iii, 19. Joshia Bartlett, en carta al coronel Langdon del 17 de julio de 1778 (HSP, Langdon Papers), critica que los británicos destruyeron los árboles frutales durante la ocupación de Filadelfia.

23. Acerca de Beatty: Cook, F. (ed.), 1887, 30-35 (cita en 32); Hubley: ibid . 162-163. Encontramos otras descripciones de los hechos en ibid ., 11, 60, 99, 142, 281-282; Vail, R. W. G. (ed.), 1957, 62; e Id ., 736-737. Lee, W. E., 2011, 225.

24. En cuanto a Bucktooth, véase Mintz, M. M., 1999, 144-145. Sobre la decapitación, el despellejamiento y la exhibición de partes seccionadas de cadáveres, véase Lepore, J. 1998, 81-82, 179-180 (cita en 180). El brindis: Cook, F. (ed.), 1887, 165.

25. En Neimeyer, C. P., 1996, 100-103, vemos que ya antes se daban recompensas a cambio de cabelleras indias, procedimiento que ponía en peligro a los indios amigos desprevenidos. Véase también Witt, J. F., 2012, 36. Despellejamiento de las piernas para confeccionar perneras: según Barton, en Cook, F. (ed.), 1887, 8; encontramos más detalles en Lee, W. E., 2011, 213. Quema de una mujer y un niño: ibid . 225-226. En Mann, B. A., 2008, 91-92, encontramos una historia, que se ha publicado en muchas otras ocasiones, sobre una anciana india que estaba a las órdenes de Sullivan y el asesinato de su joven amiga, tal vez en el contexto de una violación o de un intento de violación.

26. La historia del jefe onondaga se cuenta en Add MS 21779/109-110. La cita de Clinton la encontramos en Venables, R. W., 2009, 148. Abler, T. S., 1992, 13-15 nos ofrece la perspectiva antropológica.

27. «[…] hallaron un buen»: Graymont, B., 1972, 204. Véase

también Mintz, M. M., 1999, 106; Mann, B. A., 2008, 86-87; Calloway, C. G., 1995, 53; Mann, B. A., 2003, cap. 1; Hubley Jr., A., Jordan, J. W., 1909, entrada del 5 de septiembre de 1779. Sobre la espiritualidad de los iroqueses y los objetos que se enterraban junto con los muertos, véase también Engelbrecht, W. E., cap. 3. En torno a la conexión que hubo durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX entre las fuerzas armadas y la arqueología en el Imperio británico, véase Hoock, H., 2010. Sobre la destrucción de cosas y el infligir heridas como forma de atacar a un pueblo, véase Anishanslin, Z.

28. «[…] lamentándolo mucho»: diario de Barnardus Swartwout, Jr., 1777-1783, entrada del 15 de septiembre de 1779, Barnardus Swartwout Papers, NYHS. Mann, B. A., 2008, 107-108; Venables, R. W., 2009, 149-150. Encontramos un análisis detallado de la «política del hambre» en el fuerte Niágara en Calloway, C. G., 1995, cap. 5.

29. Reporte de Sullivan al Congreso, 30 de septiembre de 1779, publicado por el Congreso y reimpreso en Wright, A. H., 1943, iii, 13-21; véanse también notas del capitán John Weidman, entrada del 14 de septiembre de 1779, Misc. MSS, HSP. Las citas del Congreso y de la Virginia Gazette están tomadas de Mann, B. A., 2008, 107. El informe de Sullivan y la respuesta del Congreso se registraron en los libros de órdenes de la campaña; véase, por ejemplo, el diario de Henry Dearborn, entradas del 14 de septiembre y del 17 de octubre de 1779, NYPL.

30. «[…] su descripción»: cita tomada de Wright, A. H., 1943, 21. «Todo el país»: por ejemplo, en General Evening Post , 23-25 de diciembre. La prensa británica, acerca de los inicios de la campaña: Public Advertiser , 3 de octubre; London Chronicle , 5 de octubre; Gazetteer , 7 de octubre; The St James's Chronicle , 7 de octubre. Informes de bajas inflados de varios cientos de indios asesinados: General Evening Post , 16-19 de octubre; London Evening Post , 20-23 de noviembre. Reportes del avance: London Evening Post , 16-19 de octubre; final de la campaña: General Evening Post , 27-30 de noviembre.

31. La cita de Smith se encuentra en Nash, G. B., 2005, 347. Incursiones indias en 1780: id ., 348; Fischer, J. R., 1997, 193;

Mann, B. A., 2008, 110; Higginbotham, D., 1071, 329; Lee, W. E., 2011, 214. «Los nidos están»: Cook, F. (ed.), 1887, 101 (Fogg).

32. Davis, N., 1868, 203.

33. «Me sentí de veras»: cita tomada de Mintz, M. M., 1999, 186. Mann, B. A., 2008, 109-110 (la cita «plan de ganar territorios» en 109). Valoración topográfica y estética: Samuel McNeil Orderly Book [Libro de Órdenes de Samuel McNeil], entrada del 3 de agosto de 1779, NYHS. Evans, I., 1779, 22; véase también Venables, R. W., 2009, 133.

34. Sobre el periplo de GW en 1783, véase Anderson, F., Cayton, A., 2005, 176; GW al gobernador Clinton, 25 de noviembre de 1784, PGW , vol. XXVI, 501. Smith-Rosenberg, C., 2010, 5, 17 (cita). El punto de vista indio sobre la primera etapa de los Estados Unidos se aborda en Richter, D., 2001. En Griffin, P., 2007, los nativos norteamericanos se sitúan en el centro del relato revolucionario. «Destructor de Pueblos»: carta de jefes senecas a GW, 1 de diciembre de 1790.

35. Simitière, P. du, 1782; Odle, M., 2012; Fernandez-Sacco, E., 2002; Sifton, P. G., 1960. Véase también Anishanslin, Z., 2016. Acerca de este párrafo y del comentario de la ilustración de la pág. 318 , véase Library Company of Philadelphia: Pierre Eugene du Simitiere: His American Museum 200 Years After .

36. Cita tomada de Potts, W. J., Du Simitiere, P. E., 1889, 366.

37. Fernandez-Sacco, E., 2002, 591.

38. Véase también id ., 582.

_____

*N. del T.: Cada fanega, o bushel , estadounidense equivale a un volumen de 35,2 l.

Las marchas de lord Cornwallis en las provincias sureñas, hoy estados de Norteamérica; abarca las dos Carolinas, además de Virginia, Maryland y los condados Delaware. Estampa coloreada (Londres, 1787) de William Faden.

Capítulo 10

La americanización de la guerra

Una bala de cañón entró con violencia por el techo del establo que abrigaba a David George, a su mujer Phyllis y a sus hijos Jesse, David y Ginny. En enero de 1779 las tropas británicas habían tomado Savannah, en Georgia, y ahora las fuerzas estadounidenses, junto con sus aliados franceses, habían puesto sitio a la ciudad. Bajo el incesante bombardeo de sus morteros y 50 cañones, aquel refugio provisional de David se estaba convirtiendo también en otro lugar peligroso más de su atormentada vida.1

Nacido esclavo en Virginia, alrededor de 1740, de niño David había acarreado agua, cardado algodón y trabajado en los campos de tabaco y de maíz de su amo. El látigo regía la vida diaria en la plantación. David rememoraría más adelante la visión de su hermana mayor azotada hasta que la espalda parecía «que se le iba a caer a trozos». En otra ocasión, uno de sus hermanos huyó y, después de que lo cazaran con sabuesos, lo colgaron atado por las manos. Tras administrarle 50 latigazos, frotaron agua salada en sus heridas y lo enviaron directo de vuelta a los cultivos. David también había sido azotado «muchas veces en mi piel desnuda y, a veces, hasta que la sangre ha llegado a correr hasta por debajo de mi cinturón». Después de tener que oír a su madre, que era la jefa de la cocina, suplicar clemencia mientras la azotaban, y luego de presenciar su muerte por los maltratos continuos, ya no pudo soportarlo más. Con veinte años, David escapó. Su dueño lo persiguió a lo largo de cientos de millas. Su huida lo llevó a ser esclavizado de nuevo, primero por los indios creek y luego por los naches, que en 1770 lo vendieron como sirviente a un agente indio

en Silver Bluff (Georgia).

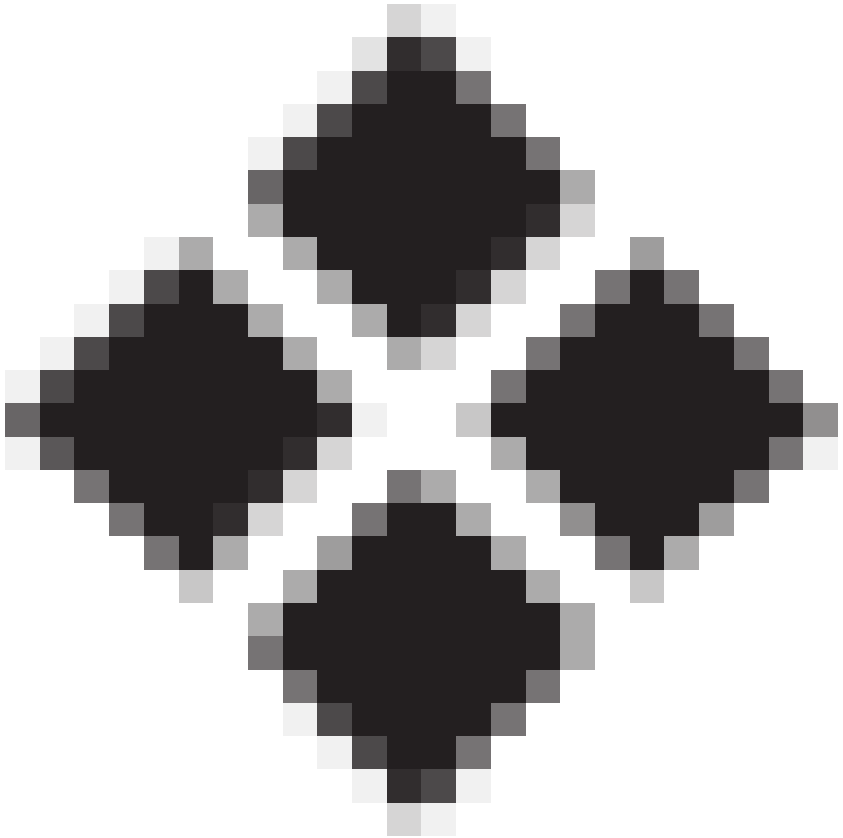
Allí David se casó con una mujer, mitad india y mitad negra, llamada Phyllis, y la pareja tuvo el primero de sus diez hijos. Al entrar en contacto con las enseñanzas de los baptistas, David descubrió su vocación: aprendió a leer y, en la víspera de la Revolución, se convirtió en el carismático predicador de una congregación de ocho personas, número que pronto crecería hasta treinta. De hecho, la suya fue la primera parroquia baptista exclusivamente negra de Estados Unidos. Al acercarse los británicos a la región en 1779, el amo «antilealista» de David huyó. David dirigió a su familia y a cincuenta compañeros esclavos hacia Savannah.

David George y su familia estuvieron entre los miles de esclavos de Georgia, de las dos Carolinas y de Virginia que atendieron a una proclamación emitida por el comandante en jefe británico, el general sir Henry Clinton, en junio de 1779. Este decretó que los esclavos de amos rebeldes que huyeran a las líneas británicas no podrían ser reclamados como propiedad de nadie ni ser vendidos. También les prometía a los negros que desertaran de las filas rebeldes que tendrían libertad para desempeñar «cualquier trabajo» en el sector británico. A diferencia de la proclama de Dunmore, la de Clinton no les exigía a los esclavos de los rebeldes que lucharan por la Corona para ganarse la libertad. Sin embargo, Clinton les advertía: «[…] todos los NEGROS que sean apresados armados, o ejerciendo cualquier tipo de servicio militar, serán comprados [vendidos] a un precio fijado», y lo recaudado se lo repartirían los oficiales que los hubieran capturado.2

El decreto de emancipación de Clinton, igual que el anterior de Dunmore, no respondía a una intención moral sino a un designio estratégico. Estaba pensado para infundir el temor entre los blancos, diezmar la fuerza de trabajo de los rebeldes en el Sur y reforzar la infraestructura de apoyo del Ejército británico. El empleo de negros como zapadores –para talar árboles y construir carreteras o fortificaciones–, así como herreros, carpinteros y armeros, permitía a Clinton incorporar más blancos a las fuerzas armadas. En la capital de Georgia, David y su familia convivieron con otros negros –hombres, mujeres y niños–, tanto libres como esclavos. Numerosos

trabajadores, enfermeras y lavanderas de raza negra trabajaban para los ocupantes, y un total de 620 reclutas negros ayudaban a defender la ciudad asediada. El general Prévost alabaría más tarde su resolución: «Desde luego, hicieron maravillas en el trabajo, y en el combate no mostraron malas aptitudes». Uno de esos negros armados fue Scipio Handley. Tras trabajar de pescadero en Charleston, en Carolina del Sur, Scipio había huido para no ser ejecutado por los patriotas en 1775, después de que lo condenaran a muerte por llevar mensajes para el gobernador. Sirvió entonces en la Marina Real y luego trabajó en la fabricación de metralla en la armería de Savannah. Resultó herido en la pierna, de un disparo, mientras llevaba munición a un reducto; la herida, que se gangrenó, casi le hizo perder la extremidad, y pronto fue evacuado junto con los soldados británicos heridos. Entre los adversarios de Handley y sus camaradas se encontraban otros negros del bando atacante. Eran hombres como Shadrack Battles, del 10.º Regimiento de Virginia, quien antes había combatido en Brandywine, Monmouth, Germantown y Stony Point, y otros tres negros del Santo Domingo francés que habían servido a las órdenes de los aliados galos de los Estados Unidos.3

Después de una apurada huida de un establo, David George evacuó a su familia a la cercana Yamacraw, donde se escondieron bajo el suelo de una casa vacía. Sin embargo, George había contraído la viruela y mandó a su familia que se fuera para evitar el contagio. Sin cuidados médicos ni comida –un perro devoró la mayor parte del poco maíz indio que le quedaba–, consiguió, pese a todo, recuperarse gracias a algo de arroz que le regaló alguien que pasó por allí. Para cuando volvió a reunirse con su familia, en Savannah, el asedio ya se había levantado: unos guías negros habían llevado, justo a tiempo, refuerzos británicos hasta la ciudad. Los aliados contabilizaron 800 bajas en el asedio, entre muertos y heridos, frente a solo varias docenas por parte británica. David y su familia se quedaron en Savannah, donde tuvo un puesto de carnicero y Phyllis lavaba ropa para los oficiales británicos. El pase oficial militar de Davis indicaba que era, de momento, «un negro libre» y «un buen súbdito del rey Jorge».4



La movilización de un número mayor de negros, del modo que sucedió en la defensa de Savannah, era parte de la nueva estrategia británica provocada por cambios dramáticos en el contexto internacional de la guerra. Después de que Francia hubiera entrado en la contienda en 1778, en calidad de aliado de los Estados Unidos, España –aunque todavía sin reconocer la independencia de dicha nación– declaró la guerra a Gran Bretaña al año siguiente con la esperanza de recobrar posesiones perdidas como la Florida, Jamaica, Gibraltar y Menorca. Lo que había sido en su comienzo una guerra norteamericana había mutado en conflicto mundial. En 1779, las fuerzas navales y terrestres británicas ya se enfrentaban a las potencias borbónicas en Centroamérica y en el Caribe, en África occidental y en la India, así como en Europa, donde los españoles bloqueaban Gibraltar y los franceses se preparaban para invadir las

islas británicas. Desde la perspectiva de Londres, la guerra contra las trece colonias rebeldes norteamericanas ya no era el teatro de operaciones más importante en la nueva lucha que Gran Bretaña libraba a escala global.5

A primeros de 1778, el gobierno británico había valorado, por un breve tiempo, acabar del todo la guerra en Norteamérica. El sentimiento de obligación que se tenía hacia los lealistas pesó mucho a favor de la decisión de continuar. Sin embargo, estaba claro que Gran Bretaña tendría que ajustar su estrategia norteamericana a las nuevas circunstancias geoestratégicas. El gobierno decidió, por tanto, dar un giro y centrarse en las colonias sureñas, cambio que venía estudiando desde el invierno de 1777-1778. La conservación del Sur de Norteamérica le parecía tan vital como el abastecimiento de las islas azucareras caribeñas, el motor económico del Imperio. Sin embargo, debido a que las fuerzas regulares británicas se veían obligadas a emplearse, cada vez más, en otros teatros de operaciones del globo –en 1779, varios regimientos ya habían sido trasladados desde Norteamérica al Caribe, y otros fueron devueltos a las islas británicas–, Gran Bretaña tendría que depender ahora del apoyo local. El Sur poseía dos grandes reservas de recursos humanos aprovechables: los lealistas blancos y los negros. Ambos grupos serían la clave de la americanización de la guerra, aunque su movilización también alteraría, de forma importante, la dinámica del conflicto.6

Gran parte del Sur, y sobre todo las zonas interiores de Carolina del Norte y Carolina del Sur, llevaban casi dos décadas inmersas en la violencia. La milicia de la frontera emprendía incursiones de tierra quemada contra los cheroquis. Los colonos de la región occidental chocaron con las élites del este de Carolina del Norte en las Guerras de la Regulación. Grupos étnicos y religiosos y familias rivales continuaban sus disputas a la vez que continuaba su migración hacia el oeste. Estas fricciones sociales y políticas sucedían sobre el trasfondo de la esclavitud, la opresión blanca y la resistencia de los esclavos. La invasión británica intensificó estas tensiones previas en el Sur. La región se convirtió en «una sociedad que intentaba contener el salvajismo de la guerra, a veces con éxito y otras fracasando», según ha explicado el historiador Wayne E. Lee.7

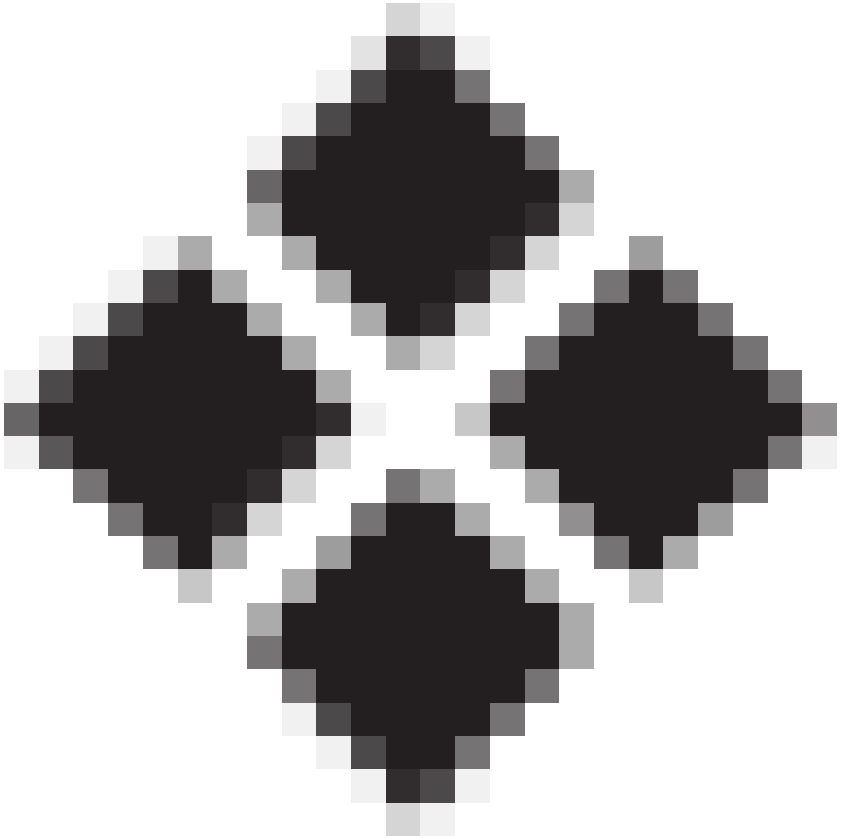
Mediante el reclutamiento de negros sureños como tropas combatientes o con fines de apoyo, Clinton aspiraba a sacar provecho táctico del temor de los blancos a una revuelta sangrienta. Sin embargo, los negros no eran meros peones en el conflicto entre los blancos anglonorteamericanos, también eran actores independientes por sí mismos. Y, para muchos, la proclama de Clinton ofrecía una oportunidad. Solo una minoría del medio millón de negros que vivía en la Norteamérica revolucionaria en 1775 apoyaba, de forma activa, a alguno de los bandos. Durante la guerra, tal vez alrededor de 20 000 combatieron a favor o en contra de los británicos. Pese a ello, según nos recuerda el historiador Douglas Egerton, «varios cientos de miles de esclavos intentaron aprovechar el caos de la guerra en beneficio propio». En innumerables actos de resistencia, los afroamericanos se sirvieron de la contienda para defender sus propios intereses e identidad en el torbellino de la Guerra de la Revolución. Tanto si decidían escapar de sus dueños –bien para unirse a los británicos, bien para liberarse y desaparecer en el campo– como si se quedaban en las plantaciones, los negros del Sur continuaron siendo víctimas de la violencia producto de la discriminación racial, de la guerra y, en muchos casos, también de los desplazamientos forzosos y de la enfermedad. A ellos la Revolución les reportó peligros terribles, mas también nuevas posibilidades.8

La americanización de la guerra también conllevaba otorgar un papel más destacado a los blancos armados lealistas, tanto en regimientos semiirregulares, los llamados provinciales, en general comandados por jefes británicos, como en milicias lealistas locales. En el Sur, igual que en el resto de las colonias, los norteamericanos eligieron su bando –o intentaron mantenerse neutrales– por consideraciones ideológicas y también prácticas. Había concentraciones de lealistas entre los comerciantes escoceses desde la bahía de Chesapeake hacia el sur, hasta Georgia; entre las gentes provenientes de clanes escoceses de las Tierras Altas, en el valle de Cape Fear en Carolina del Norte; y entre los pequeños granjeros por todo el interior de la región. En 1778, la alianza de los Estados Unidos con Francia reavivó al bando lealista: la colaboración con una potencia católica absolutista colmó la paciencia de algunos lealistas hasta entonces pasivos y también la de individuos que hasta el momento no se habían implicado con ningún bando. Un

oficial británico afirmó que, a diferencia de lo que sucedía con el empleo de efectivos auxiliares alemanes –cuestión que provocaba el rechazo de la población norteamericana–, el reclutamiento de lealistas norteamericanos prometía acabar antes con la «maldita rebelión». Los lealistas estaban «obligados, por todos los lazos que pueden afectar al corazón humano, a acabar con los saqueos y depredaciones de la guerra». Sin embargo, tras años de lucha civil, esta última era una apreciación tan optimista, si no ingenua, como la que solían hacer los oficiales británicos acerca de la fuerza del apoyo popular a la causa lealista. De hecho, al permitir que más lealistas actuaran movidos por un importante deseo de venganza, tras años de sufrir la persecución de los rebeldes, lo más probable es que los británicos estuvieran avivando las llamas de la guerra civil.9

En efecto, el nuevo enfoque de los británicos estimulaba, muy en concreto, la extensión de la guerra no convencional, un tipo de guerra, en palabras de un historiador, entre «unidades pequeñas y flexibles, de motivación y objetivos locales, que se dedicaban a actividades partisanas y a hacer el país inhabitable para el enemigo, y que pronto recurrieron al miedo y a la intimidación para dominar a la población». Aunque tanto ejércitos regulares como fuerzas irregulares transformarían el Sur en el teatro de operaciones más activo de la guerra en Norteamérica, este conflicto entre milicias y otras fuerzas no regulares fue lo que marcó allí las experiencias de muchos soldados y civiles.10

Algunos comandantes seguían preocupados porque la violencia ilimitada pudiera dificultar la reconciliación entre los norteamericanos después de la guerra. Sin embargo, en 1779, la actitud global de los oficiales británicos había cambiado: la mayoría de los que servían en Norteamérica abogaban ahora por una guerra de depredación y destrucción. Pensaban que una escalada temporal en los niveles y formas de la violencia era un medio necesario y justificado para llegar a la pacificación final de las colonias rebeldes. Para los revolucionarios, la nueva estrategia británica confirmaba que el manifiesto de los comisionados de paz no había sido una amenaza hueca: sus antiguos señores imperiales parecían, en efecto, inclinarse por formas de guerra cada vez más ilimitadas.11



Después del levantamiento del asedio franco-estadounidense de Savannah, el general Clinton dejó Nueva York, a finales del 1779, para dirigir la invasión de Carolina del Sur. Los 10 000 efectivos de Clinton desembarcaron a casi 50 km al sur de Charleston, ciudad de 12 000 habitantes de los que la mitad eran esclavos. Aunque David George y su familia se quedaron en Savannah hasta el fin de la guerra, otros antiguos esclavos presentes en la ciudad se fueron al norte acompañando a unidades del ejército británico, como, por ejemplo, un cuerpo de 186 zapadores negros y las 170 mujeres y niños que viajaban con ellos. En mayo de 1780, el general Benjamin Lincoln rindió Charleston y, con ella, se apoderó del contingente individual más importante de tropas estadounidenses de toda la guerra, al menos 4500 soldados. Igual que en Savannah, allí hubo

negros sirviendo en ambos bandos: entre los defensores de Charleston se contaban centenares que, según un historiador, «arriesgaron sus vidas, a veces bajo el fuego británico, para proteger la capital de sus dueños».12

Uno de los que se habían unido a la campaña sureña de Clinton era Harry Washington, antiguo esclavo de George Washington. Nacido en África, en la región del río Gambia, Harry había trabajado en Mount Vernon durante una década hasta que huyó hacia lord Dunmore, con quien fue después a Nueva York. Harry, en el momento en que llegó a Charleston junto con la Artillería Real, era cabo de los Zapadores Negros, una unidad formada en origen en Nueva York a partir de los restos del Regimiento Etíope de Dunmore. En la ciudad, los Zapadores Negros crecieron hasta llegar a más de 200 efectivos, y recibieron ropas dignas y las mismas raciones y paga que los soldados blancos. Con el Regimiento Americano del Príncipe de Gales llegó Samuel Burke, quien más tarde afirmaría que había nacido libre en Charleston y que había trabajado como sirviente de Montfort Browne, gobernador de las Bahamas. Burke ayudó a Browne a sumar reclutas a su regimiento lealista en Nueva York y luego volvió a su ciudad.13

Allí estuvo también Boston King, cuya historia ejemplifica la variedad de los peligros que la guerra reservaba a los negros. King era un hábil carpintero que había escapado de un dueño especialmente brutal y que había encontrado trabajo en la ciudad de Charleston, entonces ocupada por los británicos. Allí se hizo sirviente personal de un capitán lealista. King estuvo a punto de morir en Charleston. Aunque la causa no fuera una herida de guerra, esta sí que tuvo la culpa, al menos de forma indirecta. Los negros que, como King, escapaban hacia las líneas británicas, sufrían las enfermedades de los campamentos en una proporción desmesurada. El tifus, las fiebres tifoideas, la disentería y la viruela afectaban, como es obvio, tanto a los blancos como a los negros, pero los antiguos esclavos, consumidos por el trabajo excesivo y malnutridos, padecieron estos males de forma más intensa. Ellos eran también los últimos en recibir ayuda y, a menudo, si los recursos eran escasos, los trataban como algo prescindible. En 1780 estalló en Charleston un brote de viruela muy severo. King fue puesto en cuarentena. Más adelante recordaría: «[…] se ordenó que

todos los negros afectados por esa enfermedad fueran llevados a una milla del campamento, por temor a que los soldados se infectaran y no pudieran marchar». Los dejaron sin cuidados médicos: «Yacemos, a veces un día entero, sin nada que comer ni beber». Es probable que King salvara la vida gracias a un amable soldado británico que le llevaba alimentos. Cuando los británicos liberaron bajo palabra a entre 1200 y 2000 milicianos patriotas que habían capturado en Charleston, estos extendieron la viruela por toda la campiña de Carolina del Sur, y lo mismo hicieron los efectivos británicos que establecieron una cadena de guarniciones que iba desde Augusta a Rocky Mount y hasta Georgetown. Pese a todo, los esclavos que emprendían la marcha hacia el ejército británico seguían contándose por millares.14

Algunos historiadores han estimado que, durante la guerra, tal vez entre 80 000 y 100 000 esclavos negros, de un total de medio millón que vivían por todas las colonias norteamericanas, huyeran de la esclavitud en busca de una libertad al menos temporal (aunque los cálculos más conservadores estiman que el total de fugados no pasó de 20 000, incluyendo 12 000 provenientes del Sur). En 1782, entre 5000 y tal vez hasta 10 000 esclavos escaparon de Carolina del Sur, durante la evacuación de los británicos. Es cierto que, incluso después de que se publicara la proclamación de Clinton, decenas de miles de esclavos no abandonaron las plantaciones y optaron por quedarse con sus familias y no correr los peligros de la huida. Sabían que, si los atrapaban, podrían golpearlos con dureza, azotarlos o incluso matarlos. Los esclavos que se quedaron en las plantaciones rebeldes fueron testigos de cómo sus capataces y dueños, los hasta entonces tiranos intocables de su mundo, eran maltratados por los soldados británicos. En Silk Hope, en abril de 1780, «a plena vista de los esclavos de la plantación, una patrulla británica que pasó por allí ató al capataz […] y lo azotó sin ninguna piedad». A la vez que sucedían estas cosas, también se supo que el ejército británico enviaba destacamentos a las plantaciones lealistas donde los esclavos se rebelaban, y que a veces llegaban a ejecutar a algún esclavo para dar ejemplo. El Ejército del Rey también reclamó para sí la propiedad de miles de esclavos capturados. Los empleó como fuerza de trabajo en plantaciones abandonadas, en el departamento de intendencia del Ejército, a las órdenes de los comisarios, en

hospitales, al servicio de oficiales y como guías, exploradores y espías. Otros fueron vendidos para adquirir provisiones con los ingresos obtenidos. Incluso hay pruebas de que algunos oficiales británicos participaron en una red ilícita de comercio de esclavos.15

También se utilizó a los negros como arma psicológica. En los piquetes británicos que efectuaban incursiones de saqueo y captura de esclavos solía haber negros. Esto representaba una clara afrenta al orden racial que defendían los blancos en el Sur, y también un esfuerzo consciente, por parte británica, de utilizar a los negros para someter a los rebeldes blancos por el terror. Eliza Wilkinson, que durante la invasión británica residía en las islas del Mar, en Carolina del Sur, no se olvidaría de un «día de terror» de la primavera de 1780 en el que soldados británicos, junto con «varios negros armados», irrumpieron en su casa «pistola en mano» y «haciendo como si nos fueran a hacer picadillo con sus espadas». Los invasores, tras exigir ver a «estas mujeres rebeldes», robaron los cofres y ropas de Wilkinson, le quitaron las hebillas de los zapatos, le arrebataron los pendientes a su hermana y, amenazando disparar contra ella, le quitaron a otra mujer su anillo de boda de la mano. En el brazo de Wilkinson quedó la marca, negra y azul, de la mano de uno de los citados intrusos. Su casa volvería a sufrir varios ataques, dejando a las mujeres tan alteradas que luego eran incapaces de «comer ni beber ni dormir en paz».16

En otros lugares, los que inspiraban miedo eran los esclavos refugiados que seguían los pasos de las tropas regulares británicas. Estos grupos de negros, más o menos independientes, atacaban por igual las plantaciones de los patriotas y de los lealistas. Incluso el anterior gobernador real de Carolina del Sur, William Bull, vio su plantación, Ashley Hall, «saqueada y muy dañada por el irregular y enorme enjambre de negros que seguían» al ejército británico. El oficial hessiano Johann von Ewald se maravillaba ante el espectáculo de los esclavos huidos que atacaban plantaciones junto con piquetes de requisa británicos y luego aparecían vestidos con las ropas de sus antiguos dueños y dueñas: «Un negro desnudo por completo llevaba un par de calzones de seda, otro una chaqueta de bonito color, un tercero un chaleco de seda sin mangas, un cuarto una elegante camisa, un quinto un buen sombrero de clérigo y un sexto una peluca. ¡El resto del grupo iba desnudo!». Tal como ha

explicado un historiador, «no podía haber, en el Sur, una imagen más potente de la revolución social que una banda de saqueadores que se precipitaba sobre una pequeña granja y la despojaba de alimentos y ganado». Y también, habría que añadir, de objetos personales de la familia y de sus esclavos.17

También el Congreso procuró movilizar más soldados y trabajadores negros y autorizó que se formaran regimientos de negros en el Sur. Un delegado de Nuevo Hampshire tenía la esperanza de que dichos regimientos serían los pilares de una emancipación a gran escala y de la extensión de «las bendiciones de la libertad a toda la raza humana en América». La mayor parte de las colonias habían interrumpido la importación de esclavos en 1774; en 1780 Pensilvania aprobó una ley para la eliminación gradual de la esclavitud en el estado. Durante el transcurso de la guerra, alrededor de 9000 negros sirvieron en las fuerzas revolucionarias como trabajadores, sirvientes, espías o soldados. Sin embargo, desde el momento en que el Congreso dejó la decisión de reclutar negros a gran escala en el Sur en manos de las cámaras legislativas de los estados, el proyecto estaba destinado al fracaso. La Cámara de Representantes de Carolina del Sur, dominada por terratenientes esclavistas que temían perder propiedades, fuerza de trabajo y poder, rechazó la idea de forma contundente. No obstante, esto no llevó a que las fuerzas revolucionarias que asolaban las plantaciones lealistas en el Sur dejaran de apresar esclavos, como los alrededor de 130 capturados en la plantación que el vicegobernador John Graham tenía en las afueras de Savannah. Algunas pruebas apuntan a que el ejército británico intentó contrarrestar dichas incursiones armando a los esclavos en algunas plantaciones abandonadas por los lealistas.18

Tanto si partían a unirse a la lucha como si se quedaban en sus plantaciones, los negros norteamericanos se vieron envueltos en nuevas formas de violencia, bien como actores, bien como víctimas. Pese a todo, aún no estaba claro si la estrategia británica provocaría el derrumbe de la resistencia rebelde o solo serviría para fortalecer su resolución.

BESTIAS DE PRESA

En junio de 1789, una vez asegurado Charleston, Clinton regresó a la ciudad de Nueva York, pues temía que fuera objeto de un ataque combinado de la Marina francesa y del Ejército Continental. A primeros de julio llegarían 6 navíos de línea y 5000 soldados franceses, cuya presencia ayudó a aumentar la incorporación de reclutas al Ejército Continental en Pensilvania y en Nueva Jersey e impulsó los planes de los aliados. Clinton dejó al general Cornwallis a cargo del teatro sureño y destacó hacia Virginia una fuerza, a las órdenes mayor general Alexander Leslie, que debía cortar las líneas de suministro de los rebeldes. El corpulento y aristocrático Cornwallis era un oficial de carrera. Antes de la guerra se había opuesto tanto a la Ley del Timbre como al Acta Declaratoria, pero después se ofreció voluntario para servir en Norteamérica. Tras tener un papel destacado en varias campañas en el Norte, Cornwallis había regresado a la metrópoli en 1779, donde advirtió al gobierno que la «subyugación de América era "impracticable"». Pese a todo, cuando el rey se lo pidió, Cornwallis volvió a América, esta vez como segundo al mando subordinado a Clinton, y con la orden latente de reemplazar a este si dimitía o moría. Se unió a Clinton durante el asedio de Charleston, en febrero de 1780.19

En la metrópoli, el gobierno británico había sobrellevado una tormenta política durante el invierno de 1779-1780, en el que los altos impuestos, una crisis financiera y la preocupación sobre el empleo de los fondos públicos dieron pábulo a exigencias de reforma política que amenazaban con derribar el gabinete. La toma de Charleston, en mayo de 1780, fue un tónico que le vino muy bien a aquel gobierno en apuros. Sin embargo, para entonces, amplios sectores de las áreas meridionales del Sur ofrecían un espectáculo aterrador: una pequeña guerra, casi constante, a base de incursiones y saqueos de milicias patriotas y lealistas, maltratos a los prisioneros y crímenes. Además, bandas armadas no afiliadas a ninguna unidad militar real operaban en las tierras yermas situadas entre ambos bandos, donde la ley había dejado prácticamente de existir. Para hacernos una idea más clara del nivel de violencia que imperaba, merece la pena recordar que, en Carolina del Sur, en

1780 y 1781, sucedieron casi una quinta parte de las muertes en combate de toda la guerra norteamericana, y casi un tercio de todos los heridos en combate. Resulta sorprendente que la mayoría de estas bajas fueron causadas por violencia entre norteamericanos.20

Un oficial británico que estuvo en el centro de esta guerra de partisanos fue el coronel Banastre Tarleton. Este se convirtió, al mando de la Legión Británica –una fuerza semiindependiente de gran movilidad, formada por caballería e infantería ligera, y cuyos efectivos oscilaban entre 400 y 600 hombres–, en uno más de un grupo de implacables jefes británicos destinados en el Sur que tendrían un enorme impacto en la forma en que se libraba la guerra y en cómo se percibía. Tarleton, hijo de un notable comerciante de esclavos y azúcar de Liverpool con extensas plantaciones en las Indias Occidentales británicas, se educó en el University College de Oxford y en el Middle Temple londinense, donde empleó tanto tiempo en jugar al críquet y al tenis, a boxear, a montar a caballo y a jugar a las cartas como a los estudios. Tras malgastar la mayor parte de su herencia, que había recibido muy temprano, Tarleton compró un empleo en el 1.º de Dragones Guardias en abril de 1775. Tenía, entonces, veinte años y la guerra de Norteamérica era, para él, una oportunidad de sobresalir. Combatió en Nueva Jersey, Pensilvania y Nueva York. En julio de 1779, en una escaramuza en el condado de Westchester, en Nueva York, Tarleton explicó su método para someter a sus adversarios: «Ofrecí a la milicia condiciones: si ellos no disparaban desde los edificios yo no quemaría [esos edificios]. Ellos malinterpretaron mi amable propuesta achacándola al miedo. Continuaron disparando hasta que la antorcha los detuvo. Después ya no hubo más disparos».21

Una vez pasó al Sur, Tarleton también se sirvió de destacamentos mixtos de blancos y negros para atemorizar a los propietarios de esclavos y socavar la economía de las plantaciones. En sus propias palabras, «a la llegada de cualquier destacamento de soldados del rey, todos los negros, hombres, mujeres y niños se pensaban dispensados de todo respeto hacia sus amos americanos y liberados de toda servidumbre. Influidos por esta idea, abandonaban las plantaciones y seguían al ejército». En palabras de John Cruden –comisionado británico para los estados invadidos, que estuvo a cargo de 5000 esclavos que producían suministros para el ejército

británico en 400 plantaciones de dueños rebeldes–, tomar esclavos a los rebeldes era un método que atacaba «a la raíz de toda la propiedad privada» y prometía «devolver a la cordura a los más violentos». Según Cruden, dado que en el Sur la importancia de los hombres se medía «en proporción al número de sus esclavos», socavar su riqueza y estatus iba a ser la mejor forma de pacificar por fin la rebelión. Los afroamericanos se vieron pronto muy implicados en la guerra de guerrillas de los blancos en el Sur. Un tal «Gibson, hombre de color, y su partida de tories» eran conocidos por asesinar a blancos rebeldes. Asimismo, Moses Knight (o Moses McIntosh), un africano criado por el general Alexander McIntosh en Carolina del Sur, dedicó su tiempo de servicio en la milicia, de 1779 a 1782, «en su mayoría a perseguir tories». Allí donde hubiera negros que ayudaran a blancos a cazar lealistas o revolucionarios, los niveles de la violencia y el temor a la misma crecían sin remedio.22

Tarleton, igual que el resto de sus camaradas oficiales que comandaban unidades lealistas, gozaba del favor del nuevo comandante británico para el Sur, el general Cornwallis. Después de reforzar la defensa de Charleston, Cornwallis le ordenó que efectuara un barrido por el interior de Carolina del Sur. Tarleton, con alrededor de 270 legionarios lealistas, cabalgó casi 170 km en solo dos días para alcanzar a la fuerza continental del coronel Abraham Buford en la frontera septentrional de Carolina del Sur. Tarleton le exigió a Buford que se rindiera, advirtiéndole que, en caso contrario, «la [culpa de la] sangre caería sobre su cabeza». Los continentales no dispararon hasta que la caballería de Tarleton estuvo a solo 10 m. Los británicos penetraron por la línea rebelde. Mientras los hombres de Buford empezaban a intentar rendirse, el caballo de Tarleton fue abatido por un disparo. Ambos bandos reiniciaron el fuego. La «ira de los soldados británicos –según escribió un testigo norteamericano décadas después–, excitada por el fuego continuo de los americanos a la vez que pedían negociaciones mediante una bandera, los impelió a [cometer] actos de venganza sin ningún comedimiento». Un doctor rebelde añadiría: «durante quince minutos, después de que todos los hombres se hubieran postrado, [los británicos] fueron de un lado a otro clavando sus bayonetas en todo aquel que mostrara señales de vida, y, en algunos casos en que varios habían caído unos encima de

otros, se vio a estos monstruos [los británicos] tirar al de más arriba con la bayoneta para llegar a los que estaban debajo».23

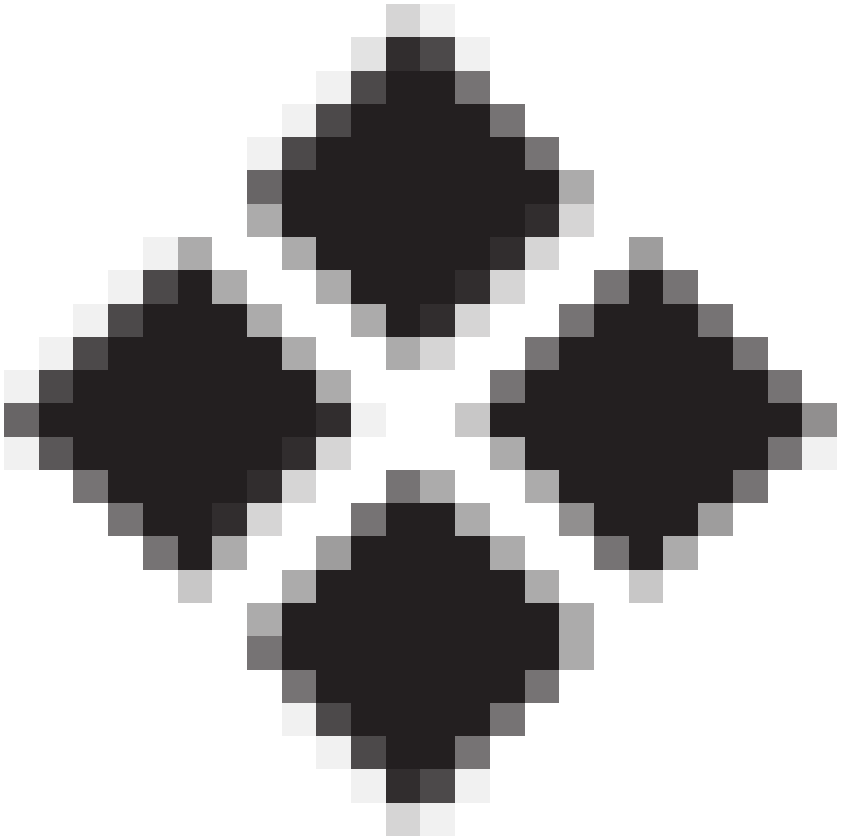
Este grabado de Tarleton se realizó a partir de un magnífico retrato

al óleo pintado por sir Joshua Reynolds, que entonces estaba a punto de ser mostrado al público en la edición de 1782 de la exhibición anual de la Royal Academy of Arts londinense. El grabado acompañaba a un artículo laudatorio dedicado al retratado que se publicó en The Westminster Magazine aquella primavera.

No está claro si Tarleton disculpó o siquiera ordenó estas atrocidades. De lo que no hay duda es de que tuvo lugar una verdadera carnicería. De aproximadamente 420 continentales, 113 murieron y 150 resultaron heridos. La tasa de bajas en la fuerza de Tarleton, más reducida en número, fue tal vez la décima parte de la del enemigo. El número desproporcionado de bajas estadounidenses se debió, en gran medida, a que la caballería rompió la línea de la infantería, además de a la confusión de la batalla y al deseo de los británicos de vengar a Tarleton. Sin embargo, incluso Charles Stedman, oficial británico que fue uno de los primeros historiadores de la guerra –y que, además, alabó al ejército británico por su «actividad y ardor en esta ocasión»–, reconoció que «la virtud de la humanidad se olvidó por completo». Aunque es posible que el choque no fuera la atrocidad masiva que cuenta la leyenda, los patriotas se apresuraron a bautizarla como la Masacre de Buford. Su nuevo grito de guerra, «cuartel de Tarleton», les sirvió para explicar, cuando no justificar, futuras atrocidades en tanto que deseo de venganza.24

Tarleton alcanzó notoriedad por permitir una disciplina laxa entre sus tropas. Unas pocas anécdotas bastan para hacernos una idea general. La Legión Británica robó, asaltó físicamente y violó a varias mujeres en una plantación cercana a Moncks Corner, a 30 km de Charleston. En una ocasión, Tarleton, al no haber conseguido capturar o matar a Francis Marion –un jefe guerrillero patriota que era célebre, en palabras del propio Tarleton a Cornwallis, por «el terror de sus amenazas y la crueldad de sus castigos»–, la legión dejó como rastro de su retirada un reguero de columnas de humo que se extendió por más de treinta plantaciones. Tarleton también ordenó que se azotara a una mujer llamada Mary Carey Richardson por no revelar el paradero de Marion, y se cuenta que exhumó el cuerpo de su marido, el general patriota Richard Richardson, ante

su viuda y sus hijos. La gente decía que el contingente lealista de Tarleton «cometió más actos de crueldad que ningún otro del Ejército británico». El coronel fue adquiriendo su reputación con apodos como Tarleton Sangriento y el Carnicero, este último lo compartía, en la historiografía militar británica, con el tío de Jorge III, el duque de Cumberland, que se lo había ganado en las Tierras Altas escocesas en 1746. Tarleton no era otro Charles Grey al mando de soldados regulares británicos, por muy horrible que hubiera sido la Masacre de Baylor. El tipo de guerra del Sur había posibilitado la aparición de un género distinto de comandante, agresivo y menos sujeto a las reglas, y que conseguiría, por dirigir a los lealistas británicos contra sus propios vecinos, el distanciamiento perenne de las poblaciones locales de la causa imperial. Presenciar o experimentar estos excesos de violencia reforzó en los norteamericanos la convicción de que su lucha revolucionaria era una confrontación violenta con un imperio opresor degenerado que debía ser derrotado a casi cualquier precio.25



Justo después de la Masacre de Buford, Clinton, antes de volver a Nueva York a primeros de junio de 1780, endureció la política británica al respecto de los rebeldes blancos armados. Todos los milicianos enemigos en libertad condicional bajo palabra se vieron forzados, desde entonces, a jurar lealtad al rey: al obligarlos a tomar partido de forma explícita, la Corona, de hecho, anulaba sus libertades condicionales. Si un miliciano rebelde era capturado y se demostraba que antes había estado alistado en las fuerzas británicas, debía ser ejecutado. Cornwallis no tenía ninguna duda de que «en una guerra civil no hay lugar para personajes neutrales, y […] los que no estén claramente con nosotros» debían ser desarmados. Los rebeldes que huían a Carolina del Norte y a Virginia se llevaban con ellos, en muchos casos, a sus esclavos. Otros individuos, que antes no habían declarado ninguna

preferencia o que eran abiertamente neutrales, fueron arrojados a los brazos de los rebeldes. Después de que Cornwallis obtuviera en agosto una victoria clave contra la fuerza, más numerosa, del general Horatio Gates en Camden –los continentales y la milicia de Carolina del Norte tuvieron 250 muertos, y otros 800 fueron heridos o tomados prisioneros–, el comandante británico puso en práctica las políticas mencionadas y ordenó la ejecución de varios combatientes rebeldes.26

Algunos de los oficiales subordinados de Cornwallis, por ejemplo, el mayor James Wemyss del 63.º de Infantería, se centraron sobre todo en la destrucción de plantaciones por toda la zona intermedia e interior de Carolina del Sur. Ese septiembre, los hombres de Wemyss quemaron docenas de casas y plantaciones para someter a los rebeldes por el terror. En una ocasión en que la viuda de un rebelde se negó a revelar el paradero de su marido, los soldados de Wemyss la encerraron con sus hijos en el interior de su casa y prendieron fuego a esta. La familia consiguió escapar, pero los soldados convirtieron en cenizas a sus cerdos y gallinas. Corrían historias acerca de otro oficial británico que confiaba en que sus hombres preferían tragarse sus escrúpulos a la hora de cometer asesinatos antes que dejar de consumir alcohol: todo soldado que tomara prisioneros perdería su ración de ron durante dos meses. Estas conductas del ejército británico, unidas a los intentos de Clinton de intentar forzar a los norteamericanos a que tomaran partido, espolearon la resistencia rebelde en Carolina del Sur.27

El mismo efecto tuvo el comportamiento de las milicias lealistas, pues en el Sur, la guerra entre las milicias fue de una ferocidad extrema. Las milicias, igual tanto de un bando como del otro, eran más propensas a los excesos de violencia que los ejércitos regulares. Acostumbradas al conflicto fronterizo y al estilo de guerra de los nativos norteamericanos, se especializaron en ataques nocturnos y al alba, en incursiones rápidas y breves, y en operaciones contra los recursos alimenticios del enemigo. Operaban bajo una limitada supervisión central y sus oficiales rotaban a menudo de unas unidades a otras. Su naturaleza compuesta erosionaba su cohesión de grupo y llevaba a un control jerárquico más laxo y a más excesos entre los camaradas.28

Después de la toma de Charleston por los británicos, en mayo de 1780, Cornwallis nombró al capitán Patrick Ferguson inspector de la milicia de Georgia y de las dos Carolinas. Este había llegado al Sur por un camino muy distinto al de Tarleton. Hijo de un pequeño aristócrata escocés, había entrado en el Ejército británico con catorce años y en 1768 había comprado un empleo en el 70.º de Infantería. Mientras Tarleton se divertía en Oxford y en Londres, Ferguson había ayudado a sofocar una importante rebelión de los caribes de Tobago, donde su hermano era gobernador. Después de que el brazo derecho le quedara dañado para siempre en Brandywine, en 1777, los rebeldes comenzaron a referirse a él como el «diablo de un solo brazo». Desde su puesto de oficial británico encargado de las milicias sureñas, Ferguson se ocupó durante el verano de 1780 de encuadrar a unos 4000 lealistas en 7 batallones y los comandó en numerosas acciones controvertidas.29

El 1 de octubre, Ferguson publicó una proclama dirigida a llamar a los habitantes del norte de Carolina del Sur hacia la causa británica:

A menos que deseéis que os engulla una inundación de bárbaros que han comenzado por asesinar a un hijo desarmado en presencia de su anciano padre y después le han cortado los brazos, y que, por sus crueldades y faltas espantosas, dan muestra evidente de su cobardía y ausencia de disciplina; digo, [a menos que] deseéis que os maniaten, roben y asesinen, y ver a vuestras esposas e hijas violadas durante cuatro días por la hez de la humanidad; en resumen, si deseáis o merecéis vivir y que os llamen hombres, tomad vuestras armas ya y corred hacia un campamento. Los hombres de Backwater han cruzado las montañas […] Si preferís la degradación [una variante del texto dice «que os orinen encima»] para siempre jamás a manos de una banda de mestizos, decidlo de una vez y dejad que vuestras mujeres os den la espalda y busquen hombres de verdad que las protejan.

Los patriotas, en efecto, habían atacado recientemente a algunos lealistas desarmados, «masacrando a dos hombres jóvenes» y mutilando a dos de avanzada edad. Sin embargo, las milicias de

Ferguson también habían dejado un triste rastro por el oeste de las dos Carolinas: un rastro de casas quemadas, ganado sacrificado y traidores colgando de los árboles. La proclama apenas reforzó las filas de los lealistas.30

Ferguson y su contingente de alrededor de 1100 hombres quedaron entonces incomunicados con el ejército principal británico comandado por Cornwallis. El 7 de octubre, Ferguson decidió dar batalla en Kings Mountain, en Carolina del Sur. Allí, 900 lealistas (los otros 200 estaban destacados en busca de provisiones) iban a enfrentarse a unos 1700 patriotas. Ambas fuerzas llevaban marchando varias semanas. Los lealistas no habían recibido provisiones en los dos últimos días. Muchos de los patriotas –cazadores, granjeros y artesanos de los valles cercanos a las fuentes de los ríos Nolichucky y Watauga– habían aguantado hasta treinta y seis horas sin dormir y casi sin alimento. En la milicia patriota de Virginia había al menos 4 negros libres. Uno era el antes esclavo Ishmael Titus, que había sido liberado para ocupar el lugar que le correspondía al hijo de su amo en la milicia y que, al concluir su periodo de servicio, se había vuelto a alistar. También había un esclavo. Ferguson iba a ser el único británico que participara en la batalla más grande y decisiva librada entre norteamericanos en toda la guerra.

En Kings Mountain, Ferguson eligió para luchar una elevación de terreno casi completamente despejado situada en el extremo nordeste. Esto obligó a los defensores a adoptar una formación lineal europea y, a la vez, permitió a los atacantes sacar el máximo partido de su estilo de lucha indio. Las fuerzas atacantes se dividieron en cuatro columnas para rodear la montaña. Con la intención de distinguir a los amigos de los enemigos, los patriotas se pusieron en el sombrero trozos de papel y los lealistas espigas de pino. Un patriota de diecisiete años llamado James P. Collins participó en el ataque: «Nos pusimos en movimiento pronto. Cada hombre se metió cuatro o cinco balas en la boca para evitar la sed y estar listos para recargar con rapidez. Los disparos del enemigo comenzaron a pasarnos por encima como granizo». Collins y sus camaradas avanzaban de árbol en árbol: «pronto intentamos ascender por la colina, pero fuimos objeto de una carga feroz y tuvimos que retirarnos a nuestra primera posición». Al final, los

patriotas acorralaron al enemigo en una zona, cada vez más reducida, en la esquina nordeste, donde los hombres de Ferguson se veían estorbados por sus propios carromatos, tiendas y formaciones. Algunos lealistas hicieron un primer intento de rendirse, pero Ferguson derribó sus banderas blancas. Mientras cargaba contra el enemigo a lomos de un semental blanco, varios tiradores lo abatieron. Una bala de gran calibre le impactó en la cara, otras le perforaron las piernas y se le clavaron en el torso. Durante varios minutos, el atemorizado caballo se mantuvo junto al cuerpo de Ferguson, agarrado por el estribo.31

Abraham de Peyster, que era el siguiente en la cadena de mando, no tardó en enviar una bandera para solicitar una tregua, «pero como los [patriotas] volvieron a disparar, después los nuestros reanudaron sus disparos bajo la suposición de que no nos darían cuartel. Los estragos fueron terribles». Al ver que los lealistas intentaban rendirse, los oficiales patriotas llegaron a golpear con sus espadas los rifles cargados de sus hombres para detener la matanza. En el combate a corta distancia, la mayoría de los soldados a duras penas comprendía la tarea que debía desempeñar su unidad, y la situación global de la batalla se les escapaba aún más. Sin embargo, el deseo de venganza era un factor que también influía en su comportamiento. Incluso después de que los lealistas se rindieran y se entregaran prisioneros, algunos patriotas, «que habían oído que en la derrota de Buford los británicos se habían negado a dar cuartel a muchos que lo pidieron», continuaron disparando.32

La noche posterior a la batalla ofreció un espectáculo nefasto: «Los quejidos de los heridos y moribundos en la montaña eran en verdad sobrecogedores, suplicaban de un modo patético por un poco de agua. Sin embargo, debido a las prisas, la confusión y el agotamiento de los whigs, estos gritos, cuando emanaban de los tories, recibieron poca atención». Un lealista herido le rogó a su cuñado patriota que lo ayudara, pero fue rechazado con frialdad. Un único doctor debió atender a, tal vez, 200 heridos. Trabajó toda la noche vendando las heridas de bala con harapos y amputando miembros con sus toscas herramientas de cirujano de campaña. Al día siguiente, el patriota James Collins vio a las mujeres e hijos de unos lealistas locales hallar a sus «maridos, padres y hermanos

muertos amontonados en pilas, y a otros en el suelo heridos o moribundos». De la familia Goforth participaron en la batalla tres hijos lealistas y dos patriotas; cuatro de ellos cayeron. Seis miembros de la familia Brandon estuvieron también en la montaña; el padre, lealista, moriría; y sobrevivirían cuatro patriotas y un lealista, Josiah Brandon. Este último se pasaría a la milicia patriota poco después.33

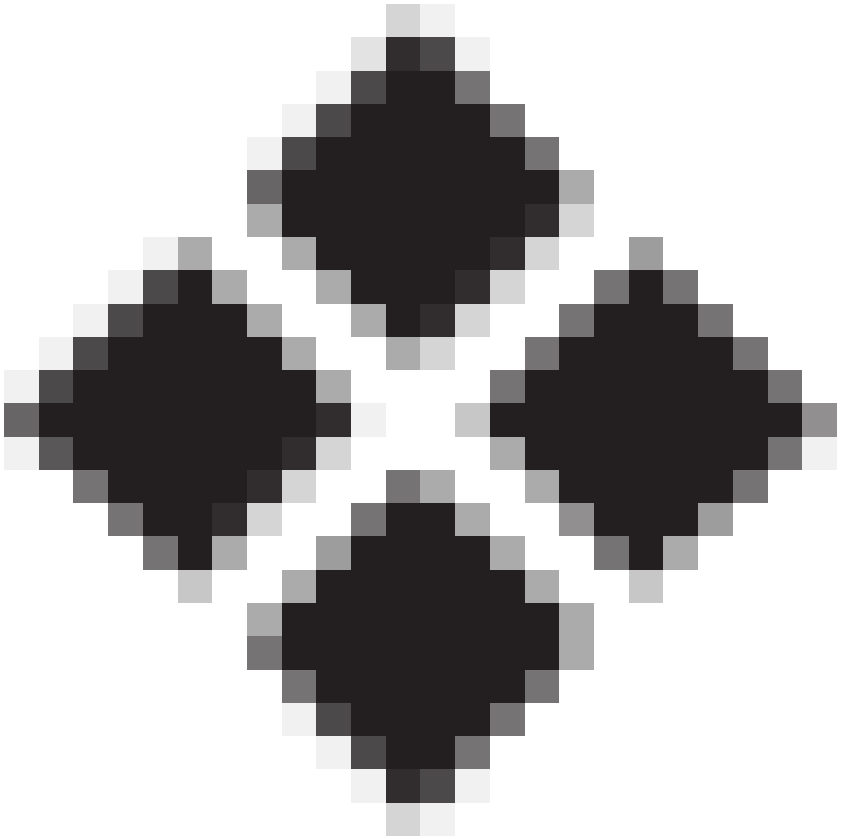
Los vencedores inspeccionaron, con la intención de evidenciar su puntería, el cuerpo de Ferguson acribillado por las balas. Luego lo desnudaron para llevarse recuerdos y, según la tradición, le orinaron encima. Más tarde, sin embargo, los patriotas permitieron a los lealistas envolver el cadáver en una piel de vacuno y enterrarlo. Ambos bandos enterraron con rapidez a sus muertos. Los cubrieron con una capa de troncos, corteza de árbol y unas pocas piedras, pero era tan delgada que pronto fueron presa de los animales carroñeros. El peligro de los lobos, que merodeaban atraídos por los cuerpos, disuadió a los vecinos de aventurarse a salir de noche. La mitad de los perros de la región tuvieron que ser sacrificados por volverse «locos». La gente se negaba incluso a comerse a sus cerdos ya engordados, debido a que habían acudido «al lugar a devorar la carne humana».34

Al día siguiente comenzó la marcha hacia el norte. Los mandos patriotas estaban preocupados por la seguridad de los cautivos, dado que casi había tantos como guardias. El coronel William Campbell ordenó a todos los oficiales «refrenar la desordenada costumbre de matar y molestar a los prisioneros». Sin embargo, el 14 de octubre, los jefes celebraron un juicio que un lealista calificó, con desprecio, como una burla. Los rebeldes acusaban a los encausados de asesinato, incendio y robo. El coronel Ambrose Mills fue acusado de incitar a los cheroquis a hacer la guerra en la frontera de Carolina del Sur. De los 36 lealistas acusados y hasta 30 que fueron condenados a muerte, los patriotas ahorcaron a toda prisa a 9 en un árbol. Luego indultaron al resto y prosiguieron la marcha, no fuera que los británicos los sorprendieran. La mujer del coronel Mills se despidió de su marido justo antes de que fuera ejecutado. Más tarde, ella y sus pequeños pasaron la noche lluviosa sentados junto al cadáver del coronel. La viuda de un lealista que había muerto en la montaña, junto con un bracero de edad

avanzada, descolgaron y enterraron los últimos cuerpos en una zanja poco profunda.35

Los oficiales británicos se quejaron menos de la propia batalla que de los asesinatos cometidos después. El general Cornwallis protestaría: «[…] la crueldad ejercida con los prisioneros que se llevó el mayor Ferguson horroriza a los sentimientos humanitarios; y el ahorcamiento del bueno del coronel Mills, que siempre fue un enemigo justo y franco de vuestra causa, fue un acto de la barbarie más salvaje» que no quedaría sin respuesta. Pero, para entonces, Washington y sus comandantes subordinados ya tenían por costumbre denunciar las «violaciones de las leyes de las naciones» y los escándalos humanitarios perpetrados por los británicos por todo el teatro de operaciones del Sur. La protesta de Cornwallis acerca de los asesinatos de Kings Mountain no parece que recibiera respuesta oficial de los estadounidenses.36

En Kings Mountain, los lealistas habían sufrido su peor debacle de toda la guerra. En cuestión de 65 minutos habían muerto 157 lealistas, 163 quedaron heridos de gravedad –era imposible trasladarlos y fueron abandonados–, y más de 600 cayeron prisioneros. Los patriotas solo tuvieron 29 muertos y 62 heridos. La batalla les costó a los británicos un tercio de sus efectivos en aquel teatro. Cornwallis tuvo que anular su avance hacia Carolina del Norte, donde había contado con movilizar a los lealistas de la región. Tuvo que llevar su ejército a pasar el invierno a Winnsboro, en Carolina del Sur. La fuerza británica del mayor general Leslie, que se había dedicado a destruir suministros rebeldes en Virginia, recibió la orden de unirse a Cornwallis. Mientras tanto, la moral de los revolucionarios se recuperaba. Jefes partisanos como Francis Marion y Thomas Sumter intensificaron su lucha de guerrillas. En cambio, a los lealistas les parecía cada vez más inútil seguir ayudando a los británicos. Según un oficial británico, la brutal derrota «puso fin a la disposición de tomar las armas en nuestro favor, [y] renovó los ánimos y aumentó el número de los rebeldes». Con todo, pese a este revés en la estrategia de americanización del conflicto, la guerra civil continuó en el Sur casi con la misma intensidad.37



El nuevo hombre de Washington en el Sur era el general Nathanael Greene. En el otoño de 1780, después de perder dos ejércitos en Charleston y en Candem, el comandante en jefe continental había puesto a Greene al mando de un tercer ejército sureño. El corpulento y atractivo cuáquero de Rhode Island era un consumado estratega en quien Washington había visto, desde hacía ya tiempo, un posible sucesor si a él le pasaba algo. Greene aprovechó el respiro que otorgó la victoria patriota en Kings Mountain para reorganizar sus fuerzas. No se encontró «más que asesinatos y devastación por todas partes», donde patriotas y lealistas «se perseguían unos a otros con la furia implacable de los animales de presa». Ambos bandos parecían condenados a la aniquilación mutua y, a menos que acabaran «esas masacres privadas», «este país quedará despoblado […] ya que ni whigs ni tories pueden vivir». En

una carta a su mujer, Catherine, escrita desde el campamento situado en Little River, un frustrado general Greene exclamaba: «Querida mía, no puedes hacerte una idea de los horrores de la guerra en el Sur. Los asesinatos son tan frecuentes como las pequeñas disputas lo son hacia el Norte».38

Puesto que tanto los patriotas como los lealistas eran conscientes de la especial violencia de la guerra en el Sur, no extraña que se echaran las culpas mutuamente. Uno de los rebeldes más célebres fue el coronel Benjamin Bull Dog Cleveland, que aterrorizaba a los lealistas en el área del Yadkin. La proclama de Ferguson que, justo antes de Kings Mountain, mencionaba que los rebeldes «asesinaron a un hijo desarmado en presencia de su anciano padre y después le cortaron los brazos», hacía referencia a un execrable incidente en el que estuvo implicado el Bull Dog. En otro caso, las tropas de Cleveland sacaron a dos lealistas a la fuerza de una prisión, colocaron a uno «encima de un tronco, le pusieron un lazo alrededor del cuello, lanzaron el extremo de la soga sobre la rama de un árbol, la ataron, y de una patada derribaron el tronco que lo sostenía». Entonces, Cleveland le ofreció al segundo lealista elegir: o lo colgaban igual que al anterior, o él mismo se cortaba las orejas. El hombre agarró un cuchillo, se cortó las orejas y lo dejaron marchar.39

Los lealistas actuaban con tanta brutalidad como la que padecían. Uno de los partisanos lealistas responsables de excesos de violencia fue Thomas Brown, de Carolina del Sur, que en 1775 había perdido varios dedos de los pies al ser torturado por los patriotas. Brown supervisó, más adelante, el ahorcamiento de una, dos o hasta tres docenas de cautivos rebeldes cerca de Augusta, así como la decapitación de cuatro más a manos de nativos norteamericanos. William Bill Sangriento Cunningham, otro cabecilla partisano lealista sureño, alcanzó fama por asesinar a rebeldes enfermos a los que sacó a rastras de sus camas. Un historiador narra también el momento espeluznante en que una banda lealista, al pasar ante la casa de un patriota, «halló a su mujer embarazada. La cosieron con las bayonetas, le cortaron los pechos y, con su propia sangre, escribieron en la pared: “nunca alumbrarás a un rebelde”».40

Esta sádica crueldad de norteamericanos contra norteamericanos

afectó, como es natural, a los individuos que la perpetraban y a los que la sufrían. Algunos parecieron acostumbrarse a la «furia salvaje» de la guerra civil. En su ancianidad, Moses Hall reflexionaría sobre cómo le habían curtido las atrocidades que había presenciado. En febrero de 1781, Hall, entonces con solo veinte años, servía en los dragones continentales de Henry Lee. Un grupo lealista que entonces pasaba por Carolina del Norte, comandado por el Dr. John Pyle, se aproximó a los dragones, confundiéndolos por sus uniformes verdes con los lealistas de Tarleton. Al descubrirse la verdad, estalló una lucha breve pero intensa, a una distancia muy cerrada, entre ambas columnas enfrentadas. Murieron entre 90 y 100 lealistas; el resto huyó. Parece que no murió ningún patriota. El suceso se acabó conociendo como la Masacre de Pyle.41

En sus memorias, Hall, recordó con detalle el asesinato de 6 prisioneros lealistas después del combate. En un primer momento, reaccionó con sorpresa y rechazo ante dicha «escena que dejó una impresión duradera en mi mente. Algunos de mis camaradas me habían invitado a ir a ver a algunos de los prisioneros. Nos acercamos donde había seis juntos de pie». De pronto alguien gritó «¡Acordaos de Buford!», la matanza de las tropas del coronel Buford en las Waxhaws, a manos de Tarleton,

y de inmediato los prisioneros fueron masacrados a espadazos. En un primer momento soporté la escena sin emoción alguna, pero, tras un momento de reflexión, sentí un horror como nunca había sentido ni he vuelto a sentir y, tras volver a mi cuarto y tirarme encima de mi manta, reflexioné sobre las crueldades de la guerra, hasta que me vi ahogado y acongojado por una dolorosa tristeza de la que no me libré hasta que comenzamos nuestra marcha antes del amanecer, a la luz de la luna.

Sin embargo, después Hall descubrió algo espantoso cerca de un campamento poco antes abandonado por Tarleton:

Yendo por la izquierda de la carretera durante nuestra marcha descubrí, tendido en el suelo, algo que parecía un hombre. Al acercarme a él, resultó ser un joven de alrededor de dieciséis años que, tras haber salido por curiosidad a ver a los británicos, estos, por miedo a que pudiera pasar información a nuestras tropas, lo habían atravesado con una bayoneta y lo habían dado por muerto. Aunque podía hablar, la herida era de muerte.

Presenciar la muerte sin sentido del adolescente, en lugar de acrecentar las dudas anteriores de Hall, lo insensibilizó ante la brutalidad de su propio bando. Hall continuaba: «La visión de este chico inocente, [a quien habían] masacrado en lugar de cogerlo en brazos […] durante la marcha, me liberó de mis tristes sentimientos por la matanza de los tories, y no deseé otra cosa que la oportunidad de participar en su destrucción». Hall –que primero se había sentido «acongojado» al presenciar una atrocidad–, para soportar la brutalidad de la guerra, tuvo que anular su sensibilidad (una idea muy ligada a la hombría en la época) y recuperar una forma de masculinidad que lo acostumbrara a la violencia y se alimentara de la venganza.42

Esta ansia de venganza entre los partisanos norteamericanos erosionó las posibilidades que los británicos tenían de pacificar los estados sureños. Durante el avance de los soldados continentales y de las tropas irregulares rebeldes por el área más meridional de aquel teatro de operaciones, Greene evitó en lo posible las batallas campales con el Ejército británico y persiguió una estrategia de desgaste. Poco a poco, Greene pudo así expulsar a los británicos de la mayor parte de las regiones, excepto de una franja entre Charleston y Savannah. En las ocasiones en que ambos bandos se enfrentaron en alguna batalla de mayor entidad, los revolucionarios tuvieron un buen desempeño. En la batalla de Cowpens, a primeros de 1781, una fuerza mixta de continentales, tropas estatales y milicias patriotas al mando de Daniel Morgan asestó un duro golpe a los regulares británicos y lealistas comandados por Tarleton: las bajas sufridas por este equivalían a un sexto del total del ejército de Cornwallis. Morgan, vencedor, informó orgulloso al general Greene de que, pese a «la forma crudelísima de hacer la Guerra [de

Tarleton], no se mató ni hirió, ni tan siquiera se insultó, a nadie después de que se hubiera rendido». Por desgracia, como los británicos ya habían ignorado numerosas «lecciones de humanidad» previas que habían recibido, Morgan temía que fueran «incorregibles». Victorias pírricas británicas como la que alcanzaron en Guilford Courthouse, en marzo de 1781, donde la Corona sufrió bajas mucho más numerosas que los derrotados revolucionarios, desangraron todavía más a su ejército sureño. Durante este periodo, la guerra de desgaste de los rebeldes contra las líneas de suministros y las guarniciones de los británicos también continuó haciendo mella. Los oficiales británicos cada vez encontraban más dificultades para persuadir a los mensajeros locales de que llevaran mensajes a Cornwallis, ya que se decía que los rebeldes mataban a todo lealista que capturaban. En efecto, «el miedo o la intimidación» empujaron a súbditos antes leales al bando de los insurgentes.43

LA CABEZA DE HARRY

Aunque la estrategia británica de americanización de la guerra parecía estar resultando contraproducente, las expectativas del Imperio en Norteamérica no eran del todo desoladoras. Había señales de que no solo el pueblo norteamericano, sino también sus aliados franceses, se estaban cansando del enfrentamiento. Además, una «amplia desafección» atacaba al Ejército Continental, medio muerto de hambre, «por causa de las pagas atrasadas y de las malas condiciones de vida» después del durísimo invierno de 1779-1780, en el que las vías acuáticas de la ciudad de Nueva York quedaron congeladas durante cinco semanas y el río Delaware, en Filadelfia, durante casi once. Y, aunque el control del campo de Carolina del Sur se le iba poco a poco de las manos a Cornwallis –descubrió que el apoyo lealista era «más pasivo» de lo que había previsto–, durante la primavera y verano de 1781 lanzó un ataque concertado para privar a los rebeldes de su fuente de abastecimiento, Virginia. Según la valoración del historiador Andrew O'Shaughnessy, el objetivo amplio de Cornwallis era «ocupar lo bastante Virginia

como para derribar al gobierno y crear una milicia lealista que controlara a la población».44

Tras la destrucción de Norfolk al inicio del conflicto, el más grande y más poblado de los estados había evitado la guerra hasta que Gran Bretaña centró sus esfuerzos en el Sur. En ese momento, Virginia se convirtió en objeto de frecuentes ataques británico-lealistas. A mediados de 1779, una incursión marítima destruyó enormes cantidades de tabaco, cerdo en salazón y vituallas navales, así como más de un centenar de embarcaciones de guerra y comerciales, y se apoderó de 1500 esclavos y de varios miles de caballos y de cabezas de ganado. A finales de 1780, las líneas de suministro del general Greene se vieron seriamente amenazadas cuando el traicionero general Benedict Arnold, antes patriota, encabezó una incursión de 1600 hombres que se adentró en Virginia. Los lealistas de la región, igual los blancos que los negros, se exponían a repercusiones graves si los rebeldes se enteraban de que habían prestado ayuda a dicho contingente. Shadrack Furman, un negro libre, proporcionó alojamiento y suministros a los soldados de Arnold. Después, los rebeldes quemaron su casa y cultivos y lo torturaron para sacarle información. Furman acabó, por su posición lealista, ciego, lisiado y con cicatrices en la espalda.45

Durante los primeros meses de 1781, soldados británicos y corsarios lealistas aplicaron tácticas de tierra quemada por los ríos y la costa de Virginia. Quemaban almacenes, depósitos, astilleros, embarcaciones militares y mercantes y también propiedades privadas. Según el comentario de Johann von Ewald, «Sucedieron cosas terribles […] se saquearon iglesias y lugares sagrados». Añadiendo la ofensa al insulto, las tropas británicas se apoderaron en su camino de docenas de esclavos, a la vez que otros miles de estos acudían por cuenta propia hacia el ejército británico. George Washington y Thomas Jefferson se encontraban entre los numerosos terratenientes cuyos esclavos abandonaron sus propiedades en aquel periodo. Nathaniel Lyttleton Savage calculó los daños y las cuantiosas pérdidas que sufrió por culpa de los británicos aquella primavera en 583 libras esterlinas. Además de 10 000 postes de valla quemados, caballos y ganado robados, tabaco y grano destruidos y distintos bienes saqueados –entre ellos una biblioteca

de «100 volúmenes de los mejores autores»–, el artículo más valioso que Savage perdió fue «un valioso joven negro que se llevó el Ejército».46

En mayo, Cornwallis cruzó con su ejército el Roanoke, enlazó con Arnold en Petersburg y efectuó incursiones a lo largo de los ríos York y James. En ellas se apresaron caballos con la intención de reconstruir una fuerza de caballería efectiva. Los esclavos abandonaban entonces las plantaciones situadas por todo el curso del Potomac y del Rappahannock. En junio, Cornwallis marchó desde Richmond, pasando por Williamsburg y Jamestown, en dirección al pequeño puerto tabaquero de Yorktown. Josiah Atkins, soldado de Connecticut integrado en las fuerzas estadounidenses que perseguían a los británicos, advirtió el coste que la guerra seguía teniendo para los negros que acompañaban al ejército británico: «Durante mi marcha he pasado ante 18 o 20 negros que yacían muertos a un lado del camino, pudriéndose por la viruela […] Estas pobres criaturas, sin nadie que las cuidara, se arrastraban muchas hasta los matorrales cercanos y morían. Allí yacen infectando el aire en derredor, con un hedor intolerable y gran peligro».47

Las autoridades revolucionarias ya tenían entonces dificultades para reclutar virginianos, hartos de la guerra, en el Ejército y en las milicias. Algunos patriotas en edad militar empleaban en su lugar, como sustitutos, a negros libres o esclavos. Aunque existían importantes incentivos en forma de tierra, dinero y esclavos para los que se alistaban, la gran mayoría de los virginianos evadió el reclutamiento, a menudo con violencia, e incluso durante la invasión británica de su estado –o, tal vez, de manera más intensa si su área local se veía afectada por dicha invasión–. Según explica el historiador Gary B. Nash, los dueños de las plantaciones priorizaban la seguridad de sus propiedades humanas antes que la lucha por la independencia. Bien alejaban a sus esclavos de la ruta por la que se acercaban los británicos, o bien juraban lealtad al rey, siempre que pudieran conservar sus propiedades. Como escribe Nash, «La idea de la independencia tenía sus límites».48

El general Clinton, que aguantaba en Nueva York, esperaba todavía un ataque franco-estadounidense contra la ciudad. Cuando

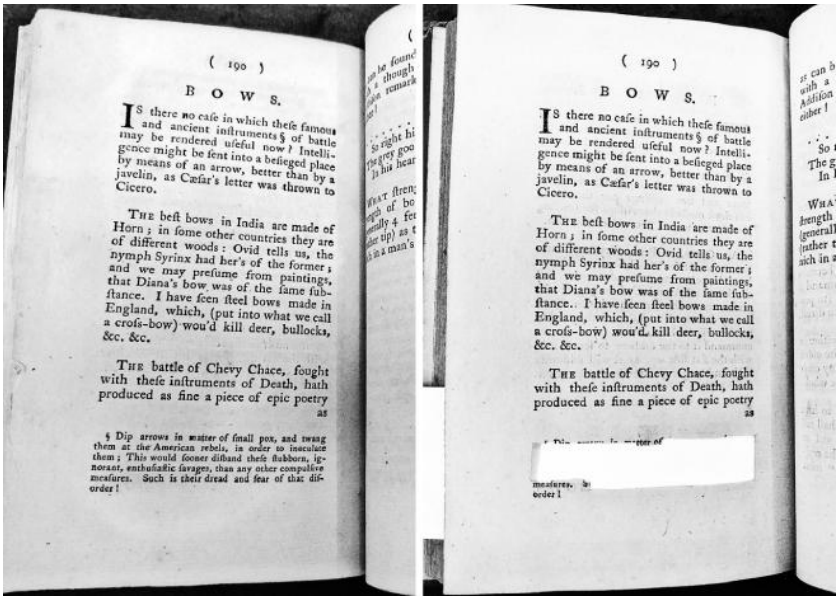
comprendió que el verdadero peligro era la pérdida del ejército de Cornwallis en Virginia, intentó con desesperación atraer a Washington de vuelta al norte. Ordenó a sus fuerzas que asolaran la costa de Connecticut: Nuevo Londres fue arrasado y el fuerte Griswold asaltado a finales de septiembre (tras esto último surgieron acusaciones de que la guarnición había sido masacrada). La respuesta de algunos comités del Congreso fue la recomendación de que los Estados Unidos debían tomar represalias: reducir poblaciones costeras inglesas «a cenizas», ejecutar prisioneros británicos y proceder a «enviar de inmediato a las llamas» a todos los soldados que fueran capturados en el acto de incendiar alguna población norteamericana. Sin embargo, Washington no se dejó distraer y continuó la marcha de más de seiscientos kilómetros de su ejército hacia el sur.49

Cornwallis no supo hasta primeros de septiembre que los ejércitos franceses y estadounidenses se acercaban a su posición en Yorktown. Hasta el día 23 no conoció el tamaño de la flota francesa. Con todo, confiaba en que los refuerzos de Clinton llegarían para el 5 de octubre. Sin embargo, en el ínterin, una flota francesa obligó a la Marina Real a abandonar su puesto en la bahía de Chesapeake. Esto permitió que un ejército aliado de 16 000 soldados y fuerzas navales rodeara a Cornwallis ya por completo. Era justo el escenario que los comandantes británicos habían temido desde la entrada de Francia en la guerra, tres años antes: que fuerzas combinadas francesas y estadounidenses aislaran a un ejército principal británico en un enclave de la costa. Los británicos se habían escabullido ya dos veces de trampas más o menos similares: primero en Newport (Rhode Island), en 1778, y por segunda vez en Savannah, en 1779. En cambio, en Yorktown, las tropas asediadas de Cornwallis –muy inferiores en número tras la continua debacle de los últimos meses, y sin posibilidad de recibir refuerzos ni suministros– se vieron obligadas a sacrificar los caballos de su artillería y de su bagaje. Las carcasas hinchadas de los animales pronto bajaban ya por el río York.50

También la viruela comenzó a infestar el campamento británico. Para evitar una propagación mayor de la enfermedad y preservar los escasos recursos, Cornwallis expulsó de allí a sus soldados, trabajadores y lavanderas de raza negra. Un oficial patriota vio a

«muchos con esa enfermedad, hambrientos y desvalidos, que nos suplicaban al pasar que por amor de Dios los matáramos, por el gran dolor y desgracia que padecían». Otros patriotas lanzaron la acusación de que se trataba de guerra biológica, pensando que los británicos extendían de forma deliberada la viruela entre las fuerzas enemigas y los civiles. Estas acusaciones tenían ciertos visos de credibilidad. En 1777, el oficial británico Robert Donkin había sugerido, en un tratado de ciencia militar, lo siguiente: «Úntense las flechas en materia con viruela y láncense con aullidos [para aparentar que los atacantes son indios] contra los rebeldes americanos para inocularlos. Esto disolverá a estos cabezotas, ignorantes y entusiastas salvajes con más rapidez que otras medidas coercitivas. Tal es su espanto y temor por esa enfermedad». El libro de Donkin se publicó para conseguir fondos destinados a las viudas y los huérfanos de «valientes soldados masacrados inhumanamente y sin sentido» mientras «marchaban pacíficos hacia y desde Concord el 19 de abril de 1775». En todos los ejemplares que nos han llegado de dicho tratado, excepto en dos, la nota al pie de la página 190, que contiene la citada propuesta de guerra biológica, ha sido extirpada.51

La sugerencia de Donkin nunca se llevó a la práctica, pero, en julio de 1781, el mayor general Leslie le escribió a Cornwallis desde Portsmouth, Virginia: «Más de 700 negros bajan por el río con la viruela. Los distribuiré por las plantaciones rebeldes». Leslie cumplió su promesa. Tres meses después, cuando Cornwallis echó a los negros infectados de Yorktown, muchos patriotas dieron por hecho que urdía algo similar.52



(190)

BOWS.

IS there no caſe in which theſe famous and ancient inſtruments § of battle may be rendered uſeful now? Intelligence might be ſent into a beſieged place by means of an arrow, better than by a javelin, as Cæſar's letter was thrown to Cicero.

THE beſt bows in India are made of Horn; in ſome other countries they are of different woods: Ovid tells us, the nymph Syrinx had her's of the former; and we may preſume from paintings, that Diana's bow was of the ſame ſubſtance. I have ſeen ſteel bows made in England, which, (put into what we call a croſs-bow) wou'd kill deer, bullocks, &c. &c.

THE battle of Chevy Chace, fought with theſe inſtruments of Death, hath produced as fine a piece of epic poetry as

§ Dip arrows in matter of ſmall pox, and twang them at the American rebels, in order to inoculate them; This would ſooner diſband theſe ſtubborn, ignorant, enthuſiaſtic ſavages, than any other compulſive meaſures. Such is their dread and fear of that diſorder!

(190)

BOWS.

IS there no caſe in which theſe famous and ancient inſtruments § of battle may be rendered uſeful now? Intelligence might be ſent into a beſieged place by means of an arrow, better than by a javelin, as Cæſar's letter was thrown to Cicero.

THE beſt bows in India are made of Horn; in ſome other countries they are of different woods: Ovid tells us, the nymph Syrinx had her's of the former; and we may preſume from paintings, that Diana's bow was of the ſame ſubſtance. I have ſeen ſteel bows made in England, which, (put into what we call a croſs-bow) wou'd kill deer, bullocks, &c. &c.

THE battle of Chevy Chace, fought with theſe inſtruments of Death, hath produced as fine a piece of epic poetry as

Military Collections and Remarks [Recuerdos y comentarios militares], de Robert Donkin, publicado en Nueva York en 1777. La nota al pie de la página 190 se conserva en un ejemplar y se ha recortado con esmero en otro, el cual conserva en el reverso [p. 189] el ornamento y el pie «BOWS».

Pronto estuvo claro que, aunque la mencionada medida pudiera haberse concebido como una estratagema, en realidad se debía también a la pura desesperación. El 17 de octubre de 1781, tras veinte días de asedio, de los que nueve habían sido de bombardeo artillero constante por parte de más de un centenar de cañones enemigos, Cornwallis, ante el desmoronamiento de las defensas, el agotamiento de la munición y la muerte de centenares de sus hombres, solicitó parlamentar. Dos días después rindió sus fuerzas. Aquella semana se cumplían cuatro años desde la derrota británica en Saratoga, y faltaban dos días para que los prometidos refuerzos de Clinton zarparan de Nueva York.

Como ya era habitual, los negros padecieron con especial intensidad durante el asedio. Un abogado local, St. George Tucker, anotó en su

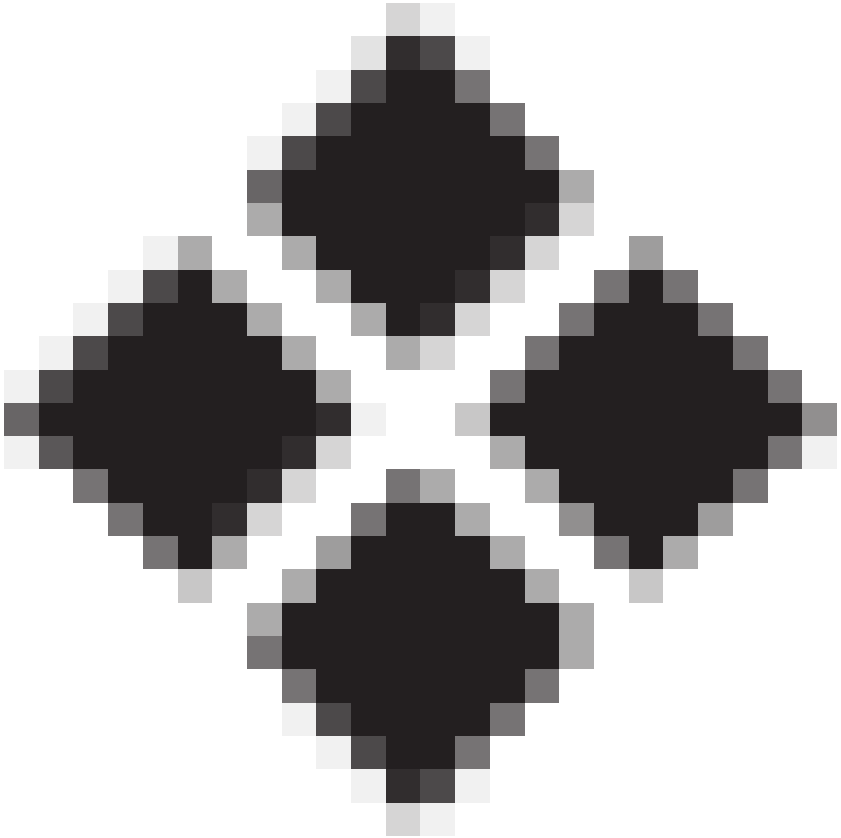
diario: «Un numero inmenso de negros ha muerto de la forma más miserable». Se estima que, de los 4000 a 5000 reclutas negros que Cornwallis tuvo entre Portsmouth y Yorktown, tal vez 2000 sobrevivieron a la viruela, el tifus y las heridas. Alrededor de la mitad de estos volvieron a ser esclavizados. Algunos de los capturados por los soldados patriotas se convirtieron en cazadores de recompensas contratados por sus anteriores dueños. Jefferson recuperó cinco o seis de sus esclavos; Washington recuperó dos mujeres jóvenes, aunque no a una docena de esclavos que también habían escapado de Mount Vernon. Estos fueron parte de los cientos que consiguieron escabullirse y rehacer su vida como negros libres en el Norte. Allí forjaron comunidades en las que siguieron promoviendo sus intereses políticos. Sin embargo, ni siquiera el servicio militar en las filas patriotas era suficiente para garantizar a los negros la libertad. Entre los esclavos que habían servido con las tropas continentales en Yorktown se encontraba James Armistead, un espía negro que había llevado información vital del campamento británico a los estadounidenses. No le habían prometido la libertad cuando se alistó, ni se la ofrecieron después. Tuvo que esperar hasta que, en 1786, el marqués de Lafayette, su antiguo comandante, convenció a la cámara legislativa de Virginia de que lo liberara.53

Las condiciones de la capitulación de Yorktown concedieron a los despachos de Cornwallis, y a los oficiales que el general eligiera, vía libre hasta Nueva York a bordo del HMS Bonetta. Aunque Washington sospechaba que en dicho barco se habían escondido esclavos huidos, cumplió su palabra y lo dejó partir sin registrarlo. En efecto, a bordo se encontraban hombres como Thomas Johnson, un negro libre que le había servido de guía a Tarleton desde Charleston a Yorktown. Los oficiales de Washington habían solicitado específicamente la entrega de Johnson, a quien incriminaban por su trabajo con Tarleton. Pero, como observa el historiador Christopher L. Brown, aunque los británicos «liberaron [esclavos] para ganar la guerra, no para promover la emancipación», la protección que prestaron al menos a «algunos lealistas negros después de la Guerra de la Revolución fue un intento parcial de honrar sus obligaciones». Si los británicos no hubieran sacado de contrabando a Johnson, a su mujer y a sus hijos a bordo del Bonetta, es casi seguro que habría sido ejecutado. En cambio, pudo ir con su familia a Nueva Escocia y de allí a

Inglaterra, donde el último registro que de él tenemos aparece en Londres, en 1787, por pagos recibidos del Comité de Socorro de los Negros Pobres.54

Algunos lealistas blancos, antes de irse al exilio, vendieron sus esclavos o los liberaron, en ocasiones a cambio de un pago efectuado por los propios esclavos; otros se los llevaron con ellos. En total, alrededor de 15 000 negros salieron de Estados Unidos como esclavos y unos 9000 mil como lealistas libres cuando los británicos evacuaron sus últimas guarniciones al final de la guerra. Peter Anderson, que había pertenecido al Regimiento Etíope de Dunmore, y que fue capturado e iba a ser ejecutado, consiguió escapar y llegar hasta los británicos. Después de pasar por Savannah y Charleston fue a Inglaterra, dejando atrás a su mujer e hijos. Por entonces, Samuel Burke ya estaba en Londres, donde vendía flores de papel, después de haber sido evacuado herido en 1780; con él estaba su esposa, una mujer negra libre llamada Hannah. La familia George, Boston King y Harry Washington fueron evacuados, en primer lugar y gracias a la ayuda británica, a Nueva Escocia, donde David fundó la primera iglesia baptista. Más tarde ayudaron a la creación de la colonia de negros libres de Sierra Leona, donde se puso los nombres de Tarleton y Howe a sendas calles.55

Aunque Tarleton fuera recordado en Sierra Leona y presumiera de sus heridas de guerra al presentarse a las elecciones para el Parlamento británico, la verdad es que hacía tiempo que había perdido su honor en Norteamérica. Era habitual que los oficiales estadounidenses y franceses cenaran junto con los británicos, siguiendo el modelo de caballerosa hermandad de los ejércitos europeos, pero Tarleton fue excluido. Fue él quien, en una ceremonia aparte de la rendición británica a los oficiales del Ejército Continental, rindió las fuerzas británicas al ejército francés. Los franceses le garantizaron protección para evitar el asesinato que temía, pero no sin que Jean-Baptiste-Donatien de Vimeur, conde de Rochambeau, gruñera: «El coronel Tarleton no tiene mérito como oficial –solo el valor que tiene todo granadero–, sino que es un carnicero y un bárbaro». Mientras que los oficiales de las colonias norteamericanas rebeldes se incorporaron con sus aliados franceses a actos de cortesía de estilo europeo, la conducta brutal de Tarleton lo había convertido en un paria.56



En el otoño de 1781, después de que 7000 soldados británicos y alemanes marcharan hacia el cautiverio en Yorktown, los choques de consideración entre los ejércitos británicos y continentales prácticamente se acabaron. El gobierno británico, cuya mayoría se iba erosionando, reconoció lo limitado de sus recursos financieros y humanos y comenzó, por fin, a darse cuenta de que había sobreestimado, desde hacía mucho, la intensidad del apoyo lealista. Decidió, por tanto, no enviar más tropas a Norteamérica. Optó, en cambio, por adoptar una estrategia sobre todo defensiva, dirigida a conservar las posiciones que le quedaban: la ciudad de Nueva York con más de 15 000 efectivos y, en el Sur, Charleston, Savannah, Penobscot y San Agustín con un total de alrededor de 10 000 soldados. También se mantuvieron las posiciones en Canadá y en

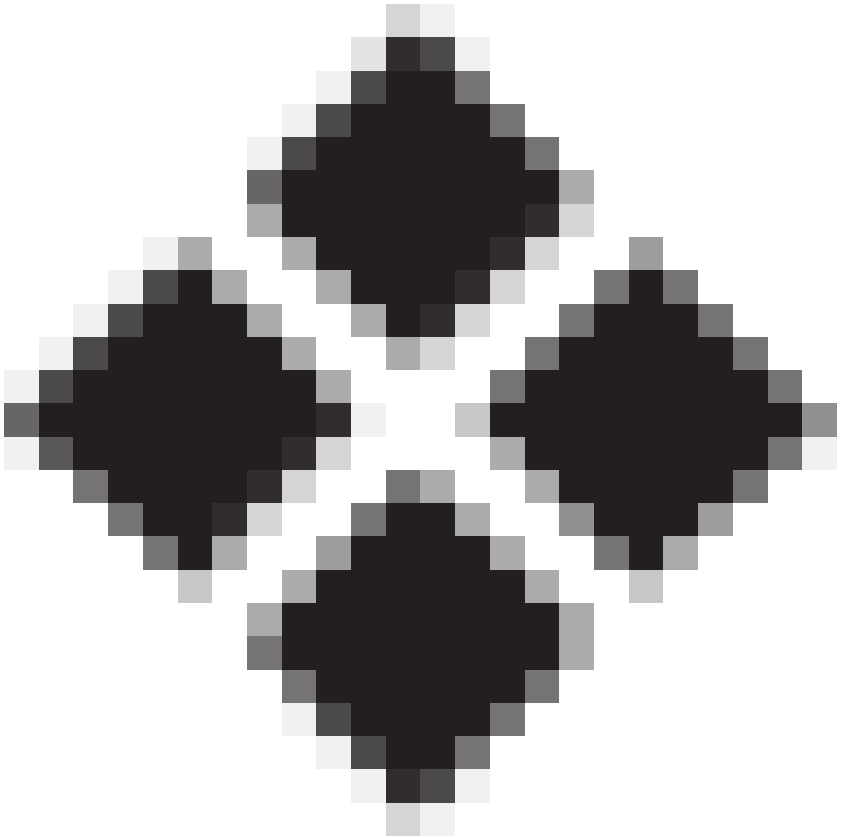
los fuertes fronterizos de los Grandes Lagos. Washington propuso emprender ataques conjuntos franco-estadounidenses contra las guarniciones británicas de Nueva York y Charleston, pero Francia –que se volvía a centrar en sus intereses geoestratégicos más amplios, en especial en el Caribe y en la India– se opuso.57

La guerra global de Gran Bretaña continuó sin detenerse. En 1781, las fuerzas británicas derrotaron a tres ejércitos mysores en la India. Después de declarar la guerra a la República Holandesa en diciembre de 1780, Gran Bretaña tomó todos los puestos comerciales holandeses en la India y capturó las bases de la misma nacionalidad en Padang y Sumatra. Al año siguiente, las fuerzas británicas tomaron enclaves comerciales holandeses en África Occidental y una base en Ceilán (Sri Lanka), pero en otros lugares sufrieron derrotas frente a Francia y España. Por ello, cuando la Marina Real se impuso a la francesa en la batalla de los Santos, en abril de 1782, dicha victoria no solo salvaguardó la joya británica del Caribe, Jamaica, sino que fue una importante inyección de moral en un momento muy crítico.58

Aunque el Parlamento había votado a favor de la paz, y además un nuevo gobierno dirigido por el segundo marqués de Rockingham había reemplazado al de lord North en marzo de 1782, las fuerzas navales y terrestres británicas siguieron, pues, defendiendo los intereses imperiales en varios continentes y océanos. En las colonias norteamericanas, como todavía las llamaba Gran Bretaña, el conflicto se alargaría, ya sin fuerza, durante bastante más de un año después de Yorktown. En el Sur en particular, donde la animosidad entre vecinos era muy intensa, la guerra civil de tropas irregulares y corsarios continuó a fuego lento. Desde finales de 1781, el mayor general Alexander Leslie, que hacía poco había utilizado a negros infectados de viruela para extender la enfermedad, formó unidades de caballería negras bautizadas como los Dragones Negros. Se especializaron en la requisa de provisiones, en capturar desertores y en proteger propiedades confiscadas a los rebeldes, pero también participaron en escaramuzas y en algunas batallas. En cualquier misión que desempeñaran, los británicos sabían que sembrarían el terror entre sus objetivos blancos rebeldes, sobre todo porque algunas de estas unidades, contra lo que era costumbre, estuvieron comandadas por oficiales negros. Según un oficial británico informó

a Germain, los oficiales rebeldes admitían su «espanto por las barbaridades indiscriminadas cometidas por nuestros Dragones Negros, a los que su naturaleza salvaje los mueve mucho más cuando están provistos de armas».59

Mientras los Dragones Negros de Leslie inspiraban miedo en los corazones de los sureños blancos, jefes de la guerrilla rebelde como Francis Marion y su banda de blancos y negros continuaron aterrorizando a los esclavos fugados. En una ocasión, un negro al que llamaban Harry, antes esclavo de un lealista de Charleston, pero que entonces trabajaba como espía al servicio de oficiales británicos de alto rango, al dirigirse a conseguir información acerca de los partisanos rebeldes, fue capturado por los hombres de Marion y estos lo mataron. Los rebeldes decapitaron a Harry y colocaron su cabeza, clavada en una estaca, cerca del pantano de Greenland. La intención de aquella siniestra señal era disuadir a los esclavos huidos que todavía osaran ayudar a la Corona.60



Los estrategas británicos que planearon y aplicaron el giro estratégico hacia el Sur se demostraron incapaces de controlar, en beneficio propio, los efectos de la violencia que desataron con su americanización de la guerra por dos vías diferenciadas. Los excesos brutales de la Legión Británica de Tarleton, así como los cometidos por milicias y otras fuerzas irregulares, les alienaron el favor de una población cansada de la guerra y también sirvieron para recordarle a la misma los motivos de su larga lucha. El apoyo lealista resultó difícil de preservar en las áreas que no estuvieran bajo la protección directa del ejército británico; la expectativa de despertar la ira de sus vecinos enfriaba el entusiasmo de los lealistas. La guerra en el Sur confirmó por qué era necesario respetar unos códigos en la guerra: «[…] una guerra en la que la violencia de los medios socava los fines políticos es contraproducente». El deseo de venganza de los

lealistas erosionó las posibilidades británicas de pacificar el Sur y de diseñar la reconciliación.61

En cuanto a la utilización de los negros sureños, los historiadores coinciden en que, al final, la proclama de emancipación de Clinton también fue contraproducente. Aunque muchos dueños de esclavos optaron por hacer un juramento de lealtad para conservar sus propiedades, este tipo de reacciones se hicieron por conveniencia y, en su mayoría, sin intención de continuidad en el tiempo; en conjunto, la estratégica emancipación británica de los esclavos de los rebeldes, más que conseguir desmoralizar a los rebeldes blancos o someterlos a través del miedo, estimuló su voluntad de resistir. Y, aunque el Ejército británico aparentó poner en peligro el sistema de trabajo de la región, al final ayudó a proteger la economía de las plantaciones y a evitar rebeliones de esclavos.62

La guerra ofreció nuevas posibilidades a los negros que anhelaban obtener su libertad individual y oponerse al sistema esclavista, pero también nuevas amenazas. Los esclavos de las plantaciones expuestos a los peligros de la guerra, así como los que luchaban por uno u otro bando siendo aún esclavos o que ya eran libres, experimentaron tanto la violencia racial como la de la guerra, pues ambas, además, se reforzaban una a la otra. Para muchos miles, dicha combinación resultó letal. La utilización por los británicos de más lealistas blancos y más negros, por tanto, no alcanzó los objetivos que pretendía, pero sí que encarneció mucho la guerra en el Sur, una guerra cargada de odios civiles y raciales. Y, si la paz llegó demasiado tarde para antiguos esclavos como Harry, partes del teatro de operaciones septentrional también experimentaron las consecuencias de la guerra hasta bastante después de la rendición británica en Yorktown.

Notas

1. En torno a lo que se cuenta de David George en este párrafo y en los siguientes, véase, del propio David George, «An Account of the Life of Mr. David George, from Sierra Leone in Africa; given by himself in a Conversation with Brother Rippon of London, and Brother [Samuel] Pierce of Birmingham», en Carretta, V. (ed.), 2004, 333-341 (citas en 333 y 336); Jasanoff, M., 2011, 46-47; Pybus, C., 2006, 38-40, 210; Schama, S., 2006, 98-102.

2. Acerca de este párrafo y el siguiente, véase Olwell, R., 1998, 246; Higginbotham, D., 1971, 354-357; Herrera, R. A., 2010, 101-119; O'Shaughnessy, A. J.,2013, 262-263, 271-272; McDonnell, M. A., 2007, 367; Brown, C. L., 2006, 310-312; Nash, G. B., 2005, 329-331; Lee, W. E., 2007c, 58. Proclamación de Philipsburg, firmada en el cuartel general de Clinton en Philipsburg Manor, Nueva York: PRO30/55/17.

3. Pybus, C., op. cit ., 37-38 (la cita del general Prevost en 38), 209, 211-212; Gilbert, A., 212, 170; Piecuch, J., 2008, 169-170. En este capítulo me centro en la guerra civil entre patriotas y lealistas, y en el papel de los negros. Véase en Piecuch, J., op. cit ., la interrelación entre los blancos lealistas, los afroamericanos y los nativos norteamericanos en la guerra en el Sur.

4. Véanse las referencias indicadas en la nota 1, arriba. La referencia al pase se encuentra en Pybus, C., op. cit ., 40.

5. Sobre el contexto estratégico global durante este capítulo, sigo a Conway, S., 2013, cap. 3; en este párrafo y los siguientes, véanse en especial las págs. 87-101. En relación con la guerra entre británicos y españoles por América Central y por la América española, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 178-185. En el verano de 1781, Germain intentó tranquilizar a Clinton ante el cambio global que se efectuaba en la asignación de las tropas: GG a HC, 17 de julio de 1781, Shelburne Papers 68/59, WCLC.

6. Lord Germain también le había ordenado a Clinton, ya en la primavera de 1778, que priorizara la guerra naval que llevaba a cabo desde las bases de Nueva York y Nueva Escocia. En preparación de la nueva estrategia centrada en el Sur, las tropas británicas se retiraron de Filadelfia en junio de 1778, acompañadas de 3000 lealistas.

7. Lee, W. E., 2007b (la cita está en 171). La violenta historia del Sur se contempla en Griffin, P., 2012, 176-177 y passim ; Edgar, W. B., 2001, 122; Lambert, R. S., 1987.

8. Sobre cómo los negros se sirvieron de la guerra en beneficio propio, tanto en el Norte como en el Sur, véase Egerton, D. R., 2009, 88-89 (cita en 88).

9. Acerca de la demografía regional y socioeconómica de los lealistas, véase el breve resumen de Ward, H. M., 1999, 36-37. Reavivamiento lealista: Conway, S., 2013, 87. «[…] maldita rebelión» y «obligados»: general de brigada Montfort Brown a [Mi lord], 20 de enero de 1778, CO23/24/3-8, en 4.

10. Selesky, H. E., 1994, 81.

11. Sobre la oposición de Clinton a emprender «una campaña total de terrorismo», véase Shy, J. W., 1976b, 185-192, en 192. Sobre el desplazamiento desde una mayoría moderada a una mayoría agresiva, véase Conway, S., 1986.

12. Pybus, C., op. cit ., 41; Mackesy, P., 1964, 252-256; Middlekauf, R., 2015, 222. «[…] arriesgaron sus»: Borick, C. P., 2003, 43.

13. Pybus, C. op. cit ., 40, 210, 217-218; Egerton, D. R., op. cit ., 86-87.

14. Acerca de King, véase Pybus, C., op. cit ., 43, 213; Schama, S., 2006, 109. La cita de sus «Memoirs of the Life of BOSTON KING, a Black preacher, Written by Himself, during his Residence at Kingswood-School» se encuentra en Carretta, V. (ed.), 2004, 353. Sobre la extensión de la viruela en el Sur en 1778-1780, véase Fenn, E. A., 2001, 110-128.

15. Tenemos una visión general acerca de las cifras de esclavos que escaparon en Jasanoff, M., op. cit ., 351-352; Frey, S. R., 1991, 211, ofrece las cantidades más altas; Pybus, C., 2005, presenta la estimación más conservadora basándose en un examen exhaustivo de las pruebas documentales existentes. En relación con este párrafo, véase también Frey, S. R., 1991, 113-116; Olwell, R., op. cit ., 248-251 (cita en 248) acerca de carta de John Lewis Gervais a

HL, 30 de abril de 1782; en la pág. 253 se contemplan las patrullas de soldados destinadas a la represión de las rebeliones de esclavos en las plantaciones. Nash, G. B., 2005, 331. Fugas de esclavos en Carolina del Sur en 1782: Egerton, D. R., op. cit ., 151. Comercio de esclavos: Piecuch, J., op. cit ., 219; Frey, S. R., 1991, 159.

16. Gilman, C. (ed.), 1969, citas en 27-31, 46; véase también Frey, S. R., 1991, 116.

17. La cita de Ewald está tomada de Nash, G. B., 2013, 260-261. «[…] más potente»: Crow, J. J., 1980, 88. Acerca de la subversión de la jerarquía racial y el cuestionamiento del orden social de las plantaciones, véase también Olwell, R., op. cit ., 258, donde encontramos la cita de Bull.

18. Sobre las propuestas del Congreso y las negativas de los estados, véase: Schama, S., op. cit ., 104-106; Egerton, D. R., op. cit ., 82-84; Nadelhaft, J. J., 1981, 62-63. «[…] las bendiciones»: William Whipple a Josiah Bartlett, Filadelfia, 28 de marzo 1779, DLAR 37. Capturas de esclavos por patriotas y pruebas de que los británicos los estaban armando para que se defendieran: Nash, G. B., 2005, 329-330; Piecuch, J., op. cit ., 226; Olwell, R., op. cit ., 266-267. Reclutamiento de negros en fuerzas patriotas: Nash, G. B., 2013, 254-256.

19. Este párrafo sigue en parte a O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 249-255 (cita en 254). En cuanto a los refuerzos franceses y los planes aliados de atacar la ciudad de Nueva York, véase Middlekauf, R., 2015, 224-227.

20. El contexto de la política interior se resume con brevedad en Conway, S., 2013, 101-102; y Conway, S., 2000, 218-224, 233-238. Sobre el Sur de los Estados Unidos: Ward, H. M., 2002, 221, 230-234 y passim ; Edgar, W. B., 2001, 137.

21. Acerca de Tarleton, véase la entrada (escrita por Stephen Conway): «Tarleton, Sir Banastre, baronet (1754-1833)» en Oxford Dictionary of National Biography , Oxford University Press (2004); Bass, R. D., 1973, 12-17. Acerca de la Legión Británica: Scotti, A. J., 2002, 33. «Ofrecí»: Tarleton a HC, 2 de julio de 1779, citada en Scots Magazine , 41 (1779), 492.

22. «A la llegada»: Tarleton, B., 1787, 89-90. En torno a la iconografía y las implicaciones políticas de los retratos de Tarleton de 1782, véase Bonehill, J., 2001. Acerca de Cruden: exposición de John Cruden a lord Dunmore, 5 de enero de 1782 [adjunta a misiva de lord Dunmore a HC, 2 de febrero de 1782], Bancroft 118/49-52 (citas en 50-51); Frey, S. R., 1991, 140; Crow, J. J., 1980, 87-88. Sobre Gibson: Piecuch, J., op. cit ., 225. Sobre Knight (McIntosh): Grundset, E. G. (ed.), 2001, 169-170.

23. «[…] la sangre»: Tarleton a Buford, 29 de mayo de 1780, Thomas Addis Emmet Collection, NYPL. «[…] ira de los ingleses»: impresa por primera vez en Garden, A., 1828, 135-138 (cita en 138). «[…] durante quince minutos»: Dr. Brownfield, citado en Wilson, D. K., 2005, 257.

24. Tarleton a Cornwallis, 5 de agosto de 1780, Cornwallis Papers, PRO30/11/63/19-21; Tarleton, B., 1797, 100; Stedman, C., 1794, vol. II, 193. Encontramos un análisis detallado de la veracidad de las fuentes en Piecuch, J., 2010, 23-40.

25. Violaciones en plantaciones: Clinton Papers 92/47; Tarleton a John Andre, [abril de 1780], citada en Borick, C. P., 2003, 152-153; Stedman, C., 1794, vol. II, 183, citado en Wilson, D. K., 2005, 248 (también 247); Draper, L. C. (ed.), 1968, 12, entrada del 14 de abril de 1780; pág. 8 , entrada del 22 de marzo de 1780. Encontramos otros casos de violación en el Sur en Simcoe, J. G., 1844, 212; PRO30/11/6/156-157. «[…] el terror de»: Cornwallis a HC, 3 de diciembre de 1780, en Ross, C. D. (ed.), 1859, vol. I, 71. Acerca de Richardson: Landers, J. G., 2011, 28-29; Nadelhaft, J. J., 1981, 57; McCrady, E., 1969, 816-817; Edgar, W. B., 2001, 133-134. En torno a las críticas británicas y norteamericanas contra Tarleton, véase también Greene a Cornwallis, 17 de diciembre de 1780, PNG , vol. VI, 591-592; Cornwallis a Rawdon, 26 de julio de 1780, PRO30/11/78/48-49. «[…] cometió más actos»: cita tomada de Scotti, A. J., 2002, 93. Sobre la reputación de Tarleton, véase también Parton, J., 1860, vol. I, 82-85; Bass, R. D., 1973, 83; Rankin, H. F., 1954; Calhoon, R. M., 1973, 491-492, 494-495; Ward, C., 1952, vol. II, 701.

26. Frey, S. R., 1991, 112; Cornwallis al teniente coronel Cruger, 24 de septiembre de 1780, PRO30/11/80/5-6; O'Shaughnessy, A. J.,

op. cit ., 258; Conway, S., 2013, 104-105; Buchanan, J., 1997, 170 (acerca de la dificultad de hacer una estimación de las pérdidas estadounidenses en Camden).

27. Conway, S., 1986, 405-406; Nadelhaft, J. J., 1981, 57; Edgar, W. B., 2001, 134; Conway, S., 2013, 104. La recomendación de Wemyss de ser más estrictos con los rebeldes que después profesen lealtad a la Corona la tenemos en Wemyss a Cornwallis, 11 de julio de 1780, PRO30/11/269-270. El efecto contraproducente de dicha conducta lo explica Conway, S., 2013, 104.

28. Según Lee, W. E., 2007b, y también 2001, cap. 7.

29. Acerca de Ferguson, véase Rankin, H. F., 1978; Buchanan, J., 1997, 195-198; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 263. Sobre la dificultad de valorar las verdaderas lealtades y un enfoque de cautela en la formación de las milicias, véase PRO30/11/2/347-348 [marzo de 1780].

30. Sobre la proclamación: Walker, M., 2013, 77. «[…] que os orinen»: Messick, H., 1976, 89. «[…] masacrando»: Piecuch, J., 2008, 199. Véase también PNG , vol. VIII, 501; vol. IX, 30; Dunkerly, R. M., 2007a, 38-40; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 264-265; Pancake, J. S., 1985, 117.

31. Dunkerly, R. M., 2007a, 60, 83, 92-93, 126, 146; Dameron, D. J., 2003, 45-46 y mapas en 54, 56, 62, 68. La Autobiography de Collins está citada en Southern, E. (ed.), 2009, 163-164.

32. «[…] pero como»: diario de Alexander Chesney, citado en Dunkerly, R. M., 2007a, 132. Véase también Joseph Hughes's Federal Pension Applicatión [Solicitud de pensión federal de Joseph Hughes] S31764, 52-53; Leonard Hice's Federal Pension Application [Solicitud de pensión federal de Leonard Hice], S8713, 49-50; y solicitud de pensión de Peter Starns citada en Dunkerly, R. M., 2007a, 88. «[…] que habían»: cita tomada de Southern, E. (ed.), 2009, 159-160; declaración de Silas McBee, 64-65 (cita en 64) en McBee Smith, R., 1997, 37-40. En la equilibrada valoración de Lee, la «necesidad de disculpar el crimen nos muestra, más que los méritos de la defensa, el sistema de valores subyacente y la exigencia de una conducta virtuosa en la guerra». Lee, W. E., 2001,

186-187 (cita en 187), y n. 48, 51. Versión de un oficial patriota que no menciona irregularidades: Pennsylvania Evening Post , 18 de noviembre de 1780; Connecticut Journal , 30 de noviembre de 1780; Massachusetts Spy , 30 de noviembre de 1780. También he consultado JCC , vol. XVIII, 1048-1049; LDC , vol. XVI, 458-459; New-Jersey Gazette , 25 de octubre de 1780; Connecticut Journal , 2 de noviembre de 1780; Providence Gazette , 8 de noviembre de 1780; Pennsylvania Packet , 30 de diciembre de 1780.

33. Cox, C., 2013, 121. Moss, B. G., 1998, 34. «Los quejidos»: cita tomada de Dunkerly, R. M., 2007a, 84. Véase también, id ., 132, acerca del diario de Alexander Chesney. El lealista herido: Buchanan, J., 1997, 235. Véase también Johnson, J., 1851, 101-102, 583; Ward, H. M., 2002, 225; Lambert, R. S., 1987, 200-203. La cita de Collins se encuentra en Southern, E. (ed.), 2009, 165 («maridos, padres»).

34. Collins, J., Autobiography of a Revolutionary Soldier , citada en Southern, E. (ed.), 2009, 164; Blythe, R. W., Carroll, M. A., Moffson, S. H., 1995, 43. Perros y cerdos: citas de Collins tomadas de Dunkerly, R. M., 2007a, 35.

35. «[…] refrenar»: Órdenes Generales de William Campbell, entrada del 11 de octubre de 1780 citada en Dunkerly, R. M., 2007a, 28. Órdenes declaradas por lealistas: Walker, M., 2013, 85. Acusaciones contra prisioneros: declaración de Silas McBee, 64-65, en McBee Smith, R., 1997, 37-40; informe del alférez Robert Campbell, en Dunkerly, R. M., 2007a, 22; Buchanan, J., 1997, 239-240. Sobre la esposa de Mills: Moss, B. G. (ed.), 2000, 77. Lee, W. E., 2007b, 169, subraya el intento de darle un «aire de legalidad» a lo sucedido remitiéndose a la ley de Carolina del Norte que autorizaba a los magistrados a convocar un jurado; el ahorcamiento «le daba un aspecto judicial al asesinato y también enfatizaba la supuesta criminalidad de las víctimas».

36. Manifestaciones de Cornwallis: Cornwallis a Smallwood, 10 de noviembre de 1780, PRO30/11/91/9-10; véase también id ., fols. 13-14, carta de Cornwallis al mayor general Gates, 1 de diciembre de 1780 (que hace referencia a la «casi increíble falta de humanidad» en el tratamiento que reciben los cautivos); PRO30/11/3/261-262; PRO30/11/91/9-11, 13-14, 21-24. HC a

GW, 9 de octubre de 1780, PRO30/11/98/3-4; GW a HC, 16 de octubre de 1780, PRO30/11/98/7-8; NG a Cornwallis, 6 de diciembre de 1780, PRO30/11/91/21-24.

37. O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 265; Callahan, N., 1963, 222. «[…] puso fin»: Robertson, J., Klein, M. M., Howard, R. W. (eds.), 1983, 192; Mackesy, P., 1964, 345.

38. Thayer, T., 1994, 109-136. «[…] más que»: NG a AH, 10 de enero de 1781, PNG , vol. VII, 88. «[…] se perseguían unos a otros»: NG al presidente del Congreso, 28 de diciembre de 1780, id ., 9. «[…] esas masacres privadas» y «este país»: NG al coronel William Davies, 23 de mayo de 1781, PNG , vol. VIII, 298. «Querida mía»: NG a Catherine Greene, 23 de junio de 1781, id ., 443.

39. Ward, H. M., 2002, 225; Buchanan, J., 1997, 215-216 («encima de un tronco», 215). Véase también, acerca del general Henry Lee, Witt, J. F., 2012, 38-39; Ward, H. M., 2002, 205, 225; y sobre las vivencias de Levi Smith: Piecuch, J., op. cit ., 252-253. Lee, W. E., 2001, 189, subraya que «los lealistas apresados con armas corrían peligro de que los ejecutaran de forma sumaria fusilándolos, pero en general se los tenía presos hasta celebrar un consejo de guerra más o menos formal […] se daba apariencia de legalidad a lo que eran meros actos de venganza». Véase también del mismo autor, «Restraint and Retaliation», 2007, 190; Ferguson a Cornwallis, 1 de octubre de 1780, PRO30/11/160-161, LOC.

40. Piecuch, J., op. cit ., 201; Ward, H. M., 2002, 225-227; Cashin, E. J., 1999, 120. «[…]halló a su»: Griffin, P., 2012, 176.

41. Disponemos de análisis modernos de la Masacre de Pyle en Troxler, G., 1973; Lee, W. E., 2011, 207.

42. Sobre Hall en el párrafo anterior y en este, véase Dann, J. C. (ed.), 1983, 202-203. Véase también id ., 185-189, y Lee, W. E., 2001, 189, acerca de los recuerdos de William Gipson sobre los abusos que unos lealistas cometieron con su madre y el posterior cruel tratamiento que dichos lealistas recibieron.

43. Higginbotham, D., 1971, 375. «[…] la forma crudelísima»: general D. Morgan a NG, 19 de enero de 1781, PNG , vol. VII,

152-153 (cita en 153). «[…] el miedo o la intimidación»: lord Rawdon a Cornwallis, 7 de marzo de 1781, PRO30/11/69/7-11, en 8. La guerra de desgaste: O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 265; Thayer, T., 1994, 134. Cowpens: Babits, L. E., 1998; Piecuch, J., op. cit ., 240-241; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 266-267.

44. Acerca de las razones británicas para el optimismo, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 247 («una amplia»). «[…] más pasivo»: Cornwallis a HC, 18 de abril de 1781, CO5/239. «[…] ocupar»: O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 273.

45. Sigo a Frey, S. R., 1991, 150-159; Gilbert, A., 2012, 168; Pybus, C., op. cit ., 79-80, acerca de Furman, citando AO13/29/658; Frey, S. R., 1983, 379-382.

46. La cita de Ewald está tomada de Frey, S. R., 1991, 154. Véase Pybus, C., op. cit ., 46-49, acerca de los esclavos de Washington y de Jefferson que pasaron al bando enemigo. Sobre Savage: N. L. Savage Account Book [Libro de recuerdos de N. L. Savage], MssCol 3575, NYPL. Véase también Cogliano, F. D., 2014, 15-25.

47. «Durante mi marcha»: cita tomada de Fenn, E. A., 2001, 129.

48. Id ., 382; Nash, G. B., 2005, 331 (cita), 344. McDonnell, M. A., 2007, 367-477, da detalles de niveles de desafección significativos en distintas partes de Virginia durante la invasión.

49. Witt, J. F., 2012, 39-40, que remite a JCC , vol. XXI, 977-978 («a cenizas», 978), 1017-1018 («enviar de inmediato», 1018), 1029-1030. Sobre las propuestas de represalias contra ciudades británicas en 1779, véase LDC , vol. XIII, 228, 236-237, 261-263; JCC , vol. XIV, 851-853; 914-915. Sobre las represalias, véase también Burrows, E. G., 2008, 192-193; LDC , vol. XVII, 88, 481; Samuel Huntington a TJ, 9 de enero de 1781, DLAR 43. Para la comprensión de Yorktown en el contexto estratégico, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 279-281.

50. Fenn, E. A., 2001, 130-132.

51. «[…] muchos»: citado en Taylor, A., 2013, 27. Donkin, R., 1777, 190; «valientes soldados»: iii.

52. Fenn, E. A., 2001, 132 (nota 48). Leslie a Cornwallis, 13 de julio de 1781, PRO30/11/6/280-281.

53. Véase Frey, S. R., 1991, 164-171 (cita de Tucker en 171). Estimaciones de Pybus, C., op. cit ., 53. Negros libres en el Norte: O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 277. Sobre Armistead: Nash, G. B., 2013, 256.

54. Pybus, C., op. cit ., 41-42, 52, 55, 212-213. Brown, C. L., 2006, 311.

55. Cifras: Jasanoff, M., op. cit ., 352, 358; Pybus, C., 2005. Sobre las minibiografías, véase Pybus, C., op. cit ., 209-218, y sobre George, véase Jasanoff, M., op. cit ., 172-175, 276-282, 299-309, 349. Lealistas que vendían o liberaban esclavos: McCowen Jr., G. S., 1972, 106. Sierra Leona: Pybus, C., op. cit ., caps. 9, 11; Schama, S., op. cit .; Walker, J. W. St. G., 1976; O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 77, indica los nombres de algunas calles.

56. O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 281, que también remite a los congresistas que exigían ejecutar a Cornwallis por crímenes de guerra. La cita está tomada de Starkey, A., 2003, 97.

57. Conway, S., 2013, 113-119. Sobre los prisioneros: «Return of prisoners taken at the Surrender of York & Gloucester, 19th Oct. 1781», Revolutionary War, Box I: British and Hessian Army, NYHS. La noticia de Yorktown llegó a Londres a finales de noviembre: Hillsborough a [Eden], 26 de noviembre de 1781, Add MS 34418/188. Territorios controlados por los británicos y efectivos militares después de la rendición de Yorktown según O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 360.

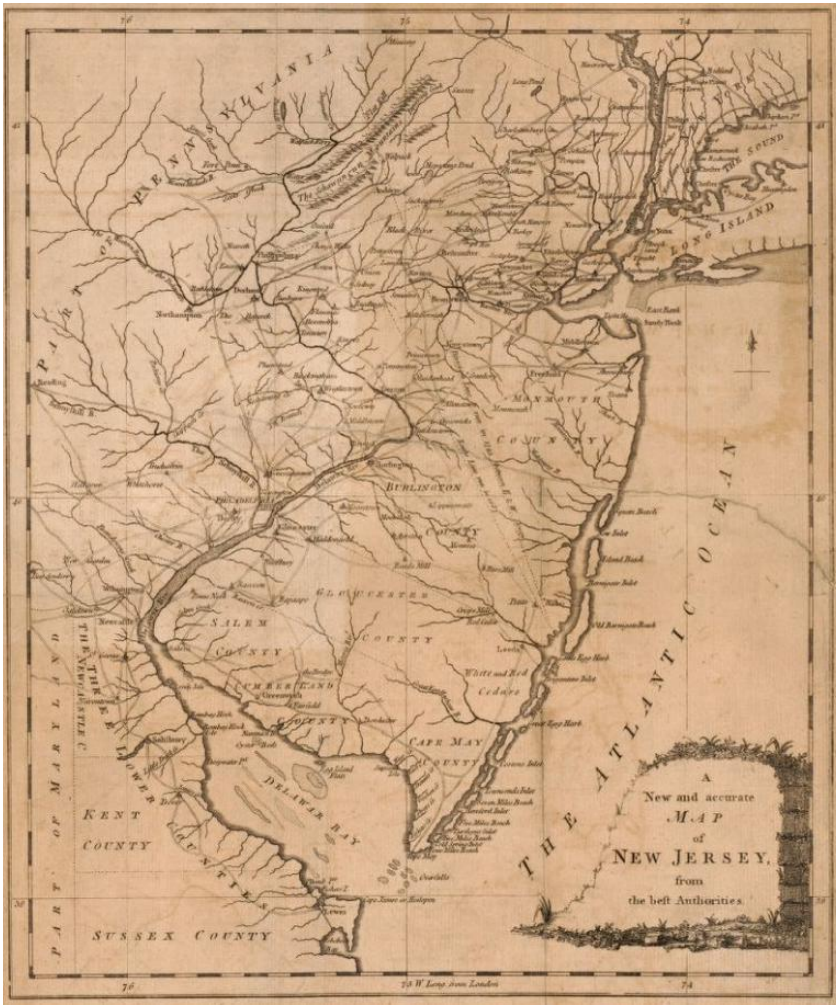
58. Sobre el papel del almirante sir George Rodney en la Guerra de la Revolución estadounidense, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., cap. 8.

59. Leslie en el Sur: Schama, S., op. cit ., 125; Olwell, R., op. cit ., 258-259; Gilbert, A., 2012, 157-159; Piecuch, J., op. cit ., 316-318; Finney, W., Boyle, J. L., 1997, 137. «[…] espanto»: vicegobernador Bull a GG, 25 de marzo de 1782, Bancroft 118/267-279.

60. Gilbert, A., 2012, 157; AO13/4/321, certificado de la decapitación del esclavo Harry de Jonathan McKinnon, jefe de intendencia delegado [«deputy quartermaster general»].

61. Childs, J., 2007, 300.

62. O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 271; Frey, S. R., 1991, 114.



Un nuevo y exacto mapa de Nueva Jersey, de las mejores autoridades (Londres, 1780).

Capítulo 11

Hombre por hombre

A las cuatro en punto de la tarde, los vecinos del patriota muerto lo descolgaron del improvisado patíbulo hecho con postes de valla. En el bolsillo de su casaca encontraron su testamento, dictado aquella mañana de pie, con el lazo ya apretándole el cuello, encima del barril que ahora estaba volcado en el suelo. Atado al pecho tenía un cartel escrito por sus verdugos lealistas:

Nosotros los refugiados, después de largo tiempo sufrir los crueles asesinatos

de nuestros hermanos, y al no ver otra cosa que la ejecución diaria de ese tipo de medidas,

en adelante decidimos no sufrir sin tomar venganza

por las numerosas crueldades, y así comenzamos y nos hemos servido

del capitán Huddy para que sea el primer objeto que presentaros a la vista, y en adelante decidimos colgar hombre por hombre, mientras siga existiendo algún refugiado.

ARRIBA CON HUDDY

POR

PHILIP WHITE

Un sastre local describió más tarde que vio, desde el otro lado de la bahía, cómo un grupo de hombres armados desembarcaba con un prisionero e improvisaba un patíbulo. Su jefe estrechó la mano del cautivo después de ponerlo de pie encima de un barril. Entonces un «negro» le dio una patada a este. Uno de los primeros reportes de prensa sobre el ahorcamiento atribuiría la atrocidad a una «compañía mixta de negros, tories e ingleses», la más bárbara e infame trinidad posible a ojos de los norteamericanos patriotas.1

La ejecución de Joshua Huddy en la playa de Highlands Beach, el 12 de abril de 1782, y los sucesos que desencadenó, ejemplifican a la perfección la amarga guerra civil entre norteamericanos que continuó sumergiéndolos en la violencia alrededor del territorio de Nueva York, ocupado por los británicos, incluso bastante después de que Cornwallis hubiera rendido su ejército en Yorktown. Durante los meses que siguieron, el caso daría pie a actuaciones judiciales, preocuparía a comités del Congreso y a la prensa norteamericana y británica, y provocaría reacciones internacionales. También pondría a prueba la rectitud moral de los jefes de ambos bandos en conflicto. Los generales George Washington y sir Henry Clinton (y su sucesor, sir Guy Carleton), a la vez que intentaban respetar las leyes de la guerra bajo fuertes presiones políticas, trataron de armonizar las exigencias de su propia conciencia con la necesidad de defender la reputación de sus naciones ante el mundo.2

La ejecución deliberada de un cautivo patriota por lealistas armados organizados fue una excepción a la forma en que se desarrolló la guerra en el Norte. Sin embargo, obtuvo la notoriedad que obtuvo gracias a lo que aparentaba sugerir acerca del modo en que se libraba la guerra en esa etapa final. Las conversaciones exploratorias para llegar a la paz entre británicos y estadounidenses no comenzaron en París hasta el mismo día en que se ejecutó a Huddy, seis meses después de Yorktown. Pasaría otro semestre hasta alcanzar unas condiciones de paz preliminares, y varios meses más para que la Corona ordenara el cese de las hostilidades en Norteamérica. Mientras tanto, largos años de conflicto civil habían alimentado en muchos norteamericanos un deseo imperecedero de venganza. Es cierto, en efecto, que este episodio polifacético –fue a

la vez un linchamiento, un caso judicial, un momento decisivo en el Congreso, un drama familiar y una disputa internacional– giraba alrededor de la lex talionis: la ley de la venganza, asentada en ideas de justicia que venían de muy antiguo, y que en el siglo XVIII era parte de los códigos de la guerra. Todos los bandos del conflicto opinaban que la ley del talión –la idea de que la violencia vengativa era una respuesta legítima a las violaciones de los códigos de la guerra, válida para evitar que se continuara empleando la fuerza de forma ilícita– era un elemento necesario en la regulación de la guerra, siempre que la venganza fuera similar a la ofensa en género y en intensidad. Sin embargo, todos los bandos también admitían que, en la práctica, la lex talionis podía llevar a una escalada de la violencia en una región en guerra. Esto era especialmente cierto cuando había fuerzas irregulares implicadas.

El presunto asesinato de un patriota llevado a cabo por los lealistas como represalia por la muerte de uno de los suyos también podría afectar al modo en que los norteamericanos se tratarían unos a otros una vez que terminara la guerra civil. Además, como este incidente se hizo público en el contexto de la inminencia de las conversaciones de paz entre los británicos y los estadounidenses, ambos bandos temían que pudiera afectar también a las delicadas negociaciones diplomáticas: si la ejecución de un solo hombre, el patriota Joshua Huddy, fue capaz de provocar la reacción de los líderes políticos de tres países, estaba claro que los individuos y las naciones interesadas se estaban jugando mucho en aquel asunto.3

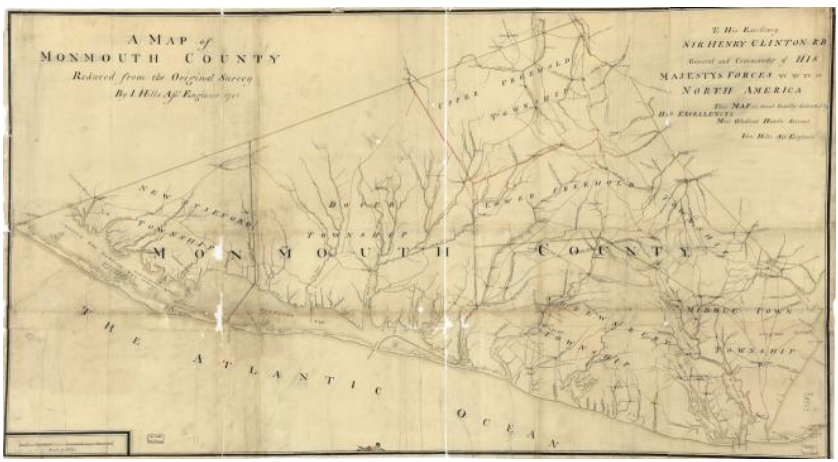
En las áreas de los territorios de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut que rodeaban la ciudad de Nueva York, el conflicto civil entre patriotas y lealistas armados había continuado, desde 1776, casi inmune al desarrollo global de la guerra británico-estadounidense. La rendición de Yorktown afectó a estas guerras civiles locales tan poco como había interrumpido la guerra de guerrillas en el Sur. En 1781, la Corona había incrementado el empleo de lealistas armados también en el teatro de operaciones del Norte. Pequeñas bandas de patriotas y lealistas armados pronto se enzarzaron en una guerra de guerrillas que abarcó gran parte de Nueva Jersey, una «pequeña y sucia guerra», según la ha calificado el historiador militar John Shy, de incursiones, allanamientos, saqueos, secuestros y arrestos. Entre las áreas de Nueva Jersey

afectadas con mayor ferocidad estaba el condado de Monmouth, cuya costa se extendía desde Sandy Hook, al sur, hasta Little Egg Harbor. En la víspera de la guerra tenía una población estimada de 10 000 blancos y 1400 esclavos negros, en cuyo seno eran cada vez más agudas las tensiones raciales. A lo largo de gran parte del conflicto, los refugiados lealistas lanzaron incursiones hacia dicho condado desde bases situadas en la parte del territorio de Nueva York controlada por los británicos y desde la península de Sandy Hook, mientras que los patriotas hostigaban a los lealistas que no habían huido. Desde 1778, el condado de Monmouth también había sido diana de las operaciones de guerrillas de un antiguo esclavo de ascendencia africana, Titus Cornelius. En 1775, este, que entonces contaba veinte años y a quien se describe como «no muy negro, de casi 6 pies [1,82 cm aprox.] de altura», había escapado de su amo cuáquero que vivía en Shrewsbury. En Virginia, Titus sirvió en el Regimiento Etíope de lord Dunmore y sobrevivió a una epidemia de viruela que mató, como mínimo, a un millar de negros. Después vuelve a aparecer en Nueva Jersey –esta vez con el título honorífico de coronel Tye– y participa con valentía en la batalla de Monmouth.4

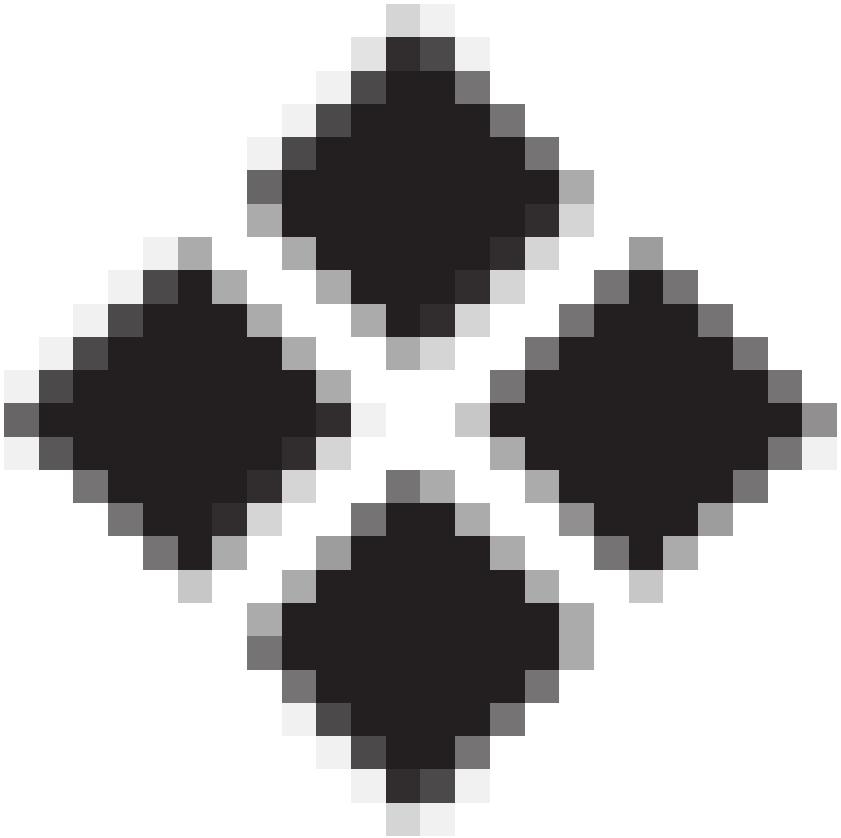
Durante el año siguiente, el coronel Tye dirigió a esclavos negros huidos y a lealistas blancos en incursiones de saqueo, a menudo dirigidas contra antiguos amos de los primeros. La respuesta de los patriotas del condado de Monmouth fue fundar, en 1780, la Asociación para la Represalia (Association for Retaliation). Su motivación manifiesta era la supervivencia ante la amenaza lealista que, según ellos, merecía represalias violentas. Adoptaron como lema el mandato bíblico del «Ojo por ojo, diente por diente». Después de cada incidente de violencia lealista que sucediera en el condado, la asociación elegiría un blanco en el que vengarse. Los vengadores solicitaron en repetidas ocasiones que la asamblea de Nueva Jersey los legalizara. Las autoridades del estado se negaron a hacerlo, distanciándose de unos métodos que consideraban ilegales y terroristas, pero tampoco intentaron refrenarlos.5

Ya cerca de concluir 1780, los refugiados lealistas en Nueva York crearon los Lealistas Asociados (Loyalists Associated) para oponerse a la Asociación para la Represalia. El primer grupo, frustrado por el fracaso británico a la hora de proteger a los lealistas de la vengativa

violencia patriota, se propuso estorbar el comercio de los rebeldes, hostigar las áreas costeras y lanzar incursiones rápidas en las que apresar a importantes patriotas y ricos botines. En la presidencia de la junta de directores de los Lealistas Asociados se encontraba nada menos que William Franklin, hijo distanciado de Benjamin y lealista a ultranza. Su biógrafo lo describe como «vano, ambicioso y autoritario. Podía ser inflexible, vengativo y un poco paranoico, pero también era inteligente, trabajador y encantador». Después de ser gobernador real de Nueva Jersey (entre 1762 y 1776), Franklin había sido durante más de dos años uno de los prisioneros más notables de los rebeldes, hasta que fue objeto de un intercambio en otoño de 1778. En 1780 estaba instalado en Nueva York, donde se convirtió en uno de los más entusiastas defensores de las incursiones lealistas en los territorios controlados por los estadounidenses en Connecticut, Rhode Island y Nueva Jersey, en contra de la posición más comedida que recomendaba el general Clinton. Apoyado por el secretario Germain desde Londres, el bando de Franklin se impuso. En cuanto los Lealistas Asociados comenzaron a lanzar sus primeras incursiones, los niveles de violencia en Nueva Jersey, como era previsible, se agravaron.6



Mapa del condado de Monmouth (1781), de Benjamin Morgan y Anthony Dennis.



El general Cornwallis había aceptado, en la rendición de su ejército a las fuerzas franco-estadounidenses en Yorktown en octubre de 1781, una concesión que seguro provocó sentimientos de humillación y de temor en los lealistas armados por todo el país. El artículo X del tratado de capitulación diferenciaba a los soldados británicos, que debían considerarse prisioneros de guerra, de los soldados lealistas, a quienes los patriotas podían tratar como ciudadanos traidores castigables según los procedimientos civiles. Los lealistas, le escribió William Franklin a Germain, se quedaron desolados al ver que se les consideraba «no mejores que esclavos fugados recuperados por sus antiguos amos». Que la Corona británica desprotegiera así a los lealistas les parecía, en el mejor de los casos, una ingratitud, y en el peor, de una negligencia criminal. Los Lealistas Asociados de Nueva York temieron que serían los

siguientes a quienes la Corona abandonaría. Franklin intentó que Clinton le garantizara que cualquier hipotético acuerdo de capitulación aseguraría para los lealistas un trato igual que a los soldados británicos. Clinton accedió, pero rechazó una petición de Franklin relacionada con dicha cuestión: este último quería que se amenazara con represaliar a los prisioneros patriotas en caso de que los lealistas cautivos sufrieran algún maltrato. Cornwallis, pese a rendir más tarde el mayor ejército británico en toda la guerra, regresaría a Gran Bretaña con su reputación prácticamente intacta. Sin embargo, sí tuvo que enfrentarse a una crítica importante: no había conseguido que las cláusulas de su rendición incluyeran un apartado que garantizara la seguridad de los lealistas.7

JUSTICIA

Poco después de que los ciudadanos del lugar enterraran a Huddy, varios centenares de residentes del condado de Monmouth solicitaron al general Washington que exigiera venganza por el «horrible asesinato sin parangón» de Huddy. Dichos ciudadanos estaban escandalizados porque los refugiados –es decir, la junta directiva de los Lealistas Asociados– hubieran señalado a un jefe guerrillero patriota, Joshua Huddy, para ejecutarlo de acuerdo con una nueva política de represalias, «hombre por hombre», por el supuesto asesinato de un lealista, Philip White. Según las declaraciones que se adjuntaron a la mencionada solicitud patriota, a White se le había ofrecido cuartel, pero este había intentado escapar de todas formas seis días después del arresto de Huddy. Su muerte, aunque tal vez fuera un hecho lamentable, no había violado, por tanto, las leyes de la guerra. (Los lealistas, por su parte, insistieron en que el asesino de White había actuado por venganza personal: White había encabezado en una ocasión una incursión contra su casa, donde había asesinado y lisiado a miembros de su familia).8

Para estos patriotas, la muerte de Huddy por venganza, ejecutada sin procedimiento legal alguno, era «bárbara en extremo», y

cargaron sobre el general Clinton la responsabilidad final de dicha barbaridad. Según ellos, las leyes de la naturaleza y de las naciones indicaban que solo las represalias podrían evitar actos semejantes en el futuro. Apoyaron su razonamiento en el manifiesto que el Congreso había publicado en octubre de 1778, en el que había evocado la ley del talión.

Washington se refirió a la petición de Monmouth en dos ocasiones. En la primera le recomendaba al Congreso tomar represalias, y en la segunda le exigió a su contraparte, el general británico Clinton, justicia por «el más injustificado, inopinado e inhumano asesinato que jamás haya infamado los brazos de un pueblo civilizado». Un momento después de que Washington le hubiera concedido a Gran Bretaña el beneficio de la duda –al sugerir que los británicos todavía podían considerarse un pueblo civilizado, al que aquella barbaridad le debía resultar repugnante–, se apresuró a amenazar a Clinton: «Para salvar al inocente, exijo al culpable». Si los británicos no entregaban al capitán Richard Lippincott –de quien se sospechaba que había supervisado la ejecución– o a otros responsables de la muerte de Huddy, el comandante estadounidense procuraría, por otros medios, justicia para el patriota asesinado.9

Parece que Clinton era consciente de que la cuestión era muy delicada; ya había encargado el caso a un comité de investigación del ejército, al que le solicitó que le aconsejara la forma adecuada de proceder. Clinton, por un lado, tranquilizó a Washington asegurándole que estaba de acuerdo en que el asesino de Huddy debía ser juzgado, pero, por otro lado, no admitió el tono del norteamericano ni las implicaciones de sus acusaciones: «La benignidad del Gobierno británico no admite actos de crueldad ni adoptar la violencia». Como él no se había manchado nunca las manos con sangre inocente», le pedía a Washington que confiara en que tampoco había autorizado ningún acto de crueldad que pudiera haber sucedido durante su mandato.10

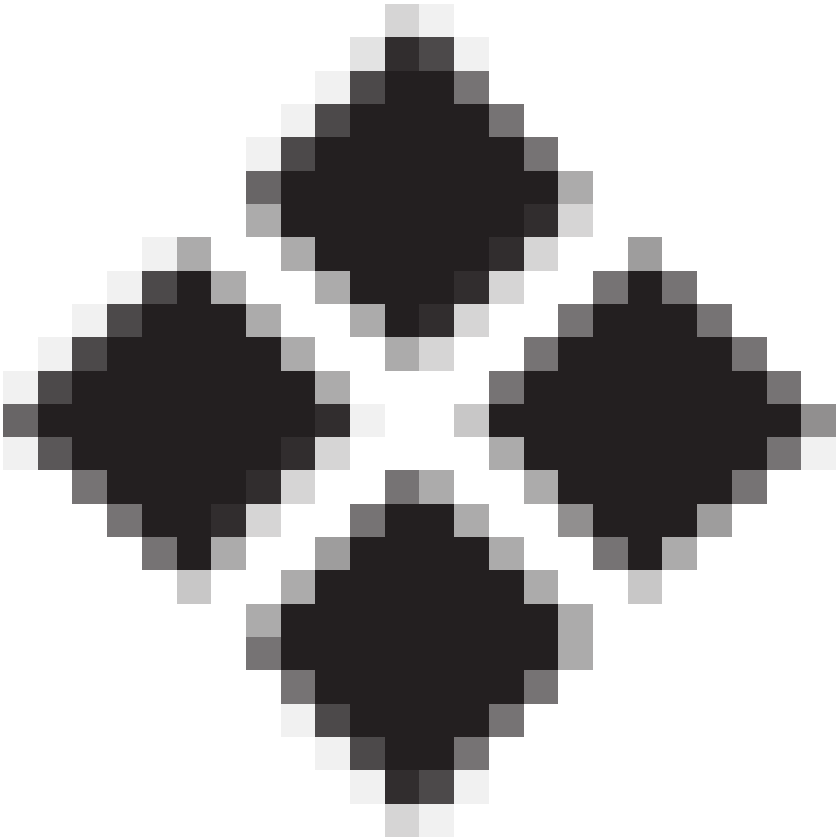
Para Clinton, la amenaza de Washington de represaliar a algún británico-lealista elegido de forma aleatoria era moralmente censurable y también contraproducente. «Sacrificar la inocencia según la idea de prevenir la culpa en lugar de castigarla –advertía Clinton– sería adoptar la barbarie y subirla a la cima». En lugar de

escalar por la espiral de la violencia, ambos bandos debían comprometerse a evitar futuros asesinatos ilegales. Los dos estaban, por entonces, ya muy habituados a las acusaciones mutuas de barbarie y sabían cómo afrontarlas. Sin embargo, en este caso se daba una circunstancia en especial complicada: la ley del talión, cuyo fin era regular la violencia, se había convertido en objeto de disputa. Tanto un bando como el otro podían acabar saliendo de aquel embrollo ético con una tacha de cruel vengatividad.11

Aunque Clinton se negó a entregar al capitán Lippincott a los estadounidenses, sí que ordenó que lo juzgara un consejo de guerra por el asesinato de Huddy. Dicho consejo de guerra se convertiría en un fórum donde los lealistas y la Corona expresarían en público sus opiniones sobre la guerra civil regional y la dinámica de represalias por la que esta parecía regirse cada vez más. El juicio tenía previsto iniciarse a primeros de mayo, pero se vio retrasado por disputas jurisdiccionales. A la llegada del general sir Guy Carleton a la ciudad de Nueva York para suceder a Clinton en el puesto de comandante en jefe, ordenó que se revisara qué jurisdicción debía aplicarse. La misión principal de Carleton era poner en marcha la agenda del nuevo gobierno británico, encaminada a concluir la guerra: el caso Huddy-Lippincott no pudo llegar a su despacho en un momento menos oportuno. Mientras tanto, el asunto comenzaba a recibir gran publicidad en la prensa norteamericana. Muchos periódicos divulgaron la historia del cartel que se le puso al cadáver de Huddy, así como extractos de la petición que habían enviado los ciudadanos de Monmouth y también de la correspondencia del comandante. Durante un breve tiempo se especuló si los británicos acabarían por entregar a Lippincott para satisfacer la demanda de Washington.12

Los dos comandantes en jefe, preocupados por la ley del talión y a lo que esta podía llevar en la práctica durante aquella etapa final de la guerra, explicaron sus opiniones a William Livingston, gobernador de aquel estado al que todavía asolaba la guerra civil. Washington reconoció lo que implicaba la reciprocidad: puesto que él exigía que los británicos le entregaran a un sospechoso de crímenes de guerra, él también tendría que actuar del mismo modo si un soldado estadounidense violase, en algún momento, las leyes de la guerra. Carleton, por su parte, escribió que no le importaba si

la motivación de la reciente escalada había sido una venganza privada o pública. Lo que deseaba era centrarse en terminar con el ciclo de violencia y represalias que amenazaba con deshonrarlos a todos.13



El general Carleton dispuso, al final, que el consejo de guerra se celebrara a mediados de junio. El capitán Richard Lippincott fue acusado del asesinato premeditado de Joshua Huddy, «un prisionero de guerra bajo custodia de los Lealistas Asociados, colgándolo o provocando que fuera colgado del cuello hasta la muerte». Los hechos incuestionables eran escasos: la dirección de los Lealistas Asociados había entregado la custodia de Huddy a Lippincott el 9 de abril; este había sacado a Huddy del Preboste de Nueva York y lo había trasladado al buque prisión Britannia; y el 12

de abril Lippincott había estado presente en la ejecución del prisionero. Por parte de la acusación, Stephen Payne Adye, abogado delegado del Ejército y autor del volumen más importante acerca de la jurisdicción militar británica, defendió que la junta directiva había entregado a Lippincott a Huddy y a otros dos prisioneros con la intención de intercambiarlos por prisioneros lealistas. Lippincott, por su cuenta, planeó desde el principio servirse de Huddy para vengar supuestas atrocidades que los patriotas habían cometido contra lealistas. Tuvo una motivación maliciosa, actuó sin órdenes de la junta directiva y estuvo claramente al mando de la ejecución: los testigos declararon que había pedido una cuerda, que le había estrechado la mano al prisionero y que no intentó evitar su muerte. En otras palabras, Lippincott era culpable del asesinato de Huddy.14

El acusado se encargó de su propia defensa, aunque antes la había preparado con asesoramiento legal. Lippincott empezó lamentando cómo él, en tanto que lealista, había tenido que afrontar grandes sacrificios y pérdidas. Ante un tribunal militar de 14 oficiales, de los que 8 eran lealistas de alta graduación, habló de una oleada de asesinatos patriotas que exigían una respuesta lealista si se quería detener aquella violencia incontrolada. Los lealistas que habían sido capturados, entre los que había algunos amigos suyos, no habían sido tratados como prisioneros de guerra, sino que habían sido «juzgados por los rebeldes como rebeldes a sus formas de gobierno usurpadoras, y otros habían sido ejecutados a sangre fría», sin pretensión siquiera de procedimiento legal alguno. Las peticiones de protección a los británicos frente a estas atrocidades no habían tenido éxito. El asesinato de algunos rebeldes como represalia, en cambio, sí había ayudado a moderar el tratamiento que recibían los lealistas. La lex talionis, es decir, la ley del talión, estaba funcionando según lo esperado. La ejecución de Huddy no había estado motivada por sentimientos de venganza, sino que era la aplicación de una política de represalias proporcionadas. Huddy, que había antes ejecutado a varios lealistas del condado de Monmouth, era un blanco apropiado para dicho desquite.15

La defensa de Lippincott se basaba en pruebas circunstanciales que sugerían que había recibido de la directiva órdenes verbales que le autorizaban a ejecutar a Huddy. El acusado había dado por hecho

que dichas órdenes eran legales y que estaba obligado a obedecer a sus oficiales superiores encabezados por Franklin, así que había procedido a llevar a cabo la ejecución. Lippincott, en apoyo de su argumentación, presentó como prueba el registro de una conversación que había tenido con el comisario preboste, William Cunningham. Se trataba de unas notas que este último había escrito después de dicha plática. Según dichas notas, Lippincott le había indicado que actuaba con la aprobación de Franklin, con quien también había compartido el contenido del «cartel que se debía fijar en el pecho de Huddy». Lippincott hizo desfilar ante el tribunal a testigos que declararon que habían oído a Franklin decir –o que habían oído que Franklin había dicho– que Huddy debía ser colgado para que no fueran ahorcados todos los lealistas.16

Dado que no existía copia escrita de las órdenes y ninguna otra parte pudo confirmar las órdenes verbales que se dieron, y como Lippincott no podía servir de testigo –y Franklin tampoco quería serlo–, el tribunal se enfrentó a un serio problema de falta de pruebas. A esto se sumaba la cuestión de un documento misterioso –parece que una versión del cartel o etiqueta que se le puso a Huddy– que Lippincott afirmaba haberle enseñado a miembros de la junta directiva, pero que ningún testigo reconoció haber visto antes. Lippincott, a modo de epílogo tras la apología lealista con la que había comenzado, le recordó al tribunal en su intervención final: «[…] varios de mis amigos y vecinos y un enorme número de mis compatriotas, unidos por una causa común, por todos los lazos del afecto y del interés, hemos sido sacrificados a la barbarie rebelde». El acusado, sufridísimo lealista, mediante una maniobra retórica palmaria, se sacudía la acusación de crueldad y la lanzaba contra los patriotas.17

REPRESALIA

El 3 de mayo de 1782, el mismo día que había comenzado el consejo de guerra de Lippincott, Washington puso en marcha un plan de contingencia por si el Ejército británico no le hacía justicia

a Huddy. Ordenó al comandante del campo de prisioneros de Lancaster (en Pensilvania), el general Moses Hazen, que eligiera a un capitán británico para colgarlo como represalia por el asesinato de Huddy. Washington especificó que debía ser lo que se llamaba un prisionero incondicional, es decir, uno que hubiera sido capturado en el campo de batalla y que no estuviera protegido por las condiciones de ninguna capitulación formal –como, por ejemplo, la acordada en Yorktown– que pudieran impedir su ejecución. Cuando estuvo claro que Hazen no encontraba a nadie que cumpliera esos requisitos, Washington ordenó que se eligiera a un prisionero condicional. El 27 de mayo, Hazen reunió a 13 capitanes británicos que se habían rendido con el ejército de Cornwallis en Yorktown. Estos indicaron que se estaban violando sus derechos de prisioneros según las leyes de la guerra y se negaron a participar en el sorteo, obligando a los patriotas a que lo hicieran en su lugar. Se llenaron dos sombreros con papelitos: uno con los trece nombres y el otro con doce en blanco y un decimotercero que decía «desgraciado». Varios reportes dicen que Hazen hizo llamar a un niño pequeño de la calle para que sacara las suertes.

El temido papelito no apareció hasta que solo quedaban ya dos nombres por extraer. El desafortunado se llamaba Charles Asgill. Hazen parece mostrar dudas de conciencia en la descripción que hizo del perdedor de aquella lotería: «Charles Asgill, de los Guardias, [era] un joven caballero de diecisiete [en realidad, acababa de cumplir veinte años], tenía un carácter muy amable, una inmensa fortuna y gran interés en la Corte y en el Ejército británicos». Asgill le escribió a Washington en persona para protestar por aquella violación del artículo XIV de la capitulación de Yorktown que lo protegía ante represalias. Dicha capitulación era un tratado «en el que el honor y la fe de las naciones son sus garantías».18

CAPTAIN ASGILL.

Capitán Asgill (Londres, 1786), publicado por John Fielding.

Asgill, que debía heredar el título de baronet* y era hijo de un anterior lord alcalde de Londres, había ingresado en el Ejército en 1778, a los dieciséis años, como alférez del 1.º de Guardias de Infantería. Enviado a América ya teniente, en 1781, fue casi de inmediato capturado junto con las tropas británicas que capitularon en Yorktown. Washington, en cuanto revisó la elección de este, se cuestionó las implicaciones legales y morales de la situación. El comandante en jefe confesaba que la elección del joven oficial le había «alterado enormemente». Luego añadía: «Estoy profundamente afectado por el infeliz destino al que está sujeto el capitán Asgill». Aunque el deber le exigía, de acuerdo con las leyes de la guerra, tener preparada una represalia, Washington esperaba que fuera posible salvar, de alguna forma, la vida de Asgill. «La humanidad exige una lágrima por la desgraciada ofrenda», escribió, pero luego continuaba diciendo que los mandos británicos podían proteger a Asgill asegurándose de que «los manes del asesinado capitán Huddy» fueran aplacados. Mientras tanto, Washington quería que Asgill, que había sido trasladado a un campamento militar cercano a Morristown, fuera tratado «con toda la amable atención y cortesía» que la situación exigía.19

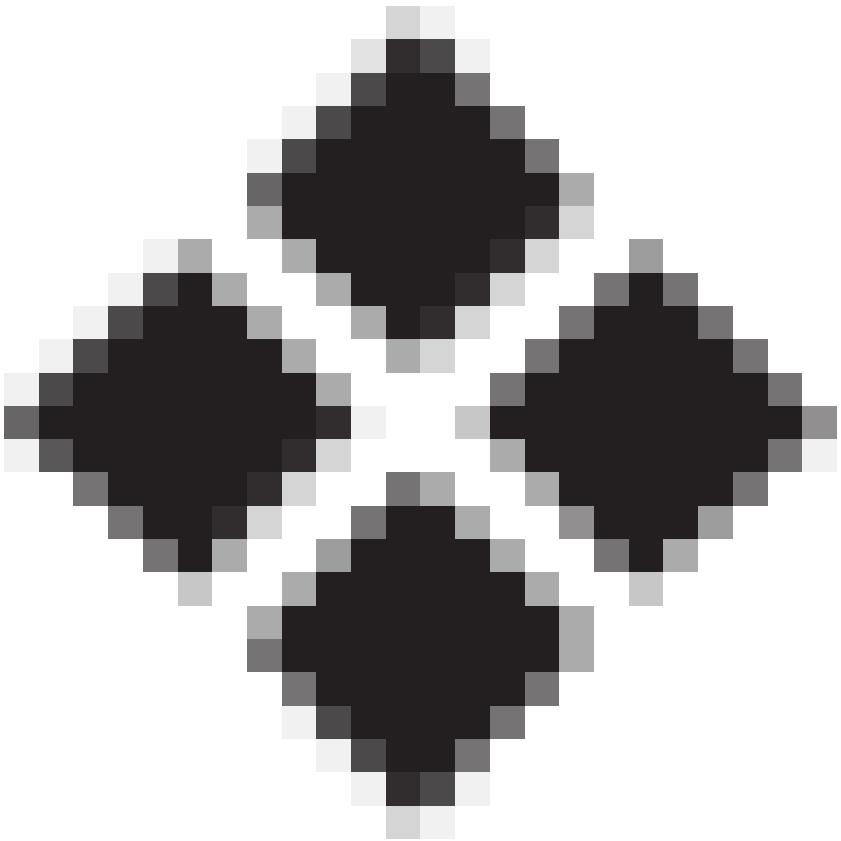
Mientras se desarrollaba aún el juicio de Lippincott, la prensa patriota publicó un número especial de la serie de artículos Crisis de Thomas Paine. Adoptando esta vez el formato de una carta dirigida a Carleton, Paine denunciaba el asesinato de Huddy como «contrario al uso de todas las naciones salvo las salvajes», aunque, bien pensado, escribía, incluso los nativos norteamericanos guardaban cierta «formalidad en sus castigos». Colgar a un prisionero por diversión era peor que cualquier práctica conocida de los indios más salvajes. El caso demostraba que los generales británicos habían perdido, de una vez por todas, el derecho a hablar del «honor británico, la generosidad británica y la clemencia británica»; en efecto, ahora no había «un enemigo más malvado o bárbaro que el actual británico». Ejecutar por diversión a un prisionero protegido era «algo original en la historia de los bárbaros civilizados, y es verdaderamente británico». A menos que entregara

a Lippincott, el propio Carleton se convertiría en «el ejecutor de Asgill, igual que si le hubiese puesto la soga al cuello». La lección moral que había que sacar era que los británicos debían volver a meter en la botella al perverso genio lealista. Paine arremetía contra Gran Bretaña por utilizar a los lealistas norteamericanos igual que a animales de presa. Los predecesores de Carleton los habían entrenado «como sabuesos que acuden al olor de la sangre, y los habían regalado con toda clase de barbaridades disolutas». Lo que Carleton debía hacer estaba claro: «[…] entregar al asesino y salvar a vuestro oficial como primer paso de una enmienda necesaria».20

El 22 de junio, el tribunal militar redactó su veredicto. Si por un lado condenaba la ejecución de Huddy en tanto que acto ilegal, a la vez exculpaba a Lippincott dado que no se podía demostrar que su conducta fuera maliciosa. Nunca sabremos con seguridad si la junta directiva dio órdenes verbales explícitas a Lippincott de que ejecutara a Huddy. Sin embargo, la conducta de Franklin como presidente de la directiva apunta a que era culpable. La primera reacción de este después del ahorcamiento había sido justificarlo en una carta a Clinton. En ella afirmaba que el asesinato no podía sorprender a nadie y que no era, en efecto, más que un acto de autoprotección, sobre todo desde que los británicos no querían o no podían proteger de forma adecuada a los lealistas de la venganza de los patriotas. Franklin continuaba recordándole a Clinton los asesinatos de lealistas notables a manos de los patriotas, como por ejemplo el ahorcamiento, por parte de Joshua Huddy, de uno o varios miembros de buenas familias durante los últimos años.21

Tras la absolución de Lippincott, sin embargo, Franklin buscó distanciarse del incidente. En agosto le envió una extensa carta al sucesor de Clinton, Carleton, donde afirmaba que, cuando Lippincott se había presentado ante la junta directiva, él no había dado órdenes escritas ni verbales concernientes a ninguna ejecución, ni tampoco había pretendido jamás tener la autoridad necesaria para hacerlo, aunque había dejado claro que, a su juicio, solo las represalias podían frenar la violencia de los rebeldes y detener los asesinatos. En cuanto al misterioso papelito de Lippincott, Franklin decía que se había limitado a leer una o dos líneas hasta que un colega de más edad le había interrumpido y se

lo había entregado a él. Franklin reconocía que las primeras frases le hicieron sospechar que contenía una amenaza de represalia y que tal vez debió haberla leído entera, pero que las declaraciones juradas de otros miembros de la directiva confirmaban que no lo hizo. Tras negarse de esta forma a asumir responsabilidad alguna, Franklin zarpó a exiliarse en Inglaterra. Quienes buscaban que se hiciera justicia por el asesinato de Huddy, una vez absuelto Lippincott y quedar Franklin fuera de su alcance, tendrían que poner sus miras en otra dirección.22



La opinión pública británica no supo de la ejecución de Huddy hasta junio. El periódico londinense Public Advertiser reprodujo fragmentos de una carta del mes anterior, enviada desde Nueva York con la intención de «poner a la opinión pública en guardia

para cuando se oiga la insinuación de que un tal Sr. Huddy, que fue ejecutado por los lealistas, no sufrió [dicha ejecución] según las leyes de la guerra». La carta era una dura interpretación de las intenciones de una misiva de Washington a Clinton en la que el primero exigía justicia por el asesinato de Huddy. Según el autor, el texto de Washington estaba diseñado para permitir que los «cómplices de la traición, tanto aquí como en Inglaterra», hicieran pasar una medida de represalia legítima como era la ejecución de Huddy por «un salvaje asesinato». Una vez escuchadas todas las partes, la epístola del jefe rebelde se vería, con seguridad, como algo «atroz e injustificable», y los enemigos de los lealistas ya no podrían «asesinar sus reputaciones». A mediados de julio, los periódicos británicos ya habían contado la historia de la ejecución de Huddy, habían también reproducido la correspondencia entre la junta directiva y Clinton y la que este tuvo con Washington, y estaban cubriendo los acontecimientos que llevarían al encausamiento de Lippincott y a la selección de Asgill para la posible represalia rebelde.23

Los lectores británicos, por tanto, estaban al tanto de que los comandantes británico y estadounidense se habían comprometido, con un lenguaje elevado, a evitar y castigar cualquier violación de las leyes de la guerra, e incluso, en palabras de Washington, a aplicar «suavidad y humanidad». También vieron que cada bando hacía valer su propia interpretación de las leyes de la guerra y de cómo debían aplicarse en circunstancias concretas. Los lealistas y los que hablaban a su favor insistían en que Gran Bretaña debía conseguir que el enemigo respetara sus promesas de conducta humanitaria; no buscar remedio a las crueldades debía considerarse «impolítico, inhumano y criminal». Los comentaristas se enzarzaron en torno a la ley que debía regir las represalias y lo que significaba en la guerra norteamericana. «Grotius», un escritor desconocido que adoptó como seudónimo el nombre del principal jurista europeo de la Europa moderna, defendía que el momento de las represalias había pasado hacía ya tiempo. Ahora que la independencia de las colonias era un fait accompli, un hecho consumado, sería «en extremo impolítico e impropio de nosotros adentrarnos en esa horrible senda». Gran Bretaña ya «no podía tomar represalias sin que se le devolviera multiplicada por diez la venganza». Esto colocaría a los comandantes británicos ante una perspectiva

terrible: serían responsables de la protección de los lealistas que servían en el Ejército británico sabiendo que Washington podía, en teoría, ejecutar a todos los lealistas armados que capturara.24

Lo que tal vez no advirtiesen los lectores de prensa británicos era hasta qué punto su gobierno estaba preocupado por los incidentes que pudieran poner en peligro sus esfuerzos para alcanzar la paz. El conde de Shelburne, apenas asumió el cargo de primer ministro a primeros de julio de 1782 –el marqués de Rockingham había muerto de súbito, tras solo dos meses en el puesto–, escribió una carta –señalada como «secreta»– al general Carleton, donde le expresaba su esperanza de que «la desafortunada ejecución del oficial americano en Nueva Jersey no representará un obstáculo en el camino del acuerdo». Los individuos más impacientes por concluir aquella guerra que había costado tanta sangre y dinero eran muy conscientes de que los incidentes concretos de violencia y la forma en que se percibían continuaban repercutiendo en cómo los participantes veían el conflicto.25

Durante varias semanas de agosto y septiembre –para entonces, el ensayo Crisis de Paine también había encontrado eco en los periódicos británicos– aparecieron informaciones contradictorias acerca del caso en la prensa que provenían de fuentes diversas de Norteamérica y que habían llegado a través de puertos de Irlanda y de los Países Bajos. Un conjunto de reportes decía que Lippincott había sido entregado a mediados de junio a los norteamericanos para que lo ejecutaran. Otras versiones decían que Lippincott estaba aún esperando el veredicto de su consejo de guerra. Según un periódico, había sido declarado culpable de asesinato y la transcripción del juicio se había enviado al rey. Después comenzaron a circular rumores sobre la absolución de Lippincott. Asgill, por tanto, seguía en peligro, aunque al menos un periódico confiaba en que el «corazón humanitario» de Washington no permitiría que nada malo le sucediera al joven capitán, mientras que otro redactor confiaba en que el Congreso intervendría para no ganarse el «desprecio de toda la humanidad», incluyendo el de sus aliados franceses. Este escritor comentaba que, en la propia Francia, «la primera cuestión que se les preguntaba a todas las embarcaciones que llegaban de cualquier puerto de Norteamérica era siempre para averiguar el destino de este joven». Entonces, a

finales de septiembre, el London Evening Post reprodujo una carta del secretario de Exteriores estadounidense, Robert R. Livingston, a un caballero que residía en la población holandesa de Leyden. La carta de Livingston sugería que, en esta ocasión, el Congreso iba en serio: parecía perfectamente posible que Asgill tuviera que pagar por la ejecución de Huddy. Después de numerosas ocasiones en las que el Congreso había amenazado con tomar represalias por la barbarie británica, pero en las que siempre había dejado al final que su «humanidad prevaleciera sobre sus decisiones», el asesinato de Huddy parecía haber colmado el vaso. La ejecución de Asgill sería una medida necesaria para aplacar la violencia ilegítima de «la nación más salvaje de la tierra».26

La absolución de Lippincott había bajado más la espada de Damocles que pendía encima de la cabeza de Asgill desde el mes de mayo. Carleton, al transmitirle a Washington los registros del consejo de guerra a finales de agosto (es decir, con un retraso de dos meses), le garantizó a su contraparte que había ordenado más pesquisas sobre el asesinato de Huddy. De hecho, la junta directiva había cedido su poder de recluir e intercambiar prisioneros de guerra al comandante en jefe. Carleton expuso una valoración realista del ciclo de violencia y contraviolencia que se había desatado en la guerra civil que se vivía en Nueva Jersey: el «mismo espíritu de venganza ha movido por igual al pueblo de Nueva Jersey y a los refugiados bajo nuestro mando, [y es] igualmente criminal y merecedor de castigo en todos los casos, ya que lleva a males y a desgracias de la más negra y perniciosa clase». Abogaba por unir esfuerzos para refrenar los excesos de violencia. Al mismo tiempo, aleccionaba a Washington por su mala interpretación de las leyes de la guerra: amenazar con represalias sin dar antes a los británicos la posibilidad de responder y arrestar a un prisionero de guerra protegido antes de que el tribunal militar diera su veredicto eran actos inapropiados.27

Pese a todo, el lenguaje conciliador de Carleton le ofrecía a Washington la oportunidad que llevaba tiempo buscando. Ahora podría salvar la vida de Asgill sin comprometer el honor de la nación ni el suyo. Dadas las concesiones de Carleton, la ejecución de Asgill en aquel momento podría manchar la reputación de civismo, respeto por las leyes de la guerra y empleo proporcionado

de la violencia que los Estados Unidos se habían ganado con mucho esfuerzo. Después de todo, Carleton había demostrado su deseo de hacer justicia «al desautorizar el acto declarándolo aborrecible, al no aprobar siquiera los motivos que parecieron influir en Lippincott para convertirse en el verdugo de Huddy, y al ofrecer las mayores garantías de que habría más investigaciones».

Washington le solicitó al Congreso su opinión acerca de esta «gran preocupación nacional» que a él le parecía demasiado trascendente como para decidirla en solitario. Al mismo tiempo, rechazó de plano la acusación de Carleton de que carecía de «humanidad por elegir una víctima de entre los oficiales británicos con tanta rapidez como la que tuve». Washington se seguía sintiendo completamente legitimado para ejecutar a un oficial enemigo de forma inmediata e informar a su contraparte británico después del hecho.28

Una vez el Congreso conoció los detalles del proceso judicial, a finales de agosto, su respuesta no fue inmediata, sino que llevó tiempo. Mientras tanto, se puso a Asgill en libertad condicional temporal y se le permitió dar paseos a caballo en la campiña de Morristown. Elias Boudinot, anterior comisionado de los prisioneros y delegado por Nueva Jersey, recordaría más adelante que, durante aquel verano, los enfrentamientos fueron frecuentes en el Congreso: una gran mayoría de sus miembros era favorable todavía a la ejecución de Asgill. La puesta en libertad del oficial podía interpretarse como una señal de vulnerabilidad. Solo una minoría, entre la que se encontraba Boudinot, pensaba que las promesas de Carleton –que la guerra se libraría de forma menos cruel y que se investigaría más el asesinato– debían bastar para que el Congreso diera marcha atrás.29

Mientras el Congreso reflexionaba, o simplemente retrasaba su decisión, James Duane, de Nueva York y aliado clave de Boudinot, escribió una larga epístola a Washington. Duane le explicó que veía justificados los actos de represalia que se tomaran en respuesta a la violencia ilegítima y estuvieran destinados a «detener la efusión sin sentido de sangre humana o a reprimir los extremos de la guerra», incluso aunque tuvieran como resultado la muerte de individuos inocentes. Sin embargo, después de las recientes concesiones británicas, de sus promesas de librar el resto de la guerra con

comedimiento, y del cansancio general que los británicos demostraban por la contienda, la ejecución de Asgill en aquel momento ya no era defendible. Duane no ocultaba que algunos insistían en que el asesinato de Huddy exigía todavía justicia, y que a otros les preocupaba que la «gloria nacional» de los Estados Unidos pudiera verse menoscabada si se liberaba a Asgill sin más. Pese a todo, Duane pensaba que la posición moral de la nación se debía imponer a cualquier otra consideración: debía conducirse en la guerra igual que hasta entonces, es decir, «con la humanidad que inspiran una religión benevolente, las costumbres civilizadas y el verdadero honor militar».

Era un enfoque «digno de los mecenas de la libertad» que garantizaría a «esta infante república un lugar distinguido entre las naciones refinadas y civilizadas» y que, además, contaría con el respaldo divino.30

La mayoría de los miembros del comité que revisaron los registros del juicio continuaron sin ver razón alguna para desistir del propósito inicial. De todas formas, siguiendo sus recomendaciones, el Congreso ordenó a Washington retrasar la ejecución de Asgill para concederle a Gran Bretaña una última oportunidad de entregar a Lippincott. Ya se acababa el mes de octubre. Tras varios días de discusiones, la minoría reconoció que había perdido y solo pidió que el Congreso aplazara la votación final sobre aquella cuestión tan grave una noche más. A la mañana siguiente, el 29 de octubre, cuando el Congreso estaba ya a punto de resolver el destino de Asgill, llegó un correo exprés con una carta de Washington acompañada de otras dos que venían de Europa. Estas misivas, según Washington, conformaban «una muy patética y afectuosa interposición a favor de la vida del capitán Asgill». Las cartas sorprendieron al Congreso como «una descarga eléctrica», escribió Boudinot. Aquello parecía sospechoso. «El presidente [del Congreso] fue interrogado, se pidieron los sobres de las cartas y se examinó la firma del general». Una vez que los delegados verificaron la autenticidad de las misivas, el sentimiento del Congreso cambió de forma irrevocable.31

PATRIOTISMO SENTIMENTAL

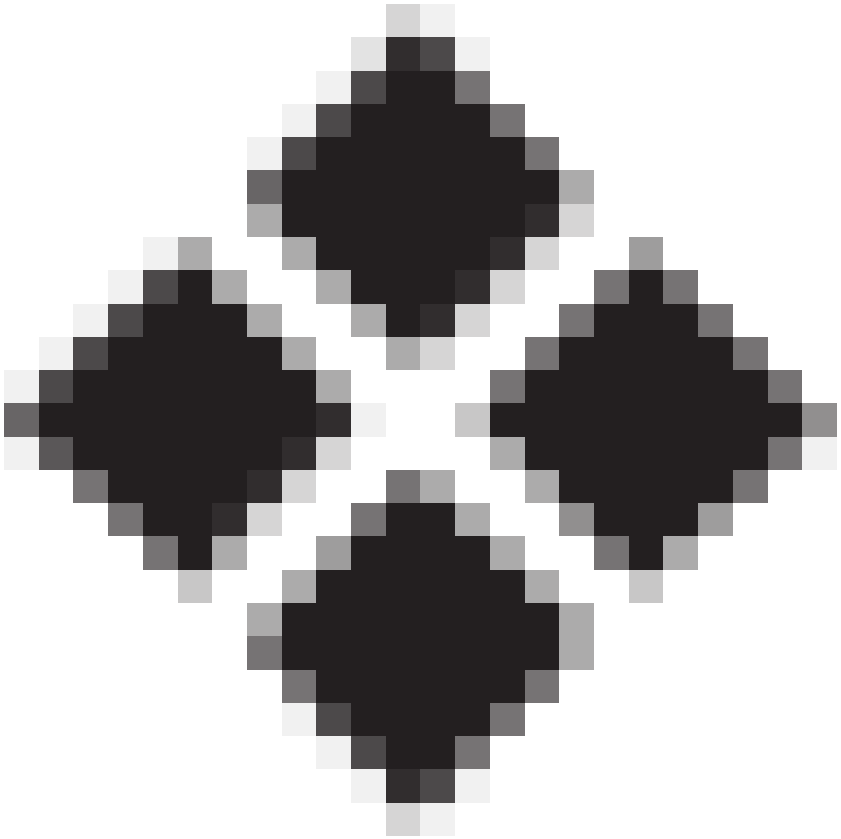
Cuando lady Theresa Asgill, madre del capitán Asgill, se enteró del peligro que corría su hijo, parece que le rogó al rey Jorge III que intercediera. Según ella, el monarca británico había ordenado que Lippincott fuera entregado a los estadounidenses, dado que su crimen había «deshonrado a la nación inglesa». Si lo que decía lady Asgill era verdad, o bien la orden real se había perdido durante el trayecto, o bien los comandantes británicos en Norteamérica la habían ignorado. La madre del capitán acudió después al aliado de los Estados Unidos y archienemigo de Gran Bretaña, Francia, a través de la persona del secretario de Exteriores galo, el conde de Vergennes. Lady Asgill le expuso su caso: «Mi hijo (y único hijo), tan querido como valiente, tan amable como merecedor de que lo sean con él, de solo diecinueve años, prisionero según los artículos de la capitulación de York-Town, está ahora confinado en América ¡como objeto de represalia! ¿Deberá un inocente padecer por el culpable?». Uniendo desde el primer momento lo personal y lo público –el hijo único y querido que, según las leyes de la guerra, había sido maltratado–, y haciéndose eco de la exigencia primera de Washington –«Para salvar al inocente, exijo al culpable»–, lady Asgill le pidió a Vergennes que se imaginara la desesperación de su familia: «Imagínese usted, señor, la situación de una familia en estas circunstancias, rodeada como estoy por cuestiones que me afligen, distraída por el temor y el dolor; no hay palabras que puedan expresar mis sentimientos ni pintar esta situación». Su marido estaba enfermo de tanta gravedad que le habían ocultado la noticia para que no lo matara; su «hija, víctima de la fiebre y el delirio, desvariaba sobre su hermano». ¿Podría Vergennes dejar, por favor, que sus «propios sentimientos […] imploraran en favor de mi inefable desgracia» y pedirle a Washington que liberara a su valiente, virtuoso y honorable hijo? La intervención del ministro resonaría como «una voz del cielo» y su humanidad «derramaría una lágrima sobre la falta y la disolvería».

La carta de lady Asgill, empapada de lenguaje del sentimentalismo, una corriente que ponía el «énfasis en la verdad emocional, el candor y la naturalidad», que llevaba de moda en Inglaterra desde

la década de 1760 y que se extendía cada vez más a Francia, tuvo un efecto profundo en Vergennes, tanto que llevó su caso ante el rey Luis XVI y la reina María Antonieta. Animado por sus majestades, Vergennes redactó una carta a George Washington. En esta, recalcaba que «no [la escribía] en calidad de ministro de un rey, ni como amigo y aliado de los Estados Unidos (aunque sí con el conocimiento y consentimiento de su majestad)», sino «como hombre sensible y como padre cariñoso que siente toda la fuerza del amor paterno» al interceder por «una madre y una familia deshechos en lágrimas». Vergennes predecía que Washington, igual que él, no leería la carta de lady Asgill «sin quedar afectado en extremo; ese efecto tuvo en el rey y en la reina, a quienes se la comuniqué. La bondad de los corazones de sus majestades los induce a desear que las zozobras de una madre desgraciada puedan verse calmadas y tranquilizado su cariño». Vergennes, saltando una y otra vez entre su perspectiva como personaje público y como individuo particular, justificaba después su intercesión con razones adicionales. En primer lugar, lady Asgill apelaba a la humanidad de una nación enemiga después de que la suya propia le hubiera fallado. En segundo lugar, el apoyo militar francés en Yorktown había ayudado a conducir a Asgill al cautiverio en poder de los estadounidenses, así que Francia tenía cierto derecho a opinar sobre su destino. En otras palabras, tanto el sentimiento moral como la obligación nacional clamaban por la liberación de Asgill.32

Una vez que el Congreso digirió el trío de cartas –la de lady Asgill bastaba ella sola, según Boudinot, para «conmover el corazón de un salvaje»–, pronto estuvo claro que era necesario ordenar la liberación del capitán Asgill. El caso se devolvió al comité y se dispuso que habría una nueva votación el 7 de noviembre. En el ínterin, Boudinot fue elegido nuevo presidente del Congreso. Sin embargo, restaba una cuestión por determinar: ¿Debía la resolución mencionar la intervención francesa con el fin de preservar el honor nacional de los Estados Unidos al cesar estos de exigir una compensación, o parecería entonces que el Congreso se inclinaba ante la monarquía francesa? ¿Debían los congresistas, para justificar su contención, mencionar las recientes concesiones de Carleton? Al final, el Congreso no dio razones específicas para la liberación de Asgill. A la llegada de la noticia a París, John Adams –que era uno de los negociadores de la paz– sintió «un alivio tan exquisito para

mis sentimientos que no me ha importado mucho a qué intermediación se lo debía. Si hubiéramos recibido una noticia desagradable sobre su suerte, habría aguado horriblemente la alegría de la paz». La resolución del Congreso aclaraba que los comandantes del Ejército Continental podían, en adelante, pedir satisfacción al enemigo por cualquier violencia excesiva que fuera contraria a las leyes de la guerra y que, si no la obtenían, podían tomar represalias. El Congreso también le indicó a Washington que insistiera en que Carleton cumpliera su promesa de mediados de agosto y continuara las investigaciones acerca de Huddy. De todos modos, una vez Lippincott acabó absuelto y Franklin en Londres, Carleton no tardó en informar a Washington de que las autoridades judiciales de su Ejército ya no tenían a nadie más a quien inculpar. Carleton, sin desviarse de su objetivo de gestionar la transición de la guerra a la paz, reiteró su anhelo de que las potencias beligerantes cooperaran para evitar más atrocidades como aquella.33



A mediados de noviembre, Washington le informó a Asgill de su liberación en una carta que se publicitó ampliamente, en la que también le garantizó al joven inglés que nunca había actuado por «motivos sanguinarios». Se había limitado a cumplir su deber de buscar justicia y de evitar que hubiera más violencia ilegal: «[…] que este importante fin parece que va a ser cumplido sin la efusión de la sangre de una persona inocente no os alivia más a vos que a [mí]». El 30 de noviembre, los negociadores británicos y estadounidenses firmaron un acuerdo de paz preliminar en París. Como la noticia del indulto de Asgill aún no había llegado a Europa, es posible que los diplomáticos temieran que el caso podía aún perjudicar sus esfuerzos para llegar a un acuerdo de paz definitivo.34

En los Estados Unidos, las pasiones maternales de lady Asgill

inspiraron respuestas que fueron mucho más allá de la liberación de su hijo. En la Nochevieja de 1782, un autor anónimo del Pennsylvania Packet relacionó la carta de la dama con las desgracias de muchas madres estadounidenses cuyos hijos habían muerto en condiciones atroces a bordo de buques prisión británicos:

Cuáles deben ser los sentimientos de los numerosos centenares de […] cariñosas madres americanas cuyos hijos, en la flor temprana de la juventud, han perecido en ese pozo de miseria, el buque prisión de Nueva York, donde soportaban un calor abrasador en verano, un frío punzante en invierno, desnudos y hambrientos, atormentados, con ratas y toda clase de inmundicias humanas, abrasados por fiebres ardientes y delirios, hasta ser finalmente aliviados por la fría mano de la muerte.

El día del juicio final, concluía el autor, dichos muertos estadounidenses se alzarían para testificar contra los británicos que continuaban tratando de forma tan cruel a los prisioneros.35

Una carta que tuvo todavía más difusión, escrita por «un americano», apareció al acabar el año. El autor empatizaba con el alivio maternal de lady Asgill y subrayaba que «muchas madres, esposas y hermanas de este lado del Atlántico» habían experimentado «horrores de aflicciones» similares. Los estados del Sur, en especial, estaban «llenos de viudas, huérfanos y madres de luto, todo por culpa de las ejecuciones británicas». El autor trataba el caso concreto del coronel Isaac Hayne, que había sido condenado a muerte porque en un tiempo había estado alistado en las filas británicas y más adelante había sido capturado mientras luchaba en el bando estadounidense. Las damas de Charleston suplicaron por su vida con «argumentos enternecedores». Su cuñada, acompañada por los cuatro hijos del reo, huérfanos de madre, suplicó a los comandantes británicos, de rodillas, que le perdonaran la vida, aunque, por desgracia, sin éxito. Una nación antes valiente y compasiva ejecutaba ahora a sangre fría a aquellos que no podía derrotar. En cambio, los gobernantes de los Estados Unidos sí se habían plegado a los ruegos de lady Asgill, hasta el punto de que

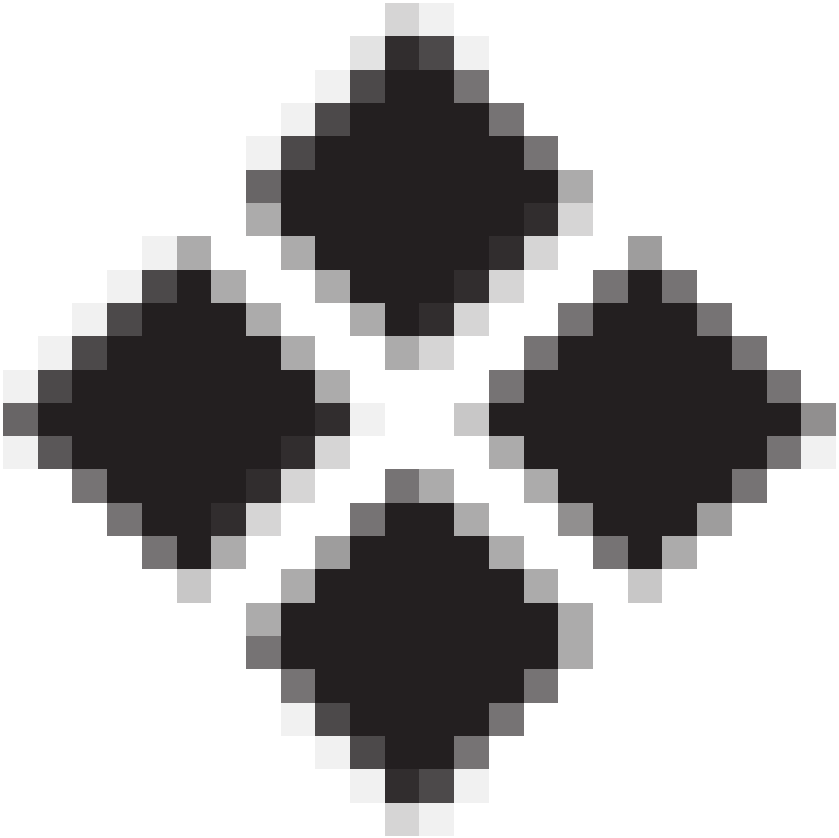
muchos pensaban que «el honor y el carácter nacionales» habían sido «sacrificados en aras de los sentimientos humanitarios más delicados». Sin embargo, según había demostrado el Congreso, los patriotas estadounidenses podían y debían ser, al mismo tiempo, hombres de honor y de sentimientos.36

Washington continuó atormentado por el incidente hasta mucho después de retirarse del Ejército. En 1785 y 1786 supo que en Londres se rumoreaba que él había sido responsable de los malos tratos sufridos por Asgill durante su cautiverio. Estas historias –que no se basaban en hechos– habían surgido, por vez primera, cuando Asgill volvió a Gran Bretaña, a finales de 1782. Entonces los periódicos londinenses habían dicho de él que gozaba de «bastante buena salud, teniendo en cuenta lo que ha sufrido en su confinamiento. Sus piernas están aún hinchadas por las cadenas que tuvo que cargar». También había sido golpeado por su carcelero y «había tenido la satisfacción de ver, desde su ventana, un patíbulo de 80 pies [24,38 m aproximadamente] de alto con esta inscripción: "Para la ejecución del capitán ASGILL"».37

En el momento en que volvieron a surgir dichas acusaciones, Washington se encargó de que se publicaran documentos en su poder que demostraban que el episodio había supuesto para él un auténtico dilema ético. Quería explicar y justificar sus acciones ante la agresión enemiga y en el contexto de los códigos éticos de la guerra vigentes entonces. Lo más importante, tal vez, es que trató de desmentir la historia del patíbulo y otras acusaciones de crueldad, y también demostrar que, durante todo el proceso, se había preocupado por que su prisionero, un joven caballero «alegre y sensible», fuera tratado con «dulzura y toda la cortesía posible».38

Después de la guerra, el capitán Asgill y su familia peregrinaron a la corte de Versalles a dar las gracias en persona al rey y a la reina de Francia. Los Asgill reforzaban así unos lazos de cortesía y sensibilidad que eran capaces de traspasar las enemistades nacionales tradicionales que separaban a los imperios europeos. Aunque la sociedad londinense todavía se hacía eco de los rumores de la supuesta crueldad de Washington, en París el incidente Asgill se convirtió en una moda literaria con la publicación de una novela sentimental, poemas y obras dramáticas centrados en el problema

ético al que Washington se enfrentó: cómo mantener el equilibrio entre la justicia que exigían Huddy por un lado y Asgill por el otro. Aunque Washington, que fue toda la vida un aficionado entusiasta del teatro, carecía del francés necesario para leer la obra en cinco actos de Jean-Louis Le Barbier, Asgill, el general, ya retirado, le agradeció en persona al autor su obra dramática.39



El episodio de Huddy desdibujaba los límites entre los sentimientos personales y los asuntos públicos. Los líderes de ambos bandos afrontaron problemas éticos espinosos: cómo aplicar la lex talionis, la ley del talión, en el contexto de la guerra intestina que se desarrollaba entre las fuerzas irregulares de ambos bandos. Según Alexander Hamilton, veterano ayudante del comandante en jefe, tanto el «carácter nacional» de los Estados Unidos como la

reputación humanitaria de Washington habían corrido peligro. Todavía mientras se desarrollaba el juicio contra Lippincott, Hamilton había afirmado que represaliar al inocente capitán Asgill ya no se podía justificar, sobre todo desde que los británicos habían hecho concesiones. Ceder a la tentación de la venganza ofendería al «genio [espíritu] de la época» y los Estados Unidos perderían la superioridad moral para descender a un «estado de barbarie», justo en el momento en que sus legados estaban negociando con las principales potencias europeas en París. Anularía la ventaja moral que tanto le había costado ganar a la joven nación durante años de lucha y de una retórica diseñada con cuidado para poner a los Estados Unidos en un plano distinto al de sus opresores imperiales. Cuando por fin las conversaciones de paz británico-estadounidenses desembocaron en un tratado preliminar y luego en uno definitivo, Hamilton volvió a criticar con acritud, de nuevo, los planteamientos vengativos, solo que, esta vez, el joven héroe de guerra patriota lo haría para defender a los perdedores norteamericanos de la Revolución.40

Notas

1. El cartel se encuentra en George Washington Papers, microfilm, rollo 84, n. d., LOC. Acerca del sastre, véase Skemp, S. L., 1990, 256-257. «Compañía mixta»: Independent Gazette , 20 de abril de 1782.

2. Para la redacción de este capítulo me he servido en especial de Wroth, L. K., 1978, vol. 2; Ward, H. M., 2002, 63-68; Bolton, A. S., 2004. Véase también Bowman, L. G., 1971a.

3. Sobre la lex talionis , véase Lee, W. E., 2001 cap. 7; Donagan, B., 1988.

4. Shy, J. W. (ed.), 1976a, 189. Mi sección acerca del lealismo

armado y las guerras intestinas bebe sobre todo del muy documentado trabajo de Tebbenhoff, E. H., 1979; Fowler, D. J., 2009; Adelberg, M. S., 1997. Sobre Tye me he servido de Hodges, G. R., 1997, cap. 3 (cita en 92). Véase también Schama, S., 2006, 116-117; Ward, H. M., 2002, 61-64; Egerton, D. R., 2009, cap. 3.

5. La organización vengativa llegó a tener 463 miembros. «Ojo por ojo»: N. Scudder a HL, 17 de julio de 1780, citada en Fowler, D. J., 2009, 60. Véase también Hodges, G. R., 1997, 103-104.

6. Acerca de los planes de Franklin y sus negociaciones con el mando británico, véase Skemp, S. L., 1990, 234-246 (la descripción de su personalidad en vol. XI). Sobre el debate entre los británicos acerca del papel que debían jugar los lealistas armados, véase también Shy, J. W. (ed.), 1976a, 181-192.

7. Me baso sobre todo en Chopra, R., 2011, 194-195. «[…] no mejores»: CO5/175/231v. Véase también Clinton Papers 200/57; Bancroft 117/171-174. Acerca de Cornwallis, véase O'Shaughnessy, A. J., op. cit ., 282.

8. Sobre tratado en este párrafo y el siguiente, véase Deposition John North before David Forman [Deposición de John North ante David Forman], 15 de abril de 1782, Bancroft 119/145-147. En torno a las distintas versiones de la muerte de White, véase Ward, H. M., 2002, 65. John Covenhoven a GW, 14 de abril de 1782, PGW/EA .

9. GW a John Hanson, 20 de abril de 1782, que adjunta, entre otras cosas, afidávits y una copia del cartel. Las citas están tomadas de GW a HC, 21 de abril de 1782, PGW/EA .

10. HC a GW, 25 de abril de 1782, PGW/EA .

11. Id .

12. Junta de Investigación [Board of Inquiry] a HC, 26 de abril de 1782, BHQP 4476. Bowman, L. G., 1971a, 30, menciona luchas callejeras entre lealistas y soldados británicos en la ciudad de Nueva York a principios de mayo. En torno a las disputas jurisdiccionales y la revisión de Carleton, véase Wroth, L. K., 1978, 507-513, y

Wiener, F. B., 1967, 116-120. Sobre la prensa norteamericana (todas las fechas son de 1782): las referencias primeras aparecen a mediados de abril, como por ejemplo, Freeman's Journal , 17 y 24 de abril. Texto del cartel reproducido en Freeman's Journal , 1 de mayo; Pennsylvania Packet , 2 de mayo; Independence Gazetteer , 4 de mayo; Independent Chronicle , 9 de mayo; Norwich Packet , 9 de mayo; Salem Gazette , 9 de mayo; Boston Gazette , 13 de mayo; Connecticut Gazette , 17 de mayo; véase también Gazette of Saint Jago de la Vega (Jamaica) , 29 de agosto de 1782. GW a HC, 21 de abril, en Pennsylvania Packet , 4 de mayo de 1782; Freeman's Journal , 8 de mayo de 1782; Pennsylvania Journal , 1 de mayo de 1782; New Jersey Gazette , 15 de mayo de 1782. El intercambio epistolar de finales de abril entre GW y HC también se encuentra en [George Washington], Epistles domestic, confidential, and official from George Washington , New York, 1796, 106-109.

13. GW a WL, 6 de mayo de 1782, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/Washington/99-01-02-08344 >. Carleton a WL, 7 de mayo de 1782, PWL , vol. IV, 405.

14. Wroth, L. K., 1978, contiene una transcripción de WO71/95/321-408, City Hall, NY, May 3 to June 22, 1782, y una excelente introducción en la que he basado mi resumen del procedimiento; la cita «un prisionero» está en 536-537. Los líderes norteamericanos sabían que Clinton se arriesgaba a despertar la ira de los oficiales del Ejército británico y de los lealistas. Véase Robert Livingston a William Carmichael, 1 de mayo de 1782, RDC , vol. IX, 120.

15. Wroth, L. K., 1978, 515, 560.

16. «[…] cartel que»: afidávit del capitán William Cunningham, 10 de mayo [1782], CO5/105/225, DAR , vol. XXI, 68-69 (cita en 69).

17. «[…] varios de mis»: Wroth, L. K., 1978, 582.

18. GW a Moses Hazen, 3 de mayo de 1782, WGW , vol. XXIV, 217-218. Hazen a Benjamin Lincoln, 27 de mayo de 1782, Gilder Lehrman Collection, #GLC01147. Asgill a GW, 30 de mayo de 1782, PGW/EA . El niño se menciona en Clinton Papers 194/25, 26.

19. «[…] me ha alterado enormemente»: GW a Lincoln, 5 de junio de 1782, Lincoln Papers, MHS, disponible en < http://www.masshist.org/database/viewer.php?item_id=1706&mode=large&img_step=1 >. Las otras citas están tomadas de GW a Elias Dayton, 4 de junio de 1782, PGW/EA . Véase también Flexner, J. T., 1968, 479-482.

20. Paine, «A Supernumerary Crisis. To Sir Guy Carleton, Philadelphia, May 31, 1782», publicado en Pennsylvania Packet , 1 de junio de 1782, y en Pennsylvania Gazette , 5 de junio de 1782. Paine también aconsejó a Washington utilizar al prisionero para presionar moralmente a Gran Bretaña: Paine a GW, 7 de septiembre de 1782, PGW/EA .

21. Las autoridades jurídico-militares británicas de la época no hacían distinción entre asesinato y homicidio: Wroth, L. K., 1978, 525. Franklin a HC, 27 de abril de 1782, BHQP 4485 [resumen en Bancroft 119/209]; misiva de un desconocido a GW, 1 de mayo de 1782, en http://founders.archives.gov/documents/Washington/99-01-02-08308 .

22. Franklin a Carleton, 12 de agosto de 1782, BHQP 5274, con adjuntos en BHQP 5173, 5233. Véase también Bancroft 121/17-33.

23. Las fechas siguientes son todas de 1782. Las citas del Public Advertiser son del 17 de junio. General Evening Post , 11 de julio; General Advertiser , 15 de julio; Morning Herald , 15 y 30 de julio; English Chronicle , 27 de julio; London Chronicle , 11-13 y 27-30 de julio, 30 de julio y 1 de agosto; Morning Chronicle , 15 y 29 de julio; Public Advertiser , 30 de julio; Felix Farley's Bristol Journal , 20 de julio y 3 de agosto; General Evening Post , 11 de julio. Véase Clinton Papers 195/24, Peter Russell a Henry HC, 25 de julio de 1782 [enviada desde Londres]: se enviaron copias de la correspondencia de Clinton, Robertson y Carleton al director del Morning Chronicle , quien prometió publicar dichos materiales.

24. The St James's Chronicle , 23 de julio de 1782; Whitehall Evening Post , 23-25 de julio de 1782, en cuanto a la carta de James Robertson a GW del 1 de mayo de 1782. «[…] suavidad»: GW a James Robertson, 4 de mayo de 1782, PGW/EA . «[…] impolítico»: London Chronicle , 27-30 de julio de 1782; Public

Advertiser , 30 de julio de 1782. Grotius: Gazetteer , 7 de agosto de 1782.

25. Shelburne a Carleton, 8 de julio de 1782, Bancroft 120/197-199.

26. Paine: General Advertiser , 7 de agosto de 1782; Morning Post , 7 de agosto de 1782; Morning Herald , 8 de agosto de 1782. Sobre la necesidad de entregar a Lippincott a los estadounidenses: Morning Herald , 23 de agosto de 1782; Craftsman , 24 de agosto de 1782; Whitehall Evening Post , 31 de agosto a 3 de septiembre de 1782; Morning Chronicle , 2 de septiembre de 1782; General Advertiser , 2 de septiembre; Public Advertiser , 4 de septiembre de 1782; London Chronicle , 19-21 de septiembre; lealistas «agitados»: The St James's Chronicle , 31 de agosto; Morning Chronicle , 4 de septiembre de 1782. Veredicto de culpabilidad: London Chronicle , 14-17 de septiembre de 1782. Espera del veredicto: London Chronicle , 24-26 de septiembre; London Packet , 23-25 de septiembre de 1782. Absolución sospechosa de Lippincott: Morning Chronicle , 10 de septiembre de 1782; Morning Herald , 10 de septiembre de 1782. El «humanitario corazón» de Washington: London Chronicle , 13-16 de julio de 1782; General Advertiser , 15 de julio de 1782. «[…] desprecio de toda la humanidad»: Gazetteer , 7 de agosto de 1782. «[…] la primera cuestión»: cita tomada de Thacher, J., 1823, nota al pie en la pág. 308 . Carta de Livingston del 29 de mayo de 1782: London Evening Post , 19-21 de septiembre de 1782; Morning Chronicle , 20 de septiembre de 1782; Public Advertiser , 21 de septiembre de 1782.

27. Carleton a GW, 13 de agosto de 1782, CO5/106/241, DAR , vol. XXI, 106-108. Acerca de la transferencia de poderes relativos a los prisioneros, véase BHQP 5128-5129.

28. GW al presidente del Congreso, 19 de agosto de 1782, PGW/EA .

29. LDC , vol. XIX, 248-251, 331-332, 356-358, 367-369. Notas de James Madison sobre el Congreso, 7 de noviembre de 1782, disponible en < https://founders.archives.gov/documents/Madison/01-05-02-0108 >. Boyd, G. A., 1952, 104-105. JCC , vol. XXIII, 716-720.

30. James Duane a GW, 12 de octubre de 1782, LDC , vol. XIX, 248-250.

31. «[…] una descarga eléctrica»: Atterbury, W. W., 1894, 34-35. «El Presidente»: Boudinot, E., 1894, 63. Los párrafos siguientes se basan en las misivas de lady Asgill a Vergennes, 18 de julio de 1782, y de Vergennes a GW, 29 de julio de 1782, ambas adjuntas a la carta de GW al presidente del Congreso del 25 de octubre de 1782, PGW/EA (de la que también se extrae la cita «una muy patética»). Hallamos una confirmación independiente de la situación de la familia de Asgill en carta de sir James Jay a GW, 19 de julio de 1782, Morris, R. B. (ed.), 1980, 264-265. Las cartas de lady Asgill y Vergennes fueron ampliamente difundidas en periódicos de Francia y de la prensa norteamericana tanto lealista como patriota, por ejemplo (todas las fechas son de 1782), Massachusetts Spy , 19 de diciembre; Boston Evening Post , 21 de diciembre; Pennsylvania Packet , 24 de diciembre; Freeman's Journal , 25 de diciembre; Royal Gazette , 25 de diciembre; Connecticut Journal , 26 de diciembre; Independence Chronicle , 26 de diciembre; Salem Gazette , 26 de diciembre; Connecticut Gazette , 27 de diciembre; Newport Mercury , 28 de diciembre; Pennsylvania Evening Post , 28 de diciembre; New-York Gazette , 30 de diciembre; New-York Gazetteer , 30 de diciembre; Connecticut Courant , 31 de diciembre; y, en 1783, en: New Jersey Gazette , 1 de enero; Connecticut Journal , 2 de enero; New Hampshire Gazette , 4 de enero. Los periódicos británicos publicaron la carta de lady Asgill en 1783: London Chronicle , 8-11 de febrero; Whitehall Evening Post , 8-11 de febrero; Morning Herald , 12 de febrero. La orden de Jorge III está tomada de Smith, J. E., 2007, 79. Véase también Townshend a Carleton, 14 de agosto de 1782, Bancroft 121/37 a 41. Cornwallis a Carleton, 4 de agosto de 1782, BHQP 5205.

32. «[…] enfasis»: Schama, S., 1989, 29. Encontramos lecturas introductorias al sentimentalismo Brewer, J., 2009; Barker-Benfield, G. J., 1999; Knott, S., 2009, 185, diferencia entre las modas sentimentalistas anglófona y francesa.

33. «[…] conmover»: cita tomada de Boyd, G. A., 1952, 105. Véase también Knott, S., 2009, 186. JCC , vol. XXIII, 691, 695 (nota), 715.

Apuntes de James Madison sobre las deliberaciones del Congreso, 7 de noviembre de 1782, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/Madison/01-05-02-0108 >. JA a Robert Livingston, 23 de enero de 1783, RDC , vol. VI, 228. GW a Carleton, 20 de noviembre, PGW/EA ; Adye a Maurice Morgann, 30 de noviembre de 1782, BHQP 6286. Carleton a GW, 11 de diciembre de 1782, PGW/EA. JCC , vol. XXIII, 829, n. 1.

34. GW a Asgill, 13 de noviembre de 1782, PGW/EA . Sobre la reproducción de la carta en periódicos lealistas y patriotas en 1782, véase Royal Gazette , 23 de noviembre; New-York Gazette , 25 de noviembre; Pennsylvania Journal , 27 de noviembre; Pennsylvania Evening Post , 29 de noviembre; Providence Gazette , 7 de diciembre; New-York Gazetteer , 9 de diciembre; Salem Gazette , 12 de diciembre.

35. Pennsylvania Packet , 31 de diciembre de 1782.

36. «Un americano»: publicada por vez primera en Pennsylvania Packet , 28 de diciembre de 1782, y luego ya en 1783 en Massachusetts Spy , 23 de enero; Independent Ledger , 27 de enero; New Hampshire Gazette , 1 de febrero; véase también Boston Evening Post , 25 de enero; Connecticut Gazette , 14 de febrero. Véase Knott, S., 2009, 190: «Presentar a los patriotas como una comunidad de sentimientos comunes distinta de la británica profundizaba en las dolidas quejas tan levemente expuestas en la Declaración de Independencia». Véase también petición de lealistas de Carolina del Sur a la Corona, a través de lord Germain, fechada el 19 de abril de 1782, en CO5/82. «[…] argumentos enternecedores» y «el honor»: citas extraídas de Browning, C. H. (ed.), 1895, 460. El comité encargado de decidir la suerte de Asgill también buscaba quejas relativas a Hayne y otros. Acerca del incidente de Hayne, véase Borick, C. P., 2012, 102-105.

37. Morning Chronicle , 27 de diciembre de 1782; véase también Felix Farley's Bristol Journal , entrada del 28 de diciembre de 1782. El Annual Register for 1783 (London, 1784), 243-244, publicó la resolución del Congreso que dejaba libre a Asgill con fecha del 7 de noviembre de 1782, y la carta de Washington al prisionero datada el 13 de noviembre de 1782.

38. Citas de GW a James Tilghman, 5 de junio de 1786. Véase también DeLancey, E. F. de (ed.), 2006, vol. II, 232-233, y nota XXX en 484. Los documentos se publicaron primero en la Columbian Magazine durante enero y febrero de 1787; aparecieron luego en forma de libro en Humphreys, D., 1859, junto con las cartas de lady Asgill y Vergennes. En cuanto a la autojustificación de Clinton, véase Willcox, W. B. (ed.), 1954, 359-361.

39. Tombs, R., Tombs, I., 2006, 174. Acerca de los ecos literarios franceses, véase Schama, S., 1989, 30. GW a Barbier, 25 de septiembre de 1785. Le Barbier, J. L., 1875. Entre 1793 y 1815 se representaron al menos tres obras más sobre Asgill en la escena parisina.

40. AH a William Knox, 7 de junio de 1782, PAH , vol. III, 91-93.

_____

*N. del T.: El rango nobiliario británico de baronet no tiene equivalente en español. Se encuentra por encima del caballero y por debajo del barón.

Mapa de los Estados Unidos de Norteamérica con los dominios adyacentes británicos, franceses y españoles, según el Tratado de 1783 (Londres, 1783) de Thomas Kitchin

Capítulo 12

Los perdedores que regresaron

Debió ser uno de los viajes más emotivos y estresantes del joven Ward Chipman. Tampoco es que fuera su primera travesía peligrosa. Siete años antes, en la primavera de 1776, el entonces abogado formado en Harvard y de apenas veintidós años, al que sus familiares y amigos llamaban Chip, había huido primero del área rural de Boston y luego había evacuado dicha ciudad con los británicos. Debido a su puesto de asesor legal en la Casa de Aduana y a que había firmado un manifiesto de adhesión al general Gage –además de su relación manifiesta con lealistas notables como su mentor, el fiscal general de Massachusetts, Jonathan Sewell–, la decisión de Chipman no había sorprendido a nadie. Se fue después de transferir los escasos bienes que poseía a su madre y a cinco hermanos para evitar que los rebeldes los confiscaran.1

Después de un frustrante año exiliado en Londres, Chipman había regresado a la ciudad de Nueva York para servir al ejército de ocupación británico como delegado del comisario general jefe de revistas*. Pronto empezó a ejercer también como abogado particular. En 1782, sus ingresos anuales llegaban a 500 libras, una cifra respetable. Sin embargo, en la primavera de 1783, cuando se supo que los Estados Unidos habían pactado en París un tratado de paz preliminar con Gran Bretaña el noviembre anterior, su futuro –y el de cientos de miles de lealistas de Norteamérica– pareció peligrar.

Los legados británicos y estadounidenses en París llevaban negociando desde abril de 1782. El tratamiento que tendrían los lealistas fue el primer problema que abordaron y también el último

en resolver. Incluso cuando ya se había concedido la independencia a los Estados Unidos, ya se habían acordado los derechos de pesca y se habían zanjado las disputas territoriales y de límites fronterizos –se le concedió a la nueva nación un área que abarcaba más de 2 000 000 km2 cuadrados, frente al único millón que antes sumaban las trece colonias–, el estatus de los lealistas continuaba siendo un punto de desencuentro. Lo mismo sucedió con la cuestión de las compensaciones por las propiedades y los ingresos que los lealistas habían perdido a causa de la persecución sufrida durante la guerra. Entre los negociadores estadounidenses, Benjamin Franklin era el enemigo más acérrimo de admitir medidas generosas para con los lealistas. Franklin –que nunca le perdonó a su propio hijo William su lealismo– exigía que toda compensación posible estuviera ligada al pago de reparaciones a los Estados Unidos por el daño causado durante la guerra por las fuerzas británico-lealistas. En esto englobaba el incendio de poblaciones como Falmouth y Norfolk y el asesinato de hombres, mujeres y niños por los indios aliados de los británicos. El abogado neoyorquino John Jay, compañero negociador de Franklin, había mantenido la relación con familiares y amigos lealistas durante la guerra, pero, de todas formas, ahora también advertía que los americanos preferirían luchar durante medio siglo más antes que «suscribir tal evidencia de su propia iniquidad» como sería «ayudar a semejantes matarifes».2

Al final, los artículos provisionales de la paz, firmados en París el 30 de noviembre de 1782, mandaban que el Congreso «recomendara con firmeza» que los estados devolvieran las fincas y propiedades pertenecientes a los «auténticos súbditos británicos» –individuos no acusados de deslealtad por los estados, como por ejemplo los antiguos gobernadores Dunmore y Tyron– y a aquellos que residían en distritos que habían controlado las tropas británicas y que no habían tomado las armas contra los Estados Unidos. A los demás exiliados de la guerra se les permitiría volver, durante un plazo de doce meses, para que intentaran recuperar sus propiedades. Aunque los estados tenían libertad de seguir o no estas recomendaciones, el tratado sí los obligaba a conceder una amnistía general, prohibía ulteriores persecuciones y confiscaciones de propiedades, y exigía que los procesamientos judiciales entonces en curso se cerraran. Los estadounidenses, según el tratado, debían proceder en paz y superar las divisiones del periodo de la guerra.3

En Londres, el anterior primer ministro lord North y su círculo condenaron, con gran estrépito, el manejo de la cuestión lealista por parte del gobierno. Richard Wilbraham-Bootle, miembro independiente del Parlamento, también había considerado «escandaloso» y «bochornoso» el tratamiento de los lealistas: «[…] hombres tan cruelmente abandonados a la maldad de sus enemigos […] Han luchado por nosotros y corrido todo tipo de peligros en ayuda de nuestra causa, y, cuando más debíamos nosotros conseguirles protección, los abandonamos». En abril de 1783, el tratado, junto con los acuerdos interrelacionados entre Francia y España, ayudó a derribar al gobierno del primer ministro, el conde de Shelburne, el cual antes se había mostrado crítico con la guerra y había encabezado el gobierno desde julio de 1782. La oposición condenó, en parte, las concesiones territoriales hechas en Florida, Tobago, Senegal y territorios de la India, pero está claro que lo que para ellos era una traición a los lealistas norteamericanos –en especial las disposiciones de cumplimiento optativo– también fue importante.4

Los dibujantes satíricos lo tuvieron muy fácil el día que el gobierno pareció desembarazarse de los leales súbditos norteamericanos. Distintos grabados mostraron lo que, según la mentalidad británica, eran indios –en sentido literal y también figurado, es decir, patriotas norteamericanos vistos como indios– que masacraban, agredían con sus tomahawks, arrancaban cabelleras y colgaban a lealistas.

En una estampa titulada Shelb–ns sacrifice [El sacrificio de Shelb], Britania ataca a un sonriente Shelburne con una lanza mientras un carnicero inglés llora al ver a nativos norteamericanos atacar a lealistas adinerados. En otra, The Savages Let Loose [Los salvajes desatados], unos indios cuelgan y amenazan con emplear sus tomahawks y arrancarles las cabelleras a unos lealistas.

El sacrificio de Shelb / O los lealistas recomendados; una imagen fidedigna de una tragedia que será pronto representada en el continente americano. Ideado por la crueldad. Grabado por el deshonor (Londres, febrero de 1783).

Los salvajes desatados, o el cruel destino de los lealistas (Londres, marzo de 1783).

Al conocer el tratado preliminar, los lealistas se sintieron traicionados. Sin embargo, como predijo con acierto Abigail Adams en una carta a su marido John –el tercero de los negociadores estadounidenses en París–, incluso aquellas relativamente pobres concesiones «hicieron resurgir la antigua animosidad contra los tories hasta tal punto que sus vidas correrían peligro si se aventuraran a venir aquí». El potencial regreso de miles de lealistas del exilio temporal –con la intención de recuperar sus propiedades, o incluso de presentarse a cargos públicos– desató, en efecto, un enorme nerviosismo entre sus vecinos patriotas. Zabdiel Adams, primo de John, pensaba que los británicos habían, por lo menos, «casi admitido sus faltas» y que, por tanto, «nuestro deber era perdonar [a los británicos], aunque no olvidar». Los lealistas, en cambio, no podían ser perdonados, ni mucho menos integrarse en la nueva nación. Una década de brutal guerra civil había habituado a los norteamericanos a la resolución violenta de los conflictos y

generado una sed de venganza que ningún tratado podría aplacar con rapidez.5

Si los alrededor de 60 000 lealistas blancos que se exiliaron para siempre después de la guerra se enfrentaron a un futuro incierto, los varios cientos de miles que deseaban quedarse en sus poblaciones de origen o regresar a ellas afrontaron, por su parte, con temor e incertidumbre lo que podría sucederles. Sabían que la animosidad contra ellos era muy profunda y que no era probable que sus antiguos vecinos los recibieran con los brazos abiertos. Los que regresaron –y los que se habían quedado en su hogar durante la guerra– no tardaron en descubrir que tendrían que sufrir discriminación legal, la persecución renovada por muchedumbres y comités, e incluso la expulsión violenta. Con todo, en muchos casos, una mezcla de pragmatismo económico, fuertes lazos familiares y vecinales y de verdadera tolerancia posibilitó que muchas comunidades admitieran de nuevo, aunque no fuera de forma cordial, a sus miembros lealistas.

A Ward Chipman, en un primer momento, no pareció perturbarle la noticia del tratado de paz. Planeaba acomodarse en Nueva York y continuar ejerciendo como abogado. Sin embargo, los vencedores patriotas no tardaron en impedir a los lealistas el ejercicio de la abogacía en el estado. Chipman, como decenas de miles de lealistas, tuvo que sopesar sus opciones: ¿Debía quedarse en Norteamérica, en Nueva York o en su Massachusetts natal, o sería mejor comenzar una vida nueva en el exilio, tal vez en Gran Bretaña o en sus colonias? Thomas Aston Coffin, amigo de Chipman, compañero de Harvard y lealista, había empleado la mayor parte de la que también fue su guerra ayudando a los británicos en Nueva York y en Filadelfia –durante la última etapa, en el puesto de secretario de Carleton–. Dos de los hermanos de Tom habían luchado en las filas del Ejército británico. Su padre vivió la guerra en Long Island, mientras que su madre y sus hermanas se habían quedado en Massachusetts para intentar que las propiedades de la familia no fueran confiscadas. Los Coffin se habían mantenido en contacto por carta, pero Tom no había visto a su madre ni a sus hermanas desde 1776. Antes de que acabara el año, Coffin, igual que Chipman, tenía que decidir si se iría o no cuando los británicos evacuaran Nueva York.6

Aquella primavera, un último grupo de alrededor de 40 prisioneros estadounidenses fue liberado del buque prisión Jersey en la ciudad de Nueva York, junto con los últimos 2 prisioneros que quedaban en el Preboste (ambos eran civiles a los que se había acusado de traición). Entre los supervivientes del Jersey se encontraba William Russel, maestro de escuela de Boston que había estado presente en el Motín del Té, cuya casa había sido saqueada por fuerzas británico-lealistas, que había servido treinta meses en la milicia patriota y que al final había sido capturado a bordo de un buque corsario. Después de casi tres años en la prisión de Mill, en Inglaterra, Russel había sido uno de los más de 1000 prisioneros norteamericanos liberados por los británicos durante las negociaciones de paz de 1782. Sin embargo, como la paz aún no se había sellado formalmente cuando William llegó a Boston, en agosto de 1782, se enroló en otro buque corsario, en el que fue de nuevo capturado y desde allí llevado preso al temido Jersey, el «lugar más horrible que jamás he visto». Debilitado por la tuberculosis que contrajo en el buque prisión, Russel moriría en Cambridge a los treinta y cinco años, menos de un año después de su puesta en libertad final.7

Mientras los prisioneros patriotas iban regresando a sus familias –aunque algunos, como William Russell, solo lo hicieran para convertirse en las últimas bajas de la guerra–, también había señales que apuntaban a nuevos brotes de violencia entre patriotas y lealistas. En abril de 1783, al conocer los estadounidenses que sus representantes habían firmado en París un armisticio, asambleas de ciudadanos de Boston decidieron darles a los lealistas que regresaran un aviso para que antes de seis horas abandonaran el lugar si no querían ser deportados. Otros municipios, por todo el estado, siguieron el ejemplo de Boston y avisaron a los «traidores declarados de su país». La ciudad natal de Chipman, Marblehead (en Massachusetts), decidió impedir la vuelta de los lealistas para evitar que estallara de nuevo la chispa de la guerra civil y el conflicto con Gran Bretaña. El comité de Roxburry se opuso al regreso de los «absentistas, conspiradores, refugiados y tories» que amenazaban convertirse en un caballo de Troya que favoreciera las «astutas maquinaciones de los británicos». Algunos patriotas emplearon incluso el lenguaje de la extirpación que antes se reservaba a los nativos norteamericanos: los lealistas eran «villanos,

canallas, bribones llenos de doblez» que debían ser «extirpados de la faz de la tierra».8

Sin duda, Chip era consciente de que las amenazas que pronunciaban los beligerantes comités y las advertencias de los periódicos de Boston a los lealistas sobre los patíbulos que les aguardaban en Copp's Hill no eran mera palabrería. Circularon muchas historias de abusos verbales y físicos contra los lealistas, tanto en el boca a boca como en la prensa. A un tal Sr. Triest que volvió a Townshend (Massachusetts), al poco lo atraparon y le pusieron «una estaca bajo la ingle y un ronzal al cuello». Sus agresores lo tuvieron colgado del palo mayor de un velero toda una noche. Después de dieciséis horas lo descolgaron, lo encadenaron y lo deportaron junto con su familia en barco. Fue obligado a firmar un documento en el que prometía no regresar, bajo amenaza de pena de muerte. A lo largo de aquella primavera y de las primeras semanas del verano, los lealistas que regresaban al citado estado a recuperar deudas o propiedades, según permitía el tratado de paz, eran arrestados y después encarcelados o deportados. Los patriotas reavivaron sus comités de inspección y de observación para recibir a los lealistas y reactivaron los viejos rencores. También establecieron distintos grados de culpabilidad entre los lealistas. Aquellos que hubieran ayudado de forma activa a los británicos serían recibidos con una violencia más severa.9

Este fue, muy en especial, el caso de antiguos soldados lealistas como Cavalier Jouet. Aquella primavera Jouet volvió a Nueva Jersey a explorar qué posibilidades tenía de recuperar las propiedades que le habían confiscado y de volver a asentarse allí con su familia. Optó por acceder por la zona de Woodbridge, donde había residido como prisionero en libertad condicional tres años, durante la guerra, y donde los vecinos lo habían tratado con civismo. Sin embargo, en esta ocasión, Jouet escribió: «Recibí los insultos más escandalosos y escapé por poco del maltrato más vergonzoso y degradante». Algunos que antes habían sido corteses con él ahora empuñaban palos y látigos. Una vez que la paz había dejado sin efecto las libertades condicionales, Jouet no tenía derecho a estar en su localidad y ellos estaban «decididos a darle una chaqueta continental» a aquel traidor norteamericano. Los vecinos, con el apoyo de sus magistrados, habían formado una

asociación para expulsar a latigazos a los que regresaran. A un juez, sin embargo, aquello no le bastaba y gritaba: «¡Colgadlo, colgadlo!».10

Jouet, ayudado por un clérigo local y por un hombre que dijo que el hijo de Jouet lo había socorrido cuando estuvo preso, consiguió escapar y ponerse a salvo en las líneas británicas. Las motivaciones personales por gratitud o por honor podían resultar, para el destino de los lealistas que regresaban como Jouet, tan decisivas como los principios políticos abstractos o los sentimientos mayoritarios de una población. Otros individuos más relacionados con el Ejército británico tuvieron menos suerte en su regreso al área de Woodbridge, lo que tal vez motivó unas palabras de Peter Oliver, antiguo juez principal del tribunal superior de Massachusetts, según quien, en Nueva Jersey, «naturalizan [a los que vuelven] embreándolos y emplumándolos».11

Al norte de allí, Prosper Brown, que había servido a bordo de un buque corsario británico, volvió a casa al acabar la guerra a reclamar sus propiedades en su Nuevo Londres natal, en Connecticut. Brown fue apresado al poco por una «turba licenciosa y sedienta de sangre, y colgado por el cuello con las manos atadas a bordo de una embarcación situada junto al muelle». Después lo bajaron, lo desvistieron, lo azotaron con un látigo de nueve colas, lo embrearon y lo emplumaron para después colgarlo del extremo de una verga, esta vez desnudo, «expuesto a la vergüenza y los hurras de la banda más diabólica que jamás haya existido sobre la tierra». Al final lo liberaron, aunque no sin antes robarle el dinero que llevaba. Lo despacharon hacia Nueva York con el requerimiento, bajo amenaza de pena de muerte, de que nunca volviera. Brown le suplicó después a Carleton que lo evacuara, junto con los otros tres miembros de su familia, a Nueva Escocia.12

Alrededor de Chipman y de Coffin, miles de lealistas –soldados y familias, blancos y negros– se preparaban entonces para abandonar la ciudad de Nueva York a bordo de la flota que Carleton estaba reuniendo. Sin embargo, muchos otros aún tenían la esperanza de que podrían quedarse o volver a sus localidades de origen, pese al cada vez mayor sentimiento antilealista. Algunos lealistas, debido a lo precario de su situación, reunieron de forma preventiva pruebas

que sirvieran en su defensa, como por ejemplo hicieron tres viudas que consiguieron que antiguos prisioneros patriotas testificaran, por escrito, las ayudas que habían recibido de ellas durante la guerra. Un tal doctor Richard Bayley afirmaba haber cuidado bien a los prisioneros heridos y publicó, en este sentido, declaraciones de supervivientes y de funcionarios patriotas que lo demostraban, aunque otros lo acusaron de crueldad. Bayley y su joven hija Elizabeth, que sería más tarde canonizada como la primera santa nacida en Estados Unidos, consiguieron quedarse en el país.13

Carleton, que estaba «muy afectado por las condiciones deshonrosas» relacionadas con los lealistas, alertó en mayo al gobierno británico del renovado terror que padecían: «Casi todos los que han intentado volver a sus hogares han sido muy maltratados, a muchos los han golpeado, les han robado el dinero y el vestido y los han enviado de vuelta». Este tipo de historias y el temor, la confusión y la angustia que reflejaban es probable que llamaran la atención de Chipman, o incluso más la de Coffin, que formaba parte del estado mayor de Carleton. Al valorar sus perspectivas personales, ambos amigos debieron sentir, seguramente, el peligro cierto que corrían los lealistas por todo el país. Aquel mes, Chipman le informó a un contacto londinense que se iría al exilio «a menos que haya un cambio grande en la actitud y la conducta de los americanos, que ahora son muy violentos y amenazan con la proscripción y el exilio a todo aquel que se haya adherido a la causa del rey». Carleton, mientras tanto, retrasaba la evacuación de Nueva York: coincidía con lord North en que el sentido del deber del rey y el honor de Gran Bretaña exigían que todo norteamericano lealista que deseara eludir las «violentas […] asociaciones» y las «bárbaras amenazas» de los comités dispusiera de un lugar en sus buques.14

Mientras los diplomáticos continuaban negociando los detalles de la versión final del tratado en París, los patriotas aumentaron su agitación antilealista y no solo en las áreas de Nueva York y de Nueva Jersey, donde las luchas civiles habían producido daños terribles, sino por todo el país. Los patriotas celebraron reuniones públicas en diez estados. Las cámaras legislativas y los gobiernos pusieron en marcha políticas discriminatorias desde Nueva Inglaterra hasta el extremo sur. En aquel contexto en el que los comités revolucionarios volvían a operar, las milicias peinaban el

territorio y los tribunales estaban prestos a iniciar nuevos procesamientos, los vencedores de la Revolución se disponían a utilizar de nuevo sus instrumentos de opresión y de terror contra los enemigos interiores.15

En septiembre de 1783, Ward Chipman parecía haber abandonado ya cualquier esperanza de quedarse en lo que parecía un país que otra vez sucumbía al gobierno de la turba. Decidió instalarse de forma definitiva en Nueva Escocia. Antes, sin embargo, quiso emprender un viaje de despedida para ver a su familia, de la que llevaba separado casi una década. Thomas Coffin lo acompañaría. El diario que Chipman escribió durante su recorrido –desde Nueva York a Boston pasando por Connecticut y su Marblehead natal, en Massachusetts, para luego volver al punto de partida tras una escala en Rhode Island– refleja, de manera muy palpable, su ansiedad. Debido a lo tensa que se había vuelto la atmósfera en el país dividido por la guerra, ni él ni su lealista compañero de viaje estaban seguros del tipo de recibimiento que les darían los vengativos patriotas.

LOS ÚLTIMOS VIAJES

El 21 de septiembre, Chipman y Coffin salieron de Nueva York en un carruaje abierto y con las pistolas cargadas. Al día siguiente cruzaron el condado de Westchester, donde bandas de ladrones controlaban un paisaje todo «yermo, pobre y desolado, sin una casa que tuviera una ventana intacta y donde muchas no tenían ninguna». Antes, aquel mismo año y en esa misma zona, el anciano prohombre lealista Oliver DeLancey había sido golpeado «del modo más violento». Ahora, una banda dirigida por Israel Honeywell había salido de nuevo a cazar tories. Isaac Foshay, antes residente en Philipsburg, había dejado su granja al cuidado de su hijo William, quien se había decantado por el bando patriota. Isaac había huido a las líneas británicas. Después de que se acordara la paz, Isaac había vuelto a su granja, pero Israel Honeywell, actuando desde la autoridad que le otorgaba su condición de «comisionado»,

se acercó allí con entre 30 y 40 hombres armados y la intención de atrapar al mayor de los Foshay «vivo o muerto». Le ordenó a William que llevara a su padre, que estaba demasiado enfermo para caminar o cabalgar, a Morrisania, «agitando la espada sobre su cabeza para que condujera más deprisa y diciéndole que condujera su cadáver a Nueva Escocia». Isaac, remolcado por William en un trineo de madera, comenzó a escupir sangre y murió unos días después. Expulsiones tan crueles como esta, que convirtió al hijo en cómplice del martirio de su padre, ponían de manifiesto las profundas escisiones que separaban la comunidad tras años de guerra civil.16

Si se hubieran encaminado hacia el noroeste, Chip y Coffin se habrían encontrado, en las carreteras que llevaban al condado de Albany, con unos postes en los que había una inscripción siniestra:

Vosotros, enemigos de la independencia americana,

enteraos de lo siguiente:

los turcos, los paganos, los judíos, es cierto,

pueden entrar aquí antes que un tory.

Los muchos crímenes que han cometido

impiden que aquí sean admitidos.17

Sin embargo, siguieron hacia Connecticut, donde un encuentro casual en Horseneck (West Greenwich) con el general Benjamin Lincoln, secretario de Guerra estadounidense, les ofreció a los viajeros una breve distracción de sus preocupaciones. Reunidos alrededor de una botella de vino de Madeira, Lincoln se mostró «muy afable y educado» y charló con Coffin acerca de viejos amigos de Boston. Aquel año, Lincoln se había mostrado preocupado por los editoriales intimidatorios de la prensa bostoniana, temiendo que empujarían a los lealistas al exilio para perjuicio demográfico y económico de los Estados Unidos; eran argumentos que se

adelantaban a los que otros patriotas conciliadores esgrimirían más adelante. Chipman y Coffin atravesaron Stamford, todavía muy dañado por las incursiones británicas. Allí, a varios lealistas que habían regresado, y de los que se decía que habían luchado por el rey, parece que los había atacado y apaleado un grupo armado. Sin embargo, en esa misma área, también presenciaron la feliz reunión de los hermanos Lloyd: el comerciante patriota John, el lealista Henry, que había huido en 1776, y James, doctor lealista que había pasado la guerra en Boston.

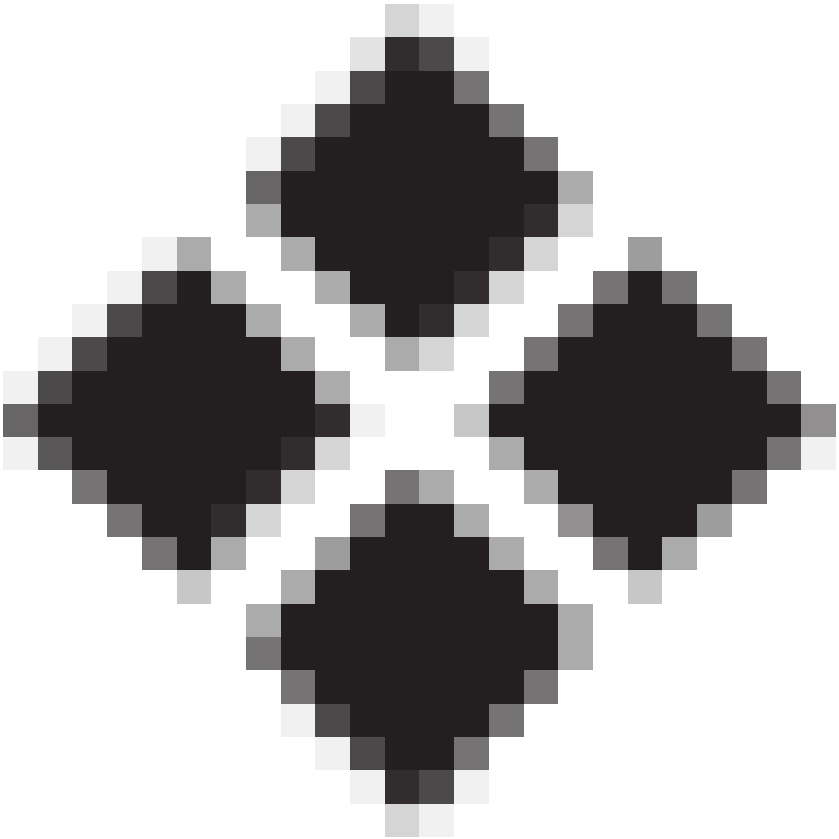
En Springfield Ferry, donde residía entonces el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Chipman se sintió «por vez primera incómodo ante la posibilidad de que nos reconocieran. Había gran afluencia de gente y, si nos hubieran descubierto, es probable que nos hubieran insultado. Tom pensaba que un hombre había caminado alrededor de él de forma sospechosa. Supongo que vi la violencia y el resentimiento que todos sentían». Ambos amigos, temerosos de meterse en problemas, decidieron partir temprano, aunque «aparentando tranquilidad».

Al ir aproximándose a Boston, los nervios de Chip iban en aumento. Hasta los sucesos más inocentes lo alarmaban. Cuando por fin llegaron, Chipman supo que los rebeldes habían confiscado la casa de su mentor, Sewall. Dentro de él bullían sentimientos de «pena, resentimiento, indignación, dolor […] Pero, al pasar ante la casa, sentí la influencia de otras sensaciones cuyo efecto no desaparecería pronto». Ya estaba verdaderamente atemorizado: en el otoño de 1774 había ayudado a defender la residencia de Sewall frente a una turba revolucionaria violenta. Ahora, sin ser advertidos, Coffin y Chipman se escabulleron por la puerta de atrás hacia la taberna de un antiguo conocido y se escondieron «en la pequeña estancia trasera, con toda la circunspección y la conciencia de culpa de los villanos más viles». Una vez anocheció, se aventuraron a salir y hacer un tour visitando a antiguos compañeros. Acabaron la noche en una «conversación susurrada» con un amigo compartiendo una botella de vino. El día les trajo otros encuentros, de una cortesía tranquilizadora, por toda la localidad. Para Chipman, el momento en que por fin vio a su hermana «valió un mundo». Después tuvo una cariñosa reunión con su madre en Marblehead.

Los amigos animaron a Chip a que volviera de forma definitiva a Massachusetts y que rehiciera su vida allí. En todos los trece estados, muchos lealistas, en efecto, reanudaron las amistades previas a la guerra y se valieron de sus conexiones familiares para facilitar su regreso. Aunque la revolución y la guerra habían dividido a numerosas familias, a veces los lazos de la sangre y de la amistad habían resistido, incluso en los alrededores de la principal guarnición británica, la ciudad de Nueva York. Después de 1783, estas redes permitieron que algunos lealistas recuperaran sus propiedades confiscadas, que reunieran pruebas con la esperanza de recibir compensaciones por los daños sufridos y que obtuvieran el perdón, el permiso de residencia y los derechos de ciudadanía. Sin embargo, pese a que algunos lealistas se reintegraron a sus familias y recuperaron sus propiedades –aunque fuera previo pago de cuantiosos impuestos–, otros se desanimaron por lo que veían. A muchos, pese a las garantías del tratado de paz, se les impidió de forma activa volver siquiera a hacer una breve visita. Incluso ya en 1784, una turba embreó y emplumó en Boston a un individuo que había regresado. Pese a las súplicas de sus amigos, Ward Chipman estaba decidido; partió, lamentándolo mucho, junto con Coffin hacia la ciudad de Nueva York. Desde allí se dirigirían al exilio.

Chipman y Coffin no habían nunca tomado las armas a favor de los británicos. Sus antiguos vecinos no tenían cuentas concretas que saldar con ellos. Ni tan siquiera habían planeado regresar de forma permanente. Pese a todo, incluso estos dos hombres, comparativamente tan inofensivos, temieron por su seguridad durante solo una breve visita. Esto nos da una idea de cuán inseguro y peligroso debió resultarles a los lealistas el periodo inmediatamente posterior a la guerra en Estados Unidos. Mientras Chipman y Coffin se preparaban para el exilio, de nuevo llegaban reportes de maltratos físicos y psicológicos de patriotas contra lealistas por todos los estados. Las amenazas de violencia física contra los que volvían persistieron hasta la salida de los últimos evacuados, e incluso más allá: «un amargo huracán que os romperá el cuello», escribió un periódico de Nueva York, visitaría a todos los lealistas que no se fueran al exilio. Coffin y Chipman aguantaron hasta la evacuación final de noviembre de 1783. Chip navegó primero a Inglaterra pasando por Halifax. Más tarde se asentó en Nueva Escocia para ejercer la abogacía y colaborar en la creación

de Nuevo Brunswick. El 25 de noviembre de 1783, Coffin zarpó del puerto de Nueva York camino de Inglaterra acompañando al general Carleton.18



En enero de 1784, el Congreso ratificó la versión final del tratado de paz, la cual había cambiado poco respecto de la preliminar. La aplicación de algunas disposiciones cruciales concernientes a los lealistas se dejaría a discreción de los estados. Muchos de estos ignoraron la recomendación del Congreso de que respetaran la totalidad del tratado y se negaron a modificar sus programas antilealistas. Un total de nueve estados, bien puso en práctica leyes de confiscación ya vigentes, bien aprobó otras nuevas que contravenían al acuerdo de paz. Nueva Jersey, Virginia, Maryland y Carolina del Norte habían promulgado leyes de ciudadanía

discriminatorias desde enero de 1784 y ahora no las anularon. Massachusetts decretó una nueva ley de destierro en marzo: todos los foráneos –se definía como tales a todos los que se hubieran alistado en el Ejército británico o que se hubieran marchado entre 1774, cuando el Congreso aprobó la Asociación Continental, y 1780– serían expulsados y sus propiedades pasarían al estado (otra violación del tratado de paz). Una cláusula de amnistía aprobada en junio provocó protestas populares y amenazas sobre los horrores que podrían suceder por posibles enfrentamientos. En 1786, la legislación de Virginia todavía prohibía que los lealistas pudieran votar o acceder a cargos públicos.19

Las heridas de la guerra se sentían todavía de forma muy viva, en especial en el Sur. Carolina del Sur había ordenado, en un primer momento, que los lealistas que hubieran regresado se fueran de inmediato. Los miembros de la Sociedad Marina Antibritánica (Marine Anti-Britannic Society), formada por el comandante de la Marina del estado, el comodoro Alexander Gillon, promovieron algaradas contra quienes volvían y provocaron peleas callejeras. Un poeta que fue atacado apuntó a la división que persistía en la sociedad local (y también a escala nacional): «¿Quién puede soportar el ceño fruncido de un rebelde? ¿O aguantar la mirada de sus hijos / cuando en las calles le apuntan y murmuran “un tory”?». Las subastas de propiedades confiscadas a los lealistas continuaban en el interior. Pese a que la cámara legislativa del estado de Carolina del Sur eliminó de forma gradual las restricciones de los derechos de algunos individuos lealistas, los ciudadanos continuaban intimidando a sus traicioneros vecinos colgándolos en efigie, amenazando a sus familias o pidiéndoles que abandonaran el estado. En otros lugares, los grupos de patriotas a menudo montaban incursiones nocturnas contra viviendas particulares, amenazaban con espadas a los que residían en ellas y desvalijaban sus propiedades.20

Para algunos, el viaje de vuelta a casa tuvo consecuencias fatales. Durante la guerra, Matthew Love había participado en incursiones lealistas en el distrito 96 de Carolina del Sur. Cuando regresó a la región en 1784, unos vecinos lo reconocieron y lo acusaron de asesinar a combatientes patriotas heridos y a prisioneros durante la guerra. Se revelaron detalles espantosos sobre cómo Love, después

de una escaramuza en 1781, se había paseado clavando su espada a muertos y a heridos, algunos de los cuales eran sus antiguos vecinos. Sin embargo, el juez que presidió este juicio, Aedanus Burke, anuló los cargos aduciendo que, según el tratado de paz, Love gozaba de inmunidad y no se le podía encausar. De este modo, Love fue liberado. No obstante, la ciudadanía del lugar tuvo menos miramientos: lo ahorcaron en un árbol.21

Que un lugar fuera más o menos conciliatorio hacia los lealistas, o que un lealista concreto recibiera una acogida hostil o amigable, dependía de gran número de factores. Los líderes políticos de los niveles estatal y local marcaban la tónica, bien hacia la exclusión, bien hacia la integración. En las áreas en las que durante la guerra hubo menor porcentaje de lealistas, donde estos hubieran conservado los lazos sociales y económicos con sus vecinos patriotas y sus familias, y donde no se les viera como una amenaza, se reintegraba a los que volvían con más facilidad que en aquellas comunidades donde las divisiones eran más profundas, sobre todo si también habían experimentado la ocupación británica, un alto grado de violencia militar o ambas cosas. Como hemos visto en el caso de Matthew Love, las comunidades locales tenían en cuenta qué comportamiento había tenido cada lealista durante la guerra. Si los vecinos recordaban que su adscripción lealista había sido muy manifiesta, o sobre todo si había sido violenta, por no hablar de los odios personales, el deseo de venganza aumentaba en alto grado.

Algunas poblaciones adoptaron un enfoque pragmático para acelerar la recuperación económica de posguerra y acogieron con los brazos abiertos a los lealistas que ofertaran capacidades y servicios que la comunidad demandara. Sin embargo, el interés económico también podía perjudicar la integración social armónica, en especial si los locales veían en un retornado particular un posible rival profesional, o si querían mantener a distancia a un acreedor de antes de la guerra. Debido al concurso de tantos factores y a que los estados no cumplían con el impulso reconciliatorio del tratado de paz, los lealistas vivieron el periodo inmediato de posguerra como una época de renovada inseguridad e incertidumbre.

RECONCILIACIÓN

El juez Burke, que intentó salvar a Love, era un partidario declarado de la reconciliación. Burke, que publicaba bajo seudónimo, afirmaba que las medidas antilealistas debían ser revocadas y que era necesario eliminar la legislación discriminatoria. Había que aprobar un edicto de amnistía general, igual que se había hecho después de la Guerra Civil inglesa del siglo anterior. Aunque los británicos eran culpables de oprimir cruel y violentamente a las colonias, y aunque solo en Carolina del Sur habían muerto 3000 hombres blancos, se habían perdido 20 000 esclavos y la propiedad privada había sufrido cuantiosos daños, Burke defendía que los estadounidenses debían superar sus diferencias de la época de la guerra. Si los supervivientes de la Guerra Civil inglesa, que fue mucho más violenta, habían sido capaces de curar sus heridas, sin duda ahora era el momento de que los estadounidenses de todos los colores políticos «se estrecharan las manos como hermanos cuyo destino es vivir juntos». La reconciliación «se alzaría como un monumento a nuestra sabiduría, justicia y magnanimidad nacionales más duradero que las estatuas de bronce o de mármol».22

El juez Burke no estaba solo. Preocupado por preservar los ideales de la Revolución y de mantener la reputación internacional de los Estados Unidos como una nación honorable que cumplía sus tratados, un grupo de individuos cada vez mayor, entre los que destacaba de forma notoria el general Washington, comenzó a presionar en pro de la reconciliación. Pensaban que, una vez que se había ganado la guerra moral, la nación tenía también que ganar la paz comportándose según las leyes internacionales y las normas éticas ilustradas, incluso, o con más ahínco aún, en lo que se refería a los lealistas. Si los héroes patriotas muertos pudieran opinar, decía Israel Evans, que había sido capellán del ejército de Sullivan en Iroquoia, «os rogarían con pasión que perdonaseis a vuestros enemigos y a los suyos, en lugar de caer en la baja pasión del resentimiento y la venganza, que de tantas formas perjudicaría el crédito y la reputación de los Estados confederados». Uno de los personajes clave de la época de la posguerra, Alexander Hamilton,

antiguo ayudante personal de Washington, adoptó una posición muy vehemente a favor de la reintegración de los lealistas. Hamilton –que también estuvo en contra de tomar represalias durante el incidente Huddy-Asgill– había vuelto a Nueva York cuando la guerra se aproximaba a su fin, luego estudió leyes en Albany y pronto consiguió el permiso para ejercer. De corta estatura, elegante y encantador, Hamilton, entonces con veintinueve años, era un abogado en alza en una ciudad que transitaba de la guerra a la paz.23

Una década antes, en la víspera de la guerra, Hamilton, entonces estudiante aventajado en el King's College (actual Universidad de Columbia), había presenciado la marcha de una multitud alterada hacia la casa del presidente de la universidad, del que sospechaban que dirigía una red de lealistas. Parecía que su intención era embrearlo y emplumarlo. Hamilton contuvo a la turba para que el objetivo de esta pudiera escapar saltando una valla. Ante la escalada de violencia popular, Hamilton avisó de que, en épocas de turbulencia política, cuando «las pasiones de los hombres se excitan hasta un nivel inusual, existe un gran peligro de caer en extremos fatales».24

Ahora que en Nueva York y en otros lugares se embreaba y emplumaba de nuevo a lealistas, Hamilton volvió a coger su pluma. Tras el muy apropiado seudónimo de Phocion –nombre de un soldado ateniense que sirvió a un gran general y que más tarde abogó por la reconciliación con los antiguos enemigos–, Hamilton advirtió de los costes diplomáticos, políticos, económicos y morales de perseguir a los lealistas. Frente a la violencia y la discriminación legal, llamó a la tolerancia. Insistió en que se protegieran los derechos de los lealistas: esa era la mejor forma de salvaguardar la libertad y la estabilidad de la nueva nación. Los estadounidenses resentidos, observó, permitían que su sed de «venganza, crueldad, persecución y perfidia» llevaran a expulsiones y privaciones de derechos sin juicio previo. En vez de ello, la ley, el orden y la justicia debían prevalecer sobre «las pequeñas pasiones vengativas egoístas de unos pocos». Además, dado que el «mundo tenía los ojos puestos en América», la nueva república debía «justificar la revolución por sus frutos», también, y en especial, mediante la integración de sus antes enemigos internos.25

El futuro secretario del Tesoro estadounidense también temía una sangría de capital si los lealistas se iban en masa, y le preocupaba que aquello fuera un obstáculo para la revitalización del comercio británico-estadounidense: «Nuestro estado padecerá, al menos veinte años, los efectos del frenesí popular». Además, si los Estados Unidos no cumplían las obligaciones que les marcaba el tratado de paz, ¿no podría Gran Bretaña hacer lo mismo? De hecho, una década más tarde, el gobierno británico, durante las negociaciones del llamado Tratado de Jay –diseñado para regular el comercio con Estados Unidos, alejar la posibilidad de una guerra futura y resolver problemas pendientes desde 1783–, adujo las confiscaciones de tierras a lealistas para justificar por qué había conservado puestos militares avanzados en el área fronteriza del Canadá que contravenían el acuerdo de 1783.

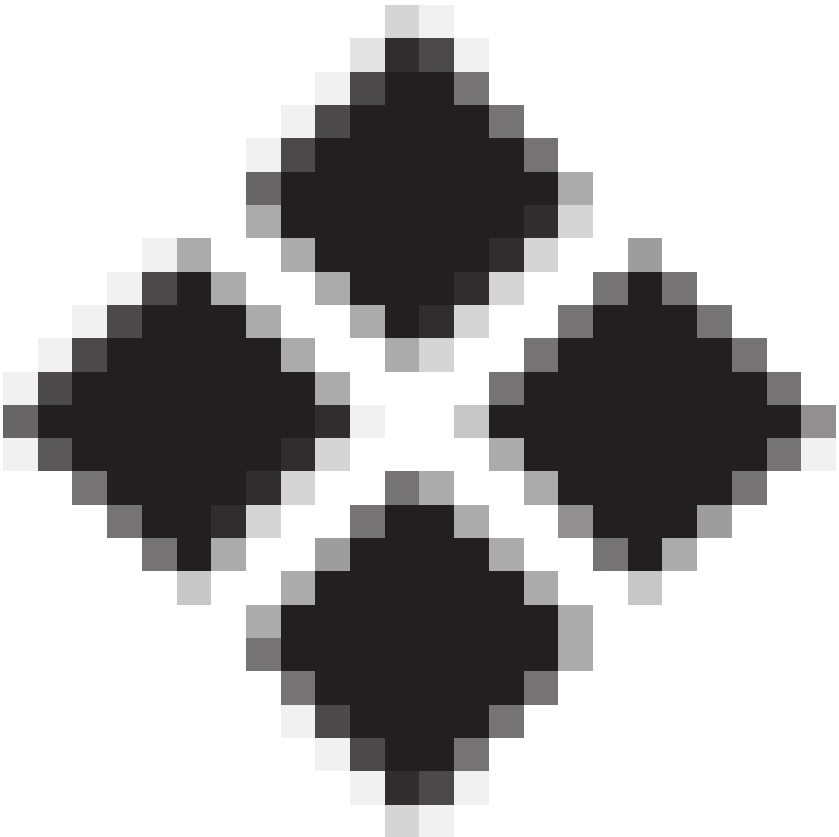
Los neoyorquinos debatieron acaloradamente los méritos respectivos de la venganza y la reconciliación en el periodo de la posguerra inmediata. La cámara legislativa del estado había aprobado un Edicto de Confiscación en 1779 y el llamado Edicto de Citación en 1782, los cuales privaban a los lealistas de sus propiedades y obstruían las posibilidades que tenían los acreedores británicos de recaudar las deudas que los patriotas tuvieran con ellos. En 1782 y 1783, un gran número de refugiados patriotas y lealistas se vieron de nuevo las caras en la ciudad de Nueva York, tras varios años de separación. Entonces, los patriotas que habían huido de la ocupación británica exigieron que se les abonaran las rentas de alquiler debidas y una compensación por los daños y robos sufridos. Robert R. Livingston, entonces canciller (el cargo judicial de mayor rango) de Nueva York, compartía las preocupaciones de Hamilton sobre el éxodo de los lealistas y su impacto en la ciudad y en el estado. Atribuía el «violento espíritu de persecución» de algunos patriotas a «un ciego espíritu de venganza y resentimiento», pero que, «en los más, se trataba del interés más sórdido. Este desea poseer la casa de algún desgraciado tory, otro lo teme como rival profesional o comercial, y un cuarto desea librarse de sus deudas librándose de su acreedor, o reducir el precio de la vivienda despoblando la ciudad». En la paz, igual que en la guerra, los estadounidenses se movían por rencillas privadas que ocultaban bajo el delgado velo de una capa patriótica. La frustración de Hamilton ante la situación se hace evidente en una carta que le

escribió a Gouverneur Morris en febrero de 1784. En ella se quejaba de que los neoyorquinos dedicaban sus energías a proyectos equivocados: en lugar de mejorar «nuestra política y comercio, trabajamos en tramar métodos con los que mortificar y castigar a los tories y justificar el incumplimiento de los tratados».26

En 1784, en un caso que sentó jurisprudencia y que alcanzó celebridad en la historia del derecho de los Estados Unidos, Hamilton defendió a un lealista adinerado contra la viuda patriota Elizabeth Rutgers. En 1776, Rutgers había huido de Nueva York abandonando la taberna y fábrica de cerveza de su familia. En 1778, unos comerciantes británicos remozaron la cervecería abandonada por un coste de 700 libras; desde 1780 pagaron el alquiler al Ejército británico. En 1783, un fuego provocó daños por un valor de 4000 libras. Al final de la guerra, Rutgers volvió a la ciudad de Nueva York para demandar judicialmente a uno de los comerciantes británicos 8000 libras por rentas atrasadas, de acuerdo con el Edicto de Allanamiento aprobado hacía poco en el estado de Nueva York. Esta norma permitía a los patriotas exigir compensaciones a los individuos que hubieran ocupado o dañado sus propiedades, mientras el enemigo hubiera controlado el área donde estaban situadas. Los patriotas habían regresado al antiguo reducto de los lealistas con ganas de venganza y querían dejar bien claro quién mandaba ahora.27

Hamilton adujo que los propietarios del periodo de guerra habían devuelto la propiedad abandonada y que habían actuado según la ley marcial británica. Articuló lo que se convertiría en la teoría nacionalista del federalismo: los tratados y las leyes nacionales eran normas superiores a las que debían conformarse todas las leyes locales o de los estados; en caso de conflicto, las leyes internacionales y las nacionales prevalecían sobre las particulares de los estados. El Edicto de Allanamiento del estado de Nueva York contravenía el tratado de paz que prohibía los pleitos punitivos contra los lealistas. Hamilton, desplegando una versión temprana de la doctrina de la revisión judicial de las leyes, manifestó que el tribunal, por tanto, debía anular dicho edicto. En el veredicto, el juez concedió a Rutgers las rentas atrasadas, pero solo hasta 1780. Con esta sentencia, aunque no anulaba la ley, sí validaba de forma implícita el argumento de Hamilton. A lo largo de la década de

1780, su despacho prosperó gracias a la defensa de docenas de lealistas sometidos a los edictos de Confiscación, Citación y Allanamiento. La prensa patriota radical lo insultaba llamándole tory, y circularon rumores de que había complots para asesinarlo. Sin embargo, en 1787, la cámara legislativa de Nueva York derogó el Edicto de Allanamiento. Alexander Hamilton, miembro de la cámara, tuvo la satisfacción de ser uno de los proponentes de la moción. Demostrando que actuaba según los principios que proclamaba, pronto nombró para el puesto de su secretario ayudante en el Tesoro a un antiguo lealista, Tench Coxe, originario de Pensilvania.28



En esta época en la que los pueblos y ciudades estadounidenses salían de una década de guerra civil, se vieron obligados a

reconciliar demandas diversas: agravios de la guerra que necesitaban resolverse, anhelos de paz y reconciliación, o el simple interés económico. New Haven, en Connecticut, es un buen ejemplo. En el verano de 1779, el mayor general sir William Tryon, antes gobernador real de Nueva York, lanzó ataques contra varias poblaciones costeras de Connecticut con la intención (fallida) de que el ejército de Washington saliera de su posición defensiva en las Tierras Altas. Las tropas británicas, hessianas y lealistas de Tryon atacaron New Haven, que entonces era la sexta mayor localidad del país. Los británicos consideraban que el oeste del territorio de Connecticut era un reducto lealista. Buena parte de la población de New Haven, entre ellos algunos ciudadanos notables y prósperos, así como estudiantes y graduados del Yale College, no apoyaron la Revolución. En aquel momento, patriotas, lealistas y vecinos neutrales se vieron obligados a decidir si resistir, colaborar o huir. En un contexto de saqueos descontrolados, agresiones sexuales a mujeres y la muerte gratuita de algunos hombres no armados, las lealtades políticas y los lazos personales se pusieron a prueba. Elizur Goodrich, estudiante de último año de Yale alistado en una de las compañías que habían intentado retrasar el ataque británico, fue herido en la pierna. Mientras buscaba asistencia médica, un soldado británico le clavó su bayoneta. Elizur consiguió escapar hasta la casa de Abiather Camp. Este, aunque lealista, era amigo del padre del joven. Camp atendió la herida de bayoneta de Elizur y lo protegió para que no sufriera más agresiones. Este sobrevivió y, con el tiempo, llegó a convertirse en miembro del Congreso y profesor de Derecho en Yale. La tía lealista de un oficial patriota local consiguió salir ilesa de las visitas de las tropas enemigas. Otro individuo que no había podido huir debido a la enfermedad de su mujer dijo ser amigo del rey Jorge y salvó así sus propiedades del saqueo. Sin embargo, a un tal señor Kennedy, también reconocido lealista, del que se decía que se había alegrado de la llegada de los británicos, le robaron las hebillas de plata de los zapatos. Al quejarse de aquel tratamiento inesperado, lo mataron a estocadas.29

Una vez que los invasores partieron, los daños físicos sufridos en New Haven se estimaron en alrededor de 25 000 libras. Sin embargo, gran parte de las reclamaciones eran por objetos sustraídos a los vecinos, no por desperfectos en sus hogares ni en

edificaciones públicas. Además, al menos la mitad de las citadas pérdidas fueron resultado de robos entre los propios vecinos: primero los lealistas habían robado bajo la cobertura de la invasión británica, y después los patriotas habían saqueado y quemado casas abandonadas, entre ellas muchas de camaradas patriotas que habían huido. Meses más tarde, algunos ciudadanos todavía ofrecían recompensas por la devolución de pertenencias «saqueadas por algunos milicianos» o, según decían con delicadeza, «perdidas […] justo después de que el enemigo saliera de esta ciudad».30

Tras las incursiones, los ciudadanos de New Haven se preguntaban en quiénes podían confiar dentro de su propia comunidad. No solo los vecinos se habían robado unos a otros, sino que, al parecer, durante el ataque, un número considerable de individuos se había quedado en la ciudad sin ofrecer resistencia. Aquel mismo verano, más adelante, la asamblea vecinal inició una investigación al respecto, por si había habido confraternización con el enemigo. Tres docenas de individuos justificaron de forma satisfactoria por qué no habían huido ni tampoco defendido la ciudad. Veinte habían cometido errores de juicio al quedarse, pero eran perdonables porque no habían intentado «ponerse bajo la protección de los enemigos de los Estados Unidos de América». Sin embargo, al menos cinco individuos no dieron razones válidas de su conducta durante la incursión. Además, alrededor de una docena se había quedado entonces en New Haven pero, bien habían sido capturados por los británicos, bien se habían mudado después. De hecho, familias enteras de lealistas abandonaron la ciudad cuando se fueron los invasores británicos, como hicieron, por ejemplo el rico antiguo alumno de Yale Joshua Chandler, su mujer y sus siete hijos, en especial dos varones que habían guiado a los invasores hasta New Haven. A diferencia de los comandantes militares que habían intentado ocultar la destrucción de Norfolk al principio de la guerra, los ciudadanos de New Haven afrontaron las complicaciones de la guerra civil sin arredrarse, mientras esta todavía crepitaba a su alrededor.31

La asamblea ciudadana de New Haven, en una iniciativa que se repitió en muchos ayuntamientos después de la guerra, votó en contra del regreso de todos los «bellacos que han abandonado la causa de su país y se han unido a los enemigos de este y de los

Estados Unidos de América durante la reciente contienda». Sin embargo, ya en 1784 las elecciones produjeron resultados mixtos: el alcalde, 2 concejales y 5 miembros del Consejo Común eran patriotas; 2 concejales y 8 consejeros, lealistas; y 5 consejeros, «flexibles, pero whigs en el corazón» es decir, patriotas. Una vez ya puesta en marcha la rehabilitación política de los lealistas, Ezra Stiles, presidente de Yale, recelaría ante la «labor silenciosa para que los tories lleguen a la igualdad y la supremacía frente a los whigs».32

Un mes después de esas elecciones locales, el 8 de marzo de 1784, los ciudadanos de New Haven formaron un comité para «considerar la conveniencia y urgencia de admitir como habitantes de esta población a personas que, en el curso de la pasada guerra, se adhirieron a la causa de Gran Bretaña contra los Estados Unidos». Es obvio que dicho trabajo ya estaba hecho, puesto que el comité emitió un informe detallado aquel mismo día. Este insistía en los derechos de los estados y subrayaba que, según la ley de Connecticut, era cada población individual la que debía decidir quién podía vivir en ella. Un «espíritu de verdadera paz y filantropía hacia nuestros compatriotas [lealistas]» había guiado el tratado de paz definitivo y la recomendación del Congreso de que los estados lo aplicaran. Como la «cuestión nacional» en la que habían disentido patriotas y lealistas se había zanjado «con plena autoridad a favor de los Estados Unidos», el comité recomendaba que New Haven admitiera como vecinos a los lealistas a los que considerara «de buen carácter» y capaces de ser «miembros buenos y útiles de la sociedad y leales ciudadanos de este Estado». Con todo, el perdón tenía límites: quien hubiera «cometido saqueo no autorizado e ilegal o asesinato» y todo aquel que hubiera «hecho la guerra contra estos Estados Unidos de forma contraria a las leyes y usos de las naciones civilizadas» no obtendría la residencia ni los derechos de ciudadanía.33

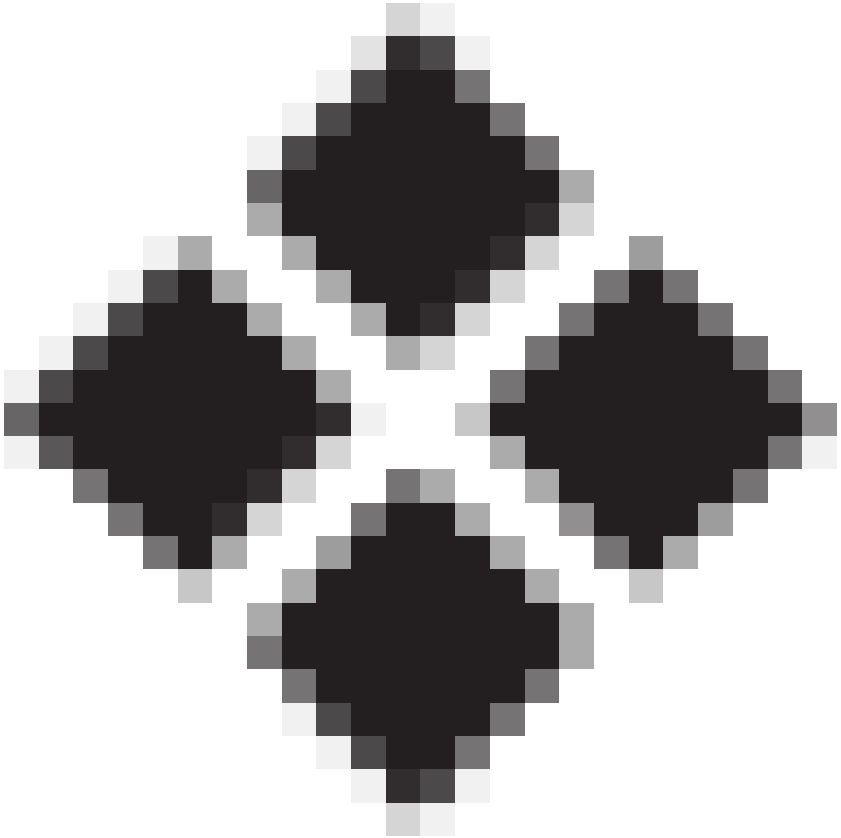
El comité, con un lenguaje similar al que usaron los jefes militares y los propagandistas durante la guerra, proseguía su diagnóstico de altos vuelos retóricos: «En nuestra opinión, ninguna nación, por muy distinguida que sea por la fuerza de sus armas y por su éxito en la guerra, puede ser en verdad grande a menos que también se distinga por su justicia y magnanimidad. Nadie puede proclamar,

con propiedad, que sean justos los que violan sus tratados más solemnes, o que sea magnánimo el que persigue a un enemigo derrotado y sometido». El deseo de venganza, aunque comprensible por los recientes padecimientos, debía ponerse a un lado para abrazar un enfoque más mesurado. Dada la importancia del puerto de la ciudad y del comercio para la prosperidad de New Haven, acoger a los lealistas que regresaran era también una medida prudente desde el punto de vista económico. El presidente Stiles, contrariado, escribió en su diario: «En el día de hoy, la asamblea ciudadana votó a favor de admitir de nuevo a los tories».34

Incluso mientras la reintegración de los lealistas se iba produciendo, los predicadores locales se aseguraron de que los patriotas mantuvieran fresco el recuerdo de los padecimientos de la guerra. El Día de la Independencia de 1787, David Daggett recordó vivamente las incursiones de Tryon:

Allí el enemigo implacable, con una maldad peor que infernal, atacaba a un anciano venerable y respetable, clavaba una punzante daga en su cuerpo y lo dejaba languideciendo, ¡y languideciendo moría! ¡Así era asesinado, en un momento, uno de vuestros vecinos! Y más allá veías a uno, a quien conocías desde largo tiempo, revolcándose en su sangre, ¡hasta que los retorcimientos de su agonía lo convertían en un cadáver tieso y sin aliento! Tales escenas hemos presenciado nosotros y tales han tenido lugar en muchas otras poblaciones.35

El recuerdo del sacrificio de los patriotas era, pues, compatible con la reconciliación. De hecho, lo primero era parte necesaria de lo segundo, ya que los vencedores de la Revolución les recordaban a sus antiguos adversarios que la reintegración se la debían a la magnanimidad de quienes los habían derrotado, sus vecinos moralmente superiores. Tras el violento conflicto mediante el que se construyó la nación, el sufrimiento de los lealistas, por otro lado, no tenía papel alguno en el futuro relato de la fundación de los Estados Unidos.



El argumento económico esgrimido por los partidarios de la readmisión de los lealistas en New Haven también fue un catalizador en pro del cumplimiento del tratado en otros lugares, desde Nueva Jersey a Carolina del Sur. Las poblaciones se dieron cuenta de que sus economías, dañadas por la guerra, se beneficiarían de la vuelta de profesionales capacitados y especializados, así como de consumidores, sin que importara cuál hubiera sido su adscripción durante la contienda. A iniciativa de algunos comerciantes, la asamblea del estado de Nueva Jersey declaró Perth Amboy y Trenton puertos libres del pago de tasas aduaneras y aprobó una legislación liberal en cuanto a la obtención de la ciudadanía, con la esperanza de atraer a refugiados y comerciantes lealistas. Por desgracia, solo alrededor de dos docenas

de comerciantes lealistas se acogieron a estas ventajas antes de que, tras 1789, las normas federales prohibieran los puertos francos. A nivel local, los individuos capaces de ofrecer servicios concretos a una comunidad –comerciantes, tenderos, doctores o abogados– tuvieron, en términos generales, más facilidades para reintegrarse. Sin embargo, el doctor Samuel Stearns, un médico lealista de Paxton (Pensilvania), que regresó allí en el otoño de 1784, fue arrestado y encarcelado durante casi tres años. No todos los profesionales fueron recibidos con los brazos abiertos.36

Los líderes de la primera etapa de los Estados Unidos que, como Hamilton, favorecieron una política de reconciliación y de reintegración, trabajaron con los estados para que estos rechazaran las leyes discriminatorias que socavaban el acuerdo de paz. Nuevo Hampshire, Connecticut, Nueva Jersey, las dos Carolinas y Georgia permitieron el regreso de muchos lealistas durante la década de 1780. Les fueron devueltas sus propiedades confiscadas y obtuvieron la ciudadanía. Al final, incluso Benjamin Franklin, quien en París se había opuesto con ferocidad a cualquier concesión que los favoreciera, apoyó su reintegración desde el puesto de presidente del Consejo Ejecutivo Supremo (equivalente a gobernador) de Pensilvania, donde, en 1786, una ley de ciudadanía permitió, a los individuos que durante la Revolución se hubieran negado a juramentarse por la causa patriota, convertirse ahora en ciudadanos si hacían promesa de lealtad. Sin embargo, la novedosa magnanimidad de Franklin no alcanzó a su hijo. En su viaje de vuelta a Norteamérica desde Francia, en el verano de 1785, Benjamin había coincidido varios días con William en Southampton (Inglaterra). El padre se sirvió de aquel primer encuentro en años para obligar al hijo a que le vendiera sus tierras en Norteamérica como forma de saldar las deudas que le debía. En 1788, Benjamin desheredó a William por lo «que actuó contra mí en la pasada guerra».37

Igual que los Franklin nunca se reconciliaron, también sobrevivieron restos de políticas oficiales antilealistas en muchos estados hasta, al menos, la llegada del nuevo siglo. Lo mismo sucedió con la persecución no oficial. A lo largo de las décadas de 1780 y 1790 hubo «febriles cazas de brujas contra los traidores que, supuestamente, buscaban revertir el veredicto de la guerra», según

ha escrito Ron Chernow, biógrafo de Hamilton. Hasta principios del siglo XIX, el sentimiento antilealista también continuó siendo un arma táctica muy útil en las elecciones. Sin embargo, pese a dicha animosidad soterrada, la generación de los fundadores integró de forma gradual al conjunto de su nueva nación.38

Entre los que volvieron y tuvieron bienvenidas apacibles encontramos a lealistas hoy olvidados como Mary Robie, que en julio de 1784 volvió a la población natal de Chipman, Marblehead, en Massachusetts: «Casi no nos dejan solos ni un minuto –informaba ella con alegría–, continuamente llega algún antiguo conocido que nos visita para felicitarnos». Los antiguos deudores de su familia liquidaron sus préstamos de forma selectiva. Mary animó a su marido, Thomas, a que también regresara y abrieran una tienda, dando por hecho que la discordia de la guerra ya estaba «enterrada en el olvido; todos los días sabemos de gente que desea volver, pero nunca de nadie que se oponga», debido a que los vecinos eran «amables y también sencillos». En 1878 Mary ya estaba al frente de su propia tienda de ropa, y Thomas aparece documentado como residente desde 1791.39

En Poughkeepsie, una localidad rural en Nueva York cuyos vecinos se habían dividido durante la guerra, pero donde también las lealtades se habían demostrado inestables y adaptables, se confiscaron las propiedades de al menos 27 lealistas. Otros 20 habían pasado parte de la guerra en prisión y alrededor de 12 se fueron al exilio a Canadá. En mayo de 1783, los vecinos formaron comités, según cuenta un individuo en aquella tensa situación, para «evitar que los saqueadores y asesinos (que ahora osan ocultarse entre la banda no menos bellaca de los que hasta ahora han parecido tories pacíficos) se integren en la compañía de los ciudadanos de provecho». Un lealista especialmente notorio recibió amenazas de muerte para disuadirlo de ejercer la abogacía. Con todo, al final la comunidad integró a la mayoría de los miembros de las familias o individuos que antes se habían declarado opuestos o no favorables a la Revolución, aunque, eso sí, todos ellos, menos uno, fueron relegados al ostracismo político y nunca pudieron acceder ni a los cargos públicos más bajos.40

En otros lugares, aquellos lealistas que solo les habían resultado

moderadamente ofensivos a los patriotas se reintegraron de un modo bastante completo en el plazo de una década desde el fin de la guerra. Roeloff Josiah Eltinge, tendero de la pequeña población de New Paltz, en el rural valle del Hudson, había sido juzgado por un comité revolucionario en 1776 por negarse a aceptar la moneda continental en la tienda de su familia. Después de pasar dos años en distintas prisiones, Eltinge declinó una última oportunidad de jurar fidelidad a la causa patriota en 1778 y fue desterrado a las líneas británicas en la ciudad de Nueva York. En mayo de 1784, junto con docenas de lealistas neoyorquinos desterrados como él, recibió el permiso de volver su hogar. Eltinge –que nunca había tomado las armas por la causa británica, y cuyas propiedades no habían sido confiscadas– retomó su negocio en New Paltz. En la década de 1790, su rehabilitación política ya era suficiente para permitirle presentarse a un cargo electo. Para entonces Nueva York ya había anulado el edicto de 1784 que prohibía votar y acceder a cargos electos a todos los que hubieran servido a las armas británicas o se hubieran enrolado en un barco, salido del estado o de cualquier otra forma se hubieran unido al bando enemigo; en 1792, el estado decretó el fin del destierro de todos los lealistas neoyorquinos.41

Incluso algunos de los lealistas más notables consiguieron, poco a poco, reintegrarse y, finalmente, acceder a cargos públicos. Andrew Bell, terrateniente lealista y abogado de Perth Amboy (Nueva Jersey), durante la Revolución había sido secretario privado de sir Henry Clinton y de sir Guy Carleton. Andrew también participó en acciones militares como la batalla de Monmouth de 1778. Al año siguiente, Cornelia, su hermana, se casó con el fiscal general de Nueva Jersey, William Paterson. El padre de Cornelia se opuso a dicho matrimonio con un prominente patriota, pero Paterson y Andrew Bell prometieron ambos tolerar las amistades de Cornelia; Paterson incluso facilitó la correspondencia ilegal de su hermana durante la guerra. Al mismo tiempo, Paterson, que era una de las autoridades judiciales clave en la persecución de los lealistas, encausó a Andrew Bell in absentia y comenzó el procedimiento por el que las propiedades que había heredado de su padre serían confiscadas. Ni Andrew ni Cornelia parecieron vacilar en sus convicciones políticas opuestas, pero tampoco intentaron convertir el uno al otro. Una de las posesiones más preciadas de Cornelia era un retrato en miniatura de su hermano que él mismo le había

enviado: la posesión de aquella representación íntima y llevarla puesta conectaba estrechamente a Cornelia con su hermano, a la vez que le recordaba el dolor por su separación.42

Al llegar la paz, Andrew valoró las opciones que tenía ante sí. ¿Debía quedarse en Estados Unidos, donde sus perspectivas eran «solo pequeñas», o sería mejor exilarse y confiar en que los británicos compensaran sus leales servicios? Sopesó su propio interés económico frente al coste de «abandonar a mis queridos familiares y amigos». En julio de 1783, los hermanos se reunieron, por fin, tras siete años de separación: fueron los tres días «más valiosos de toda mi vida», recordaría Andrew, agradecido de que su cuñado hubiera permitido la reunión. En la última carta que conocemos de Andrew a Cornelia, le pedía a esta la ayuda de su marido para obtener documentos que apoyaran su reclamación de una compensación a los británicos; Paterson, en efecto, le ayudó en la valoración de los daños. Sin embargo, unas pocas semanas después, Cornelia murió al dar a luz a un hijo. Tenía veintiocho años. En la primavera de 1784, su viudo, William –que llegaría a representar a Nueva Jersey en las Convenciones Constitucionales y a ejercer los cargos de senador y gobernador–, animó a Andrew a regresar a su Nueva Jersey natal y conocer a los hijos de su difunta hermana. Bell, en efecto, se mudó a Perth Amboy, donde se convirtió en un comerciante de éxito. Su integración fue rápida: desde 1806 hasta su muerte en 1842 llegó incluso a tener el puesto de agrimensor general de los propietarios de Jersey Oriental.

Otros lealistas reactivaron sus relaciones previas a la guerra con individuos que, en el ínterin, habían ascendido a posiciones de liderazgo en los Estados Unidos. El abogado lealista neoyorquino Peter van Schaack había sido compañero de clase, en el King's College, de algunos que fueron más tarde padres de la patria como John Jay, Gouverneur Morris y Robert R. Livingston. Tras 1774, Van Schaack ayudó en un primer momento en la administración de la Asociación Continental, pero era contrario a la independencia, igual que, al principio, su amigo John Jay. Tras negarse a jurar fidelidad en 1778, Van Schaack se exilió en Inglaterra. En 1782 buscó reconciliarse con Jay, entonces en funciones diplomáticas en Europa (merece la pena recordar que en la familia del propio Jay también había lealistas). Jay le explicó a Van Schaack que, «como

americano independiente, considero a todos los que no estuvieron con nosotros contrarios a nosotros, incluyéndote a ti; aunque ten por seguro que John Jay no dejará de ser amigo de Peter van Schaack». Para cuando ambos se reunieron de nuevo en Londres, en octubre de 1783, Van Schaack se había convencido de que el sistema político británico estaba corrompido; al final, también él abrazó la causa de la independencia. A su regreso a la ciudad de Nueva York, en 1785, Jay lo esperaba en el muelle; su renovada amistad duraría cuatro décadas más. Van Schaack, restaurados sus derechos ciudadanos y la licencia para ejercer la abogacía que antes le habían revocado, no tardó en dedicarse de nuevo a esta profesión. Aunque no ostentó ningún cargo público –a diferencia de algunos lealistas notables que llegaron a puestos de nivel estatal o incluso nacional, como por ejemplo Tench Coxe–, sí que asesoró a las autoridades de Nueva York sobre el sistema judicial del estado, entonces en plena evolución; también dio clases, en su propia casa, a docenas de futuros abogados, incluso después de quedarse ciego en 1792. En 1826, mientras el país celebraba medio siglo de independencia, Van Schaack recibió su doctorado en leyes por el Columbia College.43

Y, sin embargo, aunque tanto los vencedores de la Revolución primero como, después, cada vez también en mayor medida los perdedores ayudaron a construir los Estados Unidos de la posguerra, las cicatrices continuaron señalando las profundas divisiones que habían escindido tan recientemente a la sociedad estadounidense.

Notas

1. Explorar a fondo el epílogo de la guerra civil que fundó los Estados Unidos y las experiencias de los individuos y las comunidades que la vivieron necesitaría de un libro entero. En la inmensa mayoría de los lealistas, es difícil averiguar las formas exactas, la velocidad y el alcance de su reintegración política,

económica y social. La reducida historiografía puede consultarse en Jacobs, R. T., 1974; Maas, D. E., 1989; Zeichner, O., 1938. En cuanto a los lealistas que se exiliaron, véase Jasanoff, M., 2011; Norton, M. B., 1972. Sobre Chipman, véase la entrada «Chipman, Ward (1754-1824)», de Phillip Buckner, en Dictionary of Canadian Biography , vol. 6, University of Toronto/Université Laval, 2003, disponible en < http://www.biographi.ca/en/bio/chipman_ward_1754_1824_6E.html >.

2. Morris, R. B. (ed.), 1980; Hoffman, R., Albert, P. J., 1986; Jasanoff, M., 2011, 78-80; Dull, J. R., 1985, 137-160. Acerca de Franklin, véase BF a Richard Oswald, 26 de noviembre de 1782, en < https://founders.archives.gov/documents/Franklin/01-38-02-0266 >; Morris, R. B., 1983, 375; la cita de Jay en ibid ., 369. Véase también Richard Oswald a Shelburne, 10 de julio de 1782, Shelburne Papers 70/40-48, WLCL; Richard Oswald a [?], París, 16 de noviembre de 1782, Richard Oswald Collection, WLCL.

3. Sobre los artículos preliminares del acuerdo de paz, véase < http://avalon.law.yale.edu/18th_century/prel1782.asp >.

4. Ritcheson, C. R., 1973; Jasanoff, M., 2011, 119. Acerca de Bootle, véase Morning Chronicle , 24 de febrero de 1783.

5. Abigail Adams a JA, 28-29 de abril de 1783, disponible en < http://www.masshist.org/digitaladams/archive/doc?id=L17830428aa >. La cita de Zabdiel Adams está tomada de Purcell, S. J., 2002, 68.

6. Acerca de los Coffin, véase Wright, C. E., 2005, en especial 98-101, 107.

7. Sobre Russell, véase Cogliano, F. D., 2001. En cuanto a los últimos prisioneros en Nueva York, véase Burrows, E. G., 2008, 195. El tratado preliminar estipulaba la liberación de todos los prisioneros de guerra; GW y Lincoln ordenaron su liberación a mediados de abril de 1783. Véase Miller, K., 2014, 181.

8. «Traidores declarados»: Boston, Town Meeting [Reunión Vecinal], 10 de abril de 1783 [Evans 44350]. Véase también Maas,

D. E., 1989, 445-446. Las citas de los comités según Boston Committee of Correspondence, Box 3, correspondencia con los comités ciudadanos, mayo y junio de 1783, NYPL. «[…] villanos»: [Chandler] a [Samuel Thorne], 2 de septiembre de 1783, Misc. collections, MssCol 3754/1, NYPL.

9. «[…] una estaca»: Boston Gazette , 5 de mayo de 1783. Véase también Maas, D. E., 1989, 445-446, 453-454.

10. Jouet: Jones, E. A., 1927, 108-117 (cita en 112); AO 12/13/161-179, 100/158. En torno al choque entre el populacho antilealista y los representantes de la ley, véase también BHQP 9138.

11. Acerca de las experiencias violentas sufridas por antiguos miembros de los Queens Rangers que intentaban volver a sus localidades, véase por ejemplo, BHQP 8036, 8089, 9584, 7940, 8100. Sobre Thomas Crowell Jr., capitán de un regimiento lealista, y Elias Barron, que había abastecido a las fuerzas británicas, véase Jacobs, R. T., 1974, 66. En cuanto a Oliver, véase Hutchinson, P. O. (ed.), 1883-1886, vol. II, 412. En torno a la «Association of the inhabitants for united action opposing the return of tories to the State» [Asociación de residentes para la acción unida contra el regreso de los tories al Estado], véase Misc. Collections, U. S. States and Territories, Box 21, Monmouth Co. folder, NYPL.

12. Prosper Brown a Carleton, 4 de junio de 1783, BHQP 7878.

13. Los funcionarios británicos, que informaban de las muestras de resentimiento, persecución y violencia antilealista a lo largo de 1783, siguieron escuchando testimonios de civiles lealistas que denunciaban palizas, flagelaciones, apresamientos seguidos de destierro y distintas formas de abusos físicos, incluso a mujeres. Véase BHQP 7489, 9047-9048, 9132, 9584. Pruebas de defensa propia: Van Buskirk, J. L., 2002, 184-185 (sobre las viudas y Bayley); Independent Gazette , 20 de diciembre de 1783.

14. «[…] muy afectado»: citado en Jasanoff, M., 2011, 86. «Casi todos» y «violentas […] asociaciones»: Carleton a Townshend, 27 de mayo de 1783, BHQP 7783. «[…] a menos que haya»: Chipman a Hodgson & Co., 31 de mayo de 1783, en Raymond, W. O. (ed.),

1901, 86. Véase también Connecticut Journal , 24 de septiembre de 1783; John Williams a [¿Francis Bailey?], 20 de abril de 1783, American Loyalist Box, NYPL.

15. Acerca de manifestaciones de sentimientos antilealistas, véase Jacobs, R. T., 1974, 79; Pennsylvania Journal , 4 de junio de 1783; Maryland Journal , 20 de junio y 8 de julio de 1783; South Carolina Gazette , 8 y 26 de julio; Political Intelligencer , 10 de agosto de 1784, 28 de septiembre de 1785. Henry Addison Papers, WLCL, Box 1, folders 1-6, en especial las cartas de HA a J. Boucher de 14 de abril, 12 de julio, 14 de septiembre y 29 de octubre de 1783.

16. Sobre el viaje de Chipman y Coffin y las citas de esta sección, a menos que se indique otra referencia, véase Berry, J. B., 1951. DeLancey: BHQP 7727, deposición de Oliver DeLancey, 20 de mayo de 1783. Véase también ibid ., 8517, Carleton al gobernador George Clinton, fechada en Nueva York el 25 de julio 1783. Foshay: BHQP 7623. Más casos relacionados en ibid ., 7727, 7735. Otros ejemplos de intimidación y de violencia física en ibid ., 7489, 7738 (menciona la paliza propinada a una mujer), 8523. Para estudiar más casos de violencia física hacia los lealistas en Nueva York, véase también Bancroft 122/285, 289; 123/141-149, 191-197. Sobre el antilealismo militante popular en otros lugares, véase, por ejemplo, Miscellaneous Collections: U. S. States and Territories, Box 21, folder Monmouth Co., Association of the inhabitants for united action opposing the return of tories to the State [1783], NYPL.

17. Cita tomada de periódicos contemporáneos según Jacobs, R. T., 1974, 72.

18. Encontramos más casos, por ejemplo, en BHQP 9506; Maas, D. E., 1989, 455. «[…] un amargo»: Independent Gazette , 13 de diciembre de 1783.

19. Maas, D. E., 1989, 470-471, 476; Jacobs, R. T., 1974, 104-105. El edicto sobre extranjeros de Nueva York impidió que los lealistas obtuvieran la ciudadanía; la asamblea denegó o aplazó las peticiones de ciudadanía a más de 20 lealistas. Una ley de Carolina del Norte de 1784 negaba la ciudadanía del estado a los que no juraran lealtad y a quienes hubieran ayudado de forma activa a los británicos; véase ibid ., 94-95.

20. Lambert, R. S., 1987, 293, 300-301. Travers, L., 1997, 40-41. «¿Quién puede soportar»: Gazette of the State of South-Carolina , 8 de enero de 1784, citada en Purcell, S. J., 2002, 68-69. En Carolina del Norte, los lealistas que se habían unido a los británicos, que habían huido a sus líneas o que habían sido multados por negarse a jurar lealtad tuvieron vedado, de forma permanente, el acceso a un cargo público. El consejo ejecutivo de Georgia ordenaba que ningún lealista proscrito en cualquier estado pudiera ser admitido hasta que se hubiera firmado un tratado definitivo. La actividad legislativa en pro de la exclusión continuó pasado 1784. Véase Jacobs, R. T., 1974, 103-110; Lambert, R. S., 1987, 289-291; Weir, R. M., 1985.

21. Lambert, R. S., 1987, 296-298.

22. Upton, L. F. S. (ed.), 1968, 134-136 (cita en 136).

23. Para la sección acerca de Hamilton me he servido en especial de Chernow, R., 2004, 187-199; véase también Brookhiser, R., 1999, 56-60; Kaplan, L. S., 2002, 57-62. Sobre el resentimiento y la reconciliación en el Nueva York de la posguerra, véase también Van Buskirk, J. L., 2002, 186-193. George Washington consideraba «de importancia capital, para fijar unas influencias positivas» en el carácter nacional de los Estados Unidos, «que la justicia sea una de sus características». GW a Theodorick Bland, 4 de abril de 1783, PGW/EA . El Discourse, delivered in New-York de Evans de 1783, publicado en 1784, se cita en Purcell, S. J., 2002, 70.

24. Stokes, I. N. P. 1967, vol. IV, 886; Federici, M. P., 2012, 12-14; Kaplan, L. S., 2002, 19-20. «[…] las pasiones»: AH a John Jay, 26 de noviembre de 1775, disponible en < https:// founders.archives.gov/documents/Hamilton/01-01-02-0060 >.

25. En torno al contenido de este párrafo y del siguiente, véase Hamilton, A., 1784a, 4, 16; 1874b, PAH , vol. III, 557. «Nuestro estado padecerá»: AH a Robert Livingston, 13 de agosto de 1783, disponible en < http://founders.archives.gov/documents/ Hamilton/01-03-02-0277 >. También otras voces, desde ciudadanos ordinarios a delegados del Congreso pasando por gobernadores de estados, pedían tolerancia en el nombre de los principios revolucionarios y en la obligación de la nueva nación de cumplir lo tratado: Jacobs, R. T., 1974, 143; South Carolina Gazette

, 15 de julio de 1783.

26. Sobre los encuentros de la posguerra, en general, véase Van Buskirk, J. L., 2002, 170-171. Livingston a AH, 30 de agosto de 1783, citada en Goebel Jr., J., Smith, J. H. (eds.), 1964-1981, vol. I, 216; AH a Morris, 21 de febrero de 1784, citada ibid ., 220.

27. Sobre el caso de Rutgers versus Waddington, véase Goebel Jr. J., Smith, J. H. (eds.), 1964-1981, vol. I, 282-419. Encontramos argumentos similares en la Deposition Solomon Ferris [Deposición de Solomon Ferris], 11 de octubre de 1783, BHQP 9338.

28. Cooke, J. E., 1978.

29. Acerca de las incursiones, véase «Papers and Affidavits», fols. 223-226; Farnham, T. J., 1976; Townshend, C. H., 1879; Nelson, P. D., 1990, 168-172; Villers, D. H., 1976, 341-343; Dexter, F. B. (ed.), 1901, vol. II, 351-361; Kemble, S., 1884, vol. I, 180. Connecticut Journal , 15 de julio de 1779. Encontramos casos de agresiones sexuales y el asesinato de hombres inermes en «Papers and Affidavits», fols. 221-223, 226-238; Connecticut Journal , 7 de julio de 1779; New-York Journal , 19 de julio de 1779; Block, S., 2006, 234, 236-237. Sobre Goodrich y Hillhouse: Farnham, T. J., 1976, 31-32. Scott, J. A. (ed.), 1968, 376.

30. Estimaciones de daños: Scott, J. A. (ed.), 1968, 38, 50-51; Connecticut Journal , 7 de julio de 1779; Clinton Papers 63/10; Papers and Affidavits, fols. 165-219. Las citas de anuncios en la prensa para la recuperación de objetos perdidos están tomadas de Farnham, T. J., 1976, 39.

31. New Haven Colony Historical Society, «New Haven Town Records, 1769-1807», copia mecanografiada inédita, vol. I, 95-99; 547-552, «Record of Militia Service, July 1779». Véase también Dexter, F. B., 1918, 41.

32. «Bellacos»: cita tomada de Levermore, C. H., 1886, 222. Los estudiantes de Yale debatieron acerca de la amnistía en 1783 y 1784: Ross, B. M., 1980, 194. «Flexibles» y «una Labor» [«an endeavor»]: Dexter, F. B. (ed.), 1901, vol. III, 111-112.

33. Sobre este párrafo y el siguiente, véase «New Haven Town Records, 1769-1807», vol. I, 144-146.

34. La cita cita de Stiles está extraída de Levermore, C. H., 1986, 226. Ese mismo invierno, la ciudad solicitó de nuevo ayuda al estado para los ciudadanos que habían sufrido daños durante la invasión británico-lealista de 1779; en 1791, los solicitantes de New Haven recibieron alrededor de 34 000 acres (casi 14 000 hectáreas) de las llamadas Firelands en la Reserva Occidental de Ohio. Farnham, T. J., 1976, 60-61.

35. Daggett, D., 1787, 17-18. Véase también Trumbull, B., 1784.

36. Jacobs, R. T., 1974, 146; Zeichner, O., 1938; Starr, R., 1994, 55-65; Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 266-267. Stearns: Maas, D. E., 1989, 497; Clark, J. C. L., 1935.

37. Véase también la argumentación de Benjamin Rush en favor de la restauración de los derechos de ciudadanía en Pensilvania. En concreto, que los que no juraban fidelidad habían aportado dos tercios de los impuestos recaudados desde 1779: Rush, B., 1784, 13-15. En cuanto al periodo de William Franklin en el exilio, donde ayudó a otros lealistas a preparar sus solicitudes para la comisión de reclamaciones, y también sobre el perenne distanciamiento entre él y su padre, véase Skemp, S. L., 1990, 266-273 (cita en 273).

38. Kettner, J. H., 1978, 185; Chernow, R., 2004, 199; Zeichner, O., 1940, 292, 302.

39. Sobre Robie: Maas, D. E., 1989, 493. Acerca de los comerciantes que se reintegraron en la ciudad de Nueva York de la posguerra, véase Zeichner, O., 1940, 301. En cuanto a las exitosas reintegraciones de Joseph Shoemaker, un lealista de Filadelfia que en 1794 ayudó a representar los intereses de las Indias Occidentales británicas ante el secretario de Estado, y de su hermano Samuel, ferviente lealista, véase Sabine, L., 1864, vol. II, 301-302.

40. Clark, J., 1984, 308-309. «[…] evitar»: Fred. Weissenfels al coronel Lamb, 23 de mayo de 1783, John Lamb Papers, NYHS.

41. Shefsiek, K., 2009.

42. Acerca de este párrafo y el siguiente, véase Haskett, R. C., 1954; Boggs, J. L., 1930, vol. 15 (1930), 508-517; vol. 16 (1931), 56-67, 186-201 (las citas de las entradas del 7 de abril, 2 de mayo y 29 de julio en, respectivamente, 193, 195 y 198). En cuanto a los retratos en miniatura, la representación y la ausencia en el contexto del desplazamiento de los lealistas, véase Rieder, K., 2009, 112-114, y un enfoque más general sobre el género en Pointon, M., 2001.

43. Schaack, H. C. van, 1842; Jay, W., 1833, vol. I, 161; véase también John Jay a Peter van Schaack, 16 de junio de 1783, en Morris, R. B. (ed.), 1980, 542. Ronald W. Howard, «Van Schaack, Peter», en American National Biography Online , Feb. 2000. En relación con antiguos lealistas que asumieron cargos judiciales y políticos a nivel estatal, véase también Zeichner, O., 1940, 294, 296; Bradburn, B., 2009, 59; Calhoon, R. M., 1987.

_____

*N. del T.: La denominación original era muster master general . La labor básica del cuerpo de comisarios que dirigía era la confección de las listas de los soldados presentes en las revistas que se hacían de forma periódica.

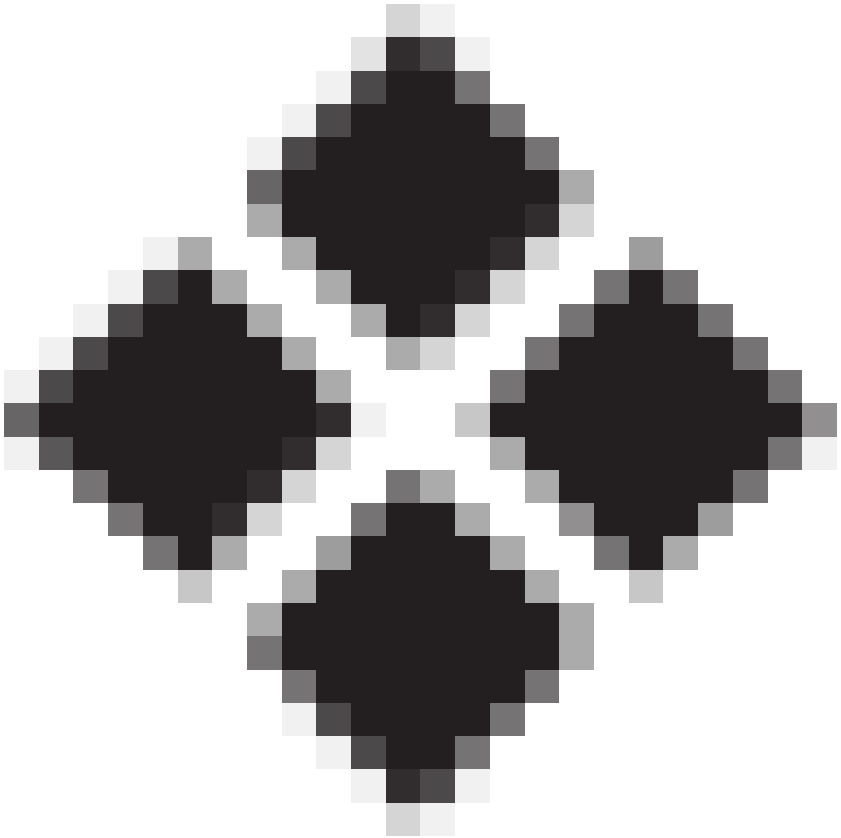
Epílogo

Durante su viaje desde Nueva York a Massachusetts, Ward Chipman había advertido el daño que la guerra había infligido a instituciones culturales del país tan diversas como el Harvard College o la biblioteca de una sinagoga de Newport (Rhode Island). Chipman también se lamentaba por los paisajes deforestados y se entristecía ante las ruinas de Fairfield, en Connecticut, que «seguro fue una población muy bonita antes de que ardiera». Estas huellas de la guerra continuaron visibles décadas después del fin de la contienda. En la ciudad de Nueva York, en las playas de la bahía de Wallabout, seguían apareciendo esqueletos de prisioneros patriotas –al principio con «fragmentos de carne no consumidos del todo»–, a medida que el agua se iba llevando la capa superficial de arena de sus poco profundos enterramientos.1

Ocho años después, en 1791, cuando hizo un viaje por los estados sureños, el presidente George Washington rememoró a los muertos de la Guerra de la Revolución en los campos de batalla de Camden y de Augusta. En Savannah se fijó en los cambios que había sufrido el paisaje, por ejemplo la «tala del bosque», alteraciones que ya comenzaban a ocultar las líneas de defensa y de ataque del asedio franco-estadounidense que había sucedido apenas doce años antes. A medida que los colonos blancos y los nativos norteamericanos fueron regresando a las regiones fronterizas asoladas por la guerra, reconstruyeron las casas de madera destruidas y cuidaron de los árboles frutales que seguían creciendo a partir de meros tocones. Sin embargo, al mismo tiempo, los viajeros que transitaban por el interior de Carolina del Sur pasaban ante «árboles con las ramas cortadas y heridos por las balas, con sus mensajes de muerte», y hallaban «huesos sin enterrar de hombres y de caballos» esparcidos por campos de batalla silentes. Los niños que jugaban en las calles de Nueva York siguieron recogiendo huesos de esqueletos de los

prisioneros encarcelados en las refinerías de azúcar hasta el boom inmobiliario de la década de 1840. Entonces, antes de que esos edificios desaparecieran, algunos vecinos aprovecharon piezas de madera de aquellos antiguos lugares de sufrimiento para hacer con ellas bastones. En aquella misma década, las «reliquias deshechas» del teniente Boyd, que había sido torturado y muerto por nativos norteamericanos durante la campaña de Sullivan, fueron exhumadas en el valle del Genesee y vueltas a enterrar en Rochester.2

Incluso después de la devastación que traería consigo la Guerra de Secesión decimonónica, continuaron aflorando a la superficie huellas del conflicto del siglo anterior. Los estadounidenses se enteraron de que «la sangre todavía manchaba el suelo de la habitación en la que murió» el general Hugh Mercer. Y, en un edificio relacionado con la Masacre de Baylor de 1778, «algunos de los postes y vigas conservaban todavía la prueba sangrienta de la falta de humanidad de los británicos» (el propio coronel Baylor había muerto en 1784, a los treinta y dos años, debido a complicaciones derivadas de las heridas que había sufrido en el ataque británico). A comienzos del siglo XX, unos trabajadores descubrieron enterrados restos de madera del buque prisión Jersey bajo 4 m de cieno. Dichos restos fueron aprovechados como dolorosos recordatorios durante una campaña para la recolección de fondos con los que erigir un monumento nacional a la memoria de los prisioneros-mártires.3



Individuos y comunidades de todos los bandos tenían las cicatrices de la revolución y de la guerra. En la paz, los patriotas continuaron contándose a sí mismos los relatos que los habían alentado a lo largo del conflicto. En 1793, Elias Boudinot, que había sido comisionado para los prisioneros y presidente del Congreso, evocaba que aquellos «que han mezclado su sangre en un mismo y abundoso torrente […] no hay duda de que son más que correligionarios –[la suya] es una unión afianzada por la sangre–». La violencia y la experiencia de la violencia eran fundamentales en el proyecto de construcción nacional. La memoria de la sangre con la que manchaban las manos de los crueles británicos ayudaba a los vencedores a identificarse como estadounidenses.4

Solo unas décadas después de la Revolución, los antiguos beligerantes entraron de nuevo en guerra. En la Guerra de 1812, el

Reino Unido intentó contener a un poder naval cada vez mayor que rivalizaba con el suyo y también limitar el crecimiento comercial, la fuerza marítima y la expansión continental de los Estados Unidos. Para estos, el conflicto se trató de una guerra por la autodeterminación nacional, «la soberanía sobre sus propios ciudadanos y el derecho a ser tratados como iguales por las naciones europeas». En cierto modo, escribe el historiador Alan Taylor, el conflicto fue otra «guerra civil entre visiones rivales de Estados Unidos: una todavía leal al imperio y la otra definida por su revolución republicana contra dicho imperio». La memoria de la violencia revolucionaria estadounidense siempre estuvo presente en las mentes de los que participaron en el renovado conflicto. La Cámara de la Asamblea del Alto Canadá británico, donde se habían asentado muchos lealistas después de 1783, definió a los estadounidenses como «un pueblo cuyas tierras están abonadas con la sangre de nuestros amigos y parientes, que expulsó a nuestras mujeres e hijos y los echó a los bosques o los arrojó a mazmorras». Algunos escritores estadounidenses, por su parte, invocaban la Masacre de Baylor para inspirar a un renovado patriotismo militante. Otros trazaron una línea directa que iba desde los lealistas de la Revolución hasta «nuestros enemigos internos actuales». Los hermanos, otra vez, se enfrentaban de nuevo en el campo de batalla. Uno que antes había sido lealista comentó, al darse cuenta de que había matado a su hermano patriota: «se lo merecía por luchar con los rebeldes cuando el resto de su familia luchaba por el rey Jorge».5

A la vez que forjaban una identidad en torno a la violencia desmesurada que habían soportado a manos de los británicos, los estadounidenses limpiaban su propio historial revolucionario, al cual ensalzaban y veían «inmaculado, sin la más mínima mancha de sangre por falta de humanidad». En 1815, un orador afirmó estar seguro de que «otras revoluciones se han llevado a cabo con violencia sanguinaria; la nuestra, con un espíritu de noble moderación a la altura de la causa y típica de la nación. Los patriotas de la revolución fueron tan humanitarios como valientes». El blanqueamiento, como vemos, estaba muy avanzado ya entonces.6

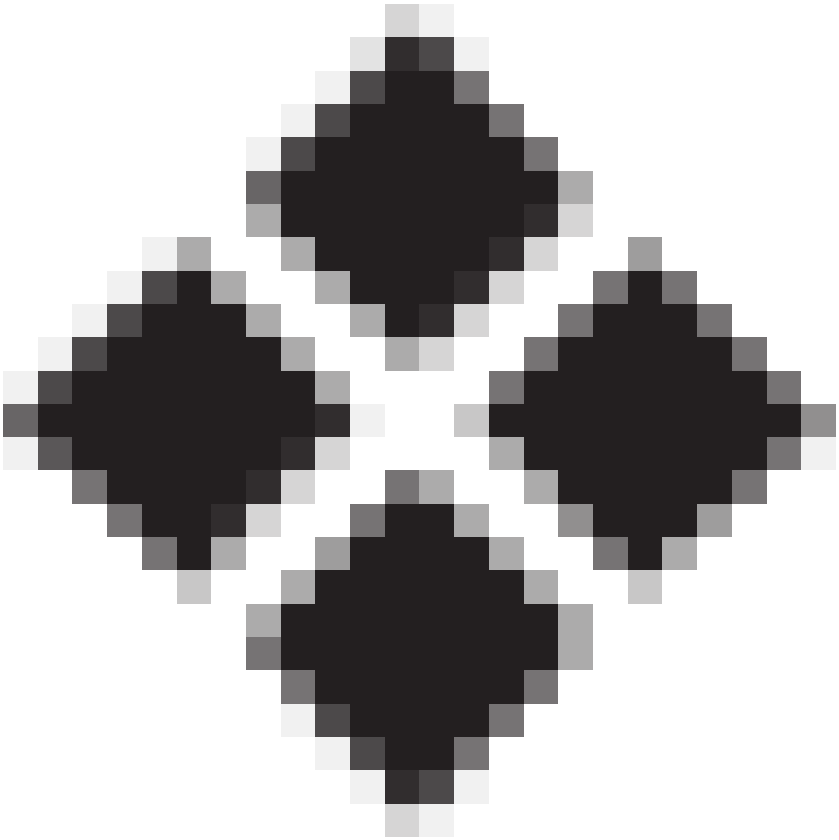
Para ese momento, los estadounidenses habían comenzado a prestar

atención a sus ya envejecidos veteranos. Ahora que ya estaba asegurada la independencia, la nación, nacida de la violencia, honraba los sacrificios padecidos por sus soldados. Los veteranos del Ejército Continental, cuando iban a solicitar pensiones federales, hacían gala de las cicatrices de sus cuerpos. Noel Battles, cuyo apellido le venía como anillo al dedo, enumeró la lista de sucesivas heridas que se había ganado con valor: en Brandywine solo tuvo «una herida en la carne» del brazo; una bala de mosquete que le alcanzó la rodilla en Germantown «lo tuvo inválido apenas unos días»; y en Stony Point, cuando un «palo afilado [le entró] por la zona carnosa del brazo» mientras trataba de superar las abatidas defensivas, hizo que se lo quitaran en un momento. Otros describían heridas que los habían dejado inválidos para siempre y hablaban de músculos que no habían llegado a curar del todo después de un pinchazo de bayoneta, o contaban que el trabajo extenuante les provocaba dolores y les faltaba el aliento. Algunos veteranos, durante sus declaraciones, literalmente mostraban las cicatrices que las heridas de armas de fuego o de bayoneta habían grabado de forma indeleble en sus cuerpos.7

Las conmemoraciones públicas de la guerra también ponían el énfasis en las consecuencias físicas de la crueldad británica. No es casualidad que los primeros monumentos de la Guerra de la Revolución fueran los de Lexington en Massachusetts (1799); Paoli en Pensilvania (1817) y el fuerte Griswold en Groton, Connecticut (1826-1830), todos ellos lugares marcados, en la imaginación patriota, como escenarios de la barbarie británica. Los monumentos grababan en piedra el sacrificio de un tipo concreto de mártir revolucionario. En 1825, en un evento en honor de los héroes patriotas de la supuesta masacre del fuerte Griswold de 1781, un superviviente llevó puesto el chaleco con el que le habían dado una estocada que entraba por un lado y salía por el otro, y que además estaba «perforado por una bala de mosquete». Los periódicos, recuperando la costumbre de la época revolucionaria de centrarse en documentar las heridas de forma imaginativa, puntualizaban que las «numerosas cicatrices que tenían estos hombres venerables eran impactantes monumentos de la severidad del conflicto y mostraban, con demasiada claridad, el carácter brutal del enemigo». En la célebre ceremonia que tuvo lugar en Groton, una multitud de 8000 personas aplaudió «a los pocos que quedaban, mutilados y canosos,

de los supervivientes de la masacre».8

Una década más tarde, y de forma más silenciosa, había un «viejo, encorvado por la edad y las enfermedades», a quien se veía «casi todos los días con un pequeño papel que a veces entregaba a algunos de los pasajeros» del transbordador de Brooklyn. Para pedir caridad, la nota contaba la forma en que había «perdido una pierna y recibido trece heridas de bayoneta» en la defensa del fuerte Griswold.9



Si por un lado los patriotas veían en las viejas cicatrices que exhibían un motivo de orgullo nacional, los lealistas en cambio no tenían más remedio que esconder sus traumas. El relato nacional dominante del martirio patriota acusaba a los lealistas de falta de

patriotismo y de disidencia antiestadounidense. Se los eliminó del discurso dominante, y un manto de amnesia colectiva ocultó la violencia que los patriotas habían ejercido sobre sus vecinos.

En la conciencia histórica estadounidense casi no hallamos rastro alguno de las amenazas, maltratos físicos y encarcelamientos soportados por miles de individuos. Los patriotas controlaron la historia de la Revolución, de la guerra y de la paz, en los monumentos y en la historiografía, en los desfiles revolucionarios y en los discursos del 4 de julio. Mientras los patriotas lucían sus cicatrices de la guerra, los lealistas no crearon un folclore melancólico de la pérdida al modo en que lo hicieron los jacobitas después de la rebelión de 1745, o los estadounidenses sureños después de la Guerra de Secesión. Los escasos lealistas que intentaron difundir su propia versión de los hechos no encontraron editores en el país que los publicaran. El precio que tuvieron que pagar los perdedores para reintegrarse fue mantener ocultas sus propias cicatrices.10

Los lealistas solo pudieron descubrir sus espaldas marcadas y sus frentes abrasadas en Gran Bretaña. Allí sí se atrevían a compartir sus historias de persecución, de tortura y de pérdida. También fue allí, en aquel lugar de refugio, donde los lealistas construyeron monumentos como el memorial de la abadía de Westminster dedicado al notable lealista William Wragg, de Carolina del Sur, quien fue desterrado en 1777, «obligado a abandonar a su angustiada familia y su extensa fortuna», según cuenta la inscripción al visitante de la iglesia donde se celebran las coronaciones británicas. Wragg, en su travesía hacia Inglaterra que debía hacer escala en Holanda, naufragó y se ahogó a solo doce horas de distancia de la costa de dicho país. Su esclavo Tom Skene salvó al hijo de corta edad de su amo sosteniéndolo en un resto de la nave destruida hasta que la corriente los llevó a la costa. Dicha escena está ilustrada con dramatismo en el relieve frontal del monumento.11

Los británicos también pudieron escuchar la historia de John Malcom, a quien sus colgajos de piel malolientes le valieron, al final, una respetable anualidad y el empleo de alférez de una compañía de inválidos en Plymouth. Cuando el gobierno suspendió

el pago de las pensiones de guerra a los lealistas, en 1782, algunas autoridades se apiadaron de Malcom «por el insólito maltrato que sufrió, puesto que fue el primer hombre que fue embreado y emplumado, y que por poco escapó y salvó la vida». Como «nos parece que está, en cierta medida, loco», incluso le subieron la paga. Malcom murió en el invierno de 1788, sin volver a ver a su mujer Sarah ni a sus hijos, que se quedaron en Norteamérica.12

En 1783, el Parlamento había creado una comisión para evaluar las reclamaciones de los lealistas por las propiedades y los ingresos que habían perdido por a su fidelidad a Gran Bretaña. La comisión examinó los casos de más de 3200 personas, entre ellas 500 mujeres. En presencia de los comisionados, o en numerosas declaraciones escritas acompañadas de certificados de oficiales británicos y de testimonios de testigos, los lealistas exhibieron sus cuerpos machacados y sus psiques traumatizadas para implorar la ayuda del Imperio. John Bevins, que había pertenecido a una fuerza de voluntarios de Carolina del Norte, «por sus sufrimientos ha casi perdido el oído y teme que su intelecto ha quedado debilitado». Robert Palmer, funcionario colonial británico y terrateniente de Carolina del Norte, había dejado a su hijo allí para que administrara la propiedad familiar, pero, debido a las constantes amenazas patriotas, el joven Palmer se había dado a la bebida y había enfermado de la cabeza. Los documentos concernientes a Beaufort Smith de Port Royal, en Carolina del Sur, antes oficial naval, explicaban que había muerto por «la angustia y el dolor de haber sido privado de todas sus propiedades y empleos». Otros papeles culpaban al terror patriota de la pérdida de la memoria de algunos individuos o del suicidio de otros, de los abortos sufridos por algunas mujeres, del nacimiento de niños sordos o tontos, o de aquellos que habían muerto porque se les había roto el corazón. En total, 2291 lealistas acabaron recibiendo compensaciones por las propiedades perdidas, y 588 una pensión. El Estado británico, en este esfuerzo paternalista sin precedentes para subsidiar a sus súbditos refugiados de ultramar, se gastó al final más de 3 millones de libras esterlinas, una suma equivalente al 15 % del gasto dedicado a las fuerzas armadas en 1782.13

El paternalismo del Imperio no solo acogió a los lealistas blancos. Al final de la guerra, Gran Bretaña también cumplió con su obligación

respecto a varios miles de los negros supervivientes que habían apoyado su causa: se evacuó a alrededor de 3000 negros libres a Nuevo Brunswick y Nueva Escocia, y a más de 5000 a Inglaterra. William Pitt, primer ministro británico desde 1784, le explicó más tarde a John Adams que el Imperio había protegido a los lealistas negros «por obediencia al dictado de la ley más elevada, la de la humanidad». Según la conclusión del historiador Christopher L. Brown, «el gobierno británico había aprendido que las muestras de benevolencia hacia los africanos liberados podían ayudar a santificar la causa del interés nacional», puesto que aumentaban el capital moral de Gran Bretaña tras la derrota en la guerra.14

Es cierto que, en las peticiones de compensaciones de los lealistas, las personas de raza negra aparecen, en la mayoría de los casos, como simples propiedades perdidas catalogadas por sus antiguos amos. Sin embargo, entre los solicitantes lealistas también hubo 47 negros. También los lealistas blancos pobres tuvieron complicado demostrar su ejecutoria durante la guerra, debido a lo limitado de sus contactos y recursos, además de por su analfabetismo en muchas ocasiones. En el caso de los lealistas negros, los prejuicios raciales se añadían a todos los obstáculos anteriores. Solo un hombre negro –Scipio Handley, el antiguo tendero de pescado de Charleston que había sido alcanzado por una bala durante el asedio de Savannah– llegó a recibir una compensación por las propiedades que había perdido, un monto de 20 libras. Peter Anderson, que sobrevivió a las penurias de la campaña de Dunmore y más tarde a las de Savannah, Charleston e incluso Yorktown, acabó en Londres, con treinta y nueve años, sin empleo ni forma de obtenerlo: «Voy por las calles muriéndome de veras de hambre, sin que nadie me dé un pedazo de pan». Gracias a la intervención personal de Dunmore, Anderson obtuvo 10 libras y se convirtió, así, en uno de los únicos 20 negros que recibieron pequeñas cantidades de dinero. Shadrack Furman, que había quedado lisiado y ciego por sus servicios a la Corona en Virginia, tocó el violín por las calles de Londres hasta que fue recompensado con una pensión anual vitalicia de 18 libras anuales.15

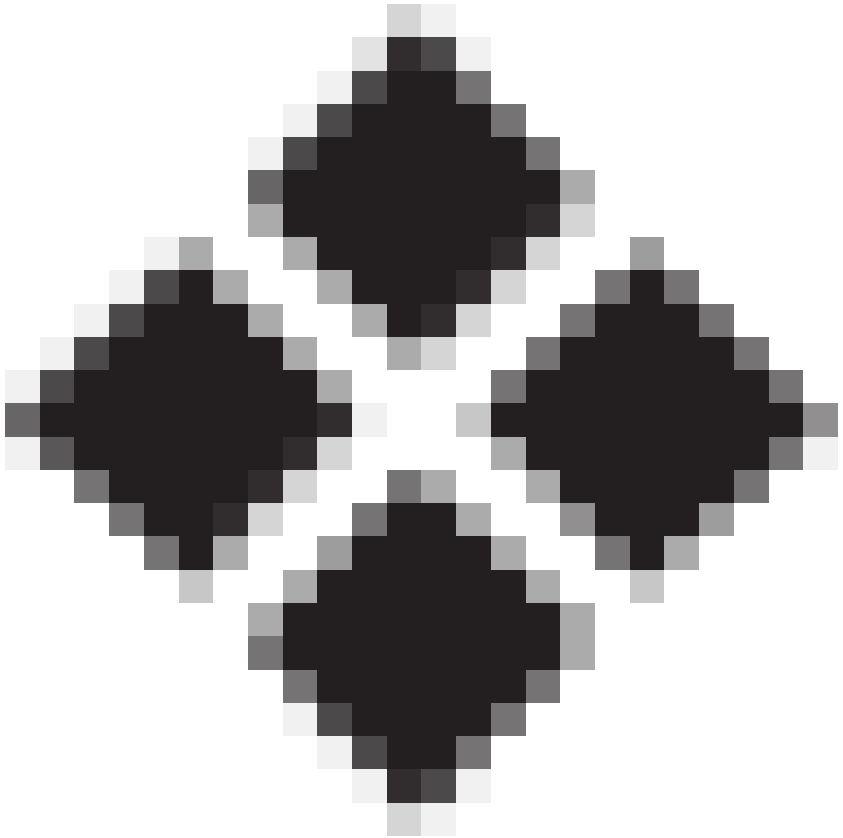
Aunque la guerra ofreció al menos a algunos soldados afroamericanos la oportunidad de acceder a una vida distinta, para los nativos norteamericanos la Guerra de la Revolución solo fue un

capítulo más de su dolorosa historia a partir del inicio de la colonización. Las comunidades nativas apenas tuvieron tiempo de curar sus heridas de la guerra cuando se vieron sumidas de nuevo en una violencia renovada. Tanto los que habían apoyado a los Estados Unidos como los que se les habían opuesto acabarían teniendo una visión negativa de la Revolución. Fue para ellos una época, según la acertada letanía de Colin G. Calloway, de «pueblos y cultivos quemados, jefes asesinados, consejos divididos y guerras civiles, migraciones, poblaciones y fuertes atestados de refugiados, desastre económico, quiebra de las antiguas tradiciones; pérdidas por la batalla, la enfermedad y el hambre; y en la que fueron vendidos a sus enemigos». El tratado de paz de 1783 no mencionaba a los indios. Sin embargo, por dicho tratado, Gran Bretaña acordaba la cesión de los fuertes de los Grandes Lagos, entre ellos Niágara y Owego, a los Estados Unidos, lo que significaba la entrega de la mayor parte del territorio de las Seis Naciones. En 1783, alrededor de 3500 de los refugiados iroqueses que habían sobrevivido a la campaña de terror de Sullivan y al posterior invierno estaban asentados en Loyal Village, 13 km al sur de Niágara, así como en el río Buffalo y cerca del lago Erie. La amenaza de violencia india contra los intereses británicos en la zona fronteriza motivó, en parte, que Gran Bretaña retuviera los fuertes durante una década más. Londres justificaba este incumplimiento del tratado señalando que los Estados Unidos impedían, de forma ilegal, que los comerciantes británicos y lealistas reclamaran las deudas que se les debían y las propiedades que les habían arrebatado.16

Gran Bretaña trasladó a un grupo de mohawks al río Grande, más al oeste, y construyó una escuela y una iglesia para estos que habían sido sus aliados durante la guerra. No obstante, dicha protección duró poco, ya que los colonos estadounidenses amenazaban cada vez más los asentamientos indios. Mediante el Tratado de Jay de 1794, Gran Bretaña cumplió por fin lo acordado en 1783 y abandonó los fuertes de los Grandes Lagos y, con ellos, también a los indios de la frontera. Después de que el Tratado de Greenville cediera, al año siguiente, tierras indias a los Estados Unidos en el actual estado de Ohio, el secretario de Guerra del presidente Washington, Henry Knox, reconoció: «[…] nuestras formas de población han sido más destructivas para los nativos indios que la

conducta de los conquistadores de México y de Perú». Se cuenta que, en una fecha tan tardía como 1796, un niño cheroqui se puso a gritar de forma descontrolada al ver a un hombre blanco que iba a visitar a su familia: el niño ya sabía por sus familiares lo que habían padecido durante la guerra.

A medida que el imperio estadounidense de la libertad imponía sus reclamaciones territoriales y abrazaba su identidad racial blanca, las viejas heridas del territorio indio se reabrieron. Iroquoia viviría más violencia, apropiaciones y limpieza étnica hasta que, a mediados del siglo XIX, los iroqueses de Nueva York quedaran constreñidos a unas pocas reservas inconexas. Los nativos de otros territorios de los Estados Unidos formaron nuevas confederaciones con antiguos enemigos al tiempo que les usurpaban las tierras o emigraban, como hicieron, por ejemplo, los indios del valle del Ohio, que se desplazaron a zonas menos pobladas al oeste y al sur. En la década de 1820 el «desplazamiento» a gran escala de los indios al oeste del Mississippi ya estaba muy avanzado.17



En ambas orillas del Atlántico, la Revolución propició una especie de reevaluación moral. Para el Imperio británico, la pérdida de sus colonias fue un catalizador para emprender reformas más amplias. La mayoría de los historiadores coinciden en que la derrota «provocó muchas reflexiones introspectivas que llevaron a una campaña de regeneración moral», según explica Stephen Conway, y a una tendencia hacia un «despotismo humanitario, civilizado y regulado» en un imperio que iba a desplazar su centro de gravedad hacia oriente y hacia poblaciones en su mayoría no blancas. Después de lograr resistir a Francia y España en múltiples frentes, en la paz definitiva de 1783 el Imperio británico no solo retuvo la mayor parte de sus posesiones caribeñas, sino que reforzó su posición en la India gracias a la obtención de la base holandesa de Negapatam, preludio de una enorme expansión posterior en Asia. Al

mismo tiempo, la derrota, sufrida en una guerra en la que tanto antiguos consúbditos como británicos escépticos habían criticado al país por abandonar las normas debidas de comportamiento humanitario, centró la atención de la clase política y de la opinión pública en las grandes cuestiones morales a las que se enfrentaba su imperio: la esclavitud y su abolición, así como en la explotación corrupta y los crímenes contra la humanidad que se cometían en la India británica.18

El hombre enviado en 1786 a restaurar cierto sentido de probidad moral del Imperio en la India –en calidad de gobernador general de Bengala y comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India– no fue otro que el general Cornwallis, que había emergido de la guerra norteamericana con su reputación prácticamente intacta. De hecho, Cornwallis se convirtió en una especie de «componedor imperial» y más adelante sería enviado a Dublín, durante el levantamiento irlandés de 1798. A Germain, Grey y Ferguson, su experiencia previa en tareas de represión de poblaciones rebeldes les había llevado a favorecer una severidad romana y a mirar a otro lado en los controvertidos choques militares que tuvieron lugar en Norteamérica. Cornwallis, en cambio, condenaría el comportamiento de ambos bandos del conflicto irlandés por su extrema violencia en aquella guerra civil religiosa. Tras derrotar un intento de invasión francés y de ayudar a sofocar el citado levantamiento, Cornwallis defendió una amnistía general, aunque no sin ejecutar a algunos de los jefes rebeldes, igual que había hecho antes en el sur de las colonias norteamericanas. Para entonces, las guerras totales del periodo de la Revolución francesa habían despertado un movimiento pacifista en Gran Bretaña que encontró campo abonado en las anteriores posturas contrarias a la Guerra de la Revolución estadounidense y en la crítica que entonces se había hecho a algunos procedimientos y medios que se utilizaron durante la misma.19

La abolición del comercio de esclavos en el Imperio británico en 1807 y de la propia esclavitud en 1834 –decisiones cruciales, fruto del ajuste moral posterior a la guerra de Norteamérica– contrastaba mucho con el atrincheramiento y la expansión de la esclavitud en los Estados Unidos. Aunque millares de negros habían luchado en el bando patriota, los Estados Unidos no resolvieron la contradicción

que había entre hacer la guerra en nombre de la libertad y la esclavización de los africanos y de sus descendientes en el país. Mientras el número de esclavos en el país crecía, triplicándose entre 1775 y 1825, las mujeres del Sur pedían a las autoridades que exculparan a sus maridos lealistas desterrados, subrayando que estos habían ayudado a la devolución a sus dueños de esclavos robados durante la ocupación británica. Estas mujeres, escribe Cynthia Kierner, esperanzadas de que sus contribuciones a la preservación de la «supremacía blanca» sirvieran para «compensar sus errores políticos», respaldaron una visión de los Estados Unidos como una sociedad esclavista que en 1787 fue santificada en la Constitución.20

Los Estados Unidos extrajeron algunas lecciones morales y prácticas de su experiencia de la violencia en la guerra. Los sufrimientos de los combatientes y de los cautivos de todos los bandos –y de los civiles norteamericanos– habían puesto en evidencia la ficción de la guerra civilizada. Sin embargo, la guerra también había demostrado lo útil que resultaba reclamar y adherirse a unos estándares humanitarios y a la vez subrayar, sin descanso, su violación por parte del enemigo. De hecho, la derrota británica no se debió solo a problemas de falta de tropas o de naturaleza logística en una guerra que se libraba a 5000 km de distancia, ni tampoco al excesivo número y extensión de las cuestiones que había que atender en un conflicto global sin el apoyo de ningún aliado, ni a la incapacidad de ocupar y pacificar la mitad de un subcontinente donde vivían más de 2 millones de personas. En el bando contrario, hasta los reveses sufridos por los estadounidenses durante la guerra promovieron la victoria de su causa, debido a que los revolucionarios emplearon novedosas estrategias forenses y publicitarias para convertir las poblaciones destruidas, las granjas saqueadas y los cuerpos violados de hombres y mujeres en bazas morales a favor de la Revolución. El empleo efectivo de una narrativa victimista ayudó a los revolucionarios a legitimar su rebelión, agitar el sentimiento nacional y concitar apoyos, incluso, y de modo especial, en las ocasiones en que eran derrotados. En cambio, los británicos se vieron estorbados por sus divisiones internas acerca de qué formas y grados de violencia debían emplear, y por una falta de voluntad o de capacidad para igualar a los estadounidenses en la guerra retórica.

La vuelta de los prisioneros estadounidenses les recordó a sus conciudadanos una de las mayores tragedias de la guerra: el cautiverio de decenas de miles de individuos, que había provocado la mitad de las muertes del bando patriota y había puesto en solfa la severa limitación de las capacidades del joven Estado. Después de la guerra, la memoria de los que fueron martirizados en buques como el Jersey, y de otros que se temía habían muerto en Asia y África, llevó a los Estados Unidos a replantearse de forma creativa las leyes internacionales. En el Tratado de Amistad y Comercio que los Estados Unidos firmaron con Prusia en 1785, se incluyó una cláusula novedosa que trazaba las normas del trato a los prisioneros en futuros conflictos. Esta reglamentación ordenaba unos estándares mínimos de alimentación, alojamiento y ejercicio al aire libre, y también garantizaba a las potencias beligerantes el acceso a sus soldados presos por el enemigo. Se prohibía el empleo de mazmorras y de buques prisión, y no se permitía el traslado de cautivos a Asia ni a África. Federico el Grande de Prusia y los Estados Unidos le enseñaban así «una buena lección a la humanidad», proclamó John Adams satisfecho. Jefferson presumió de que estaban «humanizando gradualmente» las leyes de las naciones. La nueva nación continuaba superando en europeidad a su antiguo progenitor imperial. En el momento de su violento nacimiento, los Estados Unidos se pusieron en cabeza gracias al poder de la ejemplaridad moral, al menos en el escenario internacional.21

RECORDAR, OLVIDAR Y VOLVER A RECORDAR

Hasta bien entrado el siglo XIX, los estadounidenses mantuvieron vivos sus recuerdos de la excesiva violencia británica y de la traición lealista. El sentimiento antibritánico se exaltaba con facilidad para obtener réditos políticos. Se aprovechaba cualquier punto de fricción, por ejemplo, la influencia del Imperio británico en la política y el comercio estadounidenses, su liderazgo en la lucha contra la esclavitud o su oposición a la expansión territorial de los Estados Unidos. Los jeffersonianos demócrata-republicanos,

favorables a Francia, blandían los huesos de los prisioneros revolucionarios en su lucha contra los federalistas probritánicos en Nueva York. A su vez, los federalistas –incitados por visiones aterradoras de la violencia de la Revolución francesa y de sus simpatizantes estadounidenses, así como por los disturbios que se desencadenaron en la frontera de Pensilvania debido al impuesto al consumo– amenazaron a los opositores al gobierno con emplear la violencia.22

La memoria de la Revolución todavía podía servir para unificar el país. Sin embargo, igual que la propia guerra no fue la sencilla tarea de construcción nacional que nos cuenta el mito histórico, la memoria de la Revolución también podía dividir a los estadounidenses por su clase social, por su raza y, cada vez más, por su región. Durante la Guerra de Secesión, la evocación de los mártires revolucionarios ayudó a conseguir apoyo patriótico tanto en el Norte como en el Sur. En 1861, en la inauguración de un monumento unionista en memoria de la masacre de patriotas de Crooked Billet (Pensilvania) en 1778, el orador principal atacó a los lealistas: su traición solo la superaban los actuales secesionistas. La inscripción del monumento también relacionaba, de forma explícita, la fundación de la nación con la grave crisis de la Unión: «Los patriotas de 1776 consiguieron nuestra independencia, sus sucesores la establecieron en 1812. Nosotros luchamos hoy, en 1861, por su perpetuación. La Unión debe ser preservada y lo será». Fue también durante la Guerra Civil cuando el jurista franco-estadounidense Francis Lieber codificó la ley concerniente a la guerra –ley que fue promulgada oficialmente por el presidente Abraham Lincoln–; el Código Lieber prohibía la tortura y especificaba protecciones para los prisioneros y los civiles.23

No fue hasta las décadas anteriores a la Gran Guerra que los historiadores y los intelectuales de ambas orillas del Atlántico superaron, por fin, sus estrechas perspectivas enfrentadas acerca de la Revolución. Moses Coit Tyler, graduado en Yale que más tarde llegaría a ocupar la primera cátedra de Historia de los Estados Unidos que hubo en el país, ayudó a poner las bases en la década de 1860, en la que dio clases durante tres años en Inglaterra. Allí inició una tarea a la que dedicaría el resto de su vida: «interpretar la civilización estadounidense para los británicos y viceversa». Resultó

clave que Tyler reconociera que los lealistas eran patriotas con profundas convicciones propias. La nueva interpretación de la historia de la Revolución llevada a cabo por Tyler obtuvo gran eco en una época de acercamiento británico-estadounidense próxima al final del siglo, momento en que las élites de la Costa Este patrocinaron una plétora de organizaciones anglófilas tales como la Sociedad Mayflower (The Mayflower Society), las Hijas del Imperio británico en EE. UU. (The Daughters of the British Empire in the USA), la Unión de habla inglesa de los Estados Unidos (The English-Speaking Union of the United States) y la Sociedad Angloamericana (Anglo-American Society). Y grupos de pensamiento político que se fundaron en el contexto de la Primera Guerra Mundial, como el Consejo de Relaciones Exteriores (Council on Foreign Relations) y la Fundación Woodrow Wilson (Woodrow Wilson Foundation), ayudarían a mantener estos lazos transatlánticos.24

En 1914 hubo incluso planes de celebrar, mediante la construcción de una estatua de la reina Victoria en Washington, D. C., y otra de George Washington en Londres, el siglo de paz entre los dos países transcurrido desde el Tratado de Gante que había dado fin a la Guerra de 1812. Por una ironía del destino, el estallido de la guerra dejó en suspenso el proyecto y la estatua de la reina no llegó nunca a Estados Unidos. Sin embargo, sí que se llegó a colocar una réplica de la estatua de Washington de Jean-Antoine Houdon en el exterior de The National Gallery, en Trafalgar Square. Eso sí, sobre una parcela de tierra de Virginia, no fuera a ser que el general revolucionario pusiera los pies en suelo británico. También, en ese mismo periodo, más de un centenar de herederas estadounidenses se casaron con aristócratas británicos. Ellas, igual que los historiadores, también ayudaron a crear una «relación especial» entre el Reino Unido y los Estados Unidos, a minimizar el legado de la violencia entre los pueblos anglosajones hermanos y a adoptar una posición pragmática que, poco a poco, fue ganando fuerza en la opinión pública estadounidense.25

En abril de 1917, con la entrada de Estados Unidos en la guerra mundial, toda referencia a la violencia británica de la época de la Revolución se convirtió en campo minado político, dado que la alianza británico-estadounidense era clave para derrotar al Imperio alemán. Un individuo que sufrió consecuencias draconianas por

desobedecer este giro fue Robert Goldstein, dueño de una compañía de disfraces devenido en productor de cine, ciudadano estadounidense de ascendencia germano-judía, que acababa de escribir un drama sobre la Guerra de la Revolución, The Spirit of ’76 [El espíritu del 76]. Antes de su estreno, en un momento tan inapropiado como mayo de 1917, en Chicago –ciudad con numerosa población de origen irlandés y también de origen alemán–, el jefe del consejo censor de la policía de la ciudad, el mayor Metellus Lucullus Cicero Funkhouser, le exigió a Goldstein que eliminara varias escenas para que no excitaran el antagonismo entre Estados Unidos y el Reino Unido. Goldstein cortó temporalmente esas escenas para complacer a los censores, pero las reinsertó para los visionados públicos de la película en Los Ángeles aquel otoño. Entonces, un fiscal de distrito ordenó el secuestro de los 3600 metros de película y el arresto de Goldstein.26

En la causa legal U.S. v. The Spirit of ’76 [Estados Unidos contra El espíritu del 76] (!), Goldstein fue juzgado de acuerdo con el Edicto de Espionaje del presidente Woodrow Wilson. Las escenas culpables se mostraron al jurado –parece que eran cuatro segundos, en una película de dos horas y media– a cámara lenta: unos soldados británicos atacaban con sus bayonetas a un bebé, disparaban contra mujeres indefensas y abusaban de chicas adolescentes. Goldstein fue hallado culpable de incitación al amotinamiento, aunque no de conspiración para cometer traición. El juez dictó que el propósito de la cinta era «incitar el odio a Inglaterra y a los soldados de Inglaterra». La cooperación británico-estadounidense era esencial en aquel momento y la película podía servir para disuadir a los estadounidenses de «dar toda la medida de simpatía […] y sacrificio que se merece Gran Bretaña [durante] esta gran catástrofe». El argumento que Goldstein esgrimió en su defensa, que los soldados eran en realidad hessianos, no tuvo, como podía esperarse, una buena acogida. Se le sentenció a diez años de prisión y a una multa de 5000 dólares; su película fue destruida y solo quedan de ella algunos fotogramas.

En 1918, The Times londinense informó de la condena de Goldstein con el titular: «El cine como agente alemán. Calumnia de los soldados británicos». El artículo decía de forma errónea –aunque tal vez sin mala intención– que la película «pintaba a los soldados

británicos durante la rebelión irlandesa [de 1798] clavando sus bayonetas en bebés y, en general, cometiendo las barbaridades que los alemanes cometían en Bélgica». Ese mismo año, Winston Churchill – fruto, él mismo, de una de esas uniones transatlánticas entre los títulos nobiliarios británicos y el dinero estadounidense–, que por entonces era el ministro encargado del armamento del Reino Unido, invocó la tradición de los revolucionarios estadounidenses y la importancia de guiar la conducta en las guerras con una brújula moral: «Estamos obligados a respetar los principios por los que luchamos. Sea cual sea el grado de nuestra victoria, el pueblo alemán estará protegido por dichos principios. La Declaración de Independencia, y todo lo que implica, deben protegerlos». Sin embargo, como bien sabía Goldstein por experiencia propia, los encargados de proteger las promesas de la Revolución estadounidense se dedicaban a imponer, por entonces, una memoria muy selectiva.27

Tras la guerra, el presidente Wilson conmutó la sentencia de Robert Goldstein a tres años, pero el productor no consiguió nunca recuperar su carrera anterior. El último rastro de Goldstein parece ser una carta que envió en 1935 desde Berlín, ya bajo el gobierno de los nazis, en la que le suplicaba a la Academia de las Artes Cinematográficas 9 dólares para renovar su pasaporte. Parece que su ruego no tuvo respuesta.28

Si la violencia británica durante la Guerra de la Revolución se fue aparcando a un lado, cada vez más, en la memoria colectiva estadounidense, también sucedió lo mismo con la idea de que dicho conflicto había sido la primera guerra civil del país. Da prueba de ello, por ejemplo, lo que sucedió en Kings Mountain el 7 de octubre de 1930, el 150.º aniversario de la batalla. Aquel día, el presidente Herbert Hoover se convirtió en el primer comandante en jefe en ejercicio que visitaba uno de los sitios históricos de la Guerra de la Revolución en el Sur. El presidente le dijo a la multitud, cuyo número se estima entre 30 000 y 75 000 personas, que aquel era «un lugar de memorias inspiradoras»:

Aquí, menos de mil hombres, inspirados por el ansia de libertad, derrotaron a una fuerza superior atrincherada en esta posición

estratégica [en realidad, la relación numérica de las fuerzas enfrentadas había sido justo la contraria]. Esta pequeña banda de patriotas rechazó una peligrosa invasión inteligentemente diseñada para desmembrar las colonias unidas. Fue un ejército pequeño y una batalla pequeña, pero fue algo portentoso. La historia no ha sabido concederle la importancia que merece, ya que debería figurar junto a Lexington, Bunker Hill, Trenton y Yorktown como uno de los enfrentamientos cruciales de nuestra larga lucha por la independencia.

En su discurso, que se transmitió por radio, Hoover tranquilizaba a los estadounidenses golpeados por la Gran Depresión diciéndoles que «no hay que temer por el futuro de una República que busca su inspiración en el espíritu de los hombres que combatieron en la batalla de Kings Mountain».

Lo que el presidente se olvidó de mencionar fue que aquellos contra quienes habían luchado los estadounidenses en la montaña eran sus propios compatriotas. Tampoco hizo referencia alguna a las irregularidades que se cometieron en la batalla o a las ejecuciones posteriores. De hecho, justo después del discurso de Hoover, y en presencia de un alto representante de la embajada británica, se inauguró un monumento dedicado al capitán británico Patrick Ferguson. Este, que en su tiempo fue vilipendiado, y cuyo cuerpo había sido profanado antes de enterrarlo, era ahora ensalzado como «[un] soldado de distinción militar y honor» y recordado por «los ciudadanos de los Estados Unidos de América como símbolo de su aprecio a los lazos de la amistad y de la paz entre ellos y los ciudadanos del Imperio británico».29

Así pues, las cicatrices del violento conflicto interno e internacional parecían ya casi borradas en Kings Mountain en 1930. Al final de esa década, con otra guerra mundial ya en ciernes, las obras de ficción ambientadas en la Revolución estadounidense de autores como Robert Graves ya no utilizaban como villanos a los casacas rojas británicos, sino a los indios salvajes y a los brutales hessianos –y también, todavía, a algún que otro lealista–; además, reconocían que ambos bandos habían cometido atrocidades y resaltaban la impopularidad de la guerra en Gran Bretaña. La Segunda Guerra

Mundial también despertó un profundo interés por la historia estadounidense entre los especialistas británicos, que ensalzaron las tradiciones de democracia y libertad asentadas en el espíritu del 76. Harry Cranbrook Allen, que ostentó la cátedra de historia estadounidense más antigua del Reino Unido, lo expresó así: «Por el temor que nos infundía, Hitler nos hizo a todos especialistas en Estados Unidos».30

Esta tendencia general se mantuvo durante la Guerra Fría. Entonces, los llamados historiadores del consenso ofrecieron nuevas interpretaciones antiprogresistas del pasado de Estados Unidos que se centraban en las experiencias unificadoras. Para los historiadores del consenso, la Revolución estadounidense fue una «respuesta conservadora y tradicionalista a las recientes provocaciones de Inglaterra –de hecho, no puede decirse que fuera una verdadera revolución–», y, en todo caso, fue muy distinta de las demás revoluciones modernas como las de Francia y Rusia. La Revolución estadounidense venía a ser una lucha mesurada por unos ideales, en la que los actos de violencia fueron controlados por las élites; en resumen, esta visión prácticamente borraba de la historia las ordalías que habían sufrido los que la habían vivido. La desmemoria profesional venía muy bien en aquel momento político y ayudaba a fortalecer sus premisas.31

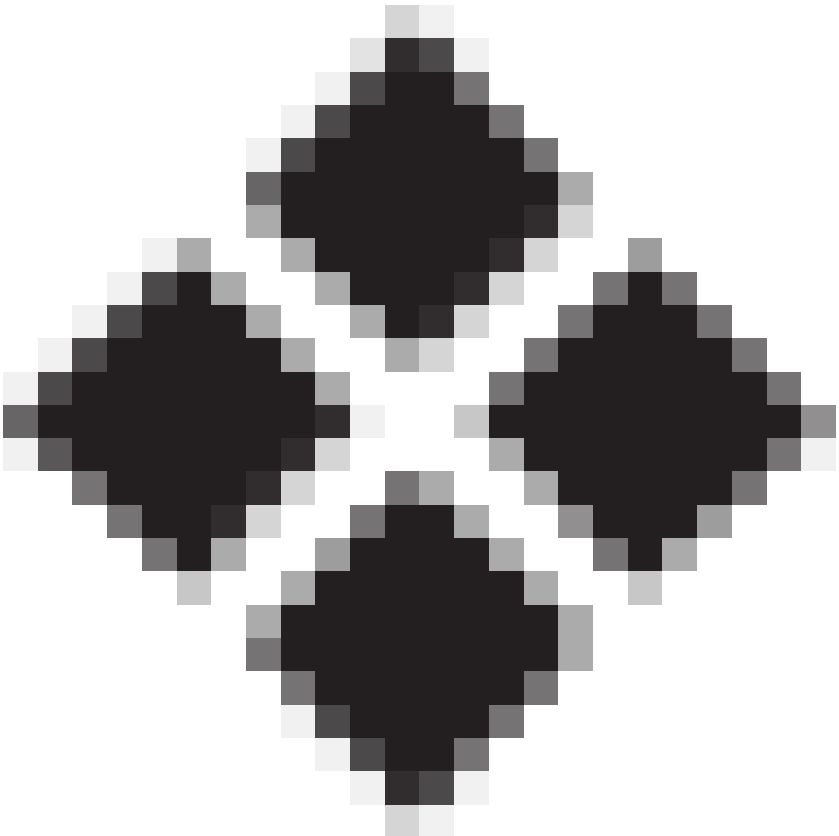
La violencia de la Revolución resurgió como tema de conversación, por breve tiempo, en la década de 1960, mientras la nación se preparaba para las celebraciones del bicentenario, en un contexto de convulsiones sociales y raciales. Martin Luther King Jr. evocó el Motín del Té de Boston como «un acto masivo de desobediencia civil». El presidente Lyndon B. Johnson comparó el caso de Selma con los sucesos de Lexington, aunque su intención real era aprovechar el anuncio de la creación de una comisión del bicentenario para promover la intervención estadounidense en el sudeste asiático respaldándose en la misión de democratización global que tenían los Estados Unidos. Después de que el presidente Richard Nixon inaugurara las celebraciones, líderes afroamericanos como Jesse Jackson llamaron a los negros a que las boicotearan, mientras que un activista contrario a la guerra creaba la Comisión de los Pueblos para el Bicentenario (Peoples Bicentennial Commission [PBC]), para protestar por el «programa político de

adhesión acrítica» que ofrecían el Estado y las corporaciones. En su lugar proponían conmemoraciones alternativas y reclamaban el legado revolucionario para la nueva izquierda.

Después de que la Guardia Nacional de Ohio asesinara a cuatro estudiantes en Kent State durante una protesta contra la invasión de Camboya, el movimiento antiguerra aprovechó las celebraciones del bicentenario. Sus miembros, agitados por la Guerra de Vietnam y el reclutamiento forzoso, echaron mano del argumento de la oposición de los revolucionarios contra un ejército permanente y exhibían pósteres de la estampa creada por Revere, doscientos años antes, sobre la Masacre de Boston. Mientras las protestas llegaban a Concord y a Bunker Hill, la asociación Vietnam Veterans Against the War [Veteranos de Vietnam contra la Guerra] evocaba, en el mismo sentido, las tradiciones revolucionarias de los soldados-ciudadanos y de la disidencia popular. En 1973, en el bicentenario del Motín del Té, a la vez que un grupo de recreación histórica arrojaba té al puerto de Boston, unos activistas simularon el embreado y emplumado del presidente Richard Nixon y lo quemaron entre gritos que pedían su encausamiento. Durante aquella época de urgencias, los estadounidenses revivieron su tradición de protesta violenta y también el debate, propio de la era fundacional, en torno a los usos legítimos e ilegítimos de la fuerza militar.

Debido a la profunda injusticia racial que databa del propio momento fundacional, y al cuestionamiento del papel de los Estados Unidos en el mundo, la crisis en torno a las conmemoraciones continuó hasta 1976. El mes de marzo de ese año, un comité del Senado presidido por un segregacionista sureño celebró sesiones acerca de «el intento de apropiarse del bicentenario» por parte de la PBC. Al mes siguiente, durante los disturbios que hubo en Boston contra las medidas de utilización de los buses escolares para acabar con la segregación racial por colegios, un adolescente blanco intentó empalar a un hombre negro con una bandera estadounidense. Una fotografía que ganaría el Pulitzer capturó, en aquella escena, las profundas simas que cuarteaban la sociedad estadounidense y que ningún programa de desfiles y fuegos artificiales patrocinados por el Estado podría suturar. Atrapado así el bicentenario entre las protestas de la izquierda y las respuestas

reaccionarias de la derecha, la mayoría de los historiadores profesionales mantuvieron una desdeñosa distancia y, como concluye Jill Lepore, fallaron al país, pues no consiguieron «ofrecer una respuesta, un relato, a un país que lo necesitaba». Hubo que esperar hasta el movimiento político del Tea Party, a principios del siglo XXI, para que un número también grande de estadounidenses, de nuevo, se «exaltara tanto por la historia temprana de los Estados Unidos». Para entonces, unos cuantos historiadores como Lepore habían recuperado una tradición antigua entre los estudiosos profesionales y habían escrito de forma reflexiva, para una audiencia lo más amplia posible, acerca de las relaciones entre el pasado y el presente.32



Cuando comencé a desarrollar las ideas de este libro, mientras

gozaba de una beca Kluge en la Biblioteca del Congreso en el otoño de 2009, solía ver a los activistas del llamado Tea Party, que asimilaban su rechazo a la reforma sanitaria con la protesta del puerto de Boston de 1773, cada vez que me dirigía a la colina del Capitolio. Me había mudado hacía poco desde el Reino Unido, donde había pasado la década anterior investigando e impartiendo clases de historia de Gran Bretaña y también viajando a menudo al otro lado del Atlántico a enseñar, investigar y visitar a amigos. Gracias a la invitación de la Biblioteca del Congreso, iba a tener el privilegio de realizar las investigaciones para mi nuevo libro en la capital de la nación, imbuida entonces en la esperanzada atmósfera que rodeó el ascenso al poder del primer presidente afroamericano, así como por las ruidosas voces que evidenciaban el fuerte resentimiento que esto desencadenó.

Al entrar a los Estados Unidos para recibir mi beca, el funcionario de inmigración quiso comprobar la validez de mi visado de estudios: ¿Por qué iba a escribir un especialista alemán en historia británica un libro sobre la Revolución estadounidense? Debatimos acerca de la importancia de este tema tanto en la historia británica como en la estadounidense (y, de hecho, en la mundial). Una vez que me confesó que su primo era miembro de un grupo de recreación histórica de la Revolución, el cuestionario se convirtió en una agradable conversación sobre cómo un extranjero –alguien que no se ha criado con los mitos de ninguno de los dos países implicados– podría enfocar la Revolución estadounidense. Le expliqué que, en lugar de contar la historia de la Guerra de la Revolución desde la perspectiva patriota, o de narrar la historia de la Rebelión americana según el punto de vista británico, quería iluminar algunos aspectos de esa historia compartida británico-estadounidense que corrían el riesgo de caer por las grietas abiertas entre ambas interpretaciones nacionales –y nacionalistas–: me proponía derruir los mitos que habían perpetuado ambos bandos.33

En los años que habían pasado desde la vez anterior en que había residido con una beca ampliada en Estados Unidos, en 2001 (entonces también en la Costa Este, donde viví el 11 de septiembre y sus consecuencias), una oleada de excepcionalismo estadounidense, con un aparatoso acento imperialista y antiinternacionalista, había impulsado una agenda neoconservadora

que promovía la propagación agresiva de las bondades de la libertad y la democracia estadounidenses. Los ecos de la violencia de la época revolucionaria reverberaban advirtiendo del efecto corrosivo que el enfoque nacionalista estadounidense tenía sobre la influencia del país en el mundo.

En el contexto de la Segunda Guerra del Golfo y del empleo frecuente de «actuaciones extraordinarias»* y de interrogatorios mejorados** a «combatientes ilegales», se alzaron voces críticas dentro y fuera del Congreso de los Estados Unidos que recuperaban la insistencia de George Washington en la necesidad de dar un tratamiento humanitario a los prisioneros de guerra, recordándole a la nación sus valores fundamentales. Los debates acerca del papel internacional de los Estados Unidos parecían reflejar, aunque no resultara evidente, tanto los horrores de la Revolución como sus legados más esperanzadores.34

A la vez que se enfrentaban al terrorismo global, los estadounidenses parecían asirse a una visión romántica de su guerra originaria, al menos, eso parece indicar el éxito editorial continuado de las biografías de los fundadores de la nación y de las narraciones de las campañas en las que prima la perspectiva patriota. Sin embargo, como he sugerido en este libro, no debemos nunca olvidar la naturaleza problemática e intrínsecamente violenta de la Revolución estadounidense, que también fue la primera guerra civil del país. La violenta historia de la no tan inmaculada concepción de la nación debe servir de aviso al imperio estadounidense para que limite su persistente impulso de intervenir en las revoluciones y conflictos civiles de otros países, así como su afán por construir naciones en regiones de las que sabe muy poco. Percibir con más claridad las contradicciones de la fundación de la nación y estar alerta ante las complicaciones y las posibles trampas de perseguir objetivos morales mediante métodos violentos lleva a recomendar un tipo de liderazgo global menos misionero y agresivo, más comedido, mejor calibrado y de espíritu más generoso.35

En un momento en que los estadounidenses comienzan a enfrentarse a muchas verdades dolorosas sobre su sociedad, de forma tal vez más directa de lo que ha sido habitual durante mucho tiempo, es posible que ya estén listos para reevaluar también los

inicios de su propia nación. Si abandonan su mitificación romántica de aquella guerra, el blanqueamiento y el olvido interesado de la violencia de la era revolucionaria podrá dar paso a una nueva evaluación y a un recuerdo honesto que permita, a la vez, una celebración orgullosa y agradecida y una reflexión franca acerca de las ambivalencias y los legados contradictorios del violento nacimiento de la nación.

Notas

1Berry, J. B., 1951, 218 («seguro»), 237, 239-240; véase también BHQP 8089. En torno a los restos de los cautivos de los barcos, y de los intentos de conmemoración a lo largo del siglo XIX, véase Burrows, E. G., 2008, 205-240 (cita en 205). Acerca de la destrucción causada por las tropas británicas y alemanas en colecciones de libros e instrumental científico en Nueva York, New Haven y Princeton, véase Townshend, C. H., 1879, 51-52; Jones, T., 1879, vol. I, 136-140; Thacher, J., 1823, 71, 77; Collins, V. L., 1906, 50; McGuire, T. J., 2006, 324.

2Jackson, D. (ed.), 1976-1979, vol. VI, 138. Tierras de los nativos norteamericanos: Taylor, A., 1995, 62-63; Ibid ., 2006, 180; Hubbard, J. N., 1842, 159. «[…] árboles con las ramas» y «huesos sin enterrar»: Watson, W. C. (ed.), 1856, 254, 259. Sobre Boyd: Anishanslin, Z., 2016, 25, cita Notices of Sullivan’s Campaign (1842), 102.

3«[…] la sangre todavía»: cita tomada de English, F., 1975, 103. «[…] algunos de los»: Bergen County Historical Society, «Baylor Massacre». Sobre la muerte de Baylor en Barbados: Pension application of Lucy Burwell, Baylor’s widow [Solicitud de pensión de Lucy Burwell, viuda de Baylor], 21 de marzo de 1837, W5966.

4Cita de Boudinot tomada del todavía fundamental trabajo de

Royster, C., 1987, 34 (nota 20).

5Bickham, T., 2012, 19 («la soberanía»), 276, 279, 13 («un pueblo», «se lo merecía»). «[…] guerra civil»: Taylor, A., 2010, 12. Masacre de Baylor: Democratic Press , 7 de agosto de 1813. «[…] nuestros enemigos internos», acerca de la violencia lealista en Crooked Billet: Knouff, G. T., 2004, 233-235; Collection of the Mercer Museum Library, MSC 39, Folder 1, Doylestown, PA.

6«[…] inmaculado»: Gleason, B., 1813, 7, citado en Royster, C., 1987, 47 (nota 55). «Otras revoluciones»: Samuel Berrian, Oration before the Tammany Society , New York, 1815, citado en ibid ., 48 (nota 57).

7Resch, J. P., 1999; ibid ., 1988. Cray, R. E., 1997; Chambers, T. A., 2012, 91, 96 y passim ; Purcell, S. J., 2013. Solicitudes de pensiones: Noel Battles S12960 [1832]; Philip Lauman S40072 [1818]; William Whaley S37532 [1818]; Joseph Graham S6937; Reuben Plunkett S25752 [1824]; Samuel Johnson (solicitud de viudedad de Mary) W5012.

8Chambers, T. A., 2012, 90, señala las relaciones de los tres monumentos con la victimización. Véase, ibid ., 76, acerca de la reunión del marqués de Lafayette con veteranos heridos en batalla en el monumento de Bunker Hill, en 1825. Fuerte Griswold: Middlesex Gazette , 30 de agosto de 1826; Norwich Courier , 13 de septiembre de 1826 («los pocos»); Connecticut Courant , 20 de septiembre de 1825 («perforado», «numerosas cicatrices») y 4 de septiembre de 1826; Sentinel and Witness , 13 de septiembre de 1826; New Hampshire Patriot , 18 de septiembre de 1826; Sun [Massachusetts], 21 de septiembre de 1826. Véase en Hoock, H., 2016, 135-136, el relato de las acusaciones de atrocidades en torno al fuerte Griswold.

9Chambers, T. A., 2012, 59, que remite a Army and Navy Chronicle , 10 de agosto de 1837.

10 Cheng, E. K.- M., 2003; Billias, G. A., 1973; Purcell, S. J., 2002, 69-71; Cleves, R. H., 2009, 53-54. Jasanoff, M., 2011, 345, trata de los acadios, los jacobitas y los sureños tras la Guerra de Secesión.

11 Encontramos más detalles y referencias completas sobre la historia de Wragg y su monumento, así como un análisis de las diferencias entre los monumentos lealistas oficiales y los privados, en Hoock, H., 2010, 76-78.

12 «[…] por el insólito» y «nos parece»: citas tomadas de Hersey, F. W. C., 1941, 469. Sobre los pagos de pensiones durante la guerra, que alcanzaron las 70 000 libras en algunos años, véase Jasanoff, M., 2011, 120.

13 Las acusaciones de la comisión pueden interpretarse como muestras de paternalismo y no como una defensa de derechos: véase Jasanoff, M., 2011, 120-123, 131 (la nota 64 indica el número de reclamaciones presentadas). Bevins: AO13/26/45-47. Palmer: AO12/36/59-60. Smith: AO12/47/236-241. Véase también AO12/1/50, 310-311; 29/148-149, 321-323; AO13/14/235-252; 25/57-60; 30/581-588; 31/81-96, 358-401. Cazadores reconocidos de tories quedaron excluidos de las ayudas. Véase, por ejemplo, Abraham Cuyler al capitán Mathews, s. f., Add MS 21825/50. Estadísticas fiscales durante la guerra: Conway, S., 2000, 54, 63-64, 76-77. Algunos historiadores británicos han defendido que, a la vez que el Estado británico miraba por sus súbditos leales provenientes de ultramar, la pérdida de las trece colonias fue un catalizador para convertir la identidad nacional británica en una realidad más cohesionada y restringida a las islas británicas: Bickham, T., 2009, 252; Colley, L., 1992, 143-145; Conway, S., 2000, 315-325.

14 Jasanoff, M., 2011, 89-90; Brown, C. L., 2006, 311-312 (citas en 312).

15 Acerca de las compensaciones solicitadas para los esclavos, véase AO12/6/47-53; 13/279-282; 19/201v-208v; 47/226-234, 236-241; AO13/1, part 1, 40-42; 28/237-243. Handley: Norton, M. B., 1973, 404 (nota 6). Anderson: Schama, S., 2006, 179-180. Furman: Jasanoff, M., 2011, 127-128, 138; AO13/59/658-659.

16 Este párrafo y el siguiente beben en gran medida de Calloway, C. G., 1995, 293-295 (y la cita en 290); Taylor, A., 2006, 111-115, 119-128; Jasanoff, M., 2011; Liberty's Exiles , 190-196, 320; Taylor, A., 2001, 443; Nobles, G. H., 2011, 185-192.

17 La cita de Knox está tomada de Hendrickson, D. C., 2015, 225. La de Wallace de Engelbrecht, W. E., 2003, 170. Véase también, Taylor, A., 2001, 443; Aaron, S., 2006, 69-70, 75; McDonnell, M. A., 2015, 311-315.

18 Conway, S., 2000, 128, 345. Brown, C. L., 2006, explora el impacto de la Revolución estadounidense en la cronología, el alcance y el empuje del movimiento antiesclavista en Gran Bretaña; véanse págs. 311-312 acerca del cumplimiento parcial, por parte de Gran Bretaña, de sus obligaciones morales hacia los lealistas negros. Jasanoff, M., 2011, en especial 139-142, se basa en la idea de capital moral formulada por Brown al analizar los impulsos de reforma despertados por el «espíritu de 1783». Véase también su artículo «Revolutionary Exiles […]», 53; Marshall, P. J., 2012, 130; Wahrman, D., 2001; Drescher, S., 2012. En torno al imperio británico tras la Revolución estadounidense, Baylyn, C., 1989; Marshall, P. J., 1998.

19 O'Shaughnessy, A. J., 2013, 283 («componedor imperial»), 284. Sobre el sentimiento contrario a la guerra y el pacifismo de la década de 1790: Conway, S., 2000, 315-325; Langford, P., 1989, 626-627; Cookson, J. E., 1982.

20 Pese al aumento de la población negra total de los Estados Unidos entre 1790 y 1800, las proporciones de los negros que eran esclavos en el Alto Sur (más del 90 %) y en el Bajo Sur (más del 95 %) se mantuvieron casi idénticas, pero sí hubo una caída dramática en la proporción de negros esclavos en Nueva Inglaterra (donde bajó del 23 % al 7 %) y en la región del Atlántico Medio (donde bajó del 72 % al 54 %). Véanse al respecto las cifras del censo de Estados Unidos citadas en Egerton, D. R., 2009, 173. Sobre la historiografía de la esclavitud y la Revolución, véase Nobles, G. H., 2011, 145-155. Kierner, C. A., 1998, 102, 101. Sobre la Constitución y la esclavitud, véase Waldstreicher, D., 2009.

21 El texto del tratado pruso-estadounidense se encuentra en «A Treaty of Amity and Commerce between His Majesty the King of Prussia, and the United States of America», disponible en < http://avalon.law.yale.edu/18th_century/prus1785.asp >. Véase también «Draft of a Model Treaty», PTJ , vol. VII, 486-487, artículo 24, y la cita de Jefferson en 491. JA a De Thulemeier, Auteuil, 13 de febrero

de 1785, en Founders Online, disponible en < http://www.masshist.org/publications/adams-papers/index.php/view/ADMS-06-16-02-0242-0008 >. En cuanto al contenido del tratado, véase también Witt, J. F., 2012, 47; Krebs, D., 2013, 268-273; Onuf, P., Onuf, N., 1993, 112. Los diplomáticos estadounidenses escribieron cláusulas similares en tratados posteriores tanto con Prusia como con otros Estados, entre ellos México en 1848.

22 Pasley, J. L. 2015, 192-195; Burrows, E. G., 2008, 210; Haynes, S. W., 2010.

23 McDonnell, M. A.: «Introduction», en McDonnell, M. A. (eds.), 2013, en especial 6-7, 10; Purcell, S. J., 2013, en especial 282-285, 290-291; Chambers, T. A., 2012, 167-169. Belville, J., 1862. Disponemos de una historia en profundidad del Código Lieber y su impacto internacional en Witt, J. F., 2012.

24 Acerca de Tyler, véase el excelente ensayo incluido en Kammen, M., 1987, 222-251 (la cita «interpretar» en 225); Tyler, M. C., 1897; véase también Bailyn, B., 1974, 402-403. Véase asimismo Trevelyan, G. M., 1932, 139, 141 y passim ; Burrows, E. G., 2008, 242-243.

25 Disponemos de una aproximación cultural en Goldstein, E., 2010, que aborda los planes de 1914 en 12-13. Acerca de la «relación especial», véase también Robbins, K., 2002; Burk, K., 1979.

26 Acerca del caso Goldstein, véase Slide, A. (ed.), 1993, que contiene materiales cruciales como recortes de prensa y sentencias judiciales. Las citas están tomadas del registro del caso judicial United States v. Motion Picture Film “The Spirit of ’76,” District Court S. D. California, Nov. 30, 1917, 252; Federal Reporter 946, en 209-211; reimpreso también Culbert, D. H., Wood, R. E. (eds.), 1990, vol. I, 287-303. Véase también Burrows, E. G., 2008, 244.

27 Times , 20 de abril de 1918. La cita de Churchill está tomada de Newman, S. P., 2008, 166.

28 Acerca de la guerra que hubo durante la década de 1920 contra algunos libros de texto que ciertas sociedades patrióticas e

historiadores estadounidenses tachaban de faltos de patriotismo y favorables a Gran Bretaña, y la respuesta de los anglófilos, véase Burrows, E. G., 2008, 246-247; Blakey, G. T., 1970); Altschul, C., 1917; Moreau, J., 2003, cap. 5; Van Tyne, C. H., 1927. En torno a la pervivencia de corrientes anglófobas en el discurso político estadounidense, véase Moser, J. E., 1999.

29 Kings Mountain Celebration Committee, Official Programme of Sesqui-Centennial Celebration of the Battle of Kings Mountain (S. I., 1930), s. p., 11, 24, 26-27. Discurso de Hoover, disponible en < https://www.presidency.ucsb.edu/documents/inaugural-address-9 >. Monumento a Ferguson: Kings Mountain Celebration Committee, Official Programme , 10-11; «The Colonel Patrick Ferguson Memorial» en Historical Marker Database: < http:// www.hmdb.org/marker.asp?marker=17655 >. Véase, en relación con lo anterior, House Report N.º 2565, 70 th Congress, 2 nd Session, Report of the Committee on Military Affairs, to accompany H. R. 14449, Feb. 16, 1929; House Report N.º 1671, 71 st Congress, 2 nd Session, Report of the Committee on Military Affairs, to accompany H. R. 6128, May 27, 1930.

30 Sobre las obras de ficción histórica en las décadas de 1930 y 1940, véase Kammen, M., 1978, 173-174. «Por el temor»: texto citado en Heale, M., 2005, 363. Véase también Newman, S. P., 2008, 169-170.

31 Como muestra de historiadores antiprogresistas, véase Young, A. H., Nobles, G. H. (eds.), 2011, 47-56; Novick, P., 1988, 333-336 (cita en 336).

32 Este párrafo y los dos anteriores beben de Lepore, J., 2010, 23-24 (la citad de Luther King en 23), 64-83 («exaltara tanto», 64, «ofrecer una respuesta», 69), 133-135; acerca del PBC, véase también Linenthal, E. T., 1991, 40-43; Masur, L. P., 2008. Véase Burrows, E. G., 2008, 247-248, acerca de una «modesta recuperación del interés» por los prisioneros de la época revolucionaria a la vez que se hace caso omiso a los presuntos abusos británicos.

33 Véase también Middleton, R., 1971, 55.

34 U. S. Congress, Congressional Record [Registro del Congreso de los Estados Unidos], vol. 152, parte 15, 26 de septiembre de 2006 a 28 de septiembre de 2006, 20295, impresión del registro de Robert F. Kennedy Jr. «America's Anti-Torture Tradition», Los Angeles Times , 17 de diciembre de 2005, disponible en < http:// articles.latimes.com/2005/dec/17/opinion/oe-kennedy17 >. Horton, S.: «George Washington: No Torture on My Watch», 24 de diciembre de 2007, disponible en < http://antiwar.com/ blog/2007/12/24/george-washington-no-torture-on-my-watch/ >. Véase Newman, S. P., 2008, 171-175; id ., 2006, 83, acerca de los cambios que el imperialismo estadounidense provoca en la interpretación de los legados de la Revolución.

35 Véase también Anderson, F., Cayton, A., 2005, 424.

_____

*N. del T.: El concepto «extraordinary rendition» se ha empleado en Estados Unidos para el secuestro de personas y su traslado irregular a otro país para su procesamiento o interrogatorio.

** N. del T.: Eufemismo para referirse a interrogatorios en los que se emplea la tortura.

Bibliografía

ABREVIATURAS

Archivos

Add MS: Additional Manuscripts, British Library

ADM: Admiralty, The National Archives (TNA)

AO: Audit Office, The National Archives

Bancroft: Bancroft Collection, New York Public Library (NYPL)

BHQP: British Headquarters (Sir Guy Carleton) Papers, NYPL

BL: British Library, Londres

CC: Continental Congress

Clinton Papers: Sir Henry Clinton Papers, William L. Clemens Library (WLCL), University of Michigan

CO: Colonial Office, The National Archives

CSHS: Commissioners for Sick and Hurt Seamen (Sick and Hurt Board)

Dartmouth MSS: Staffordshire Record Office, Dartmouth MSS, D(W) 1778

DLAR: David Library of the American Revolution, Washington Crossing, Pensilvania

Evans: Early American Imprints, Series I: Evans, 1639-1800.

Germain Papers: George Germain Papers, William L. Clemens Library (WLCL), University of Michigan

HEH: Huntington Library, San Marino, California

HMC: Historical Manuscript Commission, Reino Unido

HSP: Historical Society of Pennsylvania

IOR: India Office Records, British Library

LCP: Library Company of Philadelphia, Pensilvania

LOC: Library of Congress, Washington, D.C.

Mackenzie Papers: Frederick Mackenzie Papers, WLCL

MHS: Massachusetts Historical Society, Boston

NARA: National Archives and Record Administration, Washington, D.C.

NMM: National Maritime Museum, Greenwich, Reino Unido

NYPL: New York Public Library, ciudad de Nueva York

SP: State Papers, The National Archives

TNA: The National Archives, Kew, Reino Unido

WLCL: William L. Clements Library, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan, EE. UU.

WO: War Office, TNA

Autores

AH: Alexander Hamilton

BF: Benjamin Franklin

GG: George Germain

GW: George Washington

HC: Henry Clinton

HL: Henry Laurens

JA: John Adams

NG: Nathanael Greene

TJ: Thomas Jefferson

WH: William Howe

WL: William Livingston

Fuentes primarias

Am. Arch.: Force, P., 1837-1853: American archives: consisting of a collection of authentick records, state papers, debates, and letters and other notices of publick affairs, the whole forming a documentary history of the origin and progress of the North American colonies; of the causes and accomplishment of the American revolution; and of the Constitution of government for the United States, to the final ratification thereof, Washington (9 vols).

DAR: Documents of the American Revolution, 1770-1783, ver Davies, K. G. (ed.), 1972-1981.

JCC: Journals of the Continental Congress, 1774-1789, ver Ford, W. C. (ed.), 1904-1937.

LDC: Letters of Delegates to Congress, 1774-1789, ver Smith, P. H., Gawalt, G. W., Plakas, R. F., Sheridan, E. R. (eds.), 1976-2000.

NDAR: Naval Documents of the American Revolution, ver Clarck, W. B., Morgan, W. J., Crawford, M. J. (eds.), 1964-2005.

NYCD: Documents relative to the colonial history of the State of New York procured in Holland, England, and France, ver Brodhead, J. R., 1853-1887.

OED: Oxford English Dictionary, disponible en <http:// www.oed.com>.

PAH: The Papers of Alexander Hamilton, ver Syrett, H. C., Cooke, J. E. (eds.), 1961-1987.

Parl. Hist.: Cobbett's Parliamentary history of England. From the Norman conquest, in 1066. To the year, 1803, ver Cobbett, W., Hansard, T. C., 1806-1820.

PBF: The Papers of Benjamin Franklin, ver Labaree, L. W., Whitfield, J. B. (eds.), 1959.

PGW: The Papers of George Washington Digital Edition, ver Crackel, T. J. (ed.), 2008.

PGW/EA: The Papers of George Washington Digital Edition, ver Crackel, T. J. (ed.), 2007.

PHL: The Papers of Henry Laurens, ver Hamer, P. M., Rogers, J. C. Jr., Chesnutt, D. R., Taylor, C. J. (eds.), 1968-2003.

PJA: Papers of John Adams, ver Taylor, R. J., Kline, M. -J., Lint, G. L. (eds.), 1977.

PNG: The Papers of General Nathanael Greene, ver Showman, R. K., McCarthy, R. E., Conrad, D. M., Carp, E. (eds.), 1976-2005.

PTJ: The Papers of Thomas Jefferson, ver Boyd, J. P., Butterfield, L. H., Bryan, M. R. (eds.), 1950.

PWL: The Papers of William Livingston, ver Prince, C. E., Ryan, D.

P. et al. (eds.), 1979-1988.

RDC: The Revolutionary Diplomatic Correspondence of the United States (6 vols.), ver United States Department of State, 1889:.

WJA: The Works of John Adams, Second President of the United States: With a Life of the Author, ver Adams, C. F. (ed.), 1850-1856.

Publicaciones periódicas

AHR: The American Historical Review

EHR: The English Historical Review

JSAHR: Journal of the Society for Army Historical Research

NEQ: The New England Quarterly

PMHB: The Pennsylvania Magazine of History and Biography

PNJHS: Proceedings of the New Jersey Historical Society

WMQ: The William and Mary Quarterly

FUENTES

Archivísticas

Beinecke Library, Yale University, EE. UU.

Guy Johnson Papers

Moses Young's Account of Himself

British Library, Londres

Add MS

14039

21599

21680

21697

21714

21779

21825

34415-34418

46491

61864

IOR/E/4/623/148, 148; IOR/E/44/867/76-78, 349.

William L. Clements Library (WLCL), Ann Arbor, Michigan, EE. UU.

Henry Addison Papers

John Adlum Papers

Loftus Cliffe Papers

Sir Henry Clinton Papers

Nicholas Fish Papers

Thomas Gage Papers

John Greenwood Manuscripts

Lord George Germain Papers

Robert Howe Orderly Book

William Howe Orderly Book

King's American Regiment Orderly Book

William Knox Papers

Frederick Mackenzie Papers

Richard Oswald Collection

Schoff Revolutionary War Collection

Shelburne Papers

Simcoe Papers

Walter Stewart Papers

Henry Strachey Papers

Barnardus Swartwout Papers

Peter Turner Letters

Anthony Wayne Papers

David Library of the American Revolution, Washington Crossing, Pensilvania, EE. UU.

William Alexander Papers

Amherst Papers

Josiah Bartlett Papers

Connecticut Historical Society, American Revolution Collection, 1765-1844

Draper MSS Collection

Peter Force Papers

Horatio Gates Papers

John Hancock Papers

Gen. William Heath Order Book

John Paul Jones Papers

New Jersey, Revolutionary War

Pennsylvania. Division of Archives and Manuscripts. Records of Pennsylvania's Revolutionary Governments, 1775-1790

Pennsylvania. Division of Archives and Manuscripts. Miscellaneous manuscripts of the Revolutionary War Era, 1771-1791

Israel Putnam Papers

United States, National Archives. Orders, Returns, Morning Reports, and Accounts of British Troops, 1776-1781

Historical Society of Pennsylvania

Collection of American Orderly Books

Orderly books from Revolutionary War regiments and commanders

Thomas Bradford Papers

John Langdon Papers

Miscellaneous Collection

Miscellaneous Manuscripts

Northumberland Committee of Safety

Huntington Library, San Marino, California, EE. UU.

HM Orderly Book of General Lacey

HM 617, Orderly Book of General Sir A. Campbell

Loudon Memorandum Book

Library Company of Philadelphia (LCP)

James Allen Diary

Elias Boudinot Papers

Elizabeth Sandwith Drinker Papers

Frank M. Etting Collection

Jacobs Family Papers

Jabez Maud Fisher Papers

Sarah Logan Fisher Diaries

German Order-Books

Great Britain, Order-Books

Hessian, Waldeck, and British Prisoners Records

John Hinrichs Diary

Charles Swift Riché Hildeburn Collection

John Langdon Papers

Robert Restalrig Logan Collection

David McNeely Stauffer Papers

Miscellaneous Manuscripts, 1661-1931

Northumberland Committee of Safety

Order-books, 1775-1861

Pemberton Family Collection

Rebecca Rawle Papers

Friedrich Wilhelm Ludolf Gerhard Augustin, Baron von Steuben Papers

Thomas Sullivan Journal

Charles Thomson Papers

Richard Vaux Papers

Ann Head and John Warder Papers

Anthony Wayne Papers

Library of Congress (LOC), EE. UU.

Robert Beverley Letterbook

Jacob Bailey Papers

Elias Boudinot Papers

Cadwallader Colden Papers

Richard Fitzpatrick Papers

Peter Force Papers

Samuel Miles Diary

Orderly Books

Ebenezer Adams

Caleb Boynton

Major John Singer Dexter

Christian Myers

Captain Pendleton

Abraham Scranton

Artemas Ward

Abner Sanger Papers

Caleb Stark Collection

Gov. Trumbull Papers

Maine Historical Society

Mowat to People of Falmouth, Oct. 16, 1775

Massachusetts Historical Society (MHS)

Joseph Bartlett Reminiscences

Boylston Family

Byles Family

Cheever-Davis Family

Thomas Aston Coffin

John Collins Warren

DeCoverly

Dolbeare

Peter Edes Diary

Hancock Family

Joseph Hawley Papers

Moses Greenleaf Heath Papers

Huntington-Wolcott

Elisha James

John Jeffries Diary

Henry Knox

John Leach Diaries

Mellen Family

Misc. Bound MSS

Moses Sargent Moody Journal

James Murray Robbins

Pickering Family

R. Price

E. Quincy

Samuel Quincy Diary

Paul Revere Journal

Revolutionary Orderly Books

John Trumbull

Mercy Otis Warren

Meshech Weare

Wigglesworth Family

National Archives and Record Administration, Washington, D. C., EE. UU.

NARA M247, The correspondence, journals, committee reports, and records of the Continental Congress (1774-1789)

The National Archives, Londres

ADM1, 3, 97, 98, 99

A.O.12, 13

CO5, 23, 42

PRO30/11

SP54, 78

WO1, 10-13, 34, 36, 55, 71

National Maritime Museum, Londres

ADM/M/404-407

New Haven Colony Historical Society

«New Haven Town Records, 1769-1807», copia mecanografiada

inédita

New-York Historical Society (NYHS)

Autobiography of Stephen Jarvis (mecanografiada)

William Alexander Papers

Elias Boudinot Papers

Nicol Bower Papers

John Fisher Papers

Thomas Gilpin Diary and manuscript map

King Family Papers

John Lamb Papers

Alexander McDougall's First New York Regiment Orderly Books

Samuel McNeil Orderly Book

Solomon Nash Journal

New York State Revolutionary War Collection

Revolutionary War, Box I: British and Hessian Army

Revolutionary War, Box II: Miscellaneous

Schenck Family Papers

Philip Schuyler Papers

New York Public Library (NYPL)

Bancroft Collection

British Headquarters (Sir Guy Carleton) Papers

Boston Committee of Correspondence

Jeremiah B. Fells Diary

Misc. Collections, U.S States and Territories, Box 7, Maryland.

Caesar Rodney Correspondence.

Philip Schuyler Papers

Princeton University Library

American Revolution Collection

Jonathan Odell Collection

John Lott Phillips Collection

Staffordshire Record Office, Reino Unido

Dartmouth MSS, D(W) 1778

Yale University MS, Sterling Memorial Library, Yale University

American Revolutionary Collection

Periódicos y revistas

Norteamericanos:

American Journal

Boston Chronicle

Boston Evening Post

Boston Gazette

Boston Post-Boy

Cape-Fear Mercury

Columbian Magazine

Connecticut Courant

Connecticut Gazette

Connecticut Journal

Connecticut Mirror

Continental Journal

Democratic Press

Essex Gazette

Essex Journal

Freeman's Journal

Freeman's Magazine

Gazette of the State of South-Carolina

Georgia Gazette

Independent Chronicle

Independent Gazette

Independent Gazetteer

Independent Ledger

Independent New-York Gazette

Kansas City Star

Maryland Gazette

Maryland Journal

Massachusetts Gazette

Massachusetts Spy

New England Chronicle

New Hampshire Gazette

New Jersey Gazette

New London Gazette

New-York Gazette

New-York Gazetteer

New-York Journal

New-York Mirror

New York Packet

Newport Gazette

Newport Mercury

Norwich Packet

Pennsylvania Evening Post

Pennsylvania Journal

Pennsylvania Ledger

Pennsylvania Magazine

Pennsylvania Packet

Political Intelligencer

Providence Gazette

Rhode-Island American

Richmond Enquirer

Rivington's New York Gazetteer / Rivington Royal Gazette

Rivington's New York Loyal Gazette, convertida en The Royal Gazette

Royal American Gazette

Royal Pennsylvania Gazette

Salem Gazette

South-Carolina and American General Gazette

South Carolina Gazette

The Virginia Gazette

Virginia Gazette (Dixon and Hunter)

Washington Post

Británicos:

Adams Weekly Courant

Annual Register

Chester Chronicle

Craftsman

Daily Advertiser

Dublin Mercury

English Chronicle

Felix Farley's Bristol Journal

Gazetteer

Gazetteer and New Daily Advertiser

General Advertiser

General Evening Post

Gentleman's Magazine

Independent Ledger

Irish Magazine

Lloyd's Evening Post

London Chronicle

London Courant

London Evening Post

London Evening Post Extraordinary

London Gazette

London Magazine

London Packet

London Review of English and Foreign Literature

Middlesex Journal

Morning Chronicle

Morning Herald

Morning Post

Parker's General Advertiser

Public Advertiser

Public Ledger

Scots Magazine

Stamford Mercury

The St James's Chronicle

Weekly Miscellany

Westminster Journal

Whitehall Evening Post

De otros lugares:

Leyden Gazette (Países Bajos)

Gazette of Saint Jago de la Vega (Jamaica)

PRIMARIAS EN INGLéS

Adair, D., Schultz, J. A. (eds.), 1961: Peter Oliver's Origin & Progress of the American Rebellion: A Tory View, Stanford.

Adams, C. F., (ed.), 1850-1856: The Works of John Adams, Second President of the United States: With a Life of the Author, notes and illustrations (10 vols.), Boston.

A Fair Account of the Late Unhappy Disturbance at Boston in New England: Extracted from the Depositions That Have Been Made

Concerning It by Persons of All Parties: With an Appendix, Containing Some Affidavits and Other Evidences Relating to This Affair, Not Mentioned in the Narrative of It That Has Been Published at Boston, London, 1770.

Affidavits and Documents Relating to the Burial, in the Northerly Part of Trinity Church Yard, of American Prisoners of War, Who Perished in the Prisons of the City of New York During the Revolution, New York, 1855.

Amoh, Y., Linglet, D., Aoki, H. (eds.), 2007: Proceedings of the British Commissioners at Philadelphia, 1778-1779, Partly in Ferguson's Hand, Kyoto, Japan, Kakenhai Supplemental Project Research Report.

Anburey, T., 1969: Travels through the Interior Parts of America [reproducción de la edición de 1789], New York.

An Address to Major-General Tryon, Written in Consequence of His Late Expedition into Connecticut, Hartford, 1779.

André, J., Willcox, C. de W., 1930: Major André's Journal; operations of the British Army under Lieutenant Generals Sir William Howe and Sir Henry Clinton, June, 1777 to November, 1778, recorded by Major John André, Adjutant General; to Which Is Added the Ethics of Major André's Mission, by C. de W. Willcox, Col., U.S.A., Tarrytown.

Andrews, J., 1785-1876: History of the War with America, France, Spain, and Holland, commencing in 1775 and ending in 1783 (4 vols.), London.

Andros, T., 1833: The old Jersey Captive: or, A Narrative of the Captivity of Thomas Andros […] on board the old Jersey prison ship at New York, 1781, Boston.

An Interesting Address to the Independent Part of the People of England, on Libels, London, 1777.

Appleton, D. F. (ed.), 1894: The Diary of the Revd. Daniel Fuller, New York.

By the King, A Proclamation, for Suppressing Rebellion and Sedition, Papers of the Continental Congress-1774-1789, London, 1775.

A Short Narrative of the Horrid Massacre in Boston, Perpetrated in the Evening of the Fifth Day of March, 1770, Boston, 1770.

Atterbury, W. W., 1894: Elias Boudinot: Reminiscences of the American Revolution [New York].

Balderston, M., Syrett, D. (eds.), 1975: The Lost War: Letters from British Officers During the American Revolution, New York.

Ballagh, J. C. (ed.), 1911-1914: The letters of Richard Henry Lee (2 vols.), New York.

Barlow, J. J. (ed.), 2012: To Secure the Blessings of Liberty: Selected Writings of Gouverneur Morris, Indianapolis.

«Bamford's Diary: The Revolutionary Diary of a British Officer», Maryland Historical Magazine vol. 27 (1932), pp. 240-259, pp. 96-314; vol. 28 (1933), pp. 9-26.

Barnwell, J. W. (ed.), 1925: «Correspondence of Hon. Arthur Middleton, Signer of the Declaration of Independence», The South Carolina Historical and Genealogical Magazine, vol. 26, n.º 4, pp. 183-213.

Bartlet, W. S., 1853: The Frontier Missionary; a Memoir of the Life of the Rev. Jacob Bailey, A. M., Missionary at Pownalborough, Maine; Cornwallis and Annapolis, N. S., Boston.

Baurmeister, C. L., 1957: Revolution in America: Confidential Letters and Journals, 1776-1784, of Adjutant General Major Baurmeister of the Hessian Forces. Translated by Bernhard A. Uhlendorf, New Brunswick.

Belville, J., 1862: Address at the Inauguration of the Hatborough Monument, Commemorating the Battle of the Crooked Billet, Delivered in Loller Academy, December 5, 1861, Doylestown.

Berry, J. B., 1951: «Ward Chipman Diary: A Loyalist's Return to New England», Essex Institute Historical Collections, vol. 87, pp.

211-241.

Blackstone, Sir William, 1770: Commentaries on the Laws of England: In Four Books (4 vols.), Oxford.

Bland, H., 1743: Treatise of Military Discipline: In Which Is Laid Down and Explained the Duty of the Officer and Soldier, through the Several Branches of the Service (5th ed.), London.

Blatchford, J., 1865: The Narrative of John Blatchford, Detailing His Sufferings in the Revolutionary War, While a Prisoner with the British, New York.

Boggs, J. L., 1930: «The Cornellia (Bell) Paterson Letters», PNJHS, vol. 15, pp. 508-517; PNJHS, vol. 16, pp. 56-67, 188-201.

Bolton, C. K. (ed.), 1902: Letters of Hugh, Earl Percy, from Boston and New York, 1774-1776, Boston.

Bonehill, J., 2001: «Reynolds' Portrait of Lieutenant-Colonel Banastre Tarleton and the Fashion for War», British Journal for Eighteenth-Century Studies, 24.

Boucher, J. (ed.), 1925: Reminiscences of an American Loyalist, 1738-1789, Being the Autobiography of the Revd. Jonathan Boucher, Rector of Annapolis in Maryland and Afterwards Vicar of Epsom, Surrey, England, Boston.

Boudinot, E., 1894: Journal or Historical Recollections of American Events During the Revolutionary War, Philadelphia.

Boudinot, J. J., (ed.), 1896: The Life, Public Services, Addresses and Letters of Elias Boudinot, Ll. D., President of the Continental Congress (2 vols.), Boston.

Bowden, W. H. (ed.), 1937-1938: «Diary of William Widger of Marblehead, Kept at Mill Prison, England, 1781», Essex Institute Historical Collections, vol. 73, pp. 311-347; vol. 74, pp. 22-48, 142-158.

Boyd, J. P., Butterfield, L. H., Bryan, M. R. (eds.), 1950: The Papers of Thomas Jefferson (41 vols. hasta la fecha), Princeton.

Boyle, J. L. (ed.), 2002: «Their Distress Is Almost Intolerable», The Elias Boudinot Letterbook, 1777-1778, Bowie.

Bradford, S. S. (ed.), 1961: «A British Officer's Revolutionary War Journal, 1776-1778», Maryland Historical Magazine, vol. 56, pp. 150-175.

Bray, R. C., Bushnell, P. E. (eds.), 1978: Diary of a Common Soldier in the American Revolution, 1775-1783: An Annotated Edition of the Military Journal of Jeremiah Greenman, DeKalb.

Bridges, T., 1770-1771: The Adventures of a Bank-Note, London.

Brodhead, J. R., 1853-1887: Documents Relative to the Colonial History of the State of New-York procured in Holland, England, and France (15 vols.), Albany.

Brown, L. A., Peckham, H. H., Smith, H. D. (eds.), 1969: Revolutionary War Journals of Henry Dearborn, 1775-1783, Freeport.

Browning, C. H. (ed.), 1895: The American Historical Register.

Brownlow, D. G., 1952: A Documentary History of the Paoli «Massacre», West Chester.

Burgh, J., 1774-1775: Political Disquisitions; or, an Enquiry into Public Errors, Defects, and Abuses. Illus. By and Established Upon Facts and Remarks, Extracted from a Variety of Authors, Ancient and Modern. Calculated to Draw the Timely Attention of Government and People to a Due Consideration of the Necessity and the Means of Reforming Those Errors, Defects and Abuses of Restoring the Constitution and Saving the State, London.

Burgoyne, B. E. (trad.), 1955: Eighteenth Century America: A Hessian Report on the People, the Land, the War as Noted in the Diary of Chaplain Philipp Waldeck, 1776-1780, Bowie.

Burgoyne, B. E. (ed.), 1996: Enemy Views: The American Revolutionary War as Recorded by the Hessian Participants, Bowie.

Burgoyne, J., 1781: The Lord of the Manor: A Comic Opera, as It Is

Performed at the Theatre Royal Drury-Lane, London.

Burke, E., 1977: A Letter from Edmund Burke, London.

Burney, C., 1771: The Present State of Music in France and Italy, or, the Journal of a Tour through Those Countries, Undertaken to Collect Materials for a General History of Music, London.

Burney, F., 1779: Evelina, or, the History of a Young Lady's Entrance into the World (4.ª ed.) London.

Bushnell, C. I., 1863: A Narrative of the Life and Adventures of Levi Hanford, a Soldier of the Revolution, New York.

Bushnell, C. I. (ed.), 1968: The Adventures of Christopher Hawkins, Eyewitness Accounts of the American Revolution, New York.

Butterfield, L. H. (ed.), 1951: Letters of Benjamin Rush, 1761-1792 (2 vols.), Princeton.

Campbell, A., 1981: Journal of an Expedition against the Rebels of Georgia in North America under the Orders of Archibald Campbell, Esquire, Lieut. Colol. Of His Majesty's 71st Regimt., 1778, Darien.

Caraccioli, C., 1775-1777: The Life of Robert Lord Clive, Baron Plassey, London.

Carretta, V. (ed.), 2004: Unchained Voices: An Anthology of Black Authors in the English-Speaking World of the Eighteenth Century, Lexington (edición ampliada).

Carter, C. E., 1969: The Correspondence of General Thomas Gage with the Secretaries of State, 1763-1775, Hamden, reproducción en 2 vols.

Chandler, T. B. 1775: What Think Ye of the Congress Now?, or, an Enquiry How Far the Americans Are Bound to Abide by and Execute the Decisions of the Late Congress?, New York.

Chipman, W. P. (ed.), 1905: A Tory's Revenge; Being Ben. Mathew's Account of the Burning of Falmouth in 1775, New York.

Clark, W. B., Morgan, W. J., Crawford, M. J. (eds.), 1964-2005: Naval Documents of the American Revolution (11 vols.), Washington.

Coan, M. S., Haskins, J., 1944: «A Revolutionary Prison Diary, the Journal of Dr. Jonathan Haskins», The New England Quarterly, vol. 17, n.º 2, pp. 290-309; n.º 3, pp. 424-442.

Cobbett, W., Hansard T. C., 1806-1820: Cobbett's Parliamentary history of England. From the Norman conquest, in 1066. To the year, 1803 (36 vols.), London.

Coffin, A., 1865: The Destructive Operation of Foul Air, Tainted Provisions, Bad Water, and Personal Filthiness, Upon Human Constitutions; Exemplified in the Unparalleled Cruelty of the British to the American Captives at New-York During the Revolutionary War, on Board Their Prison and Hospital Ships, New York.

Cohen, S. (ed.), 1990: «The Connecticut Captivity of Major Christopher French», Connecticut Historical Society Bulletin, vol. 55, n.º 3-4.

Coke, D. P., 1915: The Royal Commission on the Losses and Services of American Loyalists, 1783 to 1785, Being the Notes of Mr. Daniel Parker Coke, M. P., One of the Commissioners During That Period, Oxford.

Collin, N., 1936: The Journal and Biography of Nicholas Collin, 1746-1831, (Johnson, A., trad.), Philadelphia.

Collins, V. L., 1906: A Brief Narrative of the Ravages of the British and Hessians at Princeton in 1776-77: A Contemporary Account of the Battles of Trenton and Princeton. Vol. Princeton Historical Association, Princeton.

Collyer, J., 1774-1775: The History of England: From the Invasion of Julius Cæsar, to the Dissolution of the Present Parliament (14 vols.), London.

Connecticut Historical Society, 1899: Collections of the Connecticut Historical Society, Hartford.

Continental Congress, 1778: An Address of the Congress to the Inhabitants of United States of America, Williamsburg.

Cook, F. (ed.), 1887: Journals of the Military Expedition of Major General John Sullivan against the Six Nations of Indians in 1779, Auburn.

Coxe, W., 1781: Account of the Prisons and Hospitals in Russia, Sweden, and Denmark: With Occasional Remarks on the Different Modes of Punishments in Those Countries, London.

Crackel, T. J. (ed.), 2008: The Papers of George Washington Digital Edition, Charlottesville, Virginia, disponible en <http://rotunda.upress.virginia.edu/founders/GEWN.html>.

Crackel, T. J. (ed.), 2007: The Papers of George Washington Digital Edition, Charlottesville, VA, Early Access, disponible en <http://rotunda.upress.virginia.edu/founders/FOEA.html>.

Cunningham, A. R. (ed.), 1969: Letters and Diary of John Rowe: Boston merchant, 1759-1762, 1764-1779, New York.

Curwen, S., 1842: Journal and Letters of the Late Samuel Curwen, Judge of Admiralty, etc., an American Refugee in England from 1775 to 1784; Comprising Remarks on the Prominent Men and Measures of That Period, New York.

Cuthbertson, B., 1776: Cuthbertson's System, for the Complete Interior Management and Economy of a Battalion of Infantry, Bristol.

Cutler, S., reverendo (ed.), 1878: «Prison Ships, and the 'Old Mill Prison,' Plymouth, England, 1777: Journal», New England Historical and Genealogical Register, vol. 32, pp. 42-44, 184-148, 395-398.

Cutter, W. R. (ed.), 1876-1878: «A Yankee Privateersman in Prison in England, 1777-1779», New England Historical and Genealogical Register, vols. 30-32: 30(1876), pp. 174-177, 343-352; 31(1877), pp. 18-20, 212-213, 284-288; 32(1878), pp. 70-73, 165-168, 280-286.

Daggett, D., 1787: An Oration, Pronounced in the Brick Meeting-

House, in the City of New-Haven, on the Fourth of July, A. D. 1787. It Being the Eleventh Anniversary of the Independence of the United States of America, New Haven.

Dann, J. C. (ed.), 1983: The Revolution Remembered: Eyewitness Accounts of the War for Independence, Chicago. Edición rústica.

Davies, K. G. (ed.), 1972-1981: Documents of the American Revolution, 1770-1783 (Colonial Office Series) (21 vols.), Shannon.

Davis, N., 1868: «History of the Expedition against the Five Nations Commanded by General Sullivan in 1779», Historical Magazine, 3, n.º 4, pp. 198-205.

Davis Jr., R. S., 1997: «A Georgia Loyalist's Perspective on the American Revolution: The Letters of Dr. Thomas Taylor», Georgia Historical Quarterly, vol. 81, n.º 1, pp. 118-138.

DeLancey, E. F. de (ed.), 2006: History of New York During the Revolutionary War by Thomas Jones, Cranbury.

Deshler, C. D., 1892: «How the Declaration Was Received in the Old Thirteen», Harper's New Monthly Magazine, julio de 1892, pp. 165-187.

Dexter, F. B. (ed.), 1901: The Literary Diary of Ezra Stiles (3 vols.), New York.

«Diary of Lt. John Barker, 4th Foot, 1774-6», Journal of the Society for Army Historical Research, 1928, vol. 7, pp. 81-109, 45-74.

Dickerson, O. M. [comp.], Boston under Military Rule (1768-1769) as Revealed in a Journal of the Times, New York.

Doblin, H., Lynn, M. C. (eds.), 1990: An Eyewitness Account of the American Revolution and New England Life: The Journal of J. F. Wasmus, German Company Surgeon, 1776-1783, Contributions in Military Studies, New York.

Donkin, R., 1777: Military Collections and Remarks, New York.

Donne, W. B. (ed.), 1867: The Correspondence of King George the

Third with Lord North from 1768 to 1783 (2 vols.), London.

Donop, conde Carl von: Journal of the Hessian Corps in America under General von Heister, 1776-June 1777, Morristown National Historical Park.

Draper, L. C. (ed.), 1968: Diary of Lieut. Anthony Allaire, New York.

Duane, W. (ed.), 1839: Passages from the Diary of Christopher Marshall, Kept in Philadelphia and Lancaster During the American Revolution; Vol. I: 1774-1777, Philadelphia.

Dunkerly, R. M., 2007a: The Battle of King's Mountain: Eyewitness Accounts, Charleston.

Eelking, M. von, 1969: Memoirs, Letters and Journals of Major General Riedesel During His Residence in America (trad. W. L. Stone) [2 vols.], New York (reproducción de original de 1868).

Egleston, N. H., 1886: «The Newgate of Connecticut: The Old Simsbury Copper Mines», Magazine of American History, vol. 15, n.º 4, pp. 321-334.

Elias, R. H., Finch, E. D. (eds.), 1982: Letters of Thomas Attwood Digges (1742-1821), Columbia, S. C.

Evans, I., 1779: A Discourse, Delivered at Easton, on the 17th of October, 1779, to the Officers and Soldiers of the Western Army, Philadelphia.

Evans, I., 1782: A Discourse Delivered near York in Virginia, on the Memorable Occasion of the Surrender of the British Army to the Allied Forces of America and France, before the Brigade of New-York Troops and the Division of American Light-Infantry, under the Command of the Marquis De La Fayette, Philadelphia.

Ewald, J., 1979: Diary of the American War: A Hessian Journal (trad. J. P. Tustin), New Haven.

Field, E. (ed.), 1899: Diary of Colonel Israel Angell, Commanding the Second Rhode Island Continental Regiment During the

American Revolution, 1778-1781, Providence.

Finney, W., Boyle, J. L., 1997: «The Revolutionary War Diaries of Captain Walter Finney», South Carolina Historical Magazine, vol. 98, n.º 2, pp. 126-152.

Fisher, E., 1880: Elijah Fisher's Journal While in the War for Independence, and Continued Two Years after He Came to Maine. 1775-1784, Augusta.

Fitzpatrick, J., 1784: An Essay on Gaol-Abuses, and on the Means of Redressing Them: Together with the General Method of Treating Disorders to Which Prisoners Are Most Incident, Dublin.

Fitzpatrick, J. C. (ed.), 1931-1944: The Writings of George Washington from the Original Manuscript Sources, 1745-1799, Washington.

Fletcher, E., 1798: A Narrative of the Captivity & Sufferings of Mr. Ebenezer Fletcher, of New-Ipswich, Who Was Severely Wounded and Taken Prisoner at the Battle of Hubbardston, Vt. In the Year 1777, by the British and Indians, at the Age of 16 Years, Amherst.

Flick, A. C., 1929: «New Sources on the Sullivan-Clinton Campaign in 1779», Quarterly Journal of the New York State Historical Association, vol. 10, n.º 3 (julio de 1929), pp. 185-224; n.º 4 (octubre de 1929), pp. 265-317.

Foot, C., 1889: «Reminiscences of the Revolution: Prison Letters and Sea Journal of Caleb Foot: Born 1750, Died 1789, Compiled by His Grandson and Namesake Caleb Foot», Essex Institute Historical Collections, vol. 26, pp. 90-122.

Forbes, R., Paton, H., 1895-1896: The Lyon in Mourning; or, a Collection of Speeches, Letters, Journals, Etc. Relative to the Affairs of Prince Charles Edward Stuart (3 vols.), Edinburgh.

Force, P., 1837-1853: American Archives: Consisting of a Collection of Authentick Records, State Papers, Debates, and Letters and Other Notices of Publick Affairs, the Whole Forming a Documentary History of the Origin and Progress of the North American Colonies;

of the Causes and Accomplishment of the American Revolution; and of the Constitution of Government for the United States, to the Final Ratification Thereof. In Six Series (9 vols.), Washington.

Ford, W. C. (ed.), 1904-1937: Journals of the Continental Congress, 1774-1789 (34 vols.), Washington.

Fortescue, J. W. (ed.), 1927-1928: The Correspondence of King George the Third from 1760 to December 1783, Printed from the Original Papers in the Royal Archives at Windsor Castle (6 vols.), London, Macmillan and Co., Limited.

Fox, E., 1847: The Adventures of Ebenezer Fox, Boston.

Franklin, E., 1877: History of Northampton County, Pennsylvania, Philadelphia.

Frazer, P., 1907: General Persifor Frazer: A Memoir Compiled Principally from His Own Papers by His Great-Grandson, Philadelphia.

French, A. (ed.), 1930: Diary of Frederick Mackenzie, Giving a Daily Narrative of His Military Service as an Officer of the Regiment of Royal Welch Fusiliers During the Years 1775-1781 in Massachusetts (2 vols.), Rhode Island and New York, Cambridge.

Freneau, P., 1781: The British Prison-Ship: A Poem in Four Cantos, Philadelphia.

Galloway, J., 1779: Letters to a Nobleman, on the Conduct of the War in the Middle Colonies, London.

Garden, A., 1828: Anecdotes of the American Revolution, Charleston.

Gerlach, L. R. (ed.), 1975b: New Jersey in the American Revolution, 1763-1783: A Documentary History, Trenton.

Gibbes, R. W. (ed.), 1853-1857: Documentary History of the American Revolution (2 vols.), New York.

Gilman, C. (ed.), 1969: Letters of Eliza Wilkinson, New York.

Gleason, B., 1813: An Oration, Pronounced before the Republican Citizens of Charlestown, on the Thirty-Seventh Anniversary of Our National Independence, Monday, July 5, 1813, Boston.

Goebel Jr., J., Smith, J. H. (eds.), 1964-1981: The Law Practice of Alexander Hamilton: Documents and Commentary (5 vols.), New York.

Goold, W., 1873: The Burning of Falmouth (Now Portland, Maine), by Capt. Mowatt in 1775, Boston.

Gordon, A., 1805: Treatise on the Science of Defense: For the Sword, Bayonet, and Pike in Close Action, London.

Gordon, T. F., 1834: The History of New Jersey, Trenton.

Gordon, W., 1788: The History of the Rise, Progress, and Establishment of the Independence of the United States of America: Including an Account of the Late War: And of the Thirteen Colonies, from Their Origin to That Period (4 vols.), London.

[Gran Bretaña, Comisión Lealista], 1960: American Loyalists. Transcript of the Manuscript Books and Papers of the Commission of Enquiry into the Losses and Services of the American Loyalists Held under Acts of Parliament of 23, 25, 26, 28 and 29 of George III Preserved Amongst the Audit Office Records in the Public Record Office of England, 1783-1790 (76 vols.), London.

Graydon, A., 1811: Memoirs of a Life, Chiefly Passed in Pennsylvania, within the Last Sixty Years: With Occasional Remarks Upon the General Occurrences, Character and Spirit of That Eventful Period, Harrisburg.

Graydon, A., 1846: Memoirs of his own time: with reminiscences of the men and events of the revolution, (ed. por John Stockton Littell), Philadelphia.

Greene, A. G., 1829: Recollections of the Jersey Prison-Ship; taken and prepared for publication from the original manuscript of the late Captain Thomas Dring, Providence.

Grout, J., 1775: Proceedings of the Town of Petersham, in Town-

Meeting, January 2, 1775, Boston.

Gruber, I. D. (ed.), 1998: John Peebles' American War: The Diary of a Scottish Grenadier, 1776-1782, Mechanicsburg.

Hamer, P. M., Rogers, J. C. Jr., Chesnutt, D. R., Taylor, C. J. (eds.), 1968-2003: The Papers of Henry Laurens (16 vols.), Columbia.

Hamilton, A., 1784a: A Letter from Phocion to the Considerate Citizens of New-York: On the Politics of the Day, New York.

Hamilton, A., 1784b: A Second Letter from Phocion to the Considerate Citizens of New-York. Containing Remarks on Mentor's Reply, New York.

Hammond, O. G. (ed.), 1930-1939: Letters and Papers of Major-General John Sullivan, Continental Army (3 vols.), Concord.

Harwell, R. B. (ed.), 1956: Proceedings of the County Committees, 1774-1776, the Committees of Safety of Westmoreland and Fincastle, Richmond.

Hastings, H., Holden, J. A. (eds.), 1899-1914: Public Papers of George Clinton, First Governor of New York, 1777-1795, 1801-1804 (10 vols.), New York.

Hawkins, C., Bushnell, C. I., 1864: The Adventures of Christopher Hawkins: Containing Details of His Captivity, a First and Second Time on the High Seas, in the Revolutionary War, by the British, and His Consequent Sufferings, and Escape from the Jersey Prison Ship, New York.

Hazen, J., 1854: Five Years before the Mast, Philadelphia.

Heath, E. (ed.), 2007: Adam Ferguson: Selected Philosophical Writings, Library of Scottish Philosophy, Exeter: Imprint Academic.

Heath, W., 1798: Memoirs of Major General Heath: Containing Anecdotes, Details of Skirmishes, Battles and Other Military Events During the American War, Boston.

Herbert, C., 1847: A Relic of the Revolution, Containing a Full and

Particular Account of the Sufferings and Privations of All the American Prisoners Captured on the High Seas, and Carried to Plymouth, England, During the Revolution of 1776, Boston.

«Historical Notes: A Woman's Letters in 1779 and 1782», South Carolina Historical and Genealogical Magazine, vol. 10, n.º 2, 1909, pp. 125-128.

Houlding, J. A., Yates, G. K., 1990: «Corporal Fox's Memoir of Service, 1766-1783: Quebec, Saratoga, and the Convention Army», Journal of the Society for Army Historical Research, vol. 68, n.º 275, pp. 146-168.

Howard, J., 1777: The State of the Prisons in England and Wales, with Preliminary Observations, and an Account of Some Foreign Prisons, Warrington.

Howard, J., 1792: The State of the Prisons in England and Wales, with Preliminary Observations and an Account of Some Foreign Prisons and Hospitals, London.

Howell, T. B. (ed.), 1816: «Proceedings against John Horne», en A Complete Collection of State Trials and Proceedings for High Treason and Other Crimes and Misdemeanors, London, vol. 20.

Hubbard, J. N., 1842: Sketches of Border Adventures, in the Life and Times of Major Moses Van Campen, a Surviving Soldier of the Revolution, Bath.

Hubley Jr., A., Jordan, J. W., 1909: «Adm. Hubley, Jr., Lt. Colo. Comdt. 11th Penna. Regt., His Journal, Commencing at Wyoming, July 30th, 1779», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 33, n.º 2, pp. 129-146.

Hughes, T., 1970: A Journal by Thos. Hughes, for His Amusement, & Designed Only for His Perusal by the Time He Attains the Age of 50 If He Lives So Long (1778-1789). Kennikat American Bicentennial Series, Port Washington.

Hulton, A., 1927: Letters of a Loyalist Lady, Being the Letters of Anne Hulton, Sister of Henry Hulton, Commissioner of Customs at

Boston, 1767-1776, Cambridge.

Humphreys, D., 1859: The Conduct of General Washington: Respecting the Confinement of Capt. Asgill, Placed in Its True Point of Light, New York.

Hutchinson, P. O. (ed.), 1883-1886: The Diary and Letters of His Excellency Thomas Hutchinson […] Captain-General and Governor-in-Chief Of […] Massachusetts Bay (2 vols.), London.

Irving, W., 1856-1859: Life of George Washington (5 vols.), New York.

Jackson, D. (ed.), 1976-1979: The Diaries of George Washington, Charlottesville.

Johnston, H. P., 1878: The Campaign of 1776 around New York and Brooklyn. Including a New and Circumstantial Account of the Battle of Long Island and the Loss of New York, with a Review of Events to the Close of the Year, Brooklyn.

Johnson, J., 1851: Traditions and Reminiscences Chiefly of the American Revolution in the South, Charleston.

Jones, E. A., 1927: The Loyalists of New Jersey: Their Memorials, Petitions, Claims, Etc., from English Records, Newark.

Jones, E. A., 1930: The Loyalists of Massachusetts, Their Memorials, Petitions and Claims, London.

Jorge III, rey de Gran Bretaña, 1776: His Majesty's Most Gracious Speech to Both Houses of Parliament, on Friday, October 27, 1775, Philadelphia.

Journals of the American Congress: From 1774-1788. In Four Volumes, Washington, 1823.

Kelby, W. (ed.), 1972: Orderly Book of the Three Battalions of Loyalists Commanded by Brigadier-General Oliver De Lancey 1776–1778; to Which Is Appended a List of New York Loyalists in the City of New York During the War of the Revolution, Baltimore.

Kemble, S., 1972: Journals of Lieut. Col. Stephen Kemble, 1773-1789; and British Army Orders: Gen. Sir William Howe, 1775–1778; Gen. Sir Henry Clinton, 1778; and Gen. Daniel Jones, 1778. The American Revolutionary Series. British Accounts of the American Revolution, Boston.

Kemble, S., 1884: The Kemble Papers (2 vols.), New York.

Kendall, E. A., 1809: Travels through the Northern Parts of the United States, in the Years 1807 and 1808 (3 vols.), New York.

Kirkwood, R., 1910: The Journal and Order Book of Captain Robert Kirkwood of the Delaware Regiment of the Continental Line. Papers of the Historical Society of Delaware.

Kröger, A., 1962: Geburt Der USA: German Newspaper Accounts of the American Revolution, 1763-1783, Madison.

Labaree, L. W., Bell, W. J. (eds.), 1959: The Papers of Benjamin Franklin (41 vols. hasta la fecha), New Haven.

Lamb, R., 1968: An Original and Authentic Journal of Occurrences During the Late American War, New York.

Langford, P., Todd, W. B. (eds.), 1981: The Writings and Speeches of Edmund Burke, vol. 3, Oxford.

Larned, E. D., 1899: Historic Gleanings in Windham County, Connecticut, Providence.

Lauber, A. W. (ed.), 1932: The Second New York Regiment, 1780-1783, Albany.

Leech, S., 1844: Thirty Years from Home; or a Voice from the Main Deck Being the Experience of Samuel Leech, Who Was for Six Years in the British and American Navies; Was Captured in the British Frigate Macedonian; Afterwards Entered the American Navy, and Was Taken in the United States Brig Syren, by the British Ship Medway, Boston.

Leggett, A., 1971: The Narrative of Abraham Leggett, New York.

Lewis, J. E. (ed.), 1999: The Mammoth Book of War Diaries and Letters: Life on the Battlefield in the Words of the Ordinary Soldier, 1775-1991, New York.

Mante, T., 1772: The History of the Late War in North-America, and the Islands of the West-Indies: Including the Campaigns of MDCCLXIII and MDCCLXIV against His Majesty's Indian Enemies, London.

Massachusetts Provincial Congress, 1775: A Narrative of the Excursions and Ravages of the King's Troops under the Command of General Gage on the 19th of April, 1775, Worcester.

Mays, D. (ed.), 1967: The Letters and Papers of Edmund Pendleton, 1734-1803. Virginia Historical Society Documents (vols. 7-8), Charlottesville.

McCall, H., 1811-1816: The History of Georgia: Containing Brief Sketches of the Most Remarkable Events, up to the Present Day (2 vols.), Savannah.

McCulloch, J., 1795: A Concise History of the United States: From the Discovery of America Till 1795: With a Correct Map of the United States. 2nd ed., Philadelphia.

McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974: Wilmington-New Hanover Safety Committee Minutes, 1774-1776, Wilmington.

McIlwaine, H. R. (ed.), 1919: Proceedings of the Committees of Safety of Cumberland and Isle of Wight Counties, Virginia, 1775-1776, Richmond.

Melville, H., 1983: Redburn, His First Voyage; White-Jacket, or, the World in a Man-of-War; Moby-Dick, or, the Whale. The Library of America, New York.

Middleton, A., 1926a: «Correspondence of Hon. Arthur Middleton (Continued)», The South Carolina Historical and Genealogical Magazine, vol. 27, n.º 1, pp. 1-29.

Middleton, A., 1926b: «Correspondence of Hon. Arthur Middleton

(Continued)», The South Carolina Historical and Genealogical Magazine, vol. 27, n.º 2, pp. 51-80.

Middleton, A., 1926c: «Correspondence of Hon. Arthur Middleton (Continued)», The South Carolina Historical and Genealogical Magazine, vol. 27, n.º 3, pp. 107-155.

Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776, Harrisburg, 1890.

Montagu-Stuart-Wortley, V. H. G. (ed.), 1925: A Prime Minister and His Son, from the Correspondence of the 3rd Earl of Bute and of Lt.-General the Hon. Sir Charles Stuart, K. B., London.

Moody, J., 1783: Lieut. James Moody's Narrative of His Exertions and Sufferings in the Cause of Government, since the Year 1776. 2nd ed., London.

Moore, F., 1999: Diary of the American Revolution. Eyewitness Accounts of the American Revolution (2 vols.), New York.

Morris, Gouverneur, 1779: Observations on the American Revolution: Published According to a Resolution of Congress, by Their Committee, for the Consideration of Those Who Are Desirous of Comparing the Conduct of the Opposed Parties, and the Several Consequences Which Have Flowed from It, Philadelphia.

Morris, R. B. (ed.), 1980: John Jay: The Winning of the Peace. Unpublished Papers, 1780-1784, New York.

Moss, B. G. (ed.), 2000: Uzal Johnson, Loyalist Surgeon: A Revolutionary War Diary, Blacksburg.

Muhlenberg, H. M., 1982: The Journals of Henry Melchior Muhlenberg (transl. by T. G. Tappert & J. W. Doberstein) [3 vols.], Philadelphia.

Namier, L. B., Brooke, J., 1964: The History of Parliament: The House of Commons, 1754-1790 (3 vols.), New York.

[New Hampshire Committee of Safety], estado de Nuevo Hampshire, 1782: In Committee of Safety, Exeter, November 1,

1782: Ordered, That the Following Proclamation for a General Thanksgiving on the Twenty-Eighth Day of November Instant, Received from the Honorable Continental Congress, Be Forthwith Printed, Exeter.

New Jersey Historical Society, 1977: Documents Relating to the Revolutionary History of the State of New Jersey (5 vols.), New York [publ. orig. 1901-1917].

Newsome, A. R., 1932: «A British Orderly Book, 1780-1781», North Carolina Historical Review, vol. 9, n.º 1-4, pp. 57-78; 163-186; 273-298; 366-392.

[New York], 1842: Journals of the Provincial Congress, Provincial Convention, Committee of Safety and Council of Safety of the State of New-York. 1775-1775-1777 (2 vols.), Albany.

Norton, J. E. (ed.), 1956: The Letters of Edward Gibbon (3 vols.), London.

Onderdonk, H., 1849: Revolutionary Incidents of Suffolk and Kings Counties: With an Account of the Battle of Long Island and the British Prisons and Prison-Ships at New York, New York.

Pabst, A. C. (ed.), 1969: American Revolutionary War Manuscript Records: Elias Boudinot and General Haldimand Papers, Delaware.

Paine, T., 1995: Collected Writings, New York.

Parsons, H. S., 1933: «Contemporary English Accounts of the Destruction of Norfolk in 1776», The William & Mary Quarterly 2nd ser., vol. 13, n.º 4, pp. 219-224.

Parton, J., 1860: Life of Andrew Jackson (3 vols.), New York.

Peckham, H. H. (ed.), 1978: Sources of American Independence: Selected Manuscripts from the Collections of the William L. Clements Library (2 vols.), Chicago.

Peters, S., 1781: A General History of Connecticut: From Its First Settlement under George Fenwick, Esq. To Its Latest Period of Amity with Great Britain; Including a Description of the Country,

and Many Curious and Interesting Anecdotes. To Which Is Added, an Appendix, Wherein New and the True Sources of the Present Rebellion in America Are Pointed out; Together with the Particular Part Taken by the People of Connecticut in Its Promotion, London.

Pettengill, R. W., 1964: Letters from America, 1776-1779: Being Letters of Brunswick, Hessian, and Waldeck Officers with the British Armies During the Revolution, Port Washington.

Phelps, R. H., 1844: Newgate of Connecticut: A History of the Prison, Its Insurrections, Massacres, &C., Imprisonment of the Tories, in the Revolution, Hartford.

Phelps, R. H., 1876: Newgate of Connecticut: Its Origin and Early History. Being a Full Description of the Famous and Wonderful Simsbury Mines and Caverns, and the Prison Built over Them, Hartford.

Post, L. M., 1866: Grace Barclay's Diary; or, Personal Recollections of the American Revolution, New York.

Post, L. M., 1970: Personal Recollections of the American Revolution: A Private Journal, Prepared from Authentic Domestic Records, Port Washington.

Potter, I., 1824: Life and Remarkable Adventures of Israel R. Potter, (a Native of Cranston, Rhode-Island,) Who Was a Soldier in the American Revolution […] After Which He Was Taken Prisoner by the British, Conveyed to England, Where for 30 Years He Obtained a Livelihood […] By Crying «Old Chairs to Mend», Providence.

Potts, W. J., Du Simitiere, P. E., 1889: «Du Simitiere, Artist, Antiquary, and Naturalist, Projector of the First American Museum, with Some Extracts from His Note-Book», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 13, n.º 3, pp. 341-375.

Prince, C. E., Ryan, D. P., et al. (eds.), 1979-1988: The Papers of William Livingston (5 vols.), Trenton.

Proceedings of the Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties, Virginia, 1774-1776, Richmond, 1929.

Ramsay, D., 1789: The History of the American Revolution (2 vols.), Philadelphia.

Rau, L., 1933: «Sergeant John Smith's Diary of 1776», Mississippi Valley Historical Review, vol. 20, n.º 2, pp. 247-270.

Raymond, W. O. (ed.), 1889: Kingston and the Loyalists of the «Spring Fleet» of 1783: With Reminiscences of Early Days in Connecticut: To Which Is Appended a Diary Written by Sarah Frost on Her Voyage to Saint John, New Brunswick, with the Loyalists of 1783, Saint John, N. B.

Raymond, W. O. (ed.), 1901: Winslow Papers A.D. 1776-1826, St. John's, N.B.

Reed, W. B., 1840: Oration Delivered on the Occasion of the Reinterment of the Remains of General Hugh Mercer before the St. Andrew's and Thistle Societies, Philadelphia.

Report on American Manuscripts in the Royal Institution of Great Britain (4 vols.), London, 1904-1909.

Robson, E. (ed.), 1951: Letters from America, 1773 to 1780: Being the Letters of a Scots Officer, Sir James Murray, to His Home During the War of American Independence, Manchester.

Rogers, A., 1974: Empire and Liberty: American Resistance to British Authority, 1755-1763, Berkeley.

Rogers, E. E., 1933: Connecticut's Naval Office at New London During the War of the American Revolution, Including the Mercantile Letter Book of Nathaniel Shaw, Jr., New London.

Ross, C. D. (ed.), 1859: Correspondence of Charles, First Marquis Cornwallis (3 vols.), London, J. Murray.

Rush, B., 1784: Considerations Upon the Present Test-Law of Pennsylvania: Addressed to the Legislature and Freemen of the State, Philadelphia.

Sabine, L., 1864: Biographical Sketches of Loyalists of the American Revolution, with an Historical Essay (2 vols.), Boston.

Sabine, W. H. W. (ed.), 1954: The New-York Diary of Lieutenant Jabez Fitch of the 17th (Connecticut) Regiment from August 22, 1776 to December 15, 1777, New York.

Sabine, W. H. W. (ed.), 1971: Historical Memoirs of William Smith, 1778-1783, New York.

Schaack, H. C. Van, 1842: The Life of Peter Van Schaack, LL.D.: Embracing Selections from his Correspondence and Other Writings During the American Revolution, and his Exile in England, New York.

Scheer, G. F. (ed.), 1962: Private Yankee Doodle; Being a Narrative of Some of the Adventures, Dangers, and Sufferings of a Revolutionary Soldier, Boston.

Schenck, E. H., 1889-1905: The History of Fairfield, Fairfield County, Connecticut, from the Settlement of the Town in 1639 to 1818 (2 vols.), New York.

Scott, J. A. (ed.), 1968: The Diary of the American Revolution. Compiled by Frank Moore, Abridged, Ed., and with an Introduction by John Anthony Scott, New York.

Scull, G. D. (ed.), 1971: Memoir and Letters of Captain W. Glanville Evelyn, New York.

Seabury, S., 1930: «The Congress Canvassed, or, an Examination into the Conduct of Delegates at Their Grand Convention», en C. H. Vance (ed.), Letters of a Westchester Farmer, 1774-1775, White Plains, pp. 69-100.

Shaw, J. R., 1807: A Narrative of the Life & Travels of John Robert Shaw, the Well-Digger, Now Resident in Lexington, Kentucky, Lexington.

Sherburne, A., 1828: Memoirs of Andrew Sherburne: A Pensioner of the Navy of the Revolution, Utica.

Shipp, J., 1831: Flogging and Its Substitute. A Voice from the Ranks; or a Letter to Sir Francis Burdett on the Barbarous and Degrading System of Flogging Soldiers and Sailors, London.

Showman, R. K., McCarthy, R. E., Conrad, D. M., Carp, E. (eds.) 1976-2005: The Papers of General Nathanael Greene (13 vols.), Chapel Hill.

Simcoe, J. G., 1844: Simcoe's Military Journal: A History of the Operations of a Partisan Corps, Called the Queen's Rangers, Commanded by Lieut. Col. J.G. Simcoe, During the War of the American Revolution; Now First Published, with a Memoir of the Author and Other Additions, New York.

Simitière, P. du: American Museum, Philadelphia.

Simmons, R. C., Thomas, P. D. G. (eds.), 1982: Proceedings and Debates of the British Parliaments Respecting North America, 1754-1783, Millwood.

Slafter, E. F., 1887-1889: «Royal Arms and Other Regal Emblems and Memorials in Use in the Colonies before the American Revolution», Proceedings of the Massachusetts Historical Society, 2.ª serie, vol. 4, pp. 239-264.

Smith, A., 1985: An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations, New York.

Smith, P. H., Gawalt, G. W., Plakas, R. F., Sheridan, E. R. (eds.), 1976-2000: Letters of Delegates to Congress, 1774-1789 (26 vols.), Washington.

Smith Futhey, J., 1877: «The Massacre of Paoli», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 1, n.º 3, pp. 285-319.

Smyth, A. H. (ed.), 1905-1907: The Writings of Benjamin Franklin (10 vols.), New York.

Somerville, A., 1848: The Autobiography of a Working Man, London.

Southern, E. (ed.), 2009: Voices of the American Revolution in the Carolinas, Real Voices, Real History Series, Winston-Salem.

Sparks, J. (ed.), 1834-1837: The Writings of George Washington; Being His Correspondence, Addresses, Messages, and Other Papers,

Official and Private, Selected and Published from the Original Manuscript with a Life of the Author, Notes and Illustrations (12 vols.), Boston.

Sparks, J. (ed.), 1847: The Writings of George Washington; Being His Correspondence, Addresses, Messages, and Other Papers, Official and Private, Selected and Published from the Original Manuscripts (12 vols.), New York.

St. George, R., 1905: «The Actions at Brandywine and Paoli, Described by a British Officer», The Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 29, n.º 3, pp. 368-369.

Stedman, C., 1794: The History of the Origin, Progress, and Termination of the American War (2 vols.), London.

Steiner, B. C., 1907: The Life and Correspondence of James Mchenry, Secretary of War under Washington and Adams, Cleveland.

Stevens, B. F. (ed.), [1970]: General Sir William Howe›s Orderly book at Charlestown, Boston and Halifax, June 17, 1775 to 1776, 26 May; to which is added the oficial abridgment of General Howe›s correspondence with the English Government during the siege of Boston, and some military returns, Port Washington.

Stevens, J. A., DeCosta, B. F., Johnston, H. P., Lamb, M. J., Pond, N. G., Abbatt, W., 1877-1893: The Magazine of American History with Notes and Queries, New York.

Stewart, F. H., 1929: Foraging for Valley Forge by General Anthony Wayne in Salem and Gloucester Counties, Woodbury.

Stiles, H. R., (ed.), 1865: Letters from the Prisons and Prison-Ships of the Revolution, The Wallabout Prison Ship Series, New York.

Stone, W. L. (ed.), 1970: Letters of Brunswick and Hessian Officers During the American Revolution, New York.

Stryker, W. S., 1894: The Affair at Egg Harbor, New Jersey, October 15, 1778, Trenton.

Stryker, W. S., 1898: The Battles of Trenton and Princeton, Boston.

Sullivan, J., Flick, A. C., 1923-1925: Minutes of the Albany Committee of Correspondence, 1775-1778 (2 vols.), Albany.

Swain, D. (ed.), 2010: Recollections of Life on the Prison Ship Jersey in 1782, Thomas Dring. A Revolutionary War-Era Manuscript, Yardley.

Syrett, H. C., Cooke, J. E. (eds.), 1961-1987: The Papers of Alexander Hamilton (27 vols.), New York.

Talbot, S., 1803: An Historical Sketch, to the End of the Revolutionary War, of the Life of Silas Talbot, Esq., of the State of Rhode-Island, Lately Commander of the United States Frigate, the Constitution, and of an American Squadron in the West-Indies, New York.

Tarleton, B., teniente coronel, 1787: A History of the Campaigns of 1780 and 1781 in the Southern Provinces of North America, London.

Tatum, E. H. (ed.), 1940: The American Journal of Ambrose Serle, secretary to lord Howe, San Marino.

Taylor, G., 1855: Martyrs to the Revolution in the British Prison-Ships in the Wallabout Bay, New York.

Taylor, R. J., Kline, M. -J., Lint, G. L. (eds.), 1977: Papers of John Adams (17 vols. hasta la fecha), Cambridge.

Thacher, J., 1823: A Military Journal During the American Revolutionary War, from 1775 to 1783, Describing Interesting Events and Transactions of This Period, with Numerous Historical Facts and Anecdotes, from the Original Manuscript. To Which Is Added an Appendix, Containing Biographical Sketches of Several General Officers, Boston.

Thacher, J., 1827: A Military Journal During the American Revolutionary War, from 1775 to 1783; Describing Interesting Events and Transactions of This Period; with Numerous Historical Facts and Anecdotes, from the Original Manuscript. To Which Is

Added an Appendix, Containing Biographical Sketches of Several General Officers, Boston.

The American Apollo, Boston, 1792.

«The Battle of Princeton. By Sergeant R----», Pennsylvania Magazine of History and Biography, 1896, vol. 20, n.º 4, pp. 515-519.

The Report of the Lords Committees Appointed by the House of Lords to Enquire into the Several Proceedings in the Colony of Massachusett's Bay, in Opposition to the Sovereignty of His Majesty, in His Parliament of Great Britain, over That Province; and Also What Hath Passed in This House Relative Thereto, from the First Day of January, 1764, London, 1774.

«The Siege of Charleston; Journal of Captain Peter Russell, December 25, 1779, to May 2, 1780», American Historical Review, 1899, vol. 4, n.º 3, pp. 478-501.

The Trial of William Wemms, James Hartegan, William M'cauley, Hugh White, Matthew Killroy, William Warren, John Carrol, and Hugh Montgomery, Soldiers in His Majesty's 29th Regiment of Foot, for the Murder of Crispus Attucks, Samuel Gray, Samuel Maverick, James Caldwell, and Patrick Carr, on Monday-Evening, the 5th of March, 1770: At the Superior Court of Judicature, Court of Assize and General Goal Delivery, Held at Boston; the 27th Day of November, 1770, by Adjournment, before the Hon. Benjamin Lynde, John Cushing, Peter Oliver, and Edmund Trowbridge, Esquires, Justices of Said Court / Taken in Short-Hand by John Hodgson, Boston, 1770.

«The Woodford, Howe, and Lee Letters», Richmond College Historical Papers, 1, 1915, pp. 96-163.

Thompson, G., 1940: «Diary of George Thompson of Newburyport, Kept at Forton Prison, England, 1777-1781», Essex Institute Historical Collections, vol. 76, n.º julio, pp. 221-242.

Thompson, P., 2015: «Social Death and Slavery: The Logic of Political Association and the Logic of Chattel Slavery in Revolutionary America», en P. Griffin, R. G. Ingram, P. S. Onuf, B. Schoen (eds.), Between Sovereignty and Anarchy: The Politics of

Violence in the American Revolutionary Era, Charlottesville, Virginia, pp. 139-164.

Townshend, C. H., 1879: The British Invasion of New Haven, Connecticut, New Haven.

Trumbull, B., 1784: God Is to Be Praised for the Glory of His Majesty, and for His Mighty Works.: A Sermon, Delivered at North-Haven, December 11, 1783. The Day Appointed by the United States for a General Thanksgiving on Account of the Peace Concluded with Great-Britain, New Haven.

Trumbull, J., 1776: Mcfingal: A Modern Epic Poem. Or, the Town-Meeting, London, Philadelphia.

Tudor, W., 1826: «Memoir of Hon. William Tudor» en Collections of the Massachusetts Historical Society, Boston, pp. 285-324.

Tyler, M. C., 1898: Glimpses of England; Social, Political, Literary, New York.

United States Department of State [Departamento de Estado de Estados Unidos], 1889: The Revolutionary Diplomatic Correspondence of the United States (6 vols.), Washington.

Vail, R. W. G. (ed.), 1929: «Diary of Lieut. Obadiah Gore, Jr., in the Sullivan-Clinton Campaign of 1779», Bulletin of the New York Public Library, vol. 33 (oct. 1929), pp. 711-739.

Vail, R. W. G. (ed.), 1957: «The Western Campaign of 1779: The Diary of Quartermaster Sergeant Moses Sproule of the Third New Jersey Regiment in the Sullivan Expedition of the Revolutionary War, May 17-October 17, 1779», New-York Historical Association Quarterly, vol. 41, pp. 35-69.

Vance, C. H. (ed.), 1930: Letters of a Westchester Farmer, 1774-1775, White Plains.

Vattel, E. de, Kapossy, B., Whatmore, R., 2008: The Law of Nations, or, Principles of the Law of Nature, Applied to the Conduct and Affairs of Nations and Sovereigns, with Three Early Essays on the Origin and Nature of Natural Law and on Luxury. Translated by

Thomas Nugent. Natural Law and Enlightenment Classics, Indianapolis.

[Virginia], 1835: «Report of the Committee to Investigate the Burning of Norfolk, 1776», en Journal of the House of Delegates of the Commonwealth of Virginia, Richmond.

[Virginia], 1835: Journal of the House of Delegates of the Commonwealth of Virginia … 1835-36, Richmond.

Waldo, A., 1897: «Valley Forge, 1777-1778. Diary of Surgeon Albigence Waldo, of the Connecticut Line», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 21, n.º 3, pp. 299-323.

Warren, M. O., 1805: History of the Rise, Progress, and Termination of the American Revolution: Interspersed with Biographical, Political, and Moral Observations (3 vols.), Boston.

Washington, G., 1838-1839: The Writings of George Washington; Being His Correspondence, Addresses, Messages, and Other Papers, Official and Private, Selected and Published from the Original Manuscripts (12 vols.), Boston.

[Washington, G.], Epistles Domestic, Confidential and Official from General Washington: Written About the Commencement of the American Contest, When He Entered on the Command of the Army of the United States, New York, 1796.

Watson, W. C. (ed.), 1856: Men and Times of the Revolution; or, Memoirs of Elkanah Watson, Including Journals of Travels in Europe and America, from 1777 to 1842, with His Correspondence with Public Men and Reminiscences and Incidents of the Revolution, New York.

[Wemms, W.], The Trial of the British Soldiers, of the 29th Regiment of Foot, for the Murder of Crispus Attucks, Samuel Gray, Samuel Maverick, James Caldwell, and Patrick Carr, on Monday Evening, March 5, 1770, before the Honorable Benjamin Lynde, John Cushing, Peter Oliver, and Edmund Trowbridge, Esquires, Justices of the Superior Court of Judicature, Court of Assize, and General Goal Delivery, Held at Boston, by Adjournment, November

27, 1770, Boston, 1807.

Wilkinson, E., 1839: Letters of Eliza Wilkinson, During the Invasion and Possession of Charlestown, S. C., New York.

Willcox, W. B. (ed.), 1954: The American Rebellion: Sir Henry Clinton's Narrative of His Campaigns, 1775-1782, with an Appendix of Original Documents, New Haven.

Williams, E., 1976: Letters and Documents of Ezekiel Williams of Wethersfield, Connecticut: Deputy Commissary General of Prisoners of War within the State of Connecticut (1776-1783), Hartford.

Williamson, J., 1791: The Elements of Military Arrangement: And of the Discipline of War; Adapted to the Practice of the British Infantry (2 vols.), London.

Winsor, J., 1849: History of the Town of Duxbury, Massachusetts, with Genealogical Registers, Boston.

Young, W., 1884: «Journal of Sergeant William Young», The Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 8, n.º 3 (oct. 1884), pp. 255-278.

Young, W., 1884: «Journal of Sergeant William Young», Historical Society of Pennsylvania, am. 619.

Zeinert, K. (ed.), 1993: The Memoirs of Andrew Sherburne, Patriot and Privateer of the American Revolution, Hamden.

Primarias en alemán

Gall, M. von (ed.), 2005: Hanauer Journale Und Briefe Aus Dem Amerikanischen Unabhängigkeitskrieg 1776-1783, Hanau.

Primarias en francés

Le Barbier, J. L., 1875: Asgill: Drame, En Cinq Actes, En Prose; Dédié a Madame Asgill, Paris.

Montesquieu, C. de S., Vernet, J., 1748: De L'esprit Des Loix, Ou, Du Rapport Que Les Loix Doivent Avoir Avec La Constitution De Chaque Gouvernment, Les Moeurs, Le Climat, La Religion, Le Commerce & C.: À Quoi L'auteur a Ajouté Des Recherches Nouvelles Sur Les Loix Romaines Touchant Les Successions, Sur Les Loix Françoises & Sur Les Loix Féodales (2 vols.), Genéve.

Primarias en latín

Grotius, H., 1625: Hugonis Grotii De Iure Belli Ac Pacis Libri Tres: In Quibus Ius Naturae & Gentium, Item Iuris Publici Praecipua Explicantur, Parisiis.

SECUNDARIAS

En inglés

Aaron, S., 2006: American Confluence: The Missouri Frontier from Borderland to Border State, Bloomington.

Abell, F., 1914: Prisoners of War in Britain 1756 to 1815; a Record of Their Lives, Their Romance and Their Sufferings, London.

Abler, T. S., 1992: «Scalping, Torture, Cannibalism and Rape: An Ethnohistorical Analysis of Conflicting Cultural Values in War», Anthopologica, vol. 34, n.º 1, pp. 3-20.

Abler, T. S., 2007: Cornplanter: Chief Warrior of the Allegany Senecas, Syracuse.

Adams, C. y Pleck, E. H., 2010: Love of Freedom: Black Women in Colonial and Revolutionary New England, Oxford.

Adams, W. H., 2003: Gouverneur Morris: An Independent Life, New Haven.

Adelberg, M. S., 1997: «"A Combination to Trample All Law Underfoot": The Association for Retaliation and the American Revolution in Monmouth County», New Jersey History, vol. 115, n.º 3-4, pp. 3-36.

Adelberg, M. S., 2010: The American Revolution in Monmouth County: The Theatre of Spoil and Destruction, Charleston.

Alexander, J. K., 1967a: «Forton Prison During the American Revolution: A Case Study of British Prisoner of War Policy and the American Prisoner Response to That Policy», Essex Institute Historical Collections, vol. 103, n.º 4, pp. 365-389.

Alexander, J. K., 1967b: «Jonathan Haskins' Mill Prison "Diary": Can It Be Accepted at Face Value?», The New England Quarterly, vol. 40, n.º 4, pp. 561-564.

Allen, T. B., 2010: Tories: Fighting for the King in America's First Civil War, New York.

Altink, H., 2002: «"An Outrage on All Decency": Abolitionist Reactions to Flogging Jamaica Slave Women, 1780-1834», Slavery & Abolition, vol. 23, n.º 2, pp. 107-122.

Altschul, C., 1917: The American Revolution in Our School Text-Books; an Attempt to Trace the Influence of Early School Education on the Feeling Towards England in the United States, New York.

Anderson, F., 1984: A People's Army: Massachusetts Soldiers and Society in the Seven Years' War, Chapel Hill.

Anderson, F., 2000: Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766, New York.

Anderson, F., Cayton, A., 2005: The Dominion of War: Empire and Conflict in America, 1500-2000, London.

Anderson, O., 1955: «The Treatment of Prisoners of War in Britain During the American War of Independence», Bulletin of the Institute of Historical Research, vol. 28, n.º 77, pp. 63-83.

Anderson, T. S., 2005: The Command of the Howe Brothers During the American Revolution, Cranbury.

Andrew, D. T., 1989: Philanthropy and Police: London Charity in the Eighteenth Century, Princeton.

Andrew, D. T., 1994: London Debating Societies, 1776-1799, London.

Andrews, M., 1986: 'Myrmidons from Abroad': The Role of the German Mercenary in the Coming of American Independence, tesis doctoral, University of Houston.

Anishanslin, Z., 2016: «"This Is the Skin of a Whit[e] Man": Material Memories of Violence in Sullivan's Campaign», en P. Spero, M. Zuckerman (eds.), The American Revolution Reborn, Philadelphia.

Applegate, H. L., 1961: «American Privateersmen in the Mill Prison During 1777-1782», Essex Institute Historical Collections, vol. 97, pp. 303-320.

Archer, R., 2010: As If an Enemy's Country: The British Occupation of Boston and the Origins of Revolution, Oxford.

Armitage, D., 2002: «The Declaration of Independence and International Law», WMQ, vol. 59, n.º 1, pp. 39-64.

Armitage, D., 2007: The Declaration of Independence: A Global History, Cambridge.

Armitage, D., 2009: «Civil War and Revolution», Agora (Melbourne), vol. 44, n.º 2, pp. 18-22.

Ashton, R. J., 1973: The Loyalist Experience: New York, 1763-1789

[tesis doctoral], Northwestern University, Evanston.

Atwood, R., 1980: The Hessians: Mercenaries from Hessen-Kassel in the American Revolution, Cambridge.

Axtell, J., 1981: The European and the Indian: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America, New York.

Ayling, S., 1972: George the Third, London.

Babits, L. E., 1998: A Devil of a Whipping: The Battle of Cowpens, Chapel Hill.

Bailyn, B., 1967: The Ideological Origins of the American Revolution, Cambridge [ed. en esp.: Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana, Tecnos, Madrid, 2012].

Bailyn, B., 1974: The Ordeal of Thomas Hutchinson, Cambridge.

Baines, B. J., 1998: «Effacing Rape in Early Modern Representation», English Literary History vol. 65, n.º 1, pp. 69-98.

Baker, N., 1971: Government and Contractors: The British Treasury and War Supplies, 1775-1783, London.

Banks, J. L., 1909: David Sproat and Naval Prisoners in the War of the Revolution, New York.

Bannister, J., Riordan, L. (eds.), 2012a: The Loyal Atlantic: Remaking the British Atlantic in the Revolutionary Era, Toronto.

Bannister, J., Riordan, L., 2012b: «Loyalism and the British Atlantic, 1660-1840», en L. Riordan, J. Bannister (eds.), The Loyal Atlantic: Remaking the British Atlantic in the Revolutionary Era, Toronto, pp. 1-36.

Barker-Benfield, G. J., 1999: «Sensibility», en I. McCalman, J. Mee, G. Russell, C. Tuite (eds.), Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832, Oxford, pp. 102-113.

Barnes, E., 2011: Love's Whipping Boy: Violence & Sentimentality in the American Imagination, Chapel Hill.

Bashar, N., 1983: «Rape in England between 1550 and 1700», en The Sexual Dynamics of History: Men's Power, Women's Resistance, (London Feminist History Group, ed.), London, pp. 28-42.

Bass, R. D., 1973: The Green Dragoon: The Lives of Banastre Tarleton and Mary Robinson, New York.

Baylyn, C., 1989: Imperial Meridian, Routledge.

Becker, C. L., 1942: The Declaration of Independence: A Study in the History of Political Ideas, New York.

Beeman, R. R., 2013: Our Lives, Our Fortunes and Our Sacred Honor: The Forging of American Independence, 1774-1776, New York.

Belcher, H., 2005: The First American Civil War: First Period, 1775-1778, with Chapters on the Continental or Revolutionary Army and on the Forces of the Crown, Cranbury.

Bell, D. A., 2007: The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It, Boston.

Bellesiles, M. A. (ed.), 1999: Lethal Imagination: Violence and Brutality in American History, New York.

Berger, C., 1976: Broadsides & Bayonets: The Propaganda War of the American Revolution, Revised Ed., San Rafael.

Berkin, C., 1974: Jonathan Sewall: Odyssey of an American Loyalist, New York and London.

Berkin, C., 2005: Revolutionary Mothers: Women in the Struggle for America's Independence, New York.

Berlin, R. H., 1976: The Administration of Military Justice in the Continental Army During the American Revolution, 1775-1783, tesis doctoral, University of California, Santa Barbara.

Bernath, S. L., 1967: «George Washington and the Genesis of American Military Discipline», Mid-America, vol. 49, n.º 2, pp. 83-100.

Best, G., 1980: Humanity in Warfare, New York.

Bickham, T., 2002: «Sympathizing with Sedition? George Washington, the British Press, and British Attitudes During the American War of Independence», The William & Mary Quarterly, vol. 59, n.º 1, pp. 101-122.

Bickham, T., 2005: Savages within the Empire: Representations of American Indians in Eighteenth-Century Britain, Oxford.

Bickham, T., 2009: Making Headlines: The American Revolution as Seen through the British Press, DeKalb.

Bickham, T., 2012: The Weight of Vengeance: The United States, the British Empire, and the War of 1812, New York.

Billias, G. A., 1973: «The First Un-Americans: The Loyalists in American Historiography», en G. A. Billias, A. T. Vaughan (eds.), Perspectives in Early American History: essays in honor of Richard B. Morris., New York, pp. 282-324.

Billias, G. A. (ed.), 1994a: George Washington's Generals and Opponents: Their Exploits and Leadership, New York.

Billias, G. A., 1994b: «John Burgoyne: Ambitious General», en G. A. Billias (ed.), George Washington's Generals and Opponents: Their Exploits and Leadership, New York, 1994, pp. 142-192.

Black, J., 2006: George III: America's Last King, New Haven.

Black, J., 2009: War: A Short History, London.

Black, J., 2012: War and the Cultural Turn, Cambridge.

Blakey, G. T., 1970: Historians on the Homefront: American Propagandists for the Great War, Lexington.

Block, S., 2002: «Rape without Women: Print Culture and the Politicization of Rape, 1765- 1815», Journal of American History, vol. 89, n.º 3, pp. 849-868.

Block, S., 2005: «Violence or Sex? Constructions of Rape and Race

in Early America», en J. Smolenski, T. J. Humphrey (eds.), New World Orders: Violence, Sanction, and Authority in the Colonial Americas, Philadelphia, pp. 111-127.

Block, S., 2006: Rape and Sexual Power in Early America, Chapel Hill.

Block, S., 2011: «Rape in the American Revolution: Process, Reaction, and Public Re-Creation», en E. D. Heineman (ed.), Sexual Violence in Conflict Zones: From the Ancient World to the Era of Human Rights, Philadelphia, 2011, pp. 25-38.

Blythe, R. W., Carroll, M. A., Moffson, S. H., 1995: Kings Mountain National Military Park: Historic Resource Study, Atlanta.

Bolton, A. S., 2004: «Asgill, Sir Charles, second baronet (1762-1823)», rev. S. Kinross, en Oxford Dictionary of National Biography, Oxford University Press, disponible en <http://www.oxforddnb.com.pitt.idm.oclc.org/view/article/733> [último acceso, 21 de agosto de 2016].

Booth, S. S., 1973: The Women of '76, New York.

Borick, C. P., 2003: A Gallant Defense: The Siege of Charleston, 1780, Columbia.

Borick, C. P., 2012: Relieve Us of This Burthen: American Prisoners of War in the Revolutionary South, 1780-1782, Columbia.

Bourke, J., 2006: Fear: A Cultural History, Emeryville.

Bourne, R., 2006: Cradle of Violence: How Boston's Waterfront Mobs Ignited the American Revolution, Hoboken.

Bowler, R. A., 1975: Logistics and the Failure of the British Army in America, 1775-1783, Princeton.

Bowman, A., 1943: The Morale of the American Revolutionary Army, Washington D. C.

Bowman, L. G., 1971a: «The Court-Martial of Captain Richard Lippincott», New Jersey History, vol. 89, n.º 1, pp. 23-36.

Bowman, L. G., 1971b: «The Virginia County Committees of Safety, 1774-1776», Virginia Magazine of History and Biography, vol. 79, n.º 3, pp. 322-337.

Bowman, L. G., 1976a: Captive Americans: Prisoners During the American Revolution, Athens.

Bowman, L. G., 1976b: «Lewis Pintard: Agent to American Prisoners, 1777-1780», Journal of the Great Lakes History Conference, vol. 1, pp. 38-49.

Boyd, G. A., 1952: Elias Boudinot, Patriot and Statesman, 1740-1821, Princeton.

Bradley, J. E., 1998: «The British Public and the American Revolution: Ideology, Interest and Opinion», en H. T. Dickinson (ed.), Britain and the American Revolution, London, pp. 124-154.

Bradburn, D., 2009: The Citizenship Revolution: Politics and the Creation of the American Union 1774-1804, Charlottesville.

Brandes, S. D., 1997: Warhogs: A History of War Profits in America, Lexington.

Breen, T. H., 1997: «Ideology and Nationalism on the Eve of the American Revolution: Revisions Once More in Need of Revising», The Journal of American History, vol. 84, n.º 1, pp. 13-39.

Breen, T. H., 2004: The Marketplace of Revolution: How Consumer Politics Shaped American Independence, Oxford.

Breen, T. H., 2010: American Insurgents, American Patriots: The Revolution of the People, New York.

Brewer, J., 2009: «Sentiment and Sensibility», en J. Chandler (ed.), Cambridge History of English Romantic Literature, Cambridge, pp. 21-44.

Brooke, J., 1972: King George III, London.

Brookhiser, R., 1999: Alexander Hamilton, American, New York.

Brookhiser, R., 2003: Gentleman Revolutionary: Gouverneur Morris, the Rake Who Wrote the Constitution, New York.

Brown, C. L., 2006: Moral Capital: Foundations of British Abolitionism, Chapel Hill.

Brown, G. S., 1963: The American Secretary: The Colonial Policy of Lord George Germain, 1775-1778, Ann Arbor.

Brown, K. M., 1996: Good Wives, Nasty Wenches, and Anxious Patriarchs: Gender, Race, and Power in Colonial Virginia, Chapel Hill.

Brown, R. M., 1975: Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism, New York.

Brown, R. M., 1983: Revolutionary New Hampshire and the Loyalist Experience: «Surely We Have Deserved a Better Fate» [tesis doctoral], University of New Hampshire., Durham

Brown, W., 1965: The King's Friends: The Composition and Motives of the American Loyalist Claimants, Providence.

Brown, W. A., 1941: Empire or Independence: A Study in the Failure of Reconciliation, 1774-1783, University, LA.

Brown, W. A., 1966: Empire or Independence: A Study in the Failure of Reconciliation, 1774-1783, Port Washington.

Brownmiller, S., 1975: Against Our Will: Men, Women, and Rape, New York.

Brumwell, S., 2912: George Washington, Gentleman Warrior, London.

Buchanan, J., 1997: The Road to Guilford Courthouse: The American Revolution in the Carolinas, New York.

Buel, J. D., Buel Jr., R., 1984: The Way of Duty: A Woman and Her Family in Revolutionary America, New York.

Bunker, N., 2014: An Empire on the Edge: How Britain Came to

Fight America, New York.

Burk, K., 1979: «Great Britain in the United States, 1917-1918: The Turning Point», International History Review, vol. 1, n.º 2, pp. 228-245.

Burks, D. G., 1995: «"I'll Want My Will Else": 'The Changeling' and Women's Complicity with their Rapists», English Literary History, vol. 62, n.º 4, pp. 759-790.

Burns, E., 2006: Infamous Scribblers: The Founding Fathers and the Rowdy Beginnings of American Journalism, New York.

Burns, F. L., Teamer, S. P., 1937: «One Hundred Sixtieth Anniversary of the Paoli Massacre Copies of Itinerary, Maps, and Address», Tredyffrin Easttown Historical Society History Quarterly, vol. 1, n.º 1 (1937), pp. 2-12.

Burrows, E. G., 2005: «Kings County», en J. S. Tiedemann, E. R. Fingerhut (eds.), The Other New York: The American Revolution Beyond New York City, 1763-1787, Albany, pp. 21-42.

Burrows, E. G., 2008: Forgotten Patriots: The Untold Story of American Prisoners During the Revolutionary War, New York.

Burrows, E. G., Wallace, M., 1999: Gotham: A History of New York City to 1898, New York.

Burroughs, P., 1985: «Crime and Punishment in the British Army, 1815-1870», English Historical Review, vol. 100, n.º 396, pp. 545-571.

Burrows, S., 2002: «The Cosmopolitan Press, 1760-1815», en H. Barker, S. Burrows (eds.), Press, Politics and the Public Sphere in Europe and North America, 1760-1820, Cambridge, pp. 23-47.

Bushman, R. L., 1985: King and People in Provincial Massachusetts, Chapel Hill.

Butterfield, L. H., 1950: «Psychological Warfare in 1776: The Jefferson-Franklin Plan to Cause Hessian Desertions», Proceedings of the American Philosophical Society vol. 94, n.º 3, pp. 233-241.

Cahill, B., 1999: «The Black Loyalist Myth in Atlantic Canada», Acadiensis, vol. 29, n.º 1, pp. 76-87.

Calhoon, R. M., 1973: The Loyalists in Revolutionary America, 1760-1781, New York.

Calhoon, R. M., 1987: «The Reintegration of the Loyalists and the Disaffected», en J. P. Greene (ed.), The American Revolution: Its Character and Limits, New York, pp. 51-74.

Calhoon, R. M. with Barnes, T. M., Lord, D. C., Potter-MacKinnon, J., Weir, R. M., 1989: The Loyalist Perception and Other Essays, Columbia.

Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Rawlyk, G. A. (eds.), 1994: Loyalists and Community in North America, Westport.

Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Davis, R. S., 2010: Tory Insurgents: The Loyalist Perception and Other Essays, Columbia.

Callahan, N., 1963: Royal Raiders: The Tories of the American Revolution, Indianapolis.

Calloway, C. G., 1995: The American Revolution in Indian Country: Crisis and Diversity in Native American Communities, Cambridge.

Calloway, C. G., 2008: White People, Indians, and Highlanders: Tribal Peoples and Colonial Encounters in Scotland and America, Oxford.

Canny, N. P., 1976: The Elizabethan Conquest of Ireland: A Pattern Established, 1565-76, Hassocks.

Carlton, C., 1991: «The Impact of the Fighting», en J. Morrill (ed.), The Impact of the English Civil War, London, pp. 17-31.

Caron, D. R., 2006: A Century in Captivity: The Life and Trials of Prince Mortimer, a Connecticut Slave, Durham.

Carp, B. L., 2007: Rebels Rising: Cities and the American Revolution, New York.

Carp, B. L., 2010: Defiance of the Patriots: The Boston Tea Party & the Making of America, New Haven.

Carp, E. W., 1984: To Starve the Army at Pleasure: Continental Army Administration and American Political Culture, 1775-1783, Chapel Hill.

Cashin, E. J., 1999: The King's Ranger: Thomas Brown and the American Revolution on the Southern Frontier, New York.

Censer, J., 2002: «France, 1750-89», en H. Barker, S. Burrows (eds.), Press, Politics and the Public Sphere in Europe and North America, 1760-1820, New York, pp. 159-181.

Chambers, S. C., Norling, L. A., 2008: «Choosing to Be a Subject: Loyalist Women in the Revolutionary Atlantic World», Journal of Women's History, vol. 20, n.º 1, pp. 39-62.

Chambers, T. A., 2012: Memories of War: Visiting Battlegrounds and Bonefields in the Early American Republic, Ithaca.

Charters, E., 2012: «The Administration of War and French Prisoners of War in Britain, 1756-1763», en E. Charters, E. Rosenhaft, H. Smith (eds.), Civilians and War in Europe, 1618-1815, Liverpool, pp. 87-99.

Charters, E., 2014a: War, and the Imperial State: The Welfare of the British Armed Forces During the Seven Years' War, Chicago.

Charters, E., 2014b: Disease, War, and the Imperial State: The Welfare of the British Armed Forces during the Seven Years' War, Chicago.

Charters, E., Rosenhaft, E., Smith, H. (eds.), Civilians and War in Europe, 1618-1815, Liverpool.

Chatterjee, P., 2012: The Black Hole of Empire: History of a Global Practice of Power, Princeton.

Chaytor, M., 1995: «Husband(Ry): Narratives of Rape in the Seventeenth Century», Gender & History, vol. 7, n.º 3, pp. 378-407.

Cheng, E. K.-M., 2003: «American Historical Writers and the Loyalists, 1788-1856: Dissent, Consensus, and American Nationality», Journal of the Early Republic, vol. 23, n.º 4, pp. 419-519.

Chernow, R., 2004: Alexander Hamilton, New York.

Childs, J., 2007: «The Laws of War in Seventeenth-Century Europe and Their Application During the Jacobite War in Ireland, 1688-91», en D. Edwards, P. Lenihan, C. Tait (eds.), Age of Atrocity: Violence and Political Conflict in Early Modern Ireland, Dublin. **–**.

Chopra, R., 2011: Unnatural Rebellion: Loyalists in New York City During the Revolution, Charlottesville.

Chopra, R., 2013: Choosing Sides: Loyalists in Revolutionary America, Lanham.

Christopher, E., 2011: A Merciless Place: The Fate of Britain's Convicts after the American Revolution, Oxford.

Churchill, W., 1956: A History of the English-Speaking Peoples (4 vols.), London.

Clancy, M. J., 1960: «Rules of Land Warfare Observed by the American Army During the American Revolution», World Polity, 2.

Clark, A., 1987: Women's Silence, Men's Violence: Sexual Assault in England, 1770-1845, London.

Clark, J., 1984: «The Problem of Allegiance in Revolutionary Poughkeepsie», en D. D. Hall, J. M. Murrin, T. W. Tate (eds.), Saints and Revolutionaries: Essays on Early American History, New York, pp. 285-317.

Clark, J. C. D., 2005: «Edmund Burke's Reflections on the Revolution in America (1777): Or, How Did the American Revolution Relate to the French?», en I. Crowe (ed.), An Imaginative Whig: Reassessing the Life and Thought of Edmund Burke, Columbia, pp. 71-92.

Clark, J. C. L., 1935: «“The Famous Doctor Stearns”: A Biographical Sketch of Dr. Samuel Stearns with a Bibliography», Papers of the American Antiquarian Society, vol. 45, pp. 317-424.

Clark, P., 2000: British Clubs and Societies 1580-1800: The Origins of an Associational World, Oxford.

Cleves, R. H., 2009: The Reign of Terror in America: Visions of Violence from Anti-Jacobinism to Antislavery, Cambridge.

Clinton, W. J., Speech at Democratic National Convention, 27 de agosto de 2008, disponible en <https:// www.nytimes.com/2008/08/27/us/politics/27text-clinton.html>.

Coates, P., 1999: «“Unusually Cunning, Vicious, and Treacherous”: The Extermination of the Wolf in United States History», en M. Levene, P. Roberts, The Massacre in History, New York, pp. 163-183.

Cogliano, F. D., 1998: «“We All Hoisted the American Flag”: National Identity among American Prisoners in Britain during the American Revolution», Journal of American Studies, vol. 32, n.º 1, pp. 19-37.

Cogliano, F. D., 2001: American Maritime Prisoners in the Revolutionary War: The Captivity of William Russell, Annapolis.

Cogliano, F. D., 2005: «Founders Chic», History, vol. 90, n.º 299, pp. 411-419.

Cogliano, F. D., 2014: Emperor of Liberty: Thomas Jefferson’s Foreign Policy, New Haven.

Cohen, D. A., 1999: «Social Injustice, Sexual Violence, Spiritual Transcendence: Constructions of Interracial Rape in Early American Crime Literature, 1767-1817», The William & Mary Quarterly, vol. 56, n.º 3, pp. 481-526.

Cohen, S. S. (ed.), 1990: «The Connecticut Captivity of Major Christopher French», Connecticut Historical Society Bulletin, vol. 55, Summer/Fall 1990, p. 150.

Cohen, S. S., 1995: Yankee Sailors in British Gaols: Prisoners of War at Forton and Mill, 1777-1783, Newark.

Cohen, S. S., 2004: British Supporters of the American Revolution, 1775-1783: The Role of the «Middling-Level» Activists, Woodbridge.

Coleman, A. N., 2008: Loyalists in War, Americans in Peace: The Reintegration of the Loyalists, 1775-1800 [tesis doctoral], University of Kentucky.

Colley, L., 1992: Britons: Forging the Nation 1707-1837, New Haven.

Colley, L., 2002: Captives: Britain, Empire and the World 1600-1850, London.

Collins, V. L., 1925: President Witherspoon: A Biography (2 vols.), Princeton.

Commager, H. S., Morris, R. B., 1995: The Spirit of 'Seventy-Six': The Story of the American Revolution as Told by Participants, New York.

Connecticut Historical Society, 1860-1967: Collections of the Connecticut Historical Society, Hartford.

Conway, S., 1986: «To Subdue America: British Army Officers and the Conduct of the Revolutionary War», The William & Mary Quarterly, vol. 43, n.º 3, pp. 381-407.

Conway, S., 1990: «"The Great Mischief Complain'd of": Reflections on the Misconduct of British Soldiers in the Revolutionary War», The William & Mary Quarterly, vol. 47, n.º 3, pp. 370-390.

Conway, S., 1995: The War of American Independence 1775-1783, London.

Conway, S., 1997: «Locality, Metropolis and Nation: The Impact of the Military Camps in England during the American War», History, vol. 82, n.º 268, pp. 547-562.

Conway, S., 1999: «British Mobilization in the War of American

Independence», Historical Research, vol. 72, n.º 177, pp. 58-76.

Conway, S., 2000: The British Isles and the War of American Independence, Oxford.

Conway, S., 2002: «From Fellow-Nationals to Foreigners: British Perceptions of the Americans, Circa 1739-1783», The William & Mary Quarterly, vol. 59, n.º 1, pp. 65-100.

Conway, S., 2010: «The British Army, "Military Europe," and the American War of Independence», The William & Mary Quarterly, vol. 67, n.º 1, pp. 69-100.

Conway, S., 2012: «British Soldiers at Home: The Civilian Experience in Wartime, 1740-1783», en E. Charters, E., Rosenhaft, H. Smith (eds.), Civilians and War in Europe 1618-1815, Liverpool, pp. 129-144.

Conway, S., 2013: A Short History of the American Revolutionary War, London.

Conway, S., 2016: «Moral Economy, Contract, and Negotiated Authority in American, British, and German Militaries, ca. 1740-1783», Journal of Modern History, vol. 88, pp. 34-59.

Cooke, J. E., 1978: Tench Coxe and the Early Republic, Chapel Hill.

Cookson, J. E., 1982: The Friends of Peace, Cambridge.

Copeland, D. A., 2000: Debating the Issues in Colonial Newspapers: Primary Documents on the Events of the Period, Westport.

Cornish, R. T., 2004: «Grey, Charles, first Earl Grey (1729-1807)», en Oxford Dictionary of National Biography, Oxford University Press.

Coulter, E. M., 1960: Georgia, a Short History, Chapel Hill.

Covington, S., 2009: «Cutting, Branding, Whipping, Burning: The Performance of Judicial Wounding in Early Modern England», en J. R. Allard, M. R. Martin (eds.), Staging Pain, 1580-1800: Violence and Trauma in British Theater, Burlington, pp. 93-110.

Cox, C., 2004: A Proper Sense of Honor: Service and Sacrifice in George Washington's Army, Chapel Hill.

Cox, C., 2013: «Public Memories, Private Lives: The First Greatest Generation Remembers the American Revolution», en M. A. McDonnell, C. Corbould, F. Clarke, W. F. Brundage (eds.), Remembering the Revolution: Memory, History, and Nation Making from Independence to the Civil War, Amherst, Massachusetts, pp. 110-124.

Craig, M., 1997: Damn' Rebel Bitches: The Women of the '45, Edinburgh.

Crary, C. S., 1973: The Price of Loyalty: Tory Writings from the Revolutionary Era, New York.

Cray, R. E., 1997: «Major John Andre and the Three Captors: Class Dynamics and Revolutionary Memory Wars in the Early Republic, 1780-1831», Journal of the Early Republic, vol. 17, n.º 3, pp. 371-397.

Crow, J. J., 1980: «Slave Rebelliousness and Social Conflict in North Carolina, 1775 to 1802», The William & Mary Quarterly, vol. 37, n.º 1, pp. 79-102.

Culbert, D. H., Wood, R. E. (eds.), 1990: Film and Propaganda in America: A Documentary History (4 vols.), New York.

Cuneo, J. R., 1958: «The Early Days of the Queen's Rangers, August 1776-February 1777», Military Affairs, vol. 22, n.º 2, pp. 65-74.

Curtis, E. E., 1926: The Organization of the British Army in the American Revolution, New Haven.

Cusac, A. -M., 2009: Cruel and Unusual: The Culture of Punishment in America, New Haven.

Dabney, W. M., 1955: After Saratoga: The Story of the Convention Army, Albuquerque.

Dameron, J. D., 2003: King's Mountain: The Defeat of the Loyalists, October 7, 1780, Cambridge.

Dandridge, D., 1967: American Prisoners of the Revolution, Baltimore.

Daniel, E. V., 1996: Charred Lullabies: Chapters in an Anthropography of Violence, Princeton.

David, J. C., 2013: Dunmore's New World: The Extraordinary Life of a Royal Governor in Revolutionary America, Charlottesville.

Davidson, P., 1929: Revolutionary Propaganda in New England, New York and Pennsylvania, 1763-1776 [tesis doctoral], University of Chicago.

Davidson, P., 1941: Propaganda and the American Revolution, 1763-1783, Chapel Hill.

Davis, N., 1868: «History of the Expedition against the Five Nations, Commanded by General Sullivan, in 1779», Historical Magazine, vol. 3, pp. 198-205.

Dayton, C. H., 1995: Women before the Bar: Gender, Law, and Society in Connecticut, 1639-1789, Chapel Hill.

De Groot, G. J., Peniston-Bird, C. M. (eds.), 2000: A Soldier and a Woman: Sexual Integration in the Military, New York.

Demarest, T., 1971: «The Baylor Massacre: Some Assorted Notes and Information», Bergen County History, pp. 28-93.

Denn, R. J., 1980: «Captivity Narratives of the American Revolution», Journal of American Culture, vol. 2, n.º 4, pp. 575-582.

De Pauw, L. G., 1975: Fortunes of War: New Jersey Women and the American Revolution, Trenton.

De Pauw, L. G., 1994: Founding Mothers: Women of America in the Revolutionary Era, New York.

De Pauw, L. G., McCurdy, M., 1975: Founding Mothers: Women in America in the Revolutionary Era, Boston.

Dexter, F. B., 1918: «Notes on Some of the New Haven Loyalists, Including Those Graduated at Yale», Papers of the New Haven Colony Historical Society, vol. 9, pp. 29-45.

Dickerson, O. M., 1970: Boston under Military Rule (1768-1769) as Revealed in a Journal of the Times, New York.

Diefendorf, B. B., 1991: Beneath the Cross: Catholics and Huguenots in Sixteenth-Century Paris, New York.

Dinwiddy, J. R., 1982: «The Early Nineteenth-Century Campaign against Flogging in the Army», English Historical Review, vol. 97, n.º 383, pp. 308-331.

Dippel, H., 1977: Germany and the American Revolution, 1770-1800: A Sociohistorical Investigation of Late Eighteenth-Century Political Thinking (Bernhard A. Uhlendorf, trad.), Chapel Hill.

Ditchfield, G. M., 2002: George III: An Essay in Monarchy, Basingstoke.

Dixon, M. W., 1977: Divided Authority: The American Management of Prisoners in the Revolutionary War, 1775-1783 [tesis doctoral], University of Utah.

Donagan, B., 1988: «Codes and Conduct in the English Civil War», Past and Present, vol. 118, pp. 65-95.

Donagan, B., 1991: «Prisoners in the English Civil War», History Today, vol. 41, n.º 3, pp. 28-35.

Donagan, B., 1994: «Atrocity, War Crime, and Treason in the English Civil War», American Historical Review, vol. 99, n.º 4, pp. 1137-1166.

Donagan, B., 2011: «Law, War, and Women in Seventeenth-Century England», en E. D. Heineman (ed.), Sexual Violence in Conflict Zones: From the Ancient World to the Era of Human Rights, Philadelphia, pp. 189-201.

Donagan, B., 2012: «War, Property and the Bonds of Society:

England's "Unnatural" Civil Wars», en E. Charters, E. Rosenhaft, H. Smith (eds.), Civilians and War in Europe 1618-1815, Liverpool, pp. 52-67.

Drescher, S., 2012: «The Shocking Birth of British Abolition», Slavery & Abolition, vol. 33, n.º 4, pp. 571-593.

Duff, S. F., 1949: «The Case against the King: The Virginia Gazettes Indict George III», The William & Mary Quarterly, vol. 6, n.º 3, pp. 383-397.

Duffy, C., 1995: «The Civilian in Eighteenth-Century Combat», en E. A. Schmidl (ed.), Freund Oder Feind? Kombattanten, Nichtkombattanten Und Zivilisten in Krieg Und Bürgerkrieg Seit Dem 18. Jahrhundert, Frankfurt a.M., pp. 11-29.

Dull, J. R., 1985: A Diplomatic History of the American Revolution, New Haven.

Dunkerly, R. M., 2007b: Women of the Revolution: Bravery and Sacrifice on the Southern Battlefields, Charleston.

Durston, G., 2007: Victims and Viragos: Metropolitan Women, Crime and the Eighteenth- Century Justice System, Bury St. Edmunds.

Dwyer, P. G., Ryan, L. (eds.), 2012: Theatres of Violence: Massacre, Mass Killing, and Atrocity Throughout History, New York.

Dwyer, W. D., 1998: The Day Is Ours! An inside View of the Battles of Trenton and Princeton, November 1776-January 1777, New Brunswick.

Eagleton, T., 2000: The Idea of Culture, Malden, Massachusetts.

Edgar, W. B., 2001: Partisans and Redcoats: The Southern Conflict That Turned the Tide of the American Revolution, New York.

Edwards, D., 2007: «Escalation of Violence in Sixteenth-Century Ireland», en D. Edwards, P. Lenihan, C. Tait (eds.), Age of Atrocity: Violence and Political Conflict in Early Modern Ireland, Dublin, pp. 34-78.

Edwards, D., Lenihan, P., Tait, C. (eds.), 2007: Age of Atrocity: Violence and Political Conflict in Early Modern Ireland, Dublin.

Eelking, M. von, 1969: The German Allied Troops in the North American War of Independence, 1776-1783 (J. G. Rosengarten, trad.), Baltimore.

Egerton, D. R., 2009: Death or Liberty: African Americans and Revolutionary America, Oxford.

Einhorn, N. R., 1949: «The Reception of the British Peace Offer of 1778», Pennsylvania History, vol. 16, n.º 3, pp. 191-214.

Ellis, J. J., 2004: His Excellency: George Washington, New York.

Ellis, J. J., 2013: Revolutionary Summer: The Birth of American Independence, New York.

Emerson, E. H. (ed.), 1977: American Literature, 1764-1789: The Revolutionary Years, Madison.

Engelbrecht, W. E., 2003: Iroquoia: The Development of a Native World, Syracuse.

English, F., 1975: General Hugh Mercer, Forgotten Hero of the American Revolution, New York.

Eustace, N., 2008a: Passion Is the Gale: Emotion, Power, and the Coming of the American Revolution, Chapel Hill.

Eustace, N., 2008b: «The Sentimental Paradox: Humanity and Violence on the Pennsylvania Frontier», The William & Mary Quarterly, vol. 65, n.º 1, pp. 29-64.

Evans, E., 1989: Weathering the Storm: Women of the American Revolution, New York.

Farnham, T. J., 1976: «"The Day the Enemy Was in Town": The British Raids on Connecticut, July, 1779», Journal of the New Haven Colony Historical Society, vol. 24, n.º 2, pp. 3-63.

Faust, D. G., 2008: This Republic of Suffering: Death and the

American Civil War, New York.

Favret, M. A., 2010: War at a Distance: Romanticism and the Making of Modern Wartime, Princeton.

Federici, M. P., 2012: The Political Philosophy of Alexander Hamilton, Baltimore.

Fellman, M., 2010: In the Name of God and Country: Reconsidering Terrorism in American History, New Haven.

Fenn, E. A., 2001: Pox Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775-82, New York.

Ferling, J. E., 1977: The Loyalist Mind: Joseph Galloway and the American Revolution, University Park.

Ferling, J. E., 1984: «"Oh That I Was a Soldier": John Adams and the Anguish of War», American Quarterly, vol. 36, n.º 2, pp. 258-275.

Ferling, J. E., 2007: Almost a Miracle: The American Victory in the War of Independence, New York.

Ferling, J. E., 2010a: John Adams: A Life, New York.

Ferling, J. E., 2010b: The First of Men: A Life of George Washington, New York.

Ferling, J. E., 2011: Independence: The Struggle to Set America Free, New York.

Fernandez-Sacco, E., 2002: «Framing "the Indian": The Visual Culture of Conquest in the Museums of Pierre Eugene Du Simitiere and Charles Willson Peale, 1779-96», Social Identities, vol. 8, n.º 4, pp. 571-618.

Fischer, D. H., 2004: Washington's Crossing, Oxford.

Fischer, J. R., 1997: A Well-Executed Failure: The Sullivan Campaign against the Iroquois, July-September 1779, Columbia.

Fischer, K., 2002: Suspect Relations: Sex, Race, and Resistance in Colonial North Carolina, Ithaca.

Fisher, D. E., 1970: «Social Life in Philadelphia During the British Occupation», Pennsylvania History: A Journal of Mid-Atlantic Studies, vol. 37, n.º 3, pp. 237-260.

Fisher, S. G., 1907: «The Twenty-Eight Charges against the King in the Declaration of Independence», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 31, n.º 3, pp. 257-303.

Flavell, J. M., 2001: «Government Interception of Letters from America and the Quest for Colonial Opinion in 1775», The William & Mary Quarterly, vol. 58, n.º 2, pp. 403-430.

Flexner, J. T., 1968: George Washington in the American Revolution, 1775-1783, Boston.

Flexner, J. T., 1984: Washington, the Indispensable Man, New York.

Flick, A. C., 1970: Loyalism in New York During the American Revolution, New York.

Fliegelman, J., 1982: Prodigals and Pilgrims: The American Revolution against Patriarchal Authority, 1750-1800, Cambridge.

Foster, T. A., 2006: Sex and the Eighteenth-Century Man: Massachusetts and the History of Sexuality in America, Boston.

Foucault, M., 1979: Discipline and Punish: The Birth of the Prison, New York.

Fowler, D. J., 2009: «"Loyalty Is Now Bleeding in New Jersey": Motivations and Mentalities of the Disaffected», en J. S. Tiedemann, E. R. Fingerhut, R. W. Venables (eds.), The Other Loyalists: Ordinary People, Royalism, and the Revolution in the Middle Colonies, 1763-1787, Albany, pp. 45-77.

Frey, S. R., 1979: «Courts and Cats: British Military Justice in the Eighteenth Century», Military Affairs, vol. 43, n.º 1, pp. 5-11.

Frey, S. R., 1981: The British Soldier in America: A Social History of

Military Life in the Revolutionary Period, Austin.

Frey, S. R., 1983: «Between Slavery and Freedom: Virginia Blacks in the American Revolution», Journal of Southern History, vol. 49, n.º 3, pp. 375-398.

Frey, S. R., 1991: Water from the Rock: Black Resistance in a Revolutionary Age, Princeton.

Gammon, J., 1999: «A Denial of Innocence: Female Juvenile Victims of Rape and the English Legal System in the Eighteenth Century», en A. Fletcher, S. Hussey (eds.), Childhood in Question: Children, Parents and the State, Manchester, pp. 74-95.

Gallagher, J. J., 2002: The Battle of Brooklyn 1776, Edison.

Gerlach, L. R., 1975a: «Minutes of the Shrewsbury Township Committee», en L. R. Gerlach, New Jersey in the American Revolution, 1763-1783: A Documentary History, Trenton.

Gerlach, L. R. (ed.), 1975b: New Jersey in the American Revolution, 1763-1783: A Documentary History, Trenton.

Gerlach, L. R., 1975c: William Franklin, New Jersey's Last Royal Governor, Trenton.

Ghosh, A., 2008: «Role of Rumour in History Writing», History Compass, vol. 6, n.º 5, pp. 1235-1243.

Gilbert, A., 2012: Black Patriots and Loyalists: Fighting for Emancipation in the War for Independence, Chicago.

Gilbert, A. N., 1976: «The Regimental Courts Martial in the Eighteenth Century British Army», Albion, vol. 8, n.º 1, pp. 50-66.

Gilbert, A. N., 1978: «Military and Civilian Justice in Eighteenth-Century England: An Assessment», Journal of British Studies, vol. 17, n.º 2, pp. 41-65.

Gilbert, A. N., 1985: «The Changing Face of British Military Justice, 1757-1783», Military Affairs vol. 49, n.º 2, pp. 80-84.

Gilbert, G. A., 1899: «The Connecticut Loyalists», The American Historical Review, vol. 4, n.º 2, pp. 273-291.

Gilje, P. A., 1987: The Road to Mobocracy: Popular Disorder in New York City, 1763-1834, Chapel Hill.

Gilje, P. A., 2000: «Loyalty and Liberty: The Ambiguous Patriotism of Jack Tar in the American Revolution», Pennsylvania History, vol. 67, n.º 2, pp. 165-193.

Ginsberg, R. (ed.), 1967a: A Casebook on the Declaration of Independence, New York.

Ginsberg, R., 1967b: «The Declaration as Rhetoric», en R. Ginsberg (ed.), A Casebook on the Declaration of Independence, New York, pp. 219-244.

Glenn, M. C., 1984: Campaigns against Corporal Punishment: Prisoners, Sailors, Women, and Children in Antebellum America, Albany.

Glover, M., 1976: General Burgoyne in Canada and America: Scapegoat for a System, London.

Godbeer, R., 1999: «Eroticizing the Middle Ground: Anglo-Indian Sexual Relations Along the Eighteenth-Century Frontier», en M. E. Hodes (ed.), Sex, Love, Race: Crossing Boundaries in North American History, New York, pp. 91-111.

Golan, T., 2004: Laws of Men and Laws of Nature: The History of Scientific Expert Testimony in England and America, Cambridge.

Goldstein, E., 2000: The Socket Bayonet in the British Army, 1687-1783, Lincoln.

Goldstein, E., 2010: «Origins of the Anglo-American Special Relationship 1880-1914», en G. Johnson (ed.), Peacemaking, Peacemakers and Diplomacy, 1880-1939, Newcastle, pp. 3-16.

Goldstein, J. S., 2001: War and Gender: How Gender Shapes the War System and Viceversa, Cambridge.

Gould, E. H., 1997: «American Independence and Britain's Counter-Revolution», Past & Present, vol. 154, n.º 1, pp. 107-141.

Gould, E. H., 2000: The Persistence of Empire: British Political Culture in the Age of the American Revolution, Chapel Hill.

Gould, E. H., 2003: «Zones of Law, Zones of Violence: The Legal Geography of the British Atlantic, Circa 1772», The William & Mary Quarterly, vol. 60, n.º 3, pp. 471-510.

Gould, E. H., 2012: Among the Powers of the Earth: The American Revolution and the Making of a New World Empire, Cambridge.

Gould, P., 2013: Writing the Rebellion: Loyalists and the Literature of Politics in British America, New York.

Gowing, L., 1996: «Women, Status and the Popular Culture of Dishonour», Transactions of the Royal Historical Society, vol. 6, pp. 225-234.

Grady, R. F., 1971: The Evolution of Ethical and Legal Concern for the Prisoner of War [tesis doctoral], Catholic University of America, Washington.

Grant, A., 1995: Our American Brethren: A History of Letters in the British Press During the American Revolution, 1775-1781, Jefferson.

Gray, E. G., Kamensky, J. (eds.), 2013: Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford.

Graymont, B., 1972: The Iroquois in the American Revolution, Syracuse, 1972 [reed. Philadelphia, 2005].

Greene, J. P., 1998: «Empire and Identity from the Glorious Revolution to the American Revolution», en P. J. Marshall, A. Low, W. R. Louis (eds.), Oxford History of the British Empire: Vol. II: The Eighteenth Century, Oxford, pp. 208-230.

Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 2000: A Companion to the American Revolution, Malden, Massachusetts.

Greengrass, M., 1999: «Hidden Transcripts: Secret Histories and Personal Testimonies of Religious Violence in the French Wars of Religion», en M. Levene, P. Roberts (eds.), The Massacre in History, New York, pp. 69-88.

Greenstadt, A., 2009: Rape and the Rise of the Author: Gendering Intention in Early Modern England, Farnham.

Grenier, J., 2005: The First Way of War: American War Making on the Frontier, 1607-1814, Cambridge.

Griffin, P., 2007: American Leviathan: Empire, Nation, and Revolutionary Frontier, New York.

Griffin, P., 2012: America's Revolution, New York.

Griffin, P., Ingram, R. G., Onuf, P. F., Schoen, B. (eds.), 2015: Between Sovereignty and Anarchy: The Politics of Violence in the American Revolutionary Era, Charlottesville.

Gruber, I. D., 1965: «Lord Howe and Lord George Germain, British Politics and the Winning of American Independence», The William & Mary Quarterly, vol. 22, n.º 2, pp. 225-243.

Gruber, I. D., 1972: The Howe Brothers and the American Revolution, New York.

Gruber, I. D., 1980: «For King and Country: The Limits of Loyalty of British Officers in the War for American Independence», en E. Denton III (ed.), Limits of Loyalty, Waterloo, pp. 25-40.

Gruber, I. D., 1984: «George III Chooses a Commander in Chief», en R. Hoffman, P. J. Albert (eds.), Arms and Independence: The Military Character of the American Revolution, Charlottesville.

Gruber, I. D., 2010: Books and the British Army in the Age of the American Revolution, Chapel Hill.

Grundset, E. G. (ed.), 2001: Fortotten Patriots - African American and American Indian Patriots of the Revolutionary War, Washington, D. C., National Society Daughters of the American Revolution.

Gundersen, J. R., 2006: To Be Useful to the World: Women in Revolutionary America, 1740-1790, Chapel Hill.

Guttridge, G. H., 1926: David Hartley, M. P., an Advocate of Conciliation, 1774-1783, Berkeley.

Guttridge, G. H., 1927: «Lord George Germain in Office, 1775-1782», American Historical Review, vol. 33, n.º 1, pp. 23-43.

Hadden, S. E., 2001: Slave Patrols: Law and Violence in Virginia and the Carolinas, Cambridge.

Haffner, G. O., 1952: The Treatment of Prisoners of War by the Americans During the War of Independence [tesis doctoral] Indiana University.

Haffner, G. O., 1978: «A British Prisoner of War in the American Revolution: The Experiences of Jacob Schieffelin from Vincennes to Williamsburg, 1779-1780», Virginia Magazine of History and Biography, vol. 86, n.º 1, pp. 17-25.

Halliday, P. D., 2010: Habeas Corpus: From England to Empire, Cambridge.

Halliday, P. D., White, G. E., 2008: «The Suspension Clause: English Text, Imperial Contexts, and American Implications», Virginia Law Review, vol. 94, n.º 3, pp. 575-714.

Hambleton, E. L., 1998: «The Regulation of Sex in Seventeenth-Century Massachusetts», en M. D. Smith (ed.), Sex and Sexuality in Early America, New York, pp. 89-115.

Harris, W. J., 2009: The Hanging of Thomas Jeremiah: A Free Black Man's Encounter with Liberty, New Haven.

Harwell, R. B., Freeman, D. S., 1992: Washington: An Abridgement in One Volume by Richard Harwell of the Seven-Volume George Washington by Douglas Southall Freeman, New York.

Haskett, R. C., 1954: «Prosecuting the Revolution», AHR, vol. 59, n.º 3, pp. 578-587.

Hast, A., 1982: Loyalism in Revolutionary Virginia: The Norfolk Area and the Eastern Shore, Ann Arbor.

Hay, D., Linebaugh, P., Rule, J., Thompson, E. P., Winslow, C., 1975: Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England, New York.

Haynes, S. W., 2010: Unfinished Revolution: The Early American Republic in a British World, Charlottesville.

Hawkins, J., 1996: «Imperial '45: The Jacobite Rebellion in Transatlantic Context», Journal of Imperial and Commonwealth History, vol. 24, n.º 1, pp. 24-47.

Hay, D., 1980: «Crime and Justice in Eighteenth- and Nineteenth-Century England», en N. Morris, M. Tonry (eds.), Crime and Justice: An Annual Review of Research, Chicago, pp. 45-84.

Hayden, R. M., 2000: «Rape and Rape Avoidance in Ethno-National Conflicts: Sexual Violence in Liminalized States», American Anthropologist, vol. 102, n.º 1, pp. 27-41.

Heale, M., 2005: «The British Discovery of American History: War, Liberalism and the Atlantic Connection», Journal of American Studies, vol. 39, n.º 3, pp. 357-369.

Hedges, W. L., 1987: «Telling Off the King: Jefferson's "Summary View" as American Fantasy», Early American Literature, vol. 22, n.º 2, pp. 166-174.

Heineman, E. D. (ed.), 2011: Sexual Violence in Conflict Zones: From the Ancient World to the Era of Human Rights, Philadelphia.

Hendrickson, D. C., 2015: «Escaping Insecurity: The American Founding and the Control of Violence», en P. Griffin, R. G. Ingram, P. F. Onuf, B. Schoen (eds.), Between Sovereignty and Anarchy: The Politics of Violence in the American Revolutionary Era, Charlottesville, p. 225.

Herrera, R. A., 2010: «The King's Friends: Loyalists in British Strategy», en K. J. Hagan, D. Stoker, D., M. T. McMaster (eds.), Strategy in the American War of Independence: A Global Approach,

London, pp. 101-119.

Hersey, F. W. C., 1941: «Tar and Feathers: The Adventures of Captain John Malcolm», Transactions of the Colonial Society of Massachusetts, vol. 34, pp. 429-473.

Higginbotham, D., 1971: The War of American Independence: Military Attitudes, Policies, and Practice, 1763-1789, New York.

Higginbotham, D., 1988: War and Society in Revolutionary America: The Wider Dimensions of Conflict, Columbia.

Higgins, L. A., Silver, B. R. (eds.), 1991: Rape and Representation, New York.

High, J. W., Jr., 1975: The Philadelphia Loyalists, 1763-1783 [tesis doctoral], Temple University.

Hirschfeld, F., 1997: George Washington and Slavery: A Documentary Portrayal, Columbia.

Hodges, G. R., 1997: Slavery and Freedom in the Rural North: African Americans in Monmouth County, New Jersey, 1665-1865, Madison.

Hodges, G. R., 1999: Root & Branch: African Americans in New York and East Jersey, 1613-1863, Chapel Hill.

Hodgson, G., 2009: The Myth of American Exceptionalism, New Haven.

Hoerder, D., 1977: Crowd Action in Revolutionary Massachusetts, 1765-1780, New York.

Hoffman, R., 1973: A Spirit of Dissension: Economics, Politics, and the Revolution in Maryland, Baltimore.

Hoffman, R., Albert, P. J., 1981: Diplomacy and Revolution: The Franco-American Alliance of 1778, Charlottesville.

Hoffman, R., Albert, P. J., 1984: Arms and Independence: The Military Character of the American Revolution, Charlottesville.

Hoffman, R., Albert, P. J., 1986: Peace and the Peacemakers: The Treaty of 1783, Charlottesville.

Hoffman, R., Tate, T. W., Albert, P. J., 1985: An Uncivil War: The Southern Backcountry During the American Revolution, Charlottesville.

Hofstadter, R., Wallace, M., 1970: American Violence: A Documentary History, New York.

Holmes, R., 2001: Redcoat: The British Soldier in the Age of Horse and Musket, London.

Holton, W., 1999: Forced Founders: Indians, Debtors, Slaves, and the Making of the American Revolution in Virginia, Chapel Hill.

Hoock, H., 2010: Empires of the Imagination: Politics, War and the Arts in the British World, 1750-1850, London.

Hoock, H., 2015: «Jus in Bello, Rape and the British Army in the American Revolutionary War», Journal of Military Ethics, vol. 14, n.º 1, pp. 74-97.

Hoock, H., 2016: «Mangled Bodies: Atrocity in the American Revolutionary War», Past & Present, vol. 230, pp. 123-159.

Houlding, J. A., 1981: Fit for Service: The Training of the British Army, 1715-1795, Oxford.

Howard, M. E. (ed.), 1979a: Restraints on War: Studies in the Limitation of Armed Conflict, Oxford.

Howard, M. E., 1979b: «Temperamenta Belli: Can War Be Controlled?», en M. E. Howard, Restraints on War: Studies in the Limitation of Armed Conflict, Oxford.

Howell, W. H., 2013: «“Starving Memory”: Antinarrating the American Revolution», en M. A. McDonnell, C. Corbould, F. Clarke, W. F. Brundage (eds.), Remembering the Revolution: Memory, History, and Nation Making from Independence to the Civil War, Amherst, Massachusetts, pp. 93-109.

Hull, N. E. H., Hoffer, P. C., Allen, S. L., 1978: «Choosing Sides: A Quantitative Study of the Personality Determinants of Loyalist and Revolutionary Political Affiliation in New York», The Journal of American History, vol. 65, n.º 2(september), pp. 344-366.

Humphrey, M., 2002: The Politics of Atrocity and Reconciliation: From Terror to Trauma, London.

Hunt, A., 1968: The Provincial Committees of Safety of the American Revolution, New York.

Hunt, J. B., 1973: The Crowd and the American Revolution: A Study of Urban Political Violence in Boston and Philadelphia, 1763-1776 [tesis doctoral], University of Washington, Seattle.

Huston, J. A., 1991: Logistics of Liberty: American Services of Supply in the Revolutionary War and After, Newark.

Ingrao, C. W., 1987: The Hessian Mercenary State: Ideas, Institutions, and Reform under Frederick II, 1760-1785, Cambridge.

Inikori, J. E., 2011: «Gentlemanly Capitalism and Imperialism in West Africa: Great Britain and Senegambia in the Eighteenth Century», en T. Falola, E. Brownell (eds.), Africa, Empire and Globalization: Essays in Honor of A.G. Hopkins, Durham, pp. 213-236.

Irvin, B. H., 2003: «Tar, Feathers, and the Enemies of American Liberties, 1768-1776», The New England Quarterly, vol. 76, n.º 2, pp. 197-238.

Irvin, B. H., 2011: Clothed in Robes of Sovereignty: The Continental Congress and the People out of Doors, Oxford.

Isaac, R., 1976: «Dramatizing the Ideology of Revolution: Popular Mobilization in Virginia, 1774 to 1776», The William & Mary Quarterly, vol. 33, n.º 3, pp. 357-385.

Jackson, J. W., 1979: With the British Army in Philadelphia, 1777-1778, San Rafael.

Jackson, S., 1995: «The Social Context of Rape: Sexual Scripts and

Motivation», en P. Searles, R. J. Berger (eds.), Rape and Society: Readings on the Problem of Sexual Assault, Boulder, pp. 16-27.

Jacobs, R. T., 1974: The Treaty and the Tories: The Ideological Reaction to the Return of the Loyalists, 1783-1787 [tesis doctoral], Cornell University.

Jasanoff, M., 2008: «The Other Side of Revolution: Loyalists in the British Empire», The William & Mary Quarterly, vol. 65, n.º 2, pp. 205-232.

Jasanoff, M., 2010: «Revolutionary Exiles: The American Loyalist and French Émigré Diasporas», en D. Armitage, S. Subrahmanyam (eds.), The Age of Revolutions in Global Context, C. 1760-1840, Basingstoke, pp. 37-58.

Jasanoff, M., 2011: Liberty's Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World, New York.

Jay, W., 1833: The Life of John Jay (2 vols.), New York.

Jellison, C. A., 1969: Ethan Allen: Frontier Rebel, Syracuse.

Johnson, W. T., 1941: «Alan Cameron, a Scotch Loyalist in the American Revolution», Pennsylvania History, vol. 8, n.º 1, pp. 29-46.

Jones, E. A., 1927: The Loyalists of New Jersey: Their Memorials, Petitions, Claims, etc., from English Records, Newark.

Jones, E. A., 1930: The Loyalists of Massachusetts, Their Memorials, Petitions and Claims, London.

Jones, T., 1879: History of New York During the Revolutionary War: And of the Leading Events in the Other Colonies at That Period, New York.

Jordan, H., 1900: «Colonel Elias Boudinot in New York City, February, 1778», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 24, n.º 4, pp. 453-466.

Jordan, W. D., 1973: «Familial Politics: Thomas Paine and the

Killing of the King, 1776», Journal of American History, vol. 60, n.º 2, pp. 294-308.

Kalyvas, S. N., 2006: The Logic of Violence in Civil War, Cambridge.

Kammen, M., 1978: A Season of Youth: The American Revolution and the Historical Imagination, New York.

Kammen, M., 1987: Selvages & Biases: The Fabric of History in American Culture, Ithaca.

Kammen, M., 2010: Digging up the Dead: A History of Notable American Reburials, Chicago.

Kapferer, J.-N., 1990: Rumors: Uses, Interpretations, and Images, New Brunswick.

Kaplan, L. S., 2002: Alexander Hamilton: Ambivalent Anglophile, Wilmington.

Keane, J., 1995: Tom Paine: A Political Life, Boston.

Kealey, L., 1986: «Patterns of Punishment: Massachusetts in the Eighteenth Century», American Journal of Legal History, vol. 30, n.º 2, pp. 163-86.

Kelley, B. M., 1974: Yale: A History, New Haven.

Kelly, J., 1995: «"A Most Inhuman and Barbarous Piece of Villainy": An Exploration of the Crime of Rape in Eighteenth-Century Ireland», Eighteenth-Century Ireland-Iris an dá chultúr, 10, pp. 78-107.

Kelly, K. P., 1996: «The White Loyalists of Williamsburg», Colonial Williamsburg Interpreter, vol. 17, n.º 2, pp. 1-15.

Kerber, L. K., 1980: Women of the Republic: Intellect and Ideology in Revolutionary America, Chapel Hill.

Kerber, L. K., 1990: «"May All Our Citizens Be Soldiers and All Our Soldiers Citizens": The Ambiguities of Female Citizenship in the

New Nation», en J. B. Elshtain, S. Tobias (eds.), Women, Militarism, and War, Savage, Maryland, pp. 89-103.

Ketchum, R. M., 1997: Saratoga: Turning Point of America's Revolutionary War, New York.

Ketchum, R. M., 1999: The Winter Soldiers: The Battles for Trenton and Princeton, New York.

Kettner, J. H., 1978: The Development of American Citizenship, 1608-1870, Chapel Hill.

Kierner, C. A., 1998: Southern Women in Revolution, 1776-1800: Personal and Political Narratives, Columbia.

Kim, S. B., 1993: «The Limits of Politicization in the American Revolution: The Experience of Westchester County, New York», The Journal of American History, vol. 80, n.º 3, pp. 868-889.

Kirschke, J. J., 2005: Gouverneur Morris: Author, Statesman, and Man of the World, New York.

Knepper, G. W., 1954: The Convention Army, 1777-1783 [tesis doctoral], University of Michigan.

Knight, B., 1991: «Prisoner Exchange and Parole in the American Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 48, n.º 2, pp. 201-222.

Knott, S., 2009: Sensibility and the American Revolution, Chapel Hill.

Knouff, G. T., 2004: The Soldiers' Revolution: Pennsylvanians in Arms and the Forging of Early American Identity, University Park, PA.

Knouff, G. T., 2010: «Masculinity, Race and Citizenship: Soldiers' Memories of the American Revolution», en K. Hagemann, G. Mettele, J. Rendall (eds.), Gender, War and Politics: Transatlantic Perspectives, 1775-1830, London, pp. 325-342.

Kopperman, P., 1982: «The British High Command and Soldiers'

Wives in America, 1755-1783», Journal of the Society for Army Historical Research, vol. 60, pp. 14-34.

Kranish, M., 2010: Flight from Monticello: Thomas Jefferson at War, Oxford.

Krebs, D., 2007: «Approaching the Enemy: German Soldiers in American Captivity, 1776-1783» [tesis doctoral inédita], Emory University.

Krebs, D., 2013: A Generous and Merciful Enemy: Life for German Prisoners of War During the American Revolution, Norman.

Kulikoff, A., 2013: «The War in the Countryside», en E. G. Gray, J. Kamensky (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford, pp. 216-233.

Kwasny, M. V., 1996: Washington's Partisan War, 1775-1783, Kent-London.

Labaree, L. W., 1948: Conservatism in Early American History, New York.

Lambert, R. S., 1987: South Carolina Loyalists in the American Revolution, Columbia.

Landers, J. G., 2011: Atlantic Creoles in the Age of Revolutions, Cambridge.

Landsman, S., 1998: «One Hundred Years of Rectitude: Medical Witnesses at the Old Bailey, 1717-1817», Law and History Review, vol. 16, n.º 3, pp. 445-494.

Langford, P., 1989: A Polite and Commercial People: England, 1727-1783.

Laqueur, T. W., 1990: Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud, Cambridge.

Larkin, E., 2009: «American Revolutionary War Writing», en C. M. McLoughlin (ed.), Cambridge Companion to War Writing, Cambridge, pp. 126-134.

Larkin, E., 2013: «Loyalism», en E. G. Gray, J. Kamensky (eds.), The Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford, pp. 291-310.

Lauer, W., 1994: Prisoner Exchange: The Murder of Joshua Huddy, Toms River.

Leach, D. E., 1986: Roots of Conflict: British Armed Forces and Colonial Americans, 1677-1763, Chapel Hill.

Lee, W. E., 2001: Crowds and Soldiers in Revolutionary North Carolina: The Culture of Violence in Riot and War, Gainesville.

Lee, W. E., 2007a: «Peace Chiefs and Blood Revenge: Patterns of Restraint in Native American Warfare, 1500-1800», Journal of Military History, vol. 71, n.º 3, pp. 701-741.

Lee, W. E., 2007b: «Restraint and Retaliation: The North Carolina Militias and the Backcountry War of 1780-82» en War and Society in the American Revolution: Mobilization and Home Fronts, editado por John Resch y Walter Sargent, De Kalb, pp. 163-190.

Lee, W. E., 2007c: «The American Revolution» en D. S. Heidler, J. T. Heidler (eds.), Daily Lives of Civilians in Wartime Early America: From the Colonial Era to the Civil War, Westport, pp. 31-70.

Lee, W. E., 2011: Barbarians and Brothers: Anglo-American Warfare, 1500-1865, Oxford.

Leiby, A. C., 1992: The Revolutionary War in the Hackensack Valley: The Jersey Dutch and the Neutral Ground, 1775-1783, Revised Edn, New Brunswick.

Lemisch, J., 1969: «Listening to the Inarticulate: William Widger's Dream and the Loyalties of American Revolutionary Seamen in British Prisons», Journal of Social History, vol. 3, n.º 1, pp. 1-29.

Lemisch, J., 1970: «Radical Plot in Boston (1770): A Study in the Use of Evidence», Harvard Law Review, vol. 84, n.º 2, pp. 485-504.

Lender, M. E., 2005: «The 'Cockpit' Reconsidered: Revolutionary New Jersey as a Military Theater», en B. J. Mitnick (ed.), New Jersey in the American Revolution, New Brunswick, pp. 45-60.

Lenman, B., 1980: The Jacobite Risings in Britain 1689-1746, London.

Lenman, B., 2001: Britain's Colonial Wars, 1688-1783, Harlow.

Lepore, J., 1998: The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity, New York.

Lepore, J., 2010: The Whites of Their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History, Princeton and Oxford.

Lepore, J., 2013: Book of Ages: The Life and Opinions of Jane Franklin, New York.

Levene, M., Roberts, P. (eds.), 1999: The Massacre in History, New York, Berghahn Books.

Levermore, C. H., 1886: The Republic of New Haven: A History of Municipal Evolution, Baltimore.

Lewis, G. G., Mewha, J., 1955: History of Prisoner of War Utilization by the United States Army, 1776-1945, Washington D. C.

Library Company of Philadelphia, 1985: Pierre Eugene Du Simitiere: His American Museum 200 Years After, Philadelphia.

Liddle, W. D., 1979: «"A Patriot King, or None": Lord Bolingbroke and the American Renunciation of George III», Journal of American History, vol. 65, n.º 4, pp. 951-970.

Lindsey, W. R., 1973: «Treatment of American Prisoners of War During the Revolution», Emporia State Research Studies, vol. 22, n.º 1, pp. 5-32.

Linebaugh, P., 2006: The London Hanged: Crime and Civil Society in the Eighteenth Century, London.

Linebaugh, P., Rediker, M., 2000: The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic, Boston.

Linenthal, E. T., 1991: Sacred Ground: Americans and Their Battlefields, Urbana-Champaign.

Lloyd, Clive L., 2007: A History of Napoleonic and American Prisoners of War, 1756-1816: Hulk, Depot and Parole, Woodbridge, Suffolk.

Longmore, P. K., 1988: The Invention of George Washington, Berkeley.

Lohrenz, O., 2007: «Impassioned Virginia Loyalist and New Brunswick Pioneer: The Reverend John Agnew», Anglican and Episcopal History, vol. 76, n.º 1, pp. 29-60.

Loughran, T., 2007: The Republic in Print: Print Culture in the Age of U.S. Nation Building, 1770-1870, New York.

Love, J. L., 2012: The Revolt of the Whip, Stanford.

Lucas, S. E., 1990: «The Stylistic Artistry of the Declaration of Independence», Prologue: Quarterly of the National Archives, vol. 22, pp. 25-43.

Lundin, L., 1972: Cockpit of the Revolution: The War for Independence in New Jersey, New York.

Lynn, J. A., 2003: Battle: A History of Combat and Culture, Boulder.

Lynn, J. A., 2008: Women, Armies, and Warfare in Early Modern Europe, Cambridge.

Lynn, K. S., 1977: A Divided People, Westport.

Maas, D. E., 1989: The Return of the Massachusetts Loyalists, New York.

McCalman, I. (ed.), 1999: An Oxford Companion to the Romantic Age: British Culture, 1776-1832, Oxford.

Mackesy, P., 1964: The War for America, 1775-1783, London.

Mackesy, P., 1992: The War for America: 1775-1783, Lincoln.

MacKinnon, C. A., 1987: «Sex and Violence: A Perspective (1981)», en C. A. MacKinnon (ed.), Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law, Cambridge, pp. 85-92.

MacLeod, D. P., 2003: «Hannah Ingraham: Loyalist Refugee», Canadian Military History, vol. 12, n.º 1/2, pp. 51-55.

MacLeod, R. H., 1995: Flora Macdonald: The Jacobite Heroine in Scotland and North America, London.

Maier, P., 1970: «Popular Uprisings and Civil Authority in Eighteenth-Century America», The William & Mary Quarterly, vol. 27, n.º 1, pp. 3-35.

Maier, P., 1971: «Revolutionary Violence and the Relevance of History», Journal of Interdisciplinary History, vol. 2, n.º 1, pp. 119-135.

Maier, P., 1997: American Scripture: Making the Declaration of Independence, New York.

Malcolm, J. L., 2009: Peter's War: A New England Slave Boy and the American Revolution, New Haven.

Mann, B. A., 2003: Native Americans, Archaeologists & the Mounds, New York.

Mann, B. A., 2008: George Washington's War on Native America, Westport.

Mannings, D., Postle, M., 2000: Sir Joshua Reynolds: A Complete Catalogue of His Paintings, New Haven.

Marks, A. S., 1981: «The Statue of King George III in New York and the Iconology of Regicide», American Art Journal, vol. 13, n.º 3, pp. 61-82.

Marshall, P. J., 1998: «Britain without America—a Second Empire?», en P. J. Marshall (ed.), The Oxford History of the British Empire, vol. II, The Eighteenth Century, Oxford.

Marshall, P. J., 2012: Remaking the British Atlantic: The United

States and the British Empire after American Independence, Oxford.

Marston, J. G., 1987: King and Congress: The Transfer of Political Legitimacy, 1774-1776, Princeton.

Mason, K., 2012: «The American Loyalist Problem of Identity in the Revolutionary Atlantic World», en J. Bannister, L. Riordan (eds.), The Loyal Atlantic: Remaking the British Atlantic in the Revolutionary Era, Toronto, pp. 39-74.

Masur, L. P., 2008: The Soiling of Old Glory: The Story of a Photograph That Shocked America, New York.

Mauch, C., 2003: «Images of America—Political Myths—Historiography: "Hessians" in the War of Independence», Amerikastudien/American Studies, vol. 48, n.º 3, pp. 411-423.

Maurer, C. F. W., 2005: Dragoon Diary: The History of the Third Continental Light Dragoons, Bloomington.

Maurer, M., 1977: «Military Justice under General Washington», en Military Analysis of the Revolutionary War: An Anthology by the Editors of Military Affairs, Milwood, pp. 57-65.

Mayer, H. A., 1996: Belonging to the Army: Camp Followers and Community During the American Revolution, Columbia.

Mayer, H. A., 2007: «Wives, Concubines, and Community: Following the Army», en J. Phillips, W. L. Sargent (eds.), War and Society in the American Revolution: Mobilization and Home Fronts, DeKalb, pp. 235-262.

McBee Smith, R., 1997: Vardry Mcbee: Man of Reason in an Age of Extremes, Spartanburg.

McCaughey R., 1980: Betsy, From Loyalist to Founding Father: The Political Odyssey of William Samuel Johnson, New York.

McConville, B., 2006: The King's Three Faces: The Rise and Fall of Royal America, 1688-1776, Chapel Hill.

McCowen, G. S., 1972: The British Occupation of Charleston,

1780-82, Columbia.

McCrady, E., 1969: The History of South Carolina in the Revolution, 1775-1780, New York.

McCullough, D. G., 2005: 1776, New York.

McDonnell, M. A., 2000: «Resistance to the American Revolution», en J. P. Greene, J. R. Pole (eds.), A Companion to the American Revolution, Malden, Massachusetts, pp. 342-351.

McDonnell, M. A., 2007: The Politics of War: Race, Class, and Conflict in Revolutionary Virginia, Chapel Hill.

McDonnell, M. A., 2013a: «The Struggle Within: Colonial Politics on the Eve of Independence», en E. G. Gray, J. Kamensky (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford, pp. 103-120.

McDonnell, M. A., 2013b: «War and Nationhood Founding Myth and Historical Realities», en M. A. McDonnell, C. Corbould, F. M. Clarke, W. F. Brundage, Remembering the Revolution: Memory, History, and Nation Making from Independence to the Civil War, Amherst, Massachusetts, pp. 19-40.

McDonnell, M. A., 2015: Masters of Empire: Great Lakes Indians and the Making of America, New York.

McDonnell, M. A., Corbould, C., Clarke, F. M., Brundage, W. F. (eds.), 2013: Remembering the Revolution: Memory, History, and Nation Making from Independence to the Civil War, Amherst, Massachusetts.

McGuire, T. J., 2000: Battle of Paoli, Mechanicsburg.

McGuire, T. J., 2006: The Philadelphia Campaign (2 vols.), Mechanicsburg.

McLoughlin, K. (ed.), 2009a: The Cambridge Companion to War Writing, Cambridge.

McLoughlin, K., 2009b: «War and Words», en K. McLoughlin (ed.), The Cambridge Companion to War Writing, Cambridge, pp. 15-24.

Merritt, B. G., 1970: «Loyalism and Social Conflict in Revolutionary Deerfield, Massachusetts», The Journal of American History, vol. 57, n.º 2(September), pp. 277-289.

Messick, H., 1976: King's Mountain: The Epic of the Blue Ridge «Mountain Men» in the American Revolution, Boston.

Middlekauff, R., 2007: The Glorious Cause: The American Revolution 1763-1789, New York.

Middlekauff, R., 2015: Washington's Revolution: The Making of America's First Leader, New York.

Middleton, R., 1971: «British Historians and the American Revolution», Journal of American Studies, vol. 5, pp. 43-58.

Miller, J. C., 1979: Triumph of Freedom, 1775-1783, Westport.

Miller, K., 2014: Dangerous Guests: Enemy Captives and Revolutionary Communities during the War for Independence, Ithaca.

Miller, N., 1992: Sea of Glory: A Naval History of the American Revolution, Annapolis.

Mintz, M. M., 1970: Gouverneur Morris and the American Revolution, Norman.

Mintz, M. M., 1999: Seeds of Empire: The American Revolutionary Conquest of the Iroquois, New York.

Mintz, S., 2004: Huck's Raft: A History of American Childhood, Cambridge.

Mitchell, R. G., 1964: Loyalist Georgia [tesis doctoral], Tulane University.

Moore, C., 1994: The Loyalists: Revolution, Exile, Settlement, Toronto.

Moreau, J., 2003: Schoolbook Nation: Conflicts over American History Textbooks from the Civil War to the Present, Ann Arbor.

Morris, R. B., 1983: The Peacemakers: The Great Powers and American Independence, Boston.

Moser, J. E., 1999: Twisting the Lion's Tail: American Anglophobia between the World Wars, New York.

Moskos, P., 2011: In Defense of Flogging, New York.

Moss, B. G., 1998: Roster of the Loyalists in the Battle of Kings Mountain, Blacksburg.

Mott, F. L., 1962: American Journalism: A History, 1690-1960, New York.

Murdoch, D. H., 1979: Rebellion in America: A Contemporary British Viewpoint, 1765-1783, Santa Barbara.

Nadelhaft, J. J., 1981: The Disorders of War: The Revolution in South Carolina, Orono.

Nash, A., 2001: «"None of the Women Were Abused": Indigenous Contexts for the Treatment of Women Captives in the Northeast», en M. D. Smith (ed.), Sex without Consent: Rape and Sexual Coercion in America, New York.

Nash, G. B., 2005: The Unknown American Revolution: The Unruly Birth of Democracy and the Struggle to Create America, New York.

Nash, G. B., 2013: «The African Americans' Revolution», en E. G. Gray, J. Kamensky, Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford.

Neagles, J. C., 1986: Summer Soldiers: A Survey & Index of Revolutionary War Courts-Martial, Salt Lake City.

Neely, M. E., 2004: «Was the Civil War a Total War?», Civil War History vol. 50, n.º 4, pp. 434-458.

Neely, M. E., 2007: The Civil War and the Limits of Destruction, Cambridge.

Neff, S. C., 2005: War and the Law of Nations: A General History,

Cambridge.

Neimeyer, C. P., 1996: America Goes to War: A Social History of the Continental Army, New York.

Neimeyer, C. P., 2007: «"Town Born, Turn Out": Town Militias, Tories, and the Struggle for Control of the Massachusetts Backcountry», en J. Resch, W. Sargent (eds.), War & Society in the American Revolution: Mobilization and Home Fronts, DeKalb, pp. 23-41.

Nell, W. C., 1968: The Colored Patriots of the American Revolution, New York.

Nelson, E., 2014: The Royalist Revolution: Monarchy and the American Founding, Cambridge.

Nelson, J. L., 2009: «Burning Falmouth», MHQ: The Quarterly Journal of Military History, vol. 22, n.º 1, pp. 62-69.

Nelson, M., 2011: The Art of Cruelty: A Reckoning, New York.

Nelson, P. D., 1985: Anthony Wayne, Soldier of the Early Republic, Bloomington.

Nelson, P. D., 1990: William Tryon and the Course of Empire: A Life in British Imperial Service, Chapel Hill.

Nelson, P. D., 1996: Sir Charles Grey, First Earl Grey: Royal Soldier, Family Patriarch, Madison.

Nelson, P. D., 2005: Francis Rawdon-Hastings, Marquess of Hastings: Soldier, Peer of the Realm, Governor-General of India, Madison.

Nelson, W. H., 1958: The Loyalist View of the American Revolution [tesis doctoral inédita], Columbia University.

Nelson, W. H., 1961: The American Tory, London.

Neubauer, H. -J., 1999: The Rumour: A Cultural History, (trad. Ch. Braun), London.

New Jersey Historical Society, 1901-1917: Documents Relating to the Revolutionary History of the State of New Jersey (5 vols.), Trenton (reimpr. 1977).

Newman, S. P. (ed.), 2006: Europe's American Revolution, Houndsmill.

Newman, S. P., 2008: «Loosing the Faith: British Historians and the Last Best Hope», Comparative American Studies, vol. 6, n.º 2, pp. 161-178.

Nobles, G. H., 2011: «Historians Extend the Reach of the American Revolution», en A. H. Young, G. H. Nobles (eds.), Whose American Revolution Was It? Historians Interpret the Founding, New York, pp. 135-256.

Norton, M. B., 1972: The British-Americans: The Loyalist Exiles in England, 1774-1789, London.

Norton, M. B., 1973: «The Fate of Some Black Loyalists of the American Revolution», The Journal of Negro History, vol. 58, n.º 4, pp. 402-426.

Norton, M. B., 1976: «Eighteenth-Century American Women in Peace and War: The Case of the Loyalists», The William & Mary Quarterly, vol. 33, n.º 3, pp. 386-409.

Norton, M. B., 1980: Liberty's Daughters: The Revolutionary Experience of American Women, 1750-1800, Boston.

Novick, P., 1988: That Noble Dream: The «Objectivity». Question and the American Historical Profession, New York.

Obama, B. H., Inaugural Address, 20 de enero de 2009, disponible en <https://obamawhitehouse.archives.gov/blog/2009/01/21/president-barack-obamas-inaugural-address>.

Odle, M., 2012: «Buried in Plain Sight: Indian "Curiosities" in Du Simitière's American Museum», Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 136, n.º 4, pp. 499-502.

O'Kane-Lipartito, E., 1993: «The Misfortunes and Calamities of

War»: Civilians and Society in the American Revolution and after 1775-1830 [tesis doctoral], University of Houston.

Oldham, J. C., 1994: «Truth-Telling in the Eighteenth-Century English Courtroom», Law and History Review, vol. 12, n.º 1, pp. 95-121.

Oliver, K., 2004: «Witnessing and Testimony», Parallax, vol. 10, n.º 1, pp. 79-88.

Olwell, R., 1998: Masters, Slaves & Subjects: The Culture of Power in the South Carolina Low Country, 1740-1790, Ithaca.

Onuf, P., Onuf, N., 1993: Federal Union, Modern World: The Law of Nations in an Age of Revolutions, 1776-1814, Madison.

O'Shaughnessy, A. J., 2000: An Empire Divided: The American Revolution and the British Caribbean, Philadelphia.

O'Shaughnessy, A. J., 2004: «"If Others Will Not Be Active, I Must Drive": George III and the American Revolution», Early American Studies: An Interdisciplinary Journal, vol. 2, n.º 1(Spring), pp. 1-46.

O'Shaughnessy, A. J., 2013: The Men Who Lost America: British Leadership, the American Revolution, and the Fate of the Empire, New Haven.

Ousterhout, A. M., 1987: A State Divided: Opposition in Pennsylvania to the American Revolution, New York.

Palmer, R. R., 1959: The Age of Democratic Revolution: A Political History of Europe and America, 1760-1800, Vol. I: The Challenge, Princeton.

Pancake, J. S., 1985: This Destructive War: The British Campaign in the Carolinas, 1780-1782, Tuscaloosa.

Papas, P., 2007: That Ever Loyal Island: Staten Island and the American Revolution, New York.

Parkinson, R., 2005: Enemies of the People: The Revolutionary War and Race in the New American Nation, tesis doctoral, University of

Virginia.

Pasley, J. L. 2015: «Whiskey Chaser: Democracy and Violence in the Debate over the Democratic-Republican Societies and the Whiskey Rebellion», en P. Griffin, R. G. Ingram, P. S. Onuf, B. Schoen (eds.), Between Sovereignty and Anarchy: The Politics of Violence in the American Revolutionary Era, Charlottesville, Virginia.

Pate, M., Gould, L. A., 2012: Corporal Punishment around the World, Santa Barbara.

Patton, R. H., 2008: Patriot Pirates: The Privateer War for Freedom and Fortune in the American Revolution, New York.

Pease, D. E., 2009: The New American Exceptionalism, Minneapolis-London.

Peckham, H. H., 1974: The Toll of Independence: Engagements & Battle Casualties of the American Revolution, Chicago.

Perl-Rosenthal, N., 2015: Citizen Sailors: Becoming American in the Age of Revolution, Cambridge.

Phelps, G. A., 2001: «The Republican General», en D. Higginbotham (ed.), George Washington Reconsidered, Charlottesville, pp. 165-197.

Philbrick, N., 2013: Bunker Hill: A City, a Siege, a Revolution, New York.

Phillips, K., 1999: The Cousins' Wars: Religion, Politics, and the Triumph of Anglo-America, New York.

Phillips, K., 2012: 1775: A Good Year for Revolution, New York.

Piecuch, J., 2008: Three Peoples, One King: Loyalists, Indians, and Slaves in the Revolutionary South, 1775-1782, Columbia.

Piecuch, J., 2010: The Blood Be Upon Your Head: Tarleton and the Myth of Buford's Massacre, Charleston.

Pierce, S., Rao, A. (eds.), 2006: Discipline and the Other Body:

Correction, Corporeality, Colonialism, Durham.

Plank, G. G., 2006: Rebellion and Savagery: The Jacobite Rising of 1745 and the British Empire, Philadelphia.

Pocock, J. G. A., 2007: «Monarchy in the Name of Britain: The Case of George III», en H. Blom, J. C. Laursen, L. Simonutti (eds.), Monarchisms in the Age of Enlightenment: Liberty, Patriotism, and the Common Good, Toronto, pp. 285-302.

Pointon, M., 2001: «"Surrounded with Brilliants": Miniature Portraits in Eighteenth-Century England», Art Bulletin, vol. 83, n.º 1, pp. 48-71.

Pond, E. L., 1909: The Tories of Chippeny Hill, Connecticut: A Brief Account of the Loyalists of Bristol, Plymouth and Harwinton, Who Founded St. Matthew's Church in East Plymouth in 1791, New York.

Poovey, M., 1998: A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society, Chicago.

Popkin, J. D., 1989: News and Politics in the Age of Revolution: Jean Luzac's Gazette De Leyde, Ithaca.

Potter-MacKinnon, J., 1983: The Liberty We Seek: Loyalist Ideology in Colonial New York and Massachusetts, Cambridge.

Potter-MacKinnon, J., 1993: While the Women Only Wept: Loyalist Refugee Women, Montreal.

Powell, W. S., 1949: «A Connecticut Soldier under Washington: Elisha Bostwick's Memoirs of the First Tears of the Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 6, n.º 1, pp. 94-107.

Powers, S. L., 2006: «Studying the Art of War: Military Books Known to American Officers and Their French Counterparts During the Second Half of the Eighteenth Century», Journal of Military History, vol. 70, n.º 3, pp. 781-814.

Prebble, J., 1961: Culloden, London.

Prelinger, C. M., 1975: «Benjamin Franklin and the American Prisoners of War in England During the American Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 32, n.º 2, pp. 261-294.

Prinzing, F., Westergaard, H., 1916: Epidemics Resulting from Wars, Oxford.

Purcell, S. J., 2002: Sealed with Blood: War, Sacrifice, and Memory in Revolutionary America, Philadelphia.

Purcell, S. J., 2013: «Martyred Blood and Avenging Spirits: Revolutionary Martyrs and Heroes as Inspiration for the U.S. Civil War», en M. A. McDonnell, C. Corbould, F. Clarke, W. F. Brundage (eds.), Remembering the Revolution: Memory, History, and Nation Making from Independence to the Civil War, Amherst, Massachusetts.

Pybus, C., 2005: «Jefferson's Faulty Math: The Question of Slave Defections in the American Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 62, n.º 2, pp. 243-264.

Pybus, C., 2006: Epic Journeys of Freedom: Runaway Slaves of the American Revolution and Their Global Quest for Liberty, Boston.

Quarles, B., 1958: «Lord Dunmore as Liberator», The William & Mary Quarterly, vol. 15, n.º 4, pp. 494-507.

Rabb, R. E., 1958: «The Role of William Eden in the British Peace Commission of 1778», Historian, vol. 20, n.º 2, opp. 153-178.

Rael, P., 2015: Eighty-Eight Years: The Long Death of Slavery in the United States, 1777-1865, Athens.

Rakove, J. N., 1979: The Beginnings of National Politics: An Interpretive History of the Continental Congress, New York.

Rakove, J. N., 1982: The Beginnings of National Politics: An Interpretive History of the Continental Congress, Baltimore.

Rakove, J. N., 2010: Revolutionaries: A New History of the Invention of America, Boston.

Rankin, H. F., 1954: «Cowpens: Prelude to Yorktown», North Carolina Historical Review, vol. 31, n.º 3, pp. 336-369.

Rankin, H. F., 1964: «Anthony Wayne: Military Romanticist», en G. A. Billias (ed.), George Washington's Generals, New York, pp. 260-290.

Rankin, H. F., 1978: «An Officer out of his Time: Correspondence of Major Patrick Ferguson», en H. H. Peckham (ed.), Sources of American Independence: Selected Manuscripts from the Collections of the William L. Clements Library (2 vols.), Chicago.

Ranlet, P., 1986: The New York Loyalists, Knoxville.

Ranlet, P., 2000a: «The British, Their Virginian Prisoners, and Prison Ships of the American Revolution», American Neptune, vol. 60, n.º 3, pp. 253-262.

Ranlet, P., 2000b: «In the Hands of the British: The Treatment of American POWs During the War of Independence», Historian, vol. 62, n.º 4, pp. 731-757.

Raphael, R., 2001: A People's History of the American Revolution: How Common People Shaped the Fight for Independence, New York.

Rapoport, D. C., 2008: «Before the Bombs There Were the Mobs: American Experience with Terror», Terrorism and Political Violence, vol. 20, n.º 2, pp. 167-194.

Rawle, W. B., 1901: «Plundering by the British Army during the American Revolution», The Pennsylvania Magazine of History and Biography, vol. 25, n.º 1, 114.

Raymond, W. O. (ed.), 1901: Winslow Papers, A.D. 1776-1826, St. John, New Brunswick.

Razzell, P., 1977: The Conquest of Smallpox: The Impact of Inoculation on Smallpox Mortality in Eighteenth Century Britain, Firle, Sussex.

Rediker, M., 2007: The Slave Ship: A Human History, New York.

Redlich, F., 1956: De Praeda Militari. Looting and Booty, 1500-1815, Vierteljahrschrift Für Sozial-Und Wirtschaftsgeschichte, Beihefte 39, Wiesbaden.

Reich, J. R., 1998: British Friends of the American Revolution, London.

Resch, J. P., 1988: «Politics and Public Culture: The Revolutionary War Pension Act of 1818», Journal of the Early Republic, vol. 8, n.º 2, pp. 139-158.

Resch, J. P., 1999: Suffering Soldiers: Revolutionary War Veterans, Moral Sentiment, and Political Culture in the Early Republic, Amherst.

Rhoden, N. L., 2007: «Patriots, Villains, and the Quest for Liberty: How American Film Has Depicted the American Revolution», Canadian Review of American Studies, vol. 37, n.º 2(Summer), pp. 205-238.

Rhoden, N. L., 2013: «The American Revolution (I): The Paradox of Atlantic Integration», en S. Foster (ed.), British North America in the Seventeenth and Eighteenth Centuries, Oxford, pp. 255-288.

Richardson, J., 2009: «Atrocity in Mid Eighteenth-Century War Literature», Eighteenth-Century Life, vol. 33, n.º 2, pp. 92-114.

Richter, D., 1983: «War and Culture: The Iroquois Experience.», The William & Mary Quarterly, vol. 40, n.º 4, pp. 528-559.

Richter, D., 2001: Facing East from Indian Country: A Native History of Early America, Cambridge.

Rieder, K., 2009: «The Remainder of Our Effects We Must Leave Behind»: American Loyalists and the Meaning of Things, 1765-1800 [tesis doctoral], Harvard.

Risher, C. A., 1976: Propaganda, Dissension, and Defeat: Loyalist Sentiment in Georgia, 1763-1783 [tesis doctoral], Mississippi State University.

Ritcheson, C. R., 1954: British Politics and the American

Revolution, Norman.

Ritcheson, C. R., 1969: Aftermath of Revolution: British Policy toward the United States, 1783-1795, Dallas.

Ritcheson, C. R., 1973: «"Loyalist Influence" on British Policy Towards the United States after the American Revolution», Eighteenth-Century Studies, vol. 7, n.º 1, pp. 1-17.

Ritcheson, C., R., 1975: «The Aftermath of Revolution: The Loyalists and British Policy», en E. Wright (ed.), A Tug of Loyalties: Anglo-American Relations, 1765-85, London, pp. 48-65.

Ritcheson, C. R., 1981: British Politics and the American Revolution, Westport.

Robbins, K., 2002: «The Special Relationship: An Overview», Revue Francaise de Civilization Britannique, vol. 12, n.º 1, pp. 9-18.

Roberts, P., 2012: «Peace, Ritual and Sexual Violence During the Religious Wars», en G. Murdock, P. Roberts, A. Spicer (eds.), Ritual and Violence: Natalie Zemon Davis and Early Modern France, Oxford, pp. 75-99.

Robertson, E., Rose, C. M., 2001: «Introduction», en E. Robertson, E. C. M. Rose (eds.), Representing Rape in Medieval and Early Modern Literature, New York, pp. 1-20.

Robertson, J., Klein, M. M., Howard, R. W. (eds.), 1983: The Twilight of British Rule in Revolutionary America: The New York Letter Book of General James Robertson, 1780-1783, Cooperstown.

Ross, J. M., 1975: Jacob Bailey, Loyalist: Anglican Clergyman in New England and Nova Scotia [tesis doctoral], University of New Brunswick, Canada.

Royster, C., 1979: A Revolutionary People at War: The Continental Army and American Character, 1775-1783, Chapel Hill.

Royster, C., 1987: «Founding a Nation in Blood: Military Conflict and American Nationality», en R. Hoffman, P. J. Albert (eds.), Arms and Independence: The Military Character of the American

Revolution, Charlottesville, pp. 25-49.

Rudolph, J., 2013: Common Law and Enlightenment in England, 1689-1750, Woodbridge, Suffolk.

Ryan, D. P., 1979: A Salute to Courage: The American Revolution as Seen through Wartime Writings of Officers of the Continental Army and Navy, New York.

Sabine, L., 1864: Biographical Sketches of Loyalists of the American Revolution, with an Historical Essay (2 vols.), Boston.

Sadosky, L. J., 2009: Revolutionary Negotiations: Indians, Empires, and Diplomats in the Founding of America, Charlottesville.

Sadosky, L. J., 2010: «Reimagining the British Empire and America in an Age of Revolution: The Case of William Eden», en L. J. Sadosky, P. Nicolaisen, P. S. Onuf, A. J. O'Shaughnessy (eds.), Old World, New World: America and Europe in the Age of Jefferson, Charlottesville, pp. 83-104.

Sainsbury, J., 1987: Disaffected Patriots: London Supporters of Revolutionary America, 1769-1782, Kingston.

Sampson, R., 1995: Escape in America: The British Convention Prisoners, 1777-1783, Chippenham.

Sandberg, B., 2004: «"Generous Amazons Came to the Breach": Besieged Women, Agency and Subjectivity during the French Wars of Religion», Gender and History, vol. 16, n.º 3, pp. 654-688.

Sandberg, B., 2006: «Beyond Encounters: Religion, Ethnicity, and Violence in the Early Modern Atlantic World, 1492-1700», Journal of World History, vol. 17, n.º 1, pp. 1-25.

Sandberg, B., 2009: «"Only the Sack and the Noose for Its Citizens": Atrocities and Civilian Casualties During the French Wars of Religion», en S. J. Rockel, R. Halpern (eds.), Inventing Collateral Damage: Civilian Casualties, War, and Empire, Toronto, pp. 97-114.

Savas, T. P., Dameron, J. D., 2006: A Guide to the Battles of the American Revolution, New York.

Scarry, E., 1985a: The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World, New York.

Scarry, E., 1985b: «Injury and the Structure of War», Representations, n.º 10, pp. 1-51.

Schama, S., 1989: Citizens: A Chronicle of the French Revolution, New York.

Schama, S., 2006: Rough Crossings: Britain, the Slaves, and the American Revolution, New York.

Schantz, M. S., 2008: Awaiting the Heavenly Country: The Civil War and America's Culture of Death, Ithaca, New York.

Schecter, B., 2002: The Battle for New York: The City at the Heart of the American Revolution, New York.

Scheer, G. F. (ed.), 1962: Private Yankee-Doodle; being a narrative of some of the adventures, dangers, and sufferings of a Revolutionary soldier, Boston.

Schellhammer, M., 2012: George Washington and the Final British Campaign for the Hudson River, 1779, Jefferson.

Schiff, S., 2005: A Great Improvisation: Franklin, France, and the Birth of America, New York.

Schlesinger, A. M., 1955: «Political Mobs and the American Revolution, 1765-1776», Proceedings of the American Philosophical Society, vol. 99, n.º 4(August), pp. 244-250.

Schlesinger, A. M., 1958: Prelude to Independence; the Newspaper War on Britain, 1764-1776, New York.

Schmidt, H. D.,1958: «The Hessian Mercenaries: The Career of a Political Cliche», History, vol. 43, n.º 149, pp. 207-212.

Scott, G. R., 1971: History of Torture, London.

Scott, H. M., 1990: British Foreign Policy in the Age of the American Revolution, Oxford.

Scotti, A. J., 2002: Brutal Virtue: The Myth and Reality of Banastre Tarleton, Bowie.

Selby, J. E., 1988: The Revolution in Virginia, 1775-1783, Williamsburg.

Selby, J. E., Riley, E. M., 1977: Dunmore, Williamsburg.

Selesky, H. E., 1994: «Colonial America», en M. Howard, G. J. Andreopoulos, M. R. Shulman (eds.), The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World, New Haven, pp. 59-85.

Shapin, S., Schaffer, S., 2011: Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life, Princeton.

Shapiro, B. J., 2000: A Culture of Fact: England, 1550-1720, Ithaca.

Sharpe, J., 1993: Allegories of Empire: The Figure of Woman in the Colonial Text, Minneapolis.

Shaw, P., 1981: American Patriots and the Rituals of Revolution, Cambridge.

Shefsiek, K., 2009: «A Suspected Loyalist in the Rural Hudson Valley: The Revolutionary War Experience of Roeloff Josiah Eltinge», en T. S. Wermuth, J. M., Johnson, C. Pryslopski (eds), America's First River: The History and Culture of the Hudson River Valley, Poughkeepsie.

Shibutani, T., 1966: Improvised News: A Sociological Study of Rumor, Indianapolis.

Shy, J. W., 1965: Toward Lexington: The Role of the British Army in the Coming of the American Revolution, Ann Arbor.

Shy, J. W. (ed.), 1976a: A People Numerous and Armed: Reflections on the Military Struggle for American Independence, New York.

Shy, J. W., 1976b: «Armed Loyalism: The Case of the Lower Hudson Valley», en J. W. Shy (ed.), A People Numerous and Armed: Reflections on the Military Struggle for American Independence, Oxford, pp. 181-192.

Shy, J. W., 1978: «Confronting Rebellion: Private Correspondence of Lord Barrington with General Gage, 1765-1775», en H. H. Peckham (ed.), Sources of American Independence: Selected Manuscripts from the Collections of the William L. Clements Library (2 vols.), Chicago.

Shy, J. W., 1993: «Logistical Crisis and the American Revolution: A Hypothesis», en J. A. Lynn (ed.), Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present, Boulder, pp. 161-179.

Sifton, P. G., 1960: Pierre Eugene du Simitière (1734–1784): Collector in Revolutionary America [tesis doctoral], University of Pennsylvania.

Silver, P. R., 2008: Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America, New York.

Silver, R. G., 1977: «Aprons Instead of Uniforms: The Practice of Printing, 1776-1787», Proceedings of the American Antiquarian Society, vol. 87, pp. 111-194.

Silverman, K., 1987: A Cultural History of the American Revolution: Painting, Music, Literature, and the Theatre in the Colonies and the United States from the Treaty of Paris to the Inauguration of George Washington, 1763-1789, New York.

Simpson, A., 1987: «Vulnerability and the Age of Female Consent: Legal Innovation and Its Effect on Prosecutions for Rape in Eighteenth Century London», en G. S. Rousseau, R. Porter (eds.), Sexual Underworlds of the Enlightenment, Manchester, pp. 181-205.

Skemp, S. L., 1990: William Franklin: Son of a Patriot, Servant of a King, New York.

Skemp, S. L., 1994: Benjamin and William Franklin: Father and Son, Patriot and Loyalist, Boston.

Slide, A. (ed.), 1993: Robert Goldstein and «the Spirit of ‘76», Metuchen.

Slotkin, R., 1973: Regeneration through Violence: The Mythology of

the American Frontier, 1600-1860, Middletown, Connecticut.

Smith, B. C.,1994: «Food Rioters and the American Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 51, n.º 1, pp. 3-38.

Smith, J. E., 2007: Vicarious Atonement: Revolutionary Justice and the Asgill Case, MA dissertation, New Mexico State University.

Smith, M. D. (ed.), 1998: Sex and Sexuality in Early America, New York.

Smith, M. D. (ed.), 2001: Sex without Consent: Rape and Sexual Coercion in America, New York.

Smith, P., 1989: A New Age Now Begins: A People's History of the American Revolution (2 vols.), New York.

Smith, P. H., 1968: «The American Loyalists: Notes on Their Organization and Numerical Strength», The William & Mary Quarterly, vol. 25, n.º 2, pp. 259-277.

Smith, R. N., 1993: Patriarch: George Washington and the New American Nation, Boston.

Smith-Rosenberg, C., 2010: This Violent Empire: The Birth of an American National Identity, Chapel Hill.

Sosin, J. M., 1965: «The Use of Indians in the War of the American Revolution: A Re-Assessment of Responsibility», Canadian Historical Review, vol. 46, n.º 2, pp. 101-121.

Sparshott, C. J. M., 2007: The Popular Politics of Loyalism During the American Revolution, 1774-1790 [tesis doctoral], Northwestern University, Illinois.

Spring, M. H., 2008: With Zeal and with Bayonets Only: The British Army on Campaign in North America, 1775-1783, Norman.

Stadelman, B. S. S., 1969: The Amusements of the American Soldiers During the Revolution [tesis doctoral], Tulane University.

Starkey, A., 1990: «War and Culture, a Case Study: The

Enlightenment and the Conduct of the British Army in America, 1755-1781», War and Society, vol. 8, n.º 1, pp. 1-28.

Starkey, A., 1994: «Paoli to Stony Point: Military Ethics and Weaponry During the American Revolution», Journal of Military History, vol. 58, n.º 1, pp. 7-27.

Starkey, A., 2003: War in the Age of Enlightenment, 1700-1789, Westport.

Starr, R., 1994: «"Little Bermuda": Loyalism on Daufuskie Island, South Carolina, 1775-1783», en R. M. Calhoon, T. M. Barnes, G. A. Rawlyk (eds.), Loyalists and Community in North America, Westport.

Stead, M., 2004: «Contemporary Responses in Print to the American Campaigns of the Howe Brothers», en J. Flavell, S. Conway (eds.), Britain and America Go to War: The Impact of War and Warfare, 1754-1815, Gainsville, pp. 116-142.

Steele, I. K., 1998: «Surrendering Rites: Prisoners on Colonial North American Frontiers», en S. Taylor, R. Connors, C. Jones (eds.), Hanoverian Britain and Empire: Essays in Memory of Philip Lawson, Woodbridge, Suffolk, pp. 137-157.

St. George, R. B., 1998: Conversing by Signs: Poetics of Implication in Colonial New England Culture, Chapel Hill.

Steiner, B. C., 1907: The Life and Correspondence of James McHenry, Secretary of War under Washington and Adams, Cleveland.

Steiner, B. E., 1972: Samuel Seabury, 1729-1796: A Study in the High Church Tradition, Athens.

Steppler, G. A., 1987: «British Military Law, Discipline, and the Conduct of Regimental Courts Martial in the Later Eighteenth Century», English Historical Review, vol. 102, n.º 405, pp. 859-886.

Sterling, D. L., 1956: «American Prisoners of War in New York: A Report by Elias Boudinot», The William & Mary Quarterly, vol. 13, n.º 3, pp. 376-393.

Stoesen, A. R., 1962: «The British Occupation of Charleston, 1780-1782», South Carolina Historical Magazine, vol. 63, n.º 2, pp. 71-82.

Stokes, I. N. P., 1967: The Iconography of Manhattan Island, 1498-1909 (6 vols.), New York.

Stokes, I. N. P., Wieder, F. C., Paltsits, V. H., 1915: The Iconography of Manhattan Island, 1498-1909 (6 vols.), New York.

Stryker, W. S., 1898: The Battles of Trenton and Princeton, Boston.

Sutton, P. l. G., 1960: Pierre Eugene Du Simitière (1734-1784): Collector in Revolutionary America [tesis doctoral], University of Pennsylvania.

Symonds, C. L., Clipson, W. J., 1986: A Battlefield Atlas of the American Revolution, Annapolis.

Taaffe, S. R., 2003: The Philadelphia Campaign, 1777-1778, Lawrence.

Tallett, F., 2006: «Barbarism in War: Soldiers and Civilians in the British Isles, C. 1641-1652», en G. Kassimeris (ed.), Warrior's Dishonour: Barbarity, Morality and Torture in Modern Warfare, Aldershot, pp. 19-40.

Taylor, A., 1995: William Cooper's Town: Power and Persuasion on the Frontier of the Early American Republic, New York.

Taylor, A., 2001: American Colonies: The Settling of North America, New York.

Taylor, A., 2006: The Divided Ground: Indians, Settlers and the Northern Borderland of the American Revolution, New York.

Taylor, A., 2010: The Civil War of 1812: American Citizens, British Subjects, Irish Rebels, & Indian Allies, New York.

Taylor, A., 2013: The Internal Enemy: Slavery and War in Virginia, 1772-1832, New York.

Tebbenhoff, E. H., 1979: «The Associated Loyalists: An Aspect of Militant Loyalism», New-York Historical Society Quarterly, vol. 63, n.º 2, pp. 115-144.

Teltscher, K., 1996: «"The Fearful Name of the Black Hole": Fashioning an Imperial Myth», en B. Moore-Gilbert (ed.), Writing India, 1757-1990, Manchester, pp. 30-51.

Thayer, T., 1994: «Nathanael Greene: Revolutionary War Strategist», en G. A. Billias (ed.), George Washington's Generals and Opponents: Their Exploits and Leadership, New York.

Tiedemann, J. S., 1983: «Queens County, New York Quakers in the American Revolution: Loyalists or Neutrals?», Historical Magazine of the Protestant Episcopal Church, vol. 52, n.º 3, pp. 215-227.

Tiedemann, J. S., 1986: «Patriots by Default: Queens County, New York, and the British Army, 1776-1783», The William & Mary Quarterly, vol. 43, n.º 1, pp. 35-63.

Tiedemann, J. S., 2009: Eugene R. Fingerhut, and Robert W. Venables, The Other Loyalists: Ordinary People, Royalism, and the Revolution in the Middle Colonies, 1763-1787, Albany.

Tiedemann, J. S., 2010: «A Tumultuous People: The Rage for Liberty and the Ambivalence of Violence in the Middle Colonies in the Years Preceding the American Revolution», Pennsylvania History, vol. 77, n.º 4, pp. 387-431.

Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., 2009: «Introduction», en J. S. Tiedemann, E. R. Fingerhut, R. W. Venables (eds.), The Other Loyalists: Ordinary People, Royalism, and the Revolution in the Middle Colonies, 1763-1787, Albany, pp. 1-15.

Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., Venables, R. W. (eds.), 2009: The Other Loyalists: Ordinary People, Royalism, and the Revolution in the Middle Colonies, 1763-1787, Albany, New York.

Tillyard, S., 2006: A Royal Affair: George III and His Scandalous Siblings, London.

Tirman, J., 2011: The Deaths of Others: The Fate of Civilians in

America's Wars, New York.

Tombs, R., Tombs, I., 2006: That Sweet Enemy: The French and the British from the Sun King to the Present, London.

Tourtellot, A. B., 1963: Lexington and Concord: The Beginning of the War of the American Revolution, New York.

Travers, L., 1997: Celebrating the Fourth: Independence Day and the Rites of Nationalism in the Early Republic, Amherst.

Trevelyan, G. M., 1932: Sir George Otto Trevelyan: A Memoir, London.

Troxler, G., 1973: Pyle's Massacre: February 23, 1781, Burlington.

Trumbach, R., 1998: Sex and the Gender Revolution, Chicago.

Tucker, G., 1973: Mad Anthony Wayne and the New Nation: The Story of Washington's Front-Line General, Harrisburg.

Turner, E. H., 1959: «American Prisoners of War in Great Britain, 1777-83», Mariner's Mirror, vol. 45, n.º 3, pp. 200-206.

Tyler, M. C., 1897: The Literary History of the American Revolution, 1763-1783 (2 vols.), New York.

Ulrich, L. T., 2013: «Political Protest and the World of Goods», en E. G. Gray, J. Kamensky (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, pp. 64-84.

Upton, L. F. S. (ed.), 1968: Revolutionary Versus Loyalist: The First American Civil War 1774-1784, Waltham.

Urban, M., 2007: Fusiliers: Eight Years with the Redcoats in America, London.

Valentine, A., 1962: Lord George Germain, Oxford.

Valentine, A., 1967: Lord North (2 vols.), Norman.

Van Buskirk, J. L., 2002: Generous Enemies: Patriots and Loyalists

in Revolutionary New York, Philadelphia.

Van Doren, C., 1941: Secret History of the American Revolution: An Account of the Conspiracies of Benedict Arnold and Numerous Others, Drawn from the Secret Service Papers of the British Headquarters in North America, Now for the First Time Examined and Made Public, New York.

Van Tyne, C. H. 1927: «The Struggle for Truth About the American Revolution», en C. H. Van Tyne (ed.), England & America: Rivals in the American Revolution, Cambridge, pp. 1-28.

Van Tyne, C. H., 1970: The Loyalists in the American Revolution, New York.

Venables, R. W., 2009: «"Faithful Allies of the King": The Crown's Haudenosaunee Allies in the Revolutionary Struggle for New York», en J. S. Tiedemann, E. R. Fingerhut, R. W. Venables (eds.), The Other Loyalists: Ordinary People, Royalism, and the Revolution in the Middle Colonies, 1763-1787, Albany, pp. 131-157.

Vigarello, G., 2001: A History of Rape: Sexual Violence in France from the 16th to the 20th Century, Malden, Massachusetts.

Villers, D. H., 1976: Loyalism in Connecticut, 1763-1783 [tesis doctoral], University of Connecticut, Connecticut, Massachusetts.

Villers, D. H., 1994: «"King Mob" and the Rule of Law: Revolutionary Justice and the Suppression of Loyalism in Connecticut, 1774-1783», en R. M. Calhoon, T. Barnes, G. A. Rawlyk (eds.), Loyalists and Community in North America, Westport, pp. 17-30.

Volo, D. D., Volo, J. M., 2003: Daily Life During the American Revolution, Westport.

Wahrman, D., 2001: «The English Problem of Identity in the American Revolution», American Historical Review, vol. 106, n.º 4, pp. 1236-1262.

Waldrep, C., Bellesiles, M. A. (eds.), 2006: Documenting American Violence: A Sourcebook, New York.

Waldstreicher, D., 1997: In the Midst of Perpetual Fetes: The Making of American Nationalism, 1776-1820, Chapel Hill.

Waldstreicher, D., 2009: Slavery's Constitution: From Revolution to Ratification, New York.

Walker, G., 1998: «Rereading Rape and Sexual Violence in Early Modern England», Gender & History, vol. 10, n.º 1, pp. 1-25.

Walker, J. W. St. G., 1976: The Black Loyalists: The Search for a Promised Land in Nova Scotia and Sierra Leone, 1783-1870, London.

Walker, M., 2013: The Battles of Kings Mountain and Cowpens: The American Revolution in the Southern Backcountry, New York.

Wallace, A. F. C., 1972: The Death and Rebirth of the Seneca, New York.

Walzer, M., 1992: Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations, New York.

Ward, C., 1952: The War of the Revolution (John Richard Allen, ed.) [2 vols.], New York.

Ward, H. M., 1999: The War for Independence and the Transformation of American Society, London.

Ward, H. M., 2002: Between the Lines: Banditti of the American Revolution, Westport.

Ward, H. M., 2006: George Washington's Enforcers: Policing the Continental Army, Carbondale.

Way, P., 2004: «Venus and Mars: Women and the British Army in America During the Seven Years' War», en J. Flavell, S. Conway (eds.), Britain and America Go to War: The Impact of War and Warfare in Anglo-America, 1754-1815, Gainesville, pp. 41-68.

Weintraub, S., 2005: Iron Tears: America's Battle for Freedom, Britain's Quagmire, 1775-1783, New York.

Weir, R. M., 1985: «"The Violent Spirit", the Reestablishment of Order, and the Continuity of Leadership in Post-Revolutionary South Carolina», en R. Hoffman, T. W. Tate, P. J. Albert (eds.), An Uncivil War: The Southern Backcountry during the American Revolution, Charlottesville.

Werner, E. E., 2006: In Pursuit of Liberty: Coming of Age in the American Revolution, Westport.

Wertenbaker, T. J., 1969: Father Knickerbocker Rebels: New York City During the Revolution, New York.

Whitaker, B. L., 1908: The Provincial Council and Committees of Safety in North Carolina, Chapel Hill.

White, R., 1991: The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815, Cambridge.

Whittemore, C. P., 1961: A General of the Revolution, John Sullivan of New Hampshire, New York.

Whittemore, C. P., 1994: «John Sullivan: Luckless Irishman», en G. A. Billias (ed.), George Washington's Generals and Opponents: Their Exploits and Leadership, New York.

Wickersty, J. R., 2015: «A Shocking Havoc: The Plundering of Westfield, New Jersey, June 26, 1777», Journal of the American Revolution (July 21, 2015), disponible en <http://allthingsliberty.com/2015/07/a-shocking-havoc-the-plundering-of-westfield-new-jersey-june-26-1777/>.

Wiener, F. B., 1967: Civilians under Military Justice: The British Practice since 1689, Especially in North America, Chicago.

Wilf, S., 2000: «Placing Blame: Criminal Law and Constitutional Narratives in Revolutionary Boston», Crime, Histoire & Sociétés/Crime, History & Societies, vol. 4, n.º 1, pp. 32-61.

Willcox, W. B., 1964: Portrait of a General: Sir Henry Clinton in the War of Independence, New York.

Williams, G. F., 2005: Year of the Hangman: George Washington's

Campaign against the Iroquois, Yardley.

Wills, G., 1978: Inventing America: Jefferson's Declaration of Independence, Garden City.

Wilson, D. K., 2005: The Southern Strategy: Britain's Conquest of South Carolina and Georgia, 1775-1780, Columbia.

Wilson, K., 1995: The Sense of the People: Politics, Culture, and Imperialism in England, 1715-1785, Cambridge, 1995.

Wilson, P. H., 2009: The Thirty Years War: Europe's Tragedy, Cambridge.

Wilson, P. H., 2010: «Prisoners in Early Modern European Warfare», en S. Schiepers (ed.), Prisoners in War, Oxford, pp. 39-56.

Winks, R. W., 1971: The Blacks in Canada: A History, Montreal.

Withington, A. F., 1991: Toward a More Perfect Union: Virtue and the Formation of American Republics, New York.

Witt, J. F., 2012: Lincoln's Code: The Laws of War in American History, New York.

Wolfthal, D., 1999: Images of Rape: The «Heroic» Tradition and Its Alternatives, Cambridge.

Wood, G. S., 1966: «A Note on Mobs in the American Revolution», The William & Mary Quarterly, vol. 23, n.º 4, pp. 635-642.

Wood, G. S., 1992: The Radicalism of the American Revolution, New York.

Wood, G. S., 2006: Revolutionary Characters: What Made the Founders Different, New York.

Wood, M., 2000: Blind Memory: Visual Representations of Slavery in England and America, New York.

Wright, A. H., 1943: The Sullivan Expedition of 1779: Contemporary Newspaper Comments and Letters, Ithaca.

Wright, A. H., 1965: The Sullivan Expedition of 1779: The Losses, Ithaca.

Wright, A. H., 1965: The Sullivan Expedition of 1779: The Regimental Rosters of Men, Ithaca.

Wright, C. E., 2005: Revolutionary Generation: Harvard Men and the Consequences of Independence, Amherst.

Wright, J. W., 1939: «Military Contributions During the Eighteenth Century», Journal of the American Military Institute, vol. 3, n.º 1, pp. 3-13.

Wroth, L. K., 1978: «Vengeance: The Court-Martial of Captain Richard Lippincott, 1782», en H. H. Peckham (ed.), Sources of American Independence: Selected Manuscripts from the Collections of the William L. Clements Library (2 vols.), Chicago, vol. II, pp. 499-612.

Wyatt, F., Willcox, W. B., 1959: «Sir Henry Clinton: A Psychological Exploration in History», The William & Mary Quarterly, vol. 16, n.º 1, pp. 3-26.

Yerxa, D. A., 1975: The Burning of Falmouth, 1775: A Case Study in British Imperial Pacification, Portland.

Yiruch, C. B., 2013: «The Imperial Crisis», en E. G. Gray, J. Kamensky (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, Oxford, pp. 85-102.

Young, A. F., 1999: The Shoemaker and the Tea Party: Memory and the American Revolution, Boston.

Young, A. F., 2004: Masquerade: The Life and Times of Deborah Sampson, Continental Soldier, New York.

Young, A. H., Nobles, G. H. (eds.), 2011: Whose American Revolution Was It? Historians Interpret the Founding, New York.

Young, H. J., 1955: Treatment of the Loyalists in Pennsylvania [tesis doctoral], Baltimore, Maryland.

York, N. L., 2010a: The Boston Massacre: A History with Documents, New York.

York, N. L., 2010b: Henry Hulton and the American Revolution: An Outsider's inside View, Boston.

Zeichner, O., 1938: «The Rehabilitation of Loyalists in Connecticut», The New England Quarterly, vol. 11, n.º 2, pp. 308-330.

Zeichner, O., 1940: «The Loyalist Problem in New York after the Revolution», New York History, vol. 21, n.º 3, pp. 284-302.

Zimmer, A. Y., 1978: Jonathan Boucher, Loyalist in Exile, Detroit.

Zobel, H. B., 1970: The Boston Massacre, New York.

Secundarias en alemán

Auerbach, I., 1985: «Die Hessischen Soldaten Und Ihr Bild Von Amerika, 1776-1783», Hessisches Jahrbuch fuer Landesgeschichte, 35, pp. 138-158.

Auerbach, I., 1996: Die Hessen in Amerika, 1776-1783, Darmstadt.

Breunig, M., 1998: Die Amerikanische Revolution Als Bürgerkrieg, Münster.

Hohrath, D., 1999: «In Cartellen Wird Der Werth Eines Gefangenen Bestimmt.' Kriegsgefangenschaft Als Teil Der Kriegspraxis Des Ancien Régime», en R. Overmans (ed.), Der Hand Des Feindes. Kriegsgefangenschaft Von Der Antike Bis Zum Zweiten Weltkrieg, Köln, pp. 141-170.

Jansson, K., 1999: «Soldaten Und Vergewaltigung Im Schweden Des 17. Jahrhunderts», en B. von Krusenstjern, H. Medick (eds.), Zwischen Alltag Und Katastrophe: Der Dreissigjaehrige Krieg Aus Der Naehe, Goettingen, pp. 195-225.

Kügler, D., 1980: Die Deutschen Truppen Im Amerikanischen UnabhäNgigkeitskrieg, 1775-1783, Stuttgart, pp. 1980.

Luh, J., 2004: Kriegskunst in Europa 1650-1800, Köln.

Metz, K. H., 2010: Geschichte Der Gewalt: Krieg-Revolution-Terror, Darmstadt.

Möbius, S., 2002: «“Von Jast Und Hitze Wie Vertaumelt”: Überlegungen Zur Wahrnehmung Von Gewalt Durch Preußische Soldaten Im Siebenjährigen Krieg», Forschungen zur Brandenburgischen und Preußischen Geschichte, 12, pp. 1-34.

Möbius, S., 2008: «Kriegsgreuel in Den Schlachten Des Siebenjährigen Krieges in Europa», en S. Neitzel, D. Hohrath, D. (eds.), Kriegsgreuel: Die Entgrenzung Der Gewalt in Kriegerischen Konflikten Vom Mittelalter Bis Ins 20. Jahrhundert, Paderborn, pp. 185-203.

Overmans, R. (ed.), 1999: In Der Hand Des Feindes: Kriegsgefangenschaft Von Der Antike Bis Zum Zweiten Weltkrieg, Köln, Böhlau.

Reinhard, W., 2004: Lebensformen Europas: Eine Historische Kulturanthropologie, München.

Sofsky, W., 1996: Traktat Über Die Gewalt (2.ª ed.), Frankfurt am Main.

Vogel, C. (ed.), 2006: Bilder Des Schreckens: Die Mediale Inszenierung Von Massakern Seit Dem 16. Jahrhundert, Frankfurt am Main.

Wellenreuther, H., 2006: Von Chaos Und Krieg Zu Ordnung Und Frieden: Der Amerikanischen Revolution Erster Teil, 1775-1783, Münster.

Créditos de las imágenes

Página XIV: Plano de la villa de Boston con los atrincheramientos, etc., de las fuerzas de Su Majestad en 1775, a partir de las observaciones del teniente Page del Cuerpo de Ingenieros de Su Majestad y de otros caballeros. Tinta y acuarela (Londres, 1777) de sir Thomas Hyde Page. Medidas: 45 x 32 cm. Library of Congress.

Página XXII: La Sangrienta Masacre perpetrada en King Street, Boston, el 5 de marzo de 1770, por un grupo del 29.º Rgto. Grabado en papel verjurado (Boston, 1770) de Paul Revere. Medidas: 25,8 x 33,4 cm. Library of Congress.

Página XXXVIII: Mapa del Imperio británico en Norteamérica (Londres, 1774), de Samuel Dunn y Robert Sayer. Coloreado a mano, medidas: 48 x 31 cm. Library of Congress.

Página 3: John Malcom. Estampa de François Godefroy en Recueil d'estampes representant les différents événemens de la Guerre qui a procuré l'indépendance aux Etats Unis de l'Amérique, obra publicada por Nicolas Ponce en París, 1784, plancha 2. Library of Congress.

Página 5: Registro del caso judicial John Meints v. O.R. Huntington et al., 1917-1918. National Archives [Archivos Nacionales] de Kansas City, Record Group 21 [Grupo de Registros 21], Records of the District Courts of the U. S. [Registros de los Tribunales de Distrito de los Estados Unidos], U. S. District Court for the Second (Mankato) Division of the District of Minnesota [Tribunal de Distrito de los Estados Unidos de la Segunda División –Mankato– del Distrito de Minnesota]. Law Case Files [Archivos de Casos Judiciales]. Identificador 283633 y 283634. Dominio público.

Página 20: El almacén de Hancock para embrear y emplumar. Grabado (Londres, 1778) anónimo de 15 x 10,2 cm. John Carter Brown Library de la Brown University.

Página 25: Vista de la prisión y minas de Simsbury, hoy llamado Newgate. Una prisión para el confinamiento de lealistas en Connecticut. Grabado de 15,2 x 12,1 cm publicado en The political magazine and parliamentary, naval, military, and literary journal, London, oct. 1781, pp. 596-597. Library of Congress.

Página 40: Los bostonianos pagando al recaudador, o embreando y emplumando. Grabado a media tinta (Londres, octubre de 1774) atribuido a Philip Dawe. Medidas: 35,6 x 24,1 cm. Dominio público.

Página 42: Un nuevo método de hacer macarrones, según se acostumbra en Boston. Grabado a media tinta (Londres, octubre de 1774) de Carington Bowles. Medidas: 24,1 x 32,4 cm. Library of Congress.

Página 45: El barbero patriótico de Nueva York, o el capitán en el enjuague. Grabado a media tinta (Londres, febrero de 1775) de Philip Dawe. Medidas: 35,3 x 25 cm. Library of Congress.

Página 46: La alternativa de Williamsburg. Grabado a media tinta (Londres, febrero de 1775) de Philip Dawe. Medidas: 25,4 x 32,4 cm. Library of Congress.

Página 53: Jorge III. Óleo sobre lienzo (1779) de Benjamin West. Medidas: 255,3 x 182,9 cm. Royal Collection Trust © Her Majesty Queen Elizabeth II 2020.

Página 56: El Honorable Sir William Howe, caballero del Baño, comandante en jefe de todas las fuerzas de su Majestad en América. Ilustración incluida en An impartial history of the war in America, between Great Britain and her colonies, from its commencement to the end of the year 1779, London & Carlisle, 1780, vol. I, 204. Grabado de 19 x 11,2 cm. Library of Congress.

Página 59: El general John Burgoyne. Óleo sobre lienzo (ca. 1766) de sir Joshua Reynolds. Medidas: 127 x 101,3 cm. Dominio público.

Página 67: Lord George Germain, uno de los Secretarios de Estado principales de Su Majestad. Grabado a media tinta (Londres, [1780]) de Johann Jacobé (a partir del óleo de George Romney). The Colonial Williamsburg Foundation. Regalo de Mr. James Lewis. Dominio público.

Página 76: El teatro de la guerra en Norteamérica, con las carreteras y tablas de las extensiones, distancias, etc. según un americano (Londres, 1776), de Robert Sayer y John Bennett. Grabado en cobre de 42 x 50 cm. Library of Congress.

Página 79: La villa de Falmouth, quemada por el capitán Moet el 18 de octubre de 1775. Grabado (Boston, 1782) de John Norman. Medidas: 13,3 x 28,6 cm. Library of Congress.

Página 81: George Washington. Óleo sobre lienzo (1776) de Charles Willson Peale. Medidas: 111,7 x 97,3 cm. Brooklyn Museum, Dick S. Ramsay Fund, 34.1178. Dominio público.

Página 85: John Murray, cuarto conde de Dunmore. Óleo sobre lienzo (1765) de sir Joshua Reynolds. Medidas: 238,1 x 146,2 cm (enmarcado: 269 x 176,3 cm). Scottish National Portrait Gallery, Edimburgo.

Página 97: La manera en que las colonias americanas se declararon a sí mismas independientes del rey de Inglaterra, por todas las distintas provincias, el 4 de julio de 1776. Grabado de técnica mixta (1783) de Hamilton. Publicado en Edward Barnard, The new, comprehensive and complete history of England, London, [1783], p. 689. Library of Congress.

Página 103: El general Clinton. Estampa incluida en la obra del reverendo James Murray An impartial history of the war in America; from its first commencement, to the present time, Newcastle upon Tyne, 1782, vol. II, página opuesta a la 186. Library of Congress.

Página 105: El lugar de la acción entre las fuerzas británicas y americanas; o un plano auténtico de la parte occidental de Long Island, con el enfrentamiento del 27 de agosto de 1776 entre las fuerzas del Rey y los americanos; también incluye Staten Island y

los alrededores de Amboy, y el curso del río Hudson desde Courtland, el gran almacén del ejército americano, hasta Sandy Hook. Mediciones del mayor Holland. Estampa coloreada (Londres, 1776). Medidas: 45 x 39 cm. Library of Congress.

Página 126: Las Provincias de Nueva York y Nueva Jersey; con parte de Pensilvania y de la Provincia de Quebec. Estampa coloreada a mano (Londres, 1776) de Thomas Pownall y Samuel Holland. Medidas: 134 x 51 cm. Library of Congress.

Página 154: La Provincia de Nueva Jersey, dividida en Este y Oeste, comúnmente llamadas las Jerseys. Estampa coloreada a mano (Londres, 1777) de William Faden, Bernard Ratzer y Gerard Bancker. Medidas: 78 x 57 cm. Library of Congress.

Página 157: Plano de las operaciones del general Washington contra las tropas del rey en Nueva Jersey desde el 26 de diciembre de 1776 al 3 de enero de 1777. Estampa coloreada (Londres, 1777) de William Faden. Medidas: 29 x 39 cm. Library of Congress.

Página 159: Croquis del enfrentamiento de Trenton, sucedido el 26 de diciembre de 1776 entre las tropas americanas bajo el mando del general Washington y tres regimientos hessianos bajo el mando del coronel Rall, en el que una parte de los últimos se entregaron como prisioneros de guerra. Manuscrito a tinta y acuarela [1776] de Andreas Wiederholdt. Medidas: 23 x 28 cm. Library of Congress.

Página 165: La muerte del general Hugh Mercer (boceto de La batalla de Princeton). Aguadas con tinta sobre papel (1786) de Jonathan Trumbull. Hoja de 10,2 x 15 cm. Princeton University Library.

Página 169: El eficiente doctor, o América tragando la pócima amarga. Estampa de técnica mixta (Londres, mayo de 1774). Medidas: 9,5 x 14,9 cm. Library of Congress.

Página 188: Plano de la ciudad de Nueva York en Norteamérica; levantado en los años 1766 y 1767 (Londres, 1776), de Bernard Ratzer. Medidas: 105 x 91 cm. Colección de estampas de The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs, New York Public Library.

Página 199: El Preboste, ilustración publicada en Benson John Lossing (ed.), Harper's Encyclopedia of United States History, New York, 1912, vol. 7. Procedente de The New York Public Library.

Página 202: Refinería de azúcar de Van Cortlandt, ilustración publicada en Benson John Lossing (ed.), Harper's Encyclopedia of United States History, New York, 1912, vol. 7.

Página 224: Nuevo y exacto mapa del mundo o globo terrestre, por Bowles. Estampa coloreada a mano (Londres, [1780]) de Carington Bowles. Dos hemisferios, de 59 cm de diámetro cada uno, en una lámina de 106 x 130 cm. Library of Congress.

Página 231: El buque prisión Jersey fondeado en la bahía de Wallabout, figura 1 en Albert Greene (recop.), Recollections of the Jersey prison-ship; taken and prepared for publication from the original manuscripts of the late Captain Thomas Dring, of Providence, RI, one of the prisoners, Providence, 1829.

Página 234: Aguada con tinta china (ca. 1782-1831) de tema desconocido (antes titulada American Prisoners on Board a British Prison Ship) atribuida a Jonathan Trumbull. Medidas: 12,7 x 15,9 cm. Charles Allen Munn Collection de la Fordham University Library, Bronx, Nueva York.

Página 237: La crueldad preside el buque prisión (la crueldad lleva la cuenta de los muertos), ilustración de Robert Smirke para el poema épico de Joel Barlow The Columbiad (1807). Procedente de The New York Public Library [https://digitalcollections.nypl.org/items/510d47db-17d3-a3d9-e040-e00a18064a99].

Página 262: Carta del teatro de la guerra actual en América. Grabado coloreado a mano (París, 1779) de Louis Denis. Medidas: 67 x 51 cm. Library of Congress.

Página 265: 1. General Washington. 2. General Gates. 3. Dr. Franklin. 4. Präsid Laurens. 5. Paul Jones. Grabado (1784) de Daniel Berger en Matthias Christian Sprengel, Allgemeines historisches Taschenbuch, Berlín, 1784. Library of Congress.

Página 267: Britania a América. Grabado coloreado a mano

(Londres, mayo de 1778). Library of Congress.

Página 268: América a su errada madre. Grabado coloreado a mano (Londres, mayo de 1778). Library of Congress.

Página 285: Fotografía de una excavación de 1967 cerca de Tappan. Colección del autor.

Página 298: Nuevo y correcto mapa de Norteamérica, en el cual se insertan con exactitud los lugares de los principales enfrentamientos sucedidos durante la presente guerra, de John Lodge. Publicado en Political magazine, n.º 1 (Londres, abril de 1780). Procedente de The New York Public Library <https://digitalcollections.nypl.org/items/510d47da-f0e5-a3d9-e040-e00a18064a99]>.

Página 304: The Allies. –Par nobile Fratrum [Los aliados. Un noble par de hermanos]. Grabado (Londres, 1780) publicado por John Almon. Medidas: 23,2 x 36,3 cm (hoja recortada). Library of Congress.

Página 307: Mapa de la marcha del general Sullivan desde Easton hasta los países de los senecas y los cayugas. Dibujo coloreado [1779] anónimo. Hoja de 76 x 75 cm. Library of Congress.

Página 318: Diversos jeroglíficos indios dibujados en árboles, descubiertos durante la marcha del Ejército occidental. Dibujo a tinta (s. f.) de Pierre Eugène du Simitière. Copia de jeroglíficos originales hallados en árboles durante la campaña de 1779. Cortesía de The Library Company of Philadelphia.

Página 324: Las marchas de lord Cornwallis en las provincias sureñas, hoy estados de Norteamérica; abarca las dos Carolinas, además de Virginia, Maryland y los condados de Delaware. Estampa coloreada (Londres, 1787) de William Faden. Medidas: 66 x 50 cm. Publicada en Banastre Tarleton, A history of the campaigns of 1780 and 1781, in the Southern Provinces of North America, London, 1787, página opuesta a la p. 1. Library of Congress.

Página 337: Retrato del teniente coronel Tarleton. Grabado publicado en la Westminster Magazine (marzo de 1782). Library of Congress.

Página 352: Robert Donkin, Military Collections and Remarks [Recuerdos y comentarios militares], New York, 1777, 188-190. Colección de libros raros de The New York Public Library. Astor, Lenox, Tilden Foundations.

Página 364: Un nuevo y exacto mapa de Nueva Jersey, de las mejores autoridades. Lámina de 32 x 72 cm publicada en The universal magazine of knowledge and pleasure, London, junio de 1780. Library of Congress.

Página 369: Mapa del condado de Monmouth, reducido a partir del estudio original de John Hills, ingeniero asistente. Dibujo con tinta y acuarela [1781] de Benjamin Morgan (dibujante) y Anthony Dennis. Medidas: 73 x 134 cm. Library of Congress.

Página 375: Capitán Asgill (Londres, 1786), publicado por John Fielding. History of the war with America, France, Spain, and Holland: commencing in 1775 and ending in 1783 [Historia], de John Andrews, 4 vols. (Londres, 1785-1786), vol. 4, p. 416. Library of Congress.

Página 392: Mapa de los Estados Unidos de Norteamérica con los dominios adyacentes británicos, franceses y españoles, según el Tratado de 1783. Grabado en cobre (Londres, 1783) de Thomas Kitchin. Medidas: 40 x 51 cm. Lawrence H. Slaughter Collection, The Lionel Pincus and Princess Firyal Map Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations.

Página 395: El sacrificio de Shelb / O los lealistas recomendados; una representación fidedigna de una tragedia que será pronto representada en el continente americano. Ideado por la crueldad. Grabado por el deshonor. Grabado (Londres, febrero de 1783). Library of Congress

Página 396: Los salvajes desatados, o el cruel destino de los lealistas. Grabado (Londres, marzo de 1783). Hoja de 28 x 38,8 cm. The Metropolitan Museum of Art.

«Revelador […] Las cicatrices de la independencia obliga al lector a confrontar la realidad visceral de un conflicto demasiado blanqueado desde la nostalgia […] El mito de un país concebido en el amor, brotado en su forma adulta del muslo de George Washington, deforma nuestro presente tanto como distorsiona nuestro pasado. La obra de Hoock arroja una sorprendente luz sobre la escena principal. No podemos mirar para otro lado».

Jane Kamensky, The New York Times Book Review

«Sustentado por una impresionante labor de investigación, Hoock construye una fluida, original y provocadora contribución a la historia de la Revolución de Estados Unidos […] Retrata una época mucho más caracterizada por la brutalidad generalizada –tanto física como psicológica– que lo que podrían sugerir las percepciones de una lucha por los principios morales y la libertad que han pervivido hasta nuestros días. Episodios magistralmente construidos que demuestran que la violencia desatada por la Revolución se extendió a lo largo y ancho del país sin apenas dejar ninguna comunidad indemne».

The Wall Street Journal

«Un sobrio correctivo a la versión purificada de la

Revolución transmitida generación tras generación […] y un fascinante caso de estudio del poder de los mitos […] Las cicatrices de la independencia rehúye de las cómodas dicotomías maniqueas para abordar el pasado en toda su complejidad y su ambigüedad. Un retrato equilibrado y sin endulzar».

The Boston Globe

«Ningún lector volverá a imaginar la Revolución como ese incruento boato que nos inculcaron desde niños […] Hoock pone el dedo en la llaga: entendiendo cómo son en verdad las guerras de liberación nacional, quizá los estadounidenses deberíamos desengañarnos de nuestro entusiasmo respecto a la construcción nacional y la exportación de la democracia […] Como demuestra, la Revolución fue mucho más brutal de lo que el relato tradicional nos permite entrever».

Adam Gopnik, The New Yorker